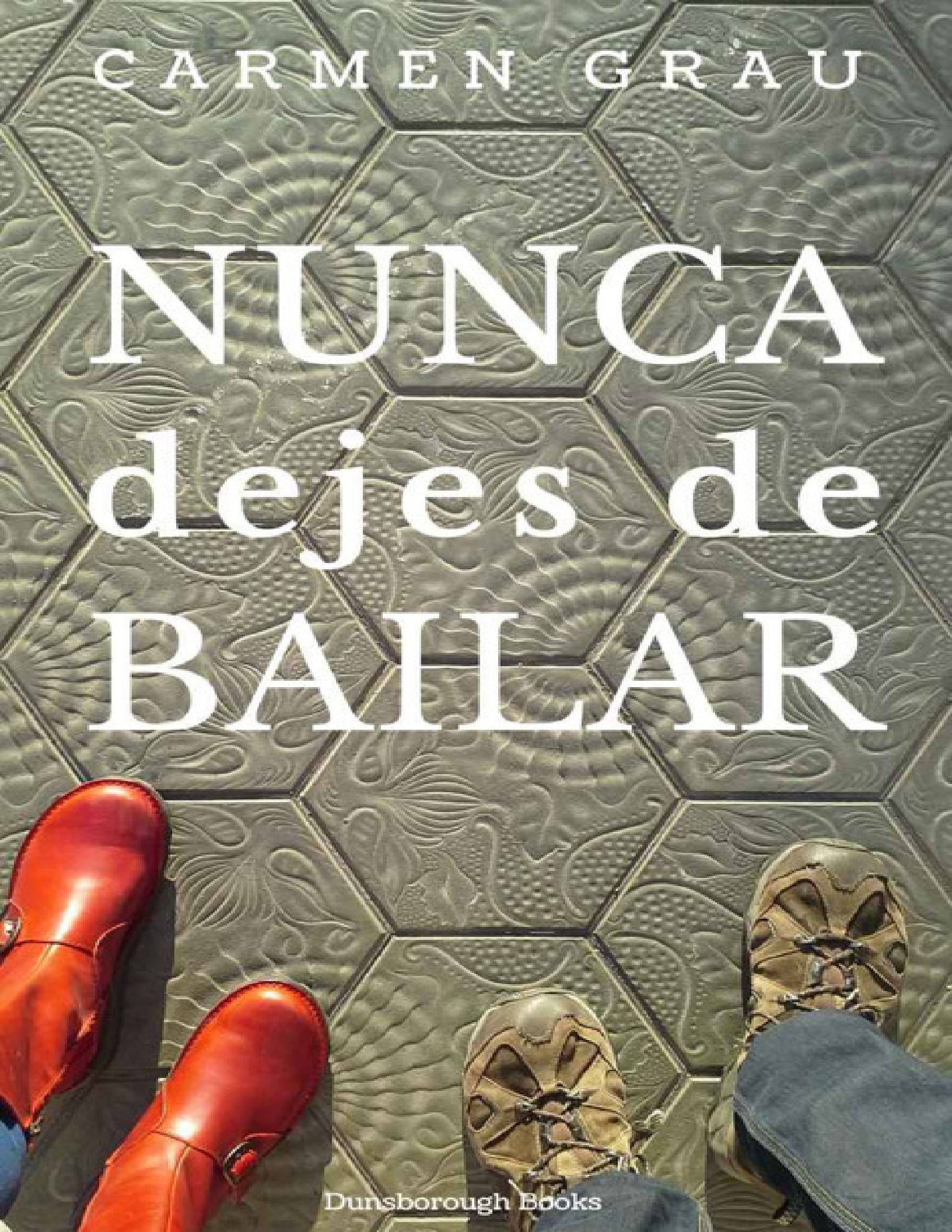
CARMEN GRAU

NUNCA dejes de BAILAR



Dunsborough Books

NUNCA DEJES DE BAILAR

Carmen Grau

OceanofPDF.com

© Carmen Grau, 2015
© de la presente edición, 2015, Dunsborough Books
P.O. Box 1124, Dunsborough, WA 6281, Australia

Todos los derechos reservados. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, puedes obtener tu propio ejemplar aquí. Gracias por respetar el trabajo duro de esta escritora.

ASIN: B00TBC9D4C (ebook)

OceanofPDF.com

A mi madre

OceanofPDF.com

Nota de la editora

Esta obra es una novela. Los personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor o, en caso de ser reales, se han elaborado como ficción. Cualquier parecido con la realidad nunca es coincidencia.

OceanofPDF.com

Primera Parte

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Mi madre solía decirme que yo iba contra corriente por el simple gusto de llevar la contraria y que conmigo debía emplearse la psicología inversa. Desde pequeña, ella la había usado a menudo para coaccionarme a hacer los deberes del colegio o lavarme los dientes. Se convirtió en un juego entre nosotras que llevamos hasta más allá de mi adolescencia. Un juego que siempre ganaba ella, aunque me hiciera creer lo contrario.

Durante años no supe que el primer chico que llevé a casa no solo le cayó mal sino que fue la causa de una tristeza profunda que esa primera noche la hizo llorar largo rato en la soledad de su cama. Mi madre era así: sufría en silencio. De cara al exterior era otra cosa. Cada mañana se miraba al espejo, sonreía a su imagen, y le decía con un dedo levantado: «Todo va a salir bien, ¡no me digas que no!», y acercaba los labios para darse un beso de autoestima. Entonces se enfrentaba al mundo y a su principal razón de ser: yo.

A los quince años, una tarde le presenté a Guillermo. No le gustó de entrada, pero fue capaz de fingir durante el año entero que salí con él. Creyó que si me hubiera dado su sincera opinión, yo habría respondido con lo que ella llamaba «tu reactancia» y habría sido capaz de seguir con él hasta que ella muriera del disgusto. Mi madre era psicóloga; aprendí de ella toda la teoría y los términos psicológicos que conozco. Lo que no sé si me inculcó bien fue inteligencia emocional práctica; tampoco sé si la tenía ella o sabía aplicarla a su propia vida.

El problema de Guillermo, a ojos de mi madre, era que se parecía demasiado a mi padre. Fue como volverlo a encontrar, ella con veinte años más de madurez, pero él igual. Era el típico guapo de la clase, encantador, seductor, que escogía bien sus palabras vacías y hablaba mucho sin decir nada en realidad. Un pseudointelectual que no engañó a mi madre ni cinco minutos, aunque a mí sí. Yo bebía los vientos por él y tardé varios años en

darme cuenta de lo peligroso que es enamorarse de quien no te conviene en la adolescencia (bueno, en mi caso a cualquier edad ha resultado peligroso). Ella ya lo sabía de sobra. Había conocido a mi padre a los diecisiete años; a los dieciocho me tuvo a mí. Por más que le costara, con Guillermo se colocó su mejor máscara y desde el primer momento le siguió el juego de la seducción. Esa primera tarde insistió en que se quedara a cenar y enseguida se convirtió en un invitado asiduo. Se hicieron íntimos amigos.

Al principio yo estaba encantada, pero al cabo de pocos meses empecé a picarme, sin sospechar que eso era precisamente lo que mi madre pretendía. Su camaradería me molestaba, pero no eran celos. Guillermo coqueteaba con cualquier mujer, fuera de la edad que fuera, pero mi madre no respondía a los cumplidos, o respondía rebotándolos hacia mí. Por ejemplo, si él comentaba lo bien que le sentaba una falda o zapatos nuevos, ella contestaba: «Enya y yo fuimos ayer de compras. ¿Qué me dices de su vestido nuevo? Le queda divino, aunque con ese cuerpazo cualquier trapo le sienta bien. Ya me gustaría a mí tener tu tipo, hija. Yo ni a tu edad era tan guapa».

No, mi madre no me daba ningún motivo de celos, aunque él no cesara en sus halagos. Lo que me irritaba era que me lo pusiera tan fácil, que aceptara a Guillermo sin una sola objeción. El colmo fue cuando le confesé mi decisión de acostarme con él. Hasta que no se lo anuncié no fui consciente de que esperaba y deseaba que se opusiera o, como mínimo, que intentara disuadirme. En vez de eso, me contestó con toda serenidad:

—Sería hipócrita por mi parte decirte que no lo hicieras, que esperaras unos meses o unos años, que todavía eres joven. Eres una mujer y tienes derecho a disfrutar de tu sexualidad. Pero… ya sabes lo que me pasó a mí. Tú y yo salimos adelante, pero no fue fácil. Toma.

Me tendió una caja de preservativos. Como si ya la tuviera preparada, como si hubiera estado esperando ese momento. Peor: como si hubiera ido a comprarla expresamente para mí. Ella no se acostaba con nadie. Había dedicado toda su vida a mí y, por la falta de costumbre, se había olvidado de cómo relacionarse con los hombres, y eso que solo tenía treinta y tres años.

Así fue como perdí la virginidad, en mi propia habitación, mientras mi madre dormía en la suya; solo nos separaba el amplio salón. Y esa noche sí durmió; me lo confesó años más tarde. Que yo dejara de ser virgen no le preocupaba en absoluto. Al contrario, tal como me había dicho, creía que yo

tenía derecho a iniciarme en el sexo con quien quisiera y en el momento en que yo decidiera que estaba preparada. Confiaba en que poco después él se cansaría de mí o, mejor aún, yo me daría por fin cuenta de su superficialidad.

Ocurrirían las dos cosas a su debido tiempo. Para mi desgracia, lo primero fue que él se cansó de mí. Solo con los meses supe ver que en realidad tuve suerte, tal como me aseguró mi madre. Tuve suerte porque fui yo y no él quien se preguntó mil veces por qué me pasaba eso a mí y qué había hecho o dicho para estropearlo todo. Mientras, mi madre me abrazaba y lloraba conmigo, todavía fingiendo que a ella también la había engatusado, aunque en realidad sus lágrimas eran por la pena de ver que hacían daño a su niña.

Él se olvidó de mí sin más. Yo me quedé con el rechazo y las incontenibles ganas de llamarlo y correr tras él. Una vez más mi madre me dejó hacer, viviendo mi humillación y sufrimiento como si fueran suyos, y esperando paciente a que se me pasara. Cuando por fin me curé del desamor, me dijo eso de que había tenido suerte, que peor habría sido que me hubiera cansado yo primero.

Eso fue lo que le pasó a ella. Mi padre no nos dejó. Ella se enamoró, se quedó embarazada y vio sus sueños truncados durante mis primeros años, pero también tuvo el valor de rechazar un arreglo matrimonial impuesto por mis abuelos. Mi padre se habría casado aunque en realidad no la quisiera, como en efecto haría años más tarde, con otra mujer. Mis abuelos se lo pusieron muy fácil. El dinero lo apaña todo y, como ellos lo tenían, les ofrecieron el piso de la calle Entença, que ahora es mío y es desde donde leo mi propia historia.

Hasta que cumplí dos años, mi padre le hizo la vida imposible a mi madre. Ella no le rechazó desde el principio. Primero intentó ocultar su embarazo. No se lo dijo ni siquiera a él. Hasta que estuvo de cinco meses vivió esa euforia inesperada completamente sola. Descubrir el milagro de mi existencia fue una sorpresa, pero en ningún momento se le ocurrió deshacerse de mí. Por eso calló, porque sabía que en cuanto mi padre o mis abuelos se enteraran, harían todo lo posible por convencerla para que abortara. Cuando ya no pudo esconder más lo evidente, sucedió lo que ella había previsto: que todos quisieron arreglar «el problema». Mis abuelos ofrecieron ayudarla de la única manera que sabían: con dinero. Ellos se harían cargo de la boda, les pondrían el piso, le darían trabajo a mi padre en

su empresa mientras mi madre seguía con sus estudios… Se les olvidó preguntar qué deseaba ella.

Él, como era de esperar, no se tomó nada bien la noticia. Se sintió engañado. Eso me contó mi madre; con él nunca he hablado del tema. Le enfureció que mi madre no le hubiera hablado del embarazo desde el principio porque consideraba que la decisión de tenerme o no les concernía a los dos. Con esa excusa, desapareció. Mi madre no tuvo mucho tiempo de pasarlo mal porque ya solo vivía pensando en mí, concentrada en cada cambio de su cuerpo. Hacía meses que había llegado a la conclusión, no sé si fundada o no, de que su novio no la quería y por eso había empezado a actuar como si él ya no formara parte de su vida. No había contado con que los tipos como él no están acostumbrados a que los desechen así como así. A las dos semanas se presentó en casa de mis abuelos adoptando una postura entre herida —porque después de tres veces sin contestarle al teléfono mi madre no había insistido más— y arrepentida. Se llevó una gran sorpresa cuando delante de mis abuelos, que quince días antes le habían puesto el futuro en bandeja, mi madre le comunicó que de ahí en adelante él ya no pintaba nada.

A partir de entonces empezó el acoso. Mi padre aseguró estar locamente enamorado, pero mi madre nunca lo creyó. Estaba convencida de que él había visto la oportunidad de dar el braguetazo de su vida. Según ella, mi padre hubiera sido un yerno aprovechado, marido adúltero y padre ausente.

Mis abuelos fueron testigos de la entereza de mi madre no sin poca sorpresa y, en el caso de mi abuela, cierta alarma. Temía que mi madre se estuviera encerrando tanto en sí misma y en el bebé por nacer que era incapaz de apreciar el amor, a su manera, de mi padre. Así que intentó ablandarla. Mi padre le dio pena y él aprovechó la brecha para seguir insistiendo. Mi abuela le abría las puertas de casa, le tomaba los recados de teléfono cuando llamaba, le ofrecía un café cuando mi madre se negaba a salir de su cuarto. Se lo ponía difícil a su propia hija, no por fastidiarla sino porque creía que yo tendría mejor futuro con dos progenitores y la actitud de mi madre le parecía egoísta.

Mi abuelo se mantuvo más al margen, secretamente orgulloso de mi madre y aliviado de no tener que cargar con un yerno no deseado. Aunque había sido él quien propusiera el arreglo del matrimonio y el empleo de mi padre en la empresa familiar, desde el principio apoyó a su hija en la decisión de ser madre soltera. En aquella época no era tan normal como

ahora, pero tampoco era la vergüenza que hubiera supuesto en la juventud de mis abuelos. Sus treinta primeros años habían transcurrido durante la dictadura franquista y se educaron en un ambiente de catolicismo obligado, reglas estrictas y la feliz ignorancia de no conocer otra realidad en la que su voto contara para decidir el futuro del país. Ambos eran hijos de empresarios, y ellos mismos, emprendedores y muy trabajadores. Vivían holgadamente y hasta que Franco murió no habían tenido motivo para cuestionarse la situación política del país. Pero sí habían sufrido en sus propias carnes la represión sexual y la censura franquista en el cine. Sin llegar a ser abiertos y desinhibidos en temas de sexo, como sí lo sería mi madre conmigo, supieron adaptarse bastante bien a los nuevos tiempos.

Cuando el orgullo herido de mi padre empezó a convertirse en algo enfermizo, mi abuela dejó de sentir lástima por él. Mi padre abandonó sus estudios y se dedicó a perseguir a mi madre allá donde fuera, al principio rogándole que volviera con él, después amenazándola e insultándola. Mi madre dejó también de estudiar, a pocos meses de terminar COU, y tardaría algunos años en retomar los libros de texto. No lo hizo porque su estado de buena esperanza fuera ya más que obvio, sino por la fobia a salir de casa y encontrarse a su exnovio apostado en la portería, esperándola y reclamando su derecho de paternidad sobre mí. Pasó los dos meses anteriores a mi nacimiento encerrada en la casa donde todavía viven mis abuelos, en el opulento barrio de Tres Torres. En una ocasión en que mi padre se puso a gritar desde la calle, bajo la ventana de mi madre, mi abuelo llamó a la policía. Se lo llevaron a comisaría y creo que hasta lo ficharon, pero enseguida lo dejaron marchar. Eso lo mantuvo alejado durante un tiempo, pero cuando nací, volvió a la carga. Mi madre me dijo muchas veces que el acoso al que la sometió mi padre fue la experiencia más traumática que sufrió jamás, efectiva en provocarle una androfobia de la que nunca quiso recuperarse. Según ella, Guillermo habría actuado de la misma manera que mi padre si hubiera sido yo quien lo hubiera dejado. Todo eso que me ahorré.

Mi madre permitió que mi padre me viera cuando yo ya tenía un mes, pero le dejó claro que eso no sentaba precedentes y que le quería fuera de nuestras vidas. Ella escogió mi nombre, por la cantante irlandesa que había descubierto el verano anterior mientras estudiaba inglés en Donegal y que casualmente se haría mundialmente famosa un año después de mi nacimiento. A nadie más le gustaba el nombre, pero eso a mi madre no le

importaba. Tomó todas las decisiones concernientes a mí siempre sola, sin escuchar la opinión de los demás. En mi partida de nacimiento y el libro de familia, junto a «padre» aparece la palabra «desconocido», aunque mi madre jamás me ocultó su identidad. Desde pequeña me contó la historia tal como era y a él lo vi varias veces a lo largo de mi niñez y adolescencia. Durante mis dos primeros años mi madre continuó negándose a que formara parte de nuestras vidas porque él no cesaba en sus ruegos, que invariablemente se convertían en amenazas. Mi madre seguía convencida de que no nos quería a ninguna de las dos, aunque él insistiera en jurar lo contrario. Decía que cualquier otro idiota se habría sentido afortunado por la libertad de no tener que cargar con una mujer e hija no deseadas, pero la rabia de no ser él quien tomara la decisión lo tenía poseído. Tantos años de rechazo debieron de suponer un duro golpe para él, pero me inclino a pensar que mi madre tenía razón.

Llegó un día en que por fin mi padre se rindió y, después de dos años de distancia, mi madre nos presentó. Yo ya tenía cuatro años y mi madre me dijo: «Este es Sergio, tu padre, del que ya te he hablado». Reaccioné como si se tratara de un amigo suyo cuya atención le pertenecía: sin mucho interés. No echaba de menos la figura de un padre porque nunca la tuve, así que no sabía lo que era. Ese primer encuentro fue en la granja de la esquina de la calle Entença, que todavía existe. Yo no lo recuerdo; lo sé porque me lo contó ella. Quedamos para merendar. Yo me tomé un Cacaolat y un donut, ellos solo un café. Sergio y yo no nos hicimos ningún caso. Él me miraba sin saber cómo hablarme y yo estaba concentrada en el donut rebozado de azúcar. Ellos también hablaron poco, pero a partir de entonces mi madre accedió a quedar con él al menos una vez al año para que viera cómo yo iba creciendo. Los primeros encuentros fueron tensos, aunque con los años se fueron suavizando. Nunca llegaron a ser amigos. Ninguno de los dos superó el resentimiento que a veces afloraba en sus conversaciones, si bien consiguieron al menos mantener siempre la cordialidad.

Sergio nunca le dio dinero a mi madre para mi manutención porque ella se negó a aceptar nada de él. En cambio, sí aceptó la ayuda de mis abuelos. Al principio vivimos con ellos, pero a partir de mis dos años, los desacuerdos con mi abuela sobre la mejor manera de criarme se hicieron cada vez más frecuentes, hasta que mi madre les pidió permiso para alojarnos en el piso de Entença, que ya entonces estaba a su nombre y desocupado. Mis abuelos accedieron, cómo no, por más que a ella le doliera

dejar de ser parte influyente en mi vida. Según mi abuela, yo era una niña mimada a la que se le consentía todo, motivo por el cual había que meterme en una guardería. Mi madre estaba en contra y se negó a llevarme incluso a la más cara de Barcelona. Hasta que empecé párvulos en un colegio privado, mi madre estuvo siempre en casa conmigo, sin apenas separarse de mí ni permitir que nadie más me cuidara. Solo entonces reanudó sus estudios, abandonados desde hacía tres años. Aprobó la selectividad con buena nota y terminó la carrera de Psicología en un tiempo récord y con honores. Siempre tuvo muy claro lo que quería. Cuando años más tarde abrió su propia consulta y empezó a ganar dinero por primera vez en su vida, yo ya tenía ocho años y ella veintiséis. Imagino que mis abuelos debieron de quitarse un peso de encima, aunque nunca aceptaron ningún dinero de vuelta por los años en que nos habían mantenido a las dos.

Sergio se casó hace ahora once años. Yo fui a la boda; mi madre no. Siempre tuve la sospecha de que me invitó más para demostrarme que era capaz de asumir el compromiso del matrimonio que por verdadero deseo de tenerme a su lado en un día tan señalado. No creo que a su mujer le hiciera mucha gracia, pero si él insistió en invitarme, ella no pudo oponerse.

Él y yo tampoco hemos llegado nunca a ser amigos, y menos mientras mi madre vivió. Entonces, había un aire de incomodidad entre nosotros tan denso que casi se podía palpar. Hasta que ella murió, nunca hablamos de nada trascendental. La separación emocional que mi madre había impuesto entre nosotros imperó siempre, como si de un hechizo se tratara, y solo su muerte fue capaz de deshacerlo. Él siempre intuyó lo que mi madre me había contado sobre ellos, y que yo creí, más aún cuando me presentó a su novia y adiviné el papel dominante y posesivo que desempeñaba él en esa relación.

Con sus hijos es igual, un padre demasiado estricto para los tiempos que corren. Mis hermanos —o medio hermanos, mejor dicho— son diecinueve y veintiún años más jóvenes que yo, pero se les está educando bajo los auspicios de la religión y el condicionamiento psicológico que a mi madre le parecía tan retrógrado. Ella no me habló de Dios hasta que cumplí siete años y empezamos a leer juntas una Biblia para niños con muchos dibujos y me dijo que era un libro de cuentos no menos ficticios que el de la Caperucita Roja. Mis hermanos, en cambio, ya han recibido los sacramentos del bautismo y la comunión, y ambos han aprendido de muy pequeños a temer a Dios y a su padre, igual que cuando mis padres eran

pequeños y todavía no acababa de morirse Franco. Y ya sé que si le hablara a Sergio de la certidumbre que tuvo mi madre cuando se quedó embarazada de que él la empujaría al aborto, negaría hasta la muerte haber abrigado esa intención. La hipocresía es uno de sus pasatiempos favoritos.

Ahora los niños tienen ocho y diez años y todavía no saben que soy su hermana. Desde que regresé de Boston, hace ya más de dos años, los veo más. Sergio y su mujer me invitan a comer a su casa un domingo al mes. Con ellos he descubierto que me gustan los niños. Me tienen cariño y eso que lo único que hago es jugar, escucharles, interesarme por sus vidas. No había imaginado que sería tan fácil; antes no sabía cómo acercarme a los niños, me parecían bichos raros a los que preguntabas qué tal les iba el colegio y no solo no te contestaban, sino que te fulminaban con una mirada de odio y los labios apretados. Ahora comprendo que eso es lo que pregunta todo el mundo, con el tono de condescendencia correspondiente y sin aguardar la más mínima respuesta. Los niños son auténticos, no entienden los formalismos y las preguntas vacías de los adultos. Sin embargo, Sergio ha decidido que es mejor para ellos que no sepan que soy su hija. Creen que soy una amiga de la familia, probablemente la única amistad de sus padres que les presta más atención a ellos. Cuando regresé de Boston, hacía tres años que no los veía y no se acordaban de mí en absoluto. Fue como si me vieran por primera vez. La mujer de Sergio les dijo: «Niños, esta es Enya, una amiga de vuestro padre».

Me quedé demasiado estupefacta para reaccionar, pero durante mi siguiente visita, en la comida, mientras los niños miraban los dibujos de la tele, me encaré a Sergio y su mujer. Después de lo que había pasado en Boston, me sentía tan sola que volver a Barcelona y descubrir cómo me privaban de parte de mi familia fue otro duro golpe para mí. Lo más doloroso había sido regresar al piso vacío de Entença, donde viví siempre con mi madre. Mis abuelos me pidieron que me mudara a su casa, al menos hasta que decidiera qué iba a hacer con mi vida, pero me negué; ya tenía veintiséis años y era hora de que me espabilara sola. Que España estuviera sumida en la peor crisis económica de su historia y que ya fueran seis millones los que engrosaban las listas de parados no iba a afectarme. Ya lo decía mi madre: yo siempre iba contra corriente. No era apoyo económico lo que necesitaba, sino cariño. Mis abuelos, benditos sean, no podrán sustituir jamás a mi madre. Con ella podía llorar durante el rato que necesitara sin que me preguntara nada. Solo me abrazaba y acariciaba el

pelo, esperando con paciencia el momento que yo escogiera para hablar de lo que me afligía, ya fuera al cabo de cinco minutos, tres días o nunca.

—No creemos que sea bueno para los niños que conozcan nuestro parentesco —dijo él—. Somos una familia normal, con valores; creemos en el núcleo familiar. Tienes que entender que fue tu madre quien escogió llevar una vida desestructurada. Yo me habría casado con ella, ya lo sabes, te habría educado, habría ejercido de padre, pero ella me borró de vuestras vidas. A efectos legales, ni siquiera soy tu padre. ¿Cómo les explico eso yo a mis hijos? Son demasiado pequeños, no lo comprenderían, les confundiría, y no quiero que sepan que tu madre me trató tan mal, porque nunca entendí por qué lo hizo.

—Los niños comprenden más de lo que nos pensamos —respondí con un hilo de voz, luchando contra las lágrimas que se me agolpaban en los ojos —. Por favor, Sergio, déjame ser su hermana. Sé que mi madre te hizo daño, pero no me castigues a mí por ello. Lo he pasado muy mal desde que ella murió, no me fue del todo bien en Boston…

Ahora ya lloraba abiertamente, y la mujer de mi padre se levantó con la excusa de ir a la cocina a por más agua; siempre le han incomodado mis lágrimas.

—No te estoy castigando. Lo hago por el bien de ellos, no por hacerte daño a ti. No sé qué es eso tan malo que te ha pasado en Boston, pero tengo la seguridad de que saldrás adelante como siempre has hecho. Eres joven, guapa, inteligente, tienes estudios y todo el futuro por delante. No me necesitas, nunca lo has hecho, igual que tu madre. De todos modos, las puertas de esta casa estarán siempre abiertas para ti. Puedes venir a ver a los niños, con la condición de que no sepan jamás que eres su hermanastra.

—Hermana. Soy su hermana —dije entre hipos—. Hermanastros son los que no tienen ningún lazo de sangre.

Los hijos siempre pagan por los errores de los padres. Mi madre ya no está, pero las decisiones que tomó incluso antes de que yo naciera siguen afectándome. Todo tiene consecuencias. Ella le negó a mi padre formar parte de nuestras vidas, y ahora él me hace a mí lo mismo. La diferencia es que yo siempre supe quién era él porque mi madre jamás me mintió: eso sí lo hizo bien.

A mi regreso de Boston me sentí aún más sola que cuando me había ido. En Sergio no encontré el apoyo emocional que ahora estoy segura de que

fui a buscar sin ser plenamente consciente de lo que hacía. Al quedarme huérfana de madre, por primera vez en mi vida necesité a mi padre. Pero habían pasado ya tres años de la muerte de mi madre y de la única conversación profunda que habíamos mantenido Sergio y yo, un día después del funeral. Hablamos durante horas, casi todo el rato él, mientras yo lloraba. Por primera y última vez me contó su versión de los hechos; de cómo se conocieron, del año que pasaron juntos. Reconoció que su corta relación fue siempre tormentosa porque los dos eran de carácter fuerte. En ningún momento me dijo que la hubiera querido, pero sí hizo hincapié en lo rechazado y despreciado que se había sentido. Confesó haber insistido en que volvieran a estar juntos, pero no me mencionó los insultos y amenazas de los que me había hablado mi madre. Tuve la certeza de que él no me escondió ese detalle aposta, simplemente no recordaba el daño que él había hecho, solo el que había recibido. A pesar de los años transcurridos y de la cordialidad que afectaron delante de mí, mis padres nunca llegaron a perdonarse de verdad porque ninguno de los dos aceptó haberse equivocado. Cada cual se mantuvo en sus trece y pasó la vida, sin pelearse nunca más, pero siempre esperando una disculpa del otro, que no llegó ni ante la muerte.

Aunque solo tenía veintitrés años cuando mi madre murió, de repente me sentí muy mayor, tan mayor y madura que mis padres me parecieron niños a los que me correspondía enseñar cómo comportarse. Con la enfermedad de mi madre habíamos pasado todos un año duro. Fue tan rápido que no hubo tiempo para asumirlo. Un día se descubrió un bulto en la espalda y a las pocas semanas la estaban operando para extirparle un melanoma. Seis meses más tarde la operaban de otro bulto y escuchábamos de los médicos la tan temida palabra: metástasis. El cáncer le había alcanzado los pulmones y el cerebro. En contra de lo que aconsejaron los médicos y mis abuelos, hablé con ella, a solas, y le desvelé el diagnóstico con pelos y señales, sin esconder nada.

—Gracias, gracias, gracias —me contestó mientras nos abrazábamos muy fuerte y llorábamos juntas, como habíamos hecho siempre—. Gracias por decirme la verdad; tú eres la única que siempre lo ha hecho. Así podremos despedirnos bien, hija querida. Espero morirme pronto y no ser una carga para ti.

Murió al cabo de un mes justo. Durante ese tiempo estuve siempre con ella. Era verano y no tenía nada más que hacer. Acababa de terminar la

carrera de Ciencias de la Información y, como miles de jóvenes españoles, me encontraba sin trabajo y con pocas posibilidades de obtenerlo en los tiempos de crisis que corrían. Mi madre siempre había mirado por mí, anteponiéndome a todo. Hasta en la hora de morir escogió un momento que me fuera bien a mí, cuando ya había finalizado mis estudios y no tenía ni novio ni trabajo que nos robara el poco tiempo que nos quedaba por compartir.

Mis abuelos nos habían pedido que nos trasladáramos a su casa, pero mi madre no quiso. Fiel a sí misma, insistió en morir en el que siempre había sido nuestro hogar, el piso de la calle Entença, y junto a mí. Ellos vinieron a vernos varias veces y Sergio una, pero fui yo quien no se separó jamás de ella. Contratamos los servicios de una enfermera, que me enseñó a ponerle las inyecciones de morfina y cada vez se quedaba menos tiempo, hasta que ya no la necesitamos. Mientras se mantuvo consciente, miramos álbumes de fotos y películas, hablamos y rememoramos los veintitrés años que vivimos juntas.

Lloré mucho. De rabia. Mi madre solo tenía cuarenta y un años. ¿Por qué tenía que morirse? Me enfadé con ella porque desde el día que le desvelé el diagnóstico de los médicos, asumió su muerte inminente con esa calma pasmosa que la caracterizaba. No había nada que se pudiera hacer, era demasiado tarde, pero me irritó que no se rebelara ni un ápice, que ante la muerte no mostrara ni pizca del inconformismo que años antes le había dado fuerza para enfrentarse a sus padres y a Sergio. Había dedicado su vida a mí y ahora se iba tranquila, dejándome en este mundo con la certeza de que yo me abriría camino sola, sin ayuda de nadie, tal como me diría Sergio tres años más tarde.

Se equivocaban. Se equivocaron los dos, otra vez. A una madre se la necesita siempre; su trabajo no termina jamás, ni cuando una se cree ya adulta.

Yo había salido bien. Eso fue lo que mis abuelos y Sergio le concedieron a mi madre, que a pesar de haberme criado sola y sin escatimarme mimos, me había convertido en una mujer responsable que había sabido escoger bien sus amistades, había estudiado y no había desperdiciado su juventud experimentando con las drogas, el alcohol y el sexo.

Sin embargo, se equivocaron, insisto. Se equivocaron al pensar que no los necesitaba, que ya estaba formada. ¡Solo tenía veintitrés años! Ahora

tengo veintiocho, no muchos más, pero entonces era una cría. Todavía no me había enfrentado a nada en la vida, todo me había ido bien porque al final del día sabía que mi madre estaría en casa esperándome para que le contara mis penas y alegrías.

Su muerte me dejó un vacío que no pude soportar. Así que después de un verano infernal, encerrada en Barcelona y sin ánimos para hacer nada, decidí irme lejos. Nada me ataba ya a esta ciudad, y así me convertí en una más de los jóvenes españoles con carrera universitaria y sin trabajo que se van a buscar la vida al extranjero. Solo que yo provengo de una familia adinerada y no me fui para buscarme la vida, sino para escaparme de ella. Si lo hubiera deseado, mi abuelo me habría conseguido un empleo en su empresa o en cualquier otra a través de sus contactos. Así mismo me lo dijo cuando fui a verlos para anunciarles que me iba.

—No quiero trabajo, vengo a pediros dinero —les dije sin tapujos.

De mi madre me quedaba una pequeña herencia, además del piso. Con su muerte, yo había pasado a ser máxima accionista de la empresa de mis abuelos, pero por cláusula no podía gestionar mis propias finanzas hasta cumplidos los treinta años.

Mi abuelo contestó justo lo que había esperado:

—Por supuesto, ¿cuánto necesitas?

—Bastante. Me voy a Estados Unidos a estudiar un máster. Ya he tramitado la solicitud y me han aceptado en la Universidad de Boston. Con el visado de estudiante podré además trabajar un máximo de veinte horas a la semana, pero eso no será suficiente para pagarme los estudios y la estancia.

Mis deseos eran órdenes para ellos: me ayudaron en todo lo concerniente a la parte económica. Llegué a Boston una semana antes de que empezaran las clases. Nunca antes había visitado Estados Unidos y aterrizar en el aeropuerto Logan sin nadie que me recibiera me causó una impresión extraña. Me sentí libre, tan libre que estiré los brazos y grité: «*Hello, America, here I am!*». Algunas personas me miraron divertidas, una incluso me respondió al saludo. Pero allí nadie me conocía, nadie sabía que acababa de apagarse la luz que me había guiado toda la vida, y que ahora me sentía perdida. Nadie sabía, ni siquiera yo, que estaba huyendo de mis raíces porque no era capaz de aceptar la muerte de mi madre. Escapé de casa sin haber pasado el duelo y durante tres años me engañé imaginando que ella

seguía en Barcelona, iba a su consulta a diario y, ahora que yo ya no estaba, incluso se había echado novio por fin. Me inventé una vida nueva para ella como mecanismo de defensa para mí, porque yo quería vivir la vida, ansiaba con todas mis fuerzas ser feliz y no deshacerme en un mar de lágrimas cada vez que recordaba que no volvería a verla nunca más.

Y así empecé una nueva etapa, que fue la mejor y la peor de mi vida. Durante tres años subí al cielo y bajé a lo más profundo del infierno varias veces. Conocí a gente y leí libros, y al final regresé a Barcelona siendo la misma Enya más esa gente y esas páginas leídas. Es decir: cambiada, marcada para siempre por unas circunstancias nuevas y sin haber resuelto aún las que había dejado atrás.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, septiembre de 2010

Me siento delante del ordenador y no soy capaz siquiera de colocar las yemas de los dedos sobre las teclas y empezar a escribir. Esto no va a ser fácil, pero siempre he creído que el bloqueo del escritor o el temor ante el papel en blanco es una falacia, una excusa fácil para vagos. No creo en la inspiración ni en las musas, sino en el trabajo duro y constante. Llevo más de la mitad de mi vida dedicado a las letras y si he conseguido ser un autor de éxito, ha sido gracias a mi autodisciplina: trabajo cada mañana de ocho a dos encerrado en mi despacho, descanso dos o tres horas para comer y hacer la siesta, y empleo otro par de horas por la tarde a corregir y reescribir. Así llevo trece novelas a mis espaldas, varios premios literarios y cierto prestigio. Antes de cumplir los cuarenta años ya me pude permitir lo que muy pocos han conseguido en este país: dedicarme exclusivamente a escribir. Es cierto que sigo colaborando en un periódico, y no me quejo del sueldo que recibo por ello, pero he llegado a un momento de mi vida en que empiezo a sentir cierta apatía. Más bien diría que estoy cansado. No de escribir, pues siempre he sentido la necesidad de contar historias y eso no creo que se me pase, sino de escribir lo que otros esperan de mí. Para ponerlo claro: estoy hasta el forro de los cojones de escribir lo que me pide la editorial, lo que se va a vender, lo que va a ser tendencia, lo que, según mi agente, piden los lectores. Ya tengo cierta edad —cuarenta y seis— para continuar complaciendo y contando más de lo mismo. Estoy aburrido y, aunque reconozco que he tenido suerte, ahora me apetece arriesgarme con algo diferente, desencasillarme de mi género, experimentar.

Antes de hablar con mi agente, se lo comuniqué a María, por supuesto. Con ella lo consulto todo, antes que con nadie.

—Tengo una crisis existencial —le dije—. Ya no quiero escribir más novelas policíacas.

—Pues es una pena —contestó ella fingiendo una calma que en realidad no sentía— porque a mí me gusta leerlas e intentar descubrir al asesino.

María es de esas esposas leales que aunque esté pensando: «¡Pero a qué viene esto ahora, condenado, con lo que nos ha costado mantener un poco de estabilidad económica, ahora se te ocurre tener una de tus estúpidas crisis!», me sale con que va a echar de menos a los asesinos. Ella ha leído y releído todas mis novelas, claro. No solo eso: las ha diseccionado, desmenuzado y analizado palabra por palabra de manera que han quedado presentables y legibles para mi agente y mi editora. Sin María yo no soy nadie, así de claro. Su trabajo tiene mucho más mérito que el mío, y más aún teniendo en cuenta que a ella ni siquiera le gusta la novela negra.

—Lo hago por ti —le dije en tono de burla—. Por fin voy a escribir algo para ti, para que lo disfrutes de verdad. Te lo debo.

—Por mí no lo hagas, amor. Es a la editorial y a los lectores a quienes tenemos que mantener contentos. Yo me conformo con el dinerito que nos llega cada mes y nos paga las vacaciones. Esto es un trabajo, Alberto, no lo olvides, y no son tiempos para encapricharse y cambiar de rumbo. Tus novelas gustan, hemos tardado años en conseguir que tu nombre sea reconocido, y ahora ¿quieres cambiar? ¿Vas a defraudar a un público fiel que espera con ansia la publicación de tu próxima novela?

—Precisamente por eso, mi vida.

La abracé por detrás, rodeándole la cintura, y puse mi mano sobre la suya para que soltara la cuchara de madera con la que removía el sofrito. Le quité el delantal y la invité a bailar. Esta vez un vals, lento.

—Ya soy alguien, he ganado dos de los premios más importantes en literatura española, la gente se toma en serio lo que escribo, hasta lo que digo… He alcanzado el punto en que puedo permitirme escribir lo que me dé la gana, y eso es lo que quiero hacer. Por el dinero no nos tenemos que preocupar; mis otras novelas se siguen vendiendo y la que tengo pensada también lo hará.

—Eso no lo sabemos —repuso ella—. Si no gusta, podría hundirte en el olvido. El mundo editorial es cruel, como hemos comprobado muchas veces. Ahora eres un niño mimado, todos te van detrás, pero si no sigues ofreciendo lo que te piden, nos pueden arruinar. Una mala crítica o un fracaso de ventas nos pueden costar mucho. Y no está el horno para bollos.

Está todo cambiando demasiado, ahora se lee en digital, hay piratería… No es momento para riesgos.

—Pero estoy aburrido, cariño, entiéndeme… Necesito un reto. Escribir se ha convertido en una monotonía, un trabajo como cualquier otro, otra novela siguiendo más o menos el mismo patrón que la anterior. Tengo que cambiar.

María, mi querida María, suspiró antes de claudicar.

—Haz lo que quieras. No estoy de acuerdo y tengo miedo, pero sabes que te apoyaré. Contigo pan y cebolla. Gracias a Dios que yo aún conservo mi trabajo.

Entonces hablé con Núria, mi agente, otra mujer extraordinaria. El mundo está lleno de ellas, y yo he tenido la gran fortuna de ser un hombre sin miedo a aceptar su superioridad sobre nosotros. Al contrario, he sabido rodearme de ellas y aprovecharme de su trabajo e inteligencia, por lo que me he sentido como un parásito, como si en realidad no las mereciera. Me sorprende que ninguna me haya echado en cara todavía que mi éxito se lo debo a ella. Tengo la sensación de que esas mujeres valientes, inteligentes y trabajadoras velan por mí como si fueran mis ángeles de la guarda. Cada vez que se publica una novela mía y alguien hace la analogía tan popular de compararlo al nacimiento de un hijo, yo bromeo, aludiendo a mis tres comadronas: María, Núria y Cristina, mi editora. Pero no es broma.

A Núria la tengo desde que a los veintiún años recién cumplidos le entregara el manuscrito de mi primera novela. Ahora que lo pienso, se me cae la cara de vergüenza: estaba fatal. Pero yo entonces era un pardillo. Esa primera novela, con un estilo farragoso y plagada de erratas y fallos gramaticales, era un sucedáneo de las historias de Arthur Conan Doyle, con la variante de que la acción ocurría en Córdoba.

Hacía apenas seis meses que Núria había entrado a trabajar como lectora en la agencia literaria más prestigiosa del país, y solo tenía diecisiete añitos. Yo llegué a la Ciudad Condal en mi destartalado dos caballos un jueves por la noche. Me registré en una pensión barata de Las Ramblas y dediqué el día siguiente a entregar personalmente mi novela fotocopiada a diez agencias literarias. En la de Núria, me abrió la puerta ella misma. Ahora sé que el hecho de que fuera un viernes por la tarde resultó crucial; de haber sido lunes, quizás no se habría molestado ni en leer la primera página de mi manuscrito. Desde entonces, siempre he escogido un viernes para conseguir

algo, cuando la gente en general está más abierta a todo y de mejor humor porque se acerca el fin de semana. También es cierto que de las nueve agencias restantes jamás recibí respuesta alguna, así que el truco del viernes solo tuvo un diez por ciento de éxito.

Núria era bajita y tímida, iba vestida de manera informal y llevaba unas gafas de montura negra que la hacían parecer una colegiala. Le eché unos catorce años y a punto estuve de preguntarle si se encontraba su madre en casa. No sospeché que tras cerrar la puerta, se metería mi novela en el bolso y dos horas más tarde empezaría a leerla en el autobús de vuelta a su casa, y que no saldría de fiesta con sus amigos como habría sido lo normal a su edad, sino que se encerraría en su habitación y se la leería de cabo a rabo. Y el lunes, a primera hora, se dedicaría a escribir su informe de lectura y hablaría con la dueña de la agencia, la ilustre Laura Raventós, y la convencería para representarme. Esa misma mañana llamó a casa de mis padres en Córdoba, mientras yo ya estaba en Madrid, realizando el trabajo inútil de entregar cinco ejemplares más de mi novela a una agencia y cuatro editoriales. Al llegar, mi madre me dio la gran noticia de que una agente literaria de Barcelona se había interesado por mi trabajo.

Por suerte para mí, no encontró editorial para esa primera novela. Mucho más tarde, me confesó que ante todo fui yo quien le cayó en gracia, y ese fue el motivo por el que se metió la novela en el bolso. Hizo bien en no decírmelo hasta años más tarde, porque el engaño de creer que había escrito algo que valía la pena me animó a trabar mi segunda novela. Pero para entonces ya me había enamorado de María, que estudiaba Filología Hispánica y fue mi salvación. Para mi segunda novela, *Crimen en la mezquita*, Núria sí consiguió una editorial, y poco a poco me fui abriendo camino en el mundo de la literatura.

Han pasado veinticinco años desde aquellos inicios y ahora me parece increíble haber tardado tanto en aburrirme de la monotonía de escribir siempre lo mismo. Tiene razón María: es un trabajo como cualquier otro, y yo, como la gran mayoría de mortales, estoy hastiado de mi trabajo.

Núria se tomó mi decisión de escribir algo totalmente diferente con más optimismo que María. También es cierto que a ella le conté todo el argumento por teléfono, cuando la llamé el martes pasado. A María todavía no se lo he contado; su reticencia inicial me frenó, y de todos modos, ella nunca quiere saber nada del proceso creativo, prefiere que sea una sorpresa.

Cuando le entrego una novela, primero la lee (en menos de dos días) para conocer la historia. Después la relee con lentitud irritante, y me la devuelve con los márgenes y el interlineado tan garabateados de rojo que parece que entre los dos hayamos diseñado un tablero de Backgammon; lo que más duele son las largas rayas en diagonal tachando párrafos enteros.

—Es una idea genial —opinó Núria—. Una protagonista femenina, de veintipocos años, que se vale por sí misma, se toma la justicia por su mano… Una Lisbeth Salander española.

—¿Quién es Lisbeth Salamandra?

—Salander, Salander. No me digas que todavía no has leído *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Es un boom. Obra póstuma de un periodista sueco, de lo mejorcito que he leído en novela negra, aparte de las tuyas, claro está.

—No, no me has entendido. Quiero abandonar la novela negra.

—Vaya, pues ahora no es un buen momento. Va a haber un auge, ya verás. Pero lo de la protagonista joven y femenina sí que es un acierto.

—Pues a eso voy, ¿y dices que este sueco está muerto?

—Murió de un ataque al corazón justo antes de entregar la tercera novela de una trilogía que ha sido todo un éxito en Suecia y también lo está siendo aquí. Yo ya he empezado a leer la segunda y estoy totalmente enganchada.

—¿Y antes de morirse ya había publicado algo?

—No, era periodista, pero solo hace nueve años que empezó a escribir novelas. Estas las terminó en tres años y había empezado una cuarta. Se murió sin que a su editor le diera tiempo de publicar ninguna. De un ataque al corazón, por cierto.

—Eso ya me lo has dicho.

—Pues eso. Era fumador compulsivo. En eso me ha recordado a ti. Hay que cuidarse, Alberto.

—Gracias por el consejo, Núria, pero ¿qué te parece mi idea?, ¿me ves capaz de escribir algo así o solo una mujer podría hacerlo?

—No sé, chico… Tú escribe, escribe, y luego yo leo y hablamos.

Y aquí estoy, delante de la rayita parpadeante sin haber escrito todavía nada. Eso no me ha ocurrido nunca antes porque, como digo, yo no creo en las musas ni en la inspiración. Ya lo tengo todo pensado y en cualquier momento voy a ponerme a teclear, aun sin estar seguro de ser capaz de

hacerlo, pero con una extraña sensación de que cuando me ponga no podré parar, y cada palabra que surja de mis dedos se grabará en piedra y no se podrá borrar.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Durante las tres primeras semanas en Boston estuve tan ocupada que apenas tuve tiempo de pensar en ella. La primera noche me alojé en un hotel y continué todo el día, mientras luchaba por ajustarme a la diferencia horaria, con una sensación de euforia por la libertad que me proporcionaba mi anonimato.

Al día siguiente encaminé mis pasos hasta el Editorial Institute, que sería mi nueva facultad durante los próximos meses. Me tomé mucho tiempo en llegar, observando todo a mi alrededor, maravillada. Me detuve en una tienda Brooks a comprar una botella de agua y unos chicles, y cuando los pagué, la cajera me dijo:

—*Have a nice day.*

—*Thank you very much! You too!* —exclamé con una alegría desbordada a la que ella respondió con una sonrisa entre divertida y sorprendida.

Ahora que lo recuerdo me río. Qué ingenua era. Creí que esa persona que no me conocía de nada deseaba de verdad que yo tuviera un buen día. Pronto me di cuenta de que no era más que una fórmula de cortesía, repetida decenas de veces a lo largo del día. La primera vez actuó como un bálsamo en mí y me elevó cinco centímetros del suelo, en el camino a la felicidad que estaba convencida de que me esperaba a la vuelta de la esquina. El resto de cientos de veces que la escucharía a lo largo de mis tres años en Boston ya no surtió el mismo efecto, pero de todos modos era de agradecer. En Barcelona los desconocidos no me saludaban por la calle. Las únicas personas con las que intercambiaba palabras amables en mi barrio eran las dependientas de la panadería de la esquina, pero solo porque eran sudamericanas y la simpatía es algo natural en ellas; aun así, no se enteraron de que me quedé huérfana ni de que escapé volando a otro país, y cuando volví al cabo de tres años, solo una de ellas comentó: «Mucho tiempo sin verte por acá». Ella parecía que no se hubiera movido. Yo, en

cambio, había iniciado otra vida, adonde creía haber ido ligera de equipaje. Sin embargo, regresaba a Barcelona con las maletas a reventar, para encontrarme más bagaje en casa y todavía sin arreglar.

Siempre había sido una lectora voraz de novelas y la que me dio la idea de investigar en internet si existía ese tipo de curso fue precisamente una titulada *The Novel*. Escrita desde cuatro puntos de vista —los del escritor, la editora, el crítico y el lector— me sumergió en el apasionante mundo de la producción de una novela a la manera tradicional. Habían pasado casi diez años desde su publicación y la industria editorial estaba cambiando vertiginosamente, sobre todo con la creciente popularidad de los libros digitales, así que «la novela» me pareció algo anticuada, pero lo que saqué de ella fue la convicción, que se me apareció como en una bombillita sobrevolando mi cabeza, de que quería ser editora. Me identifiqué con el personaje de la novela en muchos aspectos; el principal fue el amor por los libros. Soy una *lletraferida*, palabra catalana que se puede traducir literalmente como «letraherida», aunque en castellano no suena tan bonito: apasionada de la literatura, herida por la flecha del amor a las letras.

Sin embargo, no escribo. Ni siquiera mi historia la he escrito yo. No, yo solo leo, y siempre he leído mucho, algo que también heredé de mi madre. Crecí entre libros, con todas las paredes del piso de Entença cubiertas de estanterías repletas de los viejos ejemplares en papel de mi madre. Los devoré todos.

De pequeña leía por el puro placer del entretenimiento, pero a medida que crecía en madurez intelectual y leía más y de todo, no ya solo los libros de aventuras de Enid Blyton, sino también los clásicos de la literatura española, francesa y rusa, me volví más exigente. Ya de adolescente empecé a fijarme en los fallos de algunas novelas contemporáneas que se publicaban en nuestro país. Algunos eran tipográficos, otros de estilo; en algunas ocasiones me defraudaba la trama, me encontraba diciendo en voz alta: «Yo esto lo hubiera resuelto de otra manera». Me aficioné a escribir cartas a las editoriales, sugiriendo mejoras o señalando usos incorrectos del gerundio. Nunca me contestaban pero yo no dejaba de hacerlo, era como un pasatiempo. A medida que crecía mi espíritu crítico, disminuía la calidad de los libros que leía. Me enfadaba con ellos, no los terminaba, los lanzaba contra la única pared del salón que no estaba revestida aún de ellos.

Mi madre me regañaba; era en las únicas ocasiones que lo hacía. Para ella los libros eran sagrados, aunque fueran malos. Los cuidaba con un cariño que bordeaba el fetichismo. Jamás doblaba una esquina para marcar la página ni escribía nada en ellos. Si eran de tapa blanda los plastificaba y si eran de tapa dura jamás les quitaba el forro. En el bolso llevaba siempre uno envuelto en una bolsa de plástico para que no se le deterioraran las hojas por el roce con los otros objetos.

—¡Pero cómo se atreven a publicar algo así! —me justificaba yo—. «Había sido reportada desaparecida», ¡qué clase de frase es esta! Cada vez es peor.

Los últimos años ella lo achacaba a la maldita crisis de la que se hablaba tanto. Todo era culpa de la crisis, hasta el hecho de que las editoriales invirtieran cada vez menos en buenos correctores, editores y traductores. La lengua inglesa estaba causando estragos en la nuestra y todavía sigue. Ahora, seis años más tarde, es peor. No solo hay cada vez más anglicismos en la lengua hablada sino también en la escrita. Cuando regresé de Boston lo noté aún más. Palabras que en castellano no había oído nunca ahora son de uso común gracias al inglés. Estoy a favor de la flexibilidad de la lengua y creo que adaptar vocablos nuevos cuando en castellano no existe el equivalente la enriquece, pero cuando no es así, como en el caso de *target*, que en castellano siempre ha sido «objetivo», me molesta. Lo que más me indignaba era toparme cada dos por tres con construcciones propias del inglés que en castellano suenan fatal.

—Se abusa de la voz pasiva —le recriminaba a mi madre como si hubiera sido ella la autora de la novela que acababa de tirar contra la pared —. Y de los gerundios. Estamos tan americanizados todos, llevamos tanto tiempo copiándoles hasta la manera de escribir que ya no sabemos redactar bien ni en nuestra propia lengua.

Y si al menos los españoles habláramos bien el inglés, se nos podría excusar, pero no: nos servimos de él para destrozar el castellano pero sin aprenderlo.

Ya en la época en que mi madre vivía y yo me enfadaba con los libros mal escritos, se me había pasado por la cabeza apuntarme a un curso de corrección y edición, y trabajar de *freelance* —ahí otro anglicismo, ¿por qué no he dicho «por mi cuenta»?— para alguna editorial española, pero tal como estaban las cosas lo mejor era formar parte del colectivo de españoles

por el mundo buscando una oportunidad fuera de España. Además, yo era la primera que necesitaba perfeccionar la lengua de los estadounidenses —no cometeré el error de llamarla la lengua de Shakespeare— para volver a la esencia de la nuestra. Tenía que irme al imperio para vivir de cerca la cultura que llevaba tantas décadas comiéndose al mundo.

Al principio todo pareció tan fácil… En el Editorial Institute me trataron como si llevaran toda la vida esperándome. Un profesor me asesoró no solo sobre las asignaturas que iba a estudiar sino sobre las opciones de alojamiento. Deseché la idea del *dorm* y me decanté por compartir un apartamento. Así fue como conocí a Nancy, la que se convertiría en mi mayor confidente, mi amiga y hasta mi psicóloga.

Aunque ninguna de las dos lo sabíamos aún, nuestro encuentro ocurrió en el momento y las circunstancias más propicios para ambas. Yo era vulnerable, mucho más de lo que sospechaba, y estaba tan dispuesta a empezar una nueva vida que me enamoraría casi sin darme cuenta, o sin pararme a pensar en las consecuencias de liarme con un hombre americano. Ella era un torbellino de seguridad; a primera impresión podía parecer hasta arrogante.

El profesor me había dado la dirección del apartamento que compartiría con ella, si estábamos las dos de acuerdo, claro. Si no nos caíamos bien, ella seguiría esperando, y yo podía seguir buscando; el apartamento era lo de menos, lo más importante era que me llevara bien con mi compañera.

Cuando llegué, encontré la puerta abierta. Tuve que golpearla un par de veces para que notara mi presencia por encima de la música de Coldplay que salía de un MP3 enchufado junto a la puerta. Sonaba el tema *Viva la vida*. Hay momentos de la vida que, aunque fugaces, se recuerdan siempre. Ella estaba doblando ropa y guardándola en un armario mientras cantaba y bailaba. No oyó mis golpes y me quedé allí plantada, escuchando la música —*I used to roll the dice, feel the fear in my enemy's eyes*— hasta que se giró y por fin reparó en mí. Se acercó y se presentó con toda naturalidad:

—*I'm Nancy.*

Me miró con los ojos entornados como si estuviera analizándome ya, y me sentí intimidada. Logré sonreír, recordándome a mí misma que todo iba a salir bien. Me tendió la mano y, como en un acto reflejo, la tomé. Su apretón me cogió por sorpresa: era fuerte y firme como el de un hombre. A través de él sentí un flujo de energía positiva y supe al instante que no

tendría que ir a ver ningún apartamento más. Desde entonces pienso que darse la mano es una manera de conectar mucho más efectiva que los dos besos de cortesía que intercambiamos en España cuando conocemos a alguien. Hasta en eso saben más los americanos. A lo largo de esos tres años me iba a dar la mano con mucha otra gente, y siempre repararía en ese instante de conexión. Ninguno sería como el que compartí con Nancy, ni siquiera el de Patrick, cuando lo conocí un par de meses más tarde.

—Me encanta el sitio —dije.

—Bienvenida. —Esbozó una gran sonrisa—. *I like you.*

Pronto me acostumbré a su manera tan directa de afrontar la vida. Nancy no tenía pelos en la lengua, decía las cosas tal cual eran y enseguida sabía si alguien le daba buena espina o no. (Patrick no le daría buena espina). Desde el principio me pregunté si esa pasmosa confianza en sí misma tenía algo que ver con su físico, pues su belleza y porte eran de los que hacen girar cabezas y estamparse contra las farolas. No era muy alta y, para compensarlo, llevaba tacones de plataforma, al contrario que yo, que mido un metro ochenta y siempre he ido plana. Ella no llegaba al metro sesenta y a menudo bromeaba sobre lo mismo. «Se supone que los españoles sois bajitos, haz el favor de sentarte en mi presencia», me decía. Por parte de madre era de ascendencia noruega y había heredado el pelo rubio y los ojos azules. Quizás los que la miraban tanto por la calle la tomaban por una muñeca, una *bimbo,* como decía ella despectivamente, una rubia preciosa y tonta, pero lo cierto es que lo único que tenía de muñequita era el nombre y el deslumbrante atractivo físico. Era de San Diego y había llegado a Boston, como yo, para estudiar un máster pagado en su caso por sus adinerados padres, ambos psiquiatras eminentes. Nancy estaba en perpetua batalla adolescente contra ellos y había decidido especializarse en Psicología.

—No para fastidiarlos, más bien para desempastillarme.

—Mi madre también es psicóloga, ¡qué casualidad! —exclamé con alegría y dándome cuenta demasiado tarde del uso incorrecto que acababa de hacer del tiempo verbal.

—Hoy en día quién no lo es —contestó ella con un ligero encogimiento de hombros—. O psicólogos o escritores, somos una plaga, todos analizándonos unos a otros, y buena falta que nos hace: en mayor o menor medida estamos todos jodidos gracias a nuestros padres. Y ahora, por si

fuera poco, también tenemos entrenadores emocionales. —Hizo una pausa y me preguntó—: Tú no serás escritora, ¿no?

—No… editora. Bueno, a eso aspiro, editora literaria.

—¿Y también corriges? Es que yo para eso soy pésima y necesitaré ayuda con los trabajos. El corrector de Word no sabe decirme cuándo tengo que escribir *their* o *they* apóstrofe *re*.

—¡Pero si ni siquiera soy nativa! Aunque la diferencia entre «su» y «ellos son» es muy fácil, te la puedo explicar. —Me reí.

—No me expliques nada, tampoco sé distinguir entre *its* e *it* apóstrofe *s*. Te pagaré.

—Bueno… ¿por qué no?

—Trato hecho, pues. —Me tendió la mano y por segunda vez en menos de diez minutos volvió a fundirse con la mía en un fuerte apretón—. En un solo día has encontrado alojamiento y trabajo. No está mal, ¿eh?

Quién nos iba a decir entonces que la que había encontrado trabajo conmigo era ella, que para su tesis se inspiraría en mí o, mejor dicho, en «mi caso», *your case*, como decía ella, que en realidad no era mi caso; yo era solo la víctima.

Empezamos las clases una semana más tarde y casi enseguida nos metimos de lleno cada una en lo suyo. El máster exigía mucho tiempo de dedicación fuera de las aulas. Ambas teníamos pilas de libros por leer y *papers* —o trabajos— por escribir. Coincidíamos poco en casa; para estudiar yo prefería cobijarme en la biblioteca y ella lo hacía en un Starbucks. Nos tomábamos nuestras respectivas carreras muy en serio, pero cuando a finales de octubre una conocida suya nos invitó a una fiesta de Halloween, las dos aceptamos como si nos estuviéramos concediendo una tregua después de los dos primeros meses de intenso trabajo. Y fue esa noche de todos los santos cuando conocí a Patrick, que de santo solo tenía el nombre y del que me enamoraría de una manera totalmente irracional. Solo ahora que ya no estoy en las garras de su amor malsano puedo ver cómo llegó a apoderarse de mí hasta el punto de casi destruirme. Con la perspectiva del tiempo sé que de no ser por Nancy seguramente no habría sobrevivido.

Pero Patrick no era un monstruo. No era malvado, era un enfermo que negaba su enfermedad. A mí nunca me confesó que tuviera problemas, fui yo quien lo sugirió mucho más tarde. De entrada, me pareció encantador.

Me llamó la atención porque era la única persona de la fiesta que no iba disfrazada ni siquiera con un sombrero o una careta de cartón. Nancy y yo tampoco nos habíamos disfrazado con mucho esmero, pero algún atuendo raro sí nos habíamos puesto para que alguien encontrara la excusa de preguntar de qué íbamos.

—De enfermera, ¿no está claro? —le contesté, señalando mi bata blanca.

—No. Creí que ibas de camarera y he estado a punto de pedirte una copa —me dijo riendo, y posó su mano en mi hombro por unos segundos, como para sostenerse.

Me sorprendió tanto esa familiaridad en un americano que a punto estuve de preguntarle si no lo era. Ya me estaba acostumbrando a la falta de contacto físico con mis compañeros de estudios. Ni siquiera Nancy y yo nos tocábamos apenas. O era extranjero, o estaba borracho. Pero fue él quien me preguntó de dónde era mi acento y al momento supe que tampoco estaba borracho.

—¿Y tú de qué vas disfrazado?

—De mí mismo. No tengo nada que esconder.

Esa fue la primera mentira que me dijo. Si Nancy hubiera estado presente habría soltado uno de sus característicos «*Ha!*», que querían decir: esta sí que es buena. Pero eso no iba a ocurrir hasta que se lo presentara otro día, cuando para mí ya fuera demasiado tarde y me sintiera incapaz de seguir su consejo: «Corre, corre, corre, cuanto más rápido y lejos mejor». Y qué curioso es que no solo le creí sino que pensé que era valiente por desenvolverse con tanta soltura en medio de una jauría de gente que se camuflaba con máscaras y pelucas de colores. Él iba vestido con pantalones de pinzas y una camisa azul celeste, como si hubiera venido directamente desde la oficina. Más tarde supe que, en efecto, había sido así, y había acudido a la fiesta con un amigo de toda la vida y su mujer pero, como yo, se había quedado solo mientras sus amigos bebían, bailaban, se abrazaban, se recriminaban y se besaban, no en este orden sino casi todo a la vez o en caótica secuencia. Y me había visto, bailando en medio de la sala, sola y tan alta. Yo estaba esperando a que Nancy regresara con dos vasos de plástico llenos de *punch* y esa fue la excusa que le di a Patrick por estar sola. La busqué con la mirada mientras él no me quitaba sus intensos ojos de encima. Los tenía muy juntos; esa fue la primera impresión que me llevé. Parecía que se le iban a acabar juntando sobre todo cuando los entrecerraba,

algo que haría muchas veces al poner en duda mis palabras, tergiversándolas y asegurando que eso no era lo que yo había dicho.

Nancy no volvería con los vasos de ponche. Lo supe cuando por fin la distinguí entre las figuras disfrazadas, entremezclada con un vampiro de capa negra y pelo engominado que le besaba el cuello y la rodeaba con un brazo y que resultaría ser —eso me lo diría al día siguiente— una vampiresa. Patrick siguió el recorrido de mi mirada estupefacta y dijo:

—Parece que tu amiga te ha dejado por Drácula.

Él también pensó que se trataba de un hombre. Eso es lo primero que se nos ocurre, por muy progres y liberales que nos creamos: chica conoce a chico. A nosotros nos estaba pasando; los dos éramos heterosexuales y lo sabíamos, eso se detecta con el intercambio de las primeras miradas y palabras. Pero a Nancy hacía ya dos meses que la conocía y yo no sabía que era lesbiana —no lo era; era bisexual, aunque de los hombres no se enamoraba, de las mujeres sí, así me lo explicaría varias veces. En dos meses no habíamos hablado de sexo ni relaciones porque ni siquiera se nos había pasado por la cabeza comentar otra cosa que no fuera los estudios. Al día siguiente de la fiesta lo haríamos durante horas y a borbotones. Ahora pienso que fue un gran golpe de suerte que la amante de Nancy de esa noche tuviera un aspecto tan varonil y que, a pesar de su broma, Patrick creyera que mi amiga me había dejado por un hombre, no por otra mujer. Porque sin duda él también reparó en el precioso rostro de Nancy con los ojos cerrados y la boca entreabierta, congelado en un momento de éxtasis. Mi mirada se fue sin querer a su entrepierna, pero no vi nada que delatara una erección, estaba demasiado oscuro; de todos modos, la retiré rápido. Estoy segura de que él más tarde recordaría esa escena y sabría quién era ella, y pienso aún en la suerte que tuvimos de que no sospechara jamás que Drácula era una vampiresa.

Así fue como nos conocimos. En una fiesta, de la manera más prosaica, y fui yo quien propuso que fuéramos a buscar un par de bebidas, pensando —con acierto— que a Nancy ya no la vería más esa noche. Nos sentamos en un sofá y conversamos sobre lo que nos había traído allí y un poco sobre nuestro pasado más reciente, para situarnos. Él era cinco años mayor que yo; esa noche no me lo dijo, pero enseguida adiviné que no era estudiante. Meses más tarde me hablaría de matrimonio de esta manera: «Soy muy joven todavía para pensar siquiera en casarme» y me sorprendería porque yo nunca lo consideré una persona joven. La joven e inexperta era yo, en

todos los ámbitos. Él era un hombre hecho a sí mismo, que provenía de una familia humilde y trabajadora, católica —aunque la única vez que los vería hacer algo remotamente religioso fue el día que bautizaron a su sobrina— y, cómo no, irlandeses. Había montado su propio negocio de *consulting* con nueve mil dólares tomados de préstamo de tres tarjetas de crédito; al año pudo devolver todo el dinero, empezar a generar beneficios y pagar un sueldo a sus dos empleados. Siete años más tarde, era el director de una empresa en creciente expansión con veinte empleados ya. Pero eso no fue lo que me contó esa primera noche, en la que apenas hablamos de trabajo ni de dinero. Antes de desvelarme que en una época de recesión mundial él pertenecía a la minoría de jóvenes que había tomado el camino de convertirse en millonario, tenía que saber quién era yo y sobre todo asegurarse de atraerme por su encanto y carisma, no por su dinero. La conversación se centró en mí; él me preguntaba y yo le respondía a todo sin darme casi cuenta de que cuando yo me interesaba por algún aspecto de su vida, él me contestaba de manera que volvíamos a mí, a lo que hacía yo en Boston, cuánto tiempo pensaba quedarme, cuáles eran mis aspiraciones para el futuro y… qué planes tenía para el fin de semana siguiente. Me escuchaba con su mirada penetrante fija en mis ojos; yo a veces desviaba la mía, me ponía nerviosa. No le hablé de mi pasado, porque para mí no existía, lo había apartado completamente y mi nueva vida en Boston era un paréntesis. Yo solo miraba hacia el futuro, con una ilusión tan pueril que supongo que eso fue lo que le atrajo de mí, y el hecho de que hubiera llegado sola a América a abrirme camino.

—Me gustan las mujeres independientes —me dijo cuando ya llevábamos casi dos horas hablando y tres vasos del ponche peleón.

Entonces se me encendió una alarma y decidí que ya era hora de volver a casa, y sola.

—Te llevo —se ofreció él.

—No. Tomaré un taxi.

Él sonrió, no insistió y nos despedimos sin intercambiar números de móvil, sin la promesa de volvernos a ver, sin nada más. Cuando llegué al apartamento tuve una sensación de pérdida, de haber dejado pasar una oportunidad. Patrick era tan guapo y seguro de sí mismo que el hecho de que hubiera pasado dos horas conmigo en una fiesta parecía una equivocación. ¿Por qué se habría fijado en mí? Por eso no dejé que me

acompañara, porque yo fui la chica desgarbada que vio en medio del salón, como colgada, y él estaba aburrido en un lugar en el que tampoco encajaba.

Resultó que mi rechazo fue un desafío para él. Se propuso buscarme y me encontró. No es que fuera muy difícil, claro: sabía dónde estudiaba y yo era probablemente la única española llamada Enya —y encima alta— en todo Boston. Aun así, me sorprendió verlo unos días más tarde esperándome en la calle, a las puertas de la facultad, apoyado contra un BMW plateado, los brazos cruzados y una amplia sonrisa.

—Al final no me aclaraste si estabas libre este fin de semana —dijo a modo de saludo.

Me reí. ¿Cómo podía ser tan chulo y aun así salirse con la suya?

—Bueno, mientras te lo piensas, te invito a ver los gansos canadienses del río. Puedes fiarte de mí, nunca descuartizo a nadie en pleno día.

El Editorial Institute es una de las muchas facultades que forman la Universidad de Boston y están ubicadas a lo largo del río Charles. Desde allí, solo teníamos que doblar la esquina y cruzar un puente para llegar al paseo conocido como el Charles River Esplanade.

—¿No emigran? Hace bastante frío…

—Qué va. Si tenemos suerte, nos dejarán un trozo de hierba para ver la puesta de sol.

Caminamos por la orilla del río Charles y hablamos sin parar. Nos sentamos a contemplar la caída del sol y nos levantamos cuando el frío de noviembre empezaba a calarnos los huesos. Él propuso un sitio informal para ir a cenar en Faneuil Hall y tomamos el tranvía hasta allí. Degustamos una cena rápida pero deliciosa de *lobster roll* —bocadillo de ensalada de langosta— y *clam chowder*, la famosa sopa espesa de almejas y patata tan típica de Nueva Inglaterra, que entraba muy bien en esa época del año. Solo entonces, después de tanta charla y una buena cena, recordé en voz alta que tenía que escribir un *paper* o al menos empezarlo.

—Sí, yo también tengo que trabajar mañana —dijo él y, guiñándome un ojo, añadió—: No quedaría muy bien que el jefe saliera de la oficina dos horas antes para encontrarse con una chica guapa y encima al día siguiente llegara tarde a trabajar.

Le sonreí, aceptando el piropo y entrando en el juego del cortejo. Solo nos habíamos visto dos veces pero ya me había encandilado y él lo sabía.

No obstante, yo era tan responsable que irme a casa a estudiar era de veras mi prioridad en esos momentos, y él era un caballero y no daría el paso de besarme hasta que estuviera convencido de que yo le iba a corresponder.

Esa vez sí acepté que me acompañara a casa; primero teníamos que coger el tranvía de vuelta y caminar un poco hasta donde había aparcado su coche. Me sorprendió que sacara del maletero un armazón para sujetar bicicletas. Solo más tarde caí en la cuenta de que él se había anticipado a todo lo que iba a pasar, incluso había planeado llevarme a casa. Al aceptar, fui consciente de que daba un paso importante: ahora ya sabía dónde vivía; también intercambiamos números de móvil, incluso me dio el suyo del trabajo.

Una hora después de despedirnos le mandé un mensaje de texto para agradecerle la grata tarde que habíamos pasado. Me respondió enseguida diciendo que él también lo había pasado bien. Creo que ese fue el momento en que me enamoré de él, porque el mensaje, aunque escueto, estaba escrito sin una sola abreviatura ni falta de ortografía, incluso había respetado las mayúsculas. Sin embargo, durante dos o tres días no supe nada más de él. Estuve tentada de llamarlo pero no se me ocurría qué excusa podía usar, y caí en la cuenta de que nunca antes había ido detrás de un hombre. Después de Guillermo no me había vuelto a gustar nunca un chico tanto como para invertir demasiado tiempo pensando en él. A lo largo de los años había tenido aventuras, casi siempre primaverales y veraniegas, nunca nada serio como para considerarme siquiera una monógama en serie, lo era más bien a temporadas. A menudo mi compañero de turno tampoco me tomaba en serio, aunque a veces sí: uno me dejó porque no me veía «lo suficientemente involucrada». Los estudios siempre habían sido mi principal preocupación, y al final de la carrera, además, la corta enfermedad de mi madre. Así que no tenía práctica en eso del amor y mientras seguía pensando en una excusa plausible para llamar al hombre que desde hacía unos días había colocado una sonrisa permanente en mis labios, volvió a adelantarse él, de manera original y espontánea, como haría siempre.

Salí de la ducha por la mañana y me lo encontré sentado en el salón de mi casa, con un pie encima de la rodilla de la pierna opuesta, hojeando unos papeles como si nada. Al verlo allí me quedé petrificada. Él me miró de arriba abajo y sonrió. Se levantó para darme una explicación, pero entonces apareció Nancy, que venía hablando incluso antes de entrar en el salón.

—Le he ofrecido una taza de café, pero aquí tu galán tiene otros planes.

—¿Qué tal si hoy cambias el paseo en bicicleta por un *muffin* gigante? Necesitas las calorías para el frío que va a llegar. Han dicho que este año la primera nevada caerá antes —propuso Patrick después de una larga pausa.

También él se había quedado como detenido en el tiempo al verme, con la boca medio abierta. Ese es uno de esos instantes, tan deliciosos, que rememoraría muchas veces después. Nunca antes había visto el destello del deseo tan vivo en los ojos de un hombre, porque nunca antes le había prestado atención. Había salido del baño con una toalla anudada alrededor del pecho que dejaba al descubierto mis larguísimas piernas, las mismas que tanto me habían acomplejado de adolescente y que ahora, en cambio, eran la envidia de Nancy, que me repetía: «Mataría por ellas, y no es broma; te las cambio por mis tetas». Días más tarde, él mismo me diría, mientras nos revolcábamos y reíamos a carcajadas después de haber consumado nuestro primer acto sexual, que el día que me vio salir de la ducha con el pelo mojado y las piernas que no se acababan nunca, me las habría abierto allí mismo y que solo la presencia de Nancy le ayudó a controlar el impulso.

Si hubiera sido otro quizás no me habría gustado esa irrupción inesperada en mi casa, pero Patrick ya me tenía embobada y yo ya estaba dispuesta a ver solo lo bueno en él. Además, esas magdalenas gigantes, con trocitos de frambuesa y chocolate blanco dentro, estaban tan buenas… Las comimos en su coche, acompañadas de un café humeante, yo procurando no hacer migas y él quitándole importancia. Fueron quince minutos escasos los que compartimos antes de que me llevara a la facultad y se fuera a trabajar, pero cuando nos despedimos me pregunté cómo sabría el café de avellanas de Dunkin Donuts en su boca. Aún tardaría en averiguarlo, aunque ya no me quedaba ninguna duda de que estaba colada por él.

Ese día estuve tan ilusionada que logré no pensar en mi madre en todo el día. Por primera vez no visualicé su rostro, algo que hacía a diario, conscientemente, para no olvidarla. Mi buen humor se desvaneció por la tarde, cuando quise saber qué impresión se había llevado Nancy de Patrick. Imagino que buscaba su aprobación, o al menos su aceptación. Estaba acostumbrada a que mi madre aceptara mis decisiones, quizás por eso habíamos sido tan buenas amigas. No esperaba que una amiga y además de mi edad actuara más como lo hacen las madres y menos como lo hacen las amigas, aunque su papel protector sobre mí ya había quedado patente en más de una ocasión.

—Hay algo en él que me da mala espina —dijo sin andarse con rodeos —. Es demasiado perfecto. Demasiado guapo, demasiado simpático, demasiado rico, demasiado encantador, incluso demasiado original. Además te digo que conmigo un tío que se presenta por la mañana y sin avisar para pillarme en pelotas no tiene ninguna posibilidad. —Y señalándome con un dedo acusador añadió—: Ten mucho cuidado.

Me dejé caer en la cama, desinflada como un globo, y tuve la tentación de acusarla de algo, de tenerme envidia quizás, porque yo estaba camino de encontrar el amor verdadero mientras que ella ni siquiera podía decidirse por la carne o el pescado. O quizás estuviera celosa de él, quizás estuviera secretamente enamorada de mí. Fuera lo que fuera, no me había dicho lo que yo esperaba oír. Sencillamente, había sido ella misma, Nancy, la que no tenía nada que perder, la que decía las cosas tal como las sentía, sin esconder nada, con esa sinceridad aplastante a la que yo no estaba acostumbrada pero por la que ahora, mirando atrás en el tiempo, le estoy tan agradecida. En esos momentos, sus palabras de advertencia no nos hicieron ningún bien. No me instaron a ponerme una coraza protectora contra Patrick, sino contra ella. No nos distanciamos, de hecho continuamos siendo muy buenas amigas, pero sí hice siempre el esfuerzo consciente de mantener mi relación con Patrick alejada de mi relación con ella. En definitiva, actué como lo hace una hija con su madre, lo cual no dejaba de ser irónico: ahora que me había quedado sin la que había sido más amiga que madre, mi compañera de apartamento asumía ese papel.

—Bueno, no esperarás que el primer día ya me muestre sus defectos. Todos escondemos algo. Dicen los psicólogos que solo pasados los primeros seis meses de una relación empezamos a mostrarnos como de verdad somos. Es normal, o no existiría la atracción física y sería el fin de la especie. Tú deberías saberlo.

Nancy había salido del salón, pero sabía que me estaba escuchando y la última frase la añadí aposta para picarla. Tal como esperaba, volvió a aparecer su cabeza por el marco de la puerta y, con un dedo levantado, repitió:

—Ten cuidado. Ten mucho cuidado.

Al día siguiente llamé a Patrick al trabajo. Quería borrar la sensación extraña que me habían dejado las palabras de Nancy, tenía la necesidad de escuchar su voz para que de alguna manera me reafirmara que no hay nada

de malo en ser demasiado perfecto. Pero no solo no hablé con él sino que me llevé una buena sorpresa con la secretaria que atendió la llamada.

—¿Quién lo llama y sobre qué es? —me preguntó.

—Soy Enya, y es personal.

—¿Sobre el personal?

—No, no, que no es un asunto de trabajo. Soy una amiga.

—¿Una amiga? ¡Yo soy su prometida! ¿Sobre qué es?

Me quedé sin habla durante unos segundos, pero por suerte, reaccioné a tiempo.

—Ah, pues… De hecho, sí que tiene que ver con el trabajo, pero como somos amigos… bueno, nos conocemos, mejor dicho, pues me dijo que podía preguntar por él directamente. No es para mí, es que… mi vecino Michael va a montar un taller y…

—¿Y dices que te llamas María? ¿De dónde eres? —me interrumpió.

—María no, Enya, como la cantante irlandesa, pero soy española, de Barcelona.

Me estaba poniendo nerviosa con el interrogatorio, pero sobre todo porque de repente me saltó una alarma. ¿Y si lo había interpretado todo mal? ¿Y si Patrick no tenía las intenciones con las que yo ya había empezado a recrear mis fantasías, y en realidad solo estuviera siendo amable o, peor aún, se estuviera compadeciendo de mí? Me vi la noche de Halloween, sola en medio de esa estúpida fiesta de disfraces en la que no conocía a nadie, y yo también sentí pena de mí misma al recordarme. La excusa de mi vecino era verdadera; ya le había comentado algo de pasada a Patrick y antes de marcar su número había ensayado las palabras que iba a pronunciar para que no se notara mucho que me moría de ganas por volver a oír su voz. Menos mal, pensé, menos mal que podía aferrarme a eso. Estaba a tiempo de salvar la situación y no quedar como una colegiala enamoradiza, pero ¿estaba prometido? «*This is his fiancée*», acababa de decirme la voz femenina que segundos antes me había dado las buenas tardes y el nombre de su empresa.

—Si me dejas tu número le diré que te llame. Ahora está reunido —dijo ella suavizando el tono; sin duda había notado mi sorpresa ante su actitud defensiva.

—No, da igual. No es importante. Gracias.

Tenía prisa por colgar, pero no quise hacerlo bruscamente, eso solo pasa en las películas o cuando una está enfadada, y yo me estaba esforzando por aparentar una naturalidad que no sentía. De todos modos, ya habría visto mi número en el dispositivo, ¿por qué me lo pedía? Tuve la sensación de que se reía de mí.

—Como quieras. Aun así, le diré que has llamado. Enya, ¿no?

Por fin solté el móvil como si me quemara las manos. ¡Vaya metedura de pata! ¿Cómo había podido tener tan poca vista o haber «leído tan mal las señales», como decían esos yanquis? ¡El tío tenía novia! Repasé mentalmente las tres veces que nos habíamos visto. En ninguna ocasión me había tocado apenas, y si lo había hecho había sido de forma casual, amigable. No me había llamado nunca por teléfono y solo me había enviado un mensaje, en contestación al mío… Pero me había dado su número personal y me había invitado a cenar y a desayunar… Como no lo entendía, perdí dos horas dándole vueltas hasta que me contenté con la conclusión de que la cultura americana era diferente y una vez más mi necesidad de cariño me había hecho imaginar algo que en realidad no existía. Me llevé una desilusión, para qué negarlo, pero al pasar los días sin saber nada más de él, volví a refugiarme en los estudios y me prometí a mí misma que de ahí en adelante prestaría más atención a las palabras y acciones de los demás sin dejarme llevar por mis sentimientos.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, diciembre de 2010

He empezado a escribir, por fin. Esta novela es tan diferente de todas que no sé cómo va a salir. Con las otras todo era muy sistemático. Hacía esquemas, perfilaba los personajes, recopilaba documentación… Antes de ponerme a teclear sabía ya el principio y el final. Para el escritor no había sorpresas, yo sabía de sobra quién había matado a quién y por qué, solo tenía que conseguir narrarlo de una manera que no fuera previsible para el lector, y resultara verosímil. En esta novela, en cambio, no sé muy bien lo que va a ocurrir, ni siquiera tengo claro qué pretendo hacer con el personaje femenino que ha empezado a formarse en mi cabeza.

Se trata de una joven de unos veinticinco años que llega del extranjero para abrirse camino en el mundo editorial. Al principio tenía la imagen de Núria como modelo para trazar el carácter de mi heroína, pero se me fue mezclando con aspectos de María. Al final, no es ninguna de las dos. Núria es solo cuatro años menor que yo, y María uno. Somos los tres cuarentones —joder, qué mal suena eso— y mi heroína es joven, como la Salander esa. Ya he leído la famosa trilogía que me recomendó Núria. Me ha gustado, aunque la empecé por curiosidad, no para sacarle ningún provecho profesional. Que los protagonistas sean una joven y un hombre bastante mayor que ella ha sido una casualidad, pues yo ya lo tenía pensado. Pero los míos no son una investigadora y un periodista, no. Ella es editora y él escritor. O sea que también tiene algo de Cristina, mi propia editora, aunque sea solo la profesión, o ni siquiera eso, porque mi heroína será una editora diferente, que va a traer un aire fresco al mundo editorial español, que va incluso a revolucionarlo; será una pionera.

Y el personaje de él, el escritor, voy a ser yo mismo, ¿por qué no? Me divierte basarme en mí mismo para crear un personaje de ficción. No lo he hecho nunca antes y es un reto. De todas maneras, soy yo pero no soy yo. Escritor fumador y bebedor, que sin embargo se mantiene en forma porque

le gusta bailar; torpe y despistado en la escritura, capaz de relatar una buena historia pero con mil fallos garrafales… Hasta ahí todo coincide con la realidad, pero su vida es diferente. Tiene que serlo para que exista la excusa de que se conozcan. Él estará solo, incluso desamparado, quizás su carrera literaria se haya estancado…

Yo no estoy solo y mi carrera profesional está en el momento álgido, por eso precisamente puedo permitirme esta excentricidad. Tengo a María, el amor de mi vida, lo mejor que me ha pasado jamás, a quien no cambiaría por nadie, ni por una veinteañera de melena color café con leche, ojos verdes, piernas kilométricas y una belleza que todo el mundo ve menos ella misma. Para eso tengo la ficción, para crear esas otras vidas paralelas que no van a afectar en nada a mi realidad, que deseo inalterable.

María apareció en mi vida poco después de haber terminado esa primera novela que me llevó a conocer a Núria. Mi primera novela, *Enigma en la mezquita*, se publicaría solo después del modesto éxito de la segunda, pero tan cambiada y revisada que poco tenía que ver con la original. Por eso aún hoy tengo la sensación de que no la escribí yo. De hecho, es lícito decir que no soy el autor; yo solo tuve la idea, que plasmé más mal que bien en papel, y luego María consiguió arreglar. Ella, como yo, le había tomado un cariño especial a esa historia tan mal escrita porque fue la que propició nuestro encuentro.

Yo ya no estudiaba; de hecho, nunca lo hice. Asistí a la escuela durante años, hasta que terminé a duras penas el bachillerato, repitiendo un par de cursos. Era un zoquete, o eso me hicieron creer. Si me hubieran dado cien pesetas por cada colleja que recibí en el aula, habría tenido suficiente para comprar mi primer coche sin necesidad de trabajar. Era uno de los peleles con los que los profesores desahogaban sus frustraciones. No recuerdo nada de lo que se supone que aprendí; la lengua castellana se me daba especialmente mal y me avergüenza reconocer que todavía no logro dominar sus entresijos. Pero qué ironías tiene la vida: tras la publicación de mi octava novela, que ganó un premio y me hizo saltar a la fama, recibí una carta de mi antigua profesora de lengua, alabándola. Sin disimular su sorpresa, terminaba la carta diciendo: «Siempre te gustó leer y no te faltaba imaginación, pero resultaba exasperante observar tu poco interés por una redacción pulida». Mucho me temo que poco avancé en ese aspecto, pero

me hizo ilusión saber que mi vieja profesora me recordaba como el ávido lector que siempre he sido, aunque ella no aprobara lo que leía.

Llevaba siempre en mi cartera tebeos de *El Capitán Trueno* y *El Jabato* o libros de aventuras de Julio Verne, Emilio Salgari y Arthur Conan Doyle, que leía a hurtadillas bajo el pupitre. Me confiscaron los tebeos más de una vez, pero eso no impidió que al día siguiente llevara uno nuevo al colegio. Los iba a comprar al quiosco del barrio acompañado de mi padre, que pagaba con indulgencia las ocho pesetas que costaba cada ejemplar.

—¿Y a eso le sacas algún provecho? —me preguntaba cada vez.

—Ninguno. Los leo solo por diversión —le contestaba yo con pleno convencimiento.

Él se encogía de hombros y pagaba, pensando que mejor tenerme controlado en mi habitación que fuera, en las calles, jugando a fútbol como todos los chicos de mi edad. Ahora sé que esas lecturas fueron más provechosas que cualquiera de las peroratas académicas que no escuchaba, ya que alimentaron mi creatividad. Empecé a escribir por obligación y, aunque es cierto que mis redacciones eran chapuceras y la maestra no me concedía nunca más de un cinco, se veía forzada a admitir que mi imaginación no conocía límites.

Lástima que la creatividad no fuera por aquellos tiempos una prioridad en el currículum de las escuelas públicas cordobesas, circunstancia que me relegó a formar parte de los llamados «holgazanes de la clase» y «repetidores de curso». Cuando por fin cumplí con los años de enseñanza obligatoria y logré huir del sistema educativo para entrar en el laboral, me sentí liberado.

Mi padre trabajaba en la Empresa Municipal de Aguas de Córdoba (EMACSA) desde que se fundara, cuando yo era muy pequeño. Gracias a su influencia conseguí un puesto allí, primero de chico de los recados. A pesar de mi torpeza en los estudios, las cuestiones prácticas se me dan bien y enseguida demostré ser un rápido aprendiz, con lo cual poco a poco se me fueron encomendando más responsabilidades. Mis padres respiraron tranquilos al comprobar que no era un caso perdido, tal como les habían hecho creer mis profesores. Ellos tampoco son gente con carreras universitarias y nunca ambicionaron una para sus hijos. Aunque ahora ya estén jubilados, mis padres son, y siempre han sido, gente trabajadora, que

se conforma con una vida sencilla, confía en lo que les receta el médico y vota al PSOE sin cuestionarse demasiado el orden establecido.

El primero en salir rana fue mi hermano Rafael, dos años menor que yo, que sí quiso formalizar su amor por los animales y estudió la carrera de veterinaria; hoy está al mando de una clínica privada en el barrio de Santa Marina. Yo, en cambio, me puse a trabajar y con mis primeros ahorros compré el dos caballos de segunda mano azul metalizado en el que cuatro años más tarde viajaría a Barcelona, con quince ejemplares fotocopiados de mi primer manuscrito ocupando los asientos de atrás.

De mi paso por el instituto solo conservé a mi mejor amigo, Miguel, que a pesar de no ser tampoco una lumbrera, continuó estudiando. Él fue mi primer lector, casi forzado, el único antes de que me atreviera a aproximarme a las agencias de Barcelona y Madrid, y el que me conduciría a María, por la que casi pierdo mi amistad con él.

Jamás olvidaré su expresión de sorpresa el día que le entregué la novela. Lo hice como quien no quiere la cosa; me daba cierto reparo porque era lo primero que había escrito en mi vida, sin contar las redacciones que provocaban emociones contradictorias en mi profesora.

—Lee esto y dime qué te parece.

—¿Pero qué es, tío? ¿Una novela? ¿La has escrito tú? —exclamó señalando mi nombre en la portada.

—Yo tampoco acabo de creerlo —confesé.

Eso me ha pasado con cada novela. Después de poner el punto final y comprobar en el extremo inferior izquierdo de la pantalla el gran número de páginas —nunca menos de trescientas— y el mayor número de palabras —una media de ciento cincuenta mil— me invade una fuerte sensación de incredulidad. ¿Yo he escrito esto?, me pregunto y de veras que no me lo creo. Entonces lo releo todo, empiezo a corregir y hacer cambios y me sigo preguntando lo mismo, con una pequeña variante: ¿Yo he escrito esta mierda? Termino hastiado de mi propia obra, pero en el fondo tengo fe de que pueda gustar a alguien porque yo me lo he pasado muy bien escribiéndola, por eso la doy para que otros la juzguen.

Miguel la leyó en una semana y cuando volví a verlo todavía tenía la mirada de deslumbrado que se le había quedado al entregársela.

—No sabía que escribías. Hace casi quince años que nos conocemos, tío, ¿qué otras virtudes escondes?

—Yo tampoco lo sabía. Se me ocurrió una historia, empecé a escribir y casi sin darme cuenta me salió una novela de misterio. Entonces, ¿te ha gustado?

—Sí, tío, me ha encantado, la he leído casi de un tirón.

Eso me animó a dar el paso de intentar publicarla y dos semanas más tarde me iba a Barcelona. Después siguieron meses de larga espera en los que no ocurrió absolutamente nada, pero mi novela ya había gustado a dos personas, Miguel y Núria, y eso había hecho crecer mi autoestima como escritor. Gracias a ese creciente ego, alimentado por sueños juveniles de fama y delirios de grandeza, me enfrasqué enseguida en la creación de mi segunda novela.

Entonces llegó la primera crítica despiadada, y sería de María, que sin conocerme dijo que mi novela no valía nada.

Miguel me preguntaba a menudo qué noticias había de la agencia, a lo que yo siempre le respondía lo mismo: nada. Un día me habló de una chica a la que había conocido en una fiesta de estudiantes. Había salido con ella un par de veces, pero no tenía claro cuáles eran sus intenciones. Las de él sí que no dejaban lugar a dudas: llevársela a la cama. Así éramos todos a los veinte años; primero era el sexo, luego quizás nos enamorábamos. Para ellas era casi siempre al revés. Pero Miguel era un caballero y había algo en esa chica que lo frenaba, que le impedía ir más a saco, como habría hecho con otras.

—Es una intelectual y eso me intimida —me dijo—. No para de hablar de esos escritores a los que odiábamos en el instituto. Ella los lee por placer. Si no me metiera esos rollos ya me habría atrevido a besarla, pero me siento pequeño a su lado. El otro día, para impresionarla, le dije que mi mejor amigo es escritor…

—Oye, creía que tu mejor amigo soy yo —lo interrumpí para camuflar mi sorpresa.

—Eres tú, idiota. Se me fue un poco la olla hablando de tu novela, lo buena que es y el hecho de que pronto se publicará y será un *betseller* o como se diga. No caí en la cuenta de que quisiera leerla… Me la pidió, ¿qué te parece?

—Dásela, hombre, ningún problema. A ver qué opina si tan experta es.

—Puedes estar seguro de que lo es. Está a punto de terminar Filología Hispánica y ya ha conseguido trabajo de profesora en una escuela.

Pocos días más tarde, Miguel me llamó por teléfono.

—María ya ha leído la novela, y quiere conocerte.

—¿Le ha gustado?

Tardó en responder algunos segundos más de los aconsejables si vas a mentir, pero por fin dijo:

—Mejor que hables con ella.

—Qué miedo me das. La espada de Damocles pende de un pelo sobre mi cabeza.

—No vas desencaminado. Prepárate.

Quedamos una tarde de día laboral cerca de la Facultad de Filosofía y Letras. Aunque Miguel iba para ingeniero, merodeaba más por allí que por su propio campus, donde no abundaban tanto las mujeres. Yo había tenido el día libre; uno de los aspectos que más me gustaba de mi trabajo era que no se ceñía al horario tradicional: la empresa funciona las veinticuatro horas y mis horarios variaban de diurno a nocturno y los días festivos no eran siempre en fin de semana. Miguel y yo nos encontramos antes en una cafetería con terraza. Ella llegó diez minutos tarde.

—Ya viene —dijo él dándome un manotazo y levantando la barbilla para señalarla.

La vimos acercarse a paso ligero, casi a trote, abrazando varios libros, muy apretados junto a su pecho, como si de un bebé se tratara. Tenía el pelo lacio, de color rubio sucio, que le caía por encima de los hombros. No sé por qué, la había imaginado morena. Entonces caí en la cuenta de que Miguel apenas me había dicho nada de su aspecto físico; de hecho, solo me había hablado de sus descomunales tetas.

—No me habías dicho que estaba tan buena, jodido —logré articular antes de que la tuviéramos demasiado cerca.

—Cuando la conozcas más empezarás a verle los defectos; a mí ya me está pasando. Fíjate, por ejemplo, en sus orejas: son demasiado grandes. Y tiene la nariz torcida.

—No lleva gafas… Había dado por hecho que todas las ratas de biblioteca eran miopes.

Callamos cuando por fin la tuvimos delante. Miguel se levantó; se saludaron con dos besos. Yo me quedé pasmado en la silla de metal plateado. Me fijé en su nariz: era perfecta.

—Aquí, el autor —dijo Miguel con un gesto teatral.

—Encantada, Alberto.

Me sonrió y nos dimos los dos besos de rigor. Aspiré hondo para retener su perfume suave y, antes de lograr decir nada, mis ojos se posaron casi sin querer en sus diminutas orejas, adornadas con pendientes de una sola piedra esmeralda.

—María.

Aunque de entrada me quedé atontado, no creo que fuera amor a primera vista, más bien un engaño de la naturaleza. Con lo poco que me había contado Miguel, me había formado una imagen de María más parecida a la de Núria, a la que solo había visto una vez, con sus gafas de montura negra, el pelo desaliñado y un vestido ancho y negro para disimular sus formas rechonchas. No había previsto que sentiría una fuerte atracción física por la chica que Miguel llevaba semanas intentando seducir. Eso no es amor, sino lujuria, y para ser justos, tanto Miguel como yo pecamos de lujuriosos con María. Sin embargo, María hacía que esa exaltación sexual se apagara antes de consumirse, y yo pronto iba a averiguar por qué a Miguel se le estaba ya calmando la calentura.

—Alberto, quería conocerte porque, como ya te habrá dicho Miguel, he leído tu novela —dijo mientras se sentaba en la silla que yo había separado para ella.

Se apoyó contra el respaldo sin soltar los libros que abrazaba.

—Bueno, antes de nada, ¿quieres tomar algo? —sugerí para demorar el momento que llevaba temiendo desde la llamada telefónica de Miguel.

—Nada, gracias. De verdad, he venido para hablar de tu novela, no para socializar; no tengo tiempo.

—¿Y dices que la conociste en una fiesta? —No sabía qué más añadir para esconder mi nerviosismo.

Miguel me contestó arqueando las cejas. Se había cruzado de brazos y tenía media sonrisa en los labios, como dispuesto a disfrutar de un divertido espectáculo.

María soltó los libros por fin; los puso encima de la mesa. Entonces vi esos pechos, de los que sí me había hablado Miguel, y estoy seguro de que

se me pusieron los ojos como platos. No llevaba escote, a pesar de que ya estábamos en primavera y ese día hacía calor. Ahora pienso que el hecho de estar en primavera contribuyó a mi desorden hormonal; en aquella época me masturbaba a diario, pero después de conocer a María lo haría al menos dos veces al día. Tampoco era ajustada su camisa, pero llevara lo que llevara, ninguna prenda podría haber escondido esas formas tan redondas y sorprendentemente altivas dado su tamaño. Mucho tiempo después me confesaría que lo que a tantos hombres alegraba la vista había sido causa de complejo e inseguridad para su propietaria, que incluso había pedido dinero a sus padres para someterse a una reducción. Por suerte, ellos se negaron y yo continúo besando unas formas perfectas aún a sus cuarenta y cinco años; no son demasiado grandes y nunca le han provocado dolores de espalda, pero engañan a la vista porque mi María es estrecha de hombros y espalda.

Cuando conseguí apartar la mirada mal disimulada de esos senos maravillosos, fue mi entrepierna lo que tuve que esconder —para lo cual acerqué más la silla a la mesa— al ver que el libro que había estado en contacto directo con ellos y que ahora quedaba encima de los demás en la mesa era mi novela.

—Estoy en el último curso de Filología Hispánica; me quedan solo un par de meses para licenciarme, y con honores. Si de verdad quieres ser escritor, te interesa mi opinión —respondió ella sin prestar atención a mi arrobo.

—De acuerdo, pues. Dispara. ¿Te ha gustado?

—Que me haya gustado o no es lo de menos. No soy más que una lectora de los miles que puedes llegar a tener. Tus novelas gustarán más o menos dependiendo de las circunstancias de cada lector. Lo importante es que estén bien escritas y la tuya no lo está.

—Vaya, ¿siempre eres tan directa?

—Sí, ya te he dicho que no tengo tiempo para cumplidos. La trama es buena, pero los personajes son planos y estereotipados; los diálogos son de paja, no aportan nada; sobran los clichés y las frases hechas, pero lo peor es tu estilo, ¿es que no te enseñaron las cuatro reglas básicas de gramática en el colegio?

Miguel me puso la mano en el hombro antes de preguntar:

—¿Qué opinas ahora de las orejas?

—Fui mal estudiante —admití cuando me repuse de la sorpresa—. ¿Y tú no serás hija de mi vieja profesora Encarna? Creo que en realidad siempre estuvo enamorada de mí. No me digas que por fin se separó de tu padre y ya que no pudo tenerme para ella, te envía a ti a hablarme del objeto directo.

Miguel soltó una carcajada que le salió por la nariz. Ella se mantuvo seria, pero dijo:

—Qué simpático. No, mis padres siguen juntos; ella se llama Dolores y trabaja en una mercería en la calle Alonso de Burgos. Yo sí que voy a ser profesora; empezaré en septiembre.

—Serás muy buena —repliqué con sorna.

—Si te ofende lo que te digo, no sigo, pero si quieres mejorar tu trabajo, yo te puedo ayudar. ¿Qué te crees, que una novela es producto del trabajo de una sola persona? Pues estás muy equivocado. Los novelistas de éxito tienen a todo un equipo detrás: lectores cero, correctores, editores. A tu obra le hace falta una corrección exhaustiva. Sinceramente, me sorprende mucho que hayas conseguido una agente tan fácilmente; cualquier editorial que se precie rechazará tu novela después de leer la primera página.

Volví a fijarme en sus orejas. No eran grandes, sino todo lo contrario. La boca era menos perfecta porque tenía las dos paletas separadas; cuando la cerraba, en cambio, estaba preciosa. Me estaba hiriendo el orgullo y me costaba aceptarlo. No había pedido la crítica de ninguna empollona que por ser universitaria se creía saber más que nadie.

—¿Cómo es que sabes tanto? ¿Es que tú también escribes? —la reté.

—No, yo leo. También he hecho traducciones del francés y el italiano; quizás me dedique algún día de manera profesional, pero por ahora me interesa más la enseñanza. Me gusta el contacto con la gente, jóvenes sobre todo, y creo en el compromiso social, por eso quiero transmitir mis conocimientos, enseñar lo que otros me han enseñado a mí.

—Un alma caritativa, pero ¿por qué pierdes tiempo conmigo? Ya me has dicho que mi novela es una mierda.

—Yo no he dicho eso, aunque tienes razón: es una mierda.

—Pues no hay más que hablar. Encantado de conocerte y que te vaya bien en la vida.

—¿Tú estás tonto o qué? —intervino Miguel por primera vez—. María ha dicho que te quiere ayudar, ¿no la has escuchado?

—Lo siento, Alberto. He sido muy dura porque me parece necesario. Si quieres escribir bien, te queda mucho por aprender. Tienes buena inventiva, pero hay que darle mejor forma.

—Está bien, acepto tu ayuda solo si admites que te ha gustado al menos un poquito mi novela.

—Tenía razón mi profesor de lingüística: los escritores tenéis el ego muy subido. Es una característica muy poco atractiva.

—Yo no soy escritor… No soy más que un pringado que ha escrito su primera novela. Ya estoy con la segunda pero gracias a ti, creo que voy a tirarla a la basura.

—Pobrecito, ¿quieres un Kleenex? —se burló Miguel.

—Sí, claro que me ha gustado tu novela. Si no fuera así, no le habría pedido a Miguel que nos presentara, ¿no te parece? Pero ¿podemos ir ya al grano?, porque yo ahora debo irme. El jueves por la tarde tengo un par de horas libres, si quieres quedamos aquí mismo y empezamos a repasar juntos la novela.

—¿Tú y yo no podemos vernos antes? ¿Qué tal el sábado? —Miguel se levantó para besarla.

—No puedo. Lo siento, Miguel, tengo que estudiar. Ya te llamaré.

—De acuerdo. Estaré aquí el jueves, a la misma hora —intervine yo, levantándome también—. Y gracias.

Miguel y yo nos quedamos un rato en silencio, mirándola, hasta que torció la esquina y desapareció. Se había vuelto a poner los libros junto al pecho y, a pesar de lo pequeño que me había hecho sentir esa mujer en nuestro primer encuentro, me reconfortó comprobar que mi novela volvía a estar en contacto directo con esos formidables senos.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Mi resolución de olvidarme de Patrick se desvaneció pocos días más tarde, cuando me llamó por teléfono por primera vez. Me preguntó cómo estaba y qué había hecho ese día como si nos hubiéramos visto el anterior o como si no supiera nada de mi conversación con su secretaria-prometida. Le respondí de la manera más educada y despreocupada que conseguí adoptar, pero cuando por fin se creó una pausa entre nosotros, no pude aguantar más la incertidumbre.

—No sabía que ibas a casarte —le espeté.

—¿Casarme yo? —Soltó una risita—. Si alguna vez cometo esa locura, espero que no sea antes de los cincuenta años.

—El otro día te llamé al trabajo, ¿no te pasaron el recado?

—Ah, sí, Joanna me dijo que telefoneaste. Lo siento, no pude devolverte la llamada, tuve muchísimo trabajo.

—Pues esa Joanna me dijo que es ¡tu prometida!

Exclamé las dos últimas palabras para seguir quitándole importancia al asunto, como si yo misma no las hubiera creído ni durante un minuto, ya dispuesta a creer en cambio la excusa que él me iba a dar.

—No, no es mi prometida, lo fue.

Suspiró y solo mucho tiempo después, cuando repasé esa conversación en mi cabeza, tuve la certeza de que antes de llamarme había ensayado palabra por palabra lo que me iba a decir, con el suspiro de exasperación incluido.

—Fue mi novia durante años, incluso vivimos juntos e íbamos a casarnos, pero hace ya meses que rompimos. Es triste que ella siga pensando que hay algo entre nosotros. Yo le di trabajo, no la despedí cuando lo nuestro dejó de funcionar porque me da pena, siempre ha dependido mucho de mí y no quise dejarla en la estacada de repente, pero

parece que voy a tener que echarla o ¡no voy a conseguir salir nunca más con una chica!

Rio de nuevo, y yo intenté no hacerlo.

Me levanté del sofá donde había estado leyendo y haciendo una corrección, y me dispuse a recorrer el apartamento de arriba abajo, con los nervios anudándome el estómago. Así que no me había equivocado con las intenciones de Patrick: por su parte también había atracción física y, después de la pequeña intromisión de la exnovia, volvía al ataque. No tuve tiempo de articular una respuesta a su explicación, él se me adelantó, como haría siempre, haciendo que nuestra relación tomara una velocidad para la que yo no me había preparado.

—Te llamaba para decirte que me voy una semana de vacaciones a Antigua. En verano no tuve ni unos días y de hecho son mis primeras vacaciones en dos años.

—Ah, genial, ¡que lo pases bien! —exclamé algo contrariada por el cambio de tema.

—Sí, gracias, pero es que… resulta que el viaje lo encargué hace mucho tiempo y es para dos personas… bueno, de momento voy solo, aunque es una pena desperdiciar el otro pasaje y quería pedirte que vinieras conmigo. Si quieres venir.

—¿Cómo? ¿Que quieres que vaya contigo una semana al Caribe? ¿Cuándo?

—El domingo. Está ya todo pagado, la estancia, la comida, todo. Solo tendrías que traerte el bikini.

—Uf… no sé, no sé. Patrick, mira, quizás tendríamos que tomarnos las cosas con un poco más de calma. Hace treinta segundos que me he enterado de que trabajas con tu exnovia, a la que no le hizo ninguna gracia que te llamara, y ahora me invitas a unas vacaciones con todo pagado solos tú y yo. No nos conocemos tanto…

—Eh, tranquila —me interrumpió con un tono apaciguador, casi como si me acariciara—. Vamos en calidad de amigos, te lo prometo. El viaje es para dos y podría pedirle a un amigo que me acompañara, pero todos están casados o con novias, y no te voy a engañar: prefiero la compañía femenina. Tú me caes bien, eres divertida, ingenua, me encanta tu acento y creo que podemos pasarlo genial. Como amigos. ¿Qué me dices?

—Ah, pues… voy a tener que pensarlo —repuse a pesar de la confusión que sentía: no me había esperado el alegato sobre la amistad.

—Está bien. Si me confirmas que vienes, tengo que dar tu nombre a la agencia mañana como muy tarde. ¿Es tiempo suficiente para que te lo pienses?

Esa noche apenas dormí. Durante los casi tres años que Patrick formó parte de mi vida pasaría muchas otras noches en vela, pero casi nunca a causa de la emoción rayando en euforia que sentí aquella primera vez. Incluso antes de colgar el teléfono supe que aceptaría la invitación, pero me obligué a ser prudente y esperar a la mañana siguiente para llamarlo. Sentí la necesidad de contárselo enseguida a alguien, y en un impulso empecé a marcar el número del piso de Entença, sin el prefijo internacional y sin ser consciente de lo que hacía; por un momento había creído estar en Barcelona, en la calle quizás, imaginando a mi madre en casa, leyendo y atendiendo a mi llamada. La voz grabada que me informó en inglés de que ese número no existía me hizo regresar a la realidad. Muchas otras veces volvería a olvidar que mi madre ya no estaba, y dentro de mi ráfaga de adrenalina me sentí muy sola.

Por suerte Nancy reaccionó bien, sin sermones ni advertencias, incluso alegrándose por mí. No tenía ni un pelo de tonta y seguro que se había dado cuenta de que no podía actuar de madre conmigo cada vez que le hablara de Patrick. A partir de entonces, siempre que le conté algo de nosotros, me escuchó mordiéndose un labio, haciendo un gran esfuerzo por no juzgarle, incluso cuando le conté lo más feo, que todavía estaba por llegar. Patrick nunca le gustó, y eso, al final, fue una suerte, porque después de aquella mañana que me pilló recién salida de la ducha, las veces que se vieron fueron contadas, hasta el final.

Las vacaciones en Antigua fueron de ensueño. Nos hospedamos en un *resort* de cinco estrellas de esos especialmente pensados para parejas, con actividades programadas, espectáculos nocturnos y discoteca cada noche. Nunca me cupo la menor duda de que había planeado ese viaje para realizarlo con Joanna, a la que no volvimos a mencionar, pero ese detalle no me importó en absoluto. Lo que tuvo de mágico no fue el lujo, algo que a mí, por no haberme faltado nunca, no me impresionaba. Al contrario, esos complejos turísticos contrastaban tanto con la pobreza del resto de la isla que me hicieron sentir culpable. Nos aventuramos por ella en una sola ocasión, y después optamos por negarnos a ver la realidad más allá del

resort y cobijarnos en el consuelo de que el turismo beneficiaba a la población autóctona. Así que poco de cultural tuvo la experiencia, pero en el terreno amoroso, en cambio, fue sublime.

Han pasado cinco años de eso y he vivido tanto que ya no me duele recordar ni lo bueno ni lo malo. Como desde entonces, además, he conocido a otro hombre, el verdadero amor de mi vida, recuerdo esa primera etapa del amor con Patrick, la del enamoramiento, sin nostalgia pero con una sonrisa en los labios, como si la historia no fuera mía, como si ni siquiera yo fuera esa Enya ingenua e ilusionada que ya no tiene nada que ver conmigo. Y por eso no me duele rememorar el primer beso, de la misma manera que recuerdo el primer beso con mi escritor.

Ocurrió la segunda noche de estar allí. La primera habíamos dormido en la misma cama, la única que había en la habitación, pero sin tocarnos. Al llegar al complejo, Patrick había fingido sorpresa junto a la mía verdadera de encontrar todo diseñado en un marco romántico. No solo era la cama, sino que por todas partes había detalles que propiciaban el acercamiento entre un hombre y una mujer: invitaciones a cenar bajo la luz de la luna, juegos de parejas en la sala de espectáculos, masajes para dos, y demás.

—Yo puedo dormir en el sofá —se apresuró a aclarar él.

—Hombre, ¡cómo vas a dormir en el sofá! La cama es muy grande, la podemos compartir. Te prometo que no me aprovecharé de ti.

Nos reímos los dos. En el viaje de tres horas y media en avión no habíamos parado de hablar y bromear. Había química, eso estaba claro, pero aún seguíamos tanteando el terreno, intentando averiguar de qué iba el otro.

Nada más llegar nos cambiamos —primero yo, en el baño, luego él— y salimos a la playa de arena blanca y agua turquesa, justo delante de nuestro bungaló. Fue la primera vez que lo vi casi desnudo, sin la camisa y los pantalones de pinza que llevaba casi siempre. Me sorprendió tanto como cuando esa misma mañana lo había visto en tejanos y camiseta, y entonces sí que me había parecido un estudiante juvenil como yo, y muy atractivo; los tejanos le quedaban de anuncio comercial y se me había ocurrido preguntarle por qué no los llevaba al trabajo, si él era el jefe. «Precisamente por ser el jefe tengo que dar buena imagen», había respondido, y con un guiño había añadido: «Y no volver locas a las empleadas». En bañador estaba aún más divino, sin apenas pelo en el pecho y con los músculos abdominales sobresaliendo lo justo; los hombros y los bíceps me acabaron

de confirmar que era un chico deportista de los de aire libre, no de gimnasio.

En esa primera apreciación de su cuerpo, procuré disimular mientras disponíamos las esterillas en la arena y yo me quitaba el vestido de verano que me había puesto por encima del bikini. Él apenas me miró, o no me di cuenta, y enseguida me apremió para que lo acompañara al agua. Estuve nadando más rato que él, y cuando salí e inicié el trayecto hasta donde él ya tomaba el sol en una tumbona, me decepcionó comprobar que estaba leyendo algo, una revista o periódico local. Empecé a temer que hubiera sido totalmente franco en lo de ser amigos.

Al poco rato de estar ambos tumbados y disfrutando del sabroso clima tropical, se nos acercó un camarero del complejo para ofrecernos un cóctel o cualquier otra bebida incluida en el paquete vacacional. En las pocas horas que llevábamos allí ya habíamos observado que las otras parejas consumían alcohol sin importar la hora que fuera mientras jugaban a pádel u otros deportes de playa, o se perseguían por la arena y chapoteaban en las olas entre gritos de júbilo. Poco más tarde fue un vendedor de sombreros trenzados con cañas de bambú el que vino a darnos conversación y la primera persona que nos preguntó sobre nuestra relación o, más concretamente, cuántos años llevábamos casados.

—Oh, no… no estamos casados —balbuceé yo.

—De hecho, hace poco que nos conocemos. —Patrick rio, y recalcó—: Somos amigos.

El lugareño nos echó una mirada tal de confusión y desconfianza que decidimos que a partir de entonces sería mejor inventar una historia. Qué más daba lo que contáramos, allí nadie nos conocía.

—Diremos que llevamos dos años de novios, nos casamos el viernes pasado y estamos en nuestra luna de miel, ¿qué te parece? —propuso Patrick.

—¿Y cuando nos pregunten cómo nos conocimos?

Si íbamos a contar mentiras, tenía que asegurarme de que los dos diéramos la misma versión.

—Fue en la fiesta de Halloween, ¿ya no te acuerdas?

—Claro… —respondí intentando esconder mi estupor y comprendiendo que para Patrick no mentíamos, solo adelantábamos acontecimientos.

Me tomé un daiquiri de fresas en la playa y él una cerveza, pero ese primer día seguimos guardando la compostura. Nos unimos a otras parejas para un partido de voleibol y entablamos conversación con una chica en avanzado estado de embriaguez que sí se había casado de verdad el viernes y estaba sufriendo, según sus propias palabras, un ataque de pánico posmatrimonial.

Por la tarde contemplamos la puesta de sol mientras cenábamos en la terraza de uno de los cinco restaurantes de lujo del complejo. Y entonces sentimos el cansancio repentino del largo día que había empezado a las cuatro y media de la mañana para llegar a tiempo al vuelo de las siete. Así que, como la noche anterior, que yo había pasado en su casa para ir juntos al aeropuerto, dormimos muy cerca el uno del otro sin franquear aún la barrera que supondría una explosión de los sentidos.

El día siguiente y todos los que vendrían después serían una repetición del primero. Yo me había llevado trabajo del máster pero en toda la semana no lo sacaría de la maleta y me costaría un par de intensas semanas y varias charlas con los profesores ponerme al día. Me sentía en un estado de decadencia delicioso, apenas conseguía comer los exquisitos manjares y me encontraba muy cómoda en mi propio cuerpo. Todo eso se acentuó a partir de la segunda noche, la del primer beso, la que me sacó de dudas.

Después de la cena, que esta vez acompañamos con una botella de vino y conversación más animada, fuimos a ver el espectáculo; en esa ocasión se trataba de algo cómico, una especie de *reality show* en el que se hacía participar a parejas voluntarias. Después de eso, el escenario se convertía en una discoteca y, sin darnos cuenta porque estábamos absortos el uno en las palabras del otro, nos quedamos sumidos en la oscuridad con luces parpadeantes, música antigua de los años ochenta y noventa, y todas las parejas de entre veinticinco y cuarenta años, que eran mayoría, bailando a nuestro alrededor.

Estábamos sentados en los butacones desde los que habíamos visto el espectáculo. Ahora teníamos que acercarnos mucho el uno al otro para escuchar lo que decíamos.

—¿Quieres otra copa? —me preguntó Patrick al oído.

El roce de sus labios en mi oreja me hizo estremecer. Esperé a que regresara, intentando mantener la calma al tiempo que calculaba cuánto había bebido ya: no mucho, aparte del vino que acompañó la cena, esa sería

mi segunda copa. Me amonesté mentalmente para no meter la pata. Después de todo, desde el incidente telefónico con la exnovia, Patrick seguía dándome a entender que no éramos más que amigos.

Enseguida volví a tenerlo frente a mí. Colocó mi segundo *gin-tonic* y lo que se hubiera pedido para él en la mesilla que había delante de los dos sillones y, sin acabar de sentarse en el suyo, volvió a acercar su boca a mi oreja.

—¿Pensarías muy mal de mí si te besara? —me susurró.

Sus ojos quedaron fijos en los míos y demoré aposta el momento de mover ligeramente la cabeza de lado a lado, consciente de que reviviría ese momento muchas otras veces después y reprimiendo el júbilo al tener la confirmación de mi sospecha: ¡sí, él también me quiere, o me desea, o lo que sea! ¡Me va a besar!, y como paso previo para hacerlo más duradero, ¡me ha pedido permiso!

Sonrió antes de que sus labios tocaran por fin los míos y nuestras lenguas se fundieran a la perfección en un beso largo que por fin terminó él, posando sus dos manos a ambos lados de mi cara, para mirarme y volverme a besar.

Su boca no tenía gusto, ni siquiera a alcohol, pero fue la mezcla del aroma a colonia cara con su olor natural lo que me embriagó y lo que ya asocié para siempre con ese instante y la proximidad con él. Mientras me besaba una segunda vez pensé: qué suerte la mía y qué he hecho yo para merecer esto, ¿por qué un hombre tan perfecto como él se ha fijado en mí? Tendrían que pasar tres años para que por fin me diera cuenta de que el afortunado había sido él; yo no, desde luego que no.

Tardamos en llegar a la cama, no había prisa, teníamos toda esa noche y cinco más sin ninguna otra preocupación que explorar nuestros cuerpos. Pero sí salimos de la discoteca y volvimos al bungaló para ponernos los bañadores y meternos en el enorme *jacuzzi* de agua caliente y burbujeante que había junto a una de las piscinas y que durante el día estaba siempre lleno. Al día siguiente me levanté de la cama como impulsada por un resorte. Había dormido solo cuatro horas pero la euforia me hacía volar más que caminar. Lo dejé durmiendo y fui a desayunar sola, mientras repasaba cada minuto de la noche anterior.

Habíamos practicado un sexo satisfactorio, cumplidor por ambas partes, bastante bueno para ser la primera vez, pero que mejoraría mucho en los

días y noches siguientes y más aún en los meses que estaban por venir. Lo que de verdad me importaba era haber esclarecido sus intenciones y sentirme liberada por eso, como si ya pudiera relajarme y gozar de pleno del juego del enamoramiento, y qué mejor lugar para el principio del amor que ese idilio caribeño.

Durante meses evocaría esa semana en Antigua como las vacaciones de ensueño que fueron. Regresar al frío otoño de Boston y ponerme al día con el máster fue duro, y tuve que robarle horas de sueño a las primeras noches para remontar un poco. Aun así, cada vez que Patrick me llamaba o se presentaba sin hacerlo, esperándome a la salida del Editorial Institute, me olvidaba de mi razón de estar en ese país, o al menos de la excusa —por la que mis abuelos me habían avanzado una cantidad de dinero importante— que me había permitido escapar de Barcelona. Y me lanzaba a sus brazos, sin pensar en las consecuencias.

Cada vez que lo veía trataba de imaginar qué sorpresa me esperaba. A las dos semanas de haber regresado del Caribe me llevó a inaugurar la temporada de esquí en New Hampshire, donde nos cobijamos en un chalet de película que a la mañana siguiente de llegar quedó casi totalmente enterrado por la gran nevada que cayó. En cada ocasión hacíamos algo diferente y ese primer noviembre y medio diciembre de mi vida con Patrick fue fabuloso. A lo largo de esos tres años que mi vida estuvo unida sin remedio a la suya tuve más experiencias que en toda mi vida anterior. En primavera viajamos a Nueva York a pasear por la Quinta Avenida y patinar por Central Park. Al año siguiente me regaló una escapada romántica de seis días a París, y más tarde me llevaría a la universidad donde había estudiado él, en Vermont, para contemplar el cambio de estación al otoño cuando los árboles se tiñen de colores ambarinos y rojos en un espectáculo de belleza para mí casi irreal. Y saldríamos a cenar, al cine, a pasear, a ver partidos de béisbol, hockey sobre hielo y fútbol americano que tanto le gustaban a él, y en verano haríamos esquí acuático y vela… Y cada 4 de julio celebraría con él una jornada que para mí no tenía ningún significado aunque me fascinaran los fuegos artificiales, y pasaría también con él y con su familia cada Día de Acción de Gracias y cada Navidad. Cuando todo se acabó por fin, pensaría en esos momentos, los felices, como en los más álgidos de la montaña rusa.

No me di cuenta desde el principio de que me había subido a una montaña rusa. No, pensé que me había montado en un tren de alta velocidad. Fui consciente de ello cuando acepté la invitación a Antigua, y cuando quise bajarme del tren, o al menos detenerlo un poco, ya era demasiado tarde. En realidad, se trataba de la primera bajada pronunciada en la montaña rusa.

En el chalet de New Hampshire, acurrucados frente a la chimenea con un chocolate caliente después de haber pasado todo el día en las pistas, me declaró su amor por primera vez.

—*I think I'm falling in love with you* —me dijo.

—¿Crees que estás cayendo? —respondí riendo—. Eso no se cree, se siente, y el acto de caer es bastante rápido, o sea que o has caído ya o no.

—Está bien. —Él también rio y, tomándome de las dos manos, carraspeó antes de continuar—: Estoy enamorado de ti. Totalmente, locamente, irreversiblemente caído.

—Yo también.

Eso fue lo único que fui capaz de pronunciar, «*me too*», pero más tarde le dije «*I love you*», y él a mí, y a partir de entonces lo diríamos muchas veces, tantas que un día llegaría a quejarse de que esas palabras carecían de significado, que todo el mundo las repetía tanto sin realmente sentirlas que a él ya no le decían nada, y que los hechos hablan más alto que las palabras. «*Actions speak louder than words*», me cansé de oírle sentenciar, una frase que llegué a odiar, porque era un reproche a algún acto mío que le había hecho imaginar que yo no le quería y por el que me había castigado alejándose de mí, borrándome de su vida como si lo hiciera con Típex, sin ningún esfuerzo ni ninguna explicación.

Después del fin de semana en la nieve por fin hice caso a una lucecita de alarma que llevaba semanas encendida en mi cabeza y me decía que debía esforzarme en los estudios antes de las vacaciones de Navidad. Tenía algunos trabajos por entregar y había faltado a varios seminarios. Uno de mis profesores me aconsejó que para el trimestre siguiente me matriculara a una sola asignatura o dos como mucho; podía tomarme todo el tiempo que quisiera para completar el máster, pero era preferible que lo hiciera bien, con honores, para tener más facilidad de encontrar trabajo en el futuro.

Por esa razón llamé a Patrick para anular una cita que teníamos ese martes. Por una vez me había dicho lo que tenía pensado: iba a llevarme a casa de sus padres, al pueblo en el que él se había criado, en el estado vecino de Connecticut; tenía ganas de que me conocieran. No era nada formal, me había dicho, iríamos por la tarde, a tomar un té, y estaríamos solo un rato.

Lo llamé al trabajo, donde ya sus empleados sabían de mi existencia, incluso había conocido a algunos una tarde en que quiso enseñarme su oficina. Joanna ya no estaba, ella misma se había despedido, y yo todavía no la había visto nunca.

—¡Hola, preciosa!

Esa era su manera de saludarme, como si mi llamada fuera lo que más feliz le hiciera en el mundo, en un tono de voz rayando en la euforia, que entonces no me parecía raro, sino que me halagaba, y quizás nunca me hubiera extrañado si nunca le hubiera visto y oído también en el estado opuesto al de la euforia.

Cuando le di mi excusa, que después de otro fin de semana de hedonismo, estaba *snowed under* —cubierta de nieve, y nunca mejor dicho — de trabajo atrasado, él siguió con su tono jovial.

—Tendremos que dejar la visita a tus padres para la semana que viene, aún queda tiempo de conocerlos antes de las navidades.

—Sí, claro, no pasa nada —respondió él.

Antes de colgar aún hablamos de otras cosas, de cómo nos había ido el día o de cualquier otra trivialidad. Y pasaron los días sin que yo sospechara por qué estado emotivo estaba pasando él. El miércoles le mandé un mensaje de texto para comunicarle que estaba contenta con el progreso de mi trabajo, que el fin de semana seguiría dedicándole horas pero que podíamos pasar alguna noche juntos, el viernes o el sábado. No me respondió al mensaje, y el jueves, extrañada, le llamé al trabajo. La secretaria nueva me comunicó que estaba reunido y no se podía poner. Más tarde le dejé un mensaje en su móvil. No me devolvió ninguna de las dos llamadas. Al día siguiente, viernes, ya no conseguí concentrarme más en los estudios. Volví a telefonearlo al trabajo y esta vez tuve la certeza absoluta de que la secretaria, jovencísima y a juzgar por su nerviosismo, inexperta, me mentía cuando repitió que estaba reunido y ya me llamaría él.

Comprendí que Patrick me estaba evitando, y me asombró tanto que apenas fui capaz de hacer nada en todo el fin de semana aparte de darle vueltas a lo nuestro y repasar una y otra vez cada encuentro y cada conversación. ¿Qué había hecho o dicho yo para que pasara de estar *irreversibly in love* a ignorarme de esa manera? Continué llamándolo, al menos tres veces más, y le dejé mensajes pidiendo una explicación. En el último le supliqué, al borde de las lágrimas, que me llamara, porque no entendía lo que estaba pasando.

El lunes fue el primer día que no lo llamé y ya no lo hice más, no porque me lo quitara de la cabeza, sino porque me sentía ridícula, y en vez de eso resolví enfrentarme a él cara a cara.

Esperé a que saliera de la oficina a la hora del almuerzo, apostada en la calle de manera que fuera inevitable que me viera. Iba acompañado de dos empleados, pero cuando me vio, se despidió de ellos con unas palabras rápidas y un gesto, y se dirigió directamente a mí, con los puños hundidos en los bolsillos del abrigo, los labios fruncidos y la mirada baja como si estuviera a punto de decirme que tenía que hacer recorte de personal y me había tocado a mí.

—¿Cómo estás?

Me dio un beso en la mejilla y volví a preguntarme qué me había perdido.

—Confundida. —Intenté controlar el tono y todas las palabras de reproche que tenía ganas de soltarle—. Te he llamado un montón de veces…

—Ya, bueno, yo también he estado ocupado.

—Oye, ¿qué ha pasado? Dímelo ya, ¿has vuelto con Joanna o qué? Hace una semana me dijiste que me querías y ahora actúas como si te molestara.

—Bueno, igual nos precipitamos.

—¿Queeé?

No salía de mi estupefacción. Que él, que siempre andaba tres pasos por delante no solo de mí sino incluso de mis pensamientos, me dijera que nos estábamos precipitando se me antojaba poco menos que surrealista. Nos miramos un momento a los ojos, aguantando el frío, y fui yo la que propuso que fuéramos a comer algo y aclaráramos las cosas. Y aunque me costó sonsacarle la razón de ese comportamiento tan extraño, por fin lo supe. En ese momento debería haber escapado y así me habría salvado de todo lo que

vendría después. Pero no lo hice, claro, porque yo sí que estaba ya enamorada sin remedio y me había convertido en la nueva víctima de los caprichos de Patrick, un hombre hecho y derecho que todavía encerraba dentro a un niño veleidoso y falto de cariño.

—Para mí que conozcas a mis padres no es cualquier cosa, ¿sabes? No me llevo especialmente bien con ellos, casi nunca voy a verlos y no les presento a la primera chica que conozco, pero son mis padres y yo estaba colado por ti, así que… quería que te conocieran.

—¿Estabas? —Arqueé las cejas, intentando distraerme del total desconcierto que sentía.

—Bueno, esta semana me he esforzado para no pensar tanto en ti. Yo estaba dispuesto a darte todo de mí, cuando encuentras al amor de tu vida para qué disimular, para qué perder tiempo. La semana pasada me habría casado contigo, habría tenido hijos contigo, habría hecho cualquier cosa. Te quería más que a mi vida, eso no me ha pasado nunca. Pero no me paré a pensar que tú no sentías lo mismo. Fui tonto, creí que era mutuo, y cuando deshiciste nuestra cita tan alegremente, sin considerar lo que me cuesta hablarles a mis padres sobre algo tan importante para mí… pues eso, que me obligué a volver a la realidad. No te digo que dejemos de vernos, pero no tenemos que ir tan en serio, incluso podemos salir con otra gente, si es eso lo que quieres.

—¡Pero eso no es lo que quiero! —exclamé en un tono de súplica involuntario—. Yo sí que siento lo mismo que tú y claro que quiero conocer a tus padres, pero he venido a este país para estudiar y ganar experiencia laboral porque el mío está sumido en una crisis que cada vez va a peor y no deseo ser una más de los millones de españoles parados que no tienen donde caerse muertos. Yo también quiero hacer algo con mi vida aparte de amar a un hombre, Patrick, creí que eso era lo que te gustaba de mí.

—Me parece estupendo y por supuesto que debes hacerlo. —Me agarró el brazo para enfatizar sus palabras de ánimo—. Ya te digo que la culpa ha sido toda mía, me enamoré como un idiota y me precipité, no tenía que haber esperado que tú sintieras lo mismo.

—¡Pero es que sí que siento lo mismo! —No sabía si reír a llorar, al final reímos los dos—. Yo también te quiero, ¿no te das cuenta?

—No lo sé, no lo sé… Oye, yo ya me he hecho a la idea, no pasa nada. La verdad es que… no creo que yo sea el hombre apropiado para ti.

Después de comer nos despedimos con un abrazo y un «ya nos veremos». De vuelta a casa en mi bicicleta, lloré por él por primera vez, y la humedad salina de mis lágrimas me heló las mejillas. Cuando empezara a nevar en serio tendría que aparcar la bici y tomar el tranvía o el autobús.

Patrick se había apropiado del mando de nuestra relación y a partir de entonces ya siempre sería así. Esa misma noche me llamó para comprobar cómo estaba; dijo que al marchar me había visto triste. Yo le aseguré que ya se me pasaría y no me atreví a proponerle que nos viéramos. A partir de entonces andaría con pies de plomo; si conseguía que él me quisiera de nuevo, tendría cuidado de no volver a herirlo.

Así que volvimos a empezar de cero. Nos vimos, pero mucho menos, una o dos veces por semana. No volvió a mencionar a sus padres, y pronto tuve que plantearme qué haría en vacaciones. Las perspectivas eran pasar la Navidad sola en Boston, en San Diego con Nancy y su familia, o en Barcelona con mis abuelos y el recuerdo de mi madre muerta. El sentido del deber me hizo decantar por lo último. Además, pensé que sería la manera de sentirme menos sola, pero resultaron unas navidades tristes, tanto que en los dos años siguientes no sería capaz de regresar, ni siquiera para ver a mis hermanos, ni siquiera para satisfacer ese instinto maternal que me nacería entonces, al tener la confirmación médica de que nunca más podría tener hijos propios.

Mi ausencia de dos semanas hizo reaccionar a Patrick de una manera inesperada. Al principio me llamó día sí y día no, pero antes de que empezara la segunda semana hablábamos por Skype al menos dos veces al día, por la mañana y por la noche. Me repetía que me quería y me echaba de menos como si jamás hubiéramos tenido aquella conversación durante la comida que yo no pude engullir porque se me había hecho un nudo en el estómago que tardé días en deshacer. Y yo tampoco se la quise recordar: Patrick me gustaba más así, dulce, hablador y muy cariñoso aunque no pudiéramos tocarnos. Un día le anuncié que no podríamos hablar por la noche porque iba a salir con algunos compañeros de la facultad y, tonta de mí, en vez de alarmarme, sus palabras me halagaron hasta hacerme sentir la mujer más querida y deseada del mundo:

—Cómo me gustaría estar ahí contigo… Estoy por coger un avión y presentarme ahí mañana mismo… ¿Me dejarías? La verdad es que estoy celoso. Tengo celos de tus amigos, no puedo evitarlo. Ellos van a verte reír

dentro de una hora, pueden abrazarte, darte un beso detrás de la oreja, acariciarte la rodilla, tomarte de la mano… Todas las cosas que quiero hacer yo y no puedo.

No supe qué contestarle. Lo bueno de la tecnología de hoy en día es que él podía ver mi reacción por la pantalla mientras yo seguía meditando mi respuesta. Puse cara de empatizar con su pena, pero no le respondí que yo también anhelaba estar con él. La verdad era que tenía ganas de salir con mis amigos y procurar pasarlo bien para escapar de la melancolía familiar, y había deseado que él me dijera eso: «Pásatelo bien». Sin embargo, en esos comienzos, aún no me paraba a pensar en lo que él debería haberme dicho, y no lo haría durante mucho tiempo porque albergaba ese miedo absurdo de volver a perderle.

—Bueno, tendré que conformarme con verte mañana —resolvió después de un suspiro—. ¿A qué hora estarás levantada?, ¿vas a llegar muy tarde?

—Intentaré no llegar tarde.

Y estúpida de mí, así lo hice: me despedí de mis amigos antes que nadie para levantarme temprano por la mañana y demostrarle a Patrick que de verdad lo quería.

Iniciamos el nuevo año con buen pie. Patrick insistió en recogerme en el aeropuerto, y el reencuentro fue de lo más romántico. Sin importarle quién estuviera mirando, me llevó en volandas y me espetó:

—No vuelvas a desaparecer de mi vida nunca más.

No fuimos a casa, ni siquiera a la suya, sino a un hotel, de cinco estrellas, por supuesto, y allí pasamos dos noches sin apenas salir, contemplando la nieve por la ventana, haciendo buen uso del *room service* y practicando el sexo desinhibido en cada rincón de la habitación.

Estuvimos bien durante un mes más o menos, y por fin conocí a sus padres. Ocurrió un atardecer, como tenía que haber sido la primera vez, y nos presentamos ahí de improviso, sin avisarlos, aunque eso yo no lo supe hasta más tarde.

Nos abrió la puerta el padre, que a pesar de tener solo cincuenta años aparentaba más. Llevaba barba y tenía ya casi todo el pelo blanco; solo le vi una vez la coronilla, que se cubría siempre con una gorra de béisbol. Lo que le hacía mayor era su enorme panza y una manera de vestir muy diferente a la de Patrick: tejanos anchos y gastados, camisa a cuadros y chaleco. Era

profesor de matemáticas en el instituto del pueblo, pero tenía más pinta de leñador.

—Hola, papá. Esta es Enya, mi novia.

Así fue como me presentó Patrick, como su *girlfriend*, y a mí me dijo:

—Él se llama John.

Lo saludé con un «*Nice to meet you, John*», o ¿debería llamarle Mr. Doherty? Se lo había preguntado antes a Patrick, no quería meter la pata. Él me había asegurado que John a secas estaba bien. Sin embargo, el padre me miró con sorpresa, hasta me pareció que daba un paso atrás. Patrick le lanzó una mirada de reprobación y John reaccionó enseguida; con una amplia sonrisa tomó la mano que yo le tendía y nos invitó a pasar.

—Tu madre está en el jardín, voy a avisarla de que estáis aquí —nos dijo como para que esperáramos en el salón, que me sorprendió por lo pequeño que era.

Luego vi toda la casa, incluida la habitación, casi minúscula, que había ocupado Patrick con su hermano hasta los dieciocho años. Estaba en el piso de arriba, junto a otro cuarto igual de pequeño, el de los padres. Las escaleras eran de madera, de las que crujen. Había fotos de él y del hermano por toda la casa, algunas sobre muebles, enmarcadas, y otras en la pared; en la mayoría salía practicando algún deporte: hockey sobre hielo, lacrosse o fútbol americano. La cocina también era pequeña y estaba junto al salón, sin una puerta o pared que acabara de delimitar las dos estancias. Solo había un cuarto de baño, en el piso de abajo, junto al salón y la cocina. «Esta es mi oficina», me diría John señalándome con orgullo una esquina del salón donde había una mesa plegable con un ordenador portátil encima y una silla giratoria delante. Y eso era toda la casa, atestada de cuadros de punto de cruz, *quilts* en forma de corazón o trébol verde y ollas de bronce colgadas del techo. Como la de los tres ositos en el cuento de Ricitos de Oro.

En contra de lo que nos había sugerido John, le seguimos afuera, y allí continué con la sensación de haberme metido dentro de un cuento. Todavía había adornos y luces de Navidad colgados de los árboles y arbustos en los que meses más tarde, en primavera, brotaría multitud de flores de colores, sobre todo rosas del rojo más intenso que había visto jamás. Un caminito formado con grandes piedras planas se abría bajo un arco de madera intrincada y pintada de blanco y un cartel que rezaba: «*Welcome to my garden*». A cada cuatro pasos un gnomo de cerámica nos indicaba con un

dedo estático por dónde seguir. Al final llegamos al *backyard* o el patio trasero, que meses más tarde vería cubierto de hierba inmaculadamente cortada, ahora de nieve.

Vi a la madre de Patrick por primera vez de espaldas, acuclillada. No logro recordar qué hacía en el jardín un día como ese, de frío enero, cuando ella misma me diría muchas veces que cada otoño se despedía de sus plantas y flores y retomaba su otra afición: la de hacer colchas de retazos en su club de amigas, con las que se reunía cada jueves de seis a ocho, dos horas en las que cosían, sorbían chocolate caliente con nubes y se ponían al día de los cotilleos que algunas compartían en Facebook. Y al inicio de cada primavera tenían un edredón nuevo terminado, cosido totalmente a mano y con un valor de cientos de dólares, aunque nunca los vendían: cada año una de las costureras se quedaba uno. Solo entonces ella regresaba al jardín a resucitar las preciosas flores que el invierno había matado.

—¡Anne! —la llamó John.

Ella no contestó, ni se giró.

—¡Anne, Anne! —insistió él, cada vez más alto y con un deje de impaciencia que mantuvo cuando añadió—: Está aquí Patrick.

Solo entonces se volvió y todavía desde el suelo nos miró con sorpresa. Patrick la saludó pero no se acercó a ella, ni le dio un beso o un abrazo. Eso me desconcertó. Nunca le vi intercambiar un gesto cariñoso con su madre. Con John, al menos, se daba la mano.

John me presentó de la misma manera en que escasos minutos antes lo había hecho Patrick. La reacción de la madre fue de total turbación y no se repuso tan rápido como lo hiciera el padre. Aun así, consiguió cumplir con el protocolo social y nos invitó adentro a tomar una taza de té o chocolate.

Patrick me dejó a solas con su madre un buen rato mientras él ayudaba a John con algo referente al ordenador. Hablamos sobre todo de Patrick; me enseñó más fotos en papel, que guardaba en un álbum de los antiguos, e incluso me mostró con orgullo varios recortes del periódico local con noticias sobre sus logros deportivos, también un par sobre su espectacular éxito profesional en los difíciles tiempos que corrían.

Ese día Anne y yo no intimamos, lo haríamos mucho más tarde, igual que con John, aunque con ambos hablaría siempre por separado. Poco a poco nuestra relación tomaría el cariz afectuoso que suponía normal con los padres de mi novio. Yo ya era huérfana y, aunque sí tenía un padre

biológico, nunca lo había considerado un padre de verdad. Creo que a John le tomé cariño por eso, porque fue la primera figura paterna que tuve y para mí supuso una experiencia novedosa, aunque lo cierto es que terminamos más siendo confidentes que otra cosa.

Con el tiempo y la confianza, John y Anne se convirtieron en mis mejores terapeutas, lo cual no dejaba de ser irónico porque fueron ellos los creadores de quien me iba a llevar al borde de la locura. Quizás me acogieran tan bien por ese sentido de culpa que les impulsaba a intentar redimirse. Si con su hijo se habían equivocado tanto y ya no había nada que pudieran hacer, al menos tenían que estar ahí para recoger los pedazos rotos de los corazones que él continuaba destrozando.

Más o menos con esas mismas palabras me lo resumiría John un día, después de confesarme que Anne y él no se habían tratado bien. Se casaron muy jóvenes, igual que lo habrían hecho mis padres, y por la misma razón: Anne se quedó embarazada a los dieciocho años. Pero ellos se habrían casado igualmente, así que el desliz solo supuso un adelanto de planes y una ceremonia rápida en la que Anne vistió con traje y chaqueta negra. Patrick nació solo diecisiete meses más tarde que su hermano y desde siempre, según John, hubo mucha rivalidad entre ambos. De adultos continuaban sin llevarse bien, y yo aún tardaría un tiempo en conocer al hijo mayor, que estaba casado con una neoyorquina y vivía en Manhattan. Tanto John como Anne provenían de familias humildes, y durante muchos años, mientras los niños eran pequeños, ambos trabajaron para sacar la familia adelante, ahorrando para que el día de mañana fueran a la universidad, para proveerles un futuro mejor que el suyo. Solo cuando los chicos se emanciparon y demostraron su valía en el campo profesional, John se dedicó en exclusiva a la enseñanza mientras que Anne trabajaba media jornada en un hospital, de enfermera. Pero cuando Patrick era pequeño, John había hecho malabarismos con tres trabajos, y cada noche llegaba a casa cansado y malhumorado, sin tiempo para su mujer e hijos, a los que gritaba y pegaba, transmitiendo a su descendencia lo que había heredado de sus propios padres, sin detenerse a pensar en lo que hacía. A su mujer no le pegaba, pero la hacía responsable de su desdicha, de que cuando llegaba a casa no solo no tuviera una palabra amable para él sino que no fuera ni capaz de controlar a esos niños tan díscolos y agresivos. Y después de matarse a trabajar, encima, tenía que mendigar sexo en la cama. A ella nunca le había entusiasmado, pero después de nacer los niños, si

conseguía un encuentro mensual en la oscuridad ya podía sentirse afortunado. Poco a poco fue a menos y en los últimos quince años se había convertido en nada; convivían en esa casa tan pequeña y conseguían no rozarse ni al pasar.

La hosquedad de Anne hacia su marido e hijos contrastaba con el afecto que la vería profesar hacia los pacientes del hospital. No se trataba de un establecimiento cualquiera donde cada día entraban y salían pacientes nuevos a través de urgencias. Era uno de esos hospitales de los que los enfermos ya no salían. La mayoría eran ancianos, pero también había jóvenes discapacitados o con enfermedades terminales; algunos llevaban allí años. Durante mi primer año de relación con Patrick fui dos veces a ver a Anne al hospital, mientras trabajaba, las dos únicas ocasiones en que la vi abrazar a alguien, acariciarle el pelo, tomarle de la mano y escuchar con suma atención. Me sorprendió tanto como no verla nunca darle un beso a Patrick, o él a ella. Pero a mí sí que me recibía siempre con los brazos abiertos y me estrechaba con fuerza, y me trató siempre, igual que John, como a una hija querida. También a su nuera la trataba con cariño, y más cuando tuvo su primera hija; para Anne, una nieta.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, diciembre de 2010

El primer jueves acudí a la cita con María media hora antes de lo acordado. Ya se me había pasado el efecto doloroso de lo que para mí había supuesto un desplante hacia mi novela. Solo recordaba sus pechos y el contorno de su cara; los ojos me habían parecido de color tofe, ligeramente maquillados. Durante la semana había pensado en ella más de lo que me habría gustado. Además, tenía curiosidad por descubrir en qué iba a consistir esa sesión de ayuda para mejorar mi novela.

Ella llegó puntual, no como la vez anterior, y después de darnos dos besos, enseguida se puso manos a la obra.

—Deja que te invite a algo esta vez —le rogué—. Es lo menos que puedo hacer y en dos horas de trabajo seguro que te entra sed.

—Está bien —concedió después de pensárselo un poco—. Un agua.

—¿Un agua? ¿En serio?

—Sí, una botella de agua.

—De acuerdo. Yo tomaré una cerveza si no te importa.

—Claro que no me importa, aunque tendrás que prestarme atención.

—Sí, señorita —me burlé con una sonrisa, pero ella no me la devolvió.

—¿Empezamos? —me apremió—. Leí la novela dos veces. La segunda fue para ir marcando todo lo que falla.

Pasó la primera hoja y puso el manuscrito encima de la mesa, entre los dos, para que yo también lo viera. Me quedé estupefacto.

—¡Pero si hay más rojo que negro!

Los márgenes y el espacio por encima del encabezado que antes habían sido blancos aparecían ahora cubiertos de garabatos en tinta roja.

—No te asustes. No toda la novela es así. Los errores se repiten, así que en sucesivas páginas solo los he marcado con rayas. Empecemos con una

regla básica: entre sujeto y predicado no hay coma. A veces no es fácil de ver porque el sujeto es muy largo.

Las dos horas se me pasaron volando, y eso que me costaba concentrarme. No retuve apenas nada de lo que María intentó inculcarme, y la prueba está en que durante años he seguido cometiendo los mismos errores que ella sigue corrigiéndome. En vez de enfocar la atención en las palabras, lo hacía en sus manos cuando las señalaba y en sus labios cuando me soltaba una complicada explicación de por qué eso se escribía así y no de otra manera. Al cabo del tiempo establecido no habíamos llegado ni a un tercio de la novela.

—Tengo que irme —anunció de pronto mientras consultaba su reloj.

—Pero todavía nos falta mucho…

—Podemos volver a quedar el jueves que viene, si quieres. Mientras tanto, deberías reescribir todo lo que ya hemos repasado.

—Lo haré. Muchísimas gracias y hasta el jueves, entonces.

Me levanté para darle dos besos de despedida antes de que se me escapara.

Esa misma noche comencé la ardua labor de aplicar los cambios de María. Me llevó toda la semana, hasta nuestro siguiente encuentro. Fue un trabajo oneroso y aburrido que, sin embargo, me esforcé en cumplir solo para congraciarme con ella. En ese aspecto no sirvió de nada, pues ella ni me felicitó ni se dignó siquiera a echarle un vistazo a las nuevas hojas impresas que llevé conmigo; se limitó a asentir levemente con la cabeza y recordarme que todavía teníamos mucho por hacer. Así transcurrieron tres semanas. Durante ese tiempo abandoné la nueva novela que había empezado a escribir y, gracias a María, fui creando la segunda versión de la primera que, aunque no vería la luz durante bastante tiempo, gozaría de un buen éxito de ventas y críticas positivas.

Al final de nuestro tercer encuentro, me atreví a tratarla en un plano más personal. Durante las tres sesiones, yo había bromeado a veces en un intento de hacer la clase más llevadera y distendida, pero ella no se entretenía con esas nimiedades y, cuando llegaba la hora, anunciaba que se nos había terminado el tiempo y tenía que irse.

—Aquí tienes que poner una coma porque se trata de una construcción de participio absoluta que es independiente de la oración principal.

No miré lo que me señalaba. En vez de eso, la tomé de la mano con la excusa de consultar su reloj y propuse:

—¿Podemos dejarlo por hoy? Estoy un poco cansado. Esta semana me ha tocado horario de noche en el trabajo y no acabo de adaptarme.

Para mi sorpresa, ella accedió y por primera vez se interesó en mí y no en mi novela.

—Háblame de tu trabajo. ¿Te gusta?

—No está mal. Me pagan bien y sigo aprendiendo cosas nuevas.

—¿No preferirías vivir de la literatura?

—Sí, claro, quién no. Pero no soy un iluso, ya sé que eso es prácticamente imposible.

—No es imposible, pero tampoco fácil.

—¿Y tú a qué aspiras? ¿Profesora de instituto, eso es todo?

—¿Te parece poco?

—No, no, pero… eres tan inteligente… Dedicarse a la enseñanza me parece desperdiciar un poco tu talento.

—¿Inteligente? —Soltó una carcajada—. No me considero especialmente inteligente. Soy trabajadora, eso sí, y en cuanto a desperdiciar mi talento en la enseñanza, estás totalmente equivocado. Tengo sueños, claro que sí. Me gustaría ser capaz de inspirar a mis alumnos el amor por la buena literatura y ojalá de mis clases salga algún futuro premio nobel que me nombre en el discurso como una de las mayores influencias en su carrera literaria. —Volvió a reír como para quitarle importancia.

Era la primera vez que la veía soltarse así y me gustó tanto que tuve que reprimir el impulso de besarla.

—Estás mucho más guapa cuando sonríes, ¿sabes? Deberías hacerlo más a menudo.

—Estar guapa no es una de mis aspiraciones —repuso poniéndose seria de nuevo.

—Mentirosa. No sé qué quieres decir con lo de participio absoluto, soy un tarugo para estas cosas, pero sí tengo una buena baza de escritor: soy observador. Me gustaría invitarte a cenar, ¿qué tal mañana?

—No.

—¿El sábado?

—Tampoco.

Se levantó, pero yo esta vez no lo hice. Me quedé sentado con las piernas cruzadas, mirándola, cómodo en la certidumbre de que aparte de mi chapuza literaria, algo más le atraía de mí. No entendía su rechazo, pero ya lo averiguaría. Ella vaciló un momento, sopesando si agacharse para darme los dos besos de despedida o no. Por fin no lo hizo, pero se le escapó un amago de sonrisa cuando dijo:

—Nos vemos el jueves a la misma hora.

—El jueves que viene no voy a poder —mentí—. Tendremos que dejarlo para el siguiente.

—Está bien —repuso ella.

Fueron dos semanas larguísimas. Pensaba en ella a todas horas. Casi cada viernes y sábado salía con Miguel y mi grupo de amigos a bares o a la misma discoteca de siempre. Hacía meses que no salía con ninguna chica y, desde que conociera a María, ni siquiera me fijaba en las que se contorneaban en la pista con escasa ropa. Pero ese sábado bebí más de la cuenta y terminé pasando la noche en casa de una mujer diez años mayor que yo, de la que a la mañana siguiente no recordaba ni el nombre. Sí tenía una vaga idea de cómo había sido el sexo, muy bueno a pesar de mi embriaguez, o al menos para mí, en parte porque imaginé penetrándola a ella, mi María. Me sentí aliviado cuando sin siquiera invitarme a un café, la mujer, que en la discoteca me había contado que se acababa de separar, me espetó: «No quiero volverte a ver. Lo de anoche fue una equivocación, pues yo sigo enamorada de mi marido. Y por cierto, me llamo Manuela, no María».

Aunque no me arrepentí de esa noche de desenfreno, tuve que reconocerme a mí mismo que lo único que me animó a acercarme a Manuela en la discoteca fue el despecho. Diez minutos antes había tenido una conversación reveladora con Miguel. Estaba obsesionado con María, tenía la seguridad de que ella también se sentía atraída por mí y, conociéndome, sabía que yo no cejaría en mi empeño de conquistarla hasta conseguirlo. Así que antes tenía que sincerarme con Miguel y hablarle de mis intenciones.

—¿Cómo está lo tuyo con María? —empecé.

—¡Buf! Mal… No avanzo mucho, la verdad. Un morreo es todo lo que conseguí, pero en cuanto intenté meterle mano me paró. Desde entonces,

¡nada! Hace más de un mes. La llamo a menudo pero siempre me da la excusa de que tiene que estudiar.

—Oye, pues ya que a ti no te hace mucho caso, voy a intentarlo yo, si no te importa.

—¿Pero qué dices, tío? ¿Hablas en serio? ¿Te gusta? —Parecía de veras sorprendido.

—Claro que me gusta. Muchísimo. Voy a pedirle para salir.

—Yo la vi primero —respondió Miguel con tono acusador.

—¿Me tomas el pelo? —No pude reprimir una carcajada—. No somos niños y María no es un juguete. Tú solo quieres tirártela. A mí me gusta de verdad, tío.

—¿Tirármela? No me has escuchado, amigo. Llevo más de un mes detrás de ella. Aquí hay sexo fácil a raudales. —Hizo un gesto con el brazo para señalar la pista de baile—. Con María nunca será fácil, eso ya lo he comprobado, así que si solo fuera sexo lo que me interesa de ella, ya habría desistido.

—Pues yo también quiero intentarlo.

—Ni se te ocurra. —Levantó un dedo amenazador antes de dirigirse hacia la pista.

—¡Dejemos que elija ella! —le grité, pero no estuve seguro de que me oyera.

Pocos minutos después estaba bailando con una chica, muy arrimados los dos; al final de la noche los vi magreándose en uno de los sofás del piso de arriba de la discoteca. Para entonces yo ya estaba borracho y colgado del cuello de Manuela, y me fui con ella sin despedirme de Miguel.

La cuarta sesión con María fue como las otras. Un saludo rápido y enseguida nos pusimos a repasar la novela. Pedí una cerveza para mí y un agua para ella. Siempre insistía en pagar yo, era lo mínimo, pero ese día se me ocurrió que debería remunerarla por todo ese trabajo que estaba haciendo por mí. No me atreví a proponérselo por miedo a ofenderla, pues varias veces me había insistido en lo de su compromiso social; además, Miguel me había contado que realizaba obras de voluntaria en una casa de caridad.

Estaba preciosa, como siempre. Aquel día llevaba una falda corta y no pude resistir la tentación de interrumpir la clase, más o menos por la mitad,

para preguntarle:

—¿Cómo es que tienes las piernas tan morenas? ¿Es que no te pasas todo el día estudiando en la biblioteca?

—No, claro que no. Ahí hay demasiada gente y el silencio me desconcentra. Paso muchas horas en el terrado de mi casa, leyendo y preparando los exámenes al sol, junto a las sábanas colgadas para secarse, pero me pongo crema.

—Algún día me gustaría ir allí contigo. Tú podrías leer y yo escribir. O solo mirarte.

—Bueno, a lo que íbamos —respondió ella con una palmada en el manuscrito—. No nos distraigamos.

Antes de que las dos horas tocaran a su fin volví a adelantarme yo para declarar lo evidente:

—Ya estamos llegando al final.

—Sí, solo quedan diez páginas. Si quieres, seguimos un poco más y ya acabamos. Así no tenemos que volver a quedar.

—Prefiero que lo dejemos aquí y sí volvamos a vernos. ¿Tú no?

—Sí, bueno… Será la última vez.

—La última vez en que me ayudes con la novela, pero no necesariamente la última que nos veamos, ¿no? ¿Te gusta el cine?

María soltó aire por la nariz antes de contestar:

—Nos vemos el jueves que viene, entonces.

Se levantó y no esperó a que yo también lo hiciera. Me quedé sentado sin mirarla. No me sentía con la misma confianza de la última vez; al contrario, empecé a tener mis dudas, quizás había alimentado unas ilusiones infundadas.

—Hasta el jueves —musité casi avergonzado.

Durante la semana vi a Miguel, y hablamos como si la escena de la discoteca no hubiera tenido lugar. No volvimos a mencionar a María. Se convirtió en un tema tabú entre nosotros porque ambos sabíamos que a espaldas del otro seguíamos maquinando para conseguir sus atenciones. Quizás para no dañar nuestra larga amistad, no quisimos admitir abiertamente que ahora éramos además rivales, y que ganara el mejor.

En mi caso, sobre todo, no quise hablar de ella porque habría tenido que admitir que en mí tampoco parecía tener ningún interés. La había invitado a cenar y al cine, y las dos veces me había rechazado. No solo eso: había osado decirle que me gustaría acompañarla durante sus largas horas en el terrado, ¡qué gilipollas! Ella no me había dado ningún indicio, y aun así, algo dentro de mí, llámese intuición o sexto sentido, me decía que yo también le gustaba. Igual me equivocaba, pero hasta entonces me había sentido muy orgulloso de poseer ese sexto sentido, que ponía en práctica cuando miraba películas o leía buenas novelas de misterio, siempre intentando adivinar qué iba a pasar. Si las novelas o películas están bien realizadas, siempre hay pistas que el lector o vidente avispado ve y el que no presta la debida atención, no. Yo me vanagloriaba de captar esas pistas; con las películas rara vez erraba y al escribir mi primera novela había intentado ir sembrando también esos adelantos de lo que va a suceder pero sin dejar de sorprender al lector al final. María me había concedido que sí había logrado crear suspense. Me pregunté si ella estaría haciendo lo mismo y llegué a la conclusión de que no, todo lo contrario: ella se esforzaba por esconder la atracción o simpatía que sentía hacia mí. El día que la había llamado mentirosa llevaba puesto un vestido de verano estampado con un poco de escote y se había pintado las uñas; desde el primer día me había parecido muy femenina, pero estaba seguro de que cada vez lo era más y me había hecho la ilusión de que el esmero que ponía en su cuidado personal era por mí.

Y por fin llegó el último día. En media hora alcanzamos la página final.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho. No sé cómo compensarte.

—No tienes que hacerlo. Me ha gustado trabajar contigo, ha sido un placer. Me equivoqué: no eres como muchos escritores que van por el mundo con el ego subido. Aceptas las correcciones con humildad, no te crees que lo sabes todo y que tu obra es la mejor del mundo.

—Gracias a ti, creo que mi obra es la peor del mundo —no pude evitar responder, aunque con una sonrisa.

—Si he sido demasiado dura, lo siento. Tienes muchas posibilidades como escritor.

—Viniendo de ti, me lo tomo como un cumplido.

—De veras lo creo. Cuando termines tu segunda novela llámame, si quieres. Me encantará leerla.

Sentí alegría durante un segundo, y enseguida tristeza. Lo primero porque quería volverme a ver, y lo segundo porque no era yo, sino mis novelas lo único que le interesaba. Aunque parezca absurdo, sentí celos de esa segunda novela, que ni siquiera existía todavía porque hacía un mes y medio que la había abandonado.

—Te llamaré. Pero si vas a hacer lo mismo que con esta, tendremos que firmar antes un contrato de trabajo. Te pagaré; es de justicia.

—De acuerdo. —Rio para quitarle importancia—. Aunque me conformaría con que me mencionaras en los agradecimientos cuando la publiques.

—Eso, además.

Nos despedimos. La dejé marchar sin más porque no habría soportado otro rechazo. Me quedé en la terraza mucho rato, medio atontado, con la vista perdida en las viejas acacias que coronaban la plaza mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Pedí otra cerveza y hojeé por enésima vez los papeles tan manoseados que formaban mi primera novela. Esa misma noche reescribiría las últimas páginas y me olvidaría durante años de ese primer intento de ser escritor. Debía ponerme con la segunda tentativa cuanto antes. Me llevaría meses terminarla y la perspectiva de no ver a María durante tanto tiempo me llenó de angustia, pero por otro lado esa circunstancia se convirtió en el motor que me puso en marcha, mi motivación principal.

A partir de entonces robé horas del día y de la noche, dependiendo de mi horario laboral, para escribir, y la novela empezó a avanzar a buen ritmo. Me temo que la calidad lingüística y estilística no mejoró mucho respecto a la primera: seguí cometiendo los mismos fallos que María me había corregido y explicado decenas de veces. Ahora pienso que sin darme cuenta del todo, lo hice expresamente, pues si le presentaba una novela sin nada que corregir, no habría excusa para repetir nuestros encuentros en la terraza de la plaza del Cardenal Salazar.

Así pasé el verano, trabajando y escribiendo. Mi relación con Miguel siguió como siempre, aunque lo vi poco. Él, como estudiante financiado por sus padres, disfrutaba de unas largas vacaciones, casi por entero en Rincón de la Victoria, Málaga. Otros años me había invitado a pasar unos días e incluso semanas allí, en la casa familiar que tenían junto a la playa. Ese año, sin embargo, no lo hizo y, aunque me dolió, para qué negarlo, preferí no

indagar en el porqué. En el fondo sabía que tendría algo que ver con María. Quizás la había invitado a ella. Decidí que sería mejor no saberlo, pues en caso afirmativo, mi ímpetu creativo se vería truncado, quizás sin remedio. Pasé mis semanas de vacaciones solo en el piso donde aún vivía con mis padres y mi hermano Rafael; ellos también se habían ido a la costa. Nunca en mi vida he vuelto a estar tan encerrado como entonces. Pasé de ser un joven sociable y con ganas de divertirse a dejarme la piel en el trabajo. Y todo por una mujer que no me hacía ni puto caso y que seguramente estaría riéndose de mí con mi mejor amigo, mientras hacían el amor en la playa y ella le contaba lo ridículo que había quedado con eso de «O mirarte».

Miguel y yo volvimos a vernos a mediados de septiembre. Habían pasado tres meses y medio desde que viera a María por última vez y, aunque no había dejado de pensar en ella ni un solo día, las facciones de su rostro empezaban a difuminarse en mi memoria. Tenía la novela muy avanzada y calculaba que en un mes más podría llamarla para que la leyera. No me atrevía a hacerlo antes, pero no podía aguantar más la comezón de no tener noticias suyas. Al saber que Miguel estaría de vuelta, quise salir de dudas y, si tenía que ser así, recibir la confirmación de que María lo había elegido a él, o en el mejor de los casos, a ninguno de los dos. Olvidé mi resolución de terminar antes la novela para que el desamor no me impidiera abandonarla, y pudo más la curiosidad.

Lo llamé yo. Él respondió en un tono jovial y durante unos minutos hablamos de cómo habíamos pasado el verano. Acordamos en salir a tomar unas copas esa misma noche. Cuando ya llevaba tres o cuatro cervezas en el cuerpo, por fin me atreví a abordar el tema. Me dije que el alcohol me protegería del golpe, estaba preparado para la verdad.

—¿Qué sabes de María? —le pregunté fingiendo desinterés.

Él me miró más que sorprendido, y su desconcierto me chocó a mí a su vez.

—¿Qué sabes tú de María?

—Yo nada. Por eso te pregunto, ¿no estáis juntos?

—No, hace meses que no la veo. Imaginé que vosotros estaríais juntos.

—¿Yo con ella? ¡Qué va! Nunca tuve posibilidades… Creí que tú…

—¿Me estás vacilando, tío?

Miguel se había apartado un poco de mí, después de darme un puñetazo amistoso en el hombro.

—No, tío, no te vacilo. Lo intenté, pero no hubo manera. Fui tonto, creí que había algo, pero a ella solo le interesaba mi novela, no yo.

Miguel soltó una carcajada que no me cayó muy bien. Di un largo trago a mi cerveza y antes de apurarla del todo hice una señal al chico de la barra para que me pusiera otra. Esperé a que Miguel se repusiera, pero parecía que iba a tardar: le había entrado uno de esos ataques de risa incontrolables que sientan tan bien al que los padece pero empieza a mosquear a los demás.

—Si me cuentas el chiste nos podremos reír juntos.

—Perdona, tío… No sé por qué me sorprendo. María es una tía muy rara.

—¿Qué quieres decir?

—Por casualidad, no te dijo que estaba enamorada de mí, ¿no?

—No… Nunca saliste al tema. De hecho, apenas hablamos de nada que no fuera mi novela. Las dos veces que lo intenté, enseguida me paró los pies y me recordó que estábamos ahí para trabajar.

—Pues a mí sí me lo dijo.

—¿Que estaba enamorada de ti?

—No, de ti.

—¿Me tomas el pelo?

Sentí como todo el alcohol consumido me subía de repente a la cabeza y tuve muchas ganas de reír. Solté una carcajada similar a la de Miguel segundos antes, pero él ahora estaba serio.

—No bromeo, y te confieso que en su momento me sentó fatal. La conociste gracias a mí. Si no le hubiera hablado de tu novela, ella jamás se habría interesado por ti. Después del día que me dijiste que te gustaba, decidí perseguirla un poco más. La esperé a la salida de clase e incluso la cortejé con flores y tonterías de esas, pero cuanta más atención le prestaba menos caso me hacía. La cosa solo duró poco más de una semana. Una tarde en que la fui a buscar me dijo muy seria que no le parecía oportuno que nos viéramos más, que al principio yo le había hecho gracia pero que había conocido a otro y se había enamorado. Insistió en que había sido algo ajeno a su voluntad; sencillamente, había ocurrido y no había podido impedirlo. Quise saber quién era el otro, claro. Y le pregunté: «¿Es

Alberto?». La tomé desprevenida y antes de que dijera nada ya supe que la respuesta era que sí.

—¿Pero ella te dijo que sí?

—Sí. Dijo «sí».

—¿Estás seguro de que dijo «sí»?

—Sí, tío, estoy seguro. Dijo «sí».

—No lo puedo creer… Eso debió de ser después de que yo la viera por última vez… A ti te confesó que me quería y a mí días antes me había pedido que la llamara solo cuando tuviera otra novela… ¿Quién entiende a las mujeres?

—Ya te he dicho que María es muy rara. Me cabreé, no voy a negártelo. No tenía ganas de veros juntos en verano, por eso me fui antes al Rincón.

—¿Y por eso me has ignorado durante todo el verano?

—Imaginé que estarías ocupado… con ella.

—Y yo imaginé que tú estabas con ella.

—¡Qué imbéciles!

Nos partimos de risa. Yo estaba eufórico con el descubrimiento. Consulté mi reloj para calcular si era una buena hora para llamarla: las dos de la mañana. No, esperaría al día siguiente. Miguel adivinó mis intenciones y me advirtió:

—No vayas a buscarla. Espera a tener la novela y entonces la llamas, como habíais quedado. O volverá a hacerte un desplante.

—No puedo, tío, estoy totalmente obsesionado con ella. Necesito verla. No voy a llamarla; dame su dirección e iré a su casa.

—No la tengo. Nunca quiso decirme dónde vivía. Es una tía muy desconfiada. Ahora me alegro de no haber tenido nada que ver con ella.

—Pues entonces voy a tener que engañarla. Mañana la llamaré para decirle que ya he terminado mi segunda novela.

Al día siguiente, el sentido común y una terrible resaca me obligaron a esperar hasta el atardecer para llamarla. Nos habíamos intercambiado los números de teléfono el día que nos conocimos, por si alguno de los dos debía anular la cita, pero eso no había ocurrido nunca, así que esa era la primera vez que la telefoneaba. Respondió una voz de mujer que tomé por su madre. Cuando me preguntó de parte de quién era, dudé.

—Prefiero que no se lo diga. Es una sorpresa —resolví por fin.

—Está bien —contestó ella no muy convencida.

Al otro lado de la línea, me llegó su voz alejándose del aparato: «María, para ti… Un chico, no me ha dicho su nombre».

—Dígame.

—María, soy Alberto, ¿te acuerdas de mí?

—¡Alberto! Sí, claro que me acuerdo.

Percibí que de veras era una sorpresa mi llamada. Me había contestado con alegría, y eso me infundió confianza.

—Me gustaría verte para hablar de mi segunda novela.

—¿Ya la has terminado?

—Sí… Bueno, casi. —Al final no fui capaz de mentir—. ¿Te va bien mañana?

—Mañana es domingo y voy a misa.

—Ah… No sabía que eras religiosa.

La verdad era que no sabía nada de ella; esa declaración hizo que me diera cuenta de repente.

—¿Te extraña?

—No… Bueno, no sé. Yo es que… soy agnóstico.

—Por la tarde estoy libre. Podemos quedar a partir de las cinco, si te va bien.

—Perfecto. ¿Dónde?

—Donde siempre.

A las cinco menos diez ya estaba esperándola. Me levanté de la silla cuando la vi aparecer, caminando a paso ligero. Llevaba un vestido anaranjado que resaltaba su piel morena. De repente pensé que mi temor al rechazo había impedido que pasáramos juntos ese verano que ya terminaba. Al cabo de pocos días empezaría el otoño y el tiempo caluroso no duraría mucho más. Tuve una sensación de pérdida, de tiempo desaprovechado, y me dije que ese día iba a agarrar al toro por los cuernos.

—¡Qué alegría verte, Alberto!

—Y yo, no te lo imaginas.

La abracé, no pude evitarlo. Y ella me correspondió de manera abierta y cálida. Sentí un estremecimiento con el contacto de sus senos en mi pecho.

Cuando nos separamos, me apresuré a sentarme de nuevo para colocar una mano en mi entrepierna con disimulo y comprobar mi incipiente erección. Por suerte, ella no pareció darse cuenta. La invité a que se sentara también.

—Dentro de un rato, si quieres, vamos a pasear —añadí.

—Está bien. ¿Así que tienes una nueva novela?

Sonreí y ahogué las ganas de comentar que el verano no la había cambiado: María iba al grano, sin entretenerse en preliminares. Le hablé de la novela, de cómo me había pasado todo el verano trabajando, y respondí a sus preguntas. Al final le aseguré que al cabo de un mes como muy tarde la tendría lista. Después de unos veinte minutos y habernos tomado un refresco, la tomé de la mano y propuse que camináramos un poco. Estaba dispuesto a abordarla y pensé que en movimiento y uno al lado del otro sería más fácil para ambos que sentados frente a frente. Ella aceptó encantada. Me interesé por su carrera y su trabajo en el instituto.

—Empiezo la semana que viene. Estoy muy nerviosa y contenta a la vez. Terminé la carrera con matrícula de honor.

—Felicidades. Tus padres deben de estar muy orgullosos.

—Sí, bueno… no es para tanto.

Seguimos andando un rato en silencio por las calles adoquinadas de la judería, y cuando nos encontramos delante de la mezquita, decidí no disimular más. Había llegado a la conclusión de que con una mujer como María no valían invitaciones al cine o a cenar. Tenía que declararle mi amor sin tapujos y esa vez estaba bastante seguro de que no me iba a equivocar.

—María… Te voy a ser sincero: ayer te llamé porque en todo el verano no he sido capaz de pensar en otra cosa que no fueras tú. Sé que es una locura, porque en realidad no nos conocemos casi nada, pero la verdad es que… te quiero.

Me detuve antes de pronunciar las dos últimas palabras, para mirarla directamente a los ojos al hacerlo. A ella se le escapó una sonrisa, pero no dijo nada, así que continué:

—Eres guapa, lista pero, sobre todo, muy buena persona. Te admiro y… me gustaría conocerte más. Si me das una oportunidad, verás que yo tampoco soy mal tipo.

—Y si tanto te gusto, ¿cómo es que no me has llamado en todo el verano?

—¿Qué?… Porque… tú me dijiste… ¿Te estás burlando de mí?

—No me burlo. Ya sé que te dije que me llamaras cuando tuvieras la novela, pero no esperaba que de veras fueras a esperar tanto.

—Pero… ¿cómo iba a saber que tú también querías verme?

—Pensé que quizás Miguel te habría contado algo —musitó con un hilo de voz y bajando la cabeza.

Respiré hondo y la atraje hacia mí para volver a abrazarla. De nuevo tuve esa sensación de oportunidad perdida, de haberla dejado escapar, pero por otro lado me sentí muy afortunado de haber llegado a tiempo, de que ella no me hubiera olvidado durante el verano, de haber tenido esa conversación con Miguel el día anterior… Me parecía casi un milagro que estuviéramos juntos porque ella, por su parte, no había movido ni un dedo para que así fuera; confesar su amor por mí a Miguel había sido algo muy fuera de lo normal para ella.

—No, Miguel no me dijo nada. Los tíos no hablamos de esas cosas —dije estrechándola más fuerte—. Hasta ayer… porque yo le pregunté por ti y a él le sorprendió que no te hubiera visto durante todo este tiempo.

—Yo tampoco hablo de esas cosas con nadie, pero Miguel no me dejaba en paz, tuve que decírselo.

No acababa de entender por qué había querido luchar tanto contra sus sentimientos, aunque no me atrevía a preguntárselo.

—¿Tienes miedo? —le pregunté por fin, con cautela.

—Sí.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo. Todavía no.

—Eres muy misteriosa, ¿sabes? —Me reí y me aparté un poco para mirarla—. Pero me gusta. Si algún otro gilipollas te ha tratado mal antes, olvídalo. Te prometo que yo voy a ser bueno contigo.

—Hay cosas que son imposibles de olvidar, jamás.

—Bueno… pues cuando estés preparada me lo cuentas. Mientras, ¿por qué no me hablas de todo lo demás? A qué hora te levantas, cómo tomas el café, cuántos hermanos tienes, a qué colegio fuiste de niña, qué colonia usas, eres de Pepsi o de Coca-Cola, cómo se llama tu mejor amiga…

Ella rio. Fue una risa abierta, despreocupada, feliz, que me hizo sentir el hombre más afortunado del mundo.

La tomé de la mano para volverla a invitar a caminar.

—Me levanto a las siete, desayuno café con leche y galletas, tengo dos hermanas menores, fui a las Teresianas, me pongo la colonia que me regalan por Navidad, cada año es diferente, y mi mejor amiga se llama Raquel.

—Te has olvidado de una: Pepsi o Coca-Cola.

—Ninguna de las dos.

—¿Fanta? ¿De limón o de naranja?

Ella volvió a reír.

—No consumo bebidas gaseosas, ni alcohol. Solo agua.

—¿En serio? ¿Por alguna razón política?

—Sencillamente no me gusta su sabor.

—Me encanta que no seas como yo. A mí me gustaría que no me gustara tanto el sabor de la cerveza.

Así transcurrió esa primera tarde en la que mi vida tomó un rumbo hacia el amor y poco después el matrimonio. La primera y única vez que he estado enamorado ha sido de María. Han pasado veinticinco años y mis sentimientos por ella no han cambiado; al contrario, ahora la quiero aún más. Lo del principio fue un enamoramiento mezclado de deseo carnal, pero a medida que fui conociendo su historia y descubriendo su admirable personalidad, la empecé a amar de verdad.

Miguel tuvo razón en que el sexo no sería fácil con María, pero eso resultó lo de menos. Lo más importante era que desde hacía nueve años escondía un terrible secreto, que la había atormentado y que había compartido solo con una «persona», la existencia de la cual yo no tenía muy clara: Dios.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Nada más llegar a Boston en septiembre, me había comprado una bicicleta. Pedaleaba en ella cada día desde casa hasta el Institute; también la usaba para ir al súper o familiarizarme con la ciudad. Una tarde que salí a comprar, me la robaron. Nancy me había advertido que tenía que encadenarla siempre, sin excepciones, pero yo ya había conocido a Patrick y achaqué ese momento de descuido al despropósito del enamoramiento.

Ocurrió en un visto y no visto: después de haber salido de casa y recorrer una manzana, me di cuenta de que había olvidado el monedero, así que volví a casa, dejé la bicicleta apoyada frente a la fachada, subí de un salto los cuatro escalones que daban al porche, abrí la puerta principal y seguidamente la que daba a nuestro apartamento en la planta baja, y fui directa a la mesa del salón, donde sabía con certeza que había dejado el monedero cinco minutos antes. En menos de un minuto había vuelto a cerrar con llave la puerta de casa y de golpe la principal. Bajé los cuatro escalones de un salto y me quedé tiesa ante el espacio vacío que antes había ocupado mi bicicleta. Levanté la mirada justo a tiempo para ver a alguien con una chaqueta oscura doblar la esquina montado sobre mi flamante bicicleta nueva.

Me quedé atontada, como si me hubieran abofeteado. La reprimenda de Nancy tampoco ayudó. Denuncié el robo, pero no sirvió de nada: nunca la recuperé. Menos el día de las magdalenas de frambuesa y chocolate blanco que nunca olvidaré, siempre había ido al Institute en bicicleta. A partir de entonces tuve que hacerlo a pie o en tranvía. De todos modos, ya había empezado a nevar y hasta la primavera de poco me habría servido tener una bicicleta. Solo cuando conocí a John y Anne se me ocurrió que podía comprarme un coche.

La compra del escacharrado Mazda (del año 1985, nada menos, dos años más viejo que yo) al que le tomaría tanto cariño está asociada en mi

memoria, sin embargo, a algo desagradable, el detonante del siguiente bajón en la montaña rusa del amor.

Patrick se mostró muy entusiasmado con mi idea de comprarme un coche, sobre todo porque así podría ir a verle a su casa, que estaba a las afueras de Boston, en vez de tener que ir siempre él a buscarme o yo tomar un autobús. Fuimos juntos a un par de garajes de venta de automóviles de segunda mano, de esos que se ven desde la carretera con las cifras grandes y en rojo pintadas en el cristal delantero. La tercera vez que fui, no obstante, no me acompañó él, sino mi vecino. Y fue en esa ocasión en la que me encapriché con el Mazda plateado y deseé con todas mis fuerzas que por dentro estuviera todo bien.

Mi vecino era mecánico de profesión, y por eso le había pedido que me acompañara. Era también padre de tres niños, separado, y su hija mayor de quince años me había pedido que le diera clases de conversación de español. Teníamos una relación amistosa que había empezado antes de que yo conociera a Patrick, y nos ayudábamos en lo que podíamos de manera desinteresada. La vida en América era así, la gente se echaba una mano sin apenas conocerse, y era uno de los aspectos que más me gustaba de mi nueva vida allí. Jamás se me habría pasado por la cabeza que confiar en el vecino para la adquisición del coche volvería a herir los sentimientos de Patrick.

—¡Ya tengo coche! —exclamé nada más verlo, echándome a sus brazos, llena de júbilo.

El primer paseo, para probarlo, lo había hecho con el vecino y, tan pronto me sentí cómoda, conduje hasta el trabajo de Patrick y usé el aparcamiento gratuito para los empleados y visitantes. Le insté a que me siguiera para enseñárselo, pero se hizo el remolón. Adujo que era un mal momento, tenía trabajo. Yo insistí; estaba tan ilusionada que daba saltos de alegría. Además, supongo que como hacía más de un mes que había regresado de Barcelona y disfrutábamos de una luna de miel renovada, me estaba relajando u olvidando, como diría él, de sus sentimientos.

Él intentó disimular su decepción inicial, aunque enseguida adoptó esa sonrisa que me desconcertaba y que al final llegué a detestar, solo cuando comprendí que era falsa. Sonreía, pero por dentro ya me estaba odiando un poco. Una vez en el aparcamiento, ninguno de los dos pudimos fingir más.

—No parece que te alegres mucho por mí —observé, empezando a desinflarme.

—Bueno, es que… no lo veo tan fantástico, la verdad. Era mucho mejor el último que vimos tú y yo. Ya lo tenías casi decidido, ¿por qué te echaste atrás?

—Volví allí con Michael y él dijo que no estaba tan bien. Los frenos estaban demasiado gastados o no sé qué… Yo no entiendo de estas cosas. Estuvimos mirando y probando otros, luego fuimos a otro garaje que conocía él y vimos este, una ganga por solo dos mil dólares, y está muy bien. Tiene los neumáticos nuevos.

—¿Y te fías de ese tío?

Vi un destello de furia en sus ojos, pero extrañamente Patrick seguía con la sonrisa en los labios.

—Sí, claro que me fío. Es un buen hombre y los motores y carrocerías ¡son su especialidad!

—Es un desgraciado y un fracasado que ha pasado tres años en la cárcel por asesinato —me recordó Patrick, como si no le hubiera contado la historia yo misma—. ¡Te fías más de alguien que ha matado a un hombre que de tu propio novio!

—Fue en defensa propia —musité, perpleja— y no fue asesinato, sino homicidio.

Era una historia que me había impactado, no solo porque era verdadera y horrible, sino porque Michael nos la contó a Nancy y a mí al poco tiempo de conocernos, mientras tomábamos una cerveza en el porche de la casa. Dijo que ya que íbamos a ser vecinos más valía que nos hablara de su oscuro pasado cuanto antes para que no se le escapara cualquier otro día en el transcurso de una conversación y sobre todo para que entendiéramos por qué no tenía la custodia de sus hijos, a pesar de que su exmujer era alcohólica y drogadicta y los niños vivían con la madre de ella. El incidente había ocurrido hacía ya años, al menos ocho o nueve. Michael y su mujer ya se habían separado. El matrimonio había durado siete años y esa noche él estaba con los niños, cuidándolos en la casa de ella, que había salido con su amante de turno. Regresaron los dos bebidos, él gritando e insultando a Michael, ella riendo. Los niños dormían y no vieron nada. Quizás oyeron los gritos y el golpe, pero nunca se lo pregunté; de todos modos, eran muy pequeños. El tipo borracho llevaba una pistola en la mano y amenazó a

Michael con disparar. Por lo visto, la exmujer le había contado cosas que no dejaban muy bien a Michael —mentiras, según él, pues era una sociópata empedernida que se creía sus propios desvaríos— y el gilipollas había caído en la trampa. Michael estaba sereno y sobrio —no bebía—, pero se hizo con una barra de hierro que había guardado durante años en la casa que ocupara con su mujer precisamente por si se presentaba una situación como esa. Y la usó, sin vacilar, un momento después de que el otro levantara la pistola y le apuntara a la cara, tambaleándose y gritando: «*I'm gonna kill you, asshole!*». Michael hizo oscilar la barra como si se tratara de un bate de béisbol y, de un golpe certero en un lado de la cabeza, mató al amante de su exmujer. Esa no había sido su intención, claro, solo había pretendido defenderse y no calibró su fuerza. Tampoco pudo saber que el arma no estaba cargada. El clic del gatillo fue lo que le hizo reaccionar con ese miedo que se tradujo en descomunal fuerza. En fin, una tragedia, porque si el miedo lo hubiera paralizado siquiera durante un segundo, el cerebro habría tenido tiempo de comprender que esa era la única intención del borracho: asustarlo. «*You scumbag! Stupid little piece of shit!*», gritó la mujer, y Michael siempre tuvo la duda de si se refería a él o al amante. En el juicio alegó defensa propia, pero lo acusaron de homicidio voluntario que, según la ley de Massachusetts, es un asesinato cometido en respuesta a una provocación razonable. Perdió su trabajo y pasó tres años en la cárcel durante los cuales apenas vio a sus hijos, su única razón de ser. La pena inicial era de diez años, pero lo absolvieron por buena conducta. Como castigo perpetuo, no se le permitía salir del país, jamás tendría la custodia de sus hijos (aunque mantenía un acuerdo amistoso con su exsuegra y los veía cada fin de semana), no podía poseer un arma de ningún tipo y, en caso de salir de los estados de Nueva Inglaterra (no lo hacía), necesitaba un permiso especial de la policía.

Me arrepentí de haberle contado la historia a Patrick, aunque cuando lo hice su reacción no había sido esa. Había sido como la mía, de incredulidad y horror, y había comentado algo parecido a mis propios pensamientos: «Parece mentira, como de película, aunque estas cosas pasan de verdad. La cuestión es: ¿quién se basa en quién, los productores y directores de cine en la realidad, o el público fácilmente manejable en lo que ve en la caja tonta?». Como yo cuando me lo contó Michael, Patrick se había abstenido de juzgar.

Claro que entonces no había sentido celos porque, en definitiva, de eso se trataba. Patrick estaba celoso porque yo había pedido consejo y ayuda a otro hombre, y eso dañó su orgullo. Él se había ofrecido a ayudarme, incluso faltando horas al trabajo, y yo no solo desestimaba su opinión sino que demostraba claramente que no le necesitaba. Todavía no me lo diría así de claro, pero con el tiempo y otros incidentes parecidos ya sí, y yo me acostumbraría a oír de sus labios las palabras *inconsiderate* y *selfish* para referirse a mí.

—Bueno, tengo que volver al trabajo. No todos somos estudiantes, algunos tenemos que ganarnos el pan. Ya nos veremos.

Me dio un beso en la mejilla antes de dejarme sola, abatida y al mismo tiempo maravillada de su poder: ¿cómo conseguía, con tan pocas palabras, hacerme sentir tan mal, cuando minutos antes había sentido tanta alegría?

—Oye, espera, ¡lo siento! —grité a sus espaldas, pero él ni siquiera se giró, solo me hizo un gesto de despedida con la mano.

Más tarde lo llamé para reiterar que lo sentía, que no había creído que fuera a molestarle tanto que me dejara aconsejar por Michael. No obstante, él no perdonaba tan fácilmente.

Como consecuencia de eso, mi querido Mazda nunca le gustó y ya nunca quiso saber nada de él. Lo usé siempre para conducir sola. Si íbamos juntos, era en su deslumbrante BMW. Pero lo peor fue que por esa tontería —al menos para mí lo era— volvió a marcar distancias. Nos veíamos solo cuando él quería, que durante un tiempo fue muy poco, una o dos veces por semana. Volvió a decirme que quizás estábamos yendo demasiado rápido. Yo lo pasé mal, aunque no tanto como la primera vez. Me costó acostumbrarme de nuevo a verlo con su coraza y preferí no hacerlo: su indiferencia era demasiado dolorosa. Solo después de no devolverle dos llamadas, lo tuve de nuevo a las puertas de mi casa como un perrito faldero.

Lo imperdonable es que volviera a seducirme —y lo haría muchísimas veces más— de manera tan arrolladora; creo que esa vez fue la del fin de semana largo en Nueva York. Y volví a sentirme especial, importante, valorada. Cuando estábamos bien, me decía cosas bonitas, sobre el color de mi pelo (natural) o la forma de mis pies, pero lo más importante era que me escuchaba con mucha atención, siempre mirándome a los ojos. No me interrumpía jamás cuando yo le hablaba de libros y a veces me pasaba horas analizando uno en concreto. Me hacía sentir inteligente. Él era una de esas

personas que se concentra en lo que hace; *focus* era otra de las palabras habituales en su vocabulario, una más de las que con el tiempo llegué a detestar. Pobres palabras, cuántas de ellas llegué a borrar de mi lista por culpa de mis malas experiencias. Otra fue *beauty* —bella—, porque ese fue el apelativo cariñoso con el que empezó a llamarme enseguida, desde las vacaciones en Antigua. «Muy apropiado: la bella y la bestia», me diría un día Anne, su propia madre. No me importaba que me llamara así; es más, lo que no me gustaba era oír mi nombre en sus labios, porque cuando lo hacía era en ese tono que me decía que él estaba más allá, a un metro por encima o por delante de mí, adelantado a su tiempo. Como en todo, tardé tiempo en encontrar la palabra justa para definir el trato que Patrick empleaba conmigo, pero al final lo hice: condescendencia.

Y ahora recuerdo un día, cuando ya llevábamos dos años juntos —con varios altibajos— que se enfadó porque no estaba prestando atención a lo que hacía un grupo de mamarrachos corriendo detrás de una pelota ovalada. Patrick había pagado cientos de dólares por las entradas para ese partido y estaba explicándome las normas del juego con suma paciencia. Yo cometí el error de mirar donde no debía. Era un hermoso día de primavera, casi verano, y me distrajo la visión de un ala delta a lo lejos. Patrick me pilló mirando al cielo en vez de a la hierba, donde ya se amontonaban unos encima de otros. Su ira por una cosa así estaba tan fuera de lugar que en ocasiones como esa me convencía de que estaba enfermo. A él le molestaba que yo estuviera siempre en las nubes —eso lo decía él, hasta que le conocí jamás había creído ser más despistada de lo normal—, y una vez, ya muy al final, supe que mi amor por la literatura le parecía una tontería; me lo dijo así de claro: una pérdida de tiempo. Él solo leía libros que le hacían avanzar más, aprender algo nuevo. Lo mío era un *hobby*, me diría, pero con eso ¿iba a ganar dinero? Él se interesaba por mi afición porque era una persona considerada, porque me quería, y por eso le sacaba de quicio mi desinterés por lo suyo. La verdad es que a mí me importaba poquísimo que los Red Sox ganaran la liga o no, que los New England Patriots llegaran a la Super Bowl o que el equipo nacional de hockey sobre hielo venciera a los canadienses. Pero Patrick me daba pocas opciones para escabullirme de los eventos deportivos que, aparte de su carrera profesional, eran su vida: compraba entradas para que fuéramos los dos juntos a los partidos, y lo hacía con tanta ilusión que si yo hubiera rechazado alguna invitación le habría vuelto a romper el corazón. Así que aguantaba, igual que él

aguantaba mis rollos sobre Scott F. Fitzgerald y su amor por Zelda o por qué *El guardián entre el centeno* marcó un hito en la literatura norteamericana contemporánea. Mi error fue no disimular que me aburría como una ostra en los partidos. Él sí disimuló siempre. Solo durante el tercer año encontré la palabra apropiada para eso: falsedad.

Durante el primer año Patrick no acababa de mostrarse tal como era. Yo iba con pies de plomo, pero él también escondía mucho de su lado oscuro. Quizás por eso se alarmó cuando le dije que me había encontrado con Joanna. Ella le conocía mejor que nadie, claro, incluso más que sus propios padres. Con el tiempo he comprendido que Patrick temió que Joanna y yo hubiéramos ido a tomar un café juntas y me hubiera contado lo monstruoso que podía llegar a ser. No fue eso lo que ocurrió. Su ruptura era aún muy reciente. Según Patrick, se había terminado meses antes de empezar nosotros, pero ellos habían vivido juntos y no había sido tan fácil y rápido desmontar esa vida. Además, había sido él quien la había desechado a ella. Desechado, sí, esa es la palabra, aunque él nunca la usó, pero estoy segura de que fue eso lo que hizo, igual que me haría muchas veces a mí.

Patrick nunca me habló mal de ella, eso no lo hacía; lo único que había mencionado, aparte de que dependía demasiado de él, eran sus celos y que no tenía estudios. Patrick tenía cualidades muy buenas y una de ellas era esa, que jamás hablaba mal de nadie a terceras personas, por eso conseguía mantener esa imagen de perfección para todo el mundo que no le conocía. A los únicos que no engañaba era a sus padres, que se sentían responsables de que fuera así, y a la novia de turno. Yo todavía no lo conocía bien y la aparición de Joanna a esas alturas tan tempranas de nuestra relación hizo que me llevara una imagen muy desafortunada de ella, reforzando lo poco que me había contado Patrick.

Sucedió una mañana después de que Patrick se fuera a una convención en Seattle, donde estaría cinco días. Habíamos pasado la noche anterior juntos en su casa. Yo había conducido mi coche, pero por la mañana fuimos en el suyo al aeropuerto y yo lo conduje de vuelta a su casa para recoger el mío y hacer exactamente lo mismo cinco días después.

—¿No sería más fácil y rápido que fuéramos en mi coche? —le sugerí.

—Si tienes prisa o algo más importante que hacer, ya cojo un taxi —respondió él.

No insistí; no valía la pena volver a discutir por culpa del Mazda, que para él era mi querida chatarra: «*your dear piece of junk*», decía.

De vuelta a su casa me detuve en un centro comercial cercano para realizar mi compra semanal en el supermercado. Lo hice antes de recoger mi coche porque aproveché para comprar también algunas cosas que me había pedido Patrick. Y fue en el pasillo de las pastas y arroces donde me encontré, de repente, a una chica rubia vestida en chándal y zapatillas deportivas, con coleta y las manos hundidas en la chaqueta, mirándome fijamente. La vi después de alcanzar un paquete de lacitos de pasta multicolor, que tan buenos quedan en ensalada, y me sobresalté: no sabía cuánto rato ni por qué llevaba observándome así esa mujer que no había visto nunca antes.

—¿Tú eres Enya? —preguntó antes de que tuviera tiempo de recuperarme del susto.

—Sí… ¿te conozco? —respondí entornando los ojos.

No podía ser del Institute, estábamos demasiado lejos.

—Vas a la Universidad de Boston, ¿no?

—Sí… —repetí con cautela—. ¿Tú también?

—No, yo no. Mis padres están divorciados, mi madre tuvo que criarnos a mis tres hermanos y a mí ella sola, yo tuve que empezar a trabajar a los catorce años. De todos modos, no soy tan lista como para ir al *college*; aunque hubiera tenido dinero, el *high school* lo pasé justito.

—Ah… —alcancé a decir.

Me vino a la cabeza una imagen involuntaria, de película americana, en la que un loco se lía a tiros en el supermercado. Porque ese país está lleno de locos, si no, ¿a cuento de qué me contaba esta su vida?

—Y eres italiana, ¿no? —continuó ella, suavizando un poco el tono de reproche que había usado en la pregunta anterior.

—No, española.

—¿Danesa?

—Española, española —recalqué yo.

Solo entonces me di cuenta de que mi interrogadora estaba nerviosa y apenas me escuchaba. Le había dicho «*Spanish*» y ella había entendido «*Danish*».

—Claro, y supongo que habrás viajado mucho. Pues yo no he salido del país, ya ves. Estuve a punto de ir a Antigua, pero al final mi novio prefirió irse con otra.

Abrí la boca de asombro y, con los nervios, se me cayó el monedero al suelo.

—Veo que por fin se cayó el penique —dijo ella levantando una ceja.

—Esa no es una expresión americana —observé yo mientras recogía el monedero (en inglés británico, que el penique se caiga quiere decir que por fin has comprendido algo).

—No, mi madre es inglesa. Vino aquí en busca de una vida mejor, pero no tuvo suerte; el desgraciado de mi padre la dejó por otra, se ve que es algo que se hereda.

Solté un bufido. ¡Qué tía, estaba loca! Eso fue lo que pensé, y hasta me asusté. ¿Qué iba a hacerme, pegarme? Yo no sabía que Patrick la había dejado por mí y, en su defensa, creo que no fue así, pero debió de ser la manera en que él terminó, sin muchas explicaciones, simplemente, sin interés ya, lo que debió de dolerle tanto a ella.

—Conoces a Patrick Doherty, ¿no? —preguntó levantando la barbilla.

—Sí —respondí sin estar segura de si se refería a que lo conocía-conocía o solo lo conocía.

—Pues si me puedes hacer un favor, dale esto. —Me entregó un sobre—. Es la llave de su casa, yo ya no la necesito.

—¿Y quién le digo que me la ha dado?

Ya sabía la respuesta, pero quería oír la confirmación de sus labios.

—Joanna —dijo levantando la barbilla aún más, y antes de dar la charla por concluida, añadió—: Gracias.

—¡Espera! ¿Cómo sabías que era yo? —le grité cuando ella ya se alejaba.

Se detuvo, me miró como si fuera tonta y, encogiéndose de hombros, dijo:

—Por el coche.

Le conté lo sucedido a Patrick cuando me llamó esa noche por teléfono. Se alarmó; me preguntó cómo me encontró, qué había en el sobre, qué me dijo, qué quería. Yo no sabía qué quería, supuse que tenía curiosidad por saber

por quién la había dejado Patrick, pero al final me había dado las gracias. Entonces di por hecho que se refería a la entrega de la llave; mucho más tarde comprendí que me hacía a mí responsable de su liberación final de Patrick.

Patrick nunca me contó nada sobre su relación con Joanna, excepto algo tan íntimo de ellos dos que me sorprendió su confidencia. Pero lo hizo con tal delicadeza que lo entendí más como una justificación sobre sí mismo que como una queja sobre ella. Empezó por comprobar si mi conocimiento sobre ciertas cuestiones sexuales era acertado o estaba salpicado de cultura popular.

—¿Sabes lo que significa ser ninfómana?

—Hmm… ¿que le gusta mucho el sexo? —respondí un poco incómoda con su paternalismo.

—Exacto. No es que te guste practicar el sexo con muchos hombres, sino que tienes siempre muchas ganas de hacerlo.

—Ya.

—Pues eso es lo que le pasaba a Joanna. El problema era que solo quería hacerlo con uno.

—Contigo, claro. Pues menos mal, ¿no?

—No, qué va. Era enfermizo. Había épocas en que necesitaba hacerlo tres o cuatro veces al día. A mí no me apetecía pero lo hacía por ella. Ella lo pasaba mal; de todos modos, alcanzaba el orgasmo en menos de treinta segundos, así que era rápido, hasta que al cabo de pocas horas volvía a sentir la necesidad. Esa es una de las razones por las que me costó tanto romper la relación. Ella estaba de acuerdo en dejarlo, pero cuando llevábamos una semana o dos sin vernos, me llamaba desesperada, solo para hacer el amor, porque no podía pensar en otra cosa.

—¿Y la veías?

—Sí, claro. Para hacerle un favor, yo ni siquiera la deseaba ya. Pero los dos sabíamos que era un problema y habló con su madre. Así supo que a su madre también le había pasado, que es genético, pero con los años se va calmando. Incluso fue al médico, y le recetaron unas pastillas. Pasé épocas muy agobiado por ese tema. El sexo dejó de ser algo placentero para pasar a ser un deber. Muchas veces no tenía que hacer nada, solo conseguir que se me pusiera dura, tumbarme en la cama y ella disponía de mí.

Patrick me contó eso antes de que él y yo nos acostáramos, durante la primera cena en Antigua, mucho antes de que yo conociera a Joanna, y ya nunca más volvimos a hablar del tema. No se estaba quejando de lo que le había pasado con ella, sino advirtiéndome. No estaba dispuesto a liarse con otra mujer que fuera tan dependiente del sexo. Yo no le di ninguna importancia, a esas alturas ni siquiera estaba segura de sus intenciones conmigo y aún creía que éramos solo amigos.

Después de esa advertencia me llevé la imagen involuntaria de él como alguien poco activo en el sexo, lo cual no dejaba de no encajar con su atractivo físico. Pero no tuve tiempo de darle muchas vueltas: pocas horas más tarde me pidió permiso para besarme. Los días siguientes nuestros cuerpos se fueron conociendo y acoplando a la perfección y la frecuencia del sexo fue aumentando a medida que pasaban los días. En ese terreno nuestra relación fue perfecta. Yo no podía creer que de verdad alguna vez él hubiera huido del sexo. Él le ponía mucha más atención y cuidado que yo. Como en todo lo que hacía, en el sexo también, Patrick era un perfeccionista. Y a medida que pasaron los meses, esa comunicación mejoró. Él llegó a conocer cada centímetro de mi cuerpo mejor que yo misma y llegué a preguntarme si la adicción de Joanna no habría sido algo que él mismo había propiciado. Con cada una de nuestras reconciliaciones, el reencuentro era explosivo, pero durante los días, a veces semanas, que él se escondía en su caparazón, apenas lo practicábamos.

Al final de mi segundo año con él, cuando ya no había secretos entre John y Anne conmigo y los visitaba tan a menudo, Emily me habló de Joanna.

Emily era la esposa del hermano de Patrick. Llevaban casados varios años y acababan de tener a su primera hija, la que se convertiría en la niña de los ojos de Anne, por la que profesaría un amor y dedicación que ella misma me confesó que no había sentido por sus dos hijos varones. Al cabo de un año y medio tendrían otra hija y poco después se divorciarían. Emily es la única persona de la familia Doherty con la que he mantenido el contacto, aunque esporádico. Ella me va informando de los acontecimientos importantes y me pregunta por mi vida. Nos hicimos amigas desde el principio, aunque cuando la conocí, junto a Paul —su marido y hermano de Patrick— noté en ellos el mismo recelo inicial que demostraron John y Anne al verme por primera vez. Tardé muchos meses en conocer la razón de esa reacción, hasta que Emily me la contó.

Durante ese primer año, por la época en que conocí a John y Anne y poco después de tropezarme con Joanna, era ella quien los visitaba cada pocos días. Iba a su casa a tomar el chocolate caliente de Anne y llorar en su hombro (como haría yo al cabo de un año) sabiendo que los familiares de Patrick eran los únicos que podían entenderla. Su propia madre, divorciada, seguía considerando a Patrick como el mejor partido posible: además de emprendedor y responsable, era encantador, y lamentaba que su hija lo hubiera dejado escapar.

—Joanna se quejaba de que Patrick ni siquiera la tocaba. Cuando vivían juntos, durante los últimos meses, dormían cada noche en la misma cama y él ni la veía, ni siquiera le daba las buenas noches, ¡como si no existiera! Ni hacía el amor con ella, nada. Llegamos a pensar que era gay.

Emily se rio cuando me contó aquello, pero a esas alturas a mí ya nada me sorprendía. Lo de hacerle pasar meses de abstinencia sexual no concordaba con la versión de Patrick, pero lo de ignorar a su víctima como si no existiera era su arma predilecta, más que el desprecio verbal.

Más tarde Anne me contó que cuando yo aparecí en la historia, Joanna todavía se autoculpaba por lo que había pasado, después de años en los que Patrick la atormentó y la hizo sentir como que no valía nada.

—El día que se presentó contigo en casa nos quedamos de piedra —me confesó Anne—. Hacía meses que ellos ya no vivían juntos y sabíamos que Patrick se había ido de vacaciones sin ella, pero todavía seguían en contacto y Joanna venía a vernos, todavía con la esperanza de que Patrick se arrepintiera de lo mal que la había tratado y le pidiera de rodillas que se casara con él. Si no te acogimos con cariño desde el principio fue por eso. No sabíamos a qué atenernos. A Patrick no le gustaba que Joanna viniera a vernos y ella lo hacía a escondidas de él. Pero para nosotros era como una hija… ¡estuvieron tantos años juntos!, aunque con muchas separaciones también.

En ese punto Anne hizo una pausa, como para asegurarse de que sus palabras no me causaban dolor. A mí me dolía más el hecho de que se compadeciera de mí, pero mantuve la serenidad sin interrumpirla para no hacerle perder el hilo.

—Cuando tú empezaste a visitarnos más a menudo, nos vimos obligados a hablar con Joanna y hacerle ver que esta vez la ruptura era definitiva. A Patrick se le veía muy enamorado de ti y John y yo nos llenamos de

esperanza. Aunque nunca nos gustó cómo trataba a Joanna, pensamos que quizás fueran incompatibles. Tú tienes estudios como él, tenéis más cosas en común. Joanna siempre nos decía que la llamaba tonta y que no se podía hablar con ella sobre nada que no fuera sacado de *Sex and the City*.

No pude evitar la risa que se me escapó por la nariz. Anne también sonrió.

—Ahora hace ya más de un año que no la vemos, pero de vez en cuando me encuentro con su madre. Ella me pregunta por Patrick y yo le cuento lo enamorado y feliz que está contigo, y le pregunto por Joanna. Encontró otro trabajo de secretaria en un bufete de abogados y ha conocido a alguien que parece que la quiere y la cuida como se merece.

Así fue como supe que yo no había sido la primera. Después de casi dos años tuve la confirmación de parte de sus padres de que yo no era más que la siguiente presa en manos de un hombre manipulador, al que no lograba satisfacer porque no estaba nunca a su altura en el plano intelectual.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, febrero de 2012

Ha pasado casi un año y medio desde que les comuniqué a María y Núria mi intención de escribir una novela diferente a todo lo anterior, y por fin hoy he puesto el punto final. Tengo que releerla y corregirla antes de entregársela a María, para aligerar en todo lo posible su ardua labor. Después de tantos años ella sigue encontrando fallos hasta donde no los hay, y ya sé que durante semanas discutiremos sobre si una frase está bien o mal redactada o sobre si me repito o uso hasta la saciedad la misma palabra. Al final, ella casi siempre tiene razón en todo.

Pero eso es lo de menos. Lo más importante es que le va a encantar, o eso creo. Durante un año he tenido que controlar varias veces la urgencia de hablarle de ella y de mi heroína, tal era mi entusiasmo por compartir la historia.

—No me adelantes nada, ¡no quiero saberlo! —me dice siempre ella.

A veces preferiría que se involucrara más en el proceso inicial de creación de mis novelas. Por ejemplo, podría ayudarme un poco a recopilar documentación, pero ya sé que ese es mi trabajo y suficiente hace ella con todo lo que viene después. La primera vez que le sugerí que me ayudara desde el principio, con mi tercera novela, no empleó ni un minuto de reflexión antes de ponerme en mi lugar.

—Te ayudaré a pulir la novela como he hecho con las otras, pero el escritor eres tú: haz tu trabajo.

En este caso, me ha costado incluso más que otras veces mantener la boca cerrada porque en cierta manera he sentido como si le estuviera siendo infiel a María. A lo largo del año que me ha llevado escribirla, me he detenido muchas veces con la necesidad de confesarme, o justificarme, para aligerar un poco el sentimiento de culpa. El septiembre pasado, mientras cenábamos en su taberna favorita para celebrar nuestro veinticinco aniversario de bodas, abordé el tema y vi la oportunidad de aclarar las

cosas, pero al final no me quiso escuchar. Mientras esperábamos los primeros, puse mi mano sobre la suya y le dije:

—Sé que últimamente he estado menos atento contigo y lo siento mucho.

—Ya lo sé y lo entiendo, aunque llevas razón: hace meses que no hacemos el amor o me dices siquiera algo bonito. Si no fuera porque te veo pasar horas delante del ordenador y duermes cada noche a mi lado, pensaría que tienes una amante.

—Lo siento mucho, María. Te prometo que cuando termine la novela todo volverá a ser como antes. Verás, la razón por la que estoy tan metido en ella es que el personaje masculino soy yo y…

—¡No, no me digas nada! —me interrumpió ella.

—Pero es que tiene que ver con nosotros, tengo que explicarte…

—Dices que estás a punto de acabarla, ¿no? Pues puedo esperar un poco más. Si esta noche eres capaz de olvidarte de la obsesión que pareces tener con ella y dedicar toda tu atención solo a mí, me conformo.

—Trato hecho, amor. Esta noche te voy a compensar por todo el tiempo perdido, te lo prometo.

Y cumplí mi promesa. Continuamos hablando de otras cosas: de su trabajo, de nuestros sobrinos, y de lo que haremos por Semana Santa. La cena fue magnífica; no en vano, el restaurante Sociedad Plateros es uno de los mejores de Córdoba y a ambos nos encanta el salmorejo y el bacalao. Y esa noche hicimos el amor como me avergüenza reconocer que no practicábamos desde hacía demasiado tiempo. Entonces disminuyó un poco el desasosiego que sentía por estar ocultando a María lo que ocurre en la novela.

Ahora vuelvo a sentir esa incomodidad y estoy incluso nervioso. Me pregunto si cuando la lea María se dará cuenta de que me he enamorado de mi protagonista. Claro que se dará cuenta: está claro que el personaje masculino principal se enamora del personaje femenino principal. Lo que necesito explicar es que, aunque parece una tontería, me he encaprichado de una mujer que me he inventado yo mismo y que por tanto no existe, pero es la razón de que después de tanto tiempo y por primera vez esté descuidando mi matrimonio e incluso dudando de mi amor por María. Sé que es una tontería, algo pasajero, pero me molesta, y tengo ganas de acabar con la novela de una vez para olvidarme de esa mujer que me tiene hechizado, y obligarme a mí mismo a enamorarme de nuevo de María.

Veinticinco años compartiendo tu vida con alguien es mucho tiempo; en nuestro caso, más de la mitad de nuestras vidas. No lamento nada; al contrario: he sido y sigo siendo muy feliz con María. Es lo mejor que me ha pasado en la vida, nunca me cansaré de repetirlo. Sin embargo, las cosas no fueron siempre fáciles y, sobre todo al principio, tuve que controlar mi impaciencia y desaforado deseo carnal por ella.

Al despedirnos esa primera tarde de domingo, la besé. Fue apenas un roce en los labios; ella enseguida se apartó. Me dejó un poco desconcertado, pero me repuse, y hasta me disculpé:

—Lo siento. Estoy tan contento de volverte a ver… Solo de pensar que hemos desperdiciado un verano y que he estado tan cerca de perderte… Podrías haberte enamorado de otro. No voy a dejarte escapar otra vez.

—No me voy a escapar, pero vayamos poco a poco, por favor. Está bien que no nos hayamos visto en todo el verano porque gracias a eso has escrito otra novela. Concéntrate en acabarla; lo nuestro no corre prisa.

—La novela tampoco corre prisa. La he escrito tan rápido solo por volverte a ver.

—Me vas a obligar a que te ponga un ultimátum —dijo cruzándose de brazos pero con una sonrisa pícara—: No volveré a verte hasta que la hayas terminado, tal como habíamos acordado.

—¿Lo dices en serio? —Estaba de veras sorprendido.

—Se me acaba de ocurrir ahora, pero creo que es una buena idea, así no te desconcentrarás.

—Pero podría tardar un mes todavía…

—No me parece mucho.

—No quiero dejar de verte durante un mes. ¿Tú sí?

—Yo también quiero verte, pero creo que es importante que no descuides tu trabajo. Yo también voy a estar ocupada con el inicio de las clases.

—Encontremos un término medio, pues. ¿Por qué no quedamos cada domingo por la tarde, como hoy? Solo hasta que termine la novela. Iremos despacio, como tú quieras.

—Trato hecho.

Y así lo hicimos durante un mes y medio en el que todavía se respiró un clima estival. Cada domingo nos encontramos en un lugar diferente: fuimos

al Jardín Botánico a ver plantas y flores, a pasear y tumbarnos en la hierba, a recorrer la ciudad en bicicleta, y también al cine, a cenar y a una exposición de pintura. Yo terminé la novela, le dije que la quería, la cogí de la mano, la abracé y la besé apenas rozándola con los labios. Y empecé a conocerla. Llegué a sentirme ridículo formando parte de un amor adolescente cuando yo ya me creía muy adulto en ese campo, y sobre todo en el del sexo. Una tarde vimos a una pareja que no debía de pasar de los dieciséis años manoseándose en un banco del parque de Los Patos, y sentí envidia. María, en cambio, se escandalizó y dijo:

—Qué falta de respeto. Podrían irse a un hotel.

Para entonces yo ya estaba tan enamorado que no quise aceptar que quizás fuera una mojigata, o una frígida, o qué se yo. De repente recordé una escena de sexo en mi primera novela, algo muy sutil y nada gráfico que habíamos repasado meses antes sin que ella se incomodara.

—¿Qué te pareció que el detective Romero se liara con la viuda en la escena de la comisaría?

—¿En *Enigma en la mezquita*? Bien, me gustó esa parte.

—Sí, pero terminan practicando el sexo en el despacho del detective, encima de la mesa para ser exactos, y durante horas de trabajo.

—Sí, pero él antes lo ha cerrado con llave para asegurarse de que nadie los va a molestar.

—La viuda hace poco que ha perdido a su marido… Y además lo han matado —seguí recordándole para tratar de descubrir si algún acto de los personajes chocaba con la moralidad de María.

—Ya se ve al final que ella no lo quería tanto, ¿no? Y aunque lo hubiera querido, que no se acostara con Romero no iba a devolverle la vida al muerto.

—¿Entonces no te parece mal la forma de actuar de la viuda?

—¿A qué viene eso, Alberto? —preguntó riendo—. Claro que no me parece mal, cada uno es dueño de sus actos y la viuda no hace daño a nadie al liarse con Romero, que es soltero. Pero lo de esos dos en el banco me parece una falta de respeto hacia el resto de la gente que caminamos por aquí; hay muchos niños y gente mayor. Cada escena tiene su lugar, y el parque una tarde de domingo no es lugar para el sexo.

Pronto descubriría que María, además de inteligente, guapísima y muy religiosa, era sincera y nunca aplicaba a otros la moralidad católica que tan

arraigada estaba en su propia vida. La represión sexual que le habían inculcado y que tanto contrastaba con el crimen horrible del que fue víctima y que todavía no me había contado supondría un lastre en nuestra relación, pero muy poco a poco y con muchos años lo fuimos superando.

El primer beso de verdad ocurrió a mediados de diciembre, en la oscuridad del cine Alkázar. Fuimos a ver *Regreso al futuro*, que estaba de estreno. Era la primera película de una trilogía en la que durante años me empeñé en encontrar sus múltiples incongruencias temporales. Esa primera vez no la vi entera, aunque fue muy al final, en el momento en que los padres de Marty se besan y él les dice que tenía una buena corazonada sobre ellos, cuando sin pensarlo me giré hacia María y acerqué mis labios a los suyos, y ella me correspondió en un beso húmedo y largo.

A partir de entonces ya no dejamos de besarnos nunca, y nos veíamos mucho, tres o cuatro veces por semana. A mí esos besos me volvían loco y me devanaba los sesos buscando lugares oscuros donde llevarla para empezar a explorar su cuerpo durante los fríos meses de invierno. En los asientos traseros de mi desvencijado dos caballos chupé y succioné sus duros pezones por primera vez y descubrí esos pechos perfectos que aún hoy serían la envidia de cualquiera. Yo estaba muy excitado pero procuraba avanzar con cautela y mucha suavidad, temeroso de que en cualquier momento me detuviera, como había ocurrido en ocasiones anteriores. Esa vez, sin embargo, me dejó continuar; por el ritmo de su respiración adiviné que ella también estaba disfrutando y me hice la vana ilusión de que quizás esa noche consumáramos nuestro amor. El momento inevitable llegó cuando deslicé una mano por debajo de su falda e intenté bajarle las medias.

—Eso sí que no —susurró apartándome la mano.

Pocos minutos después insistí de nuevo confiando en que se dejaría llevar, pero se había roto el momento. Ella se puso tensa de repente e incluso me apartó un poco y se ajustó el sujetador. Me había pasado de la raya.

—Lo siento —musité en un intento de disimular mi contrariedad—. Pensaba que a ti también te gustaba.

—Sí, me gusta —respondió bajando la cabeza—, pero no creo que debamos continuar.

—¿Por qué no? Somos adultos, nos queremos y nos deseamos. ¿Te gustaría más que fuéramos a un hotel? ¿O nos escapáramos un fin de semana a Madrid o adonde tú quieras? ¿Para que sea más especial?

—No, no es eso…

—María —dije levantándole la barbilla para verle los ojos en la penumbra—, dime: ¿eres virgen?

Respiró hondo y tardó en abrir la boca. Entendí que por fin iba a confiarme su secreto, o al menos parte de él.

—No soy virgen, pero ocurrió contra mi voluntad. Soy católica y no quiero entregarme a un hombre antes del matrimonio. Lo siento, Alberto. En eso somos diferentes. No voy a acostarme contigo. Puedes buscarte a otra si quieres.

—¡Pero qué dices! ¡¿Crees que te vas a deshacer de mí tan fácilmente?! —exclamé sonriendo para que viera que no me enojaba, pero sobre todo para que me contara más.

—Bueno, eres un hombre, tienes necesidades… Yo no te puedo satisfacer.

—Un momento, un momento. Todos tenemos necesidades, tú también, lo he notado. ¿No quieres hacer el amor antes de casarnos? Pues no lo haremos. Después tendremos toda la vida.

—Pero… nunca hemos hablado de eso, Alberto.

—Pues lo hablamos ahora. Eres el amor de mi vida, haría cualquier cosa por ti. ¿A ti te gustaría casarte conmigo?

—Sí —respondió entre risas.

Yo también me reí, y esperé un poco antes de preguntarle:

—¿Vas a contarme lo que pasó?

—No sé si voy a poder…

—Inténtalo.

—Pasó hace muchos años, pero no creo que lo supere nunca. No se lo he contado jamás a nadie aparte de Dios, en confesión.

—Puedes confiar en mí, te lo prometo.

—Fue una tarde de verano, en el pueblo de Sevilla de donde es mi madre. Mis padres y hermanas todavía van cada agosto, yo hace años que me niego a volver. Mis padres confían en mí y me dejan sola cada verano; ellos no sospecharon jamás nada.

Hizo una pausa. Le apreté la mano para animarla a continuar:

—Se me acercó un hombre cuando yo ya regresaba a casa de mis abuelos después de haber estado jugando con las amigas. Todavía había mucha luz, pero nadie nos vio. Empezó a hablarme, ni siquiera recuerdo sobre qué. Yo apenas le contesté y si lo hice fue para gritarle que me dejara en paz, pues no me inspiró confianza. Le olía mucho el aliento a alcohol y tabaco. Entonces me agarró de un brazo y sin que tuviera tiempo a reaccionar me metió detrás de unos matorrales, contra una pared, y empezó a tocarme. Yo forcejeé todo lo que pude pero él era más fuerte. Tuve tiempo de gritar una vez antes de que me metiera algo asqueroso en la boca… creo que era un calcetín.

Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Estuve a punto de decirle que no me contara más, que ya me hacía cargo, pero la curiosidad me podía, y a ella parecía que le hacía bien sacarlo todo fuera por fin. La acerqué más hacia mí, para abrazarla, y ella prosiguió:

—Fue todo bastante rápido. Mi espalda estaba contra la pared. Me subió la falda y me arrancó las bragas. Nunca en mi vida he sentido tanto miedo como en esos segundos previos. Enseguida noté su miembro y el dolor horrible. Le costó penetrarme y por un momento albergué la esperanza de que no lo consiguiera. Se enfadó y empezó a insultarme y abofetearme… Me llamó zorra y estrecha. Al fin lo consiguió, pero yo no sentí ya nada: el dolor fue tan intenso que dejé de notarlo. Me embistió muy fuerte contra la pared y yo logré escupir el calcetín y vomité. Eso le enojó muchísimo y me apartó. Al final tuve suerte porque él no eyaculó dentro de mí.

—¿Qué pasó entonces? —pregunté cuando ella se quedó callada.

—Nada más. Eso es todo.

Eso no era todo, pero sí todo lo que estaba dispuesta a contarme esa tarde. Esperé unos segundos antes de atreverme a hacerle preguntas.

—¿Cuántos años tenías? —susurré mientras le besaba la sien.

—Doce.

—Dios mío… No me extraña que no hayas querido nunca saber nada más de los hombres. Dices que no sentías el dolor; ¿estás segura de que te penetró?

—Estoy segura. Sangré… Todavía no había menstruado nunca, pero como esa noche manché la sábana, mi madre creyó que se trataba de mi primera regla. No tuve fuerzas para negarlo… No había podido dormir en

toda la noche y al día siguiente estaba muy cansada. Dije que me encontraba mal y estuve en cama todo el día. Mis padres no sospecharon nada; mi madre dijo que era normal encontrarse indispuesta y se quedó en casa conmigo, a cuidarme, pero en ningún momento se le ocurrió pensar que tanta sangre para una primera regla no era normal. Después no la tuve durante meses; hasta los trece años no me bajó de verdad, pero continué fingiendo y mi madre creyó que sí la tenía, cada mes.

—Para ser católica eres muy pecadora —bromeé.

—Me sentí fatal por hacerlo, pero la verdad hubiera matado a mi pobre madre. Y me confesé. Me confesé de todo.

—¿Qué quieres decir con que te confesaste de todo? Tú no hiciste nada malo. ¿Por qué no hablaste? ¿Por qué no se lo dijiste a nadie? A los tipos así hay que detenerlos, castigarlos… Si te lo hizo a ti, se lo habrá hecho a otras.

María apretó los labios y supe que no iba a contarme nada más. Ahora que ya conocía su secreto, sentí por un lado alivio y por otro una pesada carga. Ella creía que había perdido la virginidad, pero en realidad se la habían robado, y aparte de esa horrenda experiencia, no tenía ninguna en el sexo. Habían pasado nueve años y esa tarde, conmigo en el coche, era la primera vez que se aventuraba más allá de los besos con un hombre. Qué imbécil había sido minutos antes al ilusionarme con que íbamos a hacer el amor, y qué poco la conocía todavía. A partir de entonces, aunque mi deseo por ella no haría más que aumentar y seguir obsesionándome, me frenaría siempre la imagen de un borracho forzándola contra un muro.

—Si alguna vez te molesta el aliento a cerveza y tabaco en mi boca, puedes decírmelo tranquilamente —se me ocurrió—. Llevaré siempre conmigo cepillo y pasta de dientes.

—No me molesta. —Rio mientras se enjugaba las lágrimas que seguían cayéndole por las mejillas.

Permanecimos un buen rato callados, abrazados. Yo le acariciaba el pelo y no dejaba de besarla en la cabeza como si fuera todavía esa niña de doce años.

—No quiero que me tengas pena, porque eso ya pasó.

—No te tengo pena. Me siento muy honrado porque hayas confiado en mí y porque me hayas dado una oportunidad de demostrarte que no todos los hombres somos iguales. Te quiero y voy a casarme contigo.

Es cierto que hasta esa tarde la idea del matrimonio no se me había cruzado por la cabeza, pero es que hasta entonces tampoco había sabido que con María no habría sexo si no se pasaba antes por el altar. Había imaginado que el conocimiento de nuestros cuerpos iría a la par con el de nuestras personalidades, que la relación evolucionaría de los besos y paseos por la ciudad a escaparnos los fines de semana. Incluso se me había ocurrido que algún día viviríamos juntos. Yo hacía años que ganaba un sueldo nada despreciable y ella estaba estudiando oposiciones para conseguir un puesto seguro de profesora, así que nuestras economías nos permitían dar el paso. Pero en el matrimonio no había pensado, y menos en una ceremonia católica.

Mis padres son ateos, no por convencimiento sino más bien por pereza. No creo que nunca hayan dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre la existencia o no de Dios. Simplemente, no piensan en eso. Ahora ya mayores y jubilados, emplean su tiempo en las rutinas de siempre: mi madre se pasa el día en la cocina, el jardín o delante del televisor; mi padre es aficionado al bricolaje y también pasa muchas horas delante de la caja tonta. Reciben su merecida pensión de jubilación por toda una vida de trabajo y no se quejan, imploran, o pasan cuentas a Dios ni a nadie. A mi hermano Rafael y a mí nos llevaron a un colegio católico sencillamente porque en aquella época no los había de otra clase. Cuando a los siete años tocó hacer la comunión, yo fui el único niño de todo el curso que planteó un problema al no estar bautizado. El director de la escuela habló con mis padres y les sugirió que recibiera el sacramento del bautismo junto con el de la comunión. Ellos aceptaron sin más discusión, cualquier cosa por avenirse con el director y no causar problemas. Durante un tiempo el resto de niños de mi clase, animados por el bravucón de turno, me señalaron con el dedo como si fuera un paria, pues todavía no estaba absuelto del pecado original y llevaba todos esos años en peligro de terminar en el limbo. Después del bautizo-comunión el director y los profesores respiraron tranquilos por haber salvado mi alma, y los acosos por parte de los otros niños cesaron. Dos años más tarde Rafael pasó por lo mismo. En el colegio nos empapamos de religión y misas, pero en casa nunca se habló del tema. Mis padres se casaron por la iglesia porque no tuvieron más remedio, pues en 1960 no podía hacerse de otra manera a no ser que al menos una de las partes demostrara no ser católica. A nuestros bautismos-comuniones

acudieron porque era lo que tocaba, igual que acudirían a mi boda canónica con María.

La perspectiva de llegar al matrimonio sin saber cómo nos íbamos a entender en la cama era algo tan ajeno a mí como para ella hubiera sido lo contrario. Sin embargo, en ningún momento me sentí forzado a esa situación. Al contrario, fui yo quien quiso acelerar las cosas. Ansiaba estar con ella a todas horas y, aunque continuamos viéndonos a menudo, para mí era muy frustrante seguir con ese amor adolescente que evolucionaba poco en el plano carnal.

Un fin de semana de principios de primavera nos fuimos solos a la costa en mi dos caballos. Fue la primera vez que dormimos juntos, o mejor dicho, que yacimos, porque yo apenas pegué ojo. El roce de nuestros cuerpos en la cama mientras nos besábamos era una tortura para mí. Mis manos actuaron sobre sus curvas sin que yo pudiera hacer nada para controlarlas. El deseo era tan grande que me dolía. Ella también estaba excitada y eso me volvía aún más loco, pero sabía que en cualquier momento Dios y la iglesia católica romana y apostólica se interpondrían entre nosotros, y esta vez sí que estaba sobre aviso. No se me había ocurrido preguntarle a María dónde estaba el límite, hasta qué punto no era pecado tener relaciones con el hombre al que amas, y de repente me animó la ilusión de que quizás todo estaba permitido menos la penetración. Obedientes a mis pensamientos, mis manos dejaron paso a mis labios en sus pechos y se deslizaron por la parte de abajo del pijama de María. Me recreé en sus muslos, pero en cuanto mis dedos se metieron por debajo de sus bragas, se acabó todo. Me agarró con fuerza la muñeca, aunque no hiciera falta: enseguida me aparté y dejé de chuparle el pezón; ella ya se había puesto tensa. Hundí mi cara en su cabello sobre la almohada para susurrarle al oído que la quería. Y así permanecimos largos minutos. Después, cuando ella ya dormía, desahogué mi frustración en la ducha.

Ya habíamos hablado de boda, pero al día siguiente, mientras paseábamos por la playa bajo el agradable sol de la primavera, sentí una prisa repentina y de nuevo la sensación de estar dejando pasar un tiempo valioso.

—Casémonos —le dije—. No esperemos más, casémonos mañana mismo.

—¿A qué vienen esas prisas? —contestó ella riendo.

—Pronto hará un año que nos conocemos. Ya lo sé todo sobre ti. Sé que te quiero y que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero sinceramente… me estoy volviendo loco. Eres toda una mujer pero este tenerte y no tenerte me está matando. Se me va a caer la mano de las pajas que me hago.

María soltó una carcajada y todavía hoy, cuando la veo triste o contrariada, contrasto esa imagen de ella desternillándose en la playa, abrazándose los abdominales para paliar el dolor mientras yo la miraba con fingida cara de póker y le aseguraba que no tenía ninguna gracia.

—No lo sabes todo sobre mí —respondió minutos más tarde, cuando por fin logró ponerse seria y yo ya no recordaba lo que había dicho.

—No, claro, pero tengo la gran esperanza de descubrir lo que me queda por saber la noche de bodas. Tú también me deseas, ¿no? Pues si lo único que se interpone entre nosotros es una condición de la iglesia, cumplamos la condición y ya tendremos vía libre para el amor.

—No me gustaría que te casaras conmigo por esa razón, sino porque realmente quieres pasar el resto de nuestras vidas juntos.

—Claro que quiero. Había pensado que nos conociéramos antes en todos los aspectos pero tus creencias no lo permiten, así que nos casaremos primero y luego nos conoceremos. Yo te voy a querer igual, sin condiciones: el orden no altera el producto.

—Yo también te quiero. Casémonos entonces.

—Hagámoslo ahora mismo. Podemos preguntar en el ayuntamiento del pueblo, o quizás haya algún capitán de barco por aquí que se preste…

María soltó otra carcajada y en esos momentos me prometí que haría todo lo posible, siempre, por hacerla reír.

—No, tiene que ser por la iglesia.

—Por supuesto. Cómo se me ha podido ocurrir otra cosa —dije sin malicia—. Será como tú quieras. Vestido blanco, banquete y quinientos invitados.

—No, eso no. Quiero una celebración íntima. Tus padres, los míos, nuestros hermanos y los amigos más cercanos. Miguel, por descontado.

Y así fue como empezamos a planear nuestra unión ante Dios y el mundo. Esa noche no hubo escarceos porque yo caí redondo y me dormí al instante. Ella se acurrucó a mi lado más tarde y no se atrevió siquiera a despertarme para que me quitara la ropa, y mucho menos a quitármela ella.

De regreso en Córdoba, dimos la noticia a nuestros respectivos padres y les anunciamos que la boda se celebraría en cuanto tuviéramos la confirmación de una fecha por parte del cura que nos iba casar. Esas prisas repentinas hicieron enarcar cejas y levantar sospechas en mucha gente, como era lo normal en los años ochenta, época en que todos los jóvenes de España menos nosotros dos debían de estar entregándose a la promiscuidad juvenil propia de nuestra edad. Mi madre no tuvo pelos en la lengua al preguntarme, sin ocultar su ilusión, si es que iban a ser abuelos, tan jóvenes. No, esa alegría no se la iba a dar ni entonces ni… nunca. Rafael sí tendría hijos, algunos años más tarde, pero María y yo no. No pude confesarle a mi madre —ni a nadie— que la razón del matrimonio precipitado era justo la opuesta. Lo cierto es que sentía vergüenza, ajena y propia. Por una parte me avergonzaba estar tan sexualmente desesperado y por otra me avergonzaba la impermeabilidad católica de María, que tanto contrastaba con la moderna feminidad en el resto de su persona. Ella tampoco contó nunca a nadie que llegó virgen al matrimonio porque, como siempre ha insistido en puntualizar, técnicamente no fue así.

En realidad sí lo fue. Mi primera experiencia sexual había sido con una chica tan virgen como yo, pero mucho más desinhibida que María, y puedo asegurar que fue mucho más fácil y menos doloroso para ella que para María. De todos modos, aunque María hubiera sido todo lo inmaculada que ella hubiera deseado, no creo que jamás lo hubiera contado con orgullo. Más bien, escondía esa castidad como algo muy personal y privado, un pacto secreto entre ella y Dios. Muchas debieron de ser las personas sorprendidas que después de anunciar nuestro compromiso esperaban la consiguiente noticia del niño por nacer, que en realidad nunca llegaría.

Conseguimos fecha para principios de septiembre, mucho más tarde de lo que a mí me habría gustado pero solo un año después de empezar a ser novios. María quiso que nos casara el cura de su parroquia, un hombre ya mayor, el mismo que la había bautizado y le había ungido sus otros sacramentos, el mismo también que había escuchado y absuelto sus pecados, el que hasta dos semanas antes de la boda sabía más que yo mismo del pasado de mi mujer y de los demonios que todavía la atormentaban. En la ceremonia hablaría de la candidez, valentía, inteligencia y bondad de María de una manera tan sincera y emotiva que sentí celos de no haber sido yo quien pasara horas pensando y redactando esas palabras. A mí me dedicó

menos tiempo, pero me felicitó e hizo responsable de la nueva luminosidad que adornaba el rostro de María desde hacía un año.

En los meses previos a la boda nos dedicamos a buscar un piso de alquiler y encontramos uno sencillo y a buen precio en el barrio de San Lorenzo, con dos habitaciones, un pequeño salón y cocina, un solo baño, y una amplia terraza. Allí viviríamos durante tres años, hasta que tuvimos el dinero suficiente para comprar otro no mucho más grande en la misma zona.

Antes del verano tuvimos que asistir a un curso prematrimonial que duró cinco semanas: cada jueves de cinco a siete de la tarde. Quién me iba a decir que justo un año después de reunirnos ella y yo casi a la misma hora de cada jueves para repasar mi primera novela, volveríamos a hacerlo para entrenarnos en nuestra vida de casados. Cuando María me habló de la necesidad de asistir a ese curso creí que bromeaba, pero enseguida me aseguró, muy seria, que era un requisito indispensable para contraer matrimonio por la iglesia, y que nos iría bien para conocernos más. Me guardé mucho de mostrar mi reticencia, por no herirla, pero no pude evitar pensar que si Dios y sus secuaces continuaban interviniendo e interfiriendo en mi vida íntima con María, lo único que iban a conseguir era cabrear a un mortal que cada vez dudaba más de la fe cristiana.

En todo el año que llevábamos juntos apenas habíamos hablado de religión. Era un tema sobre el que los dos sabíamos que teníamos ideas diferentes y las respetábamos. Ella iba a misa cada domingo, incluso aquel primer fin de semana que fuimos a pasar solos a la costa se acercó a la iglesia del pueblo «para hablar con Dios».

—¿Y te contesta? —le pregunté la primera vez que le oí decir eso.

Yo entonces no lo hacía, ahora sí, a veces, y es por influencia de María.

—Me contesta con señales —dijo ella sin ironía ni muestras de percibir mi sarcasmo.

Yo no había pisado la casa de Dios desde que recibiera el bautismo y la comunión juntos porque no había tenido más remedio, y María no me animó nunca a acompañarla. Me sentí muy agradecido, pues me habría incomodado que me hubiera intentado «convertir» o algo por el estilo. Cuando me di cuenta de que su relación con Dios, aun siendo mediante la institución eclesiástica, era algo privado que no necesitaba prodigar ni imponer a otros, ni siquiera a mí, la quise y admiré más aún, si eso era

posible. El curso prematrimonial fue el primer y único requisito canónico que tuve que cumplir; después, en veinticinco años que llevamos casados, no he vuelto a asistir a una misa a excepción de las bodas, los bautizos y los funerales a los que nos ha tocado ir. María ha continuado cultivando su fe religiosa, pero nunca, ni una sola vez, me ha recriminado que yo no lo hiciera. Ni siquiera pestañea cuando blasfemo o pronuncio el nombre de Dios en vano, aunque ella no lo hace. Es la única persona que conozco que jamás habla de Dios, ni lo menciona, pero también es la que más habla con él.

El curso no resultó tedioso como había esperado; de hecho, algunos aspectos fueron interesantes. Se hizo hincapié en la buena comunicación, la sinceridad, la igualdad y el respeto, el saber escuchar y la aceptación de la pareja tal como es. No sé por qué, pero la tarde en que se habló de la comunicación me quedé gratamente sorprendido. Quizás tuviera todavía una imagen muy retrógrada de la iglesia católica y había esperado que a sus ojos el papel de la mujer seguiría siendo el de la figura sumisa. Tenía mis motivos para pensar así, pues en la sesión dedicada a la sexualidad no se mencionó ni de pasada el orgasmo femenino, y el cura dejó muy claro que el objetivo del sexo en el matrimonio es el de procrear. Entonces le pasó la palabra a una ginecóloga que se prestó a darnos una clase sobre reproducción humana y nos habló del único control de natalidad aceptado por Dios: el llamado método Ogino o del calendario, que consiste en contar los días del ciclo menstrual y elegir los apropiados para tener o no relaciones sexuales con el objetivo de lograr o evitar el embarazo. Me sorprendió descubrir que el *coitus interruptus* no es aceptable, ya que, según la iglesia, con ese método se desperdicia la semilla masculina, que es vida, y desperdiciar esa vida es como matar. Esa afirmación me incomodó, como muchas otras, y me pregunté si, para sincerarme con María, debía confesarle que según esa lógica, yo había matado muchas veces a posibles futuros hijos míos. ¿Eso me convertía en un filicida? Ella escuchaba a la ginecóloga con atención, sin muestras de estar de acuerdo o no, y me di cuenta entonces de que teníamos todavía mucho de que hablar y que su catolicismo podía ser una barrera entre nosotros más poderosa de lo que había sospechado.

Después de cada sesión teórica, hacíamos ejercicios. También se nos animaba a participar con preguntas y dudas. Como en el colegio, había la típica empollona que siempre levantaba la mano (mientras su futuro marido

bajaba la cabeza) y dos o tres parejas que intervenían más que el resto. María y yo éramos de los que callaban, pero tenía razón ella cuando dijo que el curso nos iba a ayudar a conocernos más: los ejercicios nos obligaron a ello. Le cogí de la mano antes de decirle:

—Supongo que… no hemos hablado de esto antes porque para ti es obvio. Tú quieres tener hijos, ¿no?

—Claro. ¿Tú no?

Respiré hondo. La verdad era que no se me había pasado por la cabeza tener hijos. ¿Cómo podía pensar en eso cuando ni siquiera habíamos tenido relaciones sexuales? Yo anhelaba estar con ella, convivir ella y yo solos, hacerle el amor cada noche y despertar cada mañana en sus brazos. No me había detenido a pensar que si seguíamos los dictados de la iglesia, en menos de un año podíamos tener a un churumbel desbarajustando nuestra estrenada vida conyugal.

—Sí… creo que sí, pero… me gustaría primero disfrutar de ti, pasar un tiempo solos tú y yo. Todavía somos muy jóvenes.

—Claro, cariño, no hay prisa.

Me apretó la mano como para reconfortarme y me dedicó una de sus sonrisas abiertas y francas. Sin embargo, no supe interpretar si con eso otorgaba que usaríamos métodos anticonceptivos más modernos y a mi modo de ver más fiables que el único consentido por la iglesia. Y me pareció ridículo discutirlo en esos momentos cuando todavía faltaban meses para que nos descubriéramos íntimamente.

—El sexo es mucho más que engendrar, ¿sabes? Es conexión, comunicación —se me ocurrió decirle.

—No lo sé —respondió ella—. No tengo experiencia, ya lo sabes, pero no me importa. No siento que me haya perdido nada. Al contrario, estoy contenta de no haber vuelto a…

—No digas eso —la interrumpí—. No has tenido nunca nada. «Eso» no fue una experiencia sexual. Fue un atropello, una barbaridad, un crimen en el que tú no participaste. Fuiste una víctima. Pero el sexo con alguien a quien amas de verdad imagino que debe de ser sublime.

—¿Tú tampoco lo sabes? —Se rio, incrédula.

—No soy un santo —admití algo avergonzado—. Precisamente por eso, si el sexo sin amor no está del todo mal, imagino que con amor debe de ser brutal.

—Tengo ganas de averiguarlo —susurró apretándome de nuevo la mano y guiñándome un ojo.

Habría querido besarla, pero las muestras de cariño en tal ambiente no estaban bien vistas, tal como nos había informado el cura en los primeros minutos del inicio del curso.

Ahora que miro atrás en el tiempo y reflexiono sobre esos días, me doy cuenta de que la preparación previa al matrimonio nos fue muy bien. Quizás sin ella habríamos conseguido el mismo nivel de comunicación que hemos mantenido a lo largo de los años y que estoy convencido de que es el secreto de nuestro éxito. Eso no lo sé, pero lo cierto es que gracias a ese curso y concretamente a la sesión sobre la sinceridad y la comunicación, María decidió contarme el final de la historia que había terminado demasiado abruptamente.

—Yo tampoco soy una santa —me dijo una noche de agosto mientras caminábamos por la calle Nueva hacia la plaza de las Tendillas para tomar algo.

—Sí que lo eres, y digas lo que digas no me harás cambiar de opinión.

—No lo soy porque te he ocultado algo importante. Se lo conté al padre Carlos y creí que con eso ya quedaba absuelta. Él me aseguró que sí, pero llevo semanas dándole vueltas a algo y me he dado cuenta de que si vas a ser mi marido, debo contártelo. No puede haber secretos entre nosotros.

La miré un poco alarmado y por un momento deseé que no dijera más. Faltaban dos semanas justas para la boda y hasta ese momento todo había ido rodado. No nos quedaba más que esperar a que llegara el día y la tan esperada noche de bodas.

—Todo el mundo tiene secretos. No pasa nada, es normal. No me tienes que contar nada que te haga sentir mal.

—No estoy de acuerdo. Entre nosotros no debe haber secretos. Nuestra relación debe basarse en la confianza y yo me he dado cuenta de que si no te lo cuento todo, no puedo casarme contigo. Por otro lado, si te lo cuento y tú guardas el secreto, como te pido que hagas, te conviertes a ojos de los hombres en cómplice de un crimen.

—Estás empezando a darme miedo —dije soltando un bufido—, aunque conozco tu bondad y sé que eres incapaz de matar a una mosca. Sea lo que sea que hiciste, seguro que estás exagerando.

—Mi delito fue callar, y eso me convierte en cómplice de un asesinato, según las leyes de los hombres. Con Dios ya pasé cuentas y tengo la conciencia tranquila.

—Qué me estás diciendo, María… No me lo puedo creer. Cuéntamelo ya y desde el principio.

—El hombre que me violó no se apartó cuando vomité.

María se detuvo para comprobar mi reacción y a mí se me hizo un nudo en el estómago. Lo sabía, sabía que la violación no podía haber terminado de la manera que ella había descrito.

—Se enfadó muchísimo, eso sí, y con lo borracho que estaba debió de olvidarse de que alguien podía oírle. Volvió a insultarme y gritarme. Y de repente no dijo nada más y cayó al suelo, después de un golpe de ladrillo en la cabeza. A mí me flaquearon las piernas y también me derrumbé en la pared, pero era perfectamente consciente de lo que acababa de presenciar. Delante de mí todavía estaba el chico que le había atestado el golpe tras acercarse sigilosamente por detrás. Era un gitano al que tenía visto del pueblo, aunque nunca habíamos mediado palabra. Tendría pocos años más que yo, quizás quince o dieciséis, pero era fuerte y tenía una mirada limpia, honesta. Eso fue lo que pensé en esos momentos, y decidí que fue Dios quien mató a mi agresor, y el gitano fue su mensajero.

—¿Y qué pasó después?

—Yo estaba muy asustada y cuando vi al tipo en el suelo tuve un ataque de histeria. Unos minutos antes había creído que iba a morirme y entonces, al comprender que me había librado, que Dios me daba una segunda oportunidad, entré en estado de *shock* y me puse a llorar e hipar sonoramente. El chico se alarmó, lo vi en sus ojos como platos, y más tarde comprendí que tuvo miedo de que mis llantos nos delataran, porque en vez de ayudarme a ponerme de pie o pedirme que me callara, se fue corriendo. Eso me paralizó y me hizo reaccionar. La razón de lo que hice a continuación es algo que me he preguntado muchas veces sin encontrar respuesta. Solo sé que una vez tomado ese camino, ya no pude volver atrás.

—También saliste corriendo —me atreví a adivinar.

—No. Caminé. Sin correr. Recogí mis bragas del suelo, me compuse la falda como pude, me limpié la cara y me alejé despacio, intentando disimular el renovado dolor en la entrepierna, aunque no había nadie por la calle. Al llegar a casa me fui directa al baño, me duché y tiré la ropa a la

basura. Todavía no sé de dónde saqué tanta entereza. Al día siguiente no salí de casa, ya te lo dije. Luego sí me forcé a hacerlo para no levantar sospechas. Durante el resto del verano viví con miedo a que alguien me descubriera, pero nadie lo hizo, ni siquiera mi madre. Es algo que todavía me cuesta creer y desde entonces pienso que el gran problema de los adolescentes es que muy poca gente les presta verdadera atención.

Hizo una pausa y me miró con expresión interrogativa, como buscando mi conformidad. Me limité a asentir con la cabeza para animarla a continuar.

—La noticia salió en los periódicos y hasta en televisión. Dedujeron que se trataba de un violador al que había matado su víctima. Era un alcohólico que vivía solo, desempleado y con antecedentes, aunque no de violación. A los pocos días, leí que la policía creía que el agresor del violador había sido por fuerza una tercera persona. Pasé mucho miedo a que me descubrieran y cada vez que alguien llamaba a la puerta me aterrorizaba pensar que podía ser la policía. Imaginaba que habrían encontrado algún pelo mío en la escena del crimen o algo que me pudiera inculpar…

—Seguramente, pero con eso no habrían adelantado nada. Es como encontrar el zapato de Cenicienta; si no se presenta ella a probárselo es imposible encontrarla entre miles de candidatas.

—Sí, eso lo sé ahora, pero entonces era solo una niña. Todavía faltaba un mes para que terminara el verano y regresáramos a Córdoba; creo que fue el peor mes de mi vida. Aparte de la angustia que sentía, estuve casi todo el tiempo enferma con una cosa u otra, sobre todo resfriados y sarpullidos en la piel. Una vez aquí, me confesé enseguida con el padre Carlos, y poco a poco lo fui dejando todo atrás… hasta el verano siguiente, claro.

—¿Y al muchacho gitano lo volviste a ver?

—Sí, algunas veces por el pueblo. Era inevitable. Nunca llegamos a hablar. Creo que él estaba tan asustado como yo. Seguramente tenía miedo de que yo le delatara, aunque a mí eso no se me pasó nunca por la cabeza; siempre he creído que su intervención quizás me salvó la vida. Con los días y luego las semanas que pasaron sin que nadie nos siguiera la pista a ninguno de los dos, empezamos a saludarnos con la cabeza, siempre con disimulo y desde la distancia. Establecimos un pacto de silencio que por mi parte he cumplido hasta hoy. Ahora también lo sabes tú.

—Me has dejado atónito… pero me reafirmo en lo que te he dicho siempre: tú no hiciste nada malo. Si has hecho daño a alguien ha sido a ti misma al no compartirlo con nadie durante tantos años.

—Lo compartí con Dios y eso es suficiente. Ya te digo que no me fío de los hombres y sus leyes.

La estreché fuertemente en mis brazos, temeroso de que mis palabras no transmitieran tan bien como mi lenguaje corporal todo mi apoyo.

—Gracias por compartirlo también conmigo. Por confiar en mí. Por hacerme tu cómplice.

Me avergüenza confesar que tan solo dos días después de esa conversación, rompí nuestro pacto de confianza. Me metí en el coche y conduje hasta Sevilla, directo a la sede del ABC para consultar su hemeroteca. Quería comprobar la noticia por mí mismo. Después de dos novelas policíacas yo mismo me había aficionado a investigar casos policiales, algunos ya resueltos y otros no, y lo he continuado haciendo a lo largo de los años; así he conseguido meterme en la piel de mis detectives y asesinos, y pensar como ellos. Hasta que no localicé el artículo y lo leí con mis propios ojos, no acabé de creerme las palabras de María. A doce días de convertirla en mi compañera de por vida, me sorprendí a mí mismo dudando de su palabra, y no me gustó. Había creído que exageraba o incluso que el gitano no había existido y lo había imaginado, pero después de una hora siguiendo el caso en los viejos archivos, no me cupo duda de que me lo había contado todo tal y como ocurrió. La policía llegó a la conclusión de que la víctima de la violación no podía haber matado al agresor y que el golpe en la cabeza se lo había propinado una tercera persona. Conjeturaban que habían escapado juntos y facilitaban un número de teléfono para quien pudiera aportar pistas. Después de eso ya no había más, ningún otro artículo que informara de cómo iba el caso y si se había resuelto o no. Estuve tentado de acercarme a la comisaría del pueblo de la madre de María para seguir indagando allí, pero me detuvo la convicción de que a ella no le haría ninguna gracia esa intromisión mía en su pasado. Ni siquiera le diría que había ido hasta Sevilla para cerciorarme de la veracidad de sus palabras. En esos momentos no me sentí digno de ella, pero me prometí a mí mismo lo que le juraría a ella ante el altar: mi fidelidad por encima de todo.

Hasta hoy he mantenido mi palabra. Veinticinco años, que no son pocos.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Después de casi dos años con Patrick estaba decidida a romper con él. Me había dejado sin fuerzas. Cada incidente que provocaba la chispa de su ira era como un beso de muerte para mí. No eran incidentes frecuentes, pero sí tan intensos que me dejaban literalmente tirada en el suelo.

Había iniciado el segundo año del máster con la resolución de aplicarme más que el anterior, sin embargo al final no conseguiría completar todas las asignaturas que me había propuesto y tendría que dejar un par para el año siguiente. Estaba gastando el dinero que me adelantaban mis abuelos mucho más rápido de lo que había planeado. Eso no me preocupaba, pero sí me incomodaba no estar sacando el máximo provecho de lo que yo veía como mi oportunidad americana. Además, cada comentario de Patrick sobre su condición de trabajador me sonaba a reproche, aunque luego la recriminación —mental— me la hacía yo a mí misma por imaginar cosas que no eran, pues otra de las cualidades de Patrick era su extrema generosidad.

Desde siempre, él había insistido en pagarlo todo. El precio que yo pagaba era que no me consultaba para nada de lo que hacíamos. Él compraba entradas para tal o cual partido y solo me decía que tenía una sorpresa para esa noche. A veces me pasaba a buscar para llevarme a cenar y no me decía a dónde íbamos. En primavera, durante el *spring break* estudiantil, se tomó unos días de vacaciones para hacerlos coincidir con los míos, y me llevó a París. Sí, me llevó; no fuimos juntos. Solo unos días antes anunció que había preparado algo y que hiciera la maleta para seis días. El día que salimos me llevó primero a cenar y fue capaz de mantener su secreto durante toda la velada a pesar de que le rogué que me lo dijera ya, que no aguantaba la incertidumbre. Pero ni una pista me dio, y hasta que no nos entregaron las tarjetas de embarque para el vuelo que salía poco antes de la medianoche, no supe que íbamos a la Ciudad de la Luz. En esa

ocasión me quedé con la boca abierta de asombro y reaccioné de la manera que él había esperado: abrazándole y dando saltos de alegría. Pero con cada sorpresa mi ilusión era menor y más grande mi necesidad de llevar yo alguna vez la iniciativa.

La escapada a París fue el viaje más romántico que una pueda imaginar, con todos los tópicos: paseos junto al Sena y a lo largo de Los Campos Elíseos, visita a la torre Eiffel y cena con velas en uno de los restaurantes del segundo piso, comida en una terraza de Montmartre en una mesa con mantel a cuadritos blancos y rojos que compartimos con una pareja mayor de California, maravillada de nuestra química arrolladora (palabras de ella) y de la combinación tan deslumbrante que formábamos: nos preguntaron si éramos artistas de cine. Nos hicimos fotos en las escaleras del Sagrado Corazón y visitamos Notre Dame, y salimos en todas ellas siempre abrazados o besándonos y muy sonrientes. A media tarde volvíamos al hotel y hacíamos el amor, Patrick superando siempre la última vez, obsesionado por hacerme disfrutar cada roce, cada beso, dándolo todo por mí.

Pero también hubo una noche que discutimos, y por eso esos días están eclipsados por un toque de amargura. Lo bueno es que no recuerdo qué pasó. Lo contradije en algo durante una cena para la que nos habíamos vestido de gala, yo con un vestido negro de tirantes que me llegaba hasta los pies; él de traje y corbata. Varios comensales habían levantado las cabezas y detenido sus conversaciones al vernos entrar. Nosotros procurábamos no reírnos. Estábamos jugando, se nos había ocurrido la idea a raíz del comentario de la señora de California. El ambiente entre nosotros cambió en un segundo fulminante. No sé qué dije, por más que lo pienso no puedo recordarlo, pero sí las palabras de él:

—¿Puedes imaginarte por un momento lo que me ha costado organizar todo esto? ¿Crees que lo hago por mí? No. Lo hago por ti. Todo lo que hago es por ti. Pero cuando dices estas cosas me entra miedo. Pienso que no sé si me estoy equivocando, si estoy invirtiendo todo mi amor y esfuerzo en una persona que no me quiere de verdad, no como yo a ella.

—Pues claro que te quiero. ¿Es que yo no te lo demuestro?

—Sinceramente, no. Cuando dices estas cosas, no.

—Lo siento, no quería ofenderte.

Siempre era yo quien se disculpaba, pero entonces no me daba cuenta. Terminamos la cena en silencio. Antes de marcharnos le pregunté si todavía estaba enfadado, ansiosa por hacer las paces cuanto antes.

—Yo no estoy enfadado —me contestó con una sonrisa que ya me conocía, sin mostrar los dientes, falsa.

En momentos como ese lo habría matado. Entonces ya había empezado a odiar a ese Patrick. ¿Por qué había tenido que salir en París? ¿No podía haberse quedado en Boston?

Fue el único día que terminó sin el final feliz al que cada noche me hacía sucumbir Patrick, y la verdad es que lo agradecí. Era su manera de seguir castigándome por haber dicho algo que mostraba mi desconsideración, pero por una vez no me importó. Tanto entusiasmo sexual me había llegado a abrumar, aunque nunca fui tan tonta como para dárselo a entender, porque ya sabía lo que me podía pasar: que podía quedarme de repente sin nada y una no es de piedra, menos aún cuando te tienen tan bien acostumbrada.

Empecé el último trecho del curso con buen pie y muy animada cuando apareció en mi vida Pablo, un chico de Madrid que había llegado a Boston para estudiar Económicas. Lo conocí gracias a Nancy, a la que no conseguía dejar totalmente al margen de mis subidas y bajadas emocionales a causa de Patrick. Hacía tiempo que me escuchaba sin decir nada, después de que una vez nos enfadáramos porque ella le llamara «manipulador hijo de puta» y yo no hiciera más que defenderlo. Interpreté su silencio como renuncia a hacerme dejar a Patrick. Solo más tarde comprendí que seguía maquinando maneras para ayudarme a desatarme de él. Una de ellas fue presentarme a Pablo.

Mi vida social en Boston era bastante limitada. De las pocas amistades que había hecho en los dos meses escasos antes de conocer a Patrick, solo conservaba a Nancy, y porque vivía con ella. Seguía relacionándome también con Michael, mi vecino, con quien salía al cine en las temporadas que la intensidad de Patrick daba paso a su indiferencia. El resto era solo Patrick, su familia y sus amigos. Cuando Nancy me habló de Pablo salté de alegría. Desde la Navidad no había vuelto a Barcelona y aunque no lo haría durante casi dos años más, a veces sentía nostalgia por mi tierra. Boston estaba lleno de jóvenes españoles que habían ido a buscarse la vida, pero yo no me relacionaba con ellos, ni siquiera con otros hispanos. Al tener un novio americano, una compañera americana y un máster tan enfocado en las

letras americanas, me había sumergido de lleno en esa cultura, que a veces me ahogaba. Un día le comuniqué a Nancy mi decisión de ponerle remedio a ese desarraigo y, como por arte de magia, al día siguiente me anunció que esa noche salíamos a tomar una copa con un chico de Madrid.

Pablo y yo congeniamos por ser los dos estudiantes españoles en el país de las oportunidades. Su inglés era desastroso, con un acento tan marcado que hasta a mí me costaba entenderlo. Además, era un chico feo, hasta repelente. Tenía el pelo tan negro y espeso que le abombaba la cabeza, la nariz muy aguileña, y el cuerpo blanquísimo y delgado en extremo. A pesar de todo, era carismático, y eso se palpaba a los cinco minutos de estar con él. Su cualidad principal era el humor. Hablaba sin parar y se burlaba de sí mismo. Antes de que pudiera ponerle nombre a lo que había de raro en su cara, él se me adelantó, como leyéndome el pensamiento:

—Es la nariz. Había pensado en operarme, pero entonces ya nadie se reiría cuando hago esto.

Bebió un sorbo de su cerveza a la vez que la punta de la nariz se le hundía en la espuma y, en efecto, Nancy y yo no pudimos reprimir una sonora carcajada.

Para ser tan joven —diecinueve años— y poco agraciado me sorprendió la seguridad en sí mismo y el don de gentes que desprendía. Llevaba dos semanas en el país y ya tenía un círculo de relaciones establecidas.

Le tomé cariño, aunque pronto me di cuenta de que si nos hubiéramos conocido en nuestro país, no habríamos tenido nada en común que nos uniera. Hablamos de la situación en España como si fuéramos dos náufragos que habíamos conseguido saltar al bote salvavidas mientras veíamos cómo se hundía el barco. Nancy nos observaba con media sonrisa en los labios. Por cortesía, cada dos por tres cambiábamos al inglés, pero el de Pablo era tan rápido y atropellado que a las dos nos costaba seguirlo, y Nancy se atrevió a decir:

—Seguid en español, por favor. Así al menos una de nosotras te entenderá, Pablo.

—Ah, perdona, Nancy. Ir al logopeda es una de las cosas que tengo que hacer la semana que viene, para que me enseñe a hablar este idioma vuestro de los mil demonios —contestó él, ya en castellano.

Nancy no pilló ni una palabra pero él continuó dirigiéndose a las dos como si ella también nos siguiera.

Después de ese primer día, Pablo y yo salimos al cine a ver una película española y otro día a tomar un café. Hasta entonces no me di cuenta de lo bien que me hacía sentir volver a hablar en castellano y escucharlo. Caí en la cuenta de que mi destierro voluntario no había sido solo para apagar el dolor por la muerte de mi madre sino también porque la amargura de la crisis se había estado apoderando de mí también, y eso no lo podía permitir. Yo ante todo quería ser feliz, por eso me había ido. No había calculado que en el camino hacia la felicidad, dejaba también muchas cosas buenas atrás, y con la distancia, ya solo recordaba lo bueno. Con Pablo podía seguir abriéndome camino en un lugar mejor y además conservar algo de mi propia identidad; sobre todo, reírme con él de cosas que nadie más entendía.

Pero lo vi solo ese par de veces antes de que estallara la bomba con Patrick.

Un día cuando salía del Institute, Pablo estaba esperándome. Fue la tarde que fuimos a tomar café.

—Me quedaré solo un rato —le advertí—. Hoy he quedado en ir a casa de mi novio y si tardo más de media hora se extrañará.

—No sé cómo puedes tener un novio americano. —Se apartó dos metros de mí, como si fuera contagioso.

—Pues a ti no te iría mal, para la inmersión lingüística, ya sabes.

—Ni hablar. Yo ya tengo novia. Madrileña. Antes de venir aquí me aseguré bien de dejar ese aspecto resuelto para no caer en la tentación de liarme con una americana. Ahora solo tenemos que convencer a sus padres para que la dejen venir. ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Casarte con él? ¿Tener niños americanos que se negarán a hablarte en la lengua de Cervantes y cuando alguien les pregunte dónde está España digan *in the toilet*?

—De momento voy a cenar con él. Mañana ya veremos.

Pero resultó que no cenaría con él esa noche. Para qué planear un futuro juntos si ni siquiera podíamos mantener un plan tan sencillo de una noche por culpa de sus celos.

Había pasado ya mucho tiempo desde el incidente de la compra del Mazda, y yo no recordaba cómo le había dolido a Patrick. Sabía que era celoso porque en varias ocasiones se había enfrentado abiertamente a algún hombre al que había sorprendido mirándome de una manera que él consideraba inapropiada. Yo nunca me daba cuenta porque, según Patrick, vivía en el limbo, pero a él no se le escapaba nada. La frase «*What are you*

looking at, you moron? (¿Qué estás mirando, imbécil?)» me hacía volver a la realidad, era lo que me condicionaba a tomarlo del brazo y obligarlo a marcharnos de donde estuviéramos a toda prisa.

Me hacía pasar una vergüenza indescriptible, pero si alguna vez le insinuaba que estaba exagerando, su ira se enfocaba en mí. Esas eran las únicas veces que mostraba su furia en público, con personas a las que no conocíamos de nada y nunca más volveríamos a ver. Delante de sus amigos o colegas del trabajo jamás mostraba su debilidad. También se enfadaba muchísimo con los dependientes de las tiendas o camareros de restaurantes a los que ya no volveríamos más, porque no cumplían su deber o el servicio que ofrecían era pésimo. Patrick los amonestaba y aleccionaba como si él fuera su jefe.

En una ocasión hizo llorar a una camarera, apareció el dueño del restaurante y se armó un buen revuelo. Al principio el dueño se disculpó, pero el acoso de Patrick era tan apabullante que el otro le advirtió que se estaba pasando. Entonces Patrick se puso a sermonear sobre cómo él había empezado su propio negocio, casi desde la nada, sin ayuda alguna, y no toleraba a trabajadores ociosos… Yo miraba a la chica apesadumbrada, y le rogué a Patrick que nos fuéramos, pues el asunto no tenía tanta importancia. Antes de salir, me giré, y les pedí perdón articulando la palabra *sorry* sin pronunciarla para que Patrick no se diera cuenta. La contestación del dueño me dejó helada:

—*I feel sorry for you.*

Eso es más contundente que «lo siento por ti», es casi como decir «siento lástima por ti, porque tú tienes que aguantarlo cada día». Eso fue lo que me transmitió su mirada.

A sus ojos, el problema de los celos no era suyo ni mío, sino de los demás, así que en principio no se enfadaba conmigo:

—Tú no tienes la culpa de ser tan guapa, ni de que el mundo esté lleno de pervertidos que se creen que las mujeres son objetos sexuales.

Excepto cuando sí tuve la culpa, claro, cuando desde su punto de vista presté más atención a otro hombre que a él. No era una cuestión de atracción física: Patrick no soportaba que hubiera más varones en mi vida y punto.

Esa tarde llegué a su casa contenta. Le di un beso y me correspondió con una sonrisa y un abrazo, pero yo enseguida me puse a hablar de Pablo, un

chico al que había conocido hacía una semana, no se lo había mencionado antes porque se me había pasado, pero esa tarde había venido a verme y… Me detuve en seco al ver cómo le cambiaba la expresión.

—¿Te pasa algo?

—Llegas media hora tarde porque te has ido a tomar un café con otro hombre. Me tomas el pelo, ¿no?

A esas alturas Patrick ya no escondía su dolor como al principio. Al menos en eso la relación era mejor: no tenía que pasarme días preguntándome qué había dicho o hecho para que se enojara tanto. Pero el castigo de después era el mismo, y cada vez más intenso.

—Bueno, no es un hombre. Es un chico y estoy ilusionada porque es español como yo. Podrías alegrarte por mí.

—Por ti, claro. Al final todo da vueltas alrededor de ti. Yo puedo estar aquí esperándote y preguntándome dónde estás, preocupado por si has tenido un accidente en esa mierda de coche tuyo, y tú estás tan tranquila tomando café, riendo, y parloteando en español sin siquiera llamarme para avisar de que llegas tarde.

—Lo siento… Ha sido solo media hora, otras veces también he llegado un poco tarde por culpa del tráfico, no pensé que…

—Ahí está el problema: que no piensas. O mejor dicho: solo piensas en ti, y los demás que se jodan.

—No es eso, pero es que… La verdad es que creo que no me vendría mal ampliar un poco mi círculo de amistades, ¿sabes? Pablo lleva solo tres semanas aquí y ya conoce a mucha gente. En cambio, nosotros siempre vamos solos o con tus amigos.

—¿Lo ves? Escúchate a ti misma: «no me vendría mal» y «yo, yo, yo». ¿Qué pasa, que ya te has aburrido de mí? ¿Es porque no hablo español? Porque si es eso, puedo apuntarme a un curso intensivo y en tres meses hasta te follo en español. Aunque claro, después igual me dices que eso no es suficiente, que para complacerte tengo que ser español.

—Bueno… ¿podemos dejarlo ya? —Solté un bufido para darle a entender que él ganaba, como siempre, pero ya sabía que no me iba a dejar así de fácil.

—No, no, vamos a aclarar las cosas. No te gustan mis amigos. Es eso, ¿no? ¿No te cae bien Bill?

—Yo no he dicho eso.

—¿Pues qué es lo que has dicho? Porque no lo entiendo. Ya he notado que con Maureen tampoco congenias mucho.

—Tampoco es eso. Es que… no tengo muchas cosas en común con ella. Solo habla de sus niños, y yo ya no sé qué decirle cuando vuelve a contarme que uno tiene fiebre y mocos, que la otra todavía se hace el pipí encima… Tú te pones a hablar con Bill de vuestras cosas y me dejas a mí ahí con los pañales y los potitos. La primera vez me hizo gracia, pero luego ya pues sí: ¡es aburrido!

—Así que te aburren mis amigos, vale. Claro, no son lo suficiente intelectuales. Pero ¿sabes qué? Hay cosas más importantes en la vida que los libros. A Bill lo conozco desde los cuatro años, una amistad que dura ya más de un cuarto de siglo. Eso es importante. Viene de una familia trabajadora, como la mía, pero ni él ni su mujer son tan inteligentes como tú.

Me señaló con un dedo acusador que casi llegó a tocarme la nariz. Di un respingo. Él fingió no verlo.

—Él no hizo una carrera, ni siquiera terminó el bachillerato, pero es trabajador y mantiene a su familia sin ayuda alguna. ¿Sabes de lo que te estoy hablando? De valores. Maureen dedica todo el tiempo a sus hijos, y para eso ha sacrificado su carrera y tiene que aguantar las caras de aburrimiento de esnobs como tú que miráis por encima del hombro a las mujeres que anteponen su vida familiar a todo lo demás.

—Eh, eso no es verdad. Estás siendo injusto. Solo he dicho que no tengo cosas en común con ella.

—Has dicho que te aburre.

Al final tenía que dejar que dijera él la última palabra, porque si no la discusión podía durar toda la noche. Patrick era incansable. Lo malo era que en cuanto yo me callara, ahí se acababa todo: él se pondría a ver la televisión en el sofá o a trabajar en el ordenador del despacho como si yo no estuviera.

—¿Salimos a cenar o tomamos algo aquí?

Fue un intento vano de suavizar la tensión.

—No tengo hambre —respondió él.

—¿Podemos hacer las paces?

—¿Las paces? —Me regaló su sonrisa falsa, la que yo cada vez soportaba menos—. No estamos en guerra, simplemente somos demasiado diferentes,

deberíamos plantearnos seguir cada uno por nuestro camino.

—¿Quieres que me vaya?

—No te estoy echando.

Me lo tomé como un «no» y me quedé, aunque no debería haberlo hecho. Pasamos el resto de la velada sentados en el sofá, separados casi un metro el uno del otro, él con la mirada fija en el partido de fútbol americano y yo en un libro. No cenamos ni volvimos a hablar. Cuando terminó el partido, Patrick se levantó, apagó las luces del salón y se dirigió al dormitorio. Me quedé unos minutos pensativa en la repentina oscuridad, con el libro todavía en las manos. Dudé entre coger el coche e irme sin decirle nada o quedarme hasta la mañana siguiente e intentar de nuevo hacer las paces.

Entré en el dormitorio justo cuando se disponía a apagar allí también la luz.

—¿Quieres estar solo?

Patrick me miró fingiendo sobresalto, como diciendo: «¿Todavía estás tú aquí?».

—Quiero dormir, y eso es lo que voy a hacer.

Fui al baño y al regresar al cuarto la luz ya estaba apagada. Me metí en la cama y le deseé las buenas noches. No me contestó, aunque él sabía que yo sabía que seguía despierto.

Como era de esperar, durante los días y semanas siguientes estuvo distante, pero no tanto como para no llamarme de vez en cuando. Seguí viendo a Pablo, pero decidí contarle enseguida que tendría que mantener nuestra amistad en secreto.

—Verás, es que… Me da un poco de vergüenza decírtelo, pero resulta que a mi novio no le sentó nada bien que fuéramos a tomar café aquel día. Te tiene celos porque… es una tontería, pero… es porque eres español. Es algo que tengo en común contigo y con él no.

—No me lo puedo creer. —Se quedó con la boca abierta.

—Ya…

—¿Pero le has dicho que tengo novia?

—Sí, sí, pero no es eso. Es otro tipo de celos.

—¿Y por qué estás con él?

—Pues porque le quiero. No empieces tú también como Nancy. Tiene muchas cosas buenas.

—Entonces preséntanos. Cuando vea lo feo que soy se le pasará todo. Además soy un niñato, ¿no se lo has dicho?

—Sí, claro, pero no sirve de nada. Cuando a Patrick se le mete algo entre ceja y ceja no hay manera de sacárselo de ahí. Él se convierte en la víctima. Me imaginó contigo riendo y pasándolo bien aquella tarde, sin pensar en él para nada, y ya no puede borrar esa imagen de su mente.

—Me dejas de piedra… Entonces, no creo que le haga mucha gracia que te vengas conmigo a la cena de españoles… Tendrías que presentármelo. Cuando vea mi nariz se le irán todos los celos de golpe. Ya lo tengo: ¡que venga a la cena!

Se trataba de un encuentro en casa de una andaluza casada con un americano que entendía el español aunque no lo hablaba. Los invitados eran otras dos parejas de Madrid, Pablo y yo. La anfitriona había convocado la cena para explayarse hablando en español. Así mismo me lo había contado Pablo y yo había aceptado ir con él encantada y sin Patrick. Pero después de lo ocurrido, solo tenía dos opciones: mentirle o invitarlo. Pablo insistió en que hiciéramos lo segundo y se encargó de llamar a la señora que había convocado la cena y que era amiga de su madre.

A Patrick no le apetecía ir a la cena, no por la comida en sí, que resultó ser una deliciosa y copiosa combinación de tapas, sino porque por una vez era algo que había propuesto yo. Aun así, aceptó desde el primer momento, porque permitir que fuera sola —con Pablo— era superior a él. Yo estaba tan contenta que fingí no darme cuenta de sus mohines y no le pregunté, como de costumbre, si le pasaba algo. Así que durante el trayecto en coche hablé casi todo el rato yo, mientras él conducía en silencio.

Cuando llegamos, Pablo y una de las parejas ya estaban allí; la otra llegó cinco minutos más tarde. Las presentaciones fueron muy animadas, con besos en ambas mejillas por doquier. Patrick me diría más tarde que en ese momento fue cuando empezó a sentirse agobiado: tanto afecto, exclamaciones y voces altas con gente que acabábamos de conocer le rompía todos sus esquemas. Yo le recriminaría que había sido la primera y única vez que él se había tenido que adaptar un poco a mi cultura, mientras que yo llevaba dos años acoplándome a la suya, y eso iniciaría otra discusión que ganaría él, pero esa vez yo ya no le pediría perdón.

Empezamos conversando todos en castellano, pues ese era el motivo principal de la reunión. El marido de la anfitriona hablaba más de lo que me había dicho Pablo. Patrick se mantuvo callado, pero su presencia resultaba siempre imposible de ignorar. Tenía mucho carisma y eso era algo que se notaba enseguida, aunque no dijera nada. Imagino que su físico contribuía, aunque yo ya no lo encontraba tan guapo como al principio. Durante las presentaciones, una de las mujeres me había guiñado el ojo y, sabiendo que Patrick no la iba a entender, había comentado: «¡Vaya chico más guapo te has buscado! Solo por eso le vamos a perdonar que no hable español». Y así fue. No lo dejaron estar callado ni cinco minutos, y fueron las mujeres las que exclamaron: «¡Pobre Patrick, no se entera de nada!», «Ay, sí, me sabe mal…», y una se interesó por lo que hacía, y le preguntó en inglés, claro. El resto de la cena transcurrió ya casi toda en inglés, con Patrick como protagonista de la noche. Los demás hombres apenas hablaban y la atención de las tres mujeres era toda para Patrick.

Por primera vez lo miré y lo escuché desde otro ángulo. Reconocí el interés y la admiración que veía en esas mujeres como lo mismo que me había embriagado a mí al principio y cada vez que volvía a conquistarme. Pero yo ya no lo sentía. Creo que ese fue el momento en el que me desenamoré de él. Él hablaba de su trabajo, de cómo había empezado, y al final incluso los hombres le hacían preguntas y lo miraban como si tuvieran a Steve Jobs delante.

El único pendiente de mí era Pablo, que me dio una patada por debajo de la mesa. Me recuperé de mi ensimismamiento y entonces me di cuenta de que ya llevábamos más de una hora y media allí y Patrick no me había hecho ninguna muestra de cariño. No le habría dado importancia si no supiera que con él eso era señal de alarma. Cuando estaba satisfecho con mi comportamiento, mostraba en público un amor inusitado hacia mí: me tomaba de la mano, me daba un beso en la sien, me escuchaba y me miraba como si fuera un ángel, y hablaba de lo inteligente que era como lo hace un padre orgulloso de su hija. Y cuando no estaba contento con algo que había provocado yo, el castigo ya no era no verme —cerrarme una puerta en las narices, apagarme la luz, prepararse la cena para él solo, no hablarme— sino dejarme mal en público. Me había avergonzado en varias ocasiones delante de sus amigos, sin insultarme ni decir nada malo sobre mí, pero logrando dejarme en evidencia por no estar a su altura, sobre todo en el plano profesional. Ante sus padres nunca lo hacía, porque sabía que a ellos

no podía engañarlos. Lo sorprendente para mí era que a sus amigos sí los engañara, que después de tantos años nunca se mostrara ante ellos tal como era; siempre conseguía desplegar todo su encanto. Eso sí era algo que no podía dejar de admirar en él: ¿cómo no quedaba agotado con tanto esfuerzo por mantener esa imagen falsa de hombre perfecto?

—Pero hablemos de vosotros, ¿qué es lo que está pasando entre los madrileños y los catalanes?

La pregunta de Patrick me confirmó que no se olvidaba de mí y que se iba a asegurar de hacerme sentir como una mierda.

—Es que yo solo oigo la versión de los catalanes, bueno, de una catalana. —Todas las miradas, incluso la suya, se centraron en mí, mientras él continuó—: Enya me dice que los catalanes son los que más trabajan de España y los que más impuestos pagan, que el resto sois unos vagos… A los madrileños no os deja muy bien. Y que encima boicoteáis productos catalanes como el champán. A ver, chicos, eso no está bien, ¿eh? —Se rio —. Pero yo quiero saber vuestra versión, porque no me puedo creer que vosotros seáis los malos y los catalanes unos santos.

—Yo no he dicho nunca que el resto de españoles sean unos vagos — protesté con un hilo de voz y sin mucho convencimiento.

Lo más probable es que sí lo hubiera dicho. Yo no lo recordaba pero Patrick era como un ordenador: almacenaba todas mis frases porque él siempre prestaba atención, y luego las sacaba para utilizarlas en mi contra. Me puse las manos en las mejillas en un intento vano de ocultar el rubor que notaba tan caliente, y di otro sorbo de vino tinto. Ya me había bebido dos copas. La sensación que me provocaba el alcohol era la única válvula de escape a una situación que me estaba agobiando y no era capaz de controlar.

—Enya es independentista, cree que Cataluña estaría mucho mejor sin España porque todo el progreso viene de ella y vosotros sois un lastre — continuó Patrick ignorando mi queja—. ¿Y vosotros qué opináis? ¿No preferiríais deshaceros de una comunidad que tanto os odia?

—Yo no estoy en contra de la autodeterminación —respondió uno de los hombres—, pero en caso de países oprimidos. Cataluña no lo está y además forma parte de la identidad española. Hay muchos empresarios catalanes que están en contra de la secesión porque dependen del resto del país. Los

catalanes que creen que sin España Cataluña va a entrar en la Comunidad Europea son unos ingenuos.

—Bueno, dejemos el tema —intervino la anfitriona, que era de Málaga.

Yo volví a respirar. Pero Patrick no iba a quitarme el anzuelo así de fácil. A lo largo de la cena volvió a sacar el tema de los catalanes dos veces más, siempre riendo y contando alguna anécdota, por ejemplo, que en París habíamos conocido a unos argentinos que se habían quejado de que diez años antes no habían conseguido trabajo en Barcelona por no hablar catalán y se habían tenido que marchar a la capital.

—Parece que al menos los madrileños dabais más oportunidades de trabajo a gente que lo necesitaba y tenía el valor de dejarlo todo para abrirse camino. Imagino que ahora que sois vosotros los que os veis obligados a dejar vuestro país, el mundo debería recordar también que sois más generosos que los catalanes.

A esas alturas yo ya llevaba tres copas de vino y lo que dijera Patrick me entraba por un oído y me salía por el otro. Por suerte, los demás también habían bebido y a pesar de las invectivas de Patrick, el ambiente seguía siendo distendido y plagado de risas. Se habló de muchos otros temas, aun así, yo solo recuerdo los ataques de él. A ratos la conversación volvía a ser en castellano y entonces yo me animaba y participaba más. Además de lo mal que me lo estaba haciendo pasar Patrick, me sentía culpable porque se hablaba en inglés debido a nosotros. Pero eso Patrick no lo sabía y me arrepentí de no habérselo aclarado. Entonces él se quedaba callado de nuevo, aunque no por mucho rato, porque enseguida alguna de las mujeres le hacía de intérprete. Yo también le había traducido casi todo al principio de la velada; hacia el final ya me daba todo igual. Sabía que después me lo echaría en cara, pero yo había cruzado una barrera: ya no me importaba nada. Además, empezaba a no estar en condiciones de vocalizar siquiera en mi lengua nativa.

—Enya tiene un gran problema con los apellidos. Nunca aceptaría llamarse Mrs. Doherty —dijo Patrick después de que yo contara cómo me había impresionado que unas semanas antes, en una boda a la que acudimos los dos, presentaran a los recién casados como Mr. y Mrs. Peter Wallace.

Las mujeres abrieron mucho los ojos y la boca. Una preguntó:

—¿Estáis prometidos?

—Al menos él lo está pensando —opinó una de ellas, en castellano.

Yo acababa de explicar que después de casarse, la mujer se había quedado sin nombre, así, de un plumazo. Ya no se llamaba Jenny Kerr, ni siquiera Jenny Wallace; había pasado a ser la señora de Peter Wallace. Pero ninguna de las otras tres mujeres me estaba prestando atención. Patrick había vuelto a abrir la boca y acaparar todo el protagonismo. Encima, las mujeres me miraban con envidia, sin importar que estuvieran allí sus parejas. No me lo podía creer. Por suerte, los hombres estaban hablando de otra cosa.

—A mí no me importa que me llamen Mrs. Smith —dijo la anfitriona de la casa—. En España también es así, aunque no sea oficial, pero como vivimos aquí yo me adapté y cambié mi apellido por el de mi marido.

—A mí tampoco me importaría —agregó otra—, aunque lo de adoptar también el nombre de pila de tu marido sí que me parece excesivo.

—En eso os doy la razón —respondió Patrick.

—Eso es lo que llevo diciendo desde el principio —argumenté yo sin mucha fuerza.

Lo hubiera matado, pero el alcohol estaba causando estragos en mi ánimo y no conseguía mantenerme todo lo furiosa que quería para que no se me olvidara la retahíla que le iba a soltar en cuanto estuviéramos solos. La indiferencia que me invadía era cada vez más grande, estaba a punto de abandonarlo todo.

Me despedí de esa gente con la resolución de que no los vería más. Habían sucumbido al encanto de Patrick y reído sus gracias sin darse cuenta de su falsedad y se habían sacrificado a hablar en inglés por respeto a él, sin siquiera rechistar. Quizás habían querido darme una lección: ¿ves, chica catalana?, nosotros no tenemos problema de adaptación, hablamos el idioma que comprendemos todos. A mí también me había embaucado Patrick, durante demasiado tiempo, pero yo me había enamorado. ¿Qué excusa tenían ellos?

A Pablo sí que lo volví a ver, tres días más tarde, pero no le dije que había roto con Patrick. Solo le conté que yo no lo había pasado bien en la cena y por qué. Me contestó que no me lo tomara a mal, que Patrick solo bromeaba. Me quedé de piedra. Incluso me confesó que no se lo había imaginado así y que le había caído muy bien. Patrick, en cambio, nunca tragó a Pablo, aunque delante de él se guardara mucho de demostrarlo.

Detestaba oír siquiera su nombre, igual que no soportaba que pronunciara el nombre de mi Mazda.

La noche aún era joven para Patrick y para mí. En el coche me entró sueño y no me sentí con ánimos de soltarle todo lo que pensaba, así que opté por ignorarlo, como él me hacía tantas veces. Ya le echaría el rapapolvo al día siguiente. Pero no pude dormir, porque él todavía no había terminado conmigo:

—Me parece que les he caído bien a tus compatriotas. ¿Has visto el esfuerzo que he hecho? Tú no haces eso con mis amigos.

—Llévame a casa.

—Habíamos quedado en que iríamos a mi casa.

—¿Para qué, Patrick? —le grité.

Vi cómo se le tensaba la vena del cuello. No soportaba los gritos y él jamás levantaba la voz.

—¿Para qué quieres que vaya a tu casa? ¿Para qué me quieres en tu vida? Ni siquiera te caigo bien, no estoy a tu altura y nunca lo he estado, soy una decepción para ti. Pues ya puedes dejarme en casa y no llamarme más. Y esta vez no te voy a preguntar por qué, o qué he hecho mal. Me rindo, ¿sabes? Esta noche se me ha caído una venda de los ojos. No eres para mí, me he equivocado. Y antes de que me acuses de que solo pienso en mí, te voy a decir que es verdad: estoy pensando en mí y ya no me compensa tenerte en mi vida. Me merezco un novio más normalito, como yo, con defectos, pero que me trate bien. Siempre. No solo cuando hago las cosas bien, sino también cuando la cago.

Patrick me dejó hablar sin interrumpirme. Nunca lo hacía. Era una gran virtud suya: sabía escuchar. Era yo la que interrumpía, no escuchaba o me ponía a pensar en las musarañas. En ese momento me sorprendí a mí misma al pensar si en mi siguiente relación echaría en falta eso, alguien que me escuchara tan atentamente como lo hacía Patrick. Todavía no acababa de cortar con él y ya estaba pensando en el siguiente… Sentí una euforia repentina. Se me pasó el efecto adormecedor del vino y tuve ganas de beber más, para celebrar mi decisión, mi vuelta de página, mi nuevo futuro.

Cuando estuvo seguro de que yo no iba a añadir nada más, por fin Patrick habló:

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Y no sé qué tontería es esa de que no me caes bien. Te quiero. ¿Cómo no me vas a caer bien?

—Ya no quiero que me quieras. Me has dejado en ridículo. Me siento como una mierda.

Él respiró hondo y no dijo nada más. Cuando vi que tomaba el camino hacia mi casa sentí una punzada de culpabilidad, pero no podía creerme que fuera tan fácil terminar una relación con alguien que me tenía tan atada. Patrick estaba acostumbrado a llevar él la batuta en todo.

—¿Puedo pasar? ¿Por favor? —Apagó el coche y me miró con una cara de inocencia que ya me conocía, pero esta vez no le iba a servir de nada—. Solo quiero que hablemos, tranquilamente. Si tenemos que dejarlo, lo dejamos, pero no así, no de esta manera. Hablemos primero, aclaremos las cosas.

—Pasa si quieres —respondí encogiéndome de hombros para que no le cupiera duda de que para mí ya habíamos terminado—, pero yo lo que voy a hacer es abrir una botella de vino para ahogar mi pena, y mañana empezaré una nueva vida. Sin ti.

No debería haberle dejado entrar. Debería haber cerrado esa puerta tras de mí para siempre, pero entonces no habría sido yo. Toda la humillación y rabia que había sentido durante la cena se estaba esfumando ya y no podía hacer nada para retenerla. Ahora solo sentía lástima de mí misma, porque a pesar de mi aplomo lo iba a pasar mal y lo sabía. Eso era la muerte, todavía me faltaba superar el duelo. Y lo que era peor: también sentí pena por él, porque no estaba siguiendo el parámetro habitual. No quería irse porque temía que si lo hacía me perdería y su estrategia de ignorarme durante días y semanas no haría más que facilitarme el camino.

Me fui directa a la cocina a por la botella de vino, y la abrí sin quitarme la chaqueta. Patrick me siguió en silencio. Nancy no estaba en casa. Meses más tarde me acordé de ese detalle y maldije mi mala suerte. Si Nancy hubiera estado en casa, quizás yo me habría resistido a dejar entrar a Patrick. Nuestro apartamento era pequeñísimo; nosotras no teníamos problemas de convivencia, pero cuando alguna de las dos traía compañía se aseguraba antes de que la otra no estuviera. Era un acuerdo al que habíamos llegado desde el principio y lo habíamos respetado siempre. Yo, sobre todo, había tenido cuidado en no romperlo porque sabía que a Nancy no le hacía gracia Patrick; era la única persona que no le conocía de verdad a la que no le había cegado su encanto.

—¿Quieres una copa? —le ofrecí sin mucho entusiasmo.

Él respondió con un leve movimiento de cabeza, y se acercó. Me tocó el brazo. Podía respirar su culpa, pero no dejé que me amedrentara. Le espeté:

—¿Ves? Te ofrezco una copa porque te veo, no eres invisible, aunque te he pedido que lo seas.

Entrecerró los ojos como si no entendiera a qué venía eso y por un momento me pregunté si él de verdad dejaba de verme cuando lo hacía y no era malicia, ¿no sería todo imaginación mía?

Nos sentamos en el sofá del salón y bebimos los primeros sorbos en silencio. Entonces empecé yo a hablar y lo hice durante lo que me parecieron horas, creo que como mínimo pasaron dos, y me bebí casi toda la botella yo. Le hablé de él como si no fuera él. Para mí ya habíamos terminado y le conté como si fuera una amiga o un psicólogo todo lo que había pasado y sentido durante esos dos años, lo bueno y lo malo. Le relaté la historia de ese amor desde mi punto de vista y con la intención de ponerle el punto final. Le conté a él lo que le tendría que haber contado a Nancy. Él no debería haber estado sentado en el sofá junto a mí esa noche, debería haber sido ella. Pero como a mí ya no me importaba su reacción o las consecuencias, hablé y hablé sin parar, sin considerar para nada sus sentimientos. En fin, solo pensé en mí y en deshacerme de toda la mierda que él me había dado. Me había convertido en una egoísta y una desconsiderada, justo de lo que él siempre me había acusado.

Lloré cuando le confesé que me enamoré de él desde muy al principio y desde entonces había vivido con el miedo de decepcionarlo y perderlo, y que en las ocasiones en que había empezado a aceptar que se me había escapado, él volvía a buscarme para llevarme en volandas de nuevo. Y él lloró cuando repetí que ya no más, que me rendía, que lo bueno ya no compensaba lo malo. Era la primera vez que lo veía llorar, pero no la primera que lo veía arrepentido, culpable. Las otras veces su culpabilidad me había enternecido y aliviado, y habíamos hecho las paces, pero ahora ya no era capaz de sentir nada más que desapego. Después de purgarme de todo, ya solo me quedaba la borrachera.

—Voy a reorganizar mi vida. Empezar de nuevo —declaré con dificultad —. Todavía estoy a tiempo de salvar el máster.

El máster me iba fatal, esa era la verdad. Y también le culpé a él de eso: mi falta de concentración y disciplina, que tanto le irritaba, se debía al

infierno que él me hacía pasar. Tenía que conseguir una media de B para continuar y a duras penas llegaba.

—Te has desenamorado de mí, ya no me quieres —musitó, y por una vez su tono era sincero, sin rastro de chantaje emocional—. Es verdad, ¿no?

Había bajado la cabeza y tenía mi mano entre las suyas. Entonces me miró. Lloraba y yo seguía sin sentir nada.

—No lo sé.

Me estaba quedando dormida de nuevo y deseé estar sola, pero no tenía fuerzas ni ganas para echarle. Solo quería dormir. Noté cómo me abrazaba y permanecimos tumbados algún tiempo. Dormí y volví a despertarme. Oí que Patrick decía: «Vamos a la cama». Me levanté y me caí. Él me ayudó a levantarme y me llevó a la habitación. La cabeza me daba vueltas. A partir de entonces mis recuerdos son borrosos. Recuerdo la boca pastosa, y que él me trajo un vaso de agua y lo mucho que me costó pronunciar la palabra «*Thanks*». Y que me desvistió y se acurrucó a mi lado y volvió a preguntarme si podía quedarse, y yo no le contesté, porque me daba igual, solo quería dormir y que parara de moverse todo. Y seguí despertándome, creo que toda la noche, y cada vez que abría los ojos él estaba mirándome y entonces me decía que me quería, que lo sentía, que jamás había conocido a alguien como yo, que haría lo que fuera por recuperarme, incluso ir al psicólogo. En mi discurso de dos horas yo le había dicho que «necesitaba ayuda», un eufemismo muy usado en el habla de los americanos. Él me había entendido perfectamente y no tuve que darle más explicaciones. Lo que no le dije fue que había sido Anne, su propia madre, la que me había metido esa idea en la cabeza. Pero yo entonces ya no estaba en condiciones de seguir hablando ni escucharlo, y volvía a dormirme. Sin embargo, no fui del todo inmune a sus caricias, que se prolongaron también durante lo que me pareció toda la noche. Y terminó haciéndome el amor. Fue él, porque yo no hice nada, ni siquiera resistirme. Fue muy lento y suave, y no duró mucho. Tuve la ligera sensación de que él mismo lo dejó correr vista mi falta de interés, pero no fue así. Solo un mes y medio más tarde tuve la prueba de que él sí había completado el acto, aunque hubiera sido tan silencioso y yo no me hubiera dado cuenta.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, enero de 2013

Soy novelista pero hace ya cuatro años que no publico una novela. Núria sigue pidiéndome la última, que lleva más de un año terminada y sigue sin título. De manera provisional, en la portada he escrito «Sin título». No puedo entregársela; algo me detiene. Supongo que es miedo.

Por suerte, a María y a mí no nos falta el dinero. Aunque las ventas de mis otras novelas han bajado de manera considerable y es una de las razones por las que Núria me urge a sacar algo nuevo, podría permitirme no escribir ni una línea más en mi vida, si quisiera. Esta sensación de libertad es precisamente lo que me llevó a narrar una historia que ahora no me atrevo a mostrar.

A María le gustó, en eso no me equivoqué. Pero no fue lo único. Le gustó y le obsesionó, como a mí. Y además comprendió lo que no fui capaz de negarle: que me había enamorado de Enya. Y sintió celos, lo cual es absurdo, pues se trata de un personaje de ficción que existe solo en mi imaginación y ahora en la de ella. Si bien tenía razón para enfadarse o sentirse incluso menospreciada, porque en la vida real, mientras la historia de Enya me absorbía, yo había descuidado nuestro matrimonio. Sin darme cuenta me había aburrido de nuestra placentera monotonía de la misma manera en que llegué a hastiarme de escribir novela negra.

—Me has matado. Has creado en tu novela una vida paralela a la que tienes conmigo, pero antes me has matado —me dijo en cuanto la terminó.

—¿Entonces te ha gustado? —Ignoré aposta su tono acusatorio.

—Me ha encantado, es lo mejor que has escrito. Pero no sé si me gusta que tú y yo seamos personajes de ficción y, desde luego, no me gusta nada que me hayas matado.

—No somos nosotros y no te he matado: tuvimos un accidente.

—Claro que somos nosotros. No has cambiado nada, ¡ni siquiera el color de mi pelo! ¿Y era necesaria la frase —buscó en el manojo de fotocopias para leerla en voz alta—: «A pesar de no haber tenido hijos, los años no habían pasado en vano para Juana y sus bien redondeados pechos habían perdido altivez»?

—Pero enseguida digo que Carlos no ha dejado de desearla nunca, que ha sido siempre un marido fiel de los que hay pocos o acaso ninguno y que en veinticinco años su pasión no ha disminuido un ápice, al contrario, ha ido fortaleciéndose.

—Aun así, esa frase la vamos a cambiar. ¿Y tenías que ponerme un nombre tan feo?

—A mí me gusta…

—El de ella es más bonito.

Así fue como empezamos a diseccionar, analizar y corregir la novela. María la había leído en dos días, cuando yo llevaba un mes sin pensar en ella ni en Enya. De esa manera me la había quitado de la cabeza y me había vuelto a centrar en mi mujer. Supuso un tiempo de descanso que yo mismo me impuse y que nos fue muy bien a los dos. Para celebrar que había terminado, animé a María a que se pidiera dos días de fiesta e hice una reserva para pasar un fin de semana largo y romántico en París. En la novela, el novio de Enya la lleva allí, y para imaginar sus paseos por el Sena o la plaza Montmartre había consultado una guía de viajes, pero ahora me apetecía ir en persona y revivir lo que había vivido ella.

Esos cuatro días alcanzamos la culminación de una renovada luna de miel que empezó la noche de nuestro aniversario de bodas. María estaba contenta como una niña y me maldije y prometí a mí mismo que no volvería a permitir que la obsesión por el trabajo me apartara de ella. Hacía meses que no la veía sonreír y había sido por mi culpa. Ella no se había quejado, solo había esperado paciente, como siempre, a que yo terminara la novela de turno.

Esa burbuja de amor insuflada de ilusión se rompió después de volver a la realidad cotidiana, después de que María leyera la novela y descubriera los retorcimientos de mi mente. Siguieron unos meses duros, con momentos a veces tristes, a veces cargados de ira y rencor. Lo que vivimos en París quedó olvidado. Si no hubiéramos disfrutado de esos días de felicidad, quizás la caída no habría sido tan dura.

Me arrepentí de haber ido, porque mientras estuvimos allí, yo pensé en Enya, y después María adivinó la razón del viaje. Intenté reconfortarla, asegurarle que nunca había amado a nadie como a ella, pero me respondía con argumentos que yo no podía negar. Hasta que no lo escuché de su boca, no me di cuenta de lo que me había pasado. Los dos tratamos ese asunto como si fuera una infidelidad, que yo le acababa de confesar prometiéndole que se había terminado. Estábamos en la fase en que ella quiere perdonar al marido infiel, pero no lo logra porque pervive el sentimiento de traición y humillación.

—¡Esto es una locura! —estallé un día—. Estamos hablando de una obra de ficción. ¡Me lo inventé todo! Desde que me enamoré de ti, jamás he vuelto a estar con ninguna otra mujer.

—La cuestión no es que hayas estado con otra, la cuestión es que ¡quieres estarlo! A través de la escritura de esta novela has expresado tu infelicidad en nuestro matrimonio. ¡Eso es grave! —gritó ella a su vez.

—Soy feliz contigo. Siempre lo he sido, no te cambiaría por nada del mundo. No sé qué me pasó… Me aburrí de todo, quise probar algo diferente, pero ahora ya está. Volveré a la novela negra. Escribí esta para ti, pero… me salió mal.

—Te ha salido muy bien —musitó ella—. Eso es lo peor de todo: que a pesar de lo que me ha dolido leerla, es lo más maravilloso que has escrito. Al final ella te da lo que yo no pude darte…

—Eh, eh, no digas eso. —La abracé—. Se me fue la olla, ¿vale? Te tomé a ti y a mí y nos puse en una novela, vale, pero luego pasan cosas que no tienen nada que ver con nuestra vida; o sea, que ya no somos nosotros. La acabaremos de corregir, se la enviaremos a Núria, y nos olvidaremos del asunto.

Creo que lo conseguimos. Invertimos un par de meses en la novela que, como todas, mejoró en estilo y calidad después de pasar por el escrutinio de María. Y luego la metí en un cajón y no volvimos a hablar de ella. Superamos el bache y logramos encauzar nuestro matrimonio por el buen camino de la rutina sin sobresaltos. Reanudamos nuestras clases de bailes de salón, una afición que habíamos adoptado años atrás, cuando nos resignamos a la idea de que no tendríamos hijos y, como para consolarnos, quisimos ocupar el cuerpo y la mente en algo que nos uniera tanto como un nuevo ser creado por nosotros.

Nuestras relaciones sexuales fueron desde el principio atípicas. Al menos, no se asemejaban en nada a lo que yo había experimentado antes. La tan esperada noche de bodas estuvo casi exenta de erotismo. Yo llevaba tanto tiempo deseándola que cuando por fin obtuve la carta blanca deseé que se detuviera el tiempo. Me había acostumbrado a la forzada gratificación retardada y en el momento en que se terminó no me vi capaz de tomar el fruto que ya no era prohibido. Aun así, nos besamos y acariciamos, muy lentamente. Ella se dejaba hacer y pasarían aún meses antes de que, a instancias mías, tomara un papel más activo en el sexo. La penetré con sumo cuidado e hicimos el amor apenas sin movernos y sin alcanzar el orgasmo ninguno de los dos. Yo me detuve por el miedo a dejarla embarazada y me quedé dormido con el miembro todavía enhiesto en su interior. Por la mañana amanecimos abrazados y volví a amarla, esta vez con algo más de pasión.

—¿Te ha dolido? —susurré.

—No, eso no. No te ofendas, pero… no he sentido nada.

—Es normal. Las primeras veces no son espectaculares para la mujer, o eso me han dicho. Lo bueno es que lo podemos mejorar y ahora tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Nos dejamos llevar poco a poco, cada vez más seguros en la exploración de nuestros cuerpos. Yo dedicaba todos mis esfuerzos a darle placer a ella y eso se convirtió en una obsesión. La primera vez que tuvo un orgasmo casi lloré de felicidad y de pena al mismo tiempo. Ella me miró sorprendida y tuve la certeza de que nunca lo había experimentado antes. A partir de entonces me empeciné aún más en hacerla disfrutar para romper en todo lo posible las barreras de la represión sexual que todavía nos separaban.

Habíamos acordado que de momento no tendríamos hijos y seguimos a rajatabla el método del calendario. Cuando se suponía que María estaba ovulando, yo no dejaba de acariciarla y recorrer con mis dedos y mi lengua todo su cuerpo. Ella se resistía al principio; yo continué insistiendo, nunca forzando la situación pero sin rendirme. Al cabo de dos años me regocijé al pensar que le había ganado la batalla a Dios, la iglesia y el maldito borracho que la violó. Ahora al recordarlo debo admitir que llevan razón las mujeres cuando dicen que los tíos pensamos con la polla. O al menos, la usamos como instrumento. A mí me fue muy bien y, aunque costó, conseguí lo que

al principio se me había antojado imposible: disfrutar en la cama con mi mujer y no necesitar nunca a ninguna otra.

A los dos años de matrimonio feliz, María sacó el tema de los hijos: ya había llegado el momento de engendrarlos. Teníamos veinticinco y veinticuatro años respectivamente. No conocíamos a ninguna otra pareja de casados que fueran tan jóvenes. Miguel seguía sin novia, saltando de una a otra como ha hecho toda la vida, y así sigue. Otros sí estaban emparejados pero todavía no se habían empezado a casar y menos a tener hijos. Yo me consideraba todavía muy joven y no me veía capaz de asumir la responsabilidad de la paternidad. Lo cierto es que no quería ser padre. Estaba muy cómodo solo con María, no deseaba que nada cambiara. Así mismo se lo expresé, rogándole que esperáramos un poco más. Aceptó, pero al cabo de unos meses volvió a abordar el tema. Le pedí tiempo y empecé a buscar excusas: que no estaba preparado, que nuestra situación económica no era boyante y los gastos que suponía tener descendencia eran prohibitivos, que necesitaba afianzarme antes como escritor… Todo eran pretextos que me inventaba para salir del paso. La verdadera razón era que quería a María solo para mí.

—¿Tú no estás bien solo conmigo? —le pregunté.

—Claro que sí, pero ya hace dos años que nos casamos. Yo quiero tener hijos, siempre lo he sabido. Tú eres el hombre más maravilloso del mundo y deseo que seas el padre de mis hijos. ¿Cuánto tiempo más voy a tener que esperar?

—No mucho, te lo prometo. Dame solo un poco más para hacerme a la idea.

Ella me concedió ese tiempo, todo el que le pedí. Y pasó otro año. Yo continuaba en EMACSA pero me estaba planteando dejarlo. Mi segunda novela (la primera todavía no se había publicado) había vendido ya cien mil ejemplares, un éxito considerable para un autor desconocido, y la editorial me pidió que escribiera una continuación o incluso una serie. En ese tiempo no volvimos a hablar mucho del tema. Yo porque lo evadía en todo lo posible. Y ella porque le dolía; no supe ver cuánto hasta el día que le saltaron las lágrimas.

—Han pasado casi cuatro años desde que nos casamos —me dijo entre sollozos—. Mi madre no para de preguntarme cuándo van a ser abuelos.

Respiré hondo y apreté los labios, para no estallar. Busqué mi cajetilla de tabaco, aunque no podría fumar: María nunca me ha permitido hacerlo en casa, ni siquiera cuando todavía no estaba mal visto. Ya entonces solo fumaba en el balcón. No me considero un hombre muy visceral, creo que en general soy tranquilo. A ello contribuye mi afición por el tabaco y el alcohol que a mí, al menos, me relajan; no soy un borracho, aunque sí un bebedor. Pero si hay algo que me subleva es la presión social, y la que recibimos María y yo con el asunto de la descendencia llegó a ser insoportable, sobre todo para ella. Por un lado se veía agobiada por su madre, sus tías, el padre Carlos y hasta mi suegro, que también llegó a meter baza, y por otro tenía que enfrentarse a mi reticencia. Se encontró entre dos aguas en un asunto que a mi modo de ver era personal, íntimo, algo entre ella y yo. La sociedad no lo considera así, y la iglesia aún menos. María entró en un estado de melancolía provocado por las largas que yo le daba y la presión exterior.

—El padre Carlos me ha dicho hoy que tu negativa a tener hijos es motivo de nulidad del matrimonio —reveló ante mi silencio contenido.

—¿Qué? Yo no he dicho que no quiera tener hijos. Solo que esperemos…

—He esperado dos años más. Lo siento, Alberto, no sé si nos hemos equivocado en algo. Está claro que tú no quieres niños, yo sí. Deseamos cosas diferentes, aún estamos a tiempo de arreglarlo.

—¿Hablas en serio? Yo te quiero a ti, no necesito a nadie más.

Estaba dolido. No podía creer que María se planteara separarse de mí por ese motivo, que acaso fantaseara con conocer a otro hombre que sí le proporcionara unos seres a los que amaría más aunque ni siquiera existieran todavía. Me vi atrapado, como cuando éramos novios. Tener el amor de María parecía venir siempre con condiciones. La primera fue pasar por el altar. Ahora, para conservar su amor, tenía que satisfacer su instinto maternal. Sabía, siempre lo supe, que al final claudicaría, que por ella haría lo que fuera, y lo curioso fue que a los pocos días de esa conversación decidí que estaba preparado. Tendríamos hijos, si eso era lo que ella quería; cualquier cosa por volver a hacerla feliz. Y le aseguré que yo también los quería. Me había costado decidirme, pero por fin había llegado el momento.

Acababa de terminar mi tercera novela, y entre correcciones y borrones, nos pusimos a la labor de engendrar. Ese mes fornicamos como conejos, y la decepción fue mutua cuando María tuvo la regla como cada mes en que

habíamos puesto sumo cuidado para que no le faltara. En los meses siguientes, seguimos haciendo el amor con despreocupación, pero María no se quedaba embarazada. Yo me relajé un poco. Me había hecho a la idea de que en menos de un año seríamos padres, pero no me importaba esa tregua de un tiempo más. María, en cambio, empezó a obsesionarse y a sugerir nuevas tácticas. Los días que antes evitábamos a toda costa, ahora aprovechábamos para unir nuestros sexos. Pero durante el resto del ciclo, apenas me dejaba acercarme a ella: en algún sitio había leído que los espermatozoides serían más veloces cuanto más tiempo estuvieran retenidos. Con los meses, el buen sexo del que habíamos aprendido a disfrutar tan bien juntos perdió todo su aliciente y se convirtió en un deber.

Fue durante esa época, en que llegué a sentirme como un mero instrumento para contribuir a la perpetuidad de la especie, cuando caí en la cuenta de que había empezado a hablar con Dios. No de la manera en que lo hacía María —ella rezaba y le pedía cada día que le concediera lo que más deseaba en esta vida—, sino como a un enemigo, alguien que no paraba de interponerse en mi vida. Después de un año de intentarlo, María volvía a estar triste, y yo le echaba la culpa a ese maldito Dios. Yo me había doblegado a los deseos de su iglesia, pero ahora a él no le daba la gana de concedérnoslos.

—Primero eras tú quien me negaba un hijo. Ahora es Dios quien no quiere dárnoslo. No lo entiendo… no sé qué he hecho mal.

María sollozaba cuando hablaba así.

—Tú no has hecho nada mal y no quiero verte sentir lástima por ti misma, ¿me oyes?

Intenté controlar el tono porque mi rabia no era contra ella. Sin embargo, sus lágrimas, cada vez más frecuentes, estaban llegando a desesperarme. Ella no dijo nada, así que escogí el momento para dar voz a algo que me rondaba la cabeza desde hacía semanas:

—¿Quieres que vayamos al médico? Podemos hacernos pruebas. Estoy seguro de que el problema es mío. La cerveza está amodorrando a mis espermatozoides.

Ella rio, todavía entre hipidos. Había conseguido hacerla sonreír, y sentí nostalgia de nuestros primeros años. ¿Por qué no podíamos haber seguido siempre de aquella manera? Nadie dijo que el matrimonio fuera a ser fácil:

nada permanece igual, todo fluye. Siempre lo había sabido y aun así, me sentía algo decepcionado.

—No quiero ir al médico.

Esas palabras me produjeron un gran alivio. Lo último que yo deseaba era someterme a las interminables pruebas médicas que me harían sentir como una rata de laboratorio y pondrían en entredicho mi capacidad de procrear y acaso mi masculinidad. Lo habría hecho solo por ella, aunque temiera que me abandonara si el elemento defectuoso resultara ser yo. Esperé en silencio a que añadiera algo más. Ella se enjugó las lágrimas resueltamente, levantó la barbilla para mirarme a los ojos y continuó:

—No vamos a hacer nada. Se acabó. Llevamos cinco años pendientes de los ciclos de mi cuerpo, y de repente me he dado cuenta de que ha sido una gran equivocación. Teníamos que haber dejado a la naturaleza actuar libremente desde el principio. No somos nadie para decidir si tiene que haber vida o no. No somos Dios. Él decide y si su deseo es que no tengamos hijos, pues que así sea.

Suspiré hondo para no contradecirla. A veces me cuesta creer que hayamos conseguido compaginar la armonía y el respeto mutuo con unos valores y maneras de ver la vida tan dispares.

—Sé que para ti tampoco ha sido fácil y te pido perdón —prosiguió ella —. Hemos descuidado el cariño. Ha sido culpa mía. Un hijo debería formarse como fruto de nuestro amor, no como algo forzado.

—Estoy de acuerdo —dije abrazándola y, después de un largo rato, añadí —: Gracias.

No creí que ahí fuera a acabarse todo. De hecho, temía que María propusiera que adoptáramos o algo parecido, pero no lo hizo ni entonces ni nunca. A mí no me habría gustado adoptar y de nuevo habría sido algo a lo que hubiera accedido a regañadientes. Ella había sido sincera, como siempre: se olvidó del tema que la había estado angustiando durante tanto tiempo y nuestra relación volvió a ser como al principio. Me sentí tan feliz y afortunado que un día, caminando por el parque de Los Patos como hiciéramos antaño, dirigí la mirada al cielo y pensé: «Gracias, cabrón. Te debo una».

Una noche reunimos a nuestros respectivos padres y hermanos para anunciarles que por lo visto no podíamos tener hijos y que estábamos hartos de su insistencia y preguntas indiscretas. Fui yo quien propuso esa reunión,

por supuesto; María se negó, pero me puse firme y poco después me lo agradeció. Nunca más un familiar o amigo nos ha vuelto a importunar con sus pesados comentarios de buena fe.

El resto de nuestra vida juntos no ha sido todo rosas y vino, pero después de esa primera crisis volvimos a disfrutar de unos años muy buenos, que coincidieron con mi gran éxito profesional a raíz de ganar un prestigioso premio literario.

Ahora los lectores se están olvidando de mí. Hace cuatro años que no les ofrezco nada nuevo. Me siento débil, paralizado, sin capacidad de reacción. María y yo superamos otra crisis, la que surgió a raíz de la novela que no tiene título, la que lleva casi un año encerrada en un cajón.

Ayer volvió a llamarme Núria. Su tono delataba la impaciencia que ya no puede contener:

—Cristina me está presionando. Hace dos años que le hablé de tu nuevo trabajo y todavía estamos esperando. ¿Qué pasa, Alberto? Me dijiste hace mil años que ya la habías terminado.

Le di largas, como llevo haciendo durante meses. Le prometí que pronto se la entregaría, que me concediera un poco más de tiempo. Me sorprende mi propia mezquindad. Sé que miento y que esa novela no llegará nunca a sus manos, quizás no vea nunca la luz, quizás nunca nadie la lea.

Me resisto a sacarla del cajón porque algo muy extraño está ocurriendo: todo lo que me inventé, lo que no tiene nada que ver con nuestra vida y por tanto se aleja de todo lo que somos María y yo, ha empezado a suceder, como si de un oráculo se tratara. La realidad está copiando a la ficción, pero esta ficción no la ha visto nadie más que yo, porque la he creado yo.

Y María.

Y Dios.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Como era de esperar, el día siguiente de mi ruptura con Patrick me levanté cuando el sol ya se iba hacia poniente con un dolor de cabeza horrendo y los ojos hinchados.

Patrick no estaba, había tenido la dignidad de marcharse sin despertarme y sin una nota. Me alegré; a pesar de la resaca, mi resolución de la noche anterior seguía firme. Tenía la sensación de que todo había ocurrido no solo el día anterior sino hacía mucho más tiempo. Decidí que eso era señal de que ya había pasado página y volví a maravillarme de no haberme dado cuenta antes de lo equivocada que estaba. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Supuse que eso era el amor: ciego, como dicen.

Me llamó, no recuerdo si esa misma tarde o al día siguiente, solo para comprobar cómo estaba. Nunca me había visto beber tanto, dijo, y le había preocupado, pero yo estaba tan rebelde que no se había atrevido a pararme los pies.

—Pensé que no te conocía —concluyó.

—Es que no me conoces —respondí yo, enigmática—. Nadie conoce a nadie, no somos tan sencillos. Contigo yo no he sido yo, he sido lo que tú esperabas que fuera; siempre había esa parte de mí que tenía miedo de salir. Eso se acabó. Tengo que recuperar un poco de mi vida, tener mis propios amigos y aficiones, dedicarme más a mí misma y no a ti.

—En eso no has cambiado.

—¡En eso sí he cambiado! —exclamé furiosa. No iba a permitir que me acusara de egoísta nunca más.

—Vale, perdona. No quiero volver a discutir. Voy a dejarte tranquila unos días, para que reflexiones, y otro día volvemos a hablar con más calma.

—Ya no hay más que hablar. Te lo dije ayer, Patrick, hemos terminado.

—Bueno, te dejo. —Suspiró—. He puesto una caja de Alka-Setzer en tu mesita de noche, es lo mejor para la resaca. Te llamaré el jueves.

No me lo podía creer: le acababa de decir que se acabó y él insistía en que me llamaría. Pero yo tampoco tenía ganas de discutir. Además, ya había visto la caja de las pastillas, todavía con el precinto, sin abrir. Días antes él me había pedido una, pero yo no tenía. Esa mañana, mientras yo aún dormía, debía de haber ido a comprarla para que yo la encontrara al despertar. ¿Estaba intentando hacerme sentir culpable o era él quien se sentía así?

Esa misma tarde se lo conté todo a Nancy. Ella me escuchó como una verdadera amiga y cuando terminé, respiró aliviada.

—Lo vas a pasar mal, pero yo, que lo veo desde fuera, no sabes cuánto me alegro. Soy tu amiga y me duele ver cómo descuidas tu carrera y tus amigos por un hombre posesivo y controlador como ese. Lo siento, no puedo aguantarme más, eso es lo que es. —Levantó una mano cuando vio que iba a quejarme; yo podía llamarlo así pero no me gustaba oírlo en boca de nadie más—. Por otro lado, no creo que vaya a dejarte escapar así como así. Vas a tener que ser fuerte. Yo te ayudaré.

Nos abrazamos, yo luchando contra las lágrimas una vez más, y cuando terminamos de hablar, nos pusimos a ver una vieja película acurrucadas en el sofá con un gran bol de palomitas de maíz.

Esperé unos días antes de visitar a Anne y John con la intención de despedirme. Para entonces nuestra relación ya era estrecha, no sospeché entonces que a partir de ese día lo sería aún más. Nos sentamos los tres a tomar el té en la misma terraza junto al jardín que habíamos ocupado Anne y yo la tarde que los conocí a los dos.

—He dejado a Patrick —anuncié sin preámbulos.

John frunció los labios y negó con la cabeza. Anne suspiró. Esperaron a que yo dijera algo más. Las lágrimas que empezaban a agolpárseme en los ojos me lo impidieron.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Anne.

—El sábado pasado. No he venido a veros antes porque tenía que repensar mi vida.

—Ayer vino él. Me extrañó, nunca aparece sin ti. Pero ahora lo entiendo, quiso averiguar si tú ya habías estado. Me interesé por ti, claro, y me dijo

que estabas muy ocupada con tus estudios, ya queda poco para el final del curso.

—Es verdad, debo esforzarme mucho o me echarán del máster. Entonces tendré que irme; sin el visado de estudiante no puedo seguir en el país. Pero tengo que acabar lo que he venido a hacer.

—Le dije que vinierais a cenar mañana. Los dos. No me aclaró que ya no estabais juntos.

—No vendré, Anne. Se acabó. Siento como que mi vida no es mía, como que ha anulado mi personalidad. No puedo seguir así.

Anne me abrazó y entonces ya sí que me abandoné al llanto. Por el rabillo del ojo veía cómo John se revolvía en su silla, incómodo con la situación.

—Lo siento, lo siento tanto —musitó ella—. Nada de esto es tu culpa. Patrick tiene que ver a un psicólogo.

Anne había dicho eso muchas veces. Yo siempre había pensado que exageraba. A mí eso de ir al psicólogo nunca me había parecido la necesidad que ahora veo que tiene la gran mayoría de gente, pero es que yo siempre había convivido con una psicóloga, primero mi madre, ahora Nancy. No había caído en que el resto del mundo tiene que salir de casa y pagar dinero por ver a una.

John también había puesto los ojos en blanco cada vez que Anne había salido con esas, pero ahora, por primera vez, dijo:

—Creo que Anne tiene razón.

—No sabes la discusión que tuvo con su padre el domingo —continuó ella—. Quizás también por eso vino ayer, para hacer las paces, pero John no estaba.

—¿Qué pasó el domingo?

—Nada, no tiene importancia. No líes más las cosas, Anne, no debería habértelo contado.

Anne lo ignoró como si ya no estuviera con nosotras en la terraza. Él se levantó y se metió dentro de la casa.

—John fue a verlo. Yo nunca lo hago, ya lo sabes. Ya sé cómo es de particular mi hijo, si no nos invita a su casa, nosotros no vamos. Pero John se presentó, como hace a veces, sin llamarlo antes. Tú no estabas con él, pero aun así debió de cogerle en un mal momento. Se puso como una furia,

solo porque no le había avisado. Le habló como un maníaco; John dijo que parecía incluso que estuviera drogado… ¿Tú no sabes si toma algo?

—No, qué va. Patrick es antidrogas total, bueno, al menos las ilegales. De hecho, Patrick jamás haría nada ilegal.

—Menos mal. Entonces eso queda descartado. —Suspiró aliviada—. John se asustó mucho. No conseguía decir ni una palabra. Patrick le ametrallaba con las suyas y le dijo unas cosas horribles: que siempre estábamos interfiriendo en su vida, poniéndonos de lado de sus novias en vez de ayudarle a él, su hijo, que nosotros le habíamos arruinado la infancia y ahora le estábamos arruinando su vida amorosa, que le habíamos comido el coco a Joanna y ahora a ti… John intentó defenderse pero entonces Patrick lo empujó. ¡John llegó a temer por su vida!

—Anne, vosotros no me habéis comido el coco. Yo ya sé cómo es Patrick. En casi dos años prácticamente he vivido con él, ¡no he hecho nada más!

—Ya lo sé, pero John se sintió mal. Es verdad que nuestro hijo es él y le hemos defraudado.

—¿Por qué no le proponéis vosotros que vaya a terapia?

Anne desvió la mirada y no contestó. Entonces supe que ellos no lo harían jamás. No se atrevían, porque le tenían miedo. El mismo miedo y abandono que Patrick debió de sentir por un padre irascible y agobiado de trabajo y una madre que proyectaba la aversión por su marido en sus dos hijos varones lo sentían ahora ellos por el hijo.

—A nosotros no nos hace caso —musitó Anne después de un incómodo silencio—. No nos respeta. Teníamos la esperanza de que contigo cambiaría, de que a ti sí te haría caso.

—A mí tampoco me hace caso, aunque le mencioné lo del psicólogo, el sábado. Quizás lo haga —dije sin mucha convicción.

No debería haber ido a verles, pensé. No debería haber dejado que se convirtieran en mis padres. ¿Pero qué otra opción había tenido cuando Patrick me había dejado tirada? Si no hubiera sido por ellos, no habría sobrevivido, habría sucumbido a una depresión, eso lo tenía muy claro. Pero ahora que yo me retiraba, volvían a quedar ellos solos: los padres que aceptaban al hijo porque no tenían más remedio, porque a pesar de que lo temían, lo querían, pero no eran capaces de ayudarlo. Y Patrick seguiría solo consigo mismo. Qué difícil debía de ser eso. Entonces sí, sentí una

enorme compasión por él; siempre me pasaba cuando iba a su casa y veía al niño de pelo rubio y largo de las fotos, con rasponazos en las rodillas y agujeros entre los dientes.

Durante el mes y medio siguiente mi vida continuó sin sobresaltos. Patrick no aceptó nuestra ruptura y yo no conseguí mantenerme fuerte, no después de haber visitado a sus padres y haber comprendido que él solo me tenía a mí. No conseguía borrar su imagen de niño falto de cariño, y su necesidad de mí no hacía más que acentuar esa impresión.

Me pidió que me casara con él y me regaló un anillo de compromiso con un diamante solitario. No pude evitar pensar en Joanna cuando me dijo por teléfono que ella era su prometida. Ahora lo era yo, porque acepté el anillo y lo acepté a él, una vez más. Siempre me he preguntado si mi flaqueza tuvo algo que ver con los cambios hormonales que se estaban produciendo en mi cuerpo, o fue casualidad que en vez de dejar al hombre que me torturaba emocionalmente y que había engendrado a la criatura que llevaba dentro, decidiera ayudarlo.

Así que continuamos viéndonos, pero algo había cambiado. Por primera vez, yo llevaba el mando de la relación. Después de muchas llamadas, ruegos, perdones y la pedida de mano de rodillas, accedí a darle otra oportunidad, pero con condiciones: una, que viera a un psicólogo, y dos, que aceptara que yo tuviera otras amistades, incluidos hombres.

Tuve la confirmación de que estaba embarazada justo ocho semanas después de aquel sábado fatídico. Solo entonces hice un esfuerzo de memoria y repasé cada momento de aquella noche. Y volví a sentir rabia contra Patrick. Hice cálculos y llegué a la conclusión de que tenía que haber sido aquella noche, pero… ¿era posible que Patrick no hubiera usado un preservativo? Jamás lo hacíamos sin uno, en eso éramos los dos muy meticulosos. Solo había una manera de averiguarlo: me enfrenté a él.

—No, no usé. —Sabía que era inútil engañarme, si yo le preguntaba era porque ya tenía la evidencia de que no había tomado precauciones—. Teníamos planeado pasar la noche en mi casa. No llevaba condones encima y pensé que por una vez no pasaría nada: hacía poco que habías tenido la regla.

—No hacía poco que había tenido la regla. Hacía dos semanas.

—Ah, pues me pareció que hacía menos.

Lo dijo como quien no quiere la cosa, y me atrajo hacia él para abrazarme y besarme el cuello.

—Estoy embarazada.

Patrick se detuvo en seco, tal como yo había esperado, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos no fue sorpresa o aturdimiento lo que vi en ellos sino triunfo. Sonrió y me abrazó de nuevo, pero yo no fui capaz de corresponderle. Sentí un pánico aterrador.

—No he dicho que vaya a tenerlo —espeté.

—Estás enfadada —murmuró él en mi oído.

—Enfadada es poco. ¡Estoy cabreadísima! Tendrías que haber usado un condón. Había en el cajón de la mesita de noche.

—No lo pensé.

—No me mientas, Patrick. No soy tan idiota. ¡No soy Joanna! Claro que lo pensaste, tú siempre estás pensando. Sabes dónde guardo los condones, sabes que no tengo Alka-Setzer, ¡sabes cuándo estoy ovulando incluso mejor que yo!

—¿Me estás acusando de planear tu embarazo? ¿Tan maquiavélico crees que soy?

—Sí, eso creo —dije, y de repente sentí gran lástima de mí misma y del bebé que llevaba dentro—. Y eso de ir al psicólogo, ¿qué? ¿Ya lo has olvidado?

—¿Por qué tanta insistencia con eso? ¿Crees que estoy loco?

No había hecho nada por ir a terapia. En realidad no creía tener ningún problema. Me había asegurado que se iba a «portar bien», y me había llorado y suplicado muy arrepentido, pero una vez asegurada de nuevo una plaza en mi corazón, se había vuelto a relajar y ser quien era: un hombre enfermo que se negaba a admitirlo; para él los imperfectos éramos el resto.

Me deshice de su abrazo y me dejé caer en el sofá, abatida. Estaba atrapada, cada vez más. ¿Por qué había sido tan idiota de aceptar su propuesta de matrimonio?, pensé. Ah, sí, porque lo quería y había decidido ayudarlo, porque solo me tenía a mí, y yo, con el apoyo de un profesional, iba a curarlo. ¡Qué ingenua era! John y Anne alucinaron cuando supieron la noticia, aunque ya debían de estar acostumbrados: con Joanna había pasado más o menos lo mismo, hasta que Patrick se cansó por fin de ella. Aun así, hicieron el papelito, claro, dijeron sus «*Congratulations!*» y «*We’re so*

happy for you!». A mí me abrazaron, a él no, habría sido raro e incómodo para todos.

—Enya, no te voy a engañar: me alegra esta noticia. Te quiero y me encantaría ser el padre de tus hijos. Tengo dinero, mi propio negocio, una casa ya pagada, sin hipoteca, seguridad financiera… Solo me faltas tú para ser feliz, una familia, niños, un perro y un gato si tú quieres. El sueño americano…

—Pero y lo que yo quiero, ¿qué? Yo quiero ser editora, descubrir la próxima gran novela americana, de un autor joven y novel por el que nadie apueste pero que gracias a mí ganará el premio Pulitzer… ¡Yo también tengo sueños! Y todavía soy muy joven, no entraba en mis fantasías estar cambiando pañales y tener la cena preparada para cuando mi marido vuelva de trabajar. ¡Tú has vuelto a decidir mi futuro sin consultarme!

—Lo que te iba a decir antes de que me interrumpieras —dijo Patrick con tono de impaciencia— es que yo quiero al niño, pero la decisión final es tuya. Es tu cuerpo y tú decides. Te apoyaré hagas lo que hagas. Termina el máster, si quieres, encuentra a ese escritor que se hará famoso en el mundo entero gracias a ti, y entonces verás que al final todo eso es lo de menos: la fama, el dinero… eso no trae la felicidad. Lo sabe todo el mundo; sin embargo, se empeñan en perseguirlo. Si no es este bebé, ya tendremos otros.

—Y si decidiera no tenerlo, ¿no me lo echarías en cara toda la vida? ¿No me considerarías egoísta?

No pude evitar el tono sarcástico, pero Patrick tuvo la decencia de no contestar. Los dos sabíamos que si yo abortara él no me lo perdonaría jamás y me castigaría durante el resto de nuestra vida juntos, por muchos otros niños que tuviéramos después.

Claro que pensé en deshacerme del bebé y de él, aunque fue una idea fugaz. A pesar de todo, lo quería, y ahora llevábamos semanas muy bien juntos, tan bien que no habíamos vuelto a hablar de su visita al psicólogo hasta ese día. Él nunca había tenido la intención de ir, solo cuando temió que me perdía hubiera accedido a cualquier cosa con tal de retenerme.

En cuanto al bebé, mis sentimientos eran contradictorios. Hacía dos días que me sabía embarazada y no había parado de pensar en eso, en que una nueva vida crecía dentro de mí. Y había sido algo tan fácil de hacer —sobre todo para mí, que había estado semiinconsciente— que me parecía un

milagro maravilloso de la naturaleza. No pude resistir la tentación de buscar vídeos en YouTube para ver con mis propios ojos lo que estaba ocurriendo en mi interior. Y entonces decidí que tendría el bebé aunque tuviera que abrirme camino sola. Entonces aún no había comprendido que Patrick lo había planeado todo. Después del enfado inicial, sin embargo, me di cuenta de que él me lo ponía todo en bandeja: me ofrecía matrimonio y estabilidad económica; solo me pedía que fuera la madre de su hijo.

—Está bien, pero no voy a dejar el máster —dije sin darme cuenta de que estaba siguiendo el hilo de mis pensamientos sin haberle hecho antes a él partícipe de ellos—. El bebé tiene que nacer en febrero, así que tendré tiempo de completar un semestre antes de Navidad. Después puedo hablar con los profesores para que me concedan una prórroga durante unos meses.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió él.

Me besó en la frente y me estrechó en sus brazos. Esa era otra de sus frases que se me han quedado grabadas de tantas veces que me la decía: «*Your wish is my command*», aunque nunca era cierta.

Después salimos a celebrarlo con una cena romántica. Y al día siguiente fuimos a ver a sus padres para darles la noticia. Les dijimos que el embarazo no era planeado —solo una media mentira— pero que estábamos muy contentos. Ellos quedaron perplejos; Anne me miró de manera inquisitiva, no acabando de creer un desliz así. Sin duda se preguntó cómo me las había ingeniado para engañar a Patrick de esa manera, a él que no se le escapaba el más mínimo detalle de nada; por otro lado no entendió qué interés tenía yo en quedarme embarazada. Ese día no tuvimos ocasión de hablar a solas, pero algunas semanas más tarde, mientras yo intentaba salir de un pozo cada vez más hondo, me lo sonsacaría todo.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, enero de 2014

Estoy acabado. Si no tuviera la certeza de que todavía voy a disfrutar de una felicidad tan intensa como poco duradera en este valle de lágrimas que es la vida, pondría hoy mismo el punto final a todo. Pero eso lo hará ella. Está escrito y así es como debe ser. A mí no me cabe más que esperarla.

Hace dos meses que enterramos a María y no sé cómo explicar lo que siento. Nunca en mi vida he llorado tanto. Cada madrugada caigo dormido en un rincón distinto del piso, vestido y borracho, y despierto cuando el sol ya ha pasado del cénit. Confuso, me pregunto qué hago ahí, dónde está María, por qué tengo un cenicero rebosante de colillas a mi lado… Entonces vuelve a abofetearme la realidad y siento un intenso dolor en el pecho que creo que me va a matar, aunque ya sé que no es así cómo voy a morir. La resaca y el estómago revuelto hacen que me arrastre por el suelo en busca de la caja de pastillas para la acidez. Si no he vomitado ya durante la noche, lo hago entonces.

Anoche volví a comer pizza. Lo sé porque aquí están los restos para recordármelo: solo faltan dos triángulos, de manera que parece un comecocos. Más tarde descubro uno de los pedazos en el suelo, con solo dos mordiscos. He perdido mucho peso, no sé cuánto, quizás seis o siete kilos. Tengo que ponerle remedio a todo esto. Sé que pronto lo haré. Cada noche me lo propongo, pero inevitablemente sucumbo al sopor que me brinda el alcohol y en el que encuentro algo de consuelo. No ahogo mi pena —eso se me antoja imposible— pero sí consigo hacer callar un poco el sentimiento de culpa que me carcome las entrañas. Aprieto los puños con fuerza y deseo con toda mi alma echar el tiempo atrás, rebobinar, dar miles de vueltas a la Tierra en el sentido opuesto al suyo como hiciera Superman para revivir a Lois Lane… Nunca antes había sabido lo que es de veras el arrepentimiento. Es esto: desear volver atrás en el tiempo, haber sabido entonces lo que sé ahora, haber sido un poco más consciente de las

consecuencias de mis actos, haber tenido la malicia de sospechar que Dios se iba a vengar de mí, que me iba a castigar…

Miguel es un buen amigo, siempre lo ha sido. Ha venido a verme a menudo. Bebemos juntos y hablamos de María. Es decir, yo hablo de María y él me escucha. Rememoro viejos tiempos y nos reímos. Sobre todo le hablo del principio, cuando me enamoré de ella. Nunca me olvido de darle las gracias por habérmela presentado. Solo hace dos meses que ya no existe y ya la estoy idealizando como a una diosa. María tenía defectos, claro, pero incluso en vida a mí me costaba verlos. A Miguel le había llegado a molestar mi devoción por ella, pero ahora tiene la delicadeza de callar y aguantar mis peroratas con una paciencia que no sabía que tenía. Aun así, se incomoda cuando no hago nada por controlar mis lágrimas.

—Tienes que salir de esta, tío —me dice.

Yo le aseguro que lo haré. Él se tranquiliza, pero yo ya estoy tan borracho que no puedo callar más a esa odiosa culpa que aflora por todos los poros de mi cuerpo.

—Fue un accidente, tú no tuviste la culpa —me recuerda él.

Como si yo no lo supiera ya de sobra.

Pero Miguel no tiene constancia de todo. Ni siquiera en lo más profundo de mi embriaguez he tenido la tentación de contárselo. No me creería. Quizás sugeriría que me he vuelto loco y hablaría con mis padres para que me ingresaran en un psiquiátrico. Como si no tuvieran ellos suficiente con lo que les ha caído. No saben cómo actuar con un hijo que se les ha quedado viudo, tan jóvenes que éramos los dos, y sin niños. Nada más les falta que encima el hijo se vuelva loco.

Mi madre me llama constantemente, pero la mitad de las veces no le cojo el teléfono. Las primeras semanas se presentaba en casa sin avisar, con envases de comida que han ido acumulándose en la nevera. Tuve que prohibirle que siguiera haciéndolo. Se puso a llorar y la abracé, la consolé y le prometí que no debía preocuparse por mí, que todo saldría bien. No sé desde cuándo soy tan mentiroso, quizás mi profesión de escritor me haya hecho así. Siento tanta lástima por mis padres… Imagino que sobrevivir a un hijo debe de ser lo peor que le pueda pasar a un padre o una madre; no es ley de vida, aunque le ha pasado a muchísima gente, demasiada. Al menos a mí eso no me sucederá, ni siquiera llegaré a conocer a mi hija.

Mi padre no dice nada. Un abrazo en el entierro, eso fue todo. Él adoraba a María, como yo y como mi madre, como todo el mundo que tuvo la dicha de conocerla, pero ya nunca más volverá a nombrarla. Me da más pena que mi madre. Ella al menos habla con sus amigas. Él calla y yo me pregunto a qué pozo van a parar todas las emociones que sentimos los hombres y que la educación nos hace reprimir para aparentar una fortaleza varonil que no existe, que no es más que una coraza que nos aísla y recluye a cada uno en nuestra propia soledad. Mi padre y yo hemos estado sentados uno frente al otro, solos, y no hemos sido capaces de expresar nada. El dolor y la pérdida que compartimos se quedan encerrados en cada uno de los dos. Yo tampoco puedo sacarlos. Él no me enseñó a hacerlo porque no sabe. Me enseñó lo que a él le enseñó su padre: a ser un hombre. Y los hombres no lloran. Solo por dentro. Qué pena.

El accidente ocurrió tal como yo lo había descrito. Ahora mismo soy el único que conoce la existencia de ese episodio, que sigue descansando en un cajón y en el archivo de mi ordenador, y que lleva ya dos años escrito. Podría destruir la novela, pero a estas alturas ya es inútil, y sé que eso no cambiaría nada.

Sucedió en el camino de regreso de Madrid, un lunes por la mañana, en pleno día, a pleno sol y sin apenas tráfico. La editorial me había pedido que asistiera a la presentación de la primera novela de una joven promesa en la literatura negra española y pronunciara unas palabras de introducción. Hacía tiempo que no me convocaban a un acto así y me había acostumbrado a que tanto Cristina como Núria me dieran ya por perdido. Solo me faltaba comunicar pública y oficialmente que me retiro de la literatura, algo que no hago para no atraer más atención hacia mi persona. Entendí que mi presencia y mis palabras allí eran para dar un empujón de publicidad al joven escritor, que me confesó haber leído todas mis novelas y ser gran admirador mío. Semanas antes nos había llegado a casa un ejemplar de su novela con la petición expresa de escribir unas líneas de elogio para la banda. No hacía falta leerla, aunque María sí lo hizo, y me dijo:

—Ya te han sustituido.

Ella escribió las palabras requeridas y firmó con mi nombre, como en muchas otras ocasiones. También redactó mi pequeño discurso. Yo solo di la cara. No es que me hubiera convertido en un vago de la noche a la mañana, sino que estaba harto de pertenecer a ese mundo. Llevaba años

intentando desentenderme, y solo María insistía en que debíamos seguir en él porque de eso comíamos. Ella siempre fue mucho más pragmática e inteligente. Yo no he sido más que un soñador que de no ser por ella no habría llegado a nada en la vida. Seguramente habría dejado de escribir a los pocos años de ir acumulando rechazo tras rechazo, y habría probado alguna otra empresa que habría fallado igual por carecer de profesionalidad. María vio desde el principio la literatura como lo que es: un negocio, el nuestro. No bastaba con contar una buena historia (lo único que yo sabía hacer), sino que había que escribirla bien y luego venderla bien. Por eso a veces era necesario hacer el papelito ante las cámaras y los micrófonos de los periodistas.

«Me recuerda a ti hace veintiocho años», me dijo del nuevo escritor, mi sustituto. Y le quiso ayudar, como hacía siempre que adivinaba en alguien talento y ganas de trabajar, como continuaba haciendo con sus alumnos. Y como para mí lo más importante de mi vida, por encima de los libros, el prestigio, los premios literarios y el reconocimiento de los lectores, fue siempre María, accedí a ir a Madrid.

La presentación fue el sábado por la tarde en el Fnac de Callao. Hablé de la novela sin haberla leído, pero seguro que nadie se dio cuenta: María me la había resumido con pelos y señales y me sonreía desde la primera fila de sillas alineadas frente al estrado, como para insuflarme ánimos, aunque no los necesitaba, pues ya estaba muy habituado a las presentaciones y a hablar en público. Lo que cada vez me costaba más llevar era esa máscara de falsedad. No deseaba escribir ni una línea más para complacer a la editorial, pero al negarme, lo había hecho María por mí.

Después de la presentación, Cristina (la que fuera mi editora y ahora lo es del joven escritor), el joven escritor, su novia, María y yo fuimos a cenar unas tapas. Pagué yo, insistí. La editorial no iba a hacerlo, ya se sabe, con la crisis… Y el joven escritor todavía no puede permitirse vivir de sus letras, quizás nunca lo consiga, tal como van las cosas. No está bien decirlo, pero con esta novela no ha cobrado ni tres mil euros de adelanto, y después de los impuestos no le va a quedar ni para la tinta de la impresora. Tenía razón María: se parece en algo a mí a mis veintidós años, aunque él tiene treinta, pero parece que ahora tardan más en espabilarse.

Ellos dos se pasaron toda la noche conversando, María interesándose por sus planes de futuro y nuevos proyectos. Yo hablé más con Cristina, sobre lo inevitable: la crisis, la piratería, la invasión del libro electrónico y la

competencia de la autopublicación propiciada por Amazon. Mientras, miraba de soslayo a la novia del joven escritor y me preguntaba qué veía en ella: no tenía ningún interés por los temas literarios, que evidentemente le aburrían. No era como María.

Al despedirnos pequé de soberbia. Quizás debería haberme contenido, pero ni pude ni quise. Tomé al joven escritor del brazo y, apartándolo a un lado para que no nos oyeran las mujeres, le susurré al oído:

—La chica debe morir. Búscate a una que lea.

Me miró sorprendido y por un instante me pareció que iba a soltarme un exabrupto. Pero le pudo su admiración por mí. Además, no estaba enamorado, menos mal. Por si acaso, me apresuré a añadir:

—Es una manera de hablar, ya sabes, gajes del oficio. Una mala compañera puede perjudicar tu carrera. Si no tienes la suerte de encontrar una como la mía, mejor estar solo.

—María es genial. Gracias por tu consejo —me respondió por fin.

Le di un apretón amistoso en el hombro y me sentí viejo pero con la satisfacción de haber contribuido al futuro éxito del joven escritor. Fue el mejor consejo que he dado jamás a un colega.

Ya que estábamos en la capital, aprovechamos para pasar allí todo el fin de semana. El domingo por la mañana fuimos a pasear por el parque del Retiro y por la tarde al cine. Ahora me alegro tanto de que nuestro último día juntos fuera así, como cuando éramos novios, ese poco tiempo que lo fuimos, y paseábamos tanto por los Jardines de la Agricultura, e íbamos al cine. Vimos *El gran Gatsby*. Desde entonces no he vuelto a ver nada en la gran pantalla porque ahora dejo que mis horas se vayan consumiendo en casa, donde sí me trago película tras película. Estoy más cómodo en mi sofá, y además, en los cines no se puede beber ni fumar.

El lunes desayunamos sin prisas en el hotel y salimos de la ciudad hacia las diez. Después de dos horas durante las cuales apenas cruzamos palabra, tuve, de repente, una terrible premonición. Hacía ya tanto tiempo que no pensaba en la novela ni hablábamos de ella, que hasta ese preciso instante en el que yo conducía y María dormitaba a mi lado, no se apoderó de mí la vívida sensación de haber experimentado eso antes. O lo que es peor: haberlo escrito.

De repente me fijé en los camiones. Ya los había visto, pero no les había prestado atención porque esa carretera la había tomado otras veces antes y la presencia de tantos camiones en ella era normal. Solo entonces empecé a repasar los acontecimientos de la mañana, de todo el fin de semana, y poco a poco sentí como si un puño me aferrara el corazón y me lo estrujara con fuerza.

—¡María, María, despierta! —La zarandeé con la mano derecha sin despegar los ojos de la carretera.

—¿Qué pasa?

—¡Tengo miedo, tengo miedo! —grité como un niño.

—¿Por qué? ¡Alberto, cálmate!

—¡La novela! ¿Te acuerdas de la novela?

—Sí. ¿Qué pasa con la novela?

Me calmé un poco. Esa conversación con María, segundos antes del accidente, no la había escrito y sin embargo estaba pasando. ¿Podía ser que lo otro hubieran sido casualidades y ahora me estuviera volviendo paranoico? Pero la presentación de un escritor novel en Madrid, la cena de tapas, mi consejo… todo eso estaba escrito en la novela y hasta entonces no había caído, no me acordaba. Otros pequeños detalles de nuestra vida se habían cumplido. Tonterías sin importancia pero que, al hacerse realidad, decidí cambiar en la novela, pues no quería que fuera autobiográfica. Por ejemplo, un incidente con un periodista. En la novela decidí que Carlos, el escritor, harto de que se publicaran tantas entrevistas en las que sus palabras aparecían tergiversadas o sacadas de contexto, demandara a un periódico por difamación. La noticia llegaría a ojos de Enya, que hasta entonces no conocía a Carlos o no le había prestado mucha atención, y eso provocaría que se leyera un par de sus novelas, se interesara por él y decidiera entrar en contacto. Quién me iba a decir que el año pasado me iba a pasar exactamente lo mismo. Me hicieron una entrevista a raíz de la reedición de mi novela *El color del crimen*, que cumplía diez años, había ganado un par de premios y ha sido la que más ejemplares ha vendido. Disfruté de la charla, de casi dos horas, en las que tocamos temas actuales como la vergonzosa situación política de España, el papel de la literatura en la sociedad, la búsqueda de la felicidad o el calentamiento de la Tierra, y de pasada, la novela. El artículo que apareció una semana más tarde en el suplemento de uno de los periódicos más leídos del país me hizo enrojecer

de rabia y humillación. Nada de lo que yo dije se publicó textualmente, sino mezclado, como si todas mis frases se hubieran cortado en tres partes y se hubieran vuelto a combinar para crear otras estúpidas y sin sentido. De inmediato llamé al diario para quejarme, y mientras me hacían esperar, resolví redactar una carta de queja y reclamación, con la amenaza de la demanda. Antes, sin embargo, abrí el archivo de la novela y eliminé toda esa parte. Decidí que Enya se fijara en Carlos a partir del eco que los medios hicieron del trágico accidente del escritor y su esposa. Había modificado en el ordenador otros pequeños detalles que se habían ido cumpliendo y poco a poco empecé a tener dos versiones de la novela: la impresa que descansaba en el cajón y la del fichero de mi ordenador, que además guardaba en la nube cibernética.

—Escribí esta escena en la novela, María, ¿no te acuerdas? —dije con un hilo de voz, las manos fuertemente agarradas al volante, los ojos tan abiertos que empezaban a secárseme, y el pie de repente levantado del acelerador.

Noté la mano de María en mi brazo y, aunque nunca llegué a ver su expresión, sé cómo fue, porque ya la había descrito. Vi la mancha de aceite en la carretera e intenté esquivarla. María también la vio, como si los dos estuviéramos esperándola, y gritó «¡Cuidado!», una sola palabra que no sirvió de nada y que me duele tanto recordar; la última que pronunció, la misma, exactamente la misma última que pronunció Juana en la novela. Y su vida entera pasó ante sus ojos porque comprendió que ese era su final. Y no tuvo miedo. Lo aceptó como todos los designios de Dios y aún tuvo tiempo, en menos de un segundo, de pensar «bueno, se acabó», y de dar gracias por todo lo vivido. Yo sí sentí pavor, espanto, porque tuve la certeza de que saldría de esa pero ella no, y no quise. Deseé rebelarme con todas mis fuerzas, y no reviví ninguna escena pasada de mi vida. En ese instante tan crucial mi último pensamiento también fue para él: «Por favor, Dios, aprieta la pausa, dame unos segundos más para pensar y hacer algo por evitarlo». No me escuchó, claro que no. Debió de reírse a carcajadas y decir: «Se está haciendo tu voluntad, tú lo escribiste, tú la mataste».

El todoterreno que se acercaba a toda velocidad por detrás de nosotros no tuvo el espacio suficiente para frenar y nos embistió e impulsó hacia la mancha de aceite. Perdí el control del volante. El coche dio varias vueltas sobre sí mismo y asaltó el carril contrario de la autovía A4 justo en el momento en que se acercaba un camión.

No recuerdo nada más del accidente y solo sé lo que escribí, que tampoco fue mucho más. El impacto contra el camión se produjo en el lado del copiloto, y el *airbag* no hizo nada para salvar a María. Murió en el acto. El coche fue declarado siniestro total.

Yo desperté en el hospital con un par de costillas rotas y una contusión en la cabeza, nada más. A mi alrededor, mis padres y los de ella. Los ojos hinchados de todos y sus rostros ensombrecidos les habían echado de repente varios años encima. Supe que habían hablado de cómo me iban a dar la noticia y quién lo haría. Y aunque no hacía falta, aunque yo ya sabía que María estaba muerta, aún me aferré a un granito de esperanza, a la posibilidad de que todo hubiera sido una pesadilla. Deseé que alguien me negara lo evidente, les rogué que me mintieran cuando pronuncié, casi inaudible, su nombre:

—María…

Mi madre me apretó la mano con fuerza y la besó como yo hiciera tantas veces con mi esposa; seguro que lo aprendí de ella. Dijo «hijo mío» y estalló en llanto. Yo grité una sola palabra: «¡NO!», que me salió de lo más hondo de mis entrañas. Enseguida aparecieron dos enfermeras. Me separaron de mi madre y dijeron: «Vamos a darle un calmante». Creo que nos lo dieron a los dos.

Estuve dos días ingresado. No hacía falta más, aunque moralmente estaba destrozado y desde el primer momento me asignaron a una psicóloga. Era rubia y muy joven, lo cual no quiere decir nada; yo era un caso difícil. Después de dos sesiones en el hospital, le anuncié que no la necesitaría más. Ya había tomado la decisión de enfrentarme a mí mismo en la soledad de mi casa y ahogar mi arrepentimiento en el alcohol.

Lo primero que hice al llegar a casa fue servirme un whisky bien cargado y sentarme frente al ordenador. Abrí el archivo de la novela y borré un capítulo entero. No tuve el coraje de eliminar todo el archivo, porque a pesar de mi miedo a sacarla a la luz, sigo pensando que es lo mejor que he escrito, y María también lo creía. Además, el ejemplar en papel sigue en el cajón, y sin las correcciones que fui aplicando para que la ficción no se asemejara tanto a la realidad. Empleé menos de una hora en reescribir la parte del accidente, con numerosas pausas para rellenar el vaso de licor. Juana no moría, solo se rompía un brazo y a los pocos días los dos volvían sanos y salvos a casa. Mientras tecleaba era consciente de estar estropeando

la trama, pero me daba igual, seguía en estado de negación y quería hacer todo lo posible por cambiar un presente que no podía soportar. Si Juana no moría, ¿qué sentido tenía el accidente en la novela? Ninguno. ¿Y cómo iba a nacer entre Enya y Carlos una historia de amor si Carlos todavía estaba casado y además enamorado y fiel? Tendría que hacerlo adúltero, no había más remedio. Resolví que en los días siguientes modificaría la novela, aun sabiendo que la iba a destrozar.

El día del funeral y el entierro fue a la vez el más triste y el más emotivo de mi vida. Hasta entonces no me había dado cuenta de la importancia de que otras personas comprendan tu dolor. Había asistido a otros funerales antes, por supuesto, incluso al de algún amigo que murió demasiado joven, y siempre me habían llamado la atención las personas más mayores, los ancianos, octogenarios algunos, que daban el pésame como disculpándose por seguir vivos, ellos que ya habían vivido tanto. Si el fallecido era ya mayor, es decir, que se había muerto «cuando le tocaba», sus compañeros de generación levantaban las cejas y fruncían los labios como diciendo: «yo soy el siguiente» o «ahora me toca a mí». Eran los que daban el pésame con más naturalidad, a fuerza de haberlo hecho tantas veces. Casi se diría que asistir a funerales era parte de su vida cotidiana; al menos cada dos por tres se moría uno de ellos.

En el funeral de María también los había. Estaba su propia abuela, sin ir más lejos, que con noventa y dos años todavía conserva una mente ágil en un cuerpecito quebradizo. Me dio un abrazo que temí corresponder, por no romperla. A ella siguieron una fila de sus amistades, casi todas mujeres y no tan ancianas, con las que se reúne en el parque a tomar el sol. Todas me dijeron más o menos las mismas palabras, negando con la cabeza: tan joven, tan guapa, tan inteligente y, sobre todo, tan buena. Su abuela me confesó:

—Estoy muy enfadada con Dios. Tendría que haberme llevado a mí, no a la niña.

Yo también lo estaba, y no solo enfadado sino lleno de una ira que aún conservo, aunque sé que no es buena para mi salud.

Con cada abrazo, con cada apretón de manos, con cada frase hecha que recibí de algunos que estaba seguro de no haber visto en mi vida, percibí sinceridad y empatía absoluta. Un hombre no tan viejo me dijo:

—Yo también perdí a mi mujer.

No supe qué responder. Estaba abrumado con tantas muestras de compasión y agradecí la presencia de tanta gente que quiso despedirse de María. También asistió el joven escritor (sin la novia), a quien habría preferido no volver a ver nunca más. Estoy convencido de que en una sola noche y a pesar de ser dieciocho años más joven, se había enamorado de ella como lo hice yo con veintiún años.

La noticia del accidente y la muerte de la esposa del galardonado novelista salió en todos los periódicos. No pude evitar pensar, con una risa sarcástica ya en la soledad de mi piso, que de haber publicado la novela, ahora se convertiría en un superventas seguro, solo por el morbo de la realidad que copia a la ficción.

Después del entierro volví a abrir el archivo, dispuesto a continuar la tarea de modificar la novela y convertirla en mediocre, que Juana no muriera para que Carlos no sufriera tanto. En vez de eso, la que sufriría sería Juana, porque su marido la engañaría con otra, pero entonces, ¿qué tipo de hombre era Carlos? ¿Enamorado pero aburrido al fin y al cabo? ¿No era eso lo que me había ocurrido a mí? ¿No había pasado ya una crisis con María por haberme enamorado de Enya? Creí que me estaba volviendo loco, sin duda el estado de *shock* contribuía a ello. De todos modos, nada de lo que sucedía en mi mente importaba: al abrir el capítulo que estaba convencido de haber reescrito dos días antes, descubrí que nada había cambiado.

Lo releí incrédulo. Ni un solo párrafo, ni palabra ni coma aparecían alteradas desde el último cambio de hacía varios meses. Intenté repasar mentalmente todo lo que había repensando y reescrito, pero me costaba hacer memoria. Guardar lo que voy tecleando en la pantalla es una costumbre que tengo muy arraigada, aun cuando es innecesaria porque el programa del ordenador lo hace automáticamente. Sin embargo, esa vez ni un solo cambio había quedado registrado y no pude encontrar una explicación plausible al misterio, porque me había quedado dormido en el escritorio, ebrio y lloroso.

María habría dicho que eso era una señal. Una señal de Dios, cómo no: ya no podía cambiar nada. No volví a tocar la novela, y no lo haré más.

Y bien, ya han pasado dos meses. Ya no somos noticia. Ya nadie se acuerda de María, fuera de su círculo más íntimo de familiares y amigos. Incluso

esos han seguido con sus rutinas, acostumbrándose a que María no forme parte de ellas. La vida continúa y no pasa nada. María es prescindible. Cuando yo me muera ya nadie pensará en ella a diario. Y cuando mueran sus padres ya nadie pensará en ella nunca. Existió y ya no existe. Qué fácil es olvidar. Ahora que ya he aceptado que nunca más volveré a verla, a tocarla, a besarla, a abrazarla, a mofarme de su seriedad, a maravillarme de su generosidad, a molestarme por su perfeccionismo, a embriagarme de su sonrisa, a irritarme por su orden… me alegro de haber experimentado lo que supone perder al ser más querido. Después de esto, ya nada puede ser peor, o sea que ya solo me quedan cosas buenas por vivir. Perdí lo que más quería, así que ya no tengo nada que perder. Solo tengo que encontrar, o mejor aún: solo tengo que esperar a que me encuentre la felicidad.

El mes que viene cumpliré cincuenta años. No, no lo voy a celebrar, pero será un día feliz. Mi madre insistirá en que vaya a comer a casa. No lo haré. Les diré a todos que estoy bien, que me voy reponiendo, que he vuelto a escribir y que deseo pasar mi cumpleaños solo. Mentiras, como siempre.

Dispongo de menos de un mes para poner un poco de orden en el caos que es mi vida. Lo primero será limpiar el piso. Y hoy no voy a beber. Voy a afeitarme, ducharme y salir a comer. Ha empezado un nuevo año. Esta noche quizás haya perdido el entusiasmo, pero es bueno tener algo que anhelar, algo que tengo la seguridad de que va a llegar y que es lo único que me mantiene aún con ganas de vivir.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

La euforia ante la perspectiva de ser nuevos padres nos duró una semana más. Solo entonces empecé a encontrarme mal. Antes apenas había tenido síntomas de embarazo, pero de repente tuve pérdidas y una molestia en el lado izquierdo del abdomen que pronto se convirtió en un dolor terrible.

Me encontraba sola en casa cuando ocurrió todo. La noche anterior me había acostado temprano, aquejada con los primeros dolores y con diarrea. Por la mañana no me levanté. Más tarde supe que Nancy había llamado a mi puerta y había entrado al no recibir contestación. Me encontró dormida y decidió no despertarme aunque ya llegaba tarde a clase. No imaginó que había pasado la noche apenas sin dormir, con náuseas, constantes viajes al baño y un dolor cada vez más fuerte. Yo lo achaqué a algo que me había sentado mal, no a nada que tuviera que ver con el embarazo. A media mañana me desperté de pronto con otra punzada de intenso dolor, no solo en el vientre y la espalda sino también en el extremo del hombro izquierdo. Me incorporé en la cama y fue tal el mareo que sentí que entonces sí tuve la certeza de que algo iba muy mal. Con apenas fuerzas, aparté el edredón de la cama para descubrir una mancha granate, casi negra, entre mis piernas. Me temí lo peor: había perdido al bebé. En ese momento no se me ocurrió pensar que eso no era lo peor.

No tenía fuerzas para levantarme, así que me tiré al suelo a duras penas y me arrastré hasta encontrar mi móvil. En lo que me pareció un tiempo interminable, alcancé a desbloquear la pantalla, encontrar la agenda y pinchar en el número del trabajo de Patrick. Oí la voz de la secretaria, muy distante ya, dándome los buenos días y recordándome el nombre de la empresa. Conseguí pronunciar su nombre y hasta pedirlo por favor antes de que se me cayera el aparato de la mano y perdiera el conocimiento.

Desperté muchas horas más tarde en el hospital. Patrick estaba a mi lado, dormido en un sillón. Intenté incorporarme, pero la punzada de dolor que

sentí en el abdomen me hizo desistir y soltar un gruñido involuntario, que despertó a Patrick al instante.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó solícito.

Se acercó a la cama, tomó mi mano, la besó y me miró con la intensidad que empleaba cuando había temido perderme.

—No muy bien —balbuceé, y de repente sentí un nudo en la garganta—. Hemos perdido al bebé, ¿verdad?

—Sí, pero eso es lo de menos. —Bajó la mirada y volvió a llevarse mi mano a los labios—. Lo importante es que estás bien. —Y después de un suspiro, añadió—: Te ha ido de un pelo.

—¿Qué ha pasado? —murmuré antes de que volvieran a cerrárseme los ojos.

—Todavía estás bajo los efectos de la anestesia —le oí decir ya sin verle.

Y volví a dormir sin soñar.

Estuve varios días en el hospital y Patrick permaneció casi siempre a mi lado. Dejó de ir a trabajar y solo iba a casa a ducharse y cambiarse de ropa. Dos días después de que me encontrara tirada en el suelo de mi habitación, estuve por fin en condiciones de escuchar de sus labios y de los del doctor lo que me había pasado.

—Cuando me llamaste al trabajo, la secretaria pronunció tu nombre varias veces. No obtenía respuesta pero no habías cortado la llamada y ella intuyó que seguías allí. Me avisó y dijo que te había oído decir solo «*Patrick, please*» y que si no fuera porque eran las diez de la mañana, habría jurado que estabas borracha. «No está borracha, ¡está embarazada!», le grité, y sin perder un minuto salí a buscarte. Aporreé la puerta pero no contestabas. Tu vecino tampoco estaba, ¡no había nadie! Así que tuve que romper el cristal de la ventana para entrar. Cuando te vi en el suelo, manchada de sangre, pensé que no había llegado a tiempo… No sabes lo que pasé… No me lo habría perdonado jamás.

Patrick me cogía de la mano mientras me contaba eso y aunque ya empezaba a invadirme un sentimiento de pérdida que me iría hundiendo poco a poco, en esos momentos fui consciente de que él me había salvado la vida.

—Como no hubo manera de despertarte, te metí en el asiento de atrás del coche y conduje lo más rápido que pude al hospital más próximo. Te

atendieron enseguida, de urgencias. No me dejaron pasar, pero no tardaron mucho en informarme de lo que había ocurrido.

Patrick dudó antes de proseguir, mientras yo intentaba contener las lágrimas.

—El embarazo era ectópico. A los médicos les sorprendió que no tuvieras antes ningún síntoma, que todo fuera tan de repente. No es lo normal, pero les ha pasado antes a otras. El óvulo fecundado se implantó en el ovario izquierdo en vez de hacerlo en el útero. Eso provocó una hemorragia interna muy grave. Te intervinieron enseguida y tuvieron que extirparte también la trompa y el embrión. Eso es todo lo que me han contado. Perdiste mucha sangre, por poco no lo cuentas. —Rio, incómodo, antes de añadir—: Te vas a recuperar, todo saldrá bien.

—Pero hemos perdido al bebé… —No pude evitar un sollozo—. Tú lo querías más que yo, y ahora ¿qué? ¿Vas a continuar queriéndome?

—Por supuesto. ¿Por qué dices estas cosas? Por favor…

—Lo siento —musité.

Me sentí culpable, aunque la pena por mí misma era más grande, y volvió a mí el recuerdo de su rechazo las veces que yo no había estado a la altura de sus expectativas. Ahora le había vuelto a fallar. No había sido capaz ni de llevar a cabo una función biológica que millones de mujeres cumplían cada día sin esfuerzo alguno. Y aunque nunca antes había prestado atención al hecho de tener un útero, dos ovarios y dos trompas de Falopio, saber que ahora solo tenía un ovario y una trompa me hizo sentir aún menos mujer, menos digna del amor de Patrick.

Más tarde me visitó el equipo médico que me había atendido. El doctor que me había operado me tendió la mano y saludó a Patrick como si se conocieran de toda la vida. Sin más preámbulos me contó lo que Patrick ya me había expuesto y lo que iba a pasar.

—Tendrás dolores durante algún tiempo, la recuperación es de al menos cinco semanas. Te hemos hecho una intervención quirúrgica porque tu estado era demasiado grave como para una laparoscopia y te quedará una pequeña cicatriz. Patrick ya te lo habrá explicado…

—Sí —musité.

—Has tenido mucha suerte —prosiguió él con cautela—. El daño interno ha sido considerable y ha afectado también al útero y la otra trompa. La

verdad es que es casi un milagro que estés viva.

Patrick y yo lo miramos perplejos, incapaces de decir nada. Estábamos los dos aún en estado de *shock*, como se dice. Hasta entonces no se nos había ocurrido pensar en cómo podía afectar ese embarazo fallido a mi capacidad de concebir de nuevo. No me atreví a formular la pregunta que los tres teníamos en mente.

—Un embarazo ectópico no es impedimento para embarazos futuros —dijo Patrick, que sin duda habría estado investigando por internet mientras yo seguía inconsciente después de la operación—. Enya tendrá más hijos; es joven y fuerte, así que superará este trance sin problemas.

El doctor tardó los segundos de más necesarios para hacer saltar todas las alarmas de mi cerebro. La expresión grave de su rostro no me dejó ninguna duda de que estaba a punto de darme una noticia peor que la de la pérdida de mi primer hijo. Patrick debió de intuir lo mismo; había pronunciado sus últimas palabras casi enfadado, negando de antemano lo que el doctor nos iba a comunicar.

—Es cierto que Enya es una mujer joven, fuerte y muy valiente. Gracias a tu pronta intervención y su resiliencia, se repondrá físicamente sin problemas. Pero quizás —dijo desviando la mirada de Patrick hacia mí— necesites ayuda psicológica. Tu caso es atípico. La trompa de Falopio derecha estaba muy dañada y obstruida. La arreglamos, pero las posibilidades de otro embarazo son casi nulas, y en el remoto caso de que sí tuvieras alguna, sería casi seguro otro embarazo ectópico.

Nos quedamos sin habla. Yo no me atreví ni a mirar a Patrick.

—Lo siento mucho —dijo el doctor después de una incómoda pausa—. Voy a dejaros unos minutos y enseguida vendrá una asistente social. Si lo deseas, podemos remitirte a un terapeuta. Y en cuanto te encuentres mejor, puedes marcharte a casa. No hay prisa. La semana que viene tienes que volver para quitarte los puntos.

Y así fue como la vida dio otro vuelco inesperado e iniciamos nuestro último año juntos, el más duro. De entrada, esa desgracia nos unió más, si era posible, de lo que lo habíamos estado en los últimos meses. En apariencia, él encajó el golpe mucho mejor que yo. Volvió a su vida cotidiana; ya había faltado al trabajo muchos días. Yo me encontraba demasiado desvalida como para tomar decisiones por mí misma. Él insistió

en llevarme a su casa y no opuse ninguna resistencia. Se marchaba a trabajar cada mañana cuando yo aún dormía. Cuando me llamaba a media mañana, siempre le aseguraba que estaba bien, aunque era del todo consciente de mi mentira. Pasé los días siguientes en la cama, sin levantarme apenas, sin ducharme y apenas sin comer lo que Patrick me traía por la tarde. Durante el día, aplacaba el dolor a base de medicinas que me hacían dormir más de lo necesario. Cuando no estaba grogui, me pasaba horas con los ojos pegados al televisor, tragándome todos los programas basura y telenovelas que echaran y terminando luego más asqueada y deprimida que antes.

Nancy fue a hablar con mis profesores. Les explicó lo que había pasado y pidió una especie de excedencia en mi nombre. A los pocos días recibí una carta en la que, por causas extraordinarias, se me concedía la permanencia en el máster, pero a condición de que regresara a inicios del curso siguiente en septiembre. Resultó que ya no volvería más. Nunca cumplí lo que fui a hacer a Boston, y eso contribuiría a la sensación de fracaso que cada día me pesaba más.

Patrick me cuidó como nunca, y por eso siempre le estaré agradecida, aunque mi abandono tardó poco en irritarle. Él estaba dispuesto a tirar hacia delante y no soportaba muy bien mi derrota. Creo que en el fondo, y aunque quizás él se lo negara a sí mismo al principio, nunca llegó a asumir mi repentina esterilidad como suya también.

Empecé a obsesionarme con lo que había pasado. Si no me hubiera quedado embarazada, nada de eso habría ocurrido. Habría continuado con mis estudios y seguiría siendo una mujer completa. Ahora me sentía vacía, por dentro y por fuera. Dependía totalmente de un hombre, no tenía trabajo ni perspectivas profesionales. Y no era capaz de crear otras vidas. No tenía ilusión por nada. Patrick estaba perdiendo la paciencia y eso me hacía sentir aún peor. Después de una semana seguía en la cama, apenas sin moverme, llorando casi siempre. Ya no pensaba en el bebé muerto y los hijos que nunca tendría. Pensaba en mi madre, a la que necesité más que nunca. Hacía dos años que había muerto y aún a veces se me olvidaba.

—¿Te he dicho alguna vez que mi madre murió?

Patrick acababa de preguntarme, exasperado, qué podía hacer para ayudarme. Después de un incómodo silencio yo le venía con esas.

—Sí, me lo dijiste cuando nos conocimos. Te pregunté por tu familia, pero tú siempre cambiabas de tema. Me pareció que te resultaba doloroso hablar de ella, así que no insistí. Nunca más has vuelto a mencionarla.

—Es que todavía no me creo que esté muerta, me he negado siempre a creerlo. Si no hablaba de su muerte, podía imaginar que todavía seguía viva, en Barcelona, yendo cada mañana a su consulta. Era psicóloga, ¿sabes?

—No tenía ni idea. —Patrick me miró sorprendido.

—Qué curioso, ¿no? Lo que los dos necesitamos tanto y va y se muere.

Patrick suspiró; no dijo nada.

—Me he estado engañando a mí misma, pero al menos a ti no: tú sabías que soy huérfana.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que necesito tiempo para digerir lo que ha pasado. Tú ya estás a años luz de mí, como siempre. Te molesta mi tristeza, pero tengo derecho a ella. Además, se me acumulan los duelos. El de mi madre. Ahora el de nuestro hijo, y un poco el mío propio.

Al cabo de unos días vino Anne a verme. Patrick la había llamado porque él no sabía qué hacer para animarme, así mismo se lo había dicho a ella. Se sentía impotente y aunque para sus propios problemas emocionales jamás se le habría ocurrido recurrir a su madre, creyó que a mí sí me ayudaría, y más después de haberle mencionado a la mía.

Me alegré, pero no por mí sino por ella, porque nada más verla entrar por la puerta del dormitorio supe que el gesto de Patrick le había llegado a lo más hondo de su honor de madre herida. Desde que Patrick los acusara de interferir en sus asuntos amorosos, tanto Anne como John se habían mantenido al margen de nuestras vidas. Yo también me había distanciado, molesta porque me dejaran toda la responsabilidad de cargar con el desbarajuste emocional de su hijo. Siempre andarían con pies de plomo, pero si Patrick los llamaba, acudirían al instante y harían lo que él les pidiera. Era su manera de redimir el daño que le habían causado y que no sabían cómo reparar.

Su visita no me hizo sentir mejor, porque Anne tampoco entendió por lo que estaba pasando, a pesar de ser mujer y de haber tenido hijos. Al contrario, me sentí aún más sola al comprender que no lo hacía por mí. Lo hacía por Patrick, que nunca pedía ayuda pero esta vez sí lo había hecho.

Se sentó al borde de la cama y me tomó la mano.

—Lo superarás —susurró.

Tuve ganas de gritarle que ella qué sabía. Quizás no lo superaría o quizás no quisiera superarlo, pero fruncí los labios y callé. Después de todo, ella no tenía la culpa y suficiente esfuerzo había hecho ya al venir. Casi podía oír los mecanismos de su mente, buscando con desespero qué otras palabras de ánimo decirme y calculando cuánto rato había pasado antes de poder excusarse, levantarse y volver a dejarme en mi miseria.

Paradójicamente, fue la certeza de que ni Patrick ni nadie cercano a mí me sacaría del agujero lo que me hizo reaccionar, y aunque pasé muchos meses sin motivación alguna, salí de la cama. Los dolores físicos me duraron dos meses, pero poco a poco fueron aliviándose hasta desaparecer del todo. Me acostumbré a dar largos paseos. Fui dos veces a terapia y me sentí igual que con Patrick y Anne: incomprendida. Le comuniqué a la terapeuta mi intención de no volver y ella sugirió que me uniera a un grupo de apoyo parecido al de alcohólicos anónimos; ella misma me remitió.

Me costó mucho tomar la decisión de asistir, pero por fin lo hice. Hubiera querido escuchar las historias de las demás sin participar, pero no lo permitieron: cuando me llegó el turno todos los ojos se centraron en mí y me hicieron hablar. Conté lo ocurrido de la manera más objetiva que fui capaz, ocultando una vez más que Patrick me había embarazado aposta, para retenerme. A ratos se me entrecortaba la voz, en un par de ocasiones tuve que hacer una pausa y secarme las lágrimas, pero logré terminar.

Había siete mujeres más en el grupo —una de ellas tenía veinte años (la única más joven que yo) e iba acompañada de su madre— y cuatro hombres, sus parejas. Sentí una punzada de envidia por las mujeres respaldadas por sus maridos o novios. Yo a Patrick ni se lo había propuesto ni le había mencionado siquiera que iba a ir a la reunión; hacía tiempo que la más mínima alusión a mi embarazo o esterilidad provocaba un soplido de exasperación por su parte y la exclamación: «¡Otra vez con eso!».

Por primera vez me sentí arropada, comprendida. Esas once personas me escucharon con suma paciencia, sin juzgar, y con verdadera empatía. Todas las mujeres, a excepción de la madre que acompañaba a su hija, habían pasado casi por lo mismo que yo.

Así, poco a poco, dejé de sentir lástima de mí misma y acepté que… eso era lo que había. Después de acudir al grupo, continué buscando apoyo en

foros de internet, a los que me volví bastante adicta. Aparte de eso, durante todo el día esperaba el momento en que Patrick regresaba a casa. Pasaba muchas horas sola, caminando, navegando por la red, leyendo y dejando la casa en condiciones para cuando llegara él. Incluso cada noche le tenía la cena preparada. Me convertí en lo que nunca habría sospechado que sería: un ama de casa pendiente de su marido. Él llegaba cansado y sin ganas de hablar después de haber pasado todo el día tratando con unos y otros. Y yo ansiaba el momento de verlo, precisamente para hablar con alguien, sedienta de contacto humano después de todo un día sola. A veces aún albergaba la esperanza de que él comprendiera mi dolor, pero cuanto más intentaba yo acercarme, más se alejaba él. Todo lo que conseguí desde la noche en que me quedé embarazada se fue desvaneciendo ante mi nueva dependencia.

Quizás él de verdad creyó que al meterme bajo su techo tendría la capacidad de cuidarme y quererme al mismo tiempo, pero al menor atisbo de necesidad que le mostré —el de comunicarle mi dolor— empezó a despreciarme. Volví a convertirme en un estorbo para él, pero esta vez no tenía escapatoria: vivíamos juntos. Nuestras conversaciones eran cada vez más escasas. Yo no quería tentar más a mi suerte y cuando intuía que llegaba de mal humor, lo dejaba solo, me iba a otro cuarto y me conectaba a la red. Al poco rato él aparecía en el marco de la puerta en una posición claramente agresiva.

—¿Se puede saber qué haces? —me increpaba.

—Solo comprobaba mi correo.

Hacía tiempo que le mentía. Él no veía con buenos ojos que pasara tanto tiempo frente a la pantalla del ordenador y no creía que el apoyo que pudiera sacar de allí fuera beneficioso. Las dos o tres veces que me había sorprendido chateando en uno de los foros se lo había tomado casi como un ataque personal. «No me gusta que hables con extraños de un asunto tan íntimo nuestro», me había dicho.

—Pues yo estoy en el salón, solo. Parecemos una pareja de viejos que llevan ya treinta años casados y cada uno va a la suya.

Apagué el ordenador y respiré hondo.

—¿Quieres hablar? —propuse con cautela.

—¿Hablar de qué? Lo que quiero es que estemos juntos. En la misma habitación. Haciendo algo juntos. Por ejemplo, viendo la tele. Yo estoy

cansado de hablar. Me paso todo el día aguantando a gilipollas que se creen tan importantes como para que yo emplee mi tiempo escuchando sus idioteces, pero tengo que hacerlo porque me pagan y con eso vivimos. Cuando llego a casa, espero recibir un poco de comprensión. En vez de eso me encuentro con que mi mujer me evita.

—Pensé que habías tenido un mal día y preferías estar solo.

—Pues no. Si quisiera estar solo no te habría pedido que vivieras conmigo.

Nos sentábamos en el sofá juntos, abrazados. Mirábamos la televisión. Luego nos íbamos a la cama y hacíamos el amor. Él se dormía casi enseguida, más agotado que yo porque madrugaba. Yo no me levantaba temprano, no tenía ninguna razón para hacerlo. Me quedaba con los ojos abiertos en la oscuridad durante mucho rato, dándole vueltas a todo y encerrándome cada vez un poco más. Repasaba los acontecimientos del día y me prometía que la próxima vez actuaría de otra manera, tenía que encontrar la vía para llegar a él y no morir de desesperación en el intento. Pero esa tarde, cuando había aparecido en el umbral de la puerta, a pesar de verle los músculos de la mandíbula tensos, lo primero que sentí fue alivio y enseguida casi euforia porque él volvía a acercarse a mí, justo cuando yo empezaba a pensar que no me quería, que eso no podía ser amor. Al día siguiente me despertaba el roce de sus labios en la frente o una caricia en el pelo, su manera de despedirse antes de ir a trabajar. Abría los ojos y me encontraba con mi primer pensamiento del día: «Sigo con él», y volvía a dormirme. Cada mañana, durante meses interminables me despertaría con esas tres obsesivas palabras. A veces se presentaban entre interrogantes y enseguida la vuelta a la conciencia después del sueño me respondía que sí, todavía estaba con él. Llegaría un día en que la respuesta sería: «No, ya no. Te libraste, por fin».

Un viernes me anunció que al día siguiente saldríamos con su amigo Bill y su mujer, con la que tanto me costaba encontrar un tema de conversación. Iríamos a ver un partido de los Boston Bruins. No reaccioné ante sus palabras. No proponía ni preguntaba, simplemente me comunicaba lo que íbamos a hacer. Ya estaba decidido. Intenté esconder mi falta de entusiasmo.

—¿Me has oído?

—Sí —musité.

A pesar de mis resoluciones anteriores, no fui capaz de decirle que no. No quería ir y no quería saber nada de sus amigos, porque la relación con ellos se erigía en unos fundamentos falsos, sin profundidad, cuidando solo las apariencias pero no la estructura interna. Cada puñetazo amistoso que se daban ellos dos y risotada falsa que soltaba él era como un tortazo para mí. No aguantaba más tanta superficialidad.

Callé, una vez más, y me armé de estoicismo para pasar la velada de la manera menos desagradable posible. Pero yo no era como Patrick, me costaba horrores disimular, y eso le enfureció. Él no soportaba que no adoptara el papel de esposa feliz y participara activamente en las conversaciones o saltara y gritara entusiasmada cuando los Bruins marcaban un gol. Estuve distraída durante todo el partido, pensando en una chica del foro que sufrió un aborto espontáneo después de que su pareja le pegara una paliza y que, como yo, ya no podía tener más hijos. Me consolaba pensar que había gente con peores experiencias que la mía, aunque quizás no fuera sano hacerlo. Al menos a mí Patrick no me había pegado nunca; todo su maltrato era psicológico y aún no quería darme cuenta de lo nocivo que era también, quizás aún más que el físico, porque era más difícil de señalar.

Gracias a mi distracción no reparé en la creciente impaciencia de Patrick, que sin duda intentó mostrarme con miradas de desaprobación y vergüenza ajena ante sus amigos. Pero se vengó de la manera que ya era habitual: cuando salimos del recinto, no solo no aguantó la pesada puerta de cristal para que yo pasara detrás de él, sino que la soltó para que se cerrara a su paso. No sé qué hizo más daño, si el duro golpe del cristal en mi nariz o la sorpresa de descubrir que para él, una vez más, yo era invisible.

No pude evitar que las lágrimas me rodaran por las mejillas mientras veía a través del cristal cómo Patrick se alejaba con sus amigos. Ni siquiera se giró para comprobar el daño que me había hecho. Alguien me tocó el brazo y exclamó alarmada que tenía la boca y la barbilla llenas de sangre. Intenté limpiarme con la mano, y ella me ofreció un pañuelo de papel. Apenas conseguí darle las gracias, pero me recompuse. Saqué el móvil para mirarme en la pantalla y me enjugué las lágrimas. La nariz continuaba sangrando, así que salí a la calle cubriéndomela con el pañuelo. Habían pasado unos minutos, pero Patrick no había dado media vuelta para irme a buscar. Los encontré a los tres esperándome a un lado de la entrada principal.

—Vamos a cenar algo —me dijo Patrick cuando estuve a su lado, y se puso en marcha.

Bill y él reanudaron la charla que había interrumpido mi llegada. Solo Maureen me prestó atención y caminó a mi lado mientras los dos hombres iban delante. Ralenticé el paso aposta para hablar con ella sin que nos oyeran. En esos momentos necesitaba más que el aire que respiraba a alguien que me escuchara, pero me equivoqué de persona.

—No, no estoy bien —le contesté ante su pregunta preocupada—. Esto me lo acaba de hacer Patrick. Me ha cerrado la puerta en las narices, ¿no os habéis dado cuenta? ¿Tú no ves cómo me trata? ¿Nadie lo ve?

—No sé a qué te refieres… Patrick siempre habla muy bien de ti, está muy enamorado.

—¿Ves esta sangre? ¡Me la ha provocado él! —exclamé furiosa—. ¿Has observado que me diera un beso o me hiciera algún gesto amable en toda la tarde?

—No sé, mujer… Supongo que sí, pero ya sabes cómo son los hombres con el deporte: como niños. Con tanto entusiasmo se olvidan un poco de nosotras.

Negué con la cabeza.

—No, no es eso. Patrick no me ve, pero lo hace aposta porque sabe que es lo que más duele. Me va a volver loca.

Maureen no contestó y la detuve con el brazo para mirarla directamente a los ojos e intentar adivinar qué estaba pensando. Y vi esas palabras en sus ojos, aunque no salieran de sus labios: «Ya estás loca». Hubo un silencio incómodo entre nosotras. Yo me había quedado paralizada por la sorpresa. Ella me apremió a que siguiéramos caminando, nos estábamos quedando muy atrás. Yo ya no añadí nada más. Ella intentó quitarle hierro al asunto.

—Patrick te quiere mucho, siempre nos lo ha dicho. Además, hace muchas cosas por ti. Le preocupa que estés bien en su casa, en un país que no es el tuyo, con sus amigos… Me sabe mal que tú y yo no tengamos una relación más estrecha. Sé que es porque estamos en diferentes fases de nuestra vida. Quizás cuando tengáis hijos…

—¡No te lo ha dicho! —exclamé con más desdén del que pretendía.

—Decirme ¿qué? —respondió ella con cautela.

—¿No os ha contado nada de lo que he pasado estos últimos meses?

—Sí… nos lo ha contado.

—¿Qué os ha contado?

—No te pongas a la defensiva conmigo, Enya. Patrick también lo está pasando mal, él hace lo que puede para ayudarte.

—Lo siento, tú no tienes la culpa de nada. —Suavicé el tono aunque me costara; esa sería la única manera de sonsacarle más—. Cuéntame lo que os ha dicho, por favor.

—Pues no es mucho. Solo que dejaste el máster porque no podías con tanto trabajo. Que te sentías agobiada, que tu madre murió y con tu padre apenas tienes relación… Que estabas un poco perdida y eso desembocó en una depresión y por eso él te pidió que vivieras en su casa. Bueno, y porque te quiere, claro, estáis prometidos.

No fui capaz de hablar, aunque sentía cómo la rabia me hervía la sangre. ¿Por qué no les había contado la verdad a sus amigos? ¿Es que le avergonzaba admitir que yo ya no era toda una mujer?

—Oye, todas pasamos por malos momentos, ¿sabes? —Me tomó del brazo y tuve que hacer un gran esfuerzo para reprimir el impulso de zafarme—. Yo sufrí depresión posparto después de que naciera Ellie. Al principio me resistí a tomar antidepresivos, pero la verdad es que me fueron bien. Patrick me ha dicho que tú no tomas nada; a él tampoco le hace gracia, aunque yo se lo he propuesto. Te aseguro que te irían bien.

Tuve un momento de inspiración, quizás ahora descubriría por qué Maureen estaba siempre tan contenta con su vida aparentemente perfecta.

—¿Y todavía los tomas?

—Bueno… Son inofensivos, ¿eh? Es solo una pastilla al día y la verdad es que ayuda mucho. Cuando tienes dos niños pequeños, la casa, el marido… Es un trabajo de veinticuatro horas.

—Quizás tengas razón, Maureen. Gracias por tus consejos. —Me asusté al oírme a mí misma mentir de manera tan vil.

—¡De nada, para eso estamos las amigas! —exclamó contenta.

Sin duda, al llegar a casa le contaría a Bill con orgullo cómo había contribuido a mejorar la situación de Patrick y Enya.

Durante la cena fui capaz de mantener la compostura y cuando Bill me preguntó qué me pasaba en la nariz respondí que me había caído. Nadie le dio importancia: ellos siguieron hablando de sus trivialidades y nosotras de las nuestras.

En el coche de vuelta a casa Patrick y yo mantuvimos un silencio de ultratumba. Cuando llegamos, él entró primero, como hacía cuando estaba de malas. Si estaba de buenas, me cedía siempre el paso con máxima caballerosidad. Después de cruzar la puerta, ya no aguanté más.

—¿Por qué no les has contado a Bill y Maureen la verdad? —le espeté con toda la rabia que sentía.

Él se giró con movimientos comedidos y tardó en contestar. Me miró con esa calma y sorpresa fingidas que me irritaban tanto. Sentí ganas de pegarle. De sacar un cuchillo del cajón de la cocina y matarlo. No lo quieres, pensé. ¡Ya no lo quieres! ¡Lo matarías!

—¿Que no puedes tener hijos? —Enarcó una ceja.

—¿Ahora es que «yo» no puedo tener hijos? ¿Qué pasó con el «nosotros»? ¿Por eso me tratas tan mal? ¿Porque nunca podré darte hijos? Ah, no, espera. Si no me falla la memoria, antes sí que podía y también me tratabas mal. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué no me dejas si tanto te decepciono?

—Ya estás gritando otra vez. ¿Es que en España todo lo arregláis a gritos?

—¿POR QUÉ NO ME DEJAS? —grité aún más, y él se puso los dedos en los tragos de las orejas—. ¿Es porque te sientes culpable después de todo lo que me has hecho ya? ¿Y qué vas a hacer conmigo? ¡Nunca podré tener hijos! Gracias al fruto de tu deseo, ¡que no era el mío!, no podré satisfacerte. Entonces, ¿por qué no me abandonas de una vez y te buscas a otra?

—¿Me echas la culpa de lo que te pasó? ¿Por eso te pasas los días sin hacer nada, mirándote el ombligo? Que trabaje Patrick, después de todo, fue culpa suya. Yo solo soy la víctima, pobrecita de mí —dijo parodiando mi voz—. ¿Cómo quieres que te deje? ¿A dónde vas a ir? No tienes a nadie más que a mí. Dependes de mí en todo. Pareces un perrito que espera la llegada de su amo a casa.

Sus palabras me hirieron en lo más profundo de mi orgullo, porque sabía que eran ciertas. Pero yo no quería ser así y no comprendía cómo había llegado hasta allí. ¿Había sido él o había sido yo? Fuera como fuera, no aguantaba más esa situación. Tenía que escapar.

—En una cosa te equivocas —le dije ya calmada—. No solo te tengo a ti, aunque sin duda eso es lo que te gustaría. Me voy.

Salí a la calle sin pensar. Solo cuando estuve detrás del volante de mi Mazda y hube conducido unos kilómetros, decidí volver a mi casa, al apartamento que compartiera con Nancy. Patrick no intentó detenerme y supe que al menos durante unos días no haría nada por contactar conmigo. Decidí que esperaría al lunes para ir a buscar mis cosas mientras él estuviera en el trabajo.

Tuve que llamar a la puerta porque ya no conservaba la llave de mi viejo apartamento. No me contestó nadie, claro, era sábado por la noche y Nancy habría salido. No me quedó más remedio que recurrir a Michael.

—¿Puedo pasar la noche en tu casa, por favor? —supliqué, avergonzada de no haber mantenido el contacto.

—Claro, pasa. ¿Estás bien?

—No… He roto con Patrick.

—Ah, eso… ¿Otra vez?

—Por favor, no hagas preguntas. Solo quiero dormir.

—¿Te doy una pastilla?

Solté un bufido de exasperación. ¿Es que todo el mundo arreglaba las cosas con pastillas? Aun así, contesté:

—Sí, por una vez vayamos a la solución rápida. No tengo ganas de pensar.

Dormí doce horas. Al día siguiente bajé las escaleras y volví a golpear la puerta de mi antiguo apartamento con los nudillos. Me abrió una persona desconocida y por unos momentos me quedé sin habla.

—*Hello*? —repitió ella restregándose un ojo.

Era una chica más o menos de mi edad, todavía en pijama y bata, y con el pelo revuelto.

—¿Está Nancy?

—Sí…

—Soy Enya, su compañera de apartamento. Bueno, excompañera… ¿Puedo pasar?

—¡Ah, Enya! Nancy me ha hablado mucho de ti. Pasa, pasa.

Nancy estaba todavía en la cama, pero al verme saltó de un brinco y nos dimos un largo abrazo. Me costó contener las lágrimas. De repente me di cuenta de que ella sí era una verdadera amiga. Yo no lo había sido. La había

apartado de mi vida en mis momentos de más desesperación porque no habría soportado su lástima o sus consejos. Incluso ahora no me atrevía a contarle por qué estaba allí, eso sería como admitir que ella siempre había tenido razón. Aunque la necesitaba, aún me costaba confesarme a mí misma que había sustituido la figura de mi madre por alguien de mi edad.

—Esta es Rose —me dijo cuando deshicimos por fin el abrazo—. Mi novia.

—¿Tu novia? —Levanté una ceja.

—Sí, ya ves… Al final he caído, como todas. —Guiñó un ojo.

—Lo siento, no quería molestaros. Yo…

—Eh, eh, tranquila. Rose no vive aquí. Bueno, al menos no siempre. ¿Por qué no nos sentamos y nos cuentas lo que ha pasado?

Dudé. Quería hablar con Nancy, pero a Rose la acababa de conocer. Ella debió de leerme el pensamiento, porque intervino:

—Mejor os dejo solas. De todos modos, yo tengo que estudiar. Me ducho y me voy.

—Como quieras —repuso Nancy y, dirigiéndose a mí, añadió—: Rose está en su último curso de medicina. Hemos hablado mucho de ti. He estado muy preocupada, pero sabía que al final volverías. Ahora cuéntame qué te ha hecho ese monstruo.

Me sobresalté y a punto estuve de protestar, pero Nancy se me adelantó:

—No, no empieces por ahí. Ya no te lo voy a aguantar más, Enya. Basta de justificarlo. ¿Qué me vas a contar? ¿Que te ha estado cuidando mucho? ¿Que ha corrido con todos los gastos? ¿Que también tiene cosas buenas? Todo eso ya me lo sé. Quiero que te desahogues de verdad y me digas todo lo malo y veas por ti misma que es inaceptable, que no compensa lo bueno.

—Está bien, pero primero vamos a hacer café.

Esperamos a que Rose se marchara y, una vez más, nos sentamos en el sofá en el que tantos momentos de confidencias habíamos compartido. Hablé casi sin interrupción durante tres horas y al final me sorprendió descubrir cuánto lo había necesitado.

—Sentía como si me estuviera ahogando por no poder expresarme. Ya sé que los hombres se asustan cuando nos oyen decir que tenemos que hablar, pero si no podía compartir mi duelo con él, no tenía nada más que decirle.

—Tenías todo el derecho a querer hablar con él. Después de todo, es algo que os pasó a los dos, pero él actuó como le enseñaron de niño: a reprimir el dolor y hacer ver que no está. Muchos hombres actúan así porque se les dice que no lloren, que sean fuertes. Las mujeres somos más comunicativas, ya se sabe, y más fuertes precisamente porque tenemos más libertad para expresar nuestros sentimientos.

—Anoche me hizo una buena. Ya sabes las rarezas que tiene cuando se le cruzan los cables. Así que me fui, he vuelto a cortar. Esta es la definitiva, he de replantearme mi vida.

Nancy suspiró hondo antes de responder:

—¿Seguro que es la definitiva? Sabes que él volverá a buscarte. No te dejará hasta que encuentre a otra víctima. Igual que hizo con Joanna. Se cansó de ella, pero hasta que te encontró a ti, no fue capaz de dejarla del todo.

—Pero a Joanna no la quería de verdad… Intelectualmente eran demasiado diferentes.

—¿Y a ti sí te quiere de verdad?

Nancy enarcó una ceja y yo sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda. No sabía si estaba preparada para su cinismo tan sincero. No dije nada y ella continuó:

—Tenía más cosas en común con ella que contigo. Para empezar, ellos son del mismo pueblo, prácticamente crecieron juntos. Tú ni siquiera eres de aquí, vienes de otro país, hablas otra lengua, tienes otra cultura.

Bajé la cabeza. Quería decirle que nuestros problemas nunca habían sido de índole cultural, pero sabía que sería inútil. Nancy estaba implacable y por una vez me iba a soltar todo lo que pensaba.

—No me malinterpretes, querida —dijo estrechándome la mano—. Tú vales y mucho. Alguien que de verdad merezca tu tiempo y amor se enamorará de ti y te hará muy feliz, pero Patrick no. Eres demasiado buena para él, no te merece. Eso que te ha dado en casi tres años ya que llevas aquí no es amor; es posesión, control, poder… y es destructivo. Mira todo el daño que te ha hecho ya. A mí lo que me sorprende es que sigas aquí. ¿No tienes familia en Barcelona? Yo hace tiempo que habría hecho las maletas y me habría ido.

—Sí, tengo a mis abuelos, ya lo sabes. Y dos hermanos…

—¿Y por qué no vuelves a casa, Enya? Por mucha pena que me dé despedirme de ti, creo que es lo mejor que podrías hacer para librarte de él, poner distancia entre vosotros.

—Eso no me libraría. Él iría a buscarme.

—Claro que iría, pero eso no sería el problema. El problema sería que tú volverías a recibirle con los brazos abiertos.

—Además, no es tan fácil dejarlo todo y empezar de nuevo otra vez. Venir aquí no me costó tanto porque mi madre murió y me quedé muy vacía.

—Y ahora ha muerto tu hijo y con él una parte de ti, y el que creíste que sería el amor de tu vida no lo es. Viniste aquí a hacer un máster y no lo terminaste. Hora de pasar página, Enya.

Nancy pronunciaba muchas veces mi nombre cuando hablábamos. De hecho, era una costumbre muy americana, que a veces me crispaba los nervios.

—Ya sé que estoy perdiendo el tiempo. Te cuento lo que va a pasar. Te quedarás unos días aquí conmigo. Saldremos, hablaremos, miraremos películas y tomaremos helado, y entonces él te llamará. Te pedirá perdón, te rogará que vuelvas, te implorará que os caséis ya y que empecéis a buscar una agencia de adopción, qué más da que tú no puedas tener hijos, salvaréis a otros pobrecitos que ya existen y les daréis un buen hogar… Y tú caerás. Volverás con él, le perdonarás porque volverás a fijarte solo en su lado bueno y durante unas semanas serás feliz de nuevo, hasta que vuelva a girarse la tortilla y aparezca su lado oscuro.

Suspiré. No quería admitirlo, pero era cierto que ya había empezado a albergar la esperanza de que él me llamara pidiéndome perdón.

—No será así. Esta vez le pondré un ultimátum: si quiere que vuelva con él, tiene que ir antes a terapia.

—La gente como Patrick no va a terapia, Enya. Tú y yo creemos que está enfermo. Él, en cambio, se siente simplemente superior al resto de los imbéciles mortales que poblamos la Tierra. Lo que tenemos que hacer es encontrarle otra víctima. Alguien que ocupe tu lugar y te libere.

—Pero qué dices… No quiero que haga daño a nadie más. Lo que tengo que hacer es ayudarle a curarse. A él también le hicieron daño, ¿sabes? Un día me confesó que su padre le pegaba con el cinturón… No me lo podía

creer. John parece un pedazo de pan, no mataría a una mosca… ¿Pero por qué iba a mentirme sobre algo así?

—No creo que te mintiera. Pegar a los niños es todavía algo muy normal, lo que no es normal es que algunas personas sigan viéndole algún beneficio. Pero tú no puedes ayudarlo, Enya. Quítate eso ya de una vez de la cabeza. Él es más fuerte que tú. Tú eres la que está en casa todo el día, sin trabajar ni estudiar, sin ninguna motivación ni ilusión por vivir. Tenías un sueño y ahora no tienes nada, solo la fijación de ayudar a alguien que te hace daño.

—¿Y cómo propones que le busquemos a otra víctima?

Me crucé de brazos, fruncí los labios y no disimulé en absoluto mi disconformidad.

—Yo seré su siguiente víctima.

—¿Qué? ¡Estás loca!

—Bueno, no lo seré, porque yo ya lo conozco, pero él a mí no. Le tenderemos una trampa.

—Él sí te conoce. Os habéis visto algunas veces y le he hablado de ti. Es lo normal: somos amigas.

—Tanto mejor, pues. No hay nada peor que liarse con una amiga de tu novia. Después de eso ya sí que no le perdonarás jamás. ¿No le habrás dicho que soy lesbiana?

—No… eso no. Es que yo creía que eras *bi*, chica. La verdad es que hoy estoy alucinando contigo. Y… no me gusta nada lo que me estás diciendo. ¿Vas a intentar robarme al novio? ¿A mi prometido?

—Te recuerdo, guapa, que has roto con él. O sea que ya no es tu novio. Y sí, voy a seducirlo y demostrarte que por muy listo que él se crea que es, piensa con la polla, como todos. Te voy a hacer un favor, Enya, pero entonces sí que ya no conseguirá volver a conquistarte. Si se acuesta con otra, ya no le perdonarás, ¿me lo prometes?

—Nancy, tú estás mal de la cabeza. Patrick no es así. No es un mujeriego. Él no me ha engañado con otra jamás. A Joanna tampoco se lo hizo; nuestra relación empezó mucho después de que terminaran ellos. ¿Y tú por qué quieres acostarte con él? ¿Quieres hacerme daño?

—Eh, eh, para el carro. No me estás escuchando. No soporto ver cómo una mujer joven, valiente e inteligente malgasta su vida con un psicópata, y quiero hacer todo lo posible para que esta mujer, que es mi amiga y a la que quiero, se dé cuenta ya de una vez. Por desgracia, solo tiene ratos de

clarividencia y aunque su amado le ha hecho más de una putada bien gorda, ella siempre le perdona. Yo solo quiero salvarle la vida, ya ves.

—¿Salvarme la vida? —No pude evitar el sarcasmo.

—Sí, eso mismo. Tú quieres ayudarlo a él, y yo quiero ayudarte a ti, porque estoy convencida de que si sigues con él serás una desgraciada toda la vida. Aunque… sinceramente, creo que algún día por fin te darías cuenta, pero entonces podría ser ya tarde.

—Está bien. Una trampa, ¿eh? Creo que te equivocas. Por muy supersexy que seas, que lo eres, él no caerá. Tiene sus cosas malas, pero la infidelidad no es una de ellas. Así que voy a dejar que pongas en marcha tu plan, y verás que no todo es tan blanco y negro y no todas las personas son tan buenas o tan malas.

—¡Perfecto! —exclamó ella contenta—. Vamos a firmar un contrato.

—¿Qué?

—Esto es un trato entre tú y yo, Enya, y tiene que quedar por escrito. No puedo arriesgarme a que no cumplas tu palabra. Si consigo acostarme con Patrick, tú harás las maletas, desharás tu vida aquí, regresarás a España, empezarás de nuevo y no volverás a verlo jamás, ni a hablar con él.

—¿Y si no lo consigues?

—Entonces admitiré que me he equivocado en mi diagnóstico y que quizás no es tan egoísta y megalómano y que sí que te quiere.

—Está bien —repuse sin acabar de creer que estuviera aceptando formar parte de esa locura—. Si tú ganas, me iré. Pero tú ¿qué harás, seguirás con él?

—¿Seguir con él? ¡Pero qué dices! Para empezar, no es mi tipo, por muy guaperas que sea. Además, estoy enamorada de Rose. A ella se lo voy a contar todo y espero que lo acepte, pero si no es así, tendré que aguantarme. Tu vida es más importante que mis devaneos amorosos y si he de romper con ella antes para follarme a Patrick, pues que así sea. Solo voy a engañarlo, seducirlo, llevármelo a la cama, grabarlo todo en vídeo para ofrecértelo como prueba, y entonces dejarlo tirado, igual que harás tú. Pasará de tener dos relaciones a ninguna, hasta que encuentre a otra a quien hacer daño, claro.

—Tienes una mente retorcida. ¿Es que todos los yanquis sois así?

—Los hay de todos los colores —aseveró con una sonrisa.

—Que conste que te permito hacerlo porque sé que te equivocas.

—Voy a redactar el contrato —respondió ella para zanjar el tema.

Lo que ocurrió en los meses siguientes me produce dolor y vergüenza recordar. Ese mismo lunes fui a casa de Patrick mientras él trabajaba, para recoger mis pocas pertenencias. Por la tarde me llamó. Al cabo de tres días nos vimos. Una semana más tarde volvía a vivir en su casa. Lo acepté sin ultimátum ni condiciones. Hablamos, pusimos empeño en mejorar las cosas, y llamé a Nancy para revocar nuestro trato.

—Lo siento, es irrevocable; es una de las cláusulas —me contestó—. Ahora puedes odiarme todo lo que quieras, pero yo voy a seguir con el plan y algún día me lo agradecerás. Disfruta de la luna de miel, porque no va a durar mucho.

Entré en una época de paranoia. Me preguntaba si ella lo habría llamado ya, cómo lo haría, si Patrick me diría algo… Pero pasaron dos meses y no hubo nada. Ella y yo no mantuvimos contacto; era una de las condiciones. La vida con él volvió a lo de siempre: él planeaba lo que hacíamos y perdía la paciencia con muchas de mis pequeñas torpezas. Entonces empecé a desear que Nancy se pusiera en marcha y, por primera vez, que tuviera éxito. No acertaba a decidir si era masoquista o tal vez me sentía con tan pocos ánimos para tomar las riendas de mi vida que lo fácil era pasárselas a ella. No obstante, una noche antes de acostarnos, decidí avisarle.

—Sabes que yo te quiero, a pesar de que no me gusta cómo me tratas a veces.

—¿Y cómo te trato? —replicó él, exasperado—. Eres pesadita con eso, ¿eh?

—Mal, me tratas mal. Aun así, lo que te iba a decir es que yo no te engañaría jamás con otro y quiero que sepas que si tú me engañas a mí no te lo perdonaré nunca.

—¿A qué viene esto ahora?

—A nada. Solo quería advertirte. Si te acuestas con otra, te dejaré y no volveré a hablarte nunca en la vida. Nunca, nunca jamás. Solo quiero que lo recuerdes.

—¡Vale! —Patrick me miró como si fuera una loca de atar—. ¿Ahora podemos apagar la luz? Es que yo tengo que trabajar mañana, no como otras…

Pasó otro mes y seguí sin notar nada raro, aunque pronto descubriría que Nancy ya había contactado con él antes de esa conversación. No deseé conocer los detalles de sus encuentros. Solo supe que ella lo llamó con la excusa de hablar sobre mí y a partir de ahí se las ingenió para desviar su interés hacia ella en otros encuentros que ambos estuvieron de acuerdo en ocultarme porque me veían demasiado frágil y no querían herirme.

Entonces un día, de repente, supe que había sucedido, lo habían hecho. Aún hoy no soy capaz de explicar cómo estuve tan segura. Fue mi intuición la que me alertó, pero si no hubiera sabido lo que Nancy estaba tramando, quizás no habría percibido las señales.

Patrick me llamó para comunicarme que llegaría tarde a casa porque tenía una cena de negocios. La excusa típica que, por descontado, no creí. Cuando llegó, fingí estar dormida. Él tuvo la precaución de pasar directamente al baño y ducharse. Se metió en la cama sin encender la luz ni hacer ruido, y estuvo mucho rato despierto… En ese momento fue cuando lo confirmé. No creo que durmiera más de tres horas esa noche, aun así, por la mañana se levantó con el primer pitido del despertador, como hacía siempre. Yo tampoco dormí apenas, pero seguí en la cama hasta que se fue. No se acercó a mí para despedirse con un beso; hacía tiempo que eso ya era historia.

Cuando por fin oí cerrarse la puerta de la calle, salté de la cama y me dirigí corriendo al cesto de la ropa sucia. Como había imaginado, Patrick había puesto a lavar toda su ropa del día anterior, incluso la chaqueta. Esa misma tarde él pondría una lavadora; si lo hubiera hecho la noche anterior o antes de salir a trabajar, habría sido demasiado raro. Casi pude verlo con ese dilema en la cocina minutos antes: ¿qué sería menos sospechoso? No tenía manera de saber que hiciera lo que hiciera, yo iba a encontrar los indicios, porque ya sabía lo que buscaba y lo que había detrás.

Tuvo otra precaución: colocar la toalla semimojada que acababa de usar encima del resto de la ropa. No me costó mucho escarbar y sacar la camisa. Hundí toda la cara en ella y aspiré lo más hondo que pude. Reconocí el perfume de Nancy al instante.

Ya no me cabía duda de que habían estado juntos. Pero eso no implicaba que hubieran consumado el acto, me dijo la voz de la razón. No se me ocurrió qué otras pistas buscar. Entonces me di cuenta de que no quería saber más. La verdad me aterraba; no conocerla me dejaba la esperanza de

que él no se hubiera dejado engatusar. Me contenté con esa decisión, pero entonces me asaltó otro temor. Si Nancy no lo había conseguido, ¿cómo iba a salir de una situación en la que me sentía atrapada? La infidelidad de Patrick no era el problema, porque nunca había existido. Y si no me había sido infiel, las cosas no mejoraban, solo me demostraba que su sentido del deber no le había permitido cruzar esa línea; después de todo, era católico, en algo le debía de haber influenciado esa educación. En cualquier caso, pronto averiguaría lo que había pasado. Así era como habíamos quedado Nancy y yo: en que me llamaría enseguida.

La primera vez que lo hizo no fui capaz de responder. Insistió transcurridos diez minutos y decidí que ya estaba bien de tonterías, tenía que enfrentarme a la realidad.

—Hola… —respondí con un hilo de voz.

—Enya, tenemos que hablar. ¿Puedes venir hoy a casa?

—Sí, pero dímelo ya: ¿lo hicisteis?, ¿has ganado tú?

—No y sí.

—Explícate.

—No lo hicimos.

Suspiré aliviada, pero un segundo más tarde pensé: ¿y ahora qué? La historia no se acababa. Continuaría despertando cada mañana y preguntándome si seguía con él, y yo que había empezado a fantasear con irme, volver a Barcelona, hacer borrón y cuenta nueva… Entonces entendí que el temor a la infidelidad había sido solo por la humillación de la traición. De ahí el alivio; mi dignidad quedaba intacta, pero… en el fondo eso no era lo que deseaba.

—Sí he ganado yo —continuó Nancy después de una pausa.

—Pero si has dicho que no lo hicisteis…

—Porque yo me eché atrás, Enya. No fue necesario ir hasta el final, aunque él sí lo habría hecho. Ven a casa y te lo contaré todo.

¿Él sí lo habría hecho? De nuevo me asaltó el temor a la traición, mi orgullo herido por no ser lo suficiente mujer como para que mi hombre me fuera fiel.

—Está bien. Estaré allí dentro de una hora.

Nancy me abrió la puerta enseguida. Volvimos a sentarnos en el sofá de las confidencias; sería la última vez.

—¿Qué tal te va con Rose? —pregunté por no entrar en materia de golpe.

—Bien… Bueno, la Operación Doherty nos ha trastocado un poco. Al principio lo planeamos todo juntas y fue divertido, pero estos últimos días hemos andado con los nervios un poco crispados. Me alegro de que se acabe ya.

—¿La Operación Doherty?

—Sí, así fue como la llamamos, aunque habría sido más conveniente la Operación de Rescate a Enya.

—Bueno, vayamos al grano. ¿Qué pasó anoche?

—De acuerdo —aceptó Nancy irguiéndose en el sofá como si fuera a presentar un trabajo universitario—. Ayer era el día. Fuimos a cenar, tomamos un par de copas y lo invité a otra en casa. Antes quedé con él tres o cuatro veces y siempre para hablar de ti, pero ayer fue diferente. En toda la noche no te mencionamos y supe que ya lo tenía en el bolsillo. Pero cuando estuvimos en casa, yo volví a sacar el tema de Enya, no sin antes apretar el botón de grabar en mi móvil… Ocurrió aquí mismo, en el sofá. La grabación dura casi una hora. Después de eso se me encendió la bombillita. Cuando la escuches, querrás hacer las maletas y no verlo nunca más igual que si me hubiera acostado con él. Para mí fue un alivio no tener que hacerlo, no porque esté mal, sino por ti, Enya, porque sé que a pesar de todo lo quieres.

—¿Qué te dijo de mí? —pregunté con un hilo de voz.

—Vamos a escucharlo. ¿Estás preparada? —Me estrechó la mano como para darme fuerza.

—Sí, ponlo.

—Vale, pero te aviso de que… bueno, sí que me enrollé con él, claro. Lo de pararle los pies no se me ocurrió hasta el final. Sale todo en la grabación.

—¿Ah, sí? ¿A que besa bien? —dije para disimular lo mucho que me mortificaba esa situación.

—Sí, besa muy bien. En eso tenías razón tú —respondió con una sonrisa dubitativa.

—Bueno, ¡aprieta el botón ya de una vez! —grité casi.

La grabación empezaba con Nancy diciendo que estaba poniendo el móvil en silencio para que no les molestara nadie, cuando en realidad estaba disponiendo la grabadora. Casi acto seguido se oía a Patrick animándola a que se acercara a él, quería besarle el cuello… Entonces un silencio,

durante el cual estarían besándose, y luego rumor de movimientos, el clic de una copa y la voz de Nancy:

Un momento, no me acabo de sentir cómoda con lo que estamos haciendo. Pienso en Enya, sola en tu casa, mientras tú estás con su mejor amiga… Esto no está bien, Patrick.

Un suspiro de él, sin duda le acababa de cortar el rollo. Y entonces sus palabras: *No te preocupes por Enya ahora. Ya hablaré con ella.*

¿Y qué le vas a decir?

No lo sé. Tendré que terminar con ella, pero no sé cómo hacerlo. Depende tanto de mí… No sabes cómo ha cambiado, o igual siempre ha sido así y yo no lo supe ver. Me siento responsable por lo que pasó y por eso la tengo en mi casa, pero no sé durante cuánto tiempo tengo que seguir haciéndolo.

Si ya no la quieres, ¿por qué no se lo dices? Enya es más fuerte de lo que piensas y lo superará.

No puedo. Ella cree que desde que no puede tener hijos ya no la quiero.

¿Y no es verdad?

Bueno, fue un duro golpe… Sí, yo siempre imaginé que tendría hijos y puedo seguir teniéndolos. Su problema no es el mío, después de todo, no fue mi culpa que el embarazo fuera ectópico.

A mí me parece que no la quieres. Quizás nunca la hayas querido, y creo que tienes que decírselo; esta situación no es justa para ella.

Sí la he querido. Las veces que ella me dejó no lo pude soportar. Nunca antes me había dejado nadie, todas las relaciones las he terminado siempre yo. Pero ¿por qué tenemos que seguir hablando de Enya? Ven aquí…

No, Patrick, lo siento. No puedo seguir por este camino hasta que soluciones tu situación con Enya. Ella es mi amiga y ya me siento mal por tenerte aquí ahora, ¡el mismo apartamento que compartí con ella! Contéstame ahora, ¿la quieres o no la quieres?

¡No la quiero, no! Siento lástima por ella. Depende de mí, no tiene a nadie más.

Te equivocas. No depende de ti. Está contigo porque ella sí te quiere, pero no depende en absoluto de ti, y lo único que tienes que hacer es decirle que no la amas para que se vaya.

¿Crees que es tan fácil?

Claro que lo es. Ella ha intentado dejarte muchas veces, pero eres tú quien vuelve a perseguirla.

Es que antes… era como una droga para mí, pero desde que te he descubierto ya no la necesito…

Bueno, pues yo necesito que soluciones antes lo tuyo con ella.

Vale, vale, ya lo haré. ¿Y no podemos olvidarnos de Enya esta noche y pasar un buen rato tú y yo?

No, esta noche no.

¡No me jodas!

Hasta que no hables con Enya, no hay sexo con Nancy.

En ese punto levanté la mirada para dirigirla a mi amiga. Hasta entonces la había mantenido baja, pero ahora sentí ganas de abrazarla, a pesar de lo herida que me sentía. ¡Qué valor tenía esa mujer! Su respuesta había sido tajante, y eso que Patrick no se tomó nada bien el rechazo; reconocí la impaciencia y la ira en su tono.

¿Me estás diciendo que tengo que echar a mi novia de casa para acostarme contigo? ¡Tú no sabes lo que me pides!

A una novia a la que no quieres, tú mismo lo has dicho.

Querer, no querer… ¿Qué significa eso? ¡No son más que palabras! Los hechos hablan más alto, y a mí tus hechos me decían que tú también querías pasar la noche conmigo. Ahora de repente descubro que no, que la mierdecilla de Enya ha vuelto a interponerse.

Ahí estaba otra vez la frasecita de los hechos. Un escalofrío me recorrió la espalda al oírla de nuevo. Lo de «mierdecilla» —*little shit*, para ser exactos— me sorprendió tanto que me dolió menos.

Nancy tocó el botón de pausa.

—Todavía queda un rato. ¿Quieres seguir escuchando?

—No, no importa. Resúmeme el resto.

—Pues, como ves, se enfadó un poco. Lo tranquilicé con una pequeña dosis de sexo preliminar y le aseguré que si en una semana hablaba contigo y te echaba de casa, le regalaría el mejor sexo de su vida. Incluso le dije que si quería podía llamar a Rose y hacer un trío.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio le dijiste eso?

—Te lo juro. Está todo grabado.

—¿Pero le dijiste que eres bisexual?

—Bueno, no exactamente, porque no quería que sospechara que yo también tengo una relación, y menos con una mujer. Pero ya sabes que la fantasía de todo hombre es hacerlo con dos mujeres. Te aseguro que le brillaron los ojos.

—Estoy muy confundida y humillada. Tú tenías razón. En el fondo yo ya sabía que lo suyo no era amor en realidad, pero tener la confirmación así tan clara, no sé… es muy raro.

—Sí, imagino que es un golpe, es normal. Patrick no es capaz de querer a nadie, es algo típico de los maltratadores.

—Bueno, pues nada. Iré a su casa, recogeré mis cosas, reservaré un billete y volveré a Barcelona. ¿Y tú qué harás? Me has liberado de él, pero ahora no te dejará en paz a ti hasta que consiga lo que quiere. Patrick es así, no se rinde y si ahora te quiere a ti, no parará hasta conseguirte.

—No te preocupes por mí, Enya. Yo tengo la ventaja de no estar enamorada de él como lo estuviste tú. No soy más que un capricho para él, y dijo lo que has escuchado para acostarse conmigo, nada más. En realidad le importas más de lo que confesó; la prueba está en que no te va a dejar. Le puse un ultimátum: tiene una semana para romper contigo si quiere acostarse conmigo. ¿Crees que lo hará? ¡Pues claro que no! Se cabreará y pensará que soy una calientapollas, pero seguirá contigo, se olvidará de mí e incluso llegará a felicitarse por haberte sido fiel. Eres tú la que tienes que dejarlo. Piensa cómo hacerlo, enfrentándote a él o marchándote sin más.

—Me voy a ir sin más. No quiero implicarte a ti en nada, que no sospeche que has tenido algo que ver.

—Sospechará igualmente, y me vendrá a pedir explicaciones, pero ya me las apañaré, no te preocupes. Lo importante es que tú no te eches atrás. Debes conservar la rabia que sientes ahora para marcharte, y una vez en España ya tendrás tiempo de recoger los pedacitos rotos de tu corazón y volverlos a enganchar. Tienes suerte de disponer de otro continente adonde escapar.

—Más que rabia lo que siento es pena de mí misma… otra vez, y yo que creía que ya lo había superado, después del embarazo, ya sabes…

—Te metiste por una carretera llena de baches, pero ya estás llegando al final. Volverás a España, empezarás una nueva vida y conocerás a un hombre que te querrá y valorará de verdad.

Y así lo hice. Pocos minutos más tarde estaba reservando un billete de avión de regreso a Barcelona para tres días más tarde. Luego volví a casa de Patrick e intenté actuar de la manera más normal posible. Él no notó ningún cambio de actitud en mí porque andaba ensimismado pensando en Nancy. Durante los dos días siguientes me despedí de Anne y John sin decirles que lo estaba haciendo. Solo fui a verles y pasé varias horas con ellos, hablando de trivialidades e intentando ocultar mi tristeza. Les di un fuerte y largo abrazo a cada uno; más tarde ya entenderían por qué lo había hecho. También me despedí por teléfono del hermano de Patrick, su mujer Emily y la niña, que quizás algún día sí tendría primos después de todo. Eso fue lo que le dije a Emily, se me escapó, y ella sospechó algo.

—¿Habéis vuelto a romper? —me preguntó.

—No, me voy. Pero por favor, no digas nada. Si se entera, me lo pondrá más difícil.

—No diré nada —aseguró ella y, después de un momento en el que pareció dudar, añadió—: Haces bien.

La noche antes de mi partida, mientras mirábamos la televisión sentados en el sofá sin apenas habernos dicho nada en todo el día, decidí darle una oportunidad de confesarse.

—Patrick, ¿tienes algo que decirme? —le pregunté de sopetón.

Él apretó el botón de silencio del mando y se tomó su tiempo antes de girar la cabeza hacia mí, dedicarme su sonrisa falsa y responder:

—No, ¿a qué te refieres?

Sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Supe que en esos escasos segundos él había calculado la posibilidad de que Nancy me hubiera contado algo y en caso de que así fuera, ya tenía preparada su versión de los hechos inculpándola a ella, que sin duda yo me creería.

—A nada en concreto. Solo quería saber si tienes algo que decirme antes de que…

—¿Antes de que…? —repitió él.

—Antes de nada. Solo quería saber si me quieres.

Patrick resopló y desvió la mirada. Al menos no dijo: «Ya estamos otra vez con eso», pero no fue necesario, su lenguaje corporal me lo comunicó todo, y por un momento ya no me sentí desquerida, sino aliviada y convencida de que no me equivocaba al irme.

—Pues claro que te quiero —dijo sin mirarme y demasiado tarde.

Yo no añadí nada más y al cabo de unos segundos volvió a ponerle el sonido al televisor, no sin antes preguntarme:

—¿Algo más?

—Nada más.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiamos. Al día siguiente me levanté cuando él se marchó a trabajar y dediqué una hora a escribirle una carta de despedida jurándole que no habría más oportunidades y que cualquier intento de retenerme sería inútil.

Mi vuelo salía a la una y media de la tarde, y Nancy pasó a recogerme tres horas antes. Abandoné mi coche en casa de Patrick, así como otras pocas pertenencias, y le dejé escrito que hiciera lo que quisiera con todo. No tenía nada más por deshacer. Me despedí de la casa con la convicción de que nunca más volvería y una nítida sensación de estar ante la bifurcación de dos caminos de mi destino. Para cuando Patrick llegara por la tarde y viera mi carta yo ya llevaría tres horas y media en el aire.

Nancy y yo nos fundimos en un largo abrazo y algunas lágrimas que empecé yo y le contagié a ella. Prometimos mantenernos en contacto.

—Pero no vuelvas —me advirtió—. Iré yo a verte.

Han pasado más de dos años y no he vuelto a Boston. Ella tampoco ha venido a verme, aunque continúa diciendo que algún día lo hará. Patrick intentó localizarme, pero no tuvo el valor de presentarse en mi ciudad así sin más; eso sí que solo pasa en las películas. Nancy tuvo más dificultades en deshacerse de él y sus exigencias de alguna explicación, pero se mantuvo firme en asegurar que no había tenido nada que ver y lo amenazó con denunciarlo por acoso. Emily me escribió meses más tarde para comunicarme que mi marcha había dejado a Patrick *devastated* —desolado — pero que ya había empezado a salir con otra. Me alegré por él, y sentí pena por ella.

OceanofPDF.com

Segunda Parte

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, julio de 2016

Regresé a mi país en un mal momento y me acordé de las palabras de mi madre: siempre contra corriente. Cuando miles de jóvenes de mi edad viajaban al extranjero en busca de trabajo, yo volvía cargada de fracasos. Curiosamente, lo que más me pesaba era no haber terminado el máster, mucho más que no sentirme una mujer completa, merecedora del amor de un hombre. Y quizás por eso me volqué primero en resolver ese aspecto de mi vida aunque, como siempre, se me acabó juntando todo.

Volví al piso de Entença y aquí sigo, ya no me he movido. Como mis abuelos habían cumplido mis deseos de no tocar nada, me encontré con todas las cosas de mi madre. Más de tres años después de su muerte, me enfrenté por fin al dolor que me dejó su vacío. Recordé el día que nos reunimos todos en el tanatorio, después de la cremación: mis abuelos, Sergio —mi padre— (sin la mujer ni los niños), las amigas de mi madre y muchos de sus pacientes, y me pareció que todo había ocurrido solo un día antes, como si los tres años vividos en Boston hubieran sido un paréntesis en otra realidad paralela y mientras tanto el tiempo se hubiera detenido en Barcelona.

Y lloré. Derramé el diluvio de lágrimas que había contenido tanto tiempo en mi interior porque hasta entonces me había negado a aceptar que estaba sola, que mi madre ya nunca más volvería a escucharme, consolar mis penas o contagiarse de mis alegrías.

Durante un par de semanas me dediqué a vaciar el piso de sus pertenencias: toda su ropa y muchos objetos personales que yo jamás usaría y que llevé a los buenos samaritanos. Encontré un anuncio en el periódico en el que alguien se ofrecía a comprar libros de segunda mano, y llamé para deshacerme también de muchísimos libros, entre ellos una enciclopedia de psicología.

Una voz de mujer me informó de que su marido me llamaría en breve para concertar una cita. Al cabo de dos días me telefoneó un hombre y quedamos en que esa misma tarde vendría a valorar mis libros. Sonó el timbre del interfono a la hora puntual y minutos más tarde abrí la puerta para que pasara un señor con barba acompañado de un chico de unos diecisiete años.

—A ver esos libros —me dijo a modo de saludo.

—Adelante, están esperando en el suelo del salón.

Se le abrieron los ojos como platos, mientras yo entrecerraba los míos para tratar de recordar dónde había visto antes a ese señor. Había dispuesto en la estantería que cubría una de las paredes del salón los libros que iba a guardar, y los que no estaban apilados en el suelo en varias columnas que se apoyaban unas en otras para no tambalearse. Le acerqué una silla al señor, mientras el chico y yo nos apostamos a su lado de pie; apenas había más sitio para sentarse.

—Vamos a separar los que nos pueden interesar y después el chico irá a buscar las cajas a la furgoneta.

—Está bien.

—Lo que más nos interesa son las novelas. Si son modernas y *bestsellers* aún mejor, pero nos llevaremos también las enciclopedias.

—Pues de esas encontrará muchas. Tanto mi madre como yo somos lectoras voraces, pero no tenemos sitio para tantas.

—¿Dónde está tu madre? —me preguntó levantando brevemente la vista del libro que estaba hojeando.

—Ya no está. Murió.

Había vuelto a usar el presente, pero lo cierto era que mi madre ya no era lectora, ya no era nada. Tendría que acostumbrarme.

—Como te digo, las novelas son lo que más sigue vendiéndose —dijo el hombre de pelo y barba blanca con la atención de nuevo en los libros—, aunque muy mal. La competencia de los libros electrónicos es muy dura, y yo ya no puedo pagar el alquiler de la librería. Vamos a cerrar, pero estos aún los venderemos.

Mientras los iba repasando uno a uno, sin detenerse demasiado, caí. Tenía ante mí al propietario de la librería de viejo más antigua y emblemática de Barcelona. Tan solo unos días antes había vuelto a perderme unas horas en su sótano, examinando con cuidado las numerosas ediciones antiguas y

algunas más nuevas, sin ser aún consciente de que algo me estaba rondando en la cabeza, una idea.

—¿Cuándo van a cerrar? —pregunté distraídamente.

—A finales de noviembre. Es cuando nos vence el contrato de arrendamiento.

—¿Y qué pasará con los libros?

—Me los compra casi todos uno de mis empleados, que tiene la locura de abrir otra librería. Bien por él. Yo ya soy viejo, como mis libros, así que me jubilo y dejo paso a los jóvenes emprendedores.

—Lo siento, ¡ya no quiero venderlos! —exclamé poniéndole una mano sobre la suya, para detenerlo.

Él me miró boquiabierto y, para no ofenderlo, me apresuré en añadir:

—Siento mucho haberle hecho perder tiempo al venir a mi casa, pero para mí ha sido un honor conocerle, señor Mallafré. Yo también soy joven y emprendedora y, gracias a usted, me acabo de dar cuenta de lo que quiero hacer con mi vida. Para eso necesito los libros.

Aún tardó unos segundos en reaccionar, pero no se enfadó. Se levantó, me tendió la mano, y dijo:

—Buena suerte, entonces. Y encantado.

Los días siguientes continué purgando el piso y mi alma de los vestigios de mi madre, pero además me puse a buscar locales de alquiler. No me costó encontrar varios en el barrio de Gràcia, desde siempre mi favorito, y enseguida me decidí por uno muy amplio en la plaza Revolució de Setembre 1868, que me inspiró además para escoger el nombre de mi nueva empresa: Ediciones Revolución. Firmar el contrato de alquiler, luz y agua fue fácil; hacerme autónomo y conseguir los permisos necesarios fue más complicado, o mejor dicho: caro.

Desde que había regresado a Barcelona me había mantenido muy ocupada; dormía pocas horas y me levantaba muy temprano cada mañana con la energía para darle otro vuelco a mi vida, el que debería haber realizado tres años antes. Pero a veces me detenía un momento y el recuerdo de Patrick me inundaba los pensamientos. Sabía que debía mantenerme fuerte y no dejar nunca más que volviera a mi vida, pero no podía evitar olvidar los malos momentos y rememorar los buenos. De toda experiencia se puede sacar algo positivo y descubrí con sorpresa que Patrick

me había enseñado muchas cosas buenas, al menos en el plano profesional. Aunque él no valoró eso en mí, yo había prestado atención y puse en práctica en mi nuevo negocio tácticas y estrategias que había observado en el suyo. Claro que para mí no fue necesario pedir un préstamo, y quizás él habría despreciado ese detalle y me habría recordado cómo él empezó de la nada, sin ayuda alguna. Yo disponía todavía de la herencia de mi madre y de los adelantos que me proporcionaban mis abuelos por ser accionista de su empresa. Me recordé a mí misma que eso no me desmerecía; lo importante era tener un sueño, creer en algo, invertir todo mi tiempo y esfuerzo en él, y hacerlo realidad.

Me olvidé definitivamente de estudiar. Al menos, de la manera tradicional. Ya no necesitaba más títulos cuando había decidido trabajar para mí misma y dejar de intentar impresionar a nadie. Pero mi pasión por la edición no había mermado y todavía soñaba con ser una cazatalentos. Sentía lástima y un apego renovado por mi país y me avergoncé de haberle dado la espalda; quizás por eso me dispuse a hacer todo lo contrario. Me olvidé de los autores americanos y me centré en la literatura española. Leí varios manuales de estilo y realicé un curso intensivo de corrección y edición por internet. Mi nuevo negocio no iba a ser solo una librería independiente con una sección de títulos de segunda mano y otra de autores autopublicados, sino que albergaría mi despacho de editora. En Boston había visto proliferar librerías de ese tipo, pero la mía sería mucho más: un espacio literario donde se celebrarían también tertulias, presentaciones… Estudié las listas de las novelas más vendidas en Amazon y compré muchas, que empecé a leer y a descartar enseguida. Entonces exploré las redes sociales y poco a poco fui descubriendo a raros talentos entre esas obras autopublicadas que no conseguían abrirse camino en el mundo editorial convencional. Fui ganándome la confianza de muchos escritores. Algunos habían conseguido publicar con una editorial tradicional después de haberse ganado miles de lectores en formato digital, pero estaban descorazonados y se sentían abandonados por esas editoriales que no los promocionaban ni cuidaban la presentación de sus obras. A otros los habían engañado las empresas de coedición con falsas promesas de prestigio. Yo empecé a proponerles algo diferente. Para empezar, edité una novela sin pedir permiso a su autora y le entregué la corrección totalmente gratis. Ella quedó muy satisfecha y sorprendida de que no le pidiera nada a cambio. En vez de eso, le propuse que fuera la primera autora en vender en mi recién

estrenada librería sin haber pasado antes por una editorial o, mejor dicho, pasando antes por mi editorial. Aceptó encantada y me encargué de contratar a un diseñador gráfico para crear la cubierta de la novela en papel. Yo misma maqueté el interior y me puse en contacto con una empresa de impresión a demanda. Más tarde contactaría con las principales librerías del país para conseguir que mis libros editados se expusieran también en sus estanterías. Poco a poco y gracias al fenómeno del boca a oreja y sin hacer apenas publicidad, fue creciendo mi carpeta de autores deseosos de publicar con una editorial. Muchos no pasaban mi filtro de calidad; los que sí lo hacían seguían siendo los que yo iba a cazar. Algunos respondían de entrada con reticencia, temerosos de una estafa, pero pronto veían que trabajar conmigo suponía todo ventajas y ningún inconveniente. Los que habían publicado ya por su cuenta podían seguir haciéndolo y conservando sus derechos. Yo les ofrecía un escaparate más, una oportunidad más de ser visibles a los lectores. No podía otorgarles un adelanto como las editoriales tradicionales, pero sí una edición profesional sin gasto alguno por su parte. Abrí una página web a través de la cual se podían comprar también los libros tanto en papel como en formato electrónico. Algunos autores optaron por cederme los derechos de la versión digital cuando comprobaron que mi edición se vendía mejor porque era de calidad. Después de muchos meses y trabajo duro, mis autores y yo empezamos a tener ingresos.

Han pasado casi tres años desde que empecé y ha habido muchos cambios, todos para bien. Ediciones Revolución está considerada una editorial seria, aunque pequeña, pues yo sigo siendo su única editora. Ya no soy yo quien maqueta las obras como hiciera al principio, y ahora además tengo dos empleados aparte del diseñador gráfico al que contrato cuando necesito, y dos lectores fieles. En la librería he celebrado presentaciones y actos literarios e incluso he creado un pequeño espacio de lectura con sofás y una máquina expendedora de café. Tengo a un grupo selecto de autores que están dando mucho que hablar y me gusta pensar que en gran parte es gracias a mí. A menudo recibo solicitudes de entrevistas para diarios y radio; en una de ellas me han llamado «la editora todoterreno: una mezcla de agente literaria, editora y librera». El bombazo está aún por caer, cuando publique la novela de Alberto, la que no tiene título. La de Eulàlia vendrá después.

Mi embarazo es ahora ya muy evidente: estoy de seis meses y medio. Estoy leyendo la segunda parte de mi historia y todavía no me decido por el momento idóneo de publicarla, pero tendrá que ser después de que nazca la niña. Ahora me estoy tomando un merecido descanso. Entonces me dedicaré al bebé en cuerpo y alma, como hiciera mi madre conmigo. He tenido que hablar con mis abuelos e incluso con Sergio y su mujer para darles algún tipo de explicación.

—Eres igualita a tu madre —me dijo mi abuela cuando le confesé por fin que no me he engordado solo de grasa.

—Me lo tomo como un cumplido, yaya, pero hay una diferencia: yo sí quise mucho al padre de mi hija y habría vivido con él. Mi madre escogió sus propias circunstancias; yo no. Por mucho que me empeño en hacer lo contrario siempre termino por ceder a los deseos de los demás, como si fuera un personaje de novela… Por mucho que digan los novelistas que sus personajes cobran vida y hacen lo que quieren, yo no, no lo consigo.

Sergio también recibió la noticia con sorpresa. Él y su mujer me han vuelto a pedir que mienta a mis hermanos y les diga que estoy casada y mi marido me espera en casa. Me duele engañarlos; por suerte no preguntan mucho, no les interesa. Los niños son los únicos que no me juzgarían, pero tampoco puedo contarles toda la verdad: ellos lo conocieron.

Tanto Sergio como mis abuelos me preguntaron quién es el padre, claro. A todos les he contestado con la misma escueta explicación: «No lo conocéis. Además, no importa porque ya no estoy con él».

Confío en el éxito seguro de la novela de Alberto, que apenas ha necesitado corrección. Estaba casi perfecta, no en vano Alberto era un escritor consagrado y galardonado, aunque ahora sé que era María la que pulía todas sus obras hasta la sublimación.

Se me ocurrió contactar con él a raíz de una entrevista que leí en un suplemento dominical. En ella afirmaba que las editoriales españolas habían bajado mucho su control de calidad, que ahora solo publicaban novelas comerciales que seguían las modas del momento, y además, solo de autores ya conocidos, y que hacían falta más editores como los de antaño: los que se preocupan de verdad de sus autores y sus obras.

Ese era el tipo de editora con el que yo siempre había soñado ser y me estaba proponiendo muy en serio conseguirlo. Mi sello editorial todavía

estaba en proceso de gestación, mientras la librería ya había empezado a funcionar, de momento solo con ejemplares de segunda mano pero de excelente calidad, como nuevos. Conté con una gran ayuda, de amistades y conocidos que me trajeron cajas de libros por los que les pagué un euro el ejemplar. Enseguida se corrió la voz y en poco tiempo dispuse de miles de libros. El mismo día que inauguré la librería empecé a vender. Además, creé un sistema de intercambio: por cada libro que regresaba a mi librería, el comprador recibía en crédito la mitad de lo que había gastado. Esos eran los clientes que siempre volvían.

En los ratos que no entraba nadie, que eran muchos, me dedicaba a leer, como había hecho siempre. Cuando me tropecé con la entrevista a Alberto, ya había editado la novela de mi primera autora, que estaba en proceso de maquetación para la versión en papel. Les tenía echado el ojo además a cuatro novelas autopublicadas más; buenas, pero que podrían ser mejores. Solo una de ellas se encontraba en las listas de las más vendidas; las otras tres tenían cubiertas poco atractivas a pesar de ser de una calidad literaria superior. Yo aspiraba a ser el tipo de editora del que hablaba el famoso novelista Alberto Valera en esa entrevista: no me importaba que una novela fuera comercial o no, sino que rezumara alta literatura.

Después de leer la entrevista, pinché en su página web y casi sin darme cuenta me pasé un par de horas curioseando en su bibliografía. Había oído hablar de él antes, incluso me había leído un par de sus novelas, hacía años, pero nunca hasta ese momento me había fijado bien en él. Ese día, en cambio, me cautivó una imagen suya: la foto que acompañaba la entrevista y que también aparecía en su página web. Era de medio cuerpo, sentado con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas bajo la barbilla. Tenía el pelo un poco canoso, la cara bien afeitada, y los labios ligeramente curvados en una sonrisa. Los ojos miraban a la cámara. Tuve una extraña sensación de *déjà vu* y traté de recordar si ya antes me había topado con esa mirada tan profunda. Parecía que me mirara a mí, que me invitara a llamarle. Enseguida pensé que eso era una tontería, pero más tarde él mismo me confirmaría que, en efecto, cuando le tomaron esa fotografía, estaba pensando en mí. De todas las que conservo de él solo, es mi favorita. Aún hoy, cuando la miro, siento la misma poderosa e inexplicable atracción que me embargó la primera vez.

Durante una semana más o menos volví cada día a su página web y en especial a la fotografía que me magnetizaba. Había una página de contacto,

así que una tarde, casi sin darme cuenta, me puse a escribirle. Quería conocerlo, no sabía por qué, pero sentía un ansia poderosa que poco tenía que ver con el trabajo. Su perfil de escritor no me interesaba, pues él ya era un talento descubierto con una larga trayectoria y un par de premios. Además, hacía cuatro o cinco años que no publicaba nada y se rumoreaba que estaba retirado de la literatura, a pesar de ser aún joven. A mí no me parecía tan joven: tenía casi cincuenta años, justo el doble que yo. No podía explicarme por qué entonces me atraía tanto su imagen. Aun así, no podía arrollarle como una adolescente deslumbrada; necesitaba una excusa plausible y seria. Sin faltar a la verdad, me presenté como una editora en ciernes, propietaria de una librería independiente que acababa de abrir sus puertas en Barcelona. Le expuse en tres frases mis ideas de futuro y mis proyectos y le invité a ser uno de los autores que ofreciera alguna charla a los escritores noveles que pensaba adoptar. Mientras redactaba la carta pensé que se trataba de una excelente idea y excusa, y confié en que me respondería, a pesar de ser quien era y de no necesitar perder su tiempo con principiantes como yo. Algo me decía que, si Alberto era tal como mi intuición me indicaba, abierto a lo nuevo y sin miedo al futuro, me contestaría.

Al día siguiente me levanté aún más temprano de lo normal, me tomé el café a toda prisa y llegué a la librería una hora antes de tener que abrir. En casa no tenía internet, y había decidido que no lo iba a instalar, de manera que los fines de semana me desconectaba del mundo cibernético para conectar solo con la gente que me rodeaba: mis hermanos, mis abuelos, y algunas viejas amistades que fui recuperando. Tampoco tenía teléfono fijo, pues al morir mi madre e irme yo a Boston, mis abuelos se encargaron de cortar la línea, y luego, al tener móvil, ya no me pareció necesario. Encendía el móvil cada mañana nada más despertarme, pero tampoco tenía internet en él, a no ser que estuviera en una zona de wi-fi, como en la librería. Al llegar, enseguida comprobé en la pequeña pantalla mi bandeja de entrada: no había respuesta de Alberto. No me desanimé, pues habían pasado pocas horas y era posible que no hubiera visto aún mi mensaje. Me recordé a mí misma que no todo el mundo comprobaba su correo electrónico varias veces al día como hacía yo.

Pasó un día más y mi bandeja de entrada seguía sin noticias de Alberto. Solo entonces me invadió una sensación de ridículo que se apoderó de toda

la confianza que me había animado dos días antes. ¿Por qué iba a molestarse un novelista consagrado en responder a una neófita como yo? Releí el correo y noté cómo la sangre me borbotaba bajo las mejillas. Me puse en su lugar, como si yo fuera una novelista famosa que recibía esa petición, y sentí tanta vergüenza… La carta ni siquiera era profesional. Firmaba con mi nombre de pila, lo tuteaba, y lo animaba a venir a Barcelona como quien invita a un amigo. Sin embargo, en los dos días de espera me había obsesionado aún más con él y ya no me contentaba con mirar su fotografía.

Entonces hice lo que debería haber hecho antes de escribirle: en el buscador de Google tecleé «Alberto Valera escritor». Los primeros enlaces que aparecieron en la pantalla me helaron la sangre que hacía unos segundos me había quemado. Eran noticias de casi tres meses atrás, pero más recientes que la entrevista que yo leyera en el suplemento de un diario atrasado. El primero rezaba: «Muere la esposa del novelista Alberto Valera en un trágico accidente». Los siguientes eran similares; uno era una breve nota sobre el funeral. Los leí todos sin apenas parpadear. Alberto conducía, pero difícilmente podría haber evitado la tragedia, que se desencadenó a causa de un vertido de aceite de un camión. Continué indagando en internet y averigüé más datos sobre Alberto y su mujer María: habían estado casados veintisiete años y no habían tenido hijos; ella era licenciada en Filología Hispánica y había sido la mano derecha del escritor, la que le impulsara en su carrera de novelista. «Todo mi éxito se lo debo a ella», había asegurado en otra entrevista el autor que nunca se olvidaba de mencionarla en los agradecimientos. Recordé que tenía un par de ejemplares viejos de sus novelas y corrí a buscarlos. Abrí el primero por la última página y, en efecto, ahí leí lo que luego comprobaría en todas sus novelas: «Mi más profundo agradecimiento es para María, mi esposa, amiga, lectora, correctora y editora, la luz de mi vida sin la cual no soy nada».

Suspiré hondo, abrumada por la avalancha de sentimientos contradictorios que me embargaba. Me golpeé la frente por no haber realizado todo ese trabajo de investigación antes de enviarle el maldito mensaje de correo electrónico. De haber conocido su situación, no habría intentado ponerme en contacto con él en absoluto, por respeto a su dolor. Pero tonta de mí, no se me ocurrió pensar que él, como todo el mundo, tenía una vida privada: una mujer y quizás hijos. No, a partir de una sola imagen,

yo me había formado la idea de un novelista solitario que se dedica a escribir alejado del mundo hasta que una joven editora (yo) le saca de su aislamiento con una sugerente invitación a la Ciudad Condal. Tenía tantas ganas de conocerlo que en mi imaginación lo había despojado totalmente de su entorno como si él no viviera más que para esperar mi llamada.

Ahora sé que mi percepción no fue errónea, aunque todavía siento escalofríos al recordar lo que Alberto me diría mucho más tarde: cuando le tomaron la foto para esa entrevista María todavía estaba viva, pero él estaba pensando en mí.

Aparte de sentirme tonta y avergonzada, tuve envidia de María. Ella había compartido más de la mitad de su vida con él y lo habría conocido mejor que nadie. Yo, en cambio, no creía que tuviera ya ninguna posibilidad de relacionarme con él. Esa carta había sido una total metedura de pata. Me había comportado como una colegiala y me dije a mí misma que mi fracaso amoroso con Patrick me había afectado de una manera imprevisible. Analicé fríamente mis pensamientos de los dos días anteriores y llegué a la conclusión de que no estaba curada de amores. Había fantaseado con la visita de Alberto a mi librería y un amor a primera vista por parte de los dos. A mí me encandilaba el hecho de que fuera escritor y mucho mayor que yo. A la fuerza tenía que saber de la vida y del amor; su madurez se me antojaba irresistible. Que fuera escritor era lo que más me seducía, y ya había decidido que el hombre perfecto para mí debía ser, necesariamente, un novelista. No me cabía en la cabeza cómo podía haberme enamorado de alguien como Patrick, tan ambicioso por ganar dinero, cuando estaba claro que yo lo que quería era un soñador, un creador de ideas, de otros mundos, de otras vidas. Me consolé recordándome que a Patrick no lo había escogido yo; él me había conquistado sin que yo apenas tuviera tiempo para pensar en lo que estaba ocurriendo. Por contra, a Alberto yo lo vi primero y decidí que lo poco que sabía de él me gustaba tanto que lo que desconocía también me gustaría. Pero lo que me había parecido alcanzable —¿por qué no?— y me había insuflado de una nueva esperanza y energía chocó con la cruda realidad: el descubrimiento de que Alberto tenía una vida muy diferente a la que yo me había inventado en solo dos días. Además, estaría destrozado después del accidente y la muerte de su mujer. Mi correo, si es que había llegado a leerlo, le debía de haber caído como una broma de mal gusto, y ese pensamiento me mortificaba. Sopesé volver a escribirle con una disculpa y explicándole que había ignorado sus circunstancias y que, por

favor, desestimara mi correo anterior. Pero ¿acaso eso no era hurgar más en la llaga? En ese momento lo que más deseaba era borrar lo ya escrito y enviado y no haberle molestado con mi impertinencia. Eso no podía hacerlo, pero si quería conservar mi dignidad y abrirme paso en el mundo editorial, lo que me convenía era que Alberto no me recordara en absoluto, porque quién sabía si volveríamos a encontrarnos en alguna presentación u acto literario. Así que no hice nada más, solo intenté apartar de mi mente lo ocurrido y esperé que él también lo olvidara.

Tres días después de haberle escrito, me levanté muy temprano, como hacía cada mañana, me preparé un café, y cogí el metro sin que la imagen de Alberto eclipsara mis pensamientos más de tres veces. Quizás al día siguiente conseguiría que fueran solo dos, pensé.

Subí la persiana de la librería, encendí las luces y el ordenador, colgué el abrigo, comprobé si había mensajes en el contestador automático, y seguí toda esa rutina diaria que ya duraba dos meses y que me hacía tan feliz, sin haber echado un vistazo aún a la pantalla del móvil. Lo hice, casi distraídamente, mientras me dirigía al baño. Y entonces me dio un vuelco el corazón: Alberto me había respondido.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, febrero de 2014

El martes por la noche recibí un mensaje de Enya. No suelo comprobar mi correo electrónico con mucha asiduidad. Antes, cuando todavía me dedicaba a la disciplina diaria de escribir, lo hacía solo los fines de semana. Pero desde hace un mes he estado pendiente de esa invitación que sabía que iba a llegar, y por fin llegó hace tres días. El martes, precisamente, estaba con los ojos pegados a la pantalla cuando entró ese mensaje tan ansiado. Saber que en ese mismo momento Enya estaba delante de otra pantalla de ordenador, nerviosa porque acababa de pinchar en el botón de enviar, me provocó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

Es extraña la sensación de poder que tengo desde que hace un mes decidí retomar las riendas de mi vida. Ahora sé todo lo que me va a pasar en los próximos dos años y medio. Al menos, sé lo que está escrito, que no es todo, porque en una novela no se pueden poner todos los detalles de la vida. Lo que está ya plasmado en papel y me he atrevido a releer sin cambiar nada después de tres años de concebirlo es como un esquema de lo que me queda por vivir. A pesar de que mi destino está ya decidido y que no voy a intentar cambiarlo, me siento fuerte y poderoso al conocer ya lo que va a suceder, y estoy dispuesto a lanzarme con los brazos abiertos.

En un mes he recuperado casi todo el peso que perdí. He salido a correr cada mañana y me he puesto un poco en forma. No dejaré nunca de fumar, pero he reducido el consumo de tabaco y alcohol drásticamente. Aunque me encuentro bien de salud, sé que haga lo que haga mi diagnóstico ya está decidido, así que no voy a privarme de los dos pequeños vicios que me han acompañado durante más de la mitad de mi vida, durante más tiempo incluso que María. A pesar de eso, quiero hacer todo lo posible para resultar atractivo a los ojos de Enya. Me siento raro: soy mucho mayor que ella, soy incluso mayor que su madre, que de seguir viva este año cumpliría cuarenta y cinco, cinco menos que yo. Me conservo bien, pero me intimida un poco

su juventud. Llevo un mes fijándome en todas las chicas jóvenes que me cruzo por la calle, y las comparo con las mujeres de mi edad. Hace frío y van todas abrigadas, pero incluso con tanta ropa veo que muchas cuarentonas no tienen nada que envidiar a las más jóvenes. Al contrario, a mí me gustan más las mayores. En muchas de ellas adivino una confianza en sí mismas y una belleza interior que se vislumbra en sus sonrisas. Y se cuidan mucho más, sobre todo si están separadas o divorciadas; eso también se ve. Las jovencitas veinteañeras no se cuidan igual: comen porquerías o no comen, fuman, beben y no hacen ejercicio. Se apoyan en la falsa seguridad que les da su juventud. En general, me exasperan. Un día cogí el autobús para familiarizarme con una costumbre que adaptaré en Barcelona, y me dediqué a escuchar sus conversaciones, que a menudo no se molestan en mantener en voz baja. ¡Cuántas tonterías juntas llegan a salir de sus bocas!

Me muero por ver a Enya. Sé que ella no es una cría, pero ¡solo tiene veintiséis años! Este año cumplirá veintisiete; no sé exactamente cuándo. Es curioso: creo que la conozco bien, pero hay muchos datos que no sé de ella, todos los que hubieran sido superfluos en la novela. Tengo miedo. ¿De verdad será tal como la imaginé? Sí, claro, tiene que serlo. Esto no es un amor nacido en una página de citas de internet en la que nos presentamos mostrando lo mejor de nosotros mismos. No, yo ya conozco lo bueno y lo malo. Sé que es vulnerable, aunque ella intentará mostrarse decidida y fuerte ante mí, dispuesta a que ningún hombre vuelva a hacerle daño. Me siento culpable de jugar con ventaja. Ay, la culpa siempre me acompaña… Ella apenas sabe nada de mí, aunque crea que sí. Yo sí la conozco y sé cómo actuar para que se enamore de mí y rápido, porque no tenemos mucho tiempo. ¿Acaso es eso malo? Yo ya estoy enamorado. Me enamoré de ella hace tres años. No puedo creer que por fin vaya a verla.

A pesar de saber que su invitación estaba al caer y de llevar días esperando, cuando por fin llegó, no me lo pude creer. Tuve que leerla tres veces para cerciorarme de que no estaba soñando. Ahí sigue, en mi buzón de entrada, el mismo mensaje que escribí yo hace más de dos años en la novela, palabra por palabra, sin una coma o punto de más o de menos. Todavía no me explico cómo me fue posible meterme en la mente de una mujer joven del siglo XXI y prever sus anhelos y aspiraciones. Es todo una gran casualidad, un milagro. Y aunque ese mensaje lo escribí yo, también lo ha escrito ella.

No lo ha podido copiar de mi novela, *hackear* o nada parecido. ¿O sí? Si fuera la única casualidad, el único hecho que se convierte en realidad, mi primera sospecha sería esa: que alguien me ha robado la novela y me está gastando una broma pesada haciéndose pasar por Enya. Pero no es posible. Enya existe y ya hace tiempo que lo sé.

La frescura y aplomo que emanan de su mensaje me arrancaron una sonrisa y provocaron en mí la misma curiosidad que sintió Carlos en la novela, a pesar de que para él fue una sorpresa, pero para mí no. Lo he leído tantas veces que me lo he aprendido de memoria:

Hola, Alberto:

Me llamo Enya y soy propietaria de la librería y editorial Revolución, que abrió sus puertas en Barcelona hace cinco meses. Soy una editora diferente, de las de antaño, como las que mencionabas en la entrevista que leí hace unos días en un suplemento atrasado. Voy en busca de nuevos talentos y me atrevo a pedirte ayuda para descubrirlos. Imagino que debes de estar muy ocupado, pero si alguna vez vienes a Barcelona, me gustaría invitarte a conocer mi librería y quizás dar una charla para escritores noveles. A cambio te prometo mostrarte la ciudad e invitarte a cenar. ¿Aceptas?

Un saludo,

Enya

Después de leer el mensaje a toda prisa, me levanté de la silla giratoria ante el escritorio y me puse a recorrer el piso de arriba abajo. Por primera vez en meses, años incluso, me sentí eufórico. Me serví una copa de whisky con hielo y volví al despacho para releer el mensaje. ¿Estaría Enya todavía delante de su ordenador? Pasaban ya de las ocho y hacía horas que había oscurecido. Me pregunto a qué hora baja la persiana, a qué hora toma el metro para volver al viejo piso de su madre en la calle Entença. No conozco esos pequeños detalles, pero me muero de ganas por descubrirlos.

Sentí el impulso de contestarle enseguida, pero me contuve. Cuando lo haga, he de tenerlo todo preparado. Ya casi lo tengo.

Al día siguiente fui a comer a casa de mis padres para hacerles saber que me voy a ausentar durante una temporada. Mi madre se encargará de venir a mi casa una vez a la semana para regar las plantas.

—Me voy a Barcelona a hacer trabajo de campo para mi próxima novela —les dije—. No sé cuándo volveré, pero necesito irme y desconectar un poco de la vida de aquí. Me irá bien. Os llamaré.

—¿Vendrás a comer el sábado? Es tu cumpleaños…

Mi madre pronunció las palabras exactas que esperaba oír y no pude evitar una carcajada. ¿Cuántas veces más me va a pasar?

—No, mamá. Quiero pasar este cumpleaños solo —mentí como había planeado—. Voy a dedicar el día a pasear y reflexionar. Ya lo celebraremos cuando regrese. O mejor aún: celebradlo vosotros. Cocina una de tus estupendas paellas e invita a Rafael, Luisa y los niños. Os la coméis a mi salud. Eso me haría mucha ilusión.

—Ay, hijo, ¿de verdad que estás bien?

—Estoy mejor de lo que he estado desde que murió María, te lo juro. La vida continúa y no me puedo quedar parado. A ella tampoco le habría gustado que me encerrara en casa y la apestara de humo.

—Llevas razón, Alberto. Estás mejor. No te olvides de llamar. ¿Tú lo ves mejor? —preguntó dirigiendo la mirada a mi padre, que respondió con un encogimiento de hombros.

He avisado también a Miguel, pero ni siquiera a él le he contado la verdad. Nadie va a saberlo. ¿Para qué cargarles con la responsabilidad de conocer mi futuro? Para el resto del mundo la vida tiene que seguir su curso de ser incierta, aunque vivan en el engaño de creer que saben lo que va a pasar y continúen haciendo planes para ese fin, hipotecando sus ilusiones sin sospechar que mañana mismo puede ser su último día. A Miguel podría haberle hablado de la joven editora que me ha enviado una invitación y que me he tomado como excusa para escaparme un tiempo de Córdoba. Sin duda lo haría si no supiera ya cómo termina la historia. Es mejor que nuestro amor sea clandestino. No lo esconderemos, pero nadie le prestará atención.

Después de leer el mensaje cinco o seis veces, tecleé su nombre en el buscador de Google. Se llama Enya Pallarés. No conocía su apellido. Tampoco sabía si era el de su madre o el de su padre, aunque no era difícil de imaginar: es el apellido materno. En internet aparece toda la información sobre la empresa de sus abuelos, que son fabricantes de extractos naturales, cosméticos y complementos ecológicos. También está ella y su nueva

Revolución: una página web con una fotografía de la entrada de la librería, y también una imagen suya, la primera que he visto con mis propios ojos y no solo en mi imaginación. Desde hace tres días no puedo parar de contemplarla: es preciosa. La imprimí en papel de fotografía y la llevo siempre encima. Tiene los ojos verdes, y el pelo de color café con leche y ondulado. Eso ya lo sabía. También sé que es muy alta, casi tanto como yo, pero de su aspecto físico poco más describí, y siento una emoción casi pueril ante la previsión de descubrirlo.

He reservado una habitación de hotel no muy lejos de su casa, y mi vuelo sale hoy a media tarde. Hace tres meses que me quedé sin coche y he decidido que ya no lo necesito, incluso me siento más libre sin él. Poco a poco tendré que ir despojándome de mis bienes terrenales. Enya tampoco tiene; en Barcelona caminaremos o tomaremos el metro. Son las siete de la mañana. Ya solo me queda contestarle al mensaje para que lo vea dentro de una hora o dos, cuando entre a trabajar. ¿A qué hora abrirá? ¿A las ocho? ¿A las nueve?

Hola, Enya:

Hoy mismo vuelo a Barcelona y estaré al menos todo el fin de semana. Me encantará conocerte y ayudarte en todo lo que esté en mi mano. Me hospedo en el Hotel Astoria de la calle París. Si quieres, podemos vernos mañana. Puedes llamarme al móvil para concretar el lugar y la hora: 667150264.

Un abrazo y hasta pronto,

Alberto

He escrito «Querida Enya», pero después de releer el mensaje lo he cambiado. Quizás a ella le parecería rara tanta familiaridad o incluso la asustaría. No debo olvidar que apenas hace cuatro meses que ha vuelto de Boston y ha salido de una relación difícil y dolorosa. Tendré que ir con cuidado y sumo tacto.

Pincho en el botón de enviar y me levanto para ir a fumar un cigarrillo al balcón. Aunque hace fresco, he vuelto a adquirir la costumbre de no fumar dentro de casa. Es lo mínimo que puedo hacer por María, seguir respetando sus normas para que su recuerdo no se pierda del todo.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, julio de 2016

No quise leer el mensaje en la pantalla del móvil. En vez de eso, corrí al escritorio y abrí mi cuenta de Gmail en el ordenador. Ahí estaba la contestación de Alberto; la había enviado apenas una hora antes. El corazón se me aceleró mientras leía una y otra vez esas tres líneas en las que me decía que venía a Barcelona ese mismo día y que podíamos vernos al día siguiente. No me lo podía creer. Un día antes me había parecido inalcanzable y de repente lo iba a tener mucho más cerca de lo que había soñado.

Pasé toda la mañana pensando en qué le diría cuando lo llamara. Tendría que explicarle que todavía no había reunido a la cantidad suficiente de escritores noveles para que les diera una charla de motivación. Esa había sido mi excusa para ponerme en contacto con él y tendría que mantenerla para que no se notara mucho mi impulso de adolescente. No podía dejar de preguntarme a qué se debía su viaje a Barcelona y me maravillaba que coincidiera justo en la misma semana en que yo le había escrito. Tampoco podía quitarme de la cabeza la noticia del accidente y la muerte de su mujer. Había ocurrido solo tres meses antes, poco después de que yo llegara de Boston. Los dos acabábamos de dejar atrás un año que había terminado mal y triste. Su caso era mucho más grave que el mío, pero aun así conocer su desgracia e imaginar su dolor me hacía sentir más cercana a él.

Por fin, antes de disponerme a comer y habiendo ensayado lo que iba a decir unas diez veces, me atreví a llamarlo. Contestó al segundo o tercer tono.

—Alberto, soy Enya.

—¡Enya, qué alegría! Me pillas de camino al aeropuerto.

Me dio la sensación de que ya nos conocíamos, pero caí en la cuenta de que nunca antes había escuchado su voz. Si se me hubiera ocurrido indagar más en internet, seguro que habría encontrado alguna entrevista en la radio

o la televisión, después de todo, Alberto había estado muy de moda hasta hacía unos años, pero no lo pensé. En cierto modo me alegré: eso demostraba que mi obsesión por él no me había llevado tan lejos. Me encantó su acento andaluz y quedé para siempre prendada de su voz, mucho más varonil y seductora a través del teléfono que en persona.

—Pues si estás conduciendo no te molesto mucho…

—No estoy conduciendo; no tengo coche. He tomado un taxi.

Me mordí el labio en un vano intento de detener las palabras que ya habían salido de mi boca. Después de solo dos frases, ya había metido la pata. Sin duda, acababa de recordarle el accidente.

—Oh, lo siento —balbuceé—. Quiero decir que… te llamaba para quedar mañana, si todavía estás libre.

—Claro que sí. Por la mañana tengo una reunión con mi agente, pero dispongo de la tarde para ti. Dime dónde nos vemos y allí estaré.

—¿Qué tal a las cinco en el Fnac de Plaça de Catalunya? ¿Lo conoces?

—Sí. ¿En la puerta de la esquina, donde está el quiosco y la tienda de helados?

—Sí, ahí mismo.

—Perfecto. Hasta mañana entonces.

Esa tarde bajé la persiana de la librería un poco antes de las ocho y fui a comprarme un vestido. Estábamos a mediados de febrero y hacía frío. Al día siguiente llevaría el abrigo y el gorro que solía ponerme, además de las botas de piel, pero de repente me pareció que no tenía nada interesante en mi vestuario: todo eran tejanos y camisetas de manga larga sin mucho atractivo. En el barrio de Gràcia había muchas tiendecitas de ropa al estilo de Desigual, pero más baratas. Entré en una de ellas maravillada por no haberme fijado antes siquiera en el escaparate. Enseguida encontré un vestido que me gustó, con divertidos lunares verdes y amarillos en un fondo negro y mangas también amarillas. A mi madre le habría encantado. Si me lo pusiera para ir a casa de Sergio, en cambio, me preguntaría de qué voy disfrazada. Y a Alberto, ¿le gustaría? Lo comprobaría al día siguiente. En cualquier caso, ese vestido me definía. Al verme reflejada en el espejo de la tienda, decidí que me quedaba genial y lo compré sin siquiera comprobar antes el precio. Ahora hace tiempo que me queda pequeño y no me lo puedo poner, pero le tengo un apego especial porque fue lo que llevé el día que conocí a Alberto.

Por la mañana del sábado me levanté temprano por la costumbre. Bajé a desayunar a la granja de siempre y después, casi sin darme cuenta, encaminé mis pasos hacia la calle París, tan solo dos manzanas más arriba de mi casa. Después de quince minutos llegué al Hotel Astoria. Alcé la mirada sin parar de caminar. Me estremecí al pensar que Alberto había pasado la noche allí, que quizás estuviera todavía ahí arriba, detrás de alguna de esas ventanas. Aceleré el paso al sentirme de repente ridícula y con miedo a que me descubriera espiándolo, aunque no podía ser: él ni siquiera sabía qué aspecto tenía yo. Me pregunté entonces cómo nos íbamos a reconocer por la tarde. Solo ahora sé que, en efecto, él me vio pasar y que de hecho llevaba más de una hora esperando en la ventana. Cada vez que lo pienso, siento escalofríos.

Continué caminando a paso ligero. Bajé por Enric Granados hasta Provença y seguí recto hasta llegar a casa. Pasé el resto del día tumbada en el sofá, esperando a que llegaran las cuatro y media de la tarde para volver a salir, mientras leía una de las viejas novelas de Alberto.

Llegué puntual a la cita. Él ya estaba allí. Nada más entrar lo vi de perfil, frente a las revistas. Incluso a varios metros y entre tanta gente, lo reconocí al instante. Se me hizo raro verlo de cuerpo entero y medio de espaldas. Me quedé unos segundos observándolo desde la puerta y cuando ya me disponía a acercarme, él se giró y me sonrió, con toda naturalidad. Dejó la revista y en un instante lo tuve frente a mí. Me tomó las dos manos en las suyas y pronunció mi nombre. Sonreía y le brillaban los ojos, como si estuviera a punto de llorar. Yo, en cambio, me había quedado estupefacta, sin capacidad de reacción. En carne y hueso era aún más atractivo que en la foto y parecía más joven, a pesar del pelo canoso. A través del grueso jersey de invierno se adivinaba un torso delgado pero fuerte, y era más alto que yo, más alto que Patrick. Sentí una fuerte atracción física hacia él, algo que no me había pasado jamás y me cohibía. No podía explicarme por qué, pero tuve ganas de abrazarlo. Horas más tarde intentaría darle una explicación lógica a eso y llegaría a la conclusión de que había sido un reflejo compasivo, por el accidente y la muerte de su mujer.

—¿Hace mucho que esperas? —conseguí preguntar por fin.

—Sí, un mes, pero ya sabía cuándo llegarías.

—¿Qué?

—No me hagas caso, es broma —dijo sin dejar de sonreír—. En realidad, acabo de llegar.

No supe qué más añadir. Él continuaba mirándome fijo a los ojos y no me había soltado las manos. Yo luchaba contra el impulso de echarme a sus brazos.

—Esto es muy raro… —musité bajando la mirada—. Tengo la sensación de que ya nos conocemos, pero es la primera vez que nos vemos. Por cierto, ¿cómo has sabido que era yo?

—Por eliminación: eras la única mujer joven mirándome. Hace tiempo que no me paran por la calle para pedirme autógrafos.

Me reí y eso hizo que me relajara un poco. Las primeras citas siempre son así, imaginé: un poco incómodas. Casi al instante noté un intenso calor en las mejillas, señal de que me estaba poniendo colorada. Tuve que recordarme a mí misma que eso no era una cita, que mi excusa para contactar con él era de tipo profesional. Como si me leyera el pensamiento, dijo:

—Así que eres editora… Y de las buenas. Trabajas sola, buscas entre la paja y cuando encuentras una aguja, la extraes con sumo cuidado y la pules hasta hacerla relucir como un diamante.

—Todavía no he llegado a tanto, estoy empezando… —Volví a reír para esconder mi nerviosismo—. De hecho, solo tengo a una autora en cartera. ¿Quieres que vayamos a tomar algo y hablemos más del tema?

—Claro, vamos.

Solo entonces me soltó las manos y puso una de las suyas en mi espalda como para guiarme a salir a la calle. Sin ponernos de acuerdo antes, dirigimos nuestros pasos hacia las Ramblas y continuamos hablando de mi trabajo, de cómo había empezado y cómo se me había ocurrido la idea de montar una librería y editorial independientes. Alberto me escuchaba con suma atención y me hacía preguntas como si le interesara muchísimo todo lo referente a mí. Y yo hablaba y hablaba sin apenas darme cuenta. Mencioné mis tres años en Boston y el máster muy de pasada, para no traicionarme a mí misma y contarle sin querer las cuestiones personales que me habían llevado al fracaso. Solo entonces me interrumpió:

—Entonces, ¿terminaste el máster?

—¿Te sorprende?

—Pues… sí. La verdad es que sí, me sorprende. Has leído mucho y llevas toda la vida analizando, valorando y corrigiendo novelas. El máster no es más que un título y tú no lo necesitas. Tú sola has ido acumulando los conocimientos y experiencia que tienes, no se los debes a ninguna universidad.

Entonces la sorprendida fui yo.

—Gracias, hombre. Eso es verdad, pero ¿tú cómo lo sabes? No me conoces.

—Me lo acabas de decir no hace ni dos minutos —respondió y soltó una carcajada—. La verdad es que no te había imaginado tan parlanchina, pero me gusta.

—No terminé el máster —confesé entre dientes—. No te rías… me duele mucho no haberlo acabado. Se me complicaron las cosas y… no fui capaz. Pero hace poco completé un curso de edición aquí.

—Ya, lo entiendo. Todo se complica. Tenemos sueños y vamos tras ellos, pero a menudo los obstáculos que otras personas o Dios nos echan en el camino son insalvables y nos destrozan la vida.

De repente caí en que habíamos estado todo el rato hablando de mí, cuando el famoso e interesante era él y yo me moría por averiguar más cosas de su vida. Quería saber cómo había empezado a escribir y cuándo, y cómo había conseguido publicar su primera novela, pero sobre todo, tenía una necesidad morbosa por saber cómo se sentía, cómo estaba superando su duelo.

Habíamos llegado a la altura de la calle de Portaferrissa y propuse que nos adentráramos por ahí para perdernos por el barrio gótico.

—Claro, vamos donde tú quieras, es tu ciudad.

—¿La conoces?

—He estado aquí muchas veces, por trabajo, ya sabes. Además, parte de la trama de una de mis novelas transcurre aquí y tuve que documentarme un poco, pero lo cierto es que de primera mano la conozco poco. Voy a pasar algún tiempo aquí y quizás escribir otra novela con esta ciudad de fondo.

—Creía que todas tus novelas transcurrían en Córdoba. ¿Cuál de ellas es en Barcelona?

—Es una que no está publicada… todavía. Si quieres, algún día, te la dejaré leer.

—¡Claro! Dámela ahora mismo y la leeré esta noche.

Alberto rio, pasó un brazo por encima de mis hombros y me plantó un beso en la sien. Enseguida me soltó y yo lo miré algo confusa.

—La leerás pero todavía no. Aún nos queda mucho por vivir.

—¿Y eso qué tiene que ver con la novela?

—Mmm… verás, no es una novela cualquiera. Es algo que me arrepentí de haber escrito. Ahora me alegro, aunque si hubiera sabido antes de escribirla todo lo que iba a pasar después, definitivamente, no la habría escrito.

—Bueno, no lo entiendo mucho.

—Te ruego que olvides que la he mencionado. No he venido aquí a hablarte de ella, sino a ayudarte con tu negocio, como me pediste.

—Esta fue una de las puertas de entrada a Barcelona en tiempos medievales —dije para cambiar de tema y romper así el incómodo silencio que había durado más de tres segundos—. El nombre de la calle hace referencia a la barra de hierro que se usaba para medir los carros que pasaban por la muralla. Ven, vamos a ver la fuente.

Esta vez fui yo quien lo agarró del brazo, para apremiarle a seguirme.

—¿Te imaginas haber vivido en Barcelona en aquella época? —pregunté absorta en la contemplación de la decoración de cerámica que ilustraba la muralla—. Sin internet, ni electricidad, ni coches…

—Es curioso que lo menciones… Precisamente estoy cultivando la idea de escribir mi próxima novela en el marco de la Barcelona medieval, dentro de esas murallas.

—¿Una novela negra medieval? ¿Como *El nombre de la rosa*?

—No como esa, pero con algún misterio sí, está claro. Quizás un viaje en el tiempo hasta esa época, contigo y conmigo como protagonistas, ¿te gustaría?

—Tú eres muy bromista, ¿no? —dije porque él se reía de su propia ocurrencia.

—Sí, supongo. En situaciones absurdas o tristes me da por reír.

—Haces bien. La risa es la mejor medicina.

Continuamos caminando en la concurrida calle y al llegar a Petritxol volví a tirarle de la manga para que me siguiera. Ya empezaba a oscurecer y me apetecía tomar algo antes de que hiciera demasiado frío.

—En esta calle antes había huertos y granjas con vacas —comentó Alberto distraídamente mientras miraba a ambos lados como si le costara imaginarlo.

—Sí… ¿Ya has empezado el trabajo de investigación para tu novela medieval?

—No, eso se lo dijo Carlos a… Quiero decir… sí, lo leí en algún sitio y lo escribí en mi novela.

—Ah, la novela de la que no quieres hablar —dije levantando una ceja —. Todavía hay granjas, y son muy famosas. Aquí, a la derecha, está La Pallaresa, y más abajo, la Dulcinea. Yo tengo predilección por las granjas, ¿sabes? Las modernas, claro. Ahora siempre voy a la que está debajo de mi casa, pero de pequeña mi madre muchas veces me traía a pasear por estas calles, sobre todo los domingos, y terminábamos tomando un suizo con melindros en la Dulcinea.

—¡Vamos a hacer lo mismo! —exclamó Alberto.

—De acuerdo. ¡Hace siglos que no me tomo un chocolate con nata! —exclamé yo también dando saltos de alegría.

Tuvimos que esperar un buen rato para conseguir mesa, pero no nos importó: aguardamos, de pie, junto a la puerta. Me quité el gorro y el abrigo y hasta que no me lo coloqué encima del brazo no me di cuenta de cómo me miraba Alberto.

—¿No te gusta mi vestido? Ya sé que es llamativo, pero a mí me encanta.

—Sí, me gusta —balbuceó él—. Es… parece diseñado expresamente para ti. Pega con tu nombre también, Enya, y con tus ojos verdes…

—Eso fue lo que pensé yo cuando lo vi —respondí, maravillada de que en menos de una hora Alberto ya me hubiera calado—. Era el único que había en la tienda, y además de mi talla, como si estuviera esperando a que yo lo fuera a comprar.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—Mmm… No, de hecho, es nuevo. Me lo compré ayer —dije algo avergonzada; no quería que supiera que me lo había comprado por él, pero ya era demasiado tarde.

—¿Me enseñarás la tienda donde lo compraste? Tengo curiosidad.

—Bueno, si quieres… Está en Gràcia, cerca de la librería. Puedes pasarte a verme el martes, si todavía estás por aquí.

—Voy a estar un tiempo aquí, y el martes no tengo nada que hacer.

—Perfecto. Puedes venir por la mañana y luego salimos a comer.

—Trato hecho —dijo él con una sonrisa que me pareció un poco burlona.

Quizás estaba siendo demasiado directa, pero la verdad es que no me paraba a pensar en lo que decía. Alberto me encantaba. Con cada minuto que pasaba junto a él lo encontraba más guapo. Me gustaba su nuez, bastante prominente, y su cuerpo delgado pero fuerte. Sobre todo, me atraía su aire misterioso y nada pretencioso. Había temido que la imagen perfecta que me había inventado de él no coincidiera con la realidad, que se me desmoronara al comprobar que era un escritor lleno de ego como sin duda deben de serlo muchos de los consagrados y famosos. Pero Alberto no era nada de eso. Parecía genuinamente interesado por mí, como si me estudiara, y me escuchaba con atención, como si pretendiera aprender algo. Pero yo también sentía mucha curiosidad y, cuando estuvimos sentados ante nuestras respectivas tazas de chocolate con nata, no pude aguantar más la incertidumbre.

—Leí la noticia sobre tu accidente, lo siento muchísimo…

Alberto colocó de nuevo en el plato el melindro que había estado a punto de untar en su taza y me tomó las dos manos en las suyas, como al encontrarnos. Yo no estaba acostumbrada a esa familiaridad, y menos después de mis tres años en Boston, donde me había habituado a excusarme antes de entrar en contacto físico con alguien, siguiendo la norma cultural. Pero el tacto con Alberto no me incomodaba, al contrario, me tranquilizaba, me hacía sentir que era lo natural. Me miró a los ojos y musitó, casi inaudible, un «gracias».

—Imagino que no querrás hablar de ello…

—¿Qué quieres saber? —me interrumpió—. No voy a tener secretos para ti, te lo contaré todo.

—Eh… bueno, yo… —repuse algo sorprendida—. La verdad es que… solo quería decirte que si necesitas hablar con alguien, estoy dispuesta a escucharte. Solo hace tres meses, imagino que aún lo estás pasando muy mal. Yo perdí a mi madre hace tres años y medio y solo desde que volví de Boston empecé a aceptarlo.

—Querida Enya… —Me apretó ligeramente las manos y empezó a acariciarme las palmas con sus pulgares. Sonrió y repitió—: Gracias.

Le devolví la sonrisa, pero no dije nada, a la espera de más. Él suspiró hondo y empezó a contarme lo que pasó: todos los detalles del accidente que no habían salido en las noticias, hasta el momento en que se despertó en el hospital y supo que su mujer había muerto. Al final no pudo contener las lágrimas y me soltó una mano, un momento, para secarlas con un pañuelo. A mí también me brillaron los ojos y los mantuve muy abiertos para evitar que con un parpadeo se desbordara el agua acumulada en ellos. Él había bajado la cabeza pero, como si hubiera percibido mi esfuerzo por disimular, dijo:

—¿Por qué crees que nos da tanto pudor mostrar nuestro dolor? Llorar en público está tan mal visto que la gente se disculpa por hacerlo. Incluso entre amigos. Tú y yo nos acabamos de conocer, así que debería disculparme por llorar ante ti. Lo siento.

—No, no, por favor, no lo hagas. Yo te he preguntado. No me incomodan las lágrimas, de verdad. Yo también soy muy llorona. Intento no serlo porque es verdad que en general a nadie le gusta. Te ven llorar y enseguida quieren arreglarte los problemas con tal de no verte llorar.

—Gracias, Enya… No te asustes pero creo que tú y yo vamos a llorar muchas veces juntos, aunque también reiremos.

—Ojalá. Ah, y no me asusto. No sé por qué lo dices. Es verdad que acabamos de conocernos, pero encajamos bien, ¿no crees? A veces es así: conoces a alguien y al cabo de media hora parece que lo conozcas de toda la vida.

—Yo no lo creo. Se tarda muchos años en conocer bien a alguien. El amor a primera vista es una ilusión. Es atracción física adornada de todas las cualidades que nuestra imaginación le pone a la otra persona.

—Yo no estoy hablando de amor… —dije avergonzada.

¿Tanto se me notaba que me gustaba? Yo creía que no, pero tenía la sensación de que Alberto veía a través de mí. Todo lo de misterioso que tenía él lo tenía yo de transparente.

—Perdona, estaba pensando en María. Primero me enamoré de ella, y luego fui conociéndola y amándola de verdad. ¿A ti no te ha pasado?

—Yo… ejem, soy una fracasada en el amor. No tuve tanta suerte como tú.

—No escogiste bien —dijo Alberto acariciándome una mejilla—, pero ya lo harás, y de todo se aprende.

—El problema es que yo no escogí, me escogieron. Pero es verdad que de todo se aprende, y una de las muchas lecciones que aprendí de mi historia de amor fracasada fue que a partir de entonces elegiría yo a quién amar.

—¿Te despediste de tu novio? Yo no tuve tiempo de decirle adiós a María —reveló casi en un susurro—. Quizás parezca una tontería, pero yo creo en las despedidas, en decirse adiós formalmente, sabiendo que nunca más volverás a ver a la persona tan amada.

—Le dejé una carta y le dije que nunca más volvería a verlo ni a mantener contacto con él. Me hizo demasiado daño y lo que es peor: si me hubiera despedido cara a cara, sé que él habría hecho todo lo posible por retenerme. Pero tú no podías saber que no ibas a ver más a María…

Alberto volvió a bajar la cabeza y no dijo nada. Yo no sabía qué otras palabras usar para que no sonaran vacías y de veras expresaran que comprendía cómo se sentía. Opté por no añadir nada más y respetar su silencio, mientras me tomaba el chocolate. Al fin él dijo:

—Siento lo que pasaste con ese tipo; no te merecía. Y siento muchísimo la muerte de tu madre. Estabas muy unida a ella, ¿verdad?

—Sí, pero… lo tuyo es muy reciente. Y yo, con lo de mi madre, al menos tuve tiempo de prepararme y despedirme, como dices, aunque también murió muy rápido. No fue una muerte violenta, como la de tu mujer. Comparado con lo que debes de haber pasado tú, casi siento como si yo no tuviera derecho a quejarme.

—Así es como vamos superando nuestras desgracias, imagino, comparándolas con las ajenas. Siempre hay alguien que parece haberlo pasado peor y, aun así, sigue adelante. Pero no por estar avisada tu pérdida es menor que la mía, Enya. Todo el mundo sufre, tarde o temprano, y la muerte de las personas a las que más queremos es algo que nos pasa a todos los humanos. No te voy a negar que yo lo he pasado muy mal. María era mi vida, ¿sabes? Fui muy afortunado. Cuando la perdí, se me derrumbó todo. Sin ella para mí nada tenía sentido, nada absolutamente. Es más, todo lo que he conseguido se lo debo a ella. Deseé con todas mis fuerzas haber muerto en su lugar. Pero el destino está escrito y yo no puedo cambiarlo. Dios quiso que fuera ella quien muriera. Yo he tardado menos en aceptar su muerte que tú la de tu madre quizás porque soy algo mayor y el tiempo pasa

más rápido para mí. La verdad es que siempre he tenido prisa por vivir, como si siempre hubiera sabido que iba a morir joven.

—Bueno, ya vas para los cincuenta, ¿no? —me burlé—, o sea, que de morirte joven, nada.

Por suerte él también rio. Nos terminamos el chocolate con melindros en silencio. Mientras acababa de rebañar la taza con la cuchara era consciente de la mirada fija de Alberto sobre mí. En más de una ocasión lo había sorprendido observándome estupefacto, como si un pequeño gesto —el de limpiar la taza o colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja— fuera el acto más extraordinario que hubiera presenciado. Lejos de incomodarme, tanta atención por parte de un famoso y guapísimo escritor me hacía sentir como en una nube.

—Quería invitarte a cenar, pero después de esta estupenda merienda, no sé si tendremos hambre. —Por una vez fue él quien rompió el silencio.

—De eso nada. Te invito yo —respondí resuelta—. Y al suizo también.

Sin darle tiempo a decir nada más, me levanté de la mesa y me fui directa a la barra para pagar. Mientras esperaba a que me hicieran caso, volví a fantasear con Alberto. El magnetismo que sentía por él era algo nuevo, insólito, que no había experimentado con Patrick la primera vez que lo vi. Me gustaba, pero esta vez, si es que iba a ocurrir algo entre nosotros, no podía descentrarme. Mi carrera profesional acababa de empezar y me recordé a mí misma que esa era mi prioridad y además la excusa que había usado para invitar a Alberto a Barcelona. Algo me decía que su interés por mí no era precisamente de índole laboral, y eso me halagaba, me hacía sentir de nuevo una mujer completa, pero esta vez no me iba a dejar dominar: yo pagaría la cena y yo le llevaría a conocer mi ciudad.

Un camarero tomó por fin el billete de veinte euros que le extendía. Antes de recibir el cambio, giré un poco la cabeza para echar una mirada de reojo a la mesa. Me encontré con la sonrisa divertida de Alberto, que seguía sentado con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ahora voy a llevarte a ver la basílica de Santa Maria del Pi. Está a dos pasos de aquí, es de estilo gótico puro, y te irá de perlas para inspirarte a escribir tu novela medieval —anuncié al tenerlo de nuevo frente a mí.

Alberto se levantó, se acercó mucho a mí y, sin dejar de sonreír, dijo:

—Si no te importa, prefiero que no entremos en la iglesia. Ya tendré tiempo de investigar por aquí. Hoy me siento feliz por primera vez en

mucho tiempo y entrar en la solemnidad y lobreguez de la casa del Señor me traería el recuerdo de María y su entierro. Ella era muy religiosa, pero algo me dice que tú no lo eres.

—No, pero me gusta la arquitectura y el arte. Desde que he vuelto, además, miro a mi ciudad con otros ojos. Aparte de estos últimos tres años, he vivido aquí toda mi vida, y aunque fui a visitar la Sagrada Familia, la Pedrera, el Parc Güell y todas las obras de Gaudí con el colegio, en realidad nunca aprecié de verdad Barcelona hasta que la abandoné. En cierto modo, la comparo con mi madre: siempre la he querido mucho pero mientras estuve tan cercana a ella no me preocupé de conocerla a fondo porque nunca sospeché que iba a perderla tan pronto, no pensé nunca que me iba a faltar. Ahora, cuando paseo por las calles, me fijo en los edificios y a cada paso encuentro alguno fascinante y me pregunto qué es, de qué época y quién lo construyó. Déjame que te enseñe al menos el rosetón. Es el más grande de Cataluña, y del resto de España solo lo supera el de la catedral de Palma.

—Vamos a verlo.

En la calle, Alberto sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y me ofreció uno. Lo tomé casi sin pensar.

—En realidad no fumo —dije después de aceptar la lumbre de su encendedor y dar una pequeña calada—. En Estados Unidos fumaba marihuana de vez en cuando con mi compañera de apartamento. Nos reíamos un montón, aunque no nos iba nada bien para los estudios. Mi novio era antidrogas total y durante el último año ya no fumé nada con mi amiga porque siempre estaba con él… Eso tampoco me fue bien para los estudios.

Me callé al darme cuenta de que otra vez estaba hablando de mí y de Patrick.

—Yo sí fumo bastante, aunque estoy intentando hacerlo menos. Es una cruz. Ojalá no hubiera empezado nunca, pero cuando yo tenía quince años todo el mundo fumaba. No existía la conciencia que hay ahora y en todas partes estaba permitido contaminarse de humo. Los fumadores no pedíamos permiso para hacerlo y los chicos que no fumaban ni bebían estaban mal vistos y los llamábamos puretas.

Nos detuvimos delante de la basílica a contemplar el enorme rosetón que no deja nunca de impresionarme, no importa la cantidad de veces que lo

mire.

—La estructura es original del siglo XIV, pero los cristales son una reconstrucción que se hizo en los años cuarenta…

—… después del incendio de 1936 durante la guerra —Alberto pronunció las mismas palabras que yo de manera que lo hicimos los dos al unísono, y me miró de nuevo con asombro—. Es increíble.

—Sí, es impresionante —respondí yo creyendo que se refería al rosetón.

—En 1428 hubo un terremoto en Cataluña que hizo caer el rosetón, y hubo varios muertos —dijo Alberto, casi distraídamente, y con la mirada de nuevo en él.

—¿Ah, sí? Eso no lo sabía… A ver si al final el que va a hacerme a mí de guía en mi propia ciudad vas a ser tú.

—No creo. Todo lo que sé, que no es tanto, es porque lo he leído, pero tú lo has visto cientos de veces.

—Pues sí, y el interior también vale la pena, pero si no quieres entrar, ¿te parece que vayamos a ver los cuadros de los pintores expuestos en la plaza? Ya se está haciendo tarde y pronto se irán.

Estuvimos paseando un rato más por la plaza, contemplando las pinturas. A decir verdad, yo no les prestaba mucha atención, solo lo hacía ver, mientras de reojo me fijaba en él, que sí parecía estudiarlas con detenimiento. Después continuamos caminando por la calle de la Palla hacia la catedral.

—Otro día, si quieres, podemos volver aquí y perdernos entre las callecitas. Es que a estas horas y con lo oscuro que es ya, no es lo más aconsejable.

—Claro, ¿qué tal mañana?

—Mmm… vale, sí, mañana está bien, aunque ya hemos quedado para el martes…

—Bueno, si no tienes nada más que hacer mañana, claro. No quiero ser una carga para ti.

—Para nada. Mañana es perfecto.

—Ahora, si te apetece, te invito yo a un concierto de ópera al aire libre antes de ir a cenar. Justo al lado de la catedral.

Me paré en seco para mirarlo de frente, algo contrariada.

—Está bien. Pero el restaurante lo elijo yo, ya lo tengo pensado.

Alberto rio y dijo:

—Y además pagarás tú.

—Exacto.

Tomamos la calle del Bisbe y enseguida oímos la voz aguda de un tenor. Nos acercamos con sigilo a la pequeña congregación de gente que se reunía en la esquina de esa calle con la de Santa Llúcia, alrededor de dos hombres de unos sesenta y cinco años o más, ambos vestidos con traje negro. Algunos espectadores estaban de pie, haciendo coro; otros estaban sentados en el suelo contra el muro de la calle, y unos pocos en sillas. En esos momentos uno de los hombres terminaba de cantar *Granada* mientras el otro tocaba en un equipo de música portátil. Aprovechando la pausa y el aplauso general, Alberto me animó a que le siguiera hasta el muro, donde nos sentamos en el suelo, para disfrutar del espectáculo en primera fila. Enseguida, el tenor desplegó su impresionante voz con *Con te partirò* y después *Caruso* y otras. Alberto y yo escuchamos sin hablar, muy juntos para aguantar mejor el frío. De vez en cuando nos mirábamos y sonreíamos. En uno de los descansos, me pasó el brazo por los hombros y dijo:

—¿Tienes frío?

—Tengo escalofríos, pero me encanta. ¡Es muy conmovedor!

—Sabía que te gustaría. Lo mejor está por llegar.

Con *O sole mio* el segundo hombre se unió al primero, para gran regocijo del público, que soltó un suspiro de emoción conjunto. El momento culminante, sin embargo, fue cuando irrumpió de repente una voz femenina de soprano, justo a mi derecha. Di un respingo involuntario, pero Alberto se limitó a sonreír muy complacido. La voz pertenecía a una señora rubia, tan maquillada y repeinada que sospeché que llevaba peluca; se unió a cantar *La Traviata* sin levantarse de su silla. Hasta entonces no le había prestado atención, creyéndola una más en el público, pero entonces comprendí que formaba parte del espectáculo. Permaneció sentada algunos minutos más, cantando con plena confianza, hasta que por fin se levantó para ir junto al tenor, que le tendía una mano invitándola a compartir el centro estelar del improvisado escenario callejero. El aplauso unánime del público entusiasmado y cada vez más numeroso debió de oírse desde bastante lejos.

—Esto es increíble, Alberto. ¿Cómo sabías que iban a estar aquí estos cantantes? Parecen gente corriente, pero lo hacen genial.

—No lo sabía, fue solo una intuición.

Recuerdo que entonces me pareció raro lo de la intuición, pero no tuve tiempo de preguntarle a qué se refería porque de nuevo nos vimos obligados a guardar silencio y escuchar, ensimismados, cómo el primer tenor daba por terminada la velada con *Nessun dorma*. Aparte de su voz, no se oía respirar a un alma, a pesar de todas las que había, en vilo. Yo noté cómo algo se me encogía en el interior, una turbación que no había sentido antes jamás, quizás algo parecido a la exaltación o el éxtasis. La emoción no cabía en mí, y menos aún cuando la mano de Alberto se deslizó en la mía, me apretó y ya no me soltó. Me atreví a mirarlo y bajo la escasa luz de las farolas vi que estaba llorando, por segunda vez en la noche y sin amago de esconderse.

El hechizo se rompió cuando terminó la canción y el aplauso fue de nuevo clamoroso y largo. Solo entonces Alberto me soltó la mano. Nos pusimos en pie y sacó el pañuelo para secarse las lágrimas. Volví a sentir un impulso irrefrenable de abrazarlo y esta vez lo hice. Él me correspondió con naturalidad, como si fuera lo más normal. Me estrechó con fuerza y permanecimos un rato así, hasta que empezó a moverse y me hizo bailar con él al son de una música ya inexistente. Y me dejé llevar. Al cabo de diez minutos estábamos haciendo movimientos de baile y piruetas en las calles empedradas ya desiertas, riéndonos a carcajadas.

—¡Bailas muy bien! —exclamé divertida.

—Llevaba tiempo sin hacerlo… Pero me gustaría bailar contigo. ¿Y a ti?

—Claro, aunque me tendrás que enseñar.

—Lo haré encantado.

—Primero vamos a cenar, ahora sí.

—De acuerdo, tú mandas. ¿Me vas a sorprender?

—Te voy a llevar a un sitio muy especial, para escritores y bohemios.

Alberto sonrió y una vez más tuve la sensación de que adivinaba mis pensamientos, por eso me apresuré a añadir:

—No me preguntes nada hasta que lleguemos. ¡No te voy a dar ninguna pista!

Volvimos a tomar la calle del Bisbe y en el Portal de l’Àngel nos metimos por la estrecha calle Montsià. Me detuve ante un edificio de grandes ventanales ojivales y balcones con decoraciones flamígeras y, con un gesto ceremonioso y no falto de orgullo, anuncié:

—Te presento La Casa Martí, el primer edificio modernista de Josep Puig i Cadafalch construido en Barcelona. Y detrás de esta puerta se encuentra el sitio donde vamos a cenar, el que fuera epicentro artístico y cultural de la Barcelona de finales del siglo XIX. Aquí se han reunido escritores, arquitectos, músicos y pintores ilustres para arreglar el mundo…

—No me digas… —Alberto cruzó los brazos sobre el pecho, fingiendo sorpresa.

—Sí, entre ellos, quizás te suene un andaluz, como tú, llamado Pablo Picasso. Pues fue justo entre estas paredes donde celebró su primera exposición, a los diecisiete años.

—Qué interesante…

—Santiago Rusiñol, otro destacado escritor y pintor, catalán esta vez, fue quien inspiró el nombre del restaurante que, como puedes ver, es *Els Quatre Gats*. Su amigo Pere Romeu era un soñador que había trabajado de camarero en un cabaret de París llamado *Le Chat Noir*. A su regreso a Barcelona decidió montar algo similar: una taberna con ambiente bohemio, comida barata y música de piano en vivo. Rusiñol le dijo que la idea le parecía descabellada y que solo acudirían cuatro gatos y a Romeu le hizo gracia el nombre. En realidad, fueron muchos más que cuatro gatos: Antoni Gaudí, Joan Maragall, Enric Granados entre los más famosos… la flor y nata del modernismo catalán. Todos los grandes artistas e intelectuales de la época que visitaban Barcelona venían a *Els Quatre Gats*, pero lamentablemente después de solo seis años tuvo que cerrar porque, como te he dicho, Romeu era un idealista, no un práctico negociante. Para él lo importante era la ebullición artística, las tertulias intelectuales, en fin: el amor al arte; los precios de las comidas eran demasiado baratos y para quien no podía pagarlos, gratis.

—¿Y todavía es tan barato?

—Me temo que no, pero por eso no te preocupes porque pago yo.

—Al menos se comerá bien, espero.

—Eso lo vamos a comprobar enseguida, pero lo importante es el ambiente, querido: ese es el alimento del espíritu, como dijo Rusiñol. Después de usted, caballero.

Con un gesto rocambolesco, abrí la puerta y le invité a pasar. Como era de esperar, el local estaba abarrotado, pero tuvimos suerte: al cabo de poco

un camarero nos acompañó a una de las mesas de justo debajo del gran cuadro del tándem.

—Se trata de una reproducción; el original está en un museo. Los de la bicicleta son…

—Déjame adivinar —me interrumpió Alberto—: Pere Romeu y Ramón Casas, que fue uno de los amigos que lo ayudó a financiar el negocio.

—¡No me digas que ya lo sabías y he estado gastando saliva inútilmente!

—Qué va… he saboreado cada una de tus palabras —dijo Alberto mientras escudriñaba los retratos de debajo del gran cuadro—. Pero, Enya, tengo que revelarte la verdad —se giró para mirarme con expresión grave y por un momento creí que hablaba en serio—: este lugar es muy turístico, su fama ha traspasado las viejas murallas de la ciudad y ha llegado hasta el piso de cierto novelista cordobés…

—Vale, ya lo pillo —repliqué fingiendo ofensa—, no quieres que te lleve a más sitios turísticos.

—Me encanta que me hayas traído aquí. No imaginas cuánto. Vamos a tomar algo y transportarnos ciento quince años en el tiempo para impregnarnos del aire bohemio de la época. ¿Qué sugieres que comamos?

—Probaremos algo catalán y algo andaluz, para tus honores, los de Picasso, los de Rusiñol y los míos —respondí mientras echaba un vistazo a la carta—: ¿Qué te parece escalivada, anchoas de L’Escala, calamarcitos a la andaluza, gambita salada al estilo de Huelva y salteado de setas de otoño con ajo y perejil, todo para compartir? Te dejo escoger el vino.

—Perfecto.

Durante la cena le pregunté sobre su carrera de novelista, sus inicios y cómo había llegado hasta donde estaba. Me contó cómo casi treinta años atrás había llegado a Barcelona en su dos caballos en busca de una agente literaria para su primera novela y me resultó extrañísimo imaginarlo en una época en que yo ni siquiera existía. Hice cálculos mentales: mi madre tenía dieciséis años, ni tan solo había empezado a salir con mi padre.

—Ella es otra de las razones por las que he venido a Barcelona —dijo Alberto rompiendo mi ensoñación—. Después de tantos años trabajando juntos, quería despedirme cara a cara y terminar nuestro contrato de trabajo.

—¿Por qué? ¿No vas a publicar más? Ya sé que llevas tiempo sin hacerlo pero…

—Sí, pero a Núria ya no la necesito, ni a Cristina tampoco, mi editora. Ya no voy a escribir más novelas policíacas.

—¿Vas a publicar por tu cuenta? Buena idea, en Estados Unidos algunos escritores consagrados lo están haciendo.

—No, eso no. No sabría cómo hacerlo. Lo mío es contar historias, nada más. La verdad es que me gustaría encontrar una editora como tú, por eso me interesó mucho tu propuesta y no dudé en venir a verte. Hice coincidir todo: mi visita a Núria, a ti, y a la ciudad de Barcelona, para el trabajo de investigación de mi próxima novela.

—¿Me estás proponiendo que yo sea la editora de tu próxima novela?

El júbilo no cabía en mí, aunque también noté un gran peso, el de una responsabilidad inesperada.

—Sí, he pensado en ti. ¿Lo harías?

—Me halagas mucho, pero no me lo puedo creer… Si no me conoces… Y yo… acabo de empezar. Confío en mí misma pero no puedo demostrarte lo que valgo, todavía no. He perdido mucho tiempo, las circunstancias de la vida, ya sabes, me han distraído, me han apartado de mi sueño. Hasta el momento solo he editado profesionalmente una novela y, aunque estoy segura de que tendrá éxito porque es muy buena, todavía no lo sabemos: la autora es desconocida.

—No tengo ninguna duda de que eres una excelente editora. No hace falta que me lo demuestres. Es una corazonada que tengo y estoy seguro de no equivocarme. Pero no deseo incomodarte. Yo no tengo prisa por publicar, ya lo he hecho y no necesito la fama ni el dinero. Tengo muy poco que perder, quizás nada ya. Daré todas las charlas que quieras en tu librería para animar a otros escritores a confiar en ti y en tu novedosa manera de trabajar. Vas a subir como la espuma, con o sin mi ayuda, y entonces, cuando ya no tengas que ir a la caza de nuevos talentos sino que te canses de rechazar los cientos de manuscritos que van a llegar a tus puertas, quizás, ojalá, quieras publicar mi novela. Para mí sería un gran honor.

—¿Hablamos de la novela que ya has escrito y no quieres dejarme leer o de la medieval sobre la que has venido a documentarte?

—Mmm… pues de las dos.

—Está bien —dije, consciente de que me tiraba a la piscina de cabeza—, si dices que no hay prisa, que tengo unos dos años para que veas al menos cómo trabajo y voy progresando…

—Dos años y medio exactamente.

—¿Tanto tiempo hay que dejar madurar una novela? —pregunté con tono burlón.

—No, solo esta. Ya lleva algunos años madurando.

—La novela misteriosa de la que no podemos hablar, ¿no? ¿Puedo saber al menos el título?

—Es *La novela sin título*.

—¿No tiene título?

—Sí, ese es su título: *La novela sin título*.

Alberto no había dejado de sonreír en todo el rato y yo había creído que me estaba tomando el pelo, pero al final comprendí que hablaba en serio. De todos modos, no pude dejar de insistir.

—¿Es provisional o se va a quedar así?

—Creo que se va a quedar así. En dos años no se me ha ocurrido nada mejor, pero al final la que decidirá su destino, el título y todo lo concerniente a ella serás tú.

—Mmm… bueno, mejor que cambiemos de tema porque me pone nerviosa ser responsable de la gran obra inédita de Alberto Valera, reconocido escritor español, ganador de varios premios literarios, entre ellos el Planeta nada menos, y no tener ni siquiera el permiso para leerla.

—Hasta dentro de dos años y medio —repitió Alberto, riendo.

—Hasta dentro de dos años y medio —repetí también yo como una autómata—. Bueno… Los calamarcitos están deliciosos, ¿no crees?

Estaba nerviosa, pero exultante. En esos momentos no me explicaba la fe ciega en mí que profesaba Alberto, pero no me importaba. Ahora me doy cuenta de que después de mi estrepitoso fracaso con Patrick, necesitaba que alguien confiara en mí de esa manera, sin tener pruebas, y Alberto me cayó del cielo. Ya han pasado dos años y medio y tal como él predijo, a mis veintinueve años estoy en la cima de mi carrera. Me he preguntado muchas veces qué hubiera pasado si Alberto no hubiera aparecido en mi vida cuando lo hizo, qué le debo a él y qué he conseguido yo sola. Él insistió en que no necesito a nadie, y menos a un hombre, para alcanzar todas mis metas. Me resulta curioso que Sergio me dijera lo mismo cuando murió mi madre: que yo no necesitaba a nadie y podía valerme por mí misma, aunque él se equivocara. Alberto, en cambio, me dio la fuerza necesaria para

creerme de una vez que valgo y sobre todo, para creer en mi valía sin depender de la aprobación de los demás.

—Me ha gustado más la escalivada. Es que tengo debilidad por los productos catalanes.

—¿En serio? —inquirí con toda inocencia—. ¿Como qué? ¿El cava?

Alberto rio y tardó unos segundos en responder:

—Sí, el cava. Y la crema catalana.

—¡A mí me encanta la crema catalana!

—Y el chocolate con nata… Eres muy golosa, ¿a que sí?

—Vaya, me has pillado. Sí, los dulces son mi debilidad.

—¿Te parece que pidamos una crema catalana para compartir? Quiero celebrar algo.

—Genial. ¿Qué celebramos?

Alberto estiró el brazo para consultar su reloj. Era la primera vez que le veía hacerlo en toda la tarde y la noche.

—¡Llevas el reloj en la muñeca derecha! —exclamé.

—Sí, igual que tú —afirmó él con naturalidad.

—Anda, ¿tú sí que te has fijado? Todo el mundo lo lleva en la izquierda. Yo me lo puse en la derecha desde pequeña para llevarle la contraria al mundo. No me digas que también eres zurdo…

—Sí. —Alberto no paraba de sonreír.

—¡No me lo puedo creer!

Mientras yo lo miraba boquiabierta, Alberto pidió el postre al camarero que acababa de acercarse a nuestra mesa. Después me tomó una mano y anunció:

—Está a punto de acabarse el día, ya son casi las doce. Hoy he cumplido cincuenta años y quiero que sepas que, gracias a ti, ha sido un día muy especial para mí, uno de los más emotivos de mi vida.

—¿Cómo? ¿Hoy es tu cumpleaños y no me has dicho nada?

—Te lo estoy diciendo.

—¡Pero has esperado hasta el último momento!

—No quería llevarme todo el protagonismo de la noche —dijo como quien no quiere la cosa.

—Pues… ¡felicidades!

Me levanté de la mesa y en el par de segundos que tardé en llegar hasta él me alegré de tener otra excusa para besarlo. Él también se levantó y me devolvió el beso en la mejilla y el abrazo. Nos separamos enseguida y nos quedamos de pie uno frente a otro como sin saber qué hacer a continuación. Entonces nos reímos, un poco incómodos, y nos volvimos a sentar.

Permanecimos en silencio, aunque sin dejar de sonreír, hasta que el camarero se presentó con la crema catalana y dos cucharillas.

—Nos falta el cava…

—Camarero: dos copas de cava, por favor —se apresuró a pedir Alberto al camarero que ya se alejaba.

—¡Marchando! —respondió aquel.

Continuamos en silencio hasta que llegó el cava.

—Chin, chin.

—Chin, chin, y que cumplas muchos más. Pide un deseo.

—Deseo que los años que me quedan estén llenos de los sencillos placeres de la vida que siempre me han hecho feliz y, si puede ser, en compañía de cierta joven y bella mujer que conozco y de cuya inteligencia, espontaneidad y valentía he quedado prendado.

—Que así sea —dije intentando esconder mi estupor, aun sin estar segura de que se refiriera a mí.

Bebimos el cava y dimos cuenta de la crema, otra vez sin cruzar palabra. Noté de repente cómo el vino de la cena y el champán me subían a la cabeza y se mezclaban con las drogas naturales que segregaba mi cerebro y me hacían sentir como en una nube. Y casi inmediatamente, una vocecita en mi interior me recriminó ser una enamoradiza que no aprende de sus errores. Ya entonces supe que estaba colada por Alberto y esta vez había caído en un tiempo récord, mucho antes que con Patrick.

—No aparentas cincuenta años —dije para alejarme de mis propios pensamientos.

—¿Ah, no? ¿Aparento más o menos?

—Menos, muchos menos. Seguro que te lo han dicho antes. —Lo señalé con un dedo acusador—. Creo que los hombres solteros se conservan mucho mejor que los casados, pero tú siempre has estado casado… Ahora eres soltero, pero…

—Viudo.

—Sí, claro, viudo. Perdona, no quería…

—No te preocupes. No pasa nada.

Alberto no dejaba de sonreír, pero yo me sentí de repente estúpida e insegura. Toda la confianza que había sentido hasta entonces se esfumó cuando volvió a aparecer el fantasma de su mujer muerta. Sentí una punzada de celos totalmente infundados que, sin embargo, no pude negarme a mí misma. Me di cuenta entonces de que el recuerdo de María siempre estaría entre Alberto y yo. Aunque él no la mencionara —hasta el momento había sido siempre yo quien preguntara— yo sabía que había sido el amor de su vida, que de no haber muerto, seguiría felizmente casado con ella y no perdiendo el tiempo con una cabeza loca aspirante a descubrir futuros premios nobel de literatura. Por otro lado, la desgracia de Alberto había desembocado en mi fortuna y, entre los celos y la pena que sentí hacia María, se mezcló el agradecimiento. Gracias a que ella había muerto, yo iba a conocer el amor verdadero.

—He salido del letargo en el que me sumió la muerte de María —Alberto interrumpió mis pensamientos—. La vida continúa y a pesar de la culpa que me corroe, voy a intentar ser feliz. Creo que ella se alegraría por mí.

—Claro. Tú no tienes la culpa de que ella muriera.

Alberto bajó la cabeza y no dijo nada. Entonces volvió a mirar su reloj y exclamó:

—¡Ya es otro día! Qué curioso, ¿no? Nos conocimos ayer y eso ya forma parte del pasado. Ya se fue, ya pasó… qué rápido. *Tempus fugit*.

—Pues sí… y yo empiezo a estar un poco cansada. Si te parece, pago y nos vamos. No estoy acostumbrada a trasnochar, la verdad, me levanto muy temprano incluso los fines de semana.

—Sí, lo imaginaba. Yo también empecé a hacerlo, hace más o menos un mes. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—No, te acompañaré yo a tu hotel, que va de paso.

Caminamos hasta las Ramblas y enseguida paramos a uno de los taxis que subía en dirección montaña.

—Buenas noches. A la calle París, 203 —dijo Alberto una vez nos hubimos acomodado en los asientos de atrás.

—¿Has estado en París? —pregunté y enseguida me arrepentí, pensando que claro que habría estado, con María.

—Sí, hace casi dos años.

—¡Otra casualidad! Yo también estuve en 2012.

—¿En qué mes? ¿Te acuerdas de qué días? —me preguntó como si fuera algo crucial.

—Claro que me acuerdo. Fue durante las vacaciones de primavera, a mediados de marzo, creo que del 12 al 18.

—Yo estuve del 15 al 18… —dijo Alberto muy pensativo—. Eso sí que es increíble…

—Quizás nos cruzamos, pero como no nos conocíamos… Además, yo estaba con Patrick y tú con María, supongo.

—Sí, seguro que nos cruzamos, ¡fuimos a los mismos sitios! Pero no te vi. Bueno, si te vi no te reconocí.

—¿Cómo sabes que fuimos a los mismos sitios?

—No lo sé, lo imagino. No creo que fueras a París a visitar el sistema de alcantarillado…

—No. —Me reí.

—Pues se puede y es muy interesante: una historia del agua y de cómo se sanea toda una ciudad. En Barcelona también se debe de poder. Me gustaría hacerlo algún día.

—Bien, pero de momento, ¿todavía quieres que quedemos mañana para seguir descubriendo las maravillas del barrio gótico?

—Claro, y el martes me enseñarás tu librería e iremos a comer por Gràcia.

—Sí. Entonces, te llamaré mañana por la mañana.

En menos de nada llegamos a su hotel. Antes de bajarse, me plantó un beso en la mejilla y musitó:

—Gracias de nuevo. Lo he pasado muy bien hoy.

No esperó a que le respondiera. Cerró la puerta tras de sí y nos saludamos una última vez con la mano antes de que el taxi volviera a arrancar en dirección a la calle Entença.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, febrero de 2014

Hace tres días que llegué a Barcelona y hoy, lunes, será el primero que no veré a Enya. Voy a pasear solo por las calles de esta maravillosa ciudad y pasaré algunas horas en el Museu d'Història de Barcelona. Tengo mucho tiempo y ninguna prisa para empaparme de historia y recoger toda la documentación necesaria para mi próximo proyecto, otra novela completamente diferente a todo lo que he escrito antes.

Enya y yo no hemos concretado a qué hora nos vamos a ver mañana, aunque sé que esta noche me llamará. Si fuera por mí, la vería cada día y me instalaría ya en su casa porque vivo con la sensación constante de que hace mucho tiempo que empecé a amarla. Por otro lado, estoy saboreando el juego de la seducción en los inicios de una relación. No sentía algo así desde hace casi treinta años, antes de que ella naciera. Es curioso —y extraño en cierto modo— que solo me haya enamorado dos veces en toda mi vida. Hay gente que cae decenas de veces y cada vez están convencidos de haber encontrado al amor de su vida, para al cabo de pocos meses desenamorarse con la misma facilidad. No siento el deseo carnal que me consumía cuando conocí a María; esta vez, podría esperar el tiempo que fuera o incluso ser feliz viviendo el resto de mis días a su lado sin consumar el acto sexual. Solo anhelo estar con ella a todas horas, reír y llorar juntos, bailar, pasear, comer, escucharla hablar de los edificios de Barcelona y de sus libros, estrecharla entre mis brazos, oler su pelo y ver cómo le brillan esos ojos verdes.

Esta mañana me he despertado con la musiquita del móvil que anunciaba la llegada de un mensaje. Antes de alargar el brazo para alcanzarlo, he sonreído, ya sabiendo que era de ella. Esto es algo que desconocía: su afición a los mensajes de texto. Me los envía sobre todo después de haber estado juntos, al llegar a casa, para decirme que lo ha pasado muy bien y darme las gracias. La primera noche que salimos, el sábado, recibí su

primer mensaje diez minutos después de habernos despedido. Volvía a felicitarme el cumpleaños y agradecerme una noche tan especial. Le respondí enseguida: el agradecido era yo. Hace dos días que nos conocemos y hemos intercambiado una docena de mensajes ya, más de los que tecleo yo en seis meses, y la mitad son de agradecimiento. No puedo evitar pensar que Enya ha vuelto de Boston un tanto americanizada, aunque me cuidaré mucho de comentar nada al respecto porque sé que le molestaría: ahora está en la fase de reencontrarse con sus raíces y rechazar los últimos tres años.

Me he levantado con una sonrisa. Aunque hoy no voy a verla, sus deseos de que pase un buen día y me cunda el trabajo me han llenado de buen humor. Después de afeitarme y ducharme, bajo a desayunar al restaurante del hotel y me quedo más de una hora embobado, repasando los acontecimientos de estos dos días.

El sábado por la mañana me desperté temprano, bajé a desayunar y regresé a la habitación. Estuve más de una hora mirando la calle por la ventana abierta. Tenía el estómago hecho un nudo de nervios. En la novela describí cómo Enya sale a caminar y comprobar dónde está el hotel de Carlos. Cuando ella pasa por debajo, él está asomado a la ventana fumando y se fija en ella sin saber que es ella. Ella no lo ve, pero acelera el paso sintiéndose observada. Yo también fumé ese cigarrillo y esperé. Cuando por fin la vi acercarse, me metí hacia dentro con un movimiento reflejo, cerré la ventana y continué observándola desde detrás del cristal. El corazón me latía a toda prisa.

Estuve un buen rato sentado en la cama, procurando calmar mis nervios sin recurrir al minibar y, cuando hubo pasado un tiempo prudencial, encendí otro cigarrillo. Poco después, salí a la calle y anduve las pocas manzanas que separaban mi hotel de la nueva oficina de Núria, en Travessera de Gràcia.

Hace dos años que Núria trabaja por su cuenta. Después de casi tres décadas bajo la fama y tutela de la gran Laura Raventós, se decidió a dar el paso de emprender su propia aventura en plena crisis. A pesar de lo que digan, esta crisis tiene muchas cosas buenas. Al menos, por lo que respecta a «mis mujeres»: les ha puesto las pilas, las ha hecho reaccionar y no quedarse atrás, adaptarse a los nuevos tiempos. Núria se llevó consigo a una treintena de autores —yo incluido—, todos los que ella descubrió y fichó.

Le va bien y sé que, como Enya, se abrirá camino; ella ya tiene mucho andado.

Hacía años que no nos veíamos, al menos tres o cuatro. Como en los viejos tiempos, salimos a comer mientras seguíamos hablando de trabajo. Pero esta vez nuestro encuentro fue triste y por partida doble. Ella se mostró consternada por la muerte de María y yo porque la abandonaba.

—Normalmente no vengo a la oficina en sábado. Que sepas que he hecho una excepción por ti y porque este fin de semana mi hijo está con su padre.

—Vaya, gracias. Detecto algo de reproche en tus palabras.

—Bueno, supongo que es inútil que vuelva a pedirte la novela que estabas escribiendo hace tres años —dijo ella suavizando un poco el tono.

—Sí. He venido a despedirme, Núria. Te agradezco todos los años de confianza y apoyo en mí, pero me retiro.

—¿Vas a dejar de escribir?

—Eso no puedo hacerlo, aunque ya ves que no he producido nada comercial en cinco años.

—¿Has encontrado a otra? —Rio, pero algo de recriminación sí había en esa pregunta.

—Pues sí, no te voy a engañar: una joven editora formada en Estados Unidos. Ella publicará mis dos próximas novelas, quizás con seudónimo, pues no tienen nada que ver con todo lo anterior.

Núria aspiró hondo, como resignándose, antes de responder:

—Me sabe mal perderte. Eras mi único pez gordo. —Volvió a reír.

—¿Qué me dices del joven escritor que conocí en Madrid? ¿No lo representas tú?

—No, y ese parece que va a llegar lejos. Lo comparan mucho contigo, se ve que te venera.

—Pues qué bien, es casi como si hubiera tenido un hijo que continúa con la empresa familiar. Ya me puedo morir en paz.

Reímos los dos, pero era para no llorar. Yo ya sabía que no volveré a verla nunca más; me pregunto si ella sospechó lo mismo. Después de un largo silencio y pensarlo mucho, la miré fijamente a los ojos y me atreví a añadir:

—Núria, tengo que decirte algo importante. Voy a estar desaparecido en combate durante algún tiempo, pero luego se volverá a hablar de mí, y

mucho…

—Vaya, qué misterioso. —Me interrumpió aprovechando mi momento de duda—. ¿Qué locura vas a hacer?

—Ninguna locura. Solo que tengo la corazonada de que mi próxima novela será un gran éxito. Y te debo una disculpa, por haber estado años dándote largas y por dejarte ahora. Me siento culpable pero…

—Sí, la verdad es que eres un capullo.

La miré sorprendido; creo que fue la primera y última vez en casi treinta años que la oía soltar un taco o insulto. Por su expresión adiviné que iba medio en broma, pero en parte estaba herida y no era de extrañar.

—Lo siento. Me he portado mal, pero ya lo tengo todo pensado. Tú recibirás el quince por ciento de las ventas como con todas mis novelas anteriores. O sea, que en ese aspecto no dejas de ser mi agente. Lo que cambia es que no la leerás hasta que ya esté publicada. Mi nueva editora te enviará un ejemplar y recibirás puntualmente las regalías que devengan de las ventas.

—¿Me estás diciendo que voy a seguir cobrando del trabajo de Alberto Valera sin tener que hacer nada?

—Considéralo un pago vitalicio por todos los años de servicio.

—¿Y quién es esta nueva editora, si se puede saber?

—No la conoces. No ha hecho más que empezar, pero ya oirás hablar de ella.

Núria me miró durante un minuto largo, quizás a la espera de que yo dijera algo más, pero yo ya había hablado demasiado y quería dar el tema por zanjado.

—Veo que no vas a soltar prenda. Pues nada, esperaré ansiosa a que algún día me llegue tu anhelada novela.

Proseguimos la comida y la conversación con otros temas. Me interesé por su trabajo y ella me puso al día de los cotilleos en el mundo editorial. Me pregunté si le hablaría a otros autores de mí y de mi famosa novela, que no había leído nadie más que María, y que nadie más leería hasta que yo no estuviera.

Nos despedimos con un abrazo y la nítida sensación, al menos por mi parte, de haber sellado algo. Casi me sentí como si hubiera roto una relación amorosa pero le prometiera que cuando naciera mi hija con otra mujer, ella también podía visitarla o llevarla al parque.

Desde allí me dirigí a pie y sin prisas hacia Plaça de Catalunya, donde había quedado con Enya. Llegué con tiempo de sobra, así que primero fui a tomar un café a la terraza del Zúrich donde me entretuve un buen rato viendo pasar a la gente e intentando discernir los turistas de los autóctonos. A las cuatro y media fui al Fnac a comprobar las últimas novedades en libros y, cuando ya se acercaba la hora acordada, volví a la planta baja y tomé una revista cualquiera, con fingido interés. Faltaban cuatro minutos para las cinco y sabía que ella sería puntual.

Comprobé el reloj a cada minuto y cuando solo faltaba uno, me giré y allí estaba ella, parada en medio de la entrada, mirándome. Dejé la revista, me acerqué y la tomé de las manos. Entonces tuve la sensación de que llevaba toda la vida esperándola. Solo fui capaz de pronunciar su nombre, emocionado y absorto como estaba en cada detalle de su rostro. La foto no le hacía justicia. Al natural irradiaba una frescura e inocencia que trataba de ocultar en su perfil profesional, para que se la tomara en serio. Tener sus manos entre las mías me pareció algo surrealista. No podía dejar de pensar que estaba tocando a un personaje de ficción, salido de mi cabeza. Ahora, por supuesto, ya me he hecho a la idea de que Enya es real y yo no la he inventado. Ha sido Dios, el Dios de María en el que tanto tiempo me negué a creer, quien me ha dejado jugar un poco a ser él.

Enya me preguntó si llevaba mucho tiempo esperando y, como un idiota, respondí que un mes. En más de una ocasión a lo largo de la noche dije cosas que no debería haber dicho. El impacto emocional de conocerla fue mucho más fuerte de lo que había sospechado y hasta que no me encontré en la situación, no me di cuenta de lo poco preparado que estaba. Hubo momentos en que pensé que me iba a descubrir, que iba a adivinar mis pensamientos. Cuando se quitó el abrigo en la chocolatería y vi ese vestido, que yo había imaginado tal cual, hasta el último gran lunar verde oscuro con otro encima verde claro y otro amarillo sobre fondo negro y con las mangas largas hasta los codos, también amarillas, me quedé patidifuso. Se me escapó la mirada hacia sus caderas: eran tan anchas bajo una cintura estrecha que se adivinaban sus huesos incluso a través del vestido de invierno. Debajo estaban esas piernas kilométricas enfundadas en gruesas medias también de colores que terminaban con unas botas altas de cuero granate.

Aunque el día de mi cumpleaños y mi primer encuentro con Enya transcurrió tal como lo había imaginado, la velada no estuvo exenta de sorpresas. Voy descubriendo con entusiasmo las cosas que no escribí porque no cabrían en las páginas de una novela. Y me divierte comprobar las que ya sé; todavía no cesa de sorprenderme que se conviertan en realidad.

Antes de llegar a Barcelona no pensaba escribir una novela ambientada en la Edad Media. Lo cierto es que no pensaba escribir más, ¿para qué? Estaba tan ansioso por ver y conocer a Enya que durante el mes que me he estado preparando para el encuentro he enfocado todos mis esfuerzos en eso y en nada más. Tomé la excusa de mi propia novela, está claro, pues Carlos sí va a Barcelona para eso. No creí que ese aspecto también se cumpliría porque hasta el sábado no he sentido ni la motivación ni la disciplina necesarias para embarcarme en semejante proyecto. Pero paseando por las calles del casco antiguo el sábado y sobre todo ayer domingo, en que nos volvimos a ver, sentí la llamada de la inspiración en la que antes no tenía fe, y creo que lo voy a hacer. Qué digo creo, ¡estoy seguro! De hecho, ahora me parece increíble haberme imaginado aquí dos años y medio con Enya sin hacer nada más que estar con ella. Nuestra relación no funcionaría jamás si yo no siguiera escribiendo porque ella se está enamorando de mí no solo por lo que soy sino por lo que hago. Si no escribiera, ella perdería interés por mí, y eso no va a pasar porque no voy a dejar de escribir. Cuando todavía no he redactado ni una sola línea de la nueva novela —y aún voy a tardar en hacerlo— me parece asombroso que un día llegaré a tenerla completa y entregársela a Enya incluso antes de la que cuenta nuestra historia, pero sé que lo haré y me ilusiona tener algo nuevo en lo que esforzarme. Esa novela será para nuestra hija.

El sábado por la noche me costó mucho conciliar el sueño y al final dormí solo cuatro horas. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Enya, su sonrisa, su manera de caminar y sobre todo su voz, uno de los aspectos que no había imaginado. Ella me dirá que se quedó prendada de la mía. La verdad es que me han alabado muchas veces la voz, algo que María insistía en que debía explotar; nunca me dejó rechazar ni una sola entrevista de radio. La de Enya es bastante neutra pero su tono es saltarín; termina muchas frases en exclamación y eso también creo que se le ha pegado del inglés.

En varias ocasiones a lo largo de la noche tuve que refrenar el impulso de besarla. En especial, cuando escuchábamos el concierto de los cantantes en la calle. Pero ya sé que no seré yo quien dé ese primer paso. Tampoco sé cuándo ocurrirá, aunque sí dónde. Me estoy haciendo adicto a estas pequeñas incógnitas.

A las nueve y media de la mañana del domingo sonó mi móvil.

—Buenos días, Enya —contesté sin comprobar antes de quién era la llamada.

—Buenos días, escritor. ¿Has dormido bien?

—Sí. Poco pero bien. ¿Y tú?

—Como un tronco. ¿Te apetece una vuelta turística por la ciudad?

Quedamos en que me pasaría a buscar por el hotel a las diez y media, y de nuevo llegó puntual. Nos dimos dos besos, ambos siguiendo el protocolo de las buenas maneras. Caminamos hasta el metro sin hablar, los dos con las manos en los bolsillos para resguardarnos del frío. A ratos nos mirábamos y sonreíamos. Justo cuando iba a comentar sobre su silencio, tan en contraste con el día anterior, Enya me sorprendió:

—¿Qué has desayunado?

—Zumo de naranja, café, tostadas, un huevo, queso, jamón… Lo que había en el bufet del hotel.

—¿Cómo tomas el café?

—Solo.

—¿Te importa que te haga estas preguntas?

—No. Quieres conocerme, es normal. Yo ya sé cómo te gusta a ti el café.

—¿Ah, sí? ¡Anda ya! —Me dio un manotazo amistoso en el brazo.

—Sí, con leche, cortado. Me fijé anoche. Pero echas de menos el café americano de Dunkin Donuts. ¡Puaj! ¡No sé cómo puede gustarte tanto!

—¡Oye, eso no te lo he contado! —Se paró en seco para mirarme a la cara.

—Claro que sí, me lo dijiste ayer —respondí algo nervioso.

—No, no, estoy segura de no habértelo dicho. ¿Has hablado con mi amiga Eva?

—¿Tu amiga Eva? No sé quién es… —mentí—. No sé nada de tus amigas. Solo de Nancy, con la que fumabas marihuana.

—¡Vaya memoria tienes! Tampoco recuerdo haberte dicho que se llamara Nancy.

—Bueno, no me hagas caso. Igual lo he soñado.

Cuando nos metíamos por la boca del metro me dije a mí mismo que tenía que ir con más cuidado. La noche anterior, mientras daba vueltas sin poder dormir y tomaba la decisión de no contarle nada hasta el final, decidí que tenía que callar, dejar que hable solo ella y no meter más la pata. Y resultaba que solo cinco minutos después del segundo encuentro ya la estaba cagando otra vez. Me di cuenta de que lo hacía para impresionarla, para que notara que le prestaba tanta atención que leía hasta sus pensamientos y me había fijado no solo en cómo tomaba el café sino también en que no era consciente de su belleza y del magnetismo que irradiaba. Yo veía cómo los hombres la miraban al pasar, incluso las mujeres, pero ella no se daba cuenta y si lo hacía, no sabía por qué.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó cuando ya emergíamos a las Ramblas—. ¿Has visto cómo me miraba ese tipo? Esto en Estados Unidos se considera de muy mala educación.

—Te miraba porque eres muy guapa. Creo que te ha confundido con Julia Roberts.

Enya soltó una estrepitosa carcajada antes de decir:

—Pues no te lo creerás, pero en más de una ocasión me han dicho que me parezco a ella.

—Claro que me lo creo, porque es verdad, aunque tú eres más guapa.

—Gracias, pero no hace falta que me mientas.

Estuve a punto de replicar, pero callé a tiempo. Iba a decirle que no le mentía, aunque ¿acaso no le había mentido ya al no contarle toda la verdad? No soy admirador de la *pretty woman* y aunque Enya tiene un cierto aire, sí es mucho más guapa. Para empezar, sus labios son más carnosos y proyectados hacia afuera; los de la Roberts no parecen de verdad. Y el rostro de Enya es menos alargado y los ojos más grandes.

Casi sin darme cuenta llegamos hasta la catedral. Ante ella, un enorme corro de gente bailaba sardanas, la danza tradicional catalana. Permanecimos de pie un buen rato, contemplando ese baile circular tan social e íntimo al mismo tiempo. El hecho de que tanta gente que quizás no se conociera formara esos círculos humanos cogiéndose de las manos y alternando entre hombre y mujer me produjo escalofríos de emoción.

Algunas mujeres exhibían una sonrisa permanente y estática, pero la mayoría de danzantes mantenía un rictus serio y concentrado para no perder el ritmo de los pasos cortos y largos que contaban mentalmente. Al son de la música de una *cobla* —una banda de varios instrumentistas de viento con contrabajo— me pareció ser testigo de la imagen y el sonido de un mundo perfecto, armonioso, en el que hombres y mujeres se mueven al mismo compás. Unos parecen hacerlo con más gracia y casi sin esfuerzo; a otros les cuesta un poquito más, y de ahí sus semblantes serios, a veces incluso tropiezan, se equivocan o se descuentan, pero enseguida retoman el compás porque alguien les sostiene por ambos lados y les anima a no caer, a continuar, a no dejar de bailar…

Mientras esos pensamientos me ocupaban la mente, tomé la mano de Enya. Ella apretó la mía sin mirarme y seguimos así, ambos embelesados ante el espectáculo.

—Qué baile más bonito —dije aprovechando uno de los descansos.

—¿A que sí? A mí me encanta… De niña lo bailaba en el colegio. Me gustaba mucho cogerme de las manos con mis amigas, pero cuando me hice mayor ya no era *guai* bailar sardanas y no lo he vuelto a hacer. Parece un baile de viejos, fíjate, casi todos son mayores, pero sé que eso es una tontería. Me gustaría aprender a bailar bien y venir aquí los domingos.

—A mí también. ¡Hagámoslo! —exclamé sin poder contenerme—. Bailemos sardanas, salsa, vals, foxtrot, milonga, tango, lo que sea… tú y yo, ¿qué me dices?

—¡Vale! ¿Ahora? —Rio—. Pero si no sabemos… Vamos a hacer que todo el mundo pierda el ritmo.

—No tenemos más que observarlos durante un rato y enseguida le cogeremos el tranquillo.

—Está bien. ¡Estás loco pero me encanta!

No lo hicimos tan mal. Lo importante es que nos reímos, a pesar de que intentábamos mantener el semblante serio como los demás. Al terminar, la gente aplaudió. Nosotros nos abrazamos. Luego, entramos a visitar la catedral, donde se celebraba una misa. Me resulta muy irónico que en solo dos días Enya me llevara a la casa de Dios, ella que no es creyente, y en cambio María no lo hiciera jamás en todos los años que compartimos. No puedo quitarme de encima la molesta sensación de que Dios sigue jugando conmigo. Pero al contrario del día anterior, me relajé. Cualquier explicación

que ella me diera sobre su amada ciudad podría servirme para la nueva novela, y me enternecía su afán por colaborar en mi nuevo proyecto.

—Ahí está la cripta de Santa Eulàlia —me susurró al oído—. Vamos a verla.

La catedral estaba muy concurrida. Aun así, apenas se oían murmullos. Enya me había tomado del brazo y su aliento cálido en mi oreja en ese ambiente tan majestuoso me estremeció.

—¿Estás bien? —continuó sin levantar la voz y acercándose de nuevo a mi oído.

—Siempre me ha intimidado un poco entrar en la casa del Señor —musité yo a mi vez.

La verdad es que fue la cercanía con ella lo que me provocó el estremecimiento. Dentro de la catedral hacía más frío que fuera, y caminamos por una de las naves laterales muy pegados el uno al otro bajo la esplendorosa luz artificial de las arañas, hasta que llegamos al presbiterio.

—Ahí se conservan los restos de Santa Eulàlia, una de las patronas de Barcelona. Siempre me ha fascinado la historia de esa niña. Solo tenía trece años cuando la mataron por defender su fe. ¿La conoces?

—Sí, conozco la historia —respondí con un pequeño suspiro de resignación porque no me veía capaz de mentirle—, aunque habría preferido no conocerla y que me la contaras tú.

Enya se giró para mirarme de frente y dijo, muy seria:

—¿Me tomas el pelo o algo? A veces tengo la sensación de que te ríes de mí.

—En absoluto. Te lo juro…

De nuevo me puse nervioso. Ella entrecerró los ojos, como desconfiando.

—Verás, es que… siento como si ya te conociera. Desde ayer tengo una extraña sensación de *déjà vu*. Experimenté algunas cosas que me dijiste o hicimos como una repetición, y es algo muy raro para mí. Me gusta pero también me da un poco de miedo.

—¿En serio? ¿Como en esa película de Bill Murray?

—¿Te refieres a esa en que se queda atascado cada día en la misma fecha? No, no es lo mismo… Yo ya sé lo que vamos a hacer hoy y… en el futuro tú y yo.

—¿Ah, sí? A ver: ¿qué es lo que te voy a enseñar después de contarte la historia de Eulàlia?

Por su tono de voz adiviné que no me creía y que aceptaba que le tomaba el pelo y me seguía el juego. Si hubiera sido más listo, me habría hecho el tonto y habría dicho cualquier otra cosa, pero mi ansia de impresionarla pudo conmigo.

—Vas a enseñarme las trece ocas del claustro.

Nos sostuvimos la mirada, frente a frente, durante largos segundos. Ella mantenía los labios apretados para no reír.

—¿Puedes leerme la mente? —cuchicheó por fin.

—No. —Yo también trataba de contener la risa—. No tengo ni idea de lo que estás pensando ahora. No lo sé todo. Solo tengo algunas pinceladas, intuiciones si quieres llamarlo así, de lo que va a ser nuestra… amistad.

—¿Amistad?

Enya alzó las cejas y yo me sentí perdido. Esta conversación no la escribí en la novela, era uno de esos añadidos que pasan en la vida pero que no cabrían en la novela ni vendrían al caso… Porque además en la novela yo no soy yo, sino que soy Dios, y Carlos es el hijo que mando a la ficción y habla a través de mí… No supe ver si Enya me preguntaba: ¿quieres decir que vamos a tener una relación más importante que la de escritor y editora? o ¿quieres decir que solo vamos a ser amigos, y no amantes? Me sentí atrapado, como si tuviera que desvelar mis intenciones. Recordé que Enya necesitaba sentir la autonomía e independencia que le había arrebatado el gilipollas de Doherty, pero por otro lado yo no podía presentarme como un felpudo, porque no lo soy. Ella no podría jamás dominar en nuestra relación sencillamente porque no es una persona dominante, y yo no puedo hacerle creer que sí lo es.

—Más que amistad —balbuceé por fin—, ¿no crees?

—¡Vamos a ver las ocas! —exclamó en un tono demasiado alto que hizo girar varias cabezas.

Ahora era ella la que estaba nerviosa y para disimularlo hablaba rápido y apenas sin detenerse a respirar. Mientras volvíamos a la calle me contó la leyenda de Eulàlia, la niña que vivió en lo que hoy es el barrio de Sarrià a finales del siglo III y que fue condenada a trece martirios por negarse a renunciar a la fe cristiana en los tiempos de la represión y persecución.

—Sus restos estuvieron desaparecidos durante siglos. Los desenterró un monje en el siglo IX y los trasladaron a la catedral. Según otra leyenda, cuando la comitiva que llevaba el arca llegó a la puerta de la ciudad, esta se hizo tan pesada que no pudieron continuar. Entonces apareció un ángel apuntando con un dedo acusador a uno de los monjes de la procesión, que confesó haber escondido un dedo del pie como reliquia. Una vez vuelto a colocar, pudieron proseguir. Eso ocurrió en lo que hoy es la plaza de l'Àngel, y de ahí el nombre, claro. Hay una estatua del ángel en uno de los balcones que da a la plaza, luego te la enseñaré y hasta te dejo que uses esta anécdota en tu novela, si quieres.

—Gracias, mujer, es un honor.

—De nada —contestó con un gesto coqueto—. Tengo muchas más; te contaré todas las que quieras.

—Las que más me gustan son las que hablan de tu vida. De cuando eras pequeña, por ejemplo.

Acabábamos de acceder al claustro y, aunque ambos sabíamos lo que íbamos a encontrar ahí, descubrir a esas ocas tan blancas junto al estanque fue asombroso para mí.

—Pues te cuento que mi madre me traía aquí de pequeña. Antes de Navidad cada año íbamos a la feria de Santa Llúcia. Ella era atea convencida, pero desde pequeña me habló de religión y filosofía y de por qué tanta gente necesita algo externo y más poderoso en lo que creer. Decía que la mayoría de gente no deja nunca de creer en los Reyes Magos. Ella nunca se hizo pasar por un mago de Oriente. Tuve regalos como todos los niños, pero mi madre cada 6 de enero me decía que había sido ella quien había comprado los juguetes y no unos señores que no nos conocían de nada y que no me querían como ella, sencillamente porque hacía casi dos mil años que ya no poblaban la Tierra. Mis abuelos sí me decían que tenía que portarme bien para que los Reyes me trajeran algo, y en su casa siempre me esperaban más juguetes que los que me había dado mi madre. Íbamos a comer con ellos cada año y mi madre y yo les seguíamos la corriente para complacerlos. No creo que jamás se dieran cuenta de que mi madre me hablaba de la Navidad como lo hacía de los cuentos de hadas y leyendas que me leía, porque a pesar de parecerle todo un cuento, cada año sin falta montábamos un belén en casa y un árbol de Navidad. Comprábamos figuritas y adornos en la feria y veníamos aquí a ver el pesebre que instalan

cada año. Y las ocas siempre estaban aquí. A mí eso me fascinaba: ¡no se morían nunca! Ahora hacía muchos años que no las veía y fíjate, todavía están aquí.

—Supongo que cuando una muere, la sustituyen enseguida por otra, ¿no?

—Yo prefiero seguir pensando que son inmortales —dijo Enya con un suspiro—. Cuando tenga ochenta años o más vendré a verlas y ellas seguirán aquí igual de jóvenes y blancas como cuando yo tenía cinco años.

—Vendrás aquí con tu hija y le hablarás de la leyenda de Santa Eulàlia y contaréis las ocas juntas…

Eso no lo sabía. Me lo estaba inventando pero puedo imaginar que pasará de verdad. Estaba pensando en voz alta y no me di cuenta de cómo me miraba Enya.

—No, no creo… Pero quizás con mis hermanos pequeños. Ojalá… Si mi padre y su mujer me dejaran… podría traerlos aquí a contar las ocas juntos, como hacíamos mi madre y yo. No recuerdo que nunca consiguiéramos verlas a todas juntas. Ella decía que tenía que haber trece, pues trece fueron los años que tenía Eulàlia, trece los tormentos a los que se la sometió y trece las ocas que tenía en Sarrià.

—Vamos a contarlas —propuse.

Sabía que solo encontraríamos doce, aunque quise empeñarme en localizar a la treceava.

—Solo hay doce…

—Tiene que haber una más, a ver dónde se esconde.

Bordeamos todo el claustro, escudriñando por detrás de la reja, pero no hubo manera de encontrar a la oca perdida.

—Qué raro…

—Tendremos que volver otro día —resolví—. Quizás en Corpus, para ver *l'ou com balla*.

—¡Conoces esa tradición! —exclamó Enya admirada.

—Sí, cómo no conocer algo tan emblemático de Barcelona. La costumbre de poner un huevo en la fuente y verlo bailar sobre el chorro de agua empezó al menos hace tres o cuatro siglos.

—Pues eso también es algo que mi madre me traía a ver algunos años. Me encantaba porque siempre caía en día de colegio, y ese día no iba. Por cierto, me gusta tu acento cuando hablas catalán.

—*Gràcies, molt de gust* —contesté con teatralidad, sabiendo que eso la haría estallar en una carcajada.

—Menos mal que aquí no hay que guardar silencio —dijo cuando se repuso del ataque de risa.

—Si a las ocas las dejan graznar de esta manera, no creo que a nosotros nos echen por reír.

El parloteo de las aves era incesante. Quizás estuvieran alteradas ante las miradas curiosas y las cámaras de tantos turistas que las contemplaban como nosotros.

Todavía era temprano y propuse que fuéramos a ver las columnas del templo de Augusto escondidas en el Centre Excursionista de Catalunya.

—He leído un artículo sobre cómo las descubrieron y tengo mucha curiosidad por verlas —le conté mientras caminábamos hacia allí.

Tomamos la calle de la Pietat hasta llegar a la de Paradís, por la que apenas pasaba nadie. En el número diez, un cartel anunciaba el centro cuya construcción en el siglo XIX propició el descubrimiento del templo romano. La puerta de madera, antes pintada de grafiti, estaba ahora limpia y abierta. Asomamos la cabeza casi sin atrevernos a entrar, pero entonces recordé que no había nunca nadie atendiendo la entrada.

—Vamos, la entrada es libre —dijo Enya un segundo después.

Las mismas palabras, textuales. En ese momento pensé que quizás no seré capaz de soportarlo, pero ahora que reflexiono mientras me termino el café del desayuno con la mirada perdida en una de las litografías modernistas que decoran el restaurante del hotel, me consuela recordar que no todo está escrito y que me queda mucho más por descubrir que por revivir.

Después de traspasar la primera puerta, nos introdujimos por otra más pequeña y nos encontramos de repente ante las cuatro majestuosas columnas bañadas por la claridad del día que se filtraba en el patio interior del centro.

—¡Es increíble! —exclamé—. Es como si acabáramos de traspasar una puerta del tiempo a otra época… La época romana…

De repente tuve una inspiración. Así es como siempre se me han ocurrido las mejores ideas para mis libros: con una imagen o unas palabras pronunciadas por alguien en el momento justo. Solo entonces me di cuenta

de que el germen de mi nueva novela llevaba desde el día anterior bullendo en mi cabeza y ahora empezaba a tomar forma, al menos el principio.

—Sí, son espectaculares y lo mejor es que… mira, ¡no hay nadie!

—Solos tú y yo, Enya. Sobre esto quiero escribir. Un viaje en el tiempo a través de esta puerta… Podemos acercarnos a las columnas, tocarlas, y de repente vernos transportados a la ciudad de Barcino en la época de Eulàlia… Conocerla, hablarle de su misión y de lo que le espera… ¡Seremos sus ángeles! La guiaremos hasta el emperador Diocleciano y la protegeremos para que salga ilesa del barril lleno de clavos. Será una manera de contar una hermosa leyenda cristiana despojándola de todo lo religioso.

Mientras hablaba me había acercado a las columnas, erigidas en una base de ladrillo demasiado alta para poder alcanzarlas. Me reí al imaginar cómo podía explicar cada uno de los milagros en torno a la vida de la pequeña Eulàlia de manera científica para hacer llegar la historia a mi hija sin la intervención divina, sino solo la mía y la de Enya.

Ella me había seguido y me miraba divertida mientras yo, de puntillas, me empeñaba en tocar una columna.

—No importa —claudiqué por fin—. Ya encontraremos la manera de hacerlo en la novela. Será juvenil: nuestra aportación a la buena educación laica de los jóvenes en un país que por culpa de la religión y los políticos de pacotilla se está volviendo cada día más retrógrado.

—¡Qué bien, nunca había sido testigo del momento en que a un escritor le visita su musa! Entonces, la novela va a ser romana, ¿no medieval?

Enya radiaba admiración. Me pregunto si ya ha decidido que me quiere o esta vez va a ir con más cautela. De lo que no me cabe duda es de que el amor entre estas dos personas a las que les separan veinticuatro años solo es posible gracias a la literatura. Y acaso fuera igual con María. Mi trabajo es lo que me ha llevado a los brazos de dos mujeres extraordinarias, y su amor y apoyo es el secreto de mi éxito.

—Sí, romana. Para medievales ya tienen las del amigo Falcones.

Estaba tan emocionado por haber encontrado una historia que contar que sentí el impulso de empezar a escribir para atrapar esa idea y que no se me escapara. No llevaba nada encima para anotar. No soy de los escritores que van siempre con una libreta por si surgen momentos como ese. En los bolsillos de mi cazadora solo suele haber la cajetilla de tabaco, la cartera y

el móvil. Pero ella tenía un bolso muy grande, de cuero granate a juego con las botas, y lo miré fijamente como intentando ver a través de él si contenía lo que necesitaba.

—¿Quieres un papel y boli?

Sonreí sin dejar de mirar el bolso. Me había leído el pensamiento y en ese instante quizás ella comprendiera lo que yo ya sé: que estamos conectados, encajamos, y que esto nos va a pasar muchas veces más. La miré sin contestar y ella se descolgó el bolso del hombro, abrió la cremallera y, en lo que me pareció un acto de magia, sacó una libreta y un bolígrafo y me los tendió.

—Creí que iba a salir un Ipad, como mínimo. ¿A dónde vas acarreando esto?

—Toda la vida he llevado una libreta y un libro en el bolso. En algunos aspectos soy muy tradicional.

—¿Te importa si hago algunas anotaciones?

—Claro que no. Es toda tuya. Yo mientras voy a leer la historia del templo, que para eso hemos venido. Luego te la cuento.

Me senté en uno de los bancos y empecé a escribir en la última hoja de la libreta, para no mezclar mis notas con las de Enya. Después de quince o veinte minutos en los que no levanté ni la cabeza ni el bolígrafo del papel, aunque a veces notaba la mirada de ella en mí y no en las columnas o los murales explicativos de la pared, me di cuenta de que iba a necesitar más rato y que lo más sensato sería que me fuera al hotel a trabajar. No quería separarme de ella todavía, pero tampoco podía dejar de pensar en esa nueva historia que no deseaba dejar escapar. Por fin me levanté y, tomándola de un brazo, le propuse que fuéramos a comer.

—Vale. Yo también tengo hambre. ¿Has apuntado todo lo que querías?

—No, todavía no, pero no debería ser tan maleducado contigo. Llevo casi media hora sin hacerte ningún caso.

—No te preocupes, no me importa. No mucha gente podrá presumir de haber estado allí en el momento en el que a Alberto Valera se le ocurrió la idea para su próxima gran novela.

—Pues si no te importa, en el restaurante escribiré un poco más. Al menos quiero dejar en papel un esquema y esta noche ya lo ampliaré.

Y así lo hice. Nada más llegar a uno cercano que conocía ella y al nombre del cuál no presté atención, nos sentamos a una mesa y continué

garabateando. Enya consultó la carta y pidió por los dos. En ese intervalo conseguí llenar varias páginas más sin desconcentrarme aun sabiendo que ella tenía la mirada fija en mí. Cuando llegó la comida por fin cerré la libreta.

—Puedes seguir si quieres, de verdad que no me molesta.

—Ni hablar. Ya me he pasado bastante, aunque estoy muy contento. Este es el momento que más me gusta del proceso de creación de una novela: cuando lo tengo tan fresco.

—Entonces, ¿primero haces un esquema?

—Siempre lo he hecho así, sí. Excepto con la última… la novela sin título, ya sabes. Esa fue diferente. La empecé a escribir sin saber cómo iba a terminar. Los personajes lo decidieron todo por mí, te lo juro. O al menos así fue cómo me sentí, como si cada mañana ellos me dictaran lo que tenía que escribir.

—Dicho así parece muy fácil, como si no tuvieras que pensar.

—Pues sí. La verdad es que en ese sentido no me costó. Apenas tuve que documentarme, solo un poco sobre los lugares donde se desarrolla la trama.

—Para esta sí que vas a tener que investigar un poco más, ¿no?

—Sí, pero será divertido. Más que nada quiero empaparme de esta ciudad, ir a los museos, aprender toda su historia. Tengo que meterme en la época de la Barcino romana para vivirla, pero sin olvidar que lo importante en la novela será la historia que yo cuente y que va a salir de mi imaginación. El marco en la que la sitúo tiene que ser verídico para lograr que el lector se transporte también a la época, pero lo que contaré de verdad será nuestra aventura.

—Oye, ¿de verdad nos vas a poner a ti y a mí como personajes?

—Sí, y además no voy a cambiar los nombres. Los protagonistas serán Alberto y Enya, tú y yo, tal cual.

—No sé qué decir… Me siento muy halagada.

Enya colocó en el plato la tostada de pan con tomate que se estaba comiendo con los dedos y tomó la servilleta para limpiarse los labios y esconder su turbación. Nos miramos en silencio durante unos segundos incómodos mientras yo pensaba en algo que decir para asegurarle que podía confiar en mí y que no era tan raro que un famoso y reputado escritor al que acababa de conocer quisiera usarla en su próxima novela.

—Cuando escribo… —empecé, dudando, y carraspeé antes de continuar —: Verás, cuando escribo, o mejor dicho, cuando escribía, porque desde mucho antes de morir María que no he escrito nada, lo hacía para ella. Menos la primera que fue la única que escribí cuando todavía no la conocía, creé todas mis novelas sabiendo que María sería la primera en leerlas. Y de paso, criticarlas y arreglarlas, todo sea dicho. Un escritor debe tener siempre a alguien para quien escribir, es como si le redactara una carta. Luego, con suerte, la leerán miles de personas, pero insisto en que un buen escritor tiene que escribir para una sola persona.

Hice una pausa porque me estaba poniendo nervioso. Lo que intentaba decir se estaba yendo por un camino por el que no debería ir. Deseé que ella me interrumpiera y se fuera la conversación por otros derroteros o que en ese preciso momento apareciera el camarero para preguntar cómo estaba el arroz, pero nada de eso ocurrió. Ella tenía la mirada clavada en mis ojos, animándome a continuar, y las manos descansando en el regazo: no iba a volver a abrir la boca ni para comer ni para hablar hasta que yo terminara. Así que continué:

—Pero María ya no está. Supongo que hay escritores que siguen escribiendo para la misma persona aunque esta lleve años muerta, pero yo no… Al contrario, yo… te vas a reír, pero esta novela será para alguien que todavía no ha nacido.

—Ah… Alguien que todavía tiene que nacer… ¿Un sobrino o algo así?

—Algo así.

—Pues va a tardar algunos años en poder leerla. ¿Al menos su madre ya está embarazada de él?

—Todavía no. Y es ella, no él.

Al momento me recriminé mentalmente: me estaba arriesgando demasiado. Hoy tomo la firme decisión de proceder con más cautela, de lo contrario Enya se va a cansar de tanto comentario enigmático por mi parte.

—Todavía no es ni un feto pero ¿ya sabes que va a ser una niña? —Pronunció las palabras despacio y terminó arqueando las cejas.

La miré apretando los labios, en parte para que no se me escapara la risa y en parte para esconder un asomo de timidez.

—Todos necesitamos tener algo en lo que creer —dije por fin.

—Lo entiendo… ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro, dispara.

—¿Por qué no tuvisteis hijos María y tú?

—¡Sabía que ibas a preguntar eso! Pues porque Dios no quiso, así de sencillo.

—¿Me tomas el pelo? —Volvía a mirarme con la boca abierta—. Jamás habría esperado esa respuesta de ti.

—Eso era lo que creía ella —le respondí muy serio—. Menos los primeros años, siempre practicamos el sexo sin preocuparnos, y María no se quedó embarazada nunca. Tampoco quiso que averiguáramos la causa.

—Entonces… o ella era estéril o… lo eres tú.

Enya no pudo evitar una sonrisa al pronunciar esas palabras y comprendí que este descubrimiento era alentador para ella, como si se sintiera más acompañada en su desgracia.

—Sí, supongo que sí.

—Pero no sabes quién de los dos.

—Como te digo, nunca nos molestamos en averiguarlo. Ella lo prefirió así y a mí tampoco me preocupó porque yo nunca quise tener hijos.

—Pero ahora escribes para una sobrina que todavía no ha nacido…

—Ahora no pienso de la misma manera. Mis circunstancias han cambiado tanto en estos últimos años… ¡Imagino que debe de ser la edad! —Solté una carcajada para restarle seriedad al asunto—. Pienso en el legado que pueda dejar en este mundo cuando me muera y… la verdad es que me da miedo que se me olvide tan pronto. Como a María. Hace tan poco tiempo que no está, pero cada vez hablamos menos de ella. Me refiero a mi familia, los amigos… Todo el mundo quiere tirar adelante, pasar página. Es lo normal, pero en dos generaciones, ¿quién se acordará de ella? Absolutamente nadie, porque no tuvo hijos ni nietos.

—Mi madre sí tuvo una hija, claro, y aun así, durante tres años apenas hablé de ella, no hice nada para que el mundo la recordara…

—No te culpes por eso. Tú te negaste a aceptar su muerte, como nos pasa a todos cuando perdemos al ser más querido. Y tu defensa fue no hablar sobre ella, para no tener que mencionar jamás que estaba muerta. Mi padre hace exactamente lo mismo con María.

—Tienes razón. Y ahora lo compenso haciendo todo lo contrario: hablando de ella a todas horas, recordando mi infancia con ella, los sitios a los que me llevaba… A veces temo que a la gente le pueda molestar.

—Por mí no temas, porque me encanta. Puedes contarme todo lo que quieras sobre tu madre. Creo que es delicioso hablar de nuestros muertos, aunque así tendamos a idealizarlos.

—¿Desea otro café o alguna cosa más? —me pregunta un jovial camarero —. El bufet cierra en cinco minutos.

Miro el reloj y no puedo creer que lleve tanto rato aquí, tan absorto en mis recuerdos recientes que ni siquiera he sentido la necesidad de fumarme un cigarrillo.

—Sí, tomaré otro café. Gracias.

Y después me fumaré ese cigarrillo, caminaré hasta el museo, y pasaré el día por el centro. Mañana no me entretendré tantas horas aquí, quizás ni siquiera baje a desayunar, sino que pediré servicio de habitación. Escribiré durante cuatro o cinco horas y después tomaré el metro hacia el barrio de Gràcia, para volver a ver a Enya y conocer la Librería Revolución.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, julio de 2016

Recuerdo como si fuera ayer el primer día que Alberto vino a la librería. No habíamos quedado a una hora concreta, pero sabía que se presentaría poco antes de la hora de comer, después de haber dedicado la mañana a su nueva novela. Desde las doce no podía evitar sobresaltarme cada vez que oía el tintineo de la campanilla que sonaba cuando se abría la puerta.

Solo ocurrió dos veces antes de que fuera él quien entrara por la puerta, pues en esos tiempos, en el mes de febrero, durante la semana y cuando todavía no me conocía nadie, apenas tenía visitas. El gran volumen de mi trabajo se desarrollaba a través de internet. La autora a la que le había editado una de sus novelas sin cobrarle nada me había recomendado a otros autores, que con mi ayuda podían mejorar su estilo. Tuve que aprender a decir que no con tacto profesional: yo seguía escogiendo las novelas y los autores, pero nunca cerré las puertas a nadie. A lo largo de ese primer año, hasta que Ediciones Revolución cumplió un año en septiembre de 2014, corregí y edité diez novelas. Los autores conservaron los derechos de explotación en formato digital y a mí me cedieron los de papel, que distribuí en El Corte Inglés, Fnac, la Casa del Libro y en librerías más pequeñas, incluida la mía. Los beneficios para mí fueron mínimos pero mis autores estaban contentos: sus libros eran visibles en las principales librerías del país y eso hacía que se vendieran también en las plataformas digitales, que en su mayoría seguían controlando ellos. Antes del final del año, aparecí dos veces en los diarios; uno fue El Periódico, nada menos, en una entrevista. Fui una novedad porque a nadie se le escapó que con el empuje que estaba dando a esos autores, poniendo tanto trabajo y esfuerzo de mi parte sin apenas sacar beneficio, Ediciones Revolución debía de acarrear pérdidas. Me quisieron entrevistar como ejemplo de joven soñadora y filantrópica, a la que le sobraba el dinero y lo invertía en apostar

por la calidad de la literatura española, sin atender a intereses comerciales. Lo que siempre quise ser.

Pero para esa entrevista y para lanzarme a la fama en el mundo editorial todavía faltaba casi un año. Tenía que ganarme la confianza de los autores de las novelas que yo escogía con mucho cuidado y eso requirió meses. Mientras, eran más los que se ponían en contacto conmigo para que echara un vistazo a sus manuscritos y no superaban mi criba. Los que más valían seguían llamando a las puertas de las grandes editoriales, y los que menos me llamaban a mí. Como mínimo, me pareció positivo que la mayoría de aspirantes a escritores conociera sus propias limitaciones y carencias. Todos esos me pedían que les señalara sus puntos débiles, y dónde debían mejorar. Me bastaba leer un par de páginas para saber que ninguno de ellos sería de mis elegidos, pero siempre les contestaba con una carta amable y un listado de blogs, manuales de estilo o cursos de escritura creativa. Yo lo que deseaba era descubrir talentos ya formados, pero que no conseguían llamar la atención de otras editoriales porque estas anteponían sus intereses comerciales a los del escritor aun en detrimento de la literatura.

Otra cosa que podía ofrecer de forma gratuita a los escritores noveles que tanto solicitaban mi ayuda era el espacio para convocar presentaciones de sus libros o tertulias. Ganábamos todos, pues esas reuniones me traían compradores potenciales a la librería. Ya entonces se empezaba a hablar de mí y de mi Revolución en las redes sociales y esa buena fama era lo que necesitaba para que mis elegidos confiaran en mí. El día que Alberto diera su charla a una veintena de escritores nada conocidos de Barcelona, se hablaría mucho de Ediciones Revolución en Facebook y Twitter.

Después de casi una hora de oír solo la música de la radio que tenía puesta ese día en la librería, volvió a sonar la campanilla de la puerta a la una y media.

Alberto entró despacio, con los ojos y la boca exageradamente abiertos. Me levanté enseguida de mi silla giratoria y me sorprendí dando saltitos hasta llegar a él, como una niña. No me arrojé a sus brazos, aunque me hubiera gustado. Me detuve en seco sin saber si darle dos besos o no. Él no me miraba porque parecía hechizado por todo lo que veía a su alrededor.

Ya entonces estaba muy orgullosa de mi librería, aunque casi todo lo que vendía eran esos libros previamente amados por otras personas. Tenía una pequeña sección de libros nuevos, que crecería con el tiempo. También

había creado un rincón infantil, como en una biblioteca, con una gran alfombra de colores y un sol en el medio rodeado de las letras del alfabeto, y varios pufs para que pequeños y grandes se sentaran a leer juntos. En ese rincón tan acogedor celebraríamos la charla de escritores un mes más tarde. Además, me había esmerado en la decoración. Mi Revolución tenía que ser inspiradora y divertida, por eso había creado carteles, escritos a mano y de colores, con citas de escritores y pensadores referentes a la literatura, la lectura y los libros. En la entrada había colocado un anuncio convocando un concurso de escritura para niños, sobre cualquier tema y con una extensión máxima de una página, con plazo de entrega el día de Sant Jordi, en el que escogería el que más me gustara y obsequiaría al ganador con un vale de veinte euros para gastar en libros infantiles que yo vendía por dos o tres euros. Cada día se me ocurrían nuevos detalles con los que dar calorcito a mi nuevo espacio vital y me hizo sentir muy especial comprobar la agradable sensación que provocaba en mi escritor.

—¡Enya, esto es fantástico! —exclamó fijándose por fin en mí.

—Bienvenido a mi mundo. Me alegro de que te guste, aunque todavía me quedan muchas cosas por mejorar.

—No me gusta, ¡me encanta! Esta librería tiene personalidad. Eres tú, eres totalmente tú, en cada detalle, en cada rincón… ¿Tu casa también es así?

—No, qué va… Ya la verás. Bueno, si algún día quieres… A mi casa no suele ir tanta gente como espero que venga aquí. Ahora está bastante vacía, la verdad. Antes solo había libros, y ahora están todos aquí y en el almacén que tengo atrás.

Solo hacía tres días que nos conocíamos, pero yo ya había imaginado que algún día lo invitaría a cenar a mi casa, donde después tomaríamos una copa, hablaríamos de cómo iba su novela ambientada en la época romana, nos besaríamos y… terminaríamos en la cama. Me veía acompañándole a la presentación de la novela sin título y a las entrevistas, y celebrando después su éxito los dos juntos, cuando ya lleváramos varios años saliendo juntos. Era consciente de que no lo conocía, pero sabía que esta vez no me equivocaba: Alberto no era como Patrick, era muchísimo más guapo. Pero su belleza no era tan física; era belleza verdadera, interna. Me encantaban sus ojos: grandes, marrones y almendrados, pero no por su forma y color sino por la manera con que me miraba, a veces con las cejas un poco

levantadas como a la espera de lo que yo fuera a decir o hacer. No, no lo conocía, pero había fantaseado ya con pasar muchos años con él, al menos cincuenta, cuando él se muriera de viejo a los cien. Yo tendría casi ochenta y ya haría muchos años que no se notaría la diferencia de edad entre nosotros. No tendríamos hijos, claro, pero eso no sería un problema porque Alberto nunca los quiso. Él amó a María por ella misma y a mí me amaría igual, por mí misma, no por la capacidad de darle hijos.

—Estoy alucinado. Esto es impresionante…

Sonreí encantada. Alberto no era el primero de mis amigos que visitaba la librería. Meses atrás, cuando la inauguré, había celebrado una pequeña fiesta a la que acudieron incluso mis abuelos y Sergio (sin su mujer), además de las dos amigas que conservaba de la facultad con sus parejas, algunos conocidos y varios dueños de los comercios vecinos. Todos me felicitaron y desearon mucha suerte en esos tiempos tan difíciles que corrían, y alabaron el esfuerzo y esmero que había invertido. Sin embargo, nadie tuvo una reacción tan emotiva como la de Alberto. Ahora lo entiendo todo, claro, pero cuando vi cómo se le humedecían los ojos, me quedé un poco cortada, incluso pensé que me tomaba el pelo.

—Pasa, que te enseñaré el resto —lo apremié para salir del apuro.

—Sí, sí, enséñamelo todo, y cuéntame qué haces. ¿En qué estás trabajando ahora?

—He empezado a editar otra novela. Esta vez con el previo consentimiento del autor. Además, tengo tres obras por maquetar y me han encargado cuatro cubiertas. Aquí es donde trabajo.

Le mostré el escritorio sobre el cual se encontraban mi ordenador portátil, tres manuales de estilo y la taza vacía del café que me había tomado por la mañana.

—Se parece mucho a mi lugar de trabajo, menos los manuales. Hoy en día todo lo que necesitamos está en la red, ¿no?

—A mí sigue gustándome el papel. Ya te dije que en algunas cosas soy muy tradicional.

—A mí también me gusta el papel. Lo que no me gusta son los manuales. Para eso soy pésimo…

—Ya. Ahí era donde entraba María, ¿no?

—Sí. Mis novelas son tanto obra suya como mía. Siempre quise dejarlo muy claro, pero a ella no le interesaba la fama o el protagonismo. Se

contentaba con crear algo de calidad y que nos diera de comer. Era muy pragmática.

—Y ahora yo soy la sustituta de María, ¿no?

Me crucé de brazos y me di cuenta demasiado tarde de que mi comentario había sonado como un reproche. Alberto sonrió como un niño al que se acaba de sorprender con la mano en la caja de galletas.

—Te pagaré todo lo que me pidas.

Me reí. No acababa de creerme que Alberto Valera me estuviera ofreciendo trabajo. Él no me necesitaba, podía haber escogido a cualquier otra editora o haberse quedado con la que ya tenía. Me sentía muy afortunada y a punto estuve de decirle que no tenía que pagarme, que en todo caso tendría que pagarle yo a él, pero me contuve a tiempo, recordándome a mí misma que debía hacerme valer, y que este no era un escritor cualquiera sino que era mi escritor, que estaba loca por él y creía que él también sentía algo por mí; quizás fuese solo una especie de cariño fraternal, pero quizás y ojalá no fuera solo eso. En esos inicios yo estaba encantada con la perspectiva de ser la sustituta de María, en todos los aspectos. Mi inseguridad no me traicionó hasta más tarde.

Estuvimos un buen rato en la librería. Le mostré dónde estaban sus novelas, aunque entonces no las tenía todas y algunas eran de ediciones antiguas. Se nos pasó el tiempo hablando de ellas y de otras. Le pregunté cómo se le había ocurrido el final en la novela que acababa de releer unos días antes, y eso nos llevó a hablar de los personajes, y me contó cuáles de ellos se basaban en personas reales y cuáles eran del todo inventados.

—En cada uno de ellos siempre hay algo de mí. Es inevitable. Para entender cómo piensan y cómo actúan tengo que meterme en su piel, tengo que poner algo de mí mismo en ellos.

—¿Incluso en el asesino?

—Sí. El asesino es fácil. No tienes más que excavar un poco en su pasado, descubrir que su padre alcohólico lo molía a palos o que su madre lo abandonó en un convento donde los monjes abusaron sexualmente de él para sentir lástima y encontrar justificación a cada uno de los asesinatos. El asesino se venga de sus padres en cada una de sus víctimas. No es difícil comprenderlo.

—¿Me estás diciendo que entiendes al asesino porque a ti tus padres también te trataron mal? —pregunté un tanto alarmada.

No podía evitarlo. Lo más mínimo que se pareciera en algo a Patrick me hacía poner en guardia. Si Alberto tenía problemas con sus padres, casi prefería no saberlo.

—Mis padres no son perfectos, pero lo hicieron lo mejor que supieron. No soy un asesino ni un psicópata, si es eso lo que me preguntas. Y siempre abrazo a mi madre cuando la veo.

—Bien. Me parece importante que una madre abrace a sus hijos.

—A mí también. Y si el padre también lo hace, entonces ya es la hostia.

Reímos los dos y no volvimos a ponernos tan serios.

Cerré la librería durante un par de horas mientras salimos a comer. No solía hacerlo ya que normalmente me llevaba la comida de casa, pero un día era un día y ser mi propia jefa tenía sus ventajas. Ahora hace ya más de un año que no cierro jamás al mediodía, pero tengo dos empleados y voy mucho menos por la librería.

De camino al restaurante pasamos por delante de la tienda donde el viernes me había comprado el vestido de lunares verdes y amarillos. Se la señalé a Alberto, como de pasada, porque recordé que me lo había pedido, pero no me esperaba su reacción:

—¿Te importa que entremos un momento? Quiero verla por dentro.

—¿En serio? Solo venden ropa de mujer y muy *hippy*.

—Solo será un momento.

Entramos y Alberto se quedó mirando todo con la misma expresión que había adoptado en la librería, perplejo, o alucinado mejor dicho, como si no creyera lo que veía. La empleada me saludó con alegría al reconocerme, y preguntó si buscaba algo más.

—Yo no, pero a… —Me detuve a tiempo antes de decir «mi escritor». No me parecía apropiado y todavía no me atrevía a usar ese posesivo en su presencia, pero entonces, ¿cómo referirme a él ante otras personas? Lo señalé con la cabeza y dije, sencillamente—: A Alberto le gustó mucho el vestido y quería ver dónde lo compré.

La empleada arqueó las cejas, pero enseguida se repuso de la extrañeza y dirigiéndose a él, preguntó:

—¿Es usted diseñador?

—Sí, de historias —contestó él sin mirarla, todavía absorto.

—Es escritor —aclaré yo al mismo tiempo que lo rodeaba con mis brazos como si mostrara un trofeo—. ¿No lo conoces? Su próxima novela estará ambientada en Barcelona y ha escogido tu tienda para situar una de las escenas. No te importa, ¿verdad?

—¡No, claro que no! —exclamó ella, halagada y orgullosa.

Me preguntó si saldría también el nombre de la tienda, eso le daría popularidad, pero no mostró ningún interés por mi escritor, ni preguntó su apellido o el título de alguna de sus obras, solo continuó hablando sobre su tienda y los vestidos, que los diseñaba una amiga que bla, bla, bla. Dejé de escucharla, picada, y la interrumpí:

—Oye, ¿tú lees?

—¿Perdón?

—Si lees. Ya sabes: libros.

Se puso colorada como una gamba escaldada.

—No mucho, la verdad. No tengo tiempo.

—Ah, por eso no conoces a Alberto. Es muy famoso, ¿sabes? ¿A Javier Bardem sí lo conoces?

—Sí, claro.

—Pues Alberto es tan famoso en el mundo de la literatura como Bardem lo es en el cine. Si Bardem entrara en tu tienda, ¿qué harías?, ¿le preguntarías sobre alguna de sus películas?

Pensaba darle un pequeño discurso sobre la importancia de la lectura, pero Alberto había salido de su ensoñación y me estaba tirando del brazo, apremiándome con un «vámonos». Una vez en la calle, me tomó por los dos brazos y mirándome muy fijamente, me reprendió:

—¿Qué ha sido eso? Parecías enfadada porque la chica no supiera quién soy.

—Así es. Me molesta que la gente no lea más. En cambio, todo el mundo ve películas.

—¿En serio?

Me soltó y se cruzó de brazos. Sabía que iba a decir algo más, así que esperé. Se lo pensó mucho antes de seguir:

—A mí no me importa. No es mi problema que se lea poco en este país. Yo escribo para quien tenga la afición de leer, pero no voy a ir por ahí pregonando que soy escritor y que la gente debería leer mis novelas. La

parte de la promoción es la que siempre me ha gustado menos de todo este mundo, y me alegro de no tener que volver a pasar por eso.

Después de otra pausa, añadió:

—Tengo que pedirte un favor.

—¿Otro?

Me reí porque Alberto se había puesto muy serio y me chocó. Me gustaba más cuando sonreía. Él también rio.

—Sí, otro. Me temo que te pediré muchos.

—Bueno, pero no te garantizo que te los conceda todos.

—Te pido que el tiempo que esté aquí, en Barcelona, respetes un poco mi anonimato. Prefiero no llamar la atención y centrarme en el trabajo. Nadie va a llamarme para una entrevista porque no tengo nada nuevo que ofrecer. Incluso he dejado de colaborar para el periódico en el que trabajaba desde hacía tantos años. No hables de mí… todavía no.

—Pero… ¿y la charla de escritores? —No pude evitar el tono de desmayo en mi voz.

—Sí, la charla de escritores sigue en pie. La voy a dar, por supuesto. Pero eso es diferente… Es algo que Alberto el escritor hace por Enya la editora. A ver si me explico… —Miró al suelo mientras se rascaba la cabeza—. Lo que te quiero pedir es que tú y yo tengamos una relación privada. Cuando salgamos por ahí, como ahora a comer, quiero ser Alberto el amigo de Enya, que no importa a nadie más que a nosotros dos.

—Resumiendo: que no se repita la escena de la tienda, ¿no?

—Por favor —musitó él.

—Lo siento, no quería ofenderte —dije avergonzada—. Es que me gusta presumir de ti.

—No me has ofendido, al contrario, me halagas, pero no necesito la atención de los demás: con la tuya tengo suficiente.

Ese fue lo que yo llamo un «momento beso». Nos sostuvimos la mirada el tiempo suficiente, pero él no se acercó más para besarme. Yo tampoco me atreví, aunque sin duda fue uno de esos momentos, que desperdicié como otros más a lo largo de las semanas siguientes. Él nunca dio el primer paso y yo, aunque estuve a punto muchas veces, me quedaba paralizada por el miedo al rechazo: no lo habría soportado. Aun a veces sentía lástima de mí misma al recordar lo poco que me había querido Patrick y, aunque el paso

de los meses y la distancia habían ido cicatrizando esa herida, si Alberto me rechazaba sabía que volvería a abrirse y a doler quizás aún más.

Desde que me marchara de Boston de aquella manera tan precipitada y retomara mi vida en Barcelona, no había vuelto a estar con ningún hombre ni me había fijado en ninguno hasta que descubrí a Alberto. Durante seis meses viví ajena a ellos, y ahora de repente mi sexualidad dormida se rebelaba y gritaba que quería salir, que ya no soportaba más el encierro al que le sometía mi conciencia. Pero el miedo siempre estaba ahí, y no eran solo mis circunstancias las que tenía que considerar sino también las de Alberto. Su mujer acababa de perder la vida en un trágico accidente; no sería nada de extrañar que no quisiera liarse con una chica a la que casi le doblaba en edad. Imaginé mil veces mi reacción en caso de intentar besarle y que él me saliera con la excusa de su esposa muerta o argumentase que había habido un malentendido, que él nunca habló más que de amistad y una relación profesional entre escritor y editora. No habría soportado la humillación y eso lo habría estropeado todo: nuestra creciente amistad y la edición de las dos novelas que Alberto pensaba dejar a mi cargo y que me darían un gran empuje en el campo profesional.

El día que por fin nos besamos se me olvidó pensar en todo eso. El miedo solo me acosó cuando nuestros labios ya estaban pegados y se abrían para dar paso a nuestras lenguas, tan lentamente que pude concentrarme en lo que estaba pasando y no creer que fuera verdad. Sentí pánico, pero a la vez euforia porque… aunque había sido yo la que iniciara el beso, él me correspondía: no se estaba apartando ni había vacilación alguna cuando me rodeó con sus brazos. Permanecimos así mucho rato, ambos de pie, tras la puerta de la librería, que acabábamos de cerrar a las nueve y media de la noche de un jueves de marzo. Y nos besamos sin prisa ni exaltación sexual. El primer beso con mi escritor… Así es como lo recuerdo: como si se hubiera detenido el tiempo.

Después lo repasé tantas veces en mi memoria que ya no sé si lo que ocurrió a continuación fue verdad o lo imaginé yo. Tras una deliciosa eternidad unidos en esa posición, él con las manos en mi espalda y yo con las mías descansando en su cintura porque no sabía dónde ponerlas, me llevó en volandas hasta los cojines del rincón infantil. Allí nos recostamos y sin mediar palabra nos volvimos a besar, sin pasar a más. Después Alberto se levantó y fue al trastero a buscar la botella de cava que había traído horas

antes. Lo sirvió en dos vasos de plástico (lo único que tenía en la librería) y los juntamos sin que hicieran chin-chin.

—¿Sabes que hoy ha empezado la primavera? —pregunté yo.

—Sí. ¿Y tú sabías que hoy es el Día Internacional de la Felicidad?

—¿Ah, sí? No tenía ni idea… —Me reí.

Ahora cada año me acuerdo de esa fecha. Es algo que le contaré a ella, pienso mientras me paso la mano por el vientre, tan abultado ya, y noto una patada. A ella le encantará saber que sus padres se besaron y se amaron por primera vez el día de la felicidad, y me pedirá que se lo cuente una y otra vez.

Esa mañana me había levantado ya muy contenta porque ese fue el día que escogimos para celebrar la charla de escritores. La convoqué para las ocho de la tarde, pero media hora antes ya empezó a presentarse gente, y no solo escritores. Dos semanas antes había colocado un cartel anunciando el acontecimiento. La asistencia estaba abierta a quien quisiera y era gratuita, pero era necesario reservar plaza porque el aforo era pequeño. Había invitado personalmente a media docena de escritores noveles o aficionados que conocía de las redes y vivían en Barcelona. Los demás fueron apuntándose a raíz de ver el cartel en la tienda o porque se había corrido la voz. También lo anuncié en las redes y en pocos días alcanzamos el aforo máximo. Comprobé que la gente no se había olvidado de Alberto Valera, a pesar de que él no dejara de asegurarme lo contrario. Para entonces ya me había dado cuenta de su humildad, o modestia, y a veces creí que era falsa, como una pose. Ahora sé que no: Alberto era un escritor sin vanidad que desconfiaba de las críticas demasiado positivas de sus novelas. Siempre decía que él no era más que un contador de historias y que a veces los críticos se empeñaban en buscarle dos ojos al cíclope cuando todo el mundo sabe, porque es evidente, que solo tiene uno.

Él no se presentó hasta poco antes de la hora convenida. Se lo pedí yo expresamente para provocar cierta expectación, aparte de que esa tarde tuve bastante trabajo. La mayoría de los escritores a los que había invitado no habían estado nunca en la librería y se interesaron por ese aspecto de mi negocio; hasta entonces solo conocían el editorial y ya sabían que yo era muy exclusiva con las obras que escogía editar. Un día antes, además, se había puesto en contacto conmigo un periodista que quiso cubrir la pequeña noticia. Le pedí permiso a Alberto antes de acceder, pues todavía estaba

fresca en mi memoria la escena de la tienda. Él se había reído ante mi temor y me había contestado que podía dar plaza al periodista y que no debía desperdiciar ninguna oportunidad de dar a conocer mi negocio. Me recordó que esa tarde nadie se iba a fijar en nosotros dos juntos sino en él como escritor consagrado y en mí como editora emergente y propietaria de mi Revolución.

A las ocho menos cuarto la librería estaba a rebosar de gente y algunos estaban comprando libros. Poco a poco los fui conduciendo hacia el rincón infantil, donde los invité a ponerse cómodos en los pufs y todas las sillas plegables que había logrado reunir, algunas prestadas de los comercios vecinos. Además, había organizado un pequeño servicio de *catering*, algo que nadie se esperaba y fue recibido con grata sorpresa.

Alberto llegó con la botella de cava, que me apresuré a tomar de sus manos y esconder en el pequeño trastero donde tengo un lavadero, nevera y microondas. Con el *catering* había encargado también agua, Coca-Cola y otras bebidas gaseosas, pero nada de alcohol: no quería que se convirtiera en una tertulia de escritores borrachos.

Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo y le di un sonoro beso en la mejilla. Hacía dos días que no nos veíamos y lo había echado de menos. Él sonrió pero no hizo nada por abrazarme o darme otro beso. En esos momentos no tuve tiempo de pensar que era porque estábamos en público. Al contrario de mí, estaba muy tranquilo y se acercó al rincón infantil, donde ya esperaban todos mientras charlaban animadamente e incluso picaban algún canapé.

Se presentó como si fuera necesario hacerlo e incluso estrechó algunas manos. Había treinta personas sin contarnos a nosotros dos; todavía no entiendo cómo cupimos y conseguimos estar cómodos. Alberto se puso a hablar como si lo hiciera con unos amigos, pero la introducción fue corta: enseguida animó a los asistentes a que le preguntaran lo que desearan saber. Como era de esperar, se interesaron por sus inicios y por cómo había logrado abrirse camino. Escuché lo que ya sabía; en poco más de un mes nos habíamos puesto al corriente de toda nuestra vida, o al menos eso creía yo entonces. Habló de cómo María le había hecho ver, sin andarse con muchos rodeos, que su primera novela era una mierda. Todos rieron ante eso, tal como él había pretendido, pero luego se puso serio para hacer hincapié en la importancia de escribir con humildad y aceptar que todo

escritor necesita un buen apoyo editorial, y que pocas veces una novela es obra de una sola persona.

—Y no estoy hablando de apoyo editorial en el sentido que seguramente estáis imaginando —dijo consciente de que la mayoría de escritores allí presentes habían autopublicado sus obras—. No estoy hablando de conseguir un contrato editorial, sino de conseguir a un buen editor, o editora. Alguien que adopte vuestra novela con el mismo amor con que vosotros la paristeis. Que la ame por lo que es, no por lo que pueda vender.

Me sentí señalada, aunque todos los ojos seguían en él. Agradecí el hecho de que nadie supiera que Alberto me había escogido a mí como editora de su novela actual y de la que ya estaba escrita, porque lo cierto era que yo no amaba sus novelas. ¿Cómo podía amarlas si todavía no me había dejado leerlas? En todo caso lo amaba a él, pero eso él tampoco podía saberlo porque todavía no se lo había dicho.

—Vosotros mismos tenéis que ser los primeros en amar vuestra obra. Escribid si esa es vuestra pasión, pero si estáis en esto por el dinero, ya os podéis retirar. Muy pocos escritores viven de lo que escriben. Esto sigue siendo tan cierto ahora como hace dos siglos.

Hubo muchos movimientos de cabeza, asintiendo en acuerdo con sus palabras, pero entonces alguien le preguntó qué creía de la autopublicación y de la crisis actual en el mundo editorial tradicional.

—Yo no soy la persona más indicada para contestar esa pregunta —respondió encogiendo un poco los hombros y esta vez sí me señaló con un ligero movimiento de la barbilla— pero creo que a pesar de todo, hoy más que nunca es un buen momento para ser escritor porque ya no hay barreras que nos separen de los lectores. Lo cual conlleva sus desventajas también, y con esto volvemos a lo mismo: si caéis en la trampa de presentar una obra sin pulir, sin que la revisen otros ojos expertos antes, podríais estar cavando vuestra propia tumba. Sé que es fácil cometer esa equivocación porque yo mismo lo hice, y creo que todos los escritores hemos pecado de eso. Yo tuve la osadía de presentar mi primera novela a una agencia literaria, aquí en Barcelona, cuando no había por donde cogerla de tantos fallos que tenía: de estructura, de gramática, de estilo… ¡de todo! Pero como he dicho antes, tuve mucha suerte: fue a parar a manos de Núria, una chica que acababa de entrar en la agencia y tenía casi tan poca experiencia como yo. Si ella hubiera llevado un par de años más allí o hubiera sido un poco mayor, estoy

seguro de que habría desechado mi novela después de leer solo cuatro o cinco páginas.

—¿Estás hablando de la agencia de Laura Raventós? —preguntó uno de los escritores que, en mi opinión jamás compartida con nadie ni siquiera con Alberto, era el que más necesitaba seguir ese consejo y el que menos lo haría.

—La misma.

—Eran otros tiempos… —opinó otra asistente, una jubilada que escribía novelas románticas—. Ahora es imposible, ya hace tiempo que no aceptan autores nuevos.

—Ahora Núria trabaja por su cuenta —aventuró Alberto—. Y cada día afloran nuevas maneras de darse a conocer. También están los concursos…

—¡Bah, todos amañados! —exclamó el mismo que había intervenido antes.

Alberto se encogió de hombros y hubo un silencio hasta que otra persona le preguntó si estaba trabajando en algo y cuándo volvería a publicar.

—Sí, me quedan dos nuevas novelas por publicar. La fecha dependerá de mi editora.

Abrí mucho los ojos y a él se le escapó una pequeña sonrisa, pero no quiso detenerse en nuestro cruce de miradas. Yo era la única que estaba de pie, y un poco apartada. Alberto estaba sentado en una silla y el resto estaban dispuestas en semicírculos frente a él, de manera que solo él vio mi gesto de sorpresa. Más tarde, esa misma noche, le pregunté no sin cierto reproche pero demasiado eufórica como para enfadarme, por qué había mentido. Él me miró muy serio y respondió: «No he mentido. Yo escogeré el momento de dártelas —recuerda que todavía no he escrito la segunda—, pero estará en tus manos cuándo publicarlas».

En algún momento dejé de prestar atención a las palabras de Alberto y solo lo veía a él, manteniendo contacto visual con unos y otros, sonriendo, asintiendo con la cabeza… y me sentí orgullosa de él. Hasta entonces nunca lo había visto desenvolverse en una situación pública, pero era evidente que lo había hecho muchas veces. Y todos los ahí presentes lo miraban con suma admiración y respeto, algunos incluso habían traído una de sus novelas para que se la firmara. En cierto modo me sentí como si lo observara desde la distancia por primera vez o desde la perspectiva de los demás. Había pasado un mes desde que nos conociéramos esa tarde de

sábado que se prolongó hasta la noche, y nos habíamos visto casi a diario. Habíamos estado tan juntos que nos habíamos olvidado del resto del mundo. Yo, por ejemplo, ni siquiera había pensado en presentárselo a mis dos amigas Eva y Susana, con las que había reanudado la amistad interrumpida durante mi ausencia, ni les había hablado de él porque durante ese mes apenas las había visto. Mi vida giraba casi solo en torno a mi trabajo y a Alberto, aunque no había dejado de visitar a Sergio un domingo al mes, solo por ver a mis hermanos. Y me sorprendió lo fácil y rápido que me había adaptado a esa nueva situación. Él pasaba las mañanas en su hotel, escribiendo, o a veces se iba a pasear o visitar museos. Muchos días llegaba a la librería a la hora de comer y traía el almuerzo para los dos. Otras veces llegaba más entrada la tarde y se quedaba hasta la hora de cerrar; entonces íbamos al cine o a tomar algo. En esos tiempos solía cerrar los sábados por la tarde y los domingos. Ahora solo cierro los domingos obligatorios. Alberto se adaptaba a mis horarios y los fines de semana salíamos, siempre por la ciudad porque ninguno de los dos tenía coche. Íbamos en bicicleta, caminábamos o tomábamos el transporte público. Un domingo de mucho sol, después de haber comido yo en casa de Sergio, nos dimos cita en el parque de la Ciutadella, donde pasamos un par de horas tumbados en la hierba hasta que empezó a oscurecer y nosotros a calarnos de frío. Más tarde, con la primavera y el buen tiempo, iríamos muchas tardes de domingo allí y se convertiría casi en una tradición entre nosotros.

Mientras pensaba en todo lo que habíamos compartido ya en un mes, me di cuenta de que estábamos muy unidos. Desde el primer día había habido una fuerte química entre nosotros, una conexión que yo jamás había sentido con nadie. Era algo más que atracción física o enamoramiento, algo casi espiritual, que no lograba explicarme. Sentía que Alberto me comprendía de veras, y en ese sentido me pareció un hombre superior, como no había conocido antes a ningún otro. También es cierto que nunca me había relacionado con un hombre maduro y pensé que esa era la clave del éxito en el amor. Por otro lado, esa característica que hacía que me sintiera tan bien a su lado, tan arropada y querida, me cohibía un poco. Él parecía captar tan bien la esencia de mi ser que me hacía sentir en desventaja. Por eso, cuando me sorprendía a mí misma hablando sin parar, contándole toda mi vida sin que él pestañeara siquiera, me detenía de repente y le decía: «Háblame de ti». Él se reía, sorprendido del súbito cambio, y me complacía, siempre con un «pregúntame lo que quieras». Y le preguntaba, pero en su vida siempre

había estado María. Descubrí en mí la malicia, porque yo, igual que el resto del mundo, también habría preferido olvidarla y que Alberto no se empeñara en recordarla cada día. Ella, por muy muerta que estuviera, nunca abandonaría el corazón de Alberto. Esa inseguridad era lo que me había mantenido en guardia durante un mes entero y hecho desaprovechar tantos «momentos beso» que, de todos modos, él tampoco había aprovechado.

Terminó la tertulia y la gente se levantó de las sillas y continuó charlando y picando. Uno por uno se acercaron a felicitarme: por la librería, la comida, la oportunidad de conocer a un novelista profesional, y poco a poco se fueron marchando hasta que por fin nos quedamos solos. Cuando cerré la puerta despidiendo al último grupo de tres, estaba ya tan impaciente por quedarme a solas con él que me eché a sus brazos sin pensar en nada. Lo abracé muy fuerte, lo miré a los ojos y le dije:

—¡Gracias, has estado fantástico!

Él no contestó. Solo sonrió y yo miré esa boca y la besé, sin pensar en las consecuencias. Y cuando me entró el pánico ya llevábamos varios segundos besándonos y ya no había razón para sentir ningún miedo.

—Se está haciendo tarde —dije mirando el reloj.

Eran las once y habíamos pasado la última hora recostados en los cojines, hablando casi en susurros. Alberto tenía un mechón de mi pelo entre sus dedos y me acariciaba la mejilla. Estaba claro que él no iba a dar un paso más, me estaba dejando a mí la iniciativa. Me sentí poderosa, eso era lo que yo había deseado, pero no dejaba de ser algo nuevo para mí. Sin embargo, ya no tenía miedo al rechazo, así que me atreví a proponerle:

—¿Quieres pasar la noche en mi casa?

—Me encantaría —respondió sin sorpresa, como si ya lo esperara—, pero antes tengo que decirte una cosa.

—¿Qué? —Volvieron a saltar las alarmas en mi interior.

—Pues que… Te quiero.

Y me besó. Esta vez fue él. Selló sus palabras con un beso para que yo no pudiera decir nada, para quitarme del aprieto en el que quizás me metía. Pero cuando nos volvimos a separar me reí de lo estupefacta que estaba. Eso sí que no me lo había esperado. Quise decirle que yo también lo quería, pero no pude.

—No espero que me digas que tú también me quieres, pero yo sí quiero dejarlo claro ya. Estoy enamorado de ti y no puedo dejar pasar un momento

más sin que lo sepas. Llevo mucho tiempo queriéndote, mucho más del que imaginas. No me conformo con ser tu amigo, llevo un mes fingiendo. Yo lo que deseo es ser tu amante.

—Bueno, pues eso lo arreglamos enseguida. Vámonos a casa, mañana abriré más tarde —le apremié.

Ya me dirigía hacia la puerta cuando me detuvo:

—Espera, hay algo más.

—Qué…

Creo que siempre supe que había algo más y desde el principio tuve miedo de descubrirlo. Por eso no presté atención, no quise ver las pistas, pero las señales siempre están ahí, desde el primer momento.

—Pues… que no todo va a ser bonito entre tú y yo. Yo no soy más que un tipo normal y corriente. Estoy enamorado de ti pero… no sé si podré darte todo lo que necesitas.

—Yo también soy normal y corriente. Hablas como si fuera una diosa o algo.

—Para mí lo eres —afirmó con una sonrisa—. Espero estar a tu altura y desde ya te pido perdón.

—Perdón ¿por qué?

—Por haberme metido en tu vida.

—Me estás empezando a asustar. Me dijiste que no eres un psicópata. ¿Va a resultar que es mentira? —A pesar de mis palabras me reí—. Si no fueras tan famoso, ya te habría dejado, ¿eh?

—Jamás haría nada para hacerte daño, pero por desgracia todo el mundo hace daño, aun sin intención. Yo… voy a amarte con todo mi ser, aunque quizás no sea como tú quieras.

—Venga, vámonos a casa. Es muy tarde.

Caminamos hasta la parada del metro cogidos de la mano y sin hablar, aunque nos reíamos e íbamos a paso rápido, como si tuviéramos prisa por llegar. No sé por qué no tomamos un taxi, pero me alegré de que no lo hiciéramos porque recuerdo con nostalgia esos veinte minutos de trayecto en los que seguimos cogidos de la mano, robándonos miradas, con la anticipación a flor de piel. Ahora que estoy sola me fijo siempre en las parejas del metro, en busca de una que se encuentre justo en ese momento de su relación: el de la atracción sin haber intimado aún en la cama. Es algo

muy evidente que sí he visto en un restaurante o caminando por la calle, pero no en el metro.

Cuando llegamos a casa seguí teniendo la sensación de que el tiempo avanzaba despacio. Quizás porque yo deseé que así fuera, y para conseguirlo me concentré en cada beso y cada caricia. Mientras introducía la llave en la cerradura del portal, Alberto me besó el cuello por detrás y un escalofrío me recorrió la espalda. Yo estaba pensando en si era apropiado ofrecerle una copa o algo antes de irnos directamente a la cama, pero en el ascensor volvía a recorrerme el cuello con la lengua mientras sus manos se deslizaban por debajo de mi camisa, y decidí que era demasiado tarde y la última copa ya la habíamos tomado en la librería.

—Lo siento —musitó—. No puedo esperar más.

Reí, sorprendida, y me di cuenta de que sin querer lo había prejuzgado: había imaginado que él continuaría dejándome a mí la iniciativa, quizás cohibido porque yo fuera mucho más joven o porque él llevase tantos años sin acostarse con otra mujer que no fuera María, qué sé yo… Pero no, parece que los hombres no tienen ese tipo de reservas.

Noté su erección en mi espalda y me giré para besarlo en la boca de nuevo. Una vez en el piso no me molesté siquiera en enseñárselo ni en encender una luz. Empezamos a despojarnos de la ropa en el salón, apenas iluminado por la luz de las farolas de la calle. Notar mis pechos desnudos contra su torso velludo y suave fue reconfortante más que excitante: como un alivio al comprobar que todavía quedan hombres que no se depilan el pecho, aunque quizás sea requisito indispensable haber cumplido los cincuenta. Estaba tan absorta en el descubrimiento de ese cuerpo nuevo que casi no me di cuenta de que su lengua ya no estaba dentro de mi boca, sino que descendía hasta mis pezones, y los dedos que hasta hacía un momento los habían acariciado ahora desabrochaban el botón de mis tejanos.

En un momento me encontré completamente desnuda, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas un poco separadas, gimiendo de un placer que hacía demasiado tiempo que no sentía, mientras él, de rodillas en el suelo y todavía vestido de cintura para abajo, me masajeaba el clítoris con la lengua. Un pensamiento me invadió la mente: había estado tan metida en mi trabajo en los últimos seis meses, incluso en el último, que no había dedicado demasiado tiempo al aburrimiento o la masturbación. De seguir en esa posición, un orgasmo era inminente, y me debatí entre

dejarme llevar o controlarlo. Para lo segundo tendría que apartarlo, pero todo lo que conseguí fue hundir mis dedos en su pelo y acariciárselo. Sostenerle la cabeza así incrementó mi excitación y… me dejé llevar. A pesar de mis espasmos, él siguió en su empeño, pero entonces sí tuve que separlo y, tomándolo por los hombros, lo animé a que se levantara.

—Lo siento, no he podido aguantarme —susurré.

—¿Te ha gustado? —preguntó él para disimular su sorpresa.

—¿No es evidente? Es que hacía mucho tiempo…

Sonrió. Me había acostumbrado a la penumbra del salón lo suficiente para ver incluso el brillo en sus ojos.

—Y después de esto, ¿todavía no me vas a invitar a tu cama? La verdad es que estoy un poco cansado…

—Claro, tonto.

Enseguida comprobé que había hablado en serio. Cuando salí del baño después de lavarme los dientes y darme una ducha rápida, lo encontré tumbado en la cama con los ojos cerrados, y se había puesto el jersey. Me senté junto a él sin saber qué hacer. No cabía duda de que estaba dormido, pero en cuanto le puse una mano encima del brazo, se despertó y dijo:

—Si no te importa, yo también me voy a duchar.

Lo esperé debajo de las sábanas y con las luces ya apagadas, aunque en mi habitación tampoco había nunca oscuridad total. Él salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. Me incorporé un poco en la cama para que viera que no estaba dormida.

—No me he traído el pijama…

Estallé en una carcajada. Yo no tenía nada de sueño y verlo así, a contraluz, había renovado mi excitación.

—¿Duermes en pijama?

—Eh… pues no, la verdad es que siempre duermo desnudo, pero no suelo compartir la cama, y no quiero asustarte.

Ya no pude resistir más. Todavía riendo, salté de la cama y me colgué de su cuello. Lo besé y murmuré:

—No tengo pijamas de hombre, pero te puedo dejar un camisón. O puedes dormir con la toalla…

Se la desanudé en el mismo momento en que pronunciaba esas palabras, y dejé que cayera al suelo. Con un movimiento súbito, él me agarró por los

muslos y me levantó a horcajadas para llevarme la corta distancia que nos separaba de la cama. Cualquier duda que me quedara de su posible pasividad sexual se disipó en un segundo. Con la luz del baño todavía iluminándonos, hicimos el amor, primero él encima de mí, luego yo. Antes de alcanzar mi segundo orgasmo de la noche, quise detener el tiempo para que ese momento fuera eterno. Lo miré a los ojos y él me sonrió mientras yo seguía meciéndome, ahora lentamente, y pensé: esto es el presente; mañana ya formará parte del pasado, pero ahora está ocurriendo, y nada importa más que este momento, el de nuestra primera unión. Conseguí alargarlo tanto gracias a ese ejercicio de pura concentración. Y entonces me pasó algo increíble: mi cuerpo dejó de pertenecerme y sentí la fusión perfecta con el suyo. Experimenté el momento desde el interior de nuestra unión y vi el pasado y el futuro, el suyo y el mío, como los fragmentos de una película que pasa rápido. Antes de volver a la realidad, vi literalmente las estrellas: siete estrellas que daban vueltas alrededor de mi cabeza.

—*Wow*… Nunca me había pasado nada igual. Creo que he perdido el conocimiento —murmuré.

—Yo ya no voy a poder aguantar mucho más… —susurró él.

—¿Qué quieres decir? —pregunté todavía jadeando.

—Que estoy a punto… ¿No te importa si…?

—¡Claro que no, adelante! —exclamé sorprendida y noté como si se desinflara del alivio antes de detenerse él también y vaciarse en mí.

Solo entonces caí en la cuenta de que no habíamos usado ningún método preventivo.

Por la mañana me despertaron los primeros rayos del sol. Eché un vistazo a mi reloj: eran poco más de las siete. A pesar de haber dormido apenas cinco horas, supe que la euforia no me dejaría volver a conciliar el sueño. Alberto y yo habíamos pasado toda la noche abrazados, *spooning*, como decía Nancy, yo con mi espalda pegada a su pecho y él rodeándome con los brazos. Puede que suene a tópico, pero así fue como nos dormimos y así fue como nos despertamos. Y entonces supe que sí es importante abrazarse después de hacer el amor y que si Alberto no lo hubiera hecho, algo habría fallado ya. Solo entonces, al descubrirlo así por la mañana, me giré y le dije:

—Yo también te quiero.

Él sonrió y sin abrir los ojos respondió:

—Te lo has pensado bien…

—Llevo tiempo pensándolo, pero ahora estoy segura.

Estrechó su abrazo y hundió la nariz en mi pelo, detrás de la oreja. Tardó casi un minuto en susurrarme al oído:

—No te rías, pero yo lo he estado pensando desde el primer día en que te vi.

No pude evitar la carcajada.

Empezó a hacerme cosquillas y me reí aún más. Él se rio de mi risa y yo pensé que eso era la felicidad.

Tardamos más de una hora en levantarnos de la cama. Cuando serví el café en dos grandes tazas, en el reloj de pared de la cocina ya pasaban de las nueve.

—¿Estilo americano? —me preguntó con una ceja levantada.

—Más fuerte. Al menos yo lo voy a necesitar.

Llegaría tarde a la librería, pero no tanto como había pensado. Alberto se iría a su hotel y volvería a mi casa por la noche. Esta vez se traería el cepillo de dientes y ropa para el día siguiente.

—Solo si me dejas hacer a mí la cena. Pasaré antes por el súper. —Había respondido así a mi invitación, mientras aún estábamos en la cama.

Ahora, ya vestidos y sentados uno frente al otro en la cocina, y yo aguantando la taza de café humeante muy cerca de mis labios como para calentarme, abordé un tema que debería haber aclarado antes. Si no lo hice fue porque sabía que de alguna manera iba a mentirle, o al menos, a esconderle la verdad.

—Cuando pases por el súper, tendrías que comprar también condones, ¿no?

Me miró como si le hubiera sugerido que comprara pañales y potitos.

—Preservativos —aclaré para disimular mi sorpresa ante su sorpresa.

—Te he entendido a la primera —dijo sonriendo.

—¿Y por qué te extraña tanto? Anoche no tuvimos ningún cuidado.

—Lo siento, debí preguntarte antes —dijo bajando la cabeza.

Di un sorbo del café para ocultar los nervios que sentí de repente. Tenía en la punta de la lengua confesarle mi secreto. Lo había dejado en Boston, con Nancy, Patrick, su familia y el doctor y las enfermeras que me

atendieron, pero ellos ya estarían olvidándose de él porque yo ya no formaba parte de sus vidas. En Barcelona no se lo había contado a nadie y había decidido que solo lo sabría algún día el hombre con quien compartiría mi vida, mi alma gemela, el verdadero amor de mi vida… Quería pensar que lo acababa de encontrar, que era Alberto, alguien quien, además, nunca había querido tener hijos, pero tuve miedo: no me fie de mi instinto porque me había equivocado antes. Y callé.

—Me dejé llevar, no pensé. La falta de costumbre, imagino: hace mil años que no me pongo un condón. Y además, tengo buenas razones para pensar que soy estéril…

Soltó una carcajada, pero en realidad parecía triste. Me miró de lado, como si intentara leerme el pensamiento, y entonces supe, con una claridad inequívoca, que él sabía que le ocultaba algo. Eso, lejos de hacerme confesar, me hizo insistir aún más.

—Aparte del riesgo de embarazo, no se puede ir por el mundo practicando el sexo sin precaución.

—Yo no voy por el mundo practicando el sexo. Eres la segunda mujer con la que me acuesto en casi treinta años.

—Pero no sabes con quién me he acostado yo…

—Con más que yo, seguro, pero eso me trae sin cuidado. Sé que en los últimos tres años solo has estado con un imbécil.

Me eché hacia atrás como si el insulto hubiera sido para mí.

—Perdona, quiero decir con Patrick.

—No te disculpes, tienes razón: era un imbécil. Pero ¿cómo sabes que no he estado con más después de él?

Acercó más su silla a la mía, me quitó la taza de café de las manos, la puso encima de la mesa, y me besó en la comisura de los labios. Con los ojos entrecerrados y una sonrisa pícara, susurró:

—Después de la escena del salón, si me hubieras confesado que con el imbécil solo hiciste manitas, me lo habría creído.

—Está bien —dije intentando no reír— pero aun así…

—Sí, ya sé, quieres que compre condones.

—Sí.

Esa noche cuando llegué a casa él ya estaba allí porque al final le había dado una llave del piso. Al entrar me invadió el delicioso aroma de lo que

estaba cocinando: pisto de berenjena, pimiento y tomate como acompañamiento del filete de salmón envuelto en jamón serrano que iba a cocer al horno en solo diez minutos. Y encima de la mesa de la cocina, donde había tenido lugar la conversación que ahora me avergonzaba recordar, había una caja de preservativos de doce. Nos besamos como si hiciera días que no nos veíamos. Cuando nos separamos, yo quise hacer ver que no veía la caja, pero él no me iba a dejar escapar, y señalándolos con un gesto de la cabeza dijo:

—Si los usamos todos esta noche, mañana iré a por más.

—No creo que haga falta.

—Ojalá no hiciera falta ninguno. A mí me gusta más hacerlo sin. ¿A ti no?

—Sí, pero hay que prevenir, ¿no? —recalqué con un poco de impaciencia.

Él me abrazó de nuevo y suspiró. Iba a decir algo, pero lo pensó mejor. Después de unos segundos largos de silencio, preguntó:

—¿Quieres una copa de vino?

—Sí, pero voy a ducharme antes.

Así fue el comienzo de nuestra vida como amantes.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, junio de 2014

Ya empieza el verano, mi estación favorita. Hoy he venido a la playa de Sant Sebastià de la Barceloneta para disfrutar del mar y del sol pensando que no habría mucha gente, pues hasta mañana no terminan los colegios, pero esto está a rebosar. Niños no hay, pero sí parados, imagino, y turistas extranjeros, sobre todo mujeres: rubias, robustas, bronceadas. Los vendedores de pareos y bebidas las acosan más a ellas que a los que son evidentemente de aquí.

Estoy aquí porque sé que a Enya le gusta esta playa, aunque todavía no hemos venido juntos. Ya lo haremos. No me he tomado el día libre: he trabajado como cada mañana y además ha sido una jornada muy productiva. Me he levantado mucho antes que ella, lleno de energía y buen humor porque ayer, por fin, superamos una barrera. Siento un alivio que raya en la euforia y, aunque hace solo dos horas que nos hemos despedido en casa después de tomar el café en la cocina como cada mañana, tengo ganas de llamarla y volverle a preguntar cómo está.

—Estoy muy contenta —me dijo anoche antes de dormirnos— porque es como si me hubiera quitado un peso de encima, pero sobre todo me alegro de que lo hayamos aclarado.

—Todavía no puedo creerme que pensaras eso de mí…

—Ya ves. Los malentendidos abundan más que la buena comunicación en las parejas, pero yo creo que sois los hombres los que no habláis, escondéis las cosas, mentís…

—Estoy de acuerdo. Los hombres mentimos más que las mujeres, pero vosotras lo hacéis mejor.

Me tumbo en la arena y pienso que me quedan dos veranos y que los vamos a disfrutar. Hace cuatro meses que nos conocemos y tres que vivimos juntos. Aparte del primer mes, en que esperé pacientemente a que ella me conociera un poco, el resto ha sido una vorágine. Hemos

compartido tanto ya que tengo la sensación de que hace años que me mudé a su casa.

Me esfuerzo a diario por crear situaciones diferentes con ella. El café de la mañana es el único elemento rutinario de nuestra vida juntos. Es algo que nos gusta a los dos. Lo tomamos sin hacer nada más, solo mirarnos y sonreír. Pero cuando ella se va a trabajar y yo me pongo a escribir, en algún rincón de mi mente ya estoy pensando en qué haremos hoy para emplear el tiempo de manera diferente. Así engaño a mi mente: cuantas más cosas hagamos, más parecen cundir las horas, y yo quiero que me cundan mucho, porque no me quedan tantas.

Una de las actividades que hacemos juntos es bailar. No he querido abandonar la afición por haber perdido mi pareja de baile. En parte es un tributo a ella, ya que cuando bailo con Enya todavía pienso en María. Enya no tiene la experiencia que María y yo conseguimos juntos a lo largo de muchas horas de práctica y tesón, pero es tan joven… y le sobran las ganas de aprender. A veces cierro los ojos e imagino que es a María a quien guío en los pasos con una mano en su espalda, y tengo que reprimir las ganas de llorar. Sé que me martirizo a mí mismo, pero no puedo dejar de hacerlo. Y vuelven a mí los demonios que me dicen que yo la maté, que cometí el pecado de desear a otra mujer cuando ya tenía a la mejor, y ahora que tenía en mis brazos a la otra, volvía a pensar en la que perdí. Debo de ser un insatisfecho, de esos que no se conforman con lo mejor de la vida y cuando van a buscar lo que creen que les falta, lo pierden todo y solo entonces se dan cuenta de que ya lo tenían todo. Me pasó una vez y ahora vuelvo a hacerlo. Enya es la segunda oportunidad que me brinda Dios, por poco tiempo, y soy tan necio que a veces prefiero no estar presente cuando estoy con ella.

Al menos cuando hacemos el amor sí que somos solo dos. La primera vez me pregunté qué pensó María, si es que está en el cielo o en algún sitio con el Dios en el que me resistí a creer y ahora sí es omnipresente en cada segundo de mi vida. Lo pensé no mientras nos revolcábamos en la cama como si hubiéramos destapado por fin la tensión sexual de todo un mes acumulada a presión en una botella, ni siquiera en el salón o en el ascensor donde ya la deseaba tanto. Fue en el metro donde decidí apartar a María, despedirme hasta el día siguiente y no dedicarle ni un pensamiento más, porque a pesar de la culpa que no creo que deje de perseguirme nunca, estuve seguro de que esté donde esté, ella se alegra de verme feliz.

No puedo parar de comprobar la pantalla del móvil para ver si hay algún mensaje suyo y no lo he oído llegar, pero nada, no creo que me envíe ninguno hoy. Me río al recordar cómo rio ella cuando le insinué que no ganaba para mensajes de texto.

—Tienes razón, bájate el *wassap* —me dijo.

—*¿Y ezo qué e?* —contesté, exagerando mi acento andaluz.

Ahí fue cuando rio tanto y más aún cuando quiso descargarme ella misma la aplicación y descubrió lo anacrónico que es mi móvil y que lo uso para llamadas de teléfono y nada más.

—En algunas cosas soy muy tradicional —le dije repitiendo sus palabras.

La primera vez que las había dicho fue el día que sacó la libreta frente a las columnas de Augusto. Hace tantísimo tiempo de eso ya… o lo parece. Ahora cada vez que alguno de los dos pronuncia esa frase, nos reímos como tontos. El amor tiene eso: atonta, y por la manera en que me mira el vendedor ambulante que se ha plantado ante mí adivino que ahora mismo debo de tener la cara de bobo que se me pone cada vez que pienso en ella. Para disimular saco la cajetilla de tabaco y enciendo un cigarrillo; la playa es uno de los pocos sitios donde todavía se puede fumar hoy en día.

—Agua, cerveza, Coca-Cola, Fanta, Sprite —recita como el que repite las mismas palabras mil veces al día.

Lo miro de lado haciendo ver que pienso en qué es lo que me apetece. En realidad lo estudio a él. Es negro como el carbón, seguramente senegalés. Ha venido aquí a buscarse la vida y debe de enviar dinero a la mujer e hijos que hace años que no ve. Se saca su dinerito cada día pero tiene que vivir con el temor constante de las denuncias de los bañistas y sobre todo de los comercios y las detenciones y multas de la policía. No puedo evitarlo: siento una admiración especial por gente así, que se espabila para seguir adelante.

—Una cerveza, por favor —digo poniendo especial cuidado en mostrarle todo mi respeto.

Me pregunto qué opinaría Enya. Se lo tengo que preguntar. Seguramente defenderá la posición de los comerciantes, después de todo, ella ahora es una. No la conozco bien; la voy descubriendo. Es normal, pues no la inventé yo. Ella ya existía antes de que yo la imaginara. Adiviné algunos aspectos de su vida y su personalidad, eso es todo. Pero lo que no adiviné, o

en lo que no pensé, a veces es sorprendente. Por ejemplo, el tema de los preservativos.

Después de esa primera noche en su casa creí que íbamos a vivir unos meses de amor y sexo intensos, sin ninguna preocupación. Sabía que ese día había sido importante para ella. Me halaga que me vea como un escritor de prestigio, no puedo negarlo, aunque creo que exagera y no dejo de recordarle que los lectores olvidan rápido y hace más de cinco años que no ven nada mío. Para complacerla y echarle una mano en su carrera, accedí a dar esa charla y la disfruté más de lo que había esperado. Respecto a ella, no tenía expectativas. Me había acostumbrado al placer de verla cada día y podría haber vivido así el resto de mis días. Solo me dolía no poder expresar mis sentimientos. No sabía que esa noche sería la noche, no sabía que al cerrar la puerta tras despedir al último grupo de escritores ilusionados, Enya olvidaría sus temores y me recibiría con los brazos abiertos. Me sentí como si hubiera pasado un examen, o al menos la primera prueba. Entonces ya podía decirle que estaba loco por ella.

La conversación matutina fue un golpe que no esperaba. Sencillamente porque esa parte no está en la novela. Si yo no supiera lo que sé, su actitud sería comprensible. De hecho, mi despreocupación no fue normal, fue un descuido por mi parte. No muy grave, por suerte, porque pude usar la excusa de mi longeva monogamia y probable esterilidad. Cuando comprendí que Enya no ha superado el trance de lo que le pasó en Boston y que sigue con el complejo absurdo de no ser cien por ciento mujer, sentí una profunda compasión. Me habría gustado arroparla y asegurarle que no tiene nada de que preocuparse. Es en momentos como ese cuando la veo tan vulnerable y frágil que temo romperla. Por eso me contuve y callé, decidí respetar su decisión sin rechistar por poco que me gustara. Y así fue como, después de casi treinta años de sexo sin barreras físicas —que sí psicológicas— inicié una nueva relación con una medida preventiva que no necesitábamos.

Al principio no le di más importancia. Estaba tan contento que aparté ese molesto detalle de mi mente sin querer ver, de momento, que era un agujero en nuestra relación, un obstáculo en la conexión. Lo había puesto ella, pero ¿quién era yo para exigir la verdad? No tenía derecho a hacerlo, aunque durante esas primeras semanas de exaltación amorosa acentuada por la temperatura cálida de la primavera, no sospeché que muy pronto llegaría un

día, ayer, en que ya no podría vivir más con esa mentira y yo mismo la desvelaría.

Si ya antes nos habíamos visto casi a diario, a partir de entonces continuamos haciéndolo pero en un nuevo escenario: su casa. Empecé a cocinar para ella y recuperé así otra de las aficiones que había abandonado con la muerte de María.

Un día de esa misma semana fuimos a mi hotel. Enya quería ver dónde trabajaba cada mañana y ambos caímos en la cuenta de que nunca había subido allí. Entró mirando alrededor como si esperara encontrar un tesoro, con los ojos muy abiertos, pero no era más que una habitación de hotel. La cama estaba hecha, el baño limpio, y aparte de eso, solo había un televisor, dos sillones y un pequeño escritorio y una silla. Enya se acercó al ordenador portátil que descansaba encima del escritorio y lo acarició.

—Aquí es donde está todo… —musitó.

—Y en la nube —susurré abrazándola por detrás—. Uno no puede fiarse de un solo aparato tecnológico.

Junto al ordenador había una carpeta con todas las notas que había estado tomando en el mes que llevaba en Barcelona. Enya pasó también una mano por ella.

—Supongo que no me vas a dejar leerlas.

—Puedes hacerlo si quieres, pero no es más que documentación recopilada. No creo que te interese.

—Tienes razón. Esperaré.

Entonces se deshizo de mi abrazo y se acercó a la ventana. Miró hacia la calle de la manera exacta en que lo hiciera yo el día que la vi por primera vez, pero sin esconderse luego detrás de la cortina. No pude evitar un escalofrío. Parecía como si Enya hubiera intuido que yo hubiera hecho justo eso. Aun así, no fui capaz de confesar cuando ella sí lo hizo:

—¿Sabes qué? El día que quedamos pasé por esta calle por la mañana. Quería ver cómo era el hotel donde te hospedabas, aunque fuese solo por fuera. Miré arriba pensando que igual te veía pero entonces tuve miedo de que tú me vieras a mí y pensaras que era una *groupie*.

—¿Así que eras tú? —Lo dije riendo, consciente del efecto engañoso que eso confería a mis palabras verdaderas.

Ella también rio, pensando que yo bromeaba como tan a menudo, y eso fue todo. Después nos tumbamos en la cama y dejamos pasar la tarde de domingo. Entonces salimos a cenar y regresamos a pasar la noche en el hotel.

Así vivimos durante un par de semanas, a caballo entre su casa y mi hotel, hasta el día en que le anuncié que me iba a Córdoba unos días, a pasar la Semana Santa con mis padres.

—¿Pero vas a volver?

—Por supuesto. Estaré fuera menos de una semana. Solo quiero tranquilizar a mi madre, acabar de vaciar mi piso y ponerlo en alquiler quizás o mejor a la venta. No puedo seguir viviendo del cuento durante mucho más.

—¡Porque no quieres!

Nos reímos los dos, aunque no era la primera vez que empleaba ese juego de palabras. De hecho, yo me aburría de mí mismo cuando me oía repetirlo, pero sabía que ella se iba a reír. Además, sabía que eso iba a darle pie a hablar de nuestra situación.

—Todo se andará, pero mientras tanto, necesito el dinero y no un piso vacío en Córdoba donde ya no hay nada que me retenga.

—Y cuando vuelvas… ¿no irás otra vez al hotel?

La miré sin contestar, sin apenas levantar las cejas. Ella iba a proponerme que viviéramos juntos, pero tenía que hacerlo sola, sin mi ayuda y porque ella lo deseara sin que el recuerdo de la convivencia con Doherty enturbiara su decisión.

—Podrías vivir en mi casa… Prácticamente ya lo haces y es una pena derrochar el dinero en un hotel.

—Nada me gustaría más que vivir contigo, pero aceptaré solo si estás segura de que es eso lo que quieres. Yo solo te puedo prometer que nunca fumaré dentro.

—Ah, ni hablar. Si vienes tienes que seguir cocinando, fregar los platos, hacer la cama, limpiar.

—Buf, creo que no podré. En el hotel no me exigen esclavitud.

—Pues aquí tienes que trabajar, amigo. Es el precio que hay que pagar por la estancia y el sexo gratis.

—El sexo gratis te lo doy yo a ti, *no fotem!*

Enya estalló en una carcajada que le duró unos buenos cinco minutos. Le encanta oírme hablar en catalán y yo no desaprovecho ocasión de hacerme el gracioso, hasta el punto que me he aficionado a aprender un par de frases cada día y las practico a la mínima oportunidad que se me presenta. Me he dado cuenta demasiado tarde en la vida de que hacer reír a las mujeres es una de mis mayores satisfacciones. Quizás debería haberme dedicado a escribir novelas de humor.

A la mañana siguiente pagué mi cuenta en el Hotel Astoria y el personal entero me despidió en la puerta con reverencias y casi lágrimas en los ojos. Mi estancia en el hotel había sido de sesenta y una noches. Me adoraban porque había pagado puntualmente al final de cada semana y porque enseguida habían adivinado quién soy, y el director me había preguntado en qué estaba trabajando. Se lo conté sin esconder nada. Incluso accedí a hacerme fotos y firmar autógrafos.

Tomé un taxi hasta la calle de Enya y me instalé en su piso. Allí voy a vivir durante dos años. Mientras deshacía mi pequeña maleta me pregunté si debería dejarla tal como estaba y llevármela al cabo de dos días a Córdoba. No quería inundar la casa con mis cosas, no quería hacerla mía porque tenía muy claro que mi paso por allí era pasajero. Por otro lado, no deseaba levantar sospechas en Enya. Continué guardando mi ropa en el armario y resolví que debía irme sin equipaje y volver con otra maleta y ropa de verano. Ya tendré tiempo de deshacerme de todo al final.

Cuando Enya llegó a casa por la noche nada había cambiado. Yo estaba en la cocina preparando la cena como otras veces. La recibí con una copa de vino y le pregunté cómo le había ido el día. Ella se sentó y se puso a hablar, contándome cada detalle. A veces me pregunto cómo es posible que pase tantas horas en silencio, leyendo, analizando, corrigiendo y reescribiendo para mejorar el pensamiento escrito de otros que no supieron expresarlo tan bien. María era más bien callada y cuando hablaba no desperdiciaba palabras, por eso no hacía jamás uso de coletillas, muletillas o tacos. Hasta ahora había imaginado que todas las mujeres de letras eran así: escuetas. Enya no. Enya habla como si estuviera pensando y de repente se detiene cuando cae en la cuenta de que alguien la está escuchando. Mientras me contaba entusiasmada que había terminado de editar otra novela y que al día siguiente volvería a la caza del siguiente mirlo blanco, me di cuenta de lo mucho que me gusta la domesticidad compartida con una mujer. Esa es la

verdad: yo no sé vivir solo. Tengo el absoluto convencimiento de que nunca habría superado la muerte de María de no conocer de antemano mi destino.

Cenamos en la cocina, como siempre. Enya tiene una mesa en el salón pero no la hemos usado nunca, es demasiado grande. Después nos acomodamos en el sofá y terminamos la botella de vino. Mientras le masajeaba los pies, mi vida anterior, en Córdoba, se me antojó tan lejana que me resultaba difícil aceptar que realmente me había pertenecido. No podía creer que al día siguiente fuera a enfrentarme con los fantasmas del pasado.

Enya interrumpió mis pensamientos con una de esas ocurrencias que tiene a veces y que me parecen pueriles, o quizás sean propias de ser mujer.

—Ahora que hemos dado este paso, ¿qué dirías que somos? ¿Todavía amantes o ya novios?

—Mmm, no sé. Novios eran los que se iban a casar, pero tú no quieres casarte.

—¿Cómo lo sabes? Nunca te lo he dicho.

—No le ves la utilidad. Y yo tampoco, la verdad. Me casé una vez para tener sexo frecuente y seguro, pero esta vez ha sido muy fácil conseguirlo sin el beneplácito de los curas. Doy gracias a Dios por consentir el ateísmo y sobre todo las ateas.

Enya me dio una patada en el estómago con el pie que le estaba acariciando.

—Déjate de bromas. Va, en serio, ¿qué somos? —Pero también se reía.

—Somos Alberto y Enya. ¿Para qué ponernos más etiquetas?

—¿Juntos pero no revueltos?

—Yo no tengo problema en revolverme. Primero tú encima, luego yo, por detrás, de lado…

—Mis amigas me preguntan —dijo ella después de propinarme otra patada—. Que si vamos en serio, que qué pretendo liándome con un hombre más mayor, que si tenemos futuro… No sé qué decirles. ¿Tenemos futuro?

—¿Y eso quién lo sabe? —contesté poniéndome serio por primera vez.

—Tú lo sabes.

Tardé más de dos segundos en dirigir mis ojos a los suyos, pero ella no me miraba. Tenía la vista fija en el techo, como perdida, con los brazos

cruzados detrás de la cabeza. Respiré aliviado al comprender que había pronunciado esas palabras por decir algo, no porque realmente supiera que yo ya conozco nuestro futuro.

—¿Quieres que te lo cuente? —propuse después de un minuto largo.

—¿El qué?

—Nuestro futuro. A ver esa mano, señorita —dije obligándola a deshacer su cómoda postura—. Va a tener usted una larga vida.

—¿Al lado de un escritor famoso?

—Veo a muchos escritores en su vida, tanto famosos como desconocidos. Vivirá una intensa historia de amor con un viejo verde. Juntos serán felices y comerán perdices. De esa bella relación saldrá una niña de ojos almendrados que se llamará Eulàlia…

Enya retiró la mano con brusquedad.

—¡Ay, todo te lo tomas a broma! —dijo con un suspiro.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que hablaba en serio, pero todavía no había llegado el momento.

—Te voy a echar de menos.

—No lo hagas. Aprovecha para ver más a tus amigos, a tus abuelos, a tus hermanos y a tu padre. Yo acaparo demasiado de tu tiempo. Sé que no es justo pero es que me he vuelto adicto a ti.

—Me gusta estar contigo. A mis hermanos no puedo verlos más de lo que me permiten sus padres, ya sabes que no soy una buena influencia para ellos. A mis abuelos también los veo una vez a la semana y es suficiente. Y mis amigas tienen su vida. Todavía me siento incómoda aquí, como una extranjera en mi propio país; el trabajo y tú sois las dos únicas cosas que me salvan. Es muy raro pero tú eres la única persona que parece comprenderme cuando hablo de cómo me he sentido al volver después de esa interrupción de tres años en otro mundo.

—¿Por qué es tan raro?

—Porque tú no lo has vivido. Nunca has sido extranjero. No sabes lo que es sentirse como un bicho raro en un país nuevo y luego volver a tu país de origen y seguir sintiéndote como un bicho raro por el hecho de haberte ido. Y encima es algo irreversible. Y lo peor es que no cambiaría lo que yo he hecho, sino a las personas que no me entienden.

—Eso es lo que pasa cuando expandes tus horizontes. Yo también he viajado y ya sé que no es lo mismo que vivir fuera una larga temporada, pero claro que te entiendo. A los que leemos no nos cuesta nada ponernos en la piel de otra persona, ¿no te parece?

—No. Yo creo que es porque eres escritor.

—O a lo mejor porque yo ahora también soy extranjero. Mañana vuelvo a casa y te confieso que me da miedo y yo sí que te voy a echar mucho de menos.

—Bueno, no nos pongamos tristes. Solo serán unos días, pero siempre es más difícil para quien se queda…

Tenía razón ella: siempre es más difícil para quien se queda con el espacio vacío que antes ocupara el que se ha ido. Sentí otra punzada de culpabilidad por lo que le estaba haciendo a esta maravillosa mujer, por haberme metido en su vida de esta manera después de lo que ya ha sufrido. Por eso deseaba por un lado que siguiera con su vida aparte de mí, pero por otro era consciente del tiempo limitado que teníamos y no quería desaprovechar ni un segundo. La culpa me corroe tanto que yo creo que eso es en realidad lo que me va a matar.

Me froté los ojos para alejar los malos pensamientos, recordándome una vez más que debía estar presente en cada minuto, sin dedicar más tiempo a pensar en lo que vendrá o lo que ya se fue. Ella lo interpretó como una señal de sueño y propuso que fuéramos a la cama. Al día siguiente tomaría el AVE. Por la mañana nos despedimos después de nuestro ritual del café, más temprano que de costumbre.

—Tráeme un imán de la mezquita para la nevera —me dijo después del último beso.

Ese fue nuestro primer paréntesis, y de momento el único. Hablamos por teléfono a diario, y varias veces. Aun así sentí profundamente la falta de su compañía, sobre todo por las noches, pero también a la hora de comer mientras la imaginaba sola en la librería. Ninguno de esos días la sorprendería apareciendo con algo preparado en casa u obligándola a cerrar durante una hora para ir a pasear o ponernos a bailar ahí mismo, entre libros.

Regresé a mi piso abandonado e insistí en dormir en él a pesar de los ruegos de mi madre por que me quedara en su casa. Y volví a llorar y a beber

demasiado. Y por más que me repetía que había tenido suerte, que de todo se aprende y que debía valorar la felicidad inmerecida que me brindaba ahora Enya, no podía dejar de sentir lástima de mí mismo, por haber escrito mi propio destino ya inamovible. El remordimiento se acentuó al constatar que ahora, si aún pudiera volver al pasado y cambiarlo todo, no lo haría. Ya no cambiaría ni siquiera la muerte de María ni toda la vida que tan feliz compartí con ella por los dos meses que había vivido con Enya y los dos años y tres meses que aún nos quedan por vivir.

—Lo siento, lo siento tanto, María… Te fallé. —Me encontré hablando solo a las paredes pero convencido de que ella me oía donde quiera que esté —. Te ruego que me perdones.

No dejo de pensar en ella. No lo haré nunca, se lo debo. Pero sí cumplí con el cometido que me había llevado hasta allí: deshacer del todo esa vida pasada. Despojé la casa de mil objetos innecesarios acumulados a lo largo de los años. Recogí los efectos personales de María en varias cajas y las llevé a casa de sus padres.

Su madre me recibió con una mirada herida. Había sido un mal yerno y lo sabía. No había vuelto a ver a mis suegros desde el entierro, ni siquiera los había llamado. No estuve más de diez minutos. Esa casa y el convencimiento de que todos sus habitantes hubieran deseado mi muerte antes que la de su preciada hija me oprimía el pecho. Nunca antes había sentido así la fuerza del reproche no expresado con palabras pero palpable en cada gesto, cada mirada huidiza.

—No tienes por qué convertirte en un extraño —dijo mi suegra ya en la puerta.

Así que era eso lo que más les dolía. No que yo la hubiera matado, sino que al perder a su hija me hubieran perdido a mí también. Otra razón de más para sentirme culpable, pero de ninguna manera podía explicarle a esa mujer, bondadosa aunque ciega ante el sufrimiento de su propia hija durante tantos años por culpa de la maldita educación católica, que yo ya no deseaba llorar más a María.

—Me voy a vivir a Barcelona. Necesito cambiar de aires y he vuelto a escribir —contesté por toda explicación.

—Entonces, ¿no volveremos a verte?

No me atreví a preguntarle si se refería a nunca más.

—Lo siento —repetí por enésima vez desde que llegara a Córdoba.

—Cuídate.

Cerró la puerta despacio pero sin esperar a que yo dijera nada más o me alejara del rellano.

Con mis propios objetos personales tuve dudas. Menos mis escritos inéditos, lo tiré casi todo, pero había ciertos recuerdos que no me vi capaz de destruir; en especial, los álbumes de fotos. Así que llené un par de cajas más para llevar a casa de mis padres. Creo que les gustará conservar las fotos que resumen la vida de casados de Alberto y María, si es que pueden soportarlo. Tampoco fui capaz de desprenderme de los libros, ni los de ella ni los míos, pero no por apego sino porque les había encontrado una casa mejor: la Librería Revolución, adonde llegaron por UPS tres días antes que yo. Lo supe enseguida porque Enya me llamó muy contenta para agradecerme la sorpresa.

—¿Por qué lo has hecho? Son tus libros, incluso hay muchos firmados por los mismos autores, aunque casi todos para María…

—Sí, a ella le hacía ilusión. Para darme celos de mis colegas. Era su manera de ponerme las pilas.

—¿Bromeas?

—Claro. Quédate con los libros. Véndelos o haz lo que quieras. No es justo que sigan almacenando polvo sin que nadie más los lea.

Puse el piso a la venta. No era un buen momento pero se vendería y tendría dinero suficiente para vivir como un rey y dejar una buena herencia a mis padres. A ellos los fui a ver casi a diario, y asistí a todas las comidas familiares a las que también acudieron mi hermano Rafael y su familia. Logramos un ambiente de jovialidad durante el cual no se mencionó para nada a María. Aproveché la comida del domingo de Pascua para informarles a todos de que mi reubicación en Barcelona era definitiva. Les conté que había vuelto a escribir, pero no fui capaz de desvelar el verdadero motivo por el que dejaba todo atrás. Me escucharon sin preguntar nada. Solo mi madre se atrevió a hablar:

—Papá y yo te vemos mejor. Nos alegramos, pero te haría falta una mujer: todavía eres joven.

—No te preocupes, mamá. Barcelona está llena de mujeres hermosas. No cocinan tan bien como las cordobesas, pero para eso ya estoy yo. Regreso mañana.

—¿Y aquí, cuándo volverás?

—Seguramente ya no lo haga hasta Navidad.

—¿Tan tarde, hijo?

—La nueva novela requiere toda mi atención. Estoy muy concentrado en ella. Ya sabes cómo soy, mamá: cuando se me mete una idea en la cabeza necesito encerrarme hasta materializarla del todo.

Me levanté para abrazarla y tranquilizarla. De repente recordé lo que había sentido por ella en mi niñez. A los cinco años esa mujer era la persona a la que más adoraba en el mundo. De hecho, ella era mi mundo y no soportaba separarme de su lado. Ahora, en cambio, incluso en mi recta final, me alejaba de ella para siempre y para estar con otra mujer a la que apenas acababa de conocer. Y la única razón por la que prometí volver en Navidad era el poco sentido del deber que todavía me quedaba hacia mis padres.

Al día siguiente el AVE me dejó en la estación de Sants poco antes de las dos y media de la tarde. Caminé las dos o tres manzanas que la separan del piso de Enya acarreando una bolsa grande de deporte con ropa de verano y poca cosa más. Antes de meter la llave en la cerradura, me llegó el aroma inconfundible del sofrito, el marisco y el arroz. Me detuve y volví a comprobar el piso y el número de la puerta. Era el correcto pero no podía creer que Enya estuviera cocinando. La puerta se abrió de repente.

—¿Qué haces ahí parado?

—Me he convertido en estatua de sal. ¿Estás cocinando?

—Estoy preparando paella, tu plato favorito. ¡Y no te burles!

Los dos estábamos demorando a propósito el momento de fundirnos en uno, pero yo ya no aguanté más. Dejé la bolsa, cerré la puerta de un puntapié tras de mí y la tomé en volandas y la besé como si no la hubiera visto en seis meses.

—¿Cuánto rato hace que has puesto el arroz? —murmuré mientras le mordisqueaba una oreja.

—Lo acabo de poner.

—Entonces tenemos veinte minutos.

Hicimos el amor de manera apresurada y salvaje y aunque yo no terminé (por la presión del arroz y el peligro a que se quemara), olvidé aposta la gomita y ella tampoco me la recordó. No lo habíamos vuelto a hacer sin preservativo desde la primera noche, pero ese día caí en la cuenta de que

siempre era yo quien iba a por él, interrumpiendo el momento de manera incluso más inconveniente para ella que para mí. Y lo hacía por respeto, porque ella me lo había pedido una sola vez y quería demostrarle que la había escuchado y que no soy uno de esos tipos que dicen «sí, querida» y luego hacen lo que les da la gana. Pero a partir de entonces sí lo fui, porque ella no me riñó y cuando más tarde, después de habernos hartado de paella y haber dormido una siesta en el sofá, volvimos a encontrarnos sedientos el uno del otro, la penetré de nuevo sin impedimentos. Tuve la prudencia de retirarme, y luego esperé a que ella me dijera que no era necesario, pero no lo hizo.

Hemos continuado así durante dos meses, hasta ayer, cuando yo no pude aguantar más la farsa. Habíamos quedado en que iríamos a cenar a un restaurante asiático cerca de la librería. Me presenté una hora antes y estuve observándola mientras ella atendía a los clientes. En pocos meses se ha convertido en un comercio muy popular en el barrio e incluso en la ciudad entera, en parte gracias a un artículo de prensa que la citó como de las pocas librerías independientes y con personalidad de la ciudad. Ayer jueves tuvo un día de mucho trabajo. Quizás no sea el momento idóneo para hacerla confesar, pensé, pero llevaba días dándole vueltas y ya no podía más. Era algo parecido a lo que sentí durante el mes entero que tuve que disimular mi enamoramiento mientras esperaba a que ella se enamorara también de mí. Solo que esta vez quien tenía que hablar era ella.

Antes de sacar el tema, dejé que se estudiara la carta, aunque se la conocía de memoria, y pidiera para los dos.

—Rollitos de papel de arroz rellenos de verduras y gambas, el curri semanal y el *bun* de cerdo en salsa agridulce con piña.

—¿Lo traigo todo a la vez, para compartir? —preguntó el camarero.

—Sí, por favor.

—¿Y para beber?

—Dos cervezas asiáticas, ¿te parece?

Abrí las manos para indicar que cualquier cosa me iba bien.

—Me hice adicta a este restaurante después de descubrir a una de mis primeras autoras, como me gusta llamarlas. ¿Ya te lo conté? —dijo Enya una vez se hubo retirado el camarero.

—Mmm… creo que sí, pero refréscame la memoria. Leíste un libro de viajes, ¿no?

—Sí, *Amanecer en el Sudeste Asiático.* A partir de entonces me entró verdadera curiosidad por la gastronomía asiática.

—¿Esa autora no estuvo en la charla de escritores?

—No, no es de aquí. Bueno, sí es de aquí pero ya no vive aquí. Es una expatriada, como lo fui yo y como lo eres tú ahora, vaya. Vendrá de visita por Navidad. Tengo muchas ganas de conocerla en persona. Ella fue una de las primeras personas en confiar en mí y en mi proyecto, y sin saber apenas nada. Creo que tiene un buen futuro como escritora. Yo voy a editar su próxima novela, que está a punto de pasarme.

—¿Y cuándo vas a empezar a cobrar por tus trabajos de edición? Yo pienso pagarte.

—Tú no tienes que hacerlo, tonto. Pero precisamente Carmen insistió desde el principio en remunerarme, o de lo contrario se buscaría a otra editora. Así que… por mal que me pese, le voy a cobrar. No me puedo permitir perder a una buena escritora.

—Pues me alegro mucho. Ya te estás haciendo un nombre, pero si consigues descubrir aunque sea uno o dos talentos nuevos, que además de escribir bien se vendan, serás de las editoras más buscadas y si ya ahora tienes que quitarte de encima a los aficionados, imagina dentro de un año… Para mí será un gran honor tener como editora a la gran Enya Pallarés.

—Bueno, bueno, ¡no exageres!

—No exagero. En serio, me hace inmensamente feliz ser testigo de cómo estás alcanzando tu sueño.

—Gracias. Pero cambiemos de tema, ¿Qué es eso de lo que me querías hablar?

—Prefiero esperar a que nos traigan la comida, para no tener interrupciones después.

—Vaya, me estás asustando. ¿Va todo bien?

—Sí, pero creo que podría ir mejor.

Cómo no, en ese preciso momento apareció el camarero con las bebidas y los dos aguantamos el silencio forzado durante cuarenta y cinco largos segundos. Entonces Enya suspiró con exageración.

—¿Y ahora de qué hablamos?

La tomé de la mano y sonreí. A saber qué estaba imaginando. Quise tranquilizarla, así que le adelanté algo:

—Es de nuestra relación sexual de lo que quiero hablar.

—Vale… —dijo lentamente, aunque enseguida tomó carrerilla—: Si me vas a proponer un trío, ya te digo que no, lo siento. Soy mujer de un solo hombre y lo quiero solo para mí, no me gusta compartir, y si tú no eres igual, búscate a otra, no me voy a molestar, aunque creo que estas cosas las tendríamos que haber hablado antes, la verdad, no cuando ya llevamos tres meses juntos, cuatro si contamos el mes de solo amigos…

—Eh, eh, para el carro. No es eso.

Enya iba a decir algo más, pero entonces llegó la comida. El silencio fue más hermético que la vez anterior y el camarero lo notó. Con las prisas por desaparecer de nuestra mesa lo antes posible le dio un golpe sin querer a mi cerveza, que se derramó justo delante de mí y me alcanzó los pantalones. Entre los dos conseguimos detener el líquido con las servilletas, y él, sin dejar de disculparse, anunció que enseguida me traería otra. Enya contempló toda la escena con una mano tapándose la boca. Cuando el camarero se fue por fin, ya no pudo reprimir más la risa.

—¡¿Dónde escondes la varita mágica, bruja?! —exclamé también riendo —. Me has castigado por algo que no he hecho. ¿Ahora a dónde voy yo con esta pinta, que parece que me haya meado encima?

—Al menos no es de vino…

—Cuánto lo siento, señor. Las bebidas van a cargo de la casa —volvió a disculparse el camarero, que había regresado con otra botella de Tiger.

—Gracias y no se preocupe. Estas cosas pasan —contesté y esperé a que se marchara por fin para dirigirme de nuevo a Enya—: Iba a preguntarle a cuántas bebidas se refería exactamente, pero a cambio de que no vuelva a aparecer estoy dispuesto a hacer una excepción esta noche y tomar solo una.

—Bueno, desembucha ya.

—Está bien, pero comamos.

—Yo ya estoy comiendo. ¿Qué es lo que no te gusta del sexo?

—Todo me gusta. Lo que me gustaría pulir es el método anticonceptivo. Ya hace tiempo que no usamos condones y creo que es porque a ti te apasionan tan poco como a mí, pero tampoco me gusta retirarme. Sería más placentero para los dos si no lo hiciera.

—¿Qué propones, que me tome la pastilla?

—Eh… No, no era eso lo que tenía en mente.

—¿Pues entonces qué?

—Que me cuentes la verdad.

—¿Qué quieres decir?

Enya se había puesto tensa, pero yo aún más. Ahí estaba yo exigiendo la verdad aunque todavía indispuesto a ofrecerle la mía. Logré justificarme mentalmente al recordarme que si callaba era por su bien y por la felicidad de los dos.

—Lo que quiero decir es que creo que me ocultas algo y me sabe mal. Me gustaría que confiaras en mí. No sé lo que es —mentí para que no me descubriera— pero hay algo que se interpone entre nosotros, algo que no me quieres contar y que noto sobre todo cuando estamos en intimidad. Supongo que tienes tus razones, pero yo te quiero y debo insistir en que me abras tu corazón. Sea lo que sea, el concepto que tengo de ti no cambiará. Te quiero tal como eres tú y solo tú, no quitaría nada ni añadiría nada.

Continuó con la mirada clavada en mis ojos. Todavía no estaba convencida del todo.

—Si te cuento que Patrick me hizo tanto daño que antes de marcharme de Boston para siempre mi amiga Nancy y yo nos compinchamos para drogarlo y cortarle los testículos mientras dormía y luego se los dimos al perro para comer, ¿qué me dirías?

—Que no sabía que hubieras tenido perro.

—Era de Nancy.

—¿Y qué le pasó a Patrick? ¿Se desangró?

—No, yo misma lo cosí haciendo uso de las técnicas de *patchwork* que había observado en las reuniones de su madre y amigas cada jueves por la tarde. Quedó perfecto. Castrado pero perfecto.

—Vaya, estoy impresionado. ¿Y no te denunció?

—No me esperé a averiguarlo. Ese mismo día cogí un avión a Barcelona.

—¿Y Nancy?

—Tuvo que escaparse a otro estado. La idea había sido suya, así que…

—No puedo creer que él no hiciera nada. ¿No te ha buscado? ¿No se ha presentado en tu casa con una sierra mecánica?

—A lo mejor no sabe que fui yo.

—A lo mejor.

—¿No me crees?

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a creerte?

—¿Y todavía me quieres?

—Por supuesto. Estoy seguro de que tenías tus razones y no es bueno dejar que el perro pase hambre. Aunque también debo decir que me alegro de que tú y yo no tengamos uno, y además, a partir de ahora voy a tener más cuidado en no cabrearte porque yo le tengo mucho apego a mis cojones, con perdón.

—Bueno, pero eso resolvería nuestro problema, ¿no? Mira que ya lo hice una vez y tengo práctica.

—Vale, tú ganas. Olvida que he mencionado el tema, y esta noche, si no te importa, voy a dormir en el sofá y con la puerta del salón cerrada con llave.

Enya estalló en una carcajada.

—Te gusta atormentarme, bruja, pero lo del salón va en serio.

—No es necesario —dijo ella después de una larga pausa.

—Me parece que sí. Estoy cagado de miedo.

—Pero tú no me has hecho daño y yo no te voy a hacer daño a ti.

—Eso es lo que decís todas.

Comimos durante unos minutos en silencio. Ya me había resignado al hecho de que no iba a obtener una confesión menos imaginativa y más fiel a los hechos, y había resuelto esperar sin presionarla más hasta el día en que tuviera que decirle yo mismo que lo sabía todo. Entonces me sorprendió:

—Eso no fue lo que pasó. Lo pensé pero… jamás habría sido capaz. No por el daño que le habría hecho a él sino por el miedo con el que tendría que haber vivido yo el resto de mi vida.

La escuché sin interrumpirla. Dejé los cubiertos en el plato e incluso aparté las bebidas para que no hubiera más objetos de los necesarios interponiéndose entre nosotros. La miré a los ojos para que supiera que tenía toda mi atención. Se me aceleró el corazón porque tuve la certeza de que por fin me lo iba a contar todo. Además del gran alivio que suponía para mí que rompiéramos esa barrera, estaba a punto de asistir a otro de esos momentos tan raros en los que se cumple lo que yo ya escribí. No dejan nunca de impactarme y eso que todavía quedan unos cuantos.

—Fue al revés, me lo hizo él a mí. No literalmente, pero el resultado es el mismo. Me dejó embarazada, a propósito, cuando le dije que lo dejaba, que

ya no podía más. Me emborraché y él se aprovechó y además acertó: ¡me dejó embarazada! Siempre me ha parecido increíble y más con lo que dijo el doctor después, pero así fue… una sola vez. Me sentí manipulada, engañada, atrapada… pero a medida que pasaban los días se me fue pasando el enfado. Es uno de mis defectos: nunca me dura demasiado la rabia, pero creo que algunas veces es necesario para sobrevivir detenerla un poco más. En fin, le perdoné enseguida y me encontré con algo que jamás había imaginado porque nunca me lo había planteado siquiera: ilusionada con la perspectiva de ser madre. Sin embargo, mi embarazo resultó ser ectópico. Perdí al bebé y estuve a punto de morir. Me salvé, obviamente, porque aquí me tienes contándote la historia, pero a cambio perdí un ovario y una trompa de Falopio, y los médicos me dijeron que nunca más volvería a concebir de manera natural.

Se detuvo para secarse una lágrima que se le había escapado, pero ni siquiera entonces osé decir nada. Seguí mirándola fijamente. Quería saber más detalles, pero en realidad ya los sabía. Solo deseaba oírlos de sus labios por la morbosidad de comprobar que todo coincidía.

—Cuando todo se terminó por fin con Patrick me di cuenta de que había tenido muchísima suerte, está claro. De haber nacido, el bebé ahora tendría casi un año y medio y yo seguiría atrapada en una relación sofocante y abusiva. No sería editora ni sería nada, solo una marioneta en manos de él. Pero mientras seguí con él no pude superar el hecho de que nunca más volvería a concebir. En parte lo culpaba a él, pero en parte notaba su desprecio incrementado porque ahora ya no era capaz ni de desarrollar la función más básica de la mujer. Desde que te conozco he vuelto a sentir esa inseguridad…

—¿Qué? Eso no estaba en el guion.

—¿Qué dices?

—Nada, que… no entiendo por qué te has vuelto a sentir así desde que me conoces a mí.

Estaba perplejo e incluso un poco herido. Creía que le había demostrado desde el principio que yo no era como su exnovio. Cuando escribí la novela imaginé la personalidad de un tipo muy común en la sociedad de nuestros días, pero con el que yo no me identificaba en absoluto; al contrario, lo había perfilado así pensando en el público femenino que leería la novela y ojalá reconociera lo sutil que puede ser el maltrato que reciben de los

hombres que aseguran amarlas pero que en realidad no pueden soportar sentirse inferiores a ellas.

—Es porque… un par de veces has mencionado el tema de los hijos, o de una hija más concretamente.

—Ah, es eso, claro. No debería haberlo hecho.

—Me chocaba un poco, la verdad, porque me dijiste que nunca habías querido tener hijos, que te alegraste incluso de no poder tenerlos con María… Eso me hizo sentir segura, pero entonces, de repente, me salías con lo de la hija. El día antes de irte a Córdoba, cuando te pregunté si éramos novios, incluso me dijiste que se llamaría Eulàlia.

—¡Estaba bromeando! —me defendí—. Sabes que en la novela viajamos a la época de la Eulàlia romana. Es un nombre que tengo muy presente. Dije la primera tontería que se me ocurrió…

—Ya. Yo lo sabía pero no lo sabía. No podía evitar volver a sentir esa inseguridad que creía tener controlada.

—Qué gilipollas soy… —me dije más a mí mismo que a ella.

—No es tu culpa, tú no lo sabías. Pero ahora ya sabes por qué te he escondido mi secreto durante estos meses. Y ahora qué, ¿todavía me quieres?

—¡Por supuesto! Te quiero más que a mi vida, créeme, por favor.

La tomé de las dos manos y se las besé. Ella apretó los labios y tardó unos segundos en responder:

—Te creo.

—Bien, pues ahora que está todo aclarado, ¿podemos practicar el sexo como animales?

Terminamos de cenar, pagamos la cuenta y tomamos el metro a casa para hacer precisamente eso.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, julio de 2016

Pasé la Navidad de 2014 —la primera desde que conociera a Alberto— sin él y no pude evitar volver a caer en las comparaciones: con Patrick también habíamos pasado la primera Navidad separados, cada uno en su país. Alberto se fue a Córdoba, como en Semana Santa, a ver a sus padres. Pronto haría un año que estábamos juntos y su familia no sabía ni que yo existía. Alberto no les había hablado de mí; de hecho, les hacía creer que vivía solo en Barcelona, enfrascado en la novela que le robaba todo su tiempo.

Al principio no quise darle importancia. Cuando regresó a finales de abril y le pregunté qué opinaban sus padres de que viviera con una chica a quien casi le doblaba la edad, se me quedó mirando con cara de palo y respondió:

—No se lo he dicho.

—¿Por qué no? —pregunté yo con toda mi inocencia.

—Porque no lo entenderían —aseveró como si fuera obvio—. María acaba de morir prácticamente… Incluso podrían pensar que tú y yo ya éramos amantes y yo provoqué el accidente para quitarnos a María de en medio.

—¡Qué tontería! El accidente fue en noviembre y tú y yo nos conocimos en febrero. ¿Y cómo van a pensar tus padres eso de ti?

—Ese era el tipo de cosas que escribía en mis novelas. Podían pensar que se me subió el oficio a la cabeza, o que confundí ficción con realidad; suele pasar.

Aquella vez no insistí porque en parte él tenía razón. Incluso a mí me había sorprendido su capacidad de recuperación. No me cabía duda de que había sido un buen marido y había querido bien a María; sin embargo, tan solo tres meses después se había enamorado de mí. Visto desde fuera, le podrían haber juzgado mal, sobre todo su familia y la de ella. Pero yo, que

estaba dentro de su nueva relación, sabía que María seguía con él y nunca desaparecería del todo. Entonces entendí de verdad lo que pesan los muertos. La muerta del hombre al que yo amaba me pesaba mucho más que mi propia muerta, porque le tenía celos.

El sentimiento fue creciendo poco a poco pero estuvo allí desde el principio, desde la primera vez que me habló de ella, cuando todavía no sabía que tenía delante al gran amor de mi vida. Nos acabábamos de conocer, ese sábado glorioso de un frío mes de febrero, y él lloraba la muerte de su esposa. Entonces pensé que a pesar de su dolor, Alberto era un hombre afortunado, porque había acertado en su elección de pareja y había sido feliz a su lado durante más de veinticinco años. Pero a medida que pasaban las semanas y los meses, cada mención de María me dolía como el alcohol en una herida abierta.

Una vez le pregunté qué tipo de libros leía María, y él satisfizo mi curiosidad más de lo que había deseado. Solo entonces me di cuenta de que yo había esperado una respuesta vaga, típica de un marido que no se preocupa por lo que lee o deja de leer su mujer, pero Alberto no era así. Él era observador y atento y lo había sido siempre, no de repente a los cincuenta años el día que me conoció a mí. Me habló durante más de media hora sobre los gustos literarios de María.

—Era muy crítica y no tenía paciencia con las novelas de baja calidad literaria. Solo leía a los grandes, y además inculcaba ese amor por la buena literatura a sus alumnos y lo hacía bien. Ojalá alguno se convierta en un gran escritor y recuerde a su profesora María, la que le inspiró. Yo tuve mucha suerte de conocerla cuando todavía éramos jóvenes y, haciendo una excepción, decidió perder el tiempo leyendo mi primera novela. Si la hubiera conocido diez años más tarde, me habría desestimado como a una colilla.

—Pero tú eres un gran escritor —le contesté como muchas otras veces.

—Yo he sido un escritor con mucha suerte. Primero de todo, por ser hombre. He aprendido, pero habéis sido las mujeres quienes me habéis enseñado. No basta con leer y emular a Chandler, Hammett, Fleming o Conan Doyle: hay que saber cómo tratar el lenguaje con amor y respeto, y en eso las mujeres dominái s. A mí no me ha corregido ni editado jamás un hombre, siempre ha sido una mujer. Es más, estoy convencido de que si sigue habiendo más escritores que escritoras es porque los hombres

tenemos visión central: solo miramos hacia delante, mientras que las mujeres tenéis visión periférica y por tanto no veis solo vuestro camino sino el de los demás, de manera que a veces os desviáis para apartar una roca o evitar un agujero en el camino de los demás. Sois más comprensivas y empáticas. Los hombres somos unos egoístas que todavía no acabamos de aceptar la superioridad de las mujeres.

—Tú no eres así.

—Intento no serlo, pero es más fácil a los cincuenta años y habiendo ya alcanzado el éxito y el reconocimiento del público. Te aseguro que a los veinte solo veía en las mujeres tetas y culo, como todos.

—Pues me alegro de no haberte conocido cuando tenías veinte años.

—Algo te perdiste… Era más guapo que ahora.

Esa vez fui yo quien le pregunté, pero cuando era él quien aludía a María, yo lo soportaba menos y con el paso del tiempo cada vez menos. Él no parecía darse cuenta de que ya habíamos pasado la primera etapa en la que se conocen las circunstancias de cada uno, y yo ya no me interesaba por nada que tuviera que ver con ella. Al principio había saboreado un poco ese masoquismo, pero en cuanto los celos ganaron la batalla de poder en mi interior, determiné enseguida que María tenía que desaparecer de nuestras conversaciones. Durante unos meses lo conseguí. Yo tenía cuidado de no mencionarla nunca y Alberto también dejó de hacerlo. Él, de hecho, no hablaba jamás del pasado, ni del futuro. Salvo la vez que me leyó la mano, en broma (aunque luego resultó que no era broma), Alberto no hacía planes para el mañana, como todo el mundo. Ahora sé que sí los hacía, claro, pero nunca a corto plazo. Esa espontaneidad era la única característica de él que me recordaba a Patrick.

Sí, yo continuaba pensando en Patrick a menudo. Todavía lo hago. A veces hasta sueño con él. No es con nostalgia ni mucho menos idealización de los buenos momentos como imagino que debía de pasarle a Alberto con María. Yo pienso en Patrick como los fumadores o alcohólicos piensan en el tabaco o el alcohol. Hasta hace poco no he comprendido de verdad a la gente con problemas de dependencia de sustancias nocivas, pero ahora sí porque yo también los tuve: Patrick fue una adicción. No fui capaz de dejarlo enseguida porque quise negar mi dependencia de ese amor malsano. Quizás no lo habría conseguido nunca si Nancy no hubiera intervenido. Y por eso continuaba pensando en él, a veces, y en lo afortunada que había

sido de escapar a tiempo. Y como se dice que no existen los exfumadores o exalcohólicos, sino que si caíste en las garras del tabaco o el alcohol ya eres fumador o alcohólico para siempre aunque ya no fumes o bebas, yo siempre seré *patrickólica.* Y como buena adicta que ha superado su adicción, al menor indicio de algo que se pareciera a Patrick, sentía la necesidad de salir corriendo, de no volver a caer.

Me asusté mucho cuando Alberto habló de tener hijos. No hablaba de nosotros, sino de mí. Tendría que haber visto que era normal que él esperara que una chica de veintiséis años deseara ser madre algún día. Pero entonces no lo vi así. Lo que vi fue el pasado tormentoso repitiéndose: un hombre recordándome mi función biológica, algo que debía cumplir por el hecho de ser mujer. Y aunque en mi fuero interno sabía que Alberto no era como Patrick, el miedo me hizo fingir que todavía conservaba la capacidad de crear vida. Él me presionó para que le desvelara mi secreto esa noche que el camarero le tiró la cerveza por encima. Me admira que se tomara tantas molestias para hacerme hablar. La verdad es que con tres copas de vino y sin salir de casa se lo habría contado igual. Pero Alberto era un caballero, no recurría al alcohol para conseguir lo que quería. No como otros, vaya.

Después de esa conversación cerré los ojos y me imaginé al borde de un precipicio con los brazos muy abiertos y respirando el aire puro de la montaña: libre. Le pregunté: «Y ahora qué, ¿todavía me quieres?», y él me respondió que sí. Le creí y maldije mi *patrickolismo* por haberlo dudado. Volví a detener el tiempo y me dije a mí misma que eso era la felicidad: ser correspondida en el amor y sentirme realizada en mi trabajo. Obtuve por fin lo que tanto había ansiado, lo que me había llegado a parecer inalcanzable. Y me pregunté si tenía derecho, si es justo tenerlo todo.

Ya era muy feliz con él, ya era todo perfecto, pero a partir de entonces lo fue más. Por mi parte no había secretos. Me mostraba tal como era y Alberto parecía quererme sin exigir más. No le importaba que no se me diera bien la cocina o que fuera un poco patosa al bailar, tampoco que hablara tanto y por eso llegara tarde a casa muchas veces sin darme cuenta de que el tiempo pasaba y yo seguía conversando con algún cliente cuando ya tendría que haber cerrado hasta el día siguiente. Con Patrick eso habría supuesto la chispa instantánea que enciende la mecha de los celos hasta hacer explotar la bomba.

Alberto no era celoso. Ni pizca. Tener a un amante no celoso después de haber tenido a un celoso es como meterte en una sauna y después tirarte a una piscina de agua helada: el chapuzón inicial es de lo más refrescante, pero al cabo de un rato deseas volver a la sauna para no congelarte. Yo necesitaba que el amor de mi vida me demostrara que seguía queriéndome y que ese amor evolucionaba. Unas semanas antes de que Alberto se fuera a pasar la Navidad con su familia, a escasos meses de cumplir un año desde que nos conociéramos, yo sentía que ese amor no evolucionaba, que estaba estancado en el paraíso. No teníamos problemas: la convivencia, el sexo, la amistad… todo iba bien. Aun así, a mí me fallaba algo: su secretismo.

Es una gran ironía del destino que lo que más nos atrae de una persona al principio se convierta en lo que más nos moleste después. A Patrick le atrajo mi sentido de la independencia, pero luego no la pudo soportar e hizo todo lo posible por convertirla en dependencia. Cuando lo consiguió me despreció por ya no poseer lo que le había atraído de mí en un principio. A mí de Alberto me sedujo su aire misterioso. Me era totalmente irresistible, y yo también deseé romperlo, hacerlo desaparecer. Desde el primer día me sentí en desventaja porque él parecía conocerme mucho mejor que yo a él. Quizás por eso también en parte me aferré demasiado tiempo a mi secreto. Pero después de abrirme como se abre de sopetón un armario con dos puertas, a mí ya no me quedaba nada que ocultar. A él sí, y yo lo sabía. Lo supe siempre, no soy tonta. Sin embargo, no sabía qué era, ni lo habría imaginado jamás. Imaginar imaginé mucho y muy lejos de la realidad. Y por primera vez comprendí los celos de Patrick. Los celos no son más que inseguridad y la inseguridad se alimenta de las mentiras del otro. Yo mentí a Patrick como Alberto me mintió a mí; en mi caso por miedo, porque Patrick ya me había demostrado que no le gustaba tal como era, así que le ofrecí una Enya que en realidad no era yo. Alberto me mintió —o «me ocultó la verdad», como insistiría en decir él— para protegernos a los dos.

Durante todo el tiempo que supe que había algo pero desconocía qué era, imaginé lo que imaginan todas las mujeres: que Alberto no me quería como yo a él y que seguía enamorado de su mujer muerta, la que me pesaba tanto. Una ex de tu pareja que haya fallecido es la peor competencia. La única ventaja sobre una ex viva es que no te la vas a encontrar por la calle mientras vas abrazadita al hombre que ella vio primero. A cambio, tienes que reconciliarte a diario con la noción de que ninguno de los dos rompió por propia voluntad, que de no haberse interpuesto la muerte, tú ni siquiera

serías protagonista en la historia. Además, a diferencia de una expareja viva, la muerta gana en perfección a medida que pasa el tiempo: no envejece ni se queja, no agobia a tu hombre con las chiquilladas que se te ocurren a ti, y si en vida lo hizo, él ya no lo recuerda, porque lo malo es lo primero que se olvida y lo bueno es lo que se rememora siempre.

Dispuse de varias semanas para prepararme a otra despedida, pero a medida que pasaban los días crecía en mí la molesta sensación del desamparo. No temía echarle de menos o sentirme sola en su ausencia; después de todo, solo serían diez días. Eran los celos, que afloraban y yo ya no podía contener ni disimular más. Celos por saber que en las conversaciones familiares surgiría ella y no yo, porque yo no era nada para ellos, no existía. Y aunque sabía que Alberto había decidido seguir ocultando nuestra relación, yo saqué el tema, como para martirizarme más:

—¿Les vas a hablar algún día de mí?

—No lo sé… Le doy vueltas y no sé si debería o si es mejor para todos que os mantenga separados.

Suspiré antes de proponerle otra cosa:

—Yo podría presentarte a mi familia. A mis abuelos, al menos. A Sergio no. Él sí que no entendería nada y no necesito más juicios de valor por su parte. Pero a mis abuelos… no sé, ¿te gustaría conocerlos?

Íbamos caminando por el Passeig de Gràcia, cogidos de la mano. Alberto no me contestó y pensé que mis palabras se habrían ahogado entre el tumulto de la gente. Me disponía a repetirlas, un poco más alto, pero entonces vi su expresión, fija en el suelo, y comprendí que sí me había oído. Me sentí ridícula por la propuesta que le acababa de hacer y me ardieron los ojos al intentar contener las lágrimas y las palabras que salieron de mi boca sin permiso:

—Tú no me quieres.

Él se paró en seco y me tomó de los dos brazos como hacía tantas veces.

—Por favor, no digas eso. Te juro que te quiero más que a mi vida.

Sentí al instante el alivio que me causaron esas palabras, como una inyección con medicina antipánico. Sin embargo, necesitaba más pruebas de ese amor, ya no me valían solo las palabras, y dije algo que creí que jamás oiría en labios de nadie sin perder el pulso, algo que jamás creí que diría yo misma:

—Los hechos hablan más alto que las palabras.

Alberto me soltó, sorprendido. Yo me tapé la boca, horrorizada. ¡Me había convertido en Patrick! Estaba haciéndole a Alberto lo que Patrick me había hecho a mí. Soy una psicópata, pensé. Pero incluso entonces, no quise dar mi brazo a torcer.

—No puedo creer que hayas dicho eso —dijo él después de una pausa de segundos muy largos.

—Bueno, ¿a ti qué te parece que tengo que pensar? No dejas que tu familia sepa nada de mí, ni quieres conocer a la mía… Normalmente cuando alguien ama a una persona le gusta que los de su entorno sean partícipes de su felicidad. Pero tú escondes nuestra relación a la familia. A María no la escondías…

—¡¿Qué tiene que ver María con esto?! —exclamó él con el ceño fruncido.

Era la primera vez que lo veía así. No sabía si tenía que interpretar las arrugas que se le habían formado en la frente y entre las cejas como señal de interrogación o de enojo. En cualquier caso, me asustaron porque me recordaron a las muchas veces que sí había visto esa expresión en Patrick, y automáticamente deseé rebobinar toda la escena, borrarla, pedirle enseguida perdón por ser tan insegura y hacer ver que no había pasado nada. Más tarde, en casa, cuando repasé lo ocurrido en mi mente, comprendí que nunca me curaría del trauma que había pasado con Patrick, que al menor asomo de ira en los ojos de un hombre, me pondría a temblar como un flan que ve llegar la cuchara que lo va a romper.

Alberto no esperó a que le contestara y su expresión se suavizó enseguida (pero yo ya la había visto). Me rodeó los hombros con un brazo y me besó en la sien antes de apremiarme:

—Sigamos caminando, que estamos entorpeciendo el paso.

Me dejé llevar, aturdida todavía por el efecto condicionante que había tenido el enfado y la voz subida de tono de él. Anduve en silencio, con la mirada más fija en las baldosas que en los transeúntes que nos cruzábamos. Él continuó hablando, también mirando al suelo:

—Esta ciudad es increíble. Incluso cuando vamos cabizbajos, vemos y pisamos arte.

—Estas baldosas son el auténtico *panot* que diseñó Gaudí… Un hexágono que necesita rodearse de seis más para apreciar el pulpo, el caracol y la estrella de mar.

—¡Qué genio! ¿Y esas manchas negras?

—Chicles pisoteados.

—Qué barbaridad. Deberían prohibirlos…

—Sí, como en Singapur.

Después de un largo silencio durante el cual seguimos admirando el pavimento, agradecí el hecho de que fuera él quien retomara la conversación interrumpida por ese momento incómodo.

—No quiero conocer a tus abuelos para no complicarte más la vida. Sé que es difícil de entender, pero es solo eso. Con mis padres pasa lo mismo. Son gente mayor…

—Sí, ya sé, no lo entenderían. Yo creo que subestimas su capacidad de comprensión; ellos también fueron jóvenes. Pero no voy a insistir…

Esa misma noche, en casa, insistí, y lo hice muchas veces más en los meses que siguieron. No a diario, ni siquiera una vez a la semana, pero de vez en cuando algún comentario o alguna ocurrencia tocaba mi llaga, que cada vez me escocía más. Yo le hablaba de cómo me sentía y pronto me di cuenta de que teníamos la misma conversación una y otra vez, con pocas variantes.

—Me siento como la primera vez que hicimos el amor. Yo estaba totalmente desnuda ante ti. Tú exploraste mi parte más íntima tal como me encontraste en ese momento, sin ducharme y sin importarte, aceptándome en ese estado natural. Tú, en cambio, estabas solo semidesnudo y seguirías con los pantalones puestos un buen rato aún. Te los quitaste mucho más tarde y antes de meterte en la cama te duchaste, te entregaste a mí todo perfecto y limpito.

—No querrás que sea como uno de esos tíos cerdos que van soltando pedos y eructos.

—No te burles, estoy haciendo una analogía. ¿Tú no ves que yo no tengo secretos para ti y que tú, en cambio, eres un enigma? Ni siquiera conozco a ninguno de tus amigos. He tenido que recurrir a internet pero ¡no estás en Facebook ni Twitter!

—¿En serio? —Alberto estalló en una carcajada.

—¿En serio que no estás en las redes, quieres decir?

—No, ¿en serio que has buscado en internet? ¿Y no has encontrado nada? Pues sí que va rápida la desmemoria colectiva.

—Claro que he encontrado algo. Entrevistas, menciones en revistas literarias, reseñas de tus novelas… lo de siempre. Pero nada de cotilleo: fotos de tu hermano y su mujer, o tus padres. Nada de eso. —Y casi susurrando añadí—: Sí que hay algunas de ti y de María… Te acompañaba a todos los actos.

—Ya estamos otra vez con eso —murmuró él abrazándome.

—No puedo evitarlo. Me siento en inferioridad de condiciones. Ella era parte de tu familia y lo compartíais todo. Es lo normal, es lo que se hace con la pareja. Dices que a mí me quieres con toda la intensidad de la que eres capaz, igual que la primera vez, que la otra única vez que has estado enamorado. Sin embargo, no me dejas entrar en tu círculo familiar, ni siquiera conozco a tu amigo de toda la vida, Miguel. Y no me dejas leer la novela que María sí leyó, y hace años ya.

—La leerás, pero todavía no. Solo te pido paciencia.

—¿Por qué? —grité.

Gritar era algo que hacía de vez en cuando, si me salía del alma, sin tener miedo a la reacción de él, porque él lo aceptaba como algo normal, señal de mi exasperación, a la que tenía todo mi derecho.

—Porque… todavía no está.

—¿Cómo que todavía no está? Cuando nos conocimos me dijiste que hacía al menos dos años que la habías terminado.

—Sí, dos años justos.

—Más los diez meses que han pasado… eso suman casi tres años.

—No debería haberte dicho nada… Fui tonto. —Meneó la cabeza como reprendiéndose a sí mismo.

—Lo que tendrías que hacer es decirme más, Alberto, de verdad. No puedo creerme que sea yo quien tenga que dar lecciones de comunicación para que una relación vaya bien. Tú fuiste el que tuvo un matrimonio feliz. Solo te pido que seas abierto conmigo como lo fuiste con ella.

La última vez que recreamos esa charla, como si repasáramos un guion de una obra teatral, fue la noche antes de su partida a Córdoba. Al día siguiente tomó el AVE como lo hiciera pocos meses antes, y yo me resigné a la idea de esa constante en nuestras vidas. Me vi cada Semana Santa y cada Navidad lejos de él, oculta por la sombra del recuerdo de María, y no me quedó más remedio que aceptarlo, aunque no sabía cuánto tiempo más podría seguir de esa manera. Toda la vida no.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, diciembre de 2014

Estoy en el AVE, de regreso a Barcelona. Parece que han pasado semanas desde que me senté en esta misma butaca para cruzar más de media España y volver a mis orígenes, una vez más, lejos de la persona con la que realmente deseo estar. En realidad solo han transcurrido siete días. Me he despedido definitivamente de mi familia y amigos. Ya no los veré más, no quiero volver.

Ahora solo pienso en mañana, último día del año, y no puedo creer que en principio hubiera planeado no regresar hasta enero. Solo tres días después de haberme ido le anuncié que llegaría antes y le pedí que no hiciera planes sin mí para Fin de Año.

—Ya he quedado con un grupo de amigos para cenar en casa de Eva y su pareja. Tomaremos allí las uvas y quizás después salgamos. No sabía que ibas a estar, Alberto —me respondió ella al otro lado del teléfono.

—Lo entiendo, lo entiendo. ¿Y no puedes ir con un acompañante? Con tu… ¿novio?… por decirlo de alguna manera…

—Sí, por supuesto, pero no sé si en cinco días tendré tiempo de encontrar a un novio que no tenga vergüenza de mostrarse a mi lado en público.

—Eso está chupado. Apuéstate en las Ramblas con un cartel que diga: «Busco acompañante desvergonzado para la noche de Fin de Año» y te aseguro que en un minuto se forma una cola kilométrica. Pero si quieres ahorrarte el arduo trabajo de selección, quizás me harías el honor de permitir que sea yo quien te acompañe…

—¿En serio? No me lo puedo creer… Ahora que he conseguido la fama de tener un novio-escritor imaginario, ¿tú me la vas a romper?

—Si me dejas…

—¿No te vas a echar atrás en el último momento?

—¿Alguna vez lo he hecho?

—¡Nunca has querido conocer a mis amigos!

—Solo quiero que seas feliz.

No tengo ningunos deseos de conocer a sus amigos, esa es la verdad. Me contento con su compañía y no necesito más. Igual que con María, tengo la suerte de merecer la atención de una mujer que me llena en todos los aspectos: intelectual, emocional, social, sexual… Hasta hace poco ella también parecía contenta, pero sus quejas tenían que llegar tarde o temprano. Nada permanece igual, todo fluye.

Ella no sabe que yo tengo que calcular las consecuencias de hacer nuestra relación más pública. Si lo supiera, quizás estaría satisfecha, como yo, en mantener nuestro nido de amor escondido en lo alto de un piso de la calle Entença. Hasta que llegue el momento en que el nido se caiga al suelo y lo vea todo el mundo.

He de tomar decisiones y temo equivocarme. Yo tampoco lo sé todo. Hay agujeros en la narración de la vida que debo rellenar con cuidado y pensando en la repercusión que mis acciones tendrán para Enya y la niña cuando yo ya no esté.

Para empezar, hablé de ella. A Miguel. Nunca antes lo había hecho y ese silencio tan largo me sorprendió a mí mismo. No era la primera vez que mencionaba su nombre a una tercera persona: María y yo lo habíamos gastado prácticamente, pero entonces Enya era solo un personaje salido de mi imaginación. Sí era la primera vez que hablaba de la Enya real. Aunque era la misma, claro.

—No voy a volver, amigo —dije respondiendo a su pregunta mientras nos tomábamos una cerveza en una de las terrazas del Vial Norte—. Ni siquiera cuando termine la novela porque… me he enamorado.

—¿De una mujer?

—¡Claro!

—¿En serio?

—Te sorprende…

—Sí… Me alegro, me alegro… pero sí me sorprende. Creía que tu devoción por María no te permitiría jamás querer a otra.

—Pues ya ves, he vuelto a caer. No sé vivir solo. Y sobre todo, no sé vivir sin amar a una mujer.

—Siempre te he envidiado por eso. Yo quiero amarlas pero no puedo. No se conforman con lo que les das, siempre quieren más. No puedes relajarte ni un momento. A la que se te olvida decirle que está guapa dos días seguidos, ya está poniendo morritos o fijándose en otro… Todas son iguales: demasiado trabajo, tío. Tú has tenido una paciencia de santo.

Miguel no ha cambiado nada en los últimos treinta años. Decir que es un donjuán sería injusto y simplista. Es cierto que él desearía amar, y María y yo fuimos testigos de sus múltiples intentos. Incluso se casó, hace diez años, aunque el matrimonio le duró lo que dura un embarazo de perra: dos meses. La comparación fue suya.

—Llevas razón. Las relaciones conllevan mucho trabajo, pero yo estoy hecho para el amor de pareja.

—Tú eres un romántico. Un romántico que escribe novelas de misterio.

—Ya no. Pero es verdad: soy un romántico. Tú quizás no estés hecho para eso y sigues luchando contra tu naturaleza de George Clooney porque la sociedad te presiona a ello.

—Calla, calla, que ese también ha caído. Mi novia actual se sabe la vida de los famosos de memoria. Te la tengo que presentar. Pero háblame de la tuya… ¿Cómo la conociste?

—Pues… no es fácil de explicar…

—No me jodas, tío. ¡Que eres escritor!

—Está bien. Ella me buscó. Es editora, tiene una librería y me escribió pidiéndome que diera una charla de motivación para escritores noveles.

—Otra amante de las letras…

—Sí. Y no a lo que estás pensando. No tiene nada que ver. Enya es… diferente, muy diferente a María. Hija de madre soltera, atea, liberal… Eso se nota hasta en la cama. De hecho, el sexo con ella es… intenso, muy intenso. Diría que espiritual.

—Y ella te buscó… Una admiradora, vaya. Mucho más joven, seguro. ¿Cuánto? ¿Veinte años?

—¿Cómo sabes que es mucho más joven?

—Es lo típico, amigo. ¿Seguro que estás bien? Mira, tienes derecho a divertirte, pero ten cuidado, hazme caso, las mujeres son unas harpías.

—Serán las tuyas, las mías no.

—¿Cuántos años tiene… Ana, dices que se llama?

—Eh… Sí… Ana. Veintisiete.

—¡Muy bien, hombre, impresionante! —exclamó con un silbido y un manotazo en la espalda—. Perfecto para ayudarte a salir de tu crisis personal, incluso de la profesional, si es que te motiva a volver a escribir. Pero piénsalo fríamente: ¿qué hace una chica de veintisiete años con un tipo de cincuenta? Porque seguro que está buena, ¿a que sí? ¿Por qué no se lía con uno de su edad entonces, que seguro que los hay más guapos que tú? ¿Es por el dinero o por la fama?

—No, no, no —dije llevándome una mano a la cabeza—. No es nada de eso, no entiendes nada.

—¿Pues qué es entonces? Explícamelo.

—Es… amor. Así de sencillo. Una segunda oportunidad para los dos.

Miguel me miró con una mezcla de lástima y de incredulidad, y recibí el efecto de esa mirada como un bofetón.

—¿Tan mal me ves? Yo me creía muy en forma. Sigo bailando. Ella opina que aparento diez años menos.

—Sí, sí, si estás muy guapetón. —Me pellizcó una mejilla y, volviendo enseguida al tono serio, añadió—: Solo es que me preocupo por ti. Llevas demasiado tiempo fuera del mercado y no sabes cómo son esas pirañas. Es comprensible que quieras volver a enamorarte, pero ¿de una chica que podría ser tu hija? Solo te pido que tengas cuidado, eso es todo.

Había sido una mala idea confiar en Miguel, pero al menos esa charla reforzó mi decisión de mantener mi entorno anterior lejos de Enya. Qué fuerza tienen los prejuicios, incluso en esta época en que triunfa el romanticismo y la pornografía para mujeres. Ahora lo aceptable es que la mujer se líe con un hombre más joven, pero lo contrario está mal visto incluso por los hombres, enseguida se asume que ella ansía el dinero o el estatus de él, y él el cuerpo joven de ella. En nuestro caso no es así. Siento atracción física por Enya, eso es innegable, pero es un añadido. Yo tenía una mujer de cuarenta y ocho años con un cuerpo estupendo, moldeado a base de años de baile, sin estrías ni flacideces, que no tenía nada que envidiar a las de veinte. Acaso, haber recibido una educación diferente, pero eso a ella no le importaba; siempre fue más bien recatada y tenía sus razones.

Lo mío con Enya es una historia de amor y ya está, como con María. A nadie tendría que parecerle extraño que nos hayamos enamorado, pero las

circunstancias sí levantarían sospechas, y más cuando llegue el desenlace final. De todos modos, algo tiene que cambiar, porque ella no está contenta. Dice que deberíamos ser una pareja normal, tener un círculo de amigos común. Tiene razón, claro, pero porque no sabe lo que tengo que contarle. No esperaba hacerlo aún, pero no puedo demorarlo más. Mientras, accederé a conocer a sus amigos, dejaré de ser el amante invisible.

Mientras observo el paisaje desplazarse a toda velocidad al otro lado de la ventana, hago un repaso mental y reflexiono sobre lo que han sido estos meses con ella. Es más complicada de lo que había imaginado. Me ruborizo de vergüenza al confesar, incluso para mí mismo, que creía conocerla como si hubiera sido testigo de toda su vida, solo por el hecho de haber adivinado lo que escribí sobre ella. Todo lo que no escribí, que es mucho más que lo que sí, ha sido una gran sorpresa.

Me he enamorado más de lo que habría soñado jamás. A decir verdad, no creí que a esta edad el torbellino de sentimientos sería tan o incluso más salvaje que hace veintinueve años. Me creía ya maduro, cultivado, pero en cambio, soy de nuevo un adolescente ilusionado. Cuando estamos juntos, la miro con detenimiento y estudio cada facción de su rostro, de manera que al separarnos cierro los ojos y me aparece su imagen como si todavía la tuviera delante. Y cada vez que realizo este pequeño ejercicio, me parece descubrir algo nuevo. La última vez que la vi, hace siete días, me concentré en sus cejas, tan pobladas y de un color más oscuro que el cabello.

—¿Te tiñes el pelo? —le pregunté sorprendido porque creía haber escrito que el color café con leche de su melena era natural.

—No, ¿por qué? ¿No te gusta mi color natural?

—Sí, pero es más claro que tus cejas. Qué raro, ¿no?

—Qué raro que te fijes en estas cosas. Pensaba que nadie más que yo se había dado cuenta.

—Me gusta estudiarte —murmuré mientras pensaba por enésima vez en lo afortunado que era.

Ahora me sorprende de nuevo el reflejo de mi sonrisa en el cristal y me repito que no volveré a irme: no quiero separarme más de ella. Deseo seguir conociéndola, descubriéndola y aprendiendo de ella. Eso es algo que no me esperaba, y vuelvo a sentir vergüenza al admitir que me sentí poderoso por el mero hecho de ser conocedor de su pasado y su futuro inmediato. Qué

fácil es creerse el centro del mundo. Yo peco cada día de eso y cada día aprendo a ver las cosas desde otro punto de vista gracias a ella. Y reconozco que mi orgullo ha sufrido en alguna ocasión y he llegado a pensar que qué complicadas son las mujeres, y a ver si tendrá razón Miguel: que nunca están contentas, que les des lo que les des, siempre pedirán más. Pero entonces me pongo en su lugar y veo que ella tiene razón y me pregunto cómo puede ser que me enseñe tanto y sea tan emocionalmente superior a mí después de haberse equivocado tanto en su vida privada. Me hace replantear toda mi vida con María y me pregunto si no fuimos conformistas, si no nos acomodamos demasiado en una relación fácil y monótona.

Aparte del aspecto social, al que voy a ponerle solución en cuanto llegue a Barcelona, Enya me ha obligado a pensar en el sexo, un aspecto que creía que tenía dominado. Qué ingenuo soy. Cada mujer y cada unión sexual es diferente, y nunca es perfecta. Di por sentado que sí lo sería, y más después de haber superado el bache inicial de los preservativos. Ella me pareció tan diferente a María, tan entregada, tan desinhibida, tan libre… que asumí, sin ser plenamente consciente de ello, que el orgasmo sería siempre la meta a alcanzar en cada uno de nuestros encuentros. Y acepté el reto de proporcionarle placer con el mismo empeño que empleé con mi primera mujer. Tenía mi papel de cumplidor tan arraigado como el de marido fiel, y jamás habría sospechado que eso fuera motivo de queja o reproche. Si Enya no hubiera sacado el tema a relucir, quizás nunca habría reparado en el condicionamiento que me empujaba a arreglar el mal cometido por otros hombres.

—¿Pero tú te lo pasas bien? —me preguntó después de una sesión especialmente larga y satisfactoria.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues claro que me lo paso bien. ¿No es evidente?

—No tanto. Estás siempre tan concentrado en darme placer a mí que creo que te olvidas de disfrutar tú también.

—Qué tontería… Me corro… ¿o no?

—Mira que eres vulgar…

Me tiró una almohada a la cara, pero se estaba riendo y aproveché para hacerle cosquillas para que riera más. Y así quedó interrumpida la conversación en la que deberíamos haber ahondado más, pero yo no la olvidé. Le di vueltas y llegué a la conclusión de que Enya tenía razón: para

mí el sexo era sinónimo de dar placer. Lo había hecho toda la vida y se había convertido en una tarea más en mi trabajo de esposo perfecto. En los últimos quince años María había disfrutado más que yo. Los dos lo aceptamos como algo natural, biológico. Al principio había padecido yo de esa sed inagotable que me había empujado al matrimonio y aumentó con la frecuencia. Pero incluso entonces, mi prioridad había sido siempre conseguir los orgasmos de ella, una hazaña que me costó meses e incluso años conseguir. Y cuando alcancé mi meta y ya apenas tenía que esforzarme, perdí inconscientemente el interés. Nos pareció normal que a los treinta y cinco años ella estuviera en la cima de su sexualidad y yo ya me hubiera «calmado un poco». Pasamos épocas de menos actividad erótica, que coincidían siempre con mi concentración en alguna novela, normalmente al principio o al final del proceso creativo, pero nunca dejé de cumplir, a excepción de la última vez, cuando me enamoré de mi Enya inventada… Nunca antes había rechazado los avances de María. Sí, era siempre ella quien me buscaba, quizás solo con una caricia en la mejilla o un masaje en los hombros. En ocasiones, quizás no se acercaba a mí pensando en el sexo, pero yo creía que sí, y siempre respondía sin dilación, dispuesto a complacerla.

—He estado pensando en lo que comentaste ayer sobre el sexo —le dije mientras preparaba la cena y ella ponía el servicio para dos, en la cocina, como siempre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quería decirte que estabas en lo cierto: para mí lo más importante en el sexo es complacerte. Eso es lo que me hace feliz y además me excita. Y me gustaría saber si es un problema, porque lo de ayer me sonó un poco a queja y no acabo de comprenderlo.

—Pues sí, es una queja.

Se acercó a mí para mirarme de frente. Yo no había apartado la vista de la sartén, pero por el rabillo del ojo veía su pose, con una mano en la cintura formando una jarra, a la expectativa. Por fin la miré y levanté las cejas para indicarle que estaba dispuesto a escuchar la queja, y no sin cierto temor.

—Me halagas y agradezco tu empeño, pero yo no quiero a un follador correcto —espetó y esperó unos segundos, pero yo continué sin decir nada —. Lo que quiero es… conectar. El lazo de unión que siento contigo cuando nos miramos, cuando hacemos algo juntos… como… bailar. Eso es: bailar.

Esa comunión espiritual es lo que nos falta en el sexo, porque tú estás tan obsesionado en alcanzar mi satisfacción que no eres consciente de la tuya. Tus orgasmos me hacen pensar en una botella de champán que se ha meneado mucho y se descorcha de repente.

—La comparación es muy acertada y te aseguro que la explosión es placentera.

—Pero es una liberación de tensión.

—Bueno… me aguanto, claro, no lo voy a negar. Tengo cincuenta años y no puedo evitar sentir cierta inseguridad con una mujer como tú, tan joven, hermosa e inteligente. Si me dejara llevar, como me parece que me estás sugiriendo, quizás tendríamos que echar mano de la Viagra…

—Probémoslo.

—¿La Viagra?

—No, el dejarte llevar. Olvídate de mí, yo me olvido de ti, y los dos nos concentramos en los dos, como si fuéramos solo uno. A ver qué pasa.

Me costó cambiar el chip, como se dice, pero cuando por fin realicé el cambio, el sexo adquirió otra dimensión y por primera vez en mi vida dejó de ser un deber que yo mismo me había impuesto. Me parece mentira que en tan pocos meses hayamos tropezado con dos obstáculos importantes en el plano más íntimo. Pero lo más increíble es que habría sido muy fácil no prestarles atención y dejar que el frenesí del enamoramiento les restara la importancia que merecían. Son estos detalles que se ignoran en toda relación íntima los que conducen rápidamente al aburrimiento, el hastío y la asexualidad de la pareja estable.

¿Acaso no fue eso lo que me pasó con María?

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, julio de 2016

Febrero siempre será especial para mí porque fue el mes en que lo conocí. Un año más tarde recreamos ese primer día. Mientras repasaba mentalmente los cambios que habían ocurrido en mi vida en los últimos veinte meses —desde que regresara de Boston—, abrí una ventana de mensaje nuevo en mi cuenta de Gmail y empecé a escribir, casi sin darme cuenta, algo muy parecido a la invitación que le había enviado a Alberto el año anterior. Se me ocurrió como una broma. Desde que empezamos a vivir juntos teníamos internet en casa para que lo usara él, pero sabía que no vería mi mensaje enseguida porque por las mañanas, después de que yo saliera del piso, se aislaba del mundo durante cuatro o cinco horas para trabajar en su novela. Su respuesta me llegó por la tarde, siguiéndome el juego. Le escribí de nuevo con la propuesta de encontrarnos delante del Fnac de Plaça de Catalunya el domingo a las cinco y la promesa de enseñarle la ciudad. Cuando llegué a casa a última hora de la tarde, le pregunté, como quien no quiere la cosa:

—¿Qué te gustaría hacer el día de tu cumpleaños?

—Nada especial. De hecho, he quedado con alguien por la tarde, así que si no te importa, ese día no nos veremos mucho.

Me costó aguantarme la risa, pero le seguí la corriente lo mejor que pude.

—Está bien. Una mujer, seguro. Entonces, ¿no hago pastel de cumpleaños?

—No, no, por Dios. A mi edad no tengo fuerzas para soplar más velas.

—Qué exagerado. Bien que tienes fuerzas para otras cosas. Pues nada, que te lo pases bien con tu cita.

—Gracias, lo haré. Pero sí hay algo que me gustaría hacer contigo, si tienes tiempo, mañana. Es jueves… ¿puedes tomarte la mañana libre?

—Sí, claro. ¿Qué es?

—Es el día de Santa Eulàlia.

—¡Anda, es verdad!

El domingo anterior habíamos vuelto al corazón del casco antiguo para empaparnos de la festividad de esos días. A Alberto le fascinaron los gigantes y su desfile y me rogó que le cantara una y otra vez la tonada que me enseñó mi madre de niña: *El gegant del pi ara balla, ara balla…* Después, nos unimos a miles de barceloneses para contemplar los castillos humanos que se formaban en la plaza de Sant Jaume. Y por la tarde, tras una buena comida y larga sobremesa en un restaurante donde él se había encargado de reservar, volvimos a la plaza para no perdernos el inicio del *correfoc* de los pequeños diablos: niños disfrazados con unos trajes negros y rojos y cascos con visera para protegerse de las chispas de las bengalas que movían a uno y otro lado mientras corrían. Los seguimos por las calles, cogidos de la mano y riendo, hasta que llegamos a la avenida de la Catedral.

—¡Nadie diría que no te gustan los niños! —exclamé todavía jadeando por la respiración entrecortada y la risa.

—Yo nunca he dicho eso.

—Entonces, ¿sí te gustan?

—Claro, me encantan. Los niños tienen una inteligencia intuitiva que vamos perdiendo con la edad, ¿no crees? Por eso los admiro.

—Sí, aunque la intuición también puede cultivarse. Yo lo intento y la mía me dice que sigues escondiéndome algo.

Se me escaparon las palabras. Desde que Alberto regresara de Córdoba después de pasar la Navidad, me había hecho el firme propósito de no insistir más en conocer todos sus misterios. El reencuentro fue maravilloso y me dije que valía la pena separarse unos días, pero él me aseguró que no volvería a irse, que esa vez había sido aún más dolorosa que la primera y por eso había acortado su viaje.

Celebramos la entrada de año rodeados de mis amigos. Fue una cena estupenda, en la que todos colaboramos con algún plato especial y una botella de cava o vino. Lo habíamos acordado así Eva, Susana y yo. Las dos estaban en el paro y Eva y su novio se planteaban marcharse a Alemania, donde su hermano llevaba ya tres años. La conversación fue animada y distendida y Alberto encajó a la perfección. Como el día de la charla de escritores en la librería, se desenvolvía con total naturalidad y, cuando hablaba, mis amigas y sus parejas lo escuchaban con admiración y respeto.

Nos tomamos las uvas mirándonos, frente a frente, a duras penas conteniendo la risa durante los únicos segundos en los que nos olvidamos del resto y volvimos a ser solo él y yo, en un mundo al que él no permitía la entrada a nadie más. Me tragué la última uva sin masticar, mientras me levantaba para fundirme con él en un abrazo y un beso lento y larguísimo como el primero. A nuestro alrededor los demás también se besaban y felicitaban y sus exclamaciones se mezclaban con los gritos de los locutores de la televisión y los pums de los fuegos artificiales. Fui consciente del rumor de fondo solo porque de repente las voces de mis amigos se apagaron y tuve la clara certeza de que estaban todos observándonos. Me separé yo, involuntariamente, por la risa que me causaron las palabras de Eva:

—Yo también quiero un beso así, de película.

—Aprovecha, Enya, que cuando llevas cuatro años con el mismo chico, estas cosas ya no pasan, ¿eh, Ricardo? —dijo Susana.

—Les he hecho una foto —comentó Mireia, la hermana menor de Eva.

—Feliz año nuevo, mi vida —me susurró Alberto, sin dejar de abrazarme todavía y con su nariz pegada a la mía.

—Bueno, venga ya, ¡que nosotros también os queremos achuchar! ¡Feliz año nuevo! —exclamó Eva, separándonos por fin.

Alguien apagó el televisor y puso música. Fui por todo el salón felicitando a unos y otros, en total unos diez, y solo cuando ya había repartido besos a todos, Alberto, que me seguía y repetía el ritual, me agarró de la mano y con un estirón muy teatral, sentenció:

—Es hora de bailar.

La música que sonaba no tenía nada que ver con las piezas que Alberto y yo escuchábamos en casa; era un disco mixto de esos que duraban dos horas y con los que era imposible no mover el esqueleto. Nosotros fuimos los primeros, y de nuevo sentí las miradas de admiración de todos, puestas sobre todo en él. Esa noche llevaba camisa, pantalones de pinza y zapatos, y estaba especialmente atractivo porque a través de esa ropa se adivinaba su cuerpo atlético. Normalmente vestía tejanos, jersey y bambas, pero había sido él quien había insistido en arreglarse, «para no desentonar contigo», me dijo, pues yo me había puesto un vestido negro y zapatos de tacón medio alto. Bailamos durante un par de horas, apenas sin descansar, y aunque reíamos e interactuábamos con los demás, Alberto y yo volvíamos a estar principalmente pendientes el uno del otro.

Regresamos a casa a pie tres horas más tarde. A esas horas era imposible encontrar taxi, pero a los dos nos apetecía caminar, bien agarrados del brazo y a paso ligero para combatir el frío y seguir quemando el alcohol consumido durante la cena y el baile.

—Gracias por esta noche. Lo he pasado genial. ¿Y tú?

—Yo también y quien te lo tiene que agradecer soy yo, por haberme abierto tu círculo de amigos.

—No, te lo agradezco yo, y no me mientas: sé que has venido por complacerme. ¿De verdad te lo has pasado bien?

—Sí, claro. Tus amigos me han caído bien, son buena gente, pero ya lo hemos hablado otras veces: sabes que a mí lo que más me importa es estar contigo.

—Te voy a confesar algo. Esta noche me he dado cuenta de que la razón por la que quería que conocieras a mis amigos es que quería presumir de ti.

—¿En serio te has dado cuenta hoy? ¿Es que no te acuerdas del numerito que me montaste el día que me enseñaste la tienda donde te compraste el vestido de lunares verdes?

Me paré en seco y empecé a reír sin poder contenerme; me notaba todavía un poco embriagada por el alcohol y la fiesta. Él también empezó a reírse pero me animó a seguir caminando.

—¡No me acordaba! —logré decir por fin, doblándome de dolor—. ¿Así que tú sí lo sabías? ¿Por eso te resistías?

—No por eso… Me halaga que me tengas en tan buena consideración y quieras mostrarme como a un trofeo, pero a mí los demás no me importan, ya lo sabes.

En casa, aun después de toda la actividad física de las últimas horas, hicimos el amor tan lentamente que, unidos, nos quedamos dormidos. Siguieron unas semanas en las que volví a sentirme totalmente feliz con él, como al principio. El día de Reyes fui a comer con Sergio y mis hermanos. Ni siquiera se me pasó por la cabeza proponerle a Alberto que me acompañara porque mi padre era la última persona del mundo que deseaba que conociera mi relación sentimental.

—Él sí que no entendería nada —le dije a Alberto sin necesidad alguna, pues se mostró bien contento de pasar el día solo.

—Lo imagino —respondió distraído.

—Pero algún día sí me gustaría que conocieras a mis hermanos.

Levantó la mirada del periódico que estaba leyendo, se quitó las gafas que usaba solo para leer y escribir, y respondió:

—A mí también me gustaría.

—*Wow*… Ahora sí que ya no me queda ninguna duda de que conocer a mis amigos te la trae totalmente floja. ¡A mis hermanos sí quieres conocerlos!

—Qué ordinaria eres.

Alberto volvió a colocarse las gafas, pero se reía y me abalancé sobre él para comérmelo a besos.

En febrero había pasado justo un mes de ese comienzo de año tan sublime y, a instancias mías, Alberto y yo habíamos salido una vez al cine con Eva y su novio, y otra vez habíamos organizado una cena en casa también con Susana y Ricardo. En ambas ocasiones Alberto se comportó con tanta naturalidad y desenvoltura que parecía mentira que a él, como a mí, no le hiciera falta ese contacto social.

En casa hicimos la cena entre los dos, aunque el experto era él, igual que en la danza, y yo solo le seguía. Me había aficionado a esas dos artes gracias a él y ese febrero ya creía que yo misma nunca dejaría de bailar ni de cocinar. De hecho, me costaba aceptar que hasta entonces la cocina no me hubiera llamado la atención, que casi toda mi vida hubiera girado en torno a la literatura y casi nada más.

Fue una cena italiana, informal pero deliciosa, con *antipasto* de embutidos y *bruchetta* para picar, y de segundo *risotto ai funghi porcini secchi*. Nos divertíamos pronunciando las palabras en italiano; Alberto se pasó gran parte de la preparación afectando ese acento, para mi deleite. Del postre me encargué yo: *tiramisu*.

La velada fue todo un éxito. Al despedirnos en la puerta, Susana me susurró en el oído:

—Qué suerte tienes, chica: un hombre fantástico, la carrera que siempre soñaste y tu propia casa. La verdad es que te envidio.

Me deshice de su abrazo para mirarla a los ojos, un poco alarmada. Yo me sentía afortunada pero no creía que Susana tuviera nada que envidiarme. Le brillaban los ojos y parpadeó varias veces seguidas para evitar que le saltaran las lágrimas. Le pregunté con la mirada si iba todo bien; no podía verbalizar mi preocupación porque Ricardo estaba junto a ella y ya la

animaba a salir por la puerta abierta. Ella movió muy ligeramente la cabeza y me apretó la mano. Dos segundos más tarde entraban ya los cuatro en el ascensor con un último adiós. Me quedé paralizada aguantando la puerta de casa.

—¿Estás bien?

El abrazo de Alberto me quitó de mi ensoñación y le repetí las palabras de Susana.

—Yo no he observado nada raro entre ellos durante la cena.

—Yo tampoco. Los he visto bien, como siempre. Si él la maltrata de algún modo, yo lo habría visto, estoy segura. Lo he vivido y habría reconocido las señales.

—No tiene por qué ser eso. Hay otras razones por las que las relaciones dejan de funcionar.

—Es verdad… Lo que me asombra es que hasta hace un minuto yo estaba convencida de que todo iba perfecto entre ellos. Cada pareja es un mundo y nadie más que ellos dos sabe lo que realmente ocurre en él, ¿no crees?

—Sí…

Alberto me estaba besando la oreja y me pregunté si había dejado de escucharme. Encogí el hombro, un poco molesta. Ya sabía que las relaciones de mis amigas no le importaban, pero a mí sí. El gesto de Susana había sido revelador en el sentido de hacerme comprender que nada es lo que parece. Me pregunté si mi ansia por compartir a Alberto con mis amigas no era también envidia inconsciente. Ahora ellas creían que yo había encontrado al hombre ideal, al amor de mi vida, pero yo aún no estaba satisfecha. Todavía había un guisante enterrado bajo el colchón de nuestro amor que no me dejaba descansar. De repente, mis amigos ya no me importaban. Me dio igual si volvíamos a quedar con ellos o no, porque la nítida sensación de que algo continuaba separándome de Alberto seguía ahí.

Él dejó de besarme al instante. El movimiento de mi hombro había sido casi imperceptible, pero no para él. Me tomó por los brazos y se enfrentó a mi mirada. Yo bajé la cabeza para concentrarme en los rectángulos que formaban el parqué del suelo.

—¿Seguro que estás bien? Te escucho, puedes contarme lo que quieras.

Levanté la cabeza y suspiré. Antes de decir nada, supe que él ya sabía lo que le iba a decir, y yo misma me aburrí de las palabras que todavía no

habían salido de mi boca.

—Es que es lo de siempre, Alberto… Me ha entrado un bajón increíble después del subidón de la cena. Ya no sé si me estoy volviendo loca, si Patrick me contagió su enfermedad.

—No compares. Patrick era bipolar. Tú te has llevado una sorpresa al descubrir que tu amiga no es tan feliz como ha querido aparentar hasta ahora…

—¿Cómo sabes que Patrick era bipolar? Nunca te lo he dicho.

—No hace falta. Por lo que me contaste, es obvio.

—No importa, esa no es la cuestión. Lo que pasa es que sigue faltándome algo de ti. Creí que lo que fallaba era que no socializábamos con otras parejas, pero no es eso, todavía falta algo. Ya sé que no quieres llevarme a Córdoba, que has cerrado las puertas de ese mundo incluso para ti mismo, quizás para olvidar a María, aunque me consta que no la olvidas… A mí todo eso me duele, y siento celos precisamente de María porque con ella lo compartiste todo y conmigo no, ni siquiera me lo has negado nunca. ¿Lo ves? Me repito más que el ajo…

Le tocó el turno de suspirar a él. Yo lloraba, abatida por la impotencia, con la certeza de que mis palabras no servirían de nada, que Alberto seguiría hermético. Fue entonces cuando me dije a mí misma que no insistiría más, que tenía que aceptar lo que él me daba y no pedir más. A él le dije otra cosa y no mentía:

—Te quiero, pero no sé si podré aguantar toda la vida así.

Alberto me estrechó muy fuerte. Todo su torso y hombros empezaron a moverse en ligeros espasmos y supe que él también lloraba. Me sentí un poco culpable pero enseguida me dije que no debía, que tenía derecho a saber sus secretos: yo no le ocultaba nada a él, me había entregado completamente, otra vez, y tenía miedo. Tenía mucho miedo.

—Yo también te quiero. Solo te pido un poco más de paciencia —dijo mucho rato después, cuando yo ya no esperaba más que silencio después de las lágrimas.

—No te lo volveré a decir.

No hizo falta aclarar que no me refería al «te quiero» sino al reproche que me estaba hastiando más a mí misma que a él. Pero sí se lo volví a decir, y solo una semana más tarde, el domingo del *correfoc* entre risas y jadeos después de correr con los niños. Se me escapó y yo fui la primera

sorprendida. Él, de hecho, no pareció asombrarse en absoluto, como si ya hubiera aceptado como inevitable que yo condujera todas nuestras conversaciones a lo mismo. Su respuesta me dejó boquiabierta. Sonó como si la hubiera tenido preparada:

—El día de mi cumpleaños hará un año que nos conocimos. Entonces te contaré mi secreto.

Tres días más tarde le envié el mensaje con la propuesta de encontrarnos en el Fnac a las cinco, y esa misma tarde iniciamos el juego de hacer ver que había quedado con otra. El jueves 12 de febrero, día de Santa Eulàlia, fuimos juntos a la plaza de Sant Jaume para ver cómo izaban el *penó* o bandera en el balcón del ayuntamiento.

—¿Cómo llevas la novela?

Los dos sabíamos que me refería a la nueva. La otra era tema tabú y ya no hablábamos de ella. Yo sospechaba que tenía que ver con el secreto que escondía él, pero no estaba dispuesta a tocar más ese tema. Esos días fueron gloriosos y tuve mucho cuidado de no estropearlos. Incluso llegué a convencerme de que quizás sería mejor seguir en la ignorancia. Sin embargo, me bastó un pequeño trabajo de introspección para darme cuenta de que la causa de mi júbilo era la expectación que sentía por la llegada del domingo.

—Va bien. Me falta una tercera parte más o menos para terminar el primer borrador. Antes del final del verano la podrás leer.

—Uf… Para eso aún falta mucho. Ahora en serio, tendrás que avisarme con tiempo para encontrarte un hueco. Sabes que cada vez tengo más autores.

—Pero a mí me darás prioridad, estoy seguro —dijo guiñándome un ojo.

Durante toda la semana no hubo más que amor, risas y rosas: el sábado, día de San Valentín, se presentó en la librería con un ramo tan grande que hasta que no lo cogí con mis propias manos no vi que lo había traído él mismo y no un mensajero. El domingo fui yo quien lo sorprendió a él. Me escurrí de las sábanas para prepararle un buen desayuno con zumo de naranja, tostadas, huevos y hasta beicon, presentado en bandeja para llevar a la cama.

—¿Qué es todo esto? Pero si todavía no nos hemos tomado el café…

—Es tu cumpleaños, mi amor. Cincuenta y uno.

—Bueno, bueno, niña, no hace falta que me recuerdes cuántos, aunque yo creía que volvían a ser cincuenta.

—Qué más da. Como no quieres pastel porque has quedado con otra… Por eso te hago la fiesta ahora, y después me voy a trabajar. Abre el sobre.

En una esquina de la bandeja había colocado un muñequito de barro con manos en forma de pinzas. Alberto abrió las pinzas para tomar el sobre.

—¿Qué es?

—Son dos entradas para una danza de ballet clásico en el Liceu —dije de corrido.

—¿Pero por qué me lo dices? Todavía no he abierto el sobre.

—Porque me lo has preguntado.

Se echó a reír y, todavía sin abrir el sobre, apartó la bandeja y las sábanas para abrazarme.

—Suéltame ya, que me tengo que ir —dije al cabo de largo rato, fingiendo un agobio que por supuesto no sentía—. Alguien tiene que trabajar en domingo… Tú puedes tomarte el día libre, es tu cumple.

—¡Ja! Ya verás cuando llegues a mi edad, jovencita, que el cumpleaños es solo un día más y no una excusa para no trabajar.

—Pues, ale, tú a escribir y yo a editar y vender libros. Me voy. ¿Te ha gustado el regalo?

—Muchísimo —dijo abriendo el sobre por fin—. Son para este viernes…

—Sí, pero hace meses que las compré. Espero que estés libre para ese día.

—Por descontado. ¿Quedamos en la puerta o te paso a buscar?

—Quedemos en la puerta. Es más romántico, ¿no te parece? Y ahora sí que me voy, que llego tarde.

Alcancé el umbral de la puerta de un salto, pero allí me detuve. En un segundo hice un pacto conmigo misma. Antes de salir, giraría la cabeza una última vez; si me encontraba con su mirada, eso significaba que me quería de verdad y tenía una buena razón para haberme escondido lo que hoy me desvelaría, pero si continuaba con los ojos puestos en las entradas de ballet, significaba que me había vuelto a equivocar y que el amor de Alberto no era verdadero, en cuyo caso, no me presentaría a la cita y al día siguiente le pediría que se marchara. De pequeña solía hacer estos juegos, que la

mayoría de las veces parecían ilógicos. Sin embargo, esta vez estuve convencida de su validez.

Me agarré al umbral antes de ladear la cabeza, lentamente y con el corazón latiéndome a toda velocidad. Me sobresalté un poco cuando descubrí sus ojos clavados en mí, esperándome. Esbozó una pequeña sonrisa y dijo:

—¿No te ibas?

Tardé en responder, para disimular mi euforia y sobre todo mi alivio.

—Con tantas citas que tienes estos días, me preguntaba si no deberías apuntarlas.

—No se me olvida ninguna, y como sigas haciendo hincapié en mis otras citas, voy a empezar a pensar que estás celosa.

Le mandé un beso con la mano y ya sin más demora me fui.

No lo llamé en todo el día, ni él a mí. Pasé nervios como justo un año antes. La historia se repetía y pensé: un año ya, qué rápido ha pasado y qué lento a la vez, pues todavía no conocía bien al hombre del que me había enamorado. El año anterior había acudido a la cita con mariposas en el estómago, como decía Nancy. Esta vez sentía como si un puño interior me estuviera retorciendo la boca del estómago, pero las mariposas seguían ahí atrapadas, revoloteando más que nunca.

Llegué puntual. Él ya estaba allí, y me pregunté si cada año celebraríamos nuestro aniversario así o si ya no habría más. Alberto no hablaba nunca del futuro; ese era otro detalle que no se me había escapado porque relucía por su ausencia. Me detuve en la entrada, con plena conciencia de lo que hacía. Él estaba hojeando una revista y en ese momento se giró, me vio, dejó la revista y se acercó con una sonrisa. Hasta ahí todo igual. Me tomó de las dos manos y dijo:

—Sé que todavía no me conoces bien, pero no puedo esperar hasta el final de la noche para besarte, si me lo permites.

Yo también sonreía. De hecho, tuve que hacer un gran esfuerzo para no reír. Acerqué mis labios a los suyos y nos besamos como si no hubiera nadie más alrededor, cuando en realidad estaba lleno de gente y estábamos entorpeciendo el paso.

—¿Hace mucho que esperas? —murmuré, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, un año y un mes.

—Lo sabía. El año pasado dijiste «un mes». No le di importancia, pero ahora sé que sí la tiene. Solo hace un año que nos conocemos. Yo te busqué a ti… o eso he creído siempre. Ahora creo que tú me buscaste a mí. Estabas esperando mi mensaje, sabías que iba a contactar contigo… No sé cómo… yo entonces no era nadie, todavía no lo soy, me conocen cuatro gatos en el mundo editorial… ¿Cómo me encontraste?

Alberto me puso dos dedos en los labios para hacerme callar.

—Vamos a tomar un suizo y te lo cuento. Lo prometido es deuda.

Bajamos por las Ramblas cogidos de la mano y silenciosos, hasta que él me preguntó cómo me había ido el día. Le relaté las pequeñas anécdotas que sazonaban mi jornada laboral en la librería y el intercambio con mi creciente cartera de autores noveles. Cuando llegamos a la calle Petritxol me di cuenta de que ninguno de los dos había hecho nada por interrumpir mi verborrea.

—¿Crees que hablo demasiado? —pregunté ante la puerta de la Pallaresa, sin entrar.

—No… Es decir, a mí me gustas así, parlanchina.

—Ya, pero quizás por eso tú hablas poco: porque yo no te dejo. ¿Es eso?

—No es eso. En ese caso me reservo el derecho de pedirte que te calles.

—Y yo me reservo el derecho de contestarte que no me da la gana.

—Lo sabía. ¿Entramos o vamos a la Dulcinea?

—Vamos a ver dónde hay menos cola.

Una vez dentro, nos sentamos a una mesa, pedimos dos suizos con melindros, y esperamos a que nos los trajeran antes de iniciar las confidencias.

—Te has puesto el mismo vestido —observó Alberto con una sonrisa.

—Sí, pero lo he lavado.

—Estás preciosa, como siempre.

Le sonreí para agradecerle el cumplido. El camarero acababa de llegar con las tazas del chocolate espeso y humeante y apartamos las manos que teníamos entrelazadas sobre la mesa para hacerle espacio. Untamos los melindros y empezamos a comer en silencio. Me pregunté cuántos minutos más sería capaz de aguantar sin apremiarlo a que soltara prenda. Él volvió a tomarme de una mano, la derecha, porque la izquierda la tenía ocupada con un melindro.

—El día que nos conocimos, hace justo un año, te dije en este mismo sitio, mientras merendábamos chocolate y melindros, que no tenía secretos para ti, que te lo iba a contar todo.

Dejé de masticar y coloqué el bizcocho medio mordido en el platillo donde reposaba la taza. Tragué el pedazo que todavía tenía en la boca, pero no dije nada. Los dos sabíamos que sí tenía secretos, que no me lo había contado todo, en fin, que me había mentido.

—No te mentí —continuó él como si me hubiera leído el pensamiento—. Siempre tuve la intención de contártelo todo, pero no tan pronto. No sabía que el hecho de demorarlo te iba a hacer dudar de mi amor por ti. Soy un ingenuo y un estúpido por pensar que podía escoger el momento de confesarme sin que tú exigieras nada ni te dieras cuenta de que algo no es normal. Te pido perdón por infravalorarte en ese sentido.

—Soy despistada pero no tonta —contesté un poco a la defensiva.

—El tonto soy yo, solo yo.

—Sabías que yo iba a contactar contigo, ¿sí o no? —No podía controlar más la impaciencia.

—Sí.

—¿Cómo? —pregunté en un tono de voz más alto del intencionado—. No se lo dije a nadie, ni yo misma me había percatado de tu existencia hasta cuatro días antes… Espera un momento, ya lo sé: ahora me vas a decir que has viajado en el tiempo y conoces el futuro, por eso no hablas de él, ¡porque tú ya sabes todo lo que nos va a pasar! Y la novela de Eulàlia ni siquiera te la has tenido que inventar, lo has vivido todo de verdad y cuando salgamos de aquí me vas a llevar al sitio donde tienes escondida la máquina del tiempo y nos vamos a ir al siglo IV a conocer a esa niña y…

Paré de hablar porque había esperado que Alberto me interrumpiera con una carcajada o algún comentario sobre mi desbocada imaginación, pero no lo hizo. Me miraba, serio, y supe que por muy descabellado que sonara todo, en algo había dado en el clavo.

—No me digas que viajas en el tiempo porque no te voy a creer y te voy a tomar por un psicópata lunático y un *charmer*, como todos los otros hombres que se han cruzado en mi vida, empezando por mi padre. Así de claro.

Sonó a amenaza porque lo era.

—No viajo en el tiempo.

—¡Menos mal! Bueno, vamos progresando.

—Y la novela de Eulàlia es fruto de mi imaginación, como todas las otras.

—¿Y la otra? ¿La innombrable?

Alberto ignoró el tono sarcástico de mi pregunta. Suspiró y, por fin, después de un año, soltó la bomba:

—La otra tiene dos historias paralelas, las dos inventadas pero con personajes reales. Solo que mientras la escribía yo no sabía que lo eran. Me basé en María y en mí para crear a Juana y Carlos, pero sus vidas no eran como las nuestras. Mucho más tarde vi que los personajes de la otra historia también eran verdaderos, y que la protagonista, Enya, era muy real: eres tú.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que te inventaste a un personaje llamado Enya que es como yo? ¿Y además con el mismo nombre? ¡Eso sí que es casualidad!

—Sí, pero eso no es todo, y yo ya no creo en las casualidades. No imaginé solo a un personaje, sino también su personalidad, su historia pasada, sus razones para actuar de cierta manera. Dos años después de terminar la novela te conocí y descubrí, aunque ya lo sabía, que todo lo que escribí sobre Enya ocurrió de verdad.

Entrecerré los ojos para hacerle comprender que empezaba a perderme. En realidad había notado cómo el puño de mi interior me estrujaba una vez más la apertura del esófago.

—Es como si la parte que cuenta Enya la hubieras escrito tú misma.

—Pero yo no he escrito nada… Hablo demasiado, por eso creo que no siento la llamada de la escritura por mucho que me guste la literatura…

—Ya sé que no la escribiste tú. La escribí yo. Eso es lo «raro», por decirlo de alguna manera. Me inventé una historia que resultó haberle ocurrido de verdad a alguien. O mejor dicho, que le estaba ocurriendo a alguien al mismo tiempo que yo la escribía. Es como si yo hubiera vivido contigo lo que pasaste y lo plasmara en un diario, aunque mientras lo hacía no lo sabía. Pero tampoco es exactamente así, porque la novela comprende un espacio de tiempo de seis años, y yo la escribí en uno, o sea que gran parte de ella la imaginé y la redacté antes de que ocurrieran los hechos.

—¿Y qué años son esos?

—De 2010 a 2016.

—Justo acabamos de iniciar el 2015…

—Sí…

—2010 fue el año que murió mi madre…

—Sí, es cuando empieza la novela, después de su muerte.

—¿Y también sale mi experiencia en Boston? ¿Mi relación con Patrick?

—Sí, sus celos, los viajes, vuestro primer beso… Y tus sueños y aspiraciones, tu amistad con Nancy y cómo fue ella quien te hizo por fin aceptar que Patrick no era para ti.

—No me lo puedo creer… Me tomas el pelo —musité pero enseguida una voz interior me dijo que no, que era todo verdad.

—No. Todo, absolutamente todo lo que escribí sobre ti ha resultado ser verdad porque tú misma me lo has confirmado.

—¡Pero yo no te lo he contado todo! Alberto, te quiero, pero tú eres la prueba de que en una relación no se cuenta todo, todo.

—Eso no importa. No me hace falta comprobar cada detalle. Ya sé que todo lo que escribí ocurrió tal cual y tú misma lo verás cuando leas la novela. Por ejemplo, sé lo que te dijo Patrick antes de besarte la primera vez. Lo sé porque lo escribí y hay frases que me aprendí de memoria.

—¿Ah, sí? ¿Qué me dijo? Porque yo también lo recuerdo.

—Pensarías muy mal de mí si te besara.

Alberto pronunció las palabras sin la entonación interrogativa y sonaron más bien como una disculpa, como si me pidiera perdón por haber invadido mi intimidad. Durante varios segundos fui incapaz de mover un músculo. Cuando por fin logré articular palabra, las que surgieron de mi boca fueron dos en las que no creo ni uso jamás:

—Dios mío.

—Sí, es un castigo de Dios.

—¿Qué? —Cada vez comprendía menos—. Vayamos por partes, eh, porque me estás asustando, y mucho. A ver, ¿quieres decir que antes de conocerme, lo sabías todo sobre mí? ¿Que ya me conocías?

—No todo, solo lo que está escrito. Te conocía un poco, todo lo mucho que haberme metido en tu piel como personaje de novela me permitió. Pero en un año te he conocido mucho más.

—Vale, vale. Una prueba: ¿cuál es mi color favorito?

Estaba nerviosa y por eso posponía a propósito el momento de saber más, aunque sabía que había más.

—El verde, pero eso lo sé porque me lo has dicho. No lo escribí, no era un detalle importante.

—Bueno, pues esa no cuenta. Sabes, por ejemplo, si… ¿Patrick era bueno en la cama?

Alberto soltó un bufido de exasperación.

—No tenemos por qué hacer esto.

—¿No hay intimidad en tu novela? He leído ya todas tus anteriores y en esas sí que no te cortas: hay de todo, a pesar de ser policíacas siempre encuentras un hueco para el sexo o el amor; eso las hace buenas.

—En el fondo soy un romántico. —Sonrió como un niño travieso.

Yo arqueé las cejas, todavía esperando una respuesta.

—No me consta que tuvieras ninguna queja sobre su comportamiento sexual, y te confieso que me sentí ridículo, incluso celoso, cuando a mí sí me encontraste una pega en ese aspecto y por algo que a él le dejabas pasar.

—Para, para. Lo siento. No quiero que te compares con él. Tú le das diez mil vueltas en todos los planos: físico, emocional y espiritual. Pero ¿celoso tú? Ahora sí que me haces reír.

—Todos los hombres hemos sentido alguna vez la punzada de los celos y el que lo niegue miente.

—Pues tú lo disimulas muy bien.

—No pretendo disimularlo pero no sirve de nada martirizarse por ello.

—¿Lo dices porque yo sí me martirizo? ¿Porque tengo celos de tu mujer?

—Que murió hace más de un año…

—Pero en tu corazón sigue viva.

—Tú también sigues pensando en Patrick. ¿Y qué más da? A mí me parece normal. No podemos borrar nuestras experiencias pasadas. El bagaje que vamos acumulando es parte de nuestro presente y afecta a nuestra manera de amarnos.

Tomé el medio melindro del plato y volví a hundirlo en el chocolate, aunque ya no podría comer más. Con la mirada baja pensaba qué más podía preguntarle para seguir desvelando el misterio de la novela sin título. Pero él se me adelantó:

—María también tuvo celos de ti.

—¿De mí? Pero si… Claro, ella leyó la novela.

—Sí, y no solo la parte de Enya. La otra historia es la de Carlos, que está casado con Juana y es escritor.

—Eres tú.

—No creía ser él, pero su historia se convirtió en la mía. Lo mismo que la de Enya en la tuya.

—Sin embargo, tú no te llamas Carlos.

—No. Los nombres en la historia de Carlos son todos diferentes, pero basados en personajes reales, no solo nosotros sino también el amigo del escritor, su agente… El pasado era fiel a nuestras vidas, pero me inventé el futuro y creí estar narrando una historia que no tenía nada que ver con María y conmigo.

—¿Por qué tenía María celos de mí? Es decir, de… de Enya, un personaje de ficción.

—Porque ella leyó la novela entera. Carlos se enamora de Enya y María vio que yo era Carlos y que me había enamorado de ti.

—¡Pero no nos conocíamos!

—Tú a mí no, pero yo a ti sí. A mí también me pareció absurdo. Yo entonces no tenía ni idea de que existías de verdad. María se empeñó en que esa historia era reflejo de un cambio que yo deseaba en mi vida y que, como no me veía capaz de llevar a cabo, realicé en la ficción. Creyó que me había aburrido de nuestro matrimonio, que ya no estaba enamorado de ella y que deseaba volver a estarlo, de una mujer más joven, liberal y moderna que yo mismo me había inventado.

—¿Y era verdad?

—¡No lo sé! Quizás en mi inconsciente lo fuera. Después de veinticinco años de matrimonio ya no se te eriza la piel cuando la persona amada te roza la mejilla con las yemas de los dedos, ni cuentas las horas hasta volver a verla porque… siempre está ahí.

Asentí con la cabeza, sin hablar. Él aspiró hondo y prosiguió:

—Hasta que no está y ya es demasiado tarde para apreciar lo que tenías. Quizás sí el aburrimiento que me llevó a abandonar la novela policíaca se extendió a mi vida conyugal, pero nunca fui consciente de ello. Yo creía que estaba escribiendo una novela más, no sabía que la novela se iba a apoderar de mí.

—En cierta manera me recuerda a *El retrato de Dorian Gray*.

—Me enamoré del personaje de Enya, eso es cierto —continuó Alberto como si no hubiera oído mi comentario— y descuidé a María más que durante la creación de otras novelas, pero cuando terminamos con ella y la dejamos descansar en un cajón, como quien dice, fue cuando mi obra, que tanto me había obsesionado, empezó a atormentarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que empecé a ver cómo todo lo que yo había escrito se cumplía.

—¿Mi historia?

—No, tu historia no, porque todavía no te conocía. La de Juana y Carlos. La de María y mía.

—¿Qué escribiste? —pregunté con un hilo de voz, porque ya sabía la respuesta.

—El accidente.

—Dios mío. —Esas dos palabras de nuevo, que no había puesto jamás juntas, las repetía por segunda vez en menos de media hora.

—No fue lo único. Hubo otras «casualidades», por llamarlo de alguna manera, pero a ninguna le di importancia. Ni siquiera María se percató de que en nuestra vida se estaba repitiendo lo que ya había leído. Fui cambiando en la novela todo lo que se cumplía porque no quería que fuera autobiográfica, pero guardé las dos versiones; en el fondo sabía que la original era mejor. El día del accidente, sin embargo, tuve la certeza de que nuestros destinos estaban escritos y no podría cambiarlos: el de María, el mío y el tuyo. Y lo malo es que los escribí yo. Cuando vi los camiones, tuve la claridad absoluta de lo que iba a suceder en los segundos siguientes, tanto que intenté evitarlo, por descontado. Desperté a María, presa de un estado de pánico que no había sentido nunca antes ni después, pero se me pasó enseguida porque ella dijo algo que no estaba escrito…

—No estaba en el guion —musité recordando de repente una frase que le había oído decir más de una vez.

—Exacto: no estaba en el guion. Me tranquilicé y hasta tuve tiempo de pensar que había sufrido un episodio de enajenación temporal. Entonces vi la mancha de aceite en la carretera y ya sí que no me cupo duda. Frené pero el coche que nos embistió por detrás no tuvo tiempo. Invadimos la calzada contraria y… el resto ya lo sabes. Yo la maté.

—Esto es una locura.

—Es todo verdad y todo ha seguido cumpliéndose. Por eso supe que me ibas a encontrar, y te estaba esperando. El día que te vi estaba ya irracionalmente enamorado de ti, a pesar de la culpabilidad que hasta entonces no me había dado tregua.

—Tiene que haber alguna explicación a todo esto, ¿no crees? No salgo de mi asombro. Quiero creerte pero no puedo, me cuesta.

—Es un castigo de Dios, esa es la única explicación que le encuentro yo. El Dios al que tanto veneraba María me ha castigado porque yo era un hombre que lo tenía todo y aun así no me conformé, perdí interés por mi mujer mayor y estéril y ansié una joven y fértil. Al arrebatármela me mostró lo que había perdido.

—Te recuerdo que yo también soy estéril —dije sin ocultar el rencor.

—Perdóname. No he querido decir eso.

Me apretó la mano y yo acepté la disculpa cerrando los ojos como si asintiera con ellos. Después de unos segundos dije:

—Y yo no creo en Dios.

—Yo sí. Antes no pensaba en él, y ahora no me lo quito de la cabeza. Así que sí creo en él, aunque no me cae nada bien.

—Vámonos a casa. Podemos ir a pie; necesito un poco de aire fresco, ¿tú no?

—Sí, pero ¿ya quieres volver? No son ni las siete y es nuestro aniversario.

—Y tu cumpleaños —apunté con un dedo levantado.

—Y mi cumpleaños.

—Es que quiero ir a casa a leer la novela.

—No la vas a leer.

—¿Cómo que no?

—Te dije que te contaría mi secreto, no que podrías leer la novela.

—¿Pero por qué? ¿Cuánto tiempo más me vas a hacer esperar?

—Enya, ¿es que no lo ves? La historia no se ha terminado todavía.

Me llevé la mano a la boca. Hasta entonces no me di cuenta de que en realidad no había creído ni una palabra de todo lo que me había dicho Alberto. Todo era una gran exageración y una serie de coincidencias desafortunadas provocadas por el gran poder de autosugestión de Alberto.

—Claro. Tú ya conoces nuestra historia, nuestro principio y nuestro final. Y dime… —me tembló la voz porque de nuevo sentí miedo ante lo desconocido pero aún más, miedo de conocerlo— ¿es un final feliz?

—Yo creo que sí.

—Y…

—No preguntes más. Esta es la razón por la que he callado durante todo un año. Es mejor que no sepas más. Que uno de los dos conozca ya tantas cosas de nuestro futuro es maldición suficiente, porque no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Has dicho que era un final feliz, ¿por qué habría que cambiarlo entonces?

—He querido decir que los caminos del Señor son inescrutables. Nos queda mucha felicidad por vivir, pero no todo van a ser vino y rosas, nunca lo es. Vamos.

Paseamos por las calles del casco antiguo sin rumbo fijo y en silencio, yo todavía intentando asimilar todo ese lío.

—Así que era esto… Todavía hay cosas que no me concuerdan, pero ya sé que no me las vas a decir.

—Si te las dijera tendría que matarte después.

—¿En serio? —Me paré en seco.

—No, claro que no. Es broma. Enya, esto no cambia nada entre nosotros. No pensaba contártelo hasta dentro de un año. Lo he hecho solo porque tú sabías que te escondía algo y eso te hacía infeliz. No nos lo podemos permitir. La felicidad sin límites está a nuestro alcance y tenemos que aprovecharla al máximo.

—Hablas como si nos quedara poco tiempo, como si lo nuestro tuviera fecha de caducidad.

—¡No! Tú me estás haciendo hablar. Sé que no te será fácil olvidar este asunto por un tiempo, pero tienes que intentarlo. La vida tiene fecha de caducidad, en todos los casos, no más ahora porque yo te haya desvelado que ya sé algunas cosas.

—Está bien. ¿Me lo has contado porque temías que si no, te iba a dejar?

—No, tú no me vas a dejar.

—¿Entonces me vas a dejar tú a mí?

—Basta, te lo ruego. Yo no te voy a dejar. Te quiero más que a mi vida y ya no sé qué hacer para demostrártelo.

Volvíamos a estar parados en medio de la calle, uno frente al otro discurriendo sobre un tema tan privado en un lugar tan público. Y nadie nos prestaba la más mínima atención. Me pareció irónico. En todo el año que Alberto llevaba viviendo en Barcelona, solo en tres ocasiones estando yo con él, se había acercado alguien para preguntarle si era Alberto Valera el escritor y comentarle algo sobre sus novelas. Seguro que estando solo le habría ocurrido más veces, pero nunca me lo dijo porque él no le daba importancia a eso. Siempre respondía con amabilidad y agradecía las opiniones y los halagos pero lo hacía con un desapego tal por sus obras pasadas que me costaba creer que de veras las hubiera escrito él. Cuando una vez se lo comenté me respondió que todas esas novelas eran como hijos mayores que ya se habían independizado: claro que le gustaba oír cosas buenas de ellas como reconocimiento del trabajo que puso él mientras se gestaban, pero ahora tenían vida propia y su éxito ya no dependía de él sino de lo que el resto del mundo continuaba haciendo por ellas: recomendarlas, criticarlas, regalarlas, reeditarlas… A mí el trabajo de escritor sigue pareciéndome uno de los más cruciales en el campo de la cultura. Sin embargo y a pesar de su éxito, Alberto lograba pasar desapercibido en su día a día por las calles de Barcelona. Si en vez de escritor hubiera sido actor, nuestras profundas conversaciones jamás habrían tenido lugar en la calle.

—No te haré más preguntas, aunque seguiré haciéndomelas en mi cabeza —dije tomándolo del brazo para reanudar el paso.

—Eso es inevitable, tienes una cabecita pensante. —Me dio dos golpecitos cariñosos en la sien y luego me besó.

—Gracias por confiar en mí, cariño. Imagino que para ti no habrá sido fácil contármelo.

—Te equivocas. Me siento liberado. Tener secretos está bien, es como tomar peta zetas o una gaseosa: esas explosiones y burbujas me dan escalofríos de placer pero también un poco de repelús. Es una sensación que disminuye un poco si la compartes. Ahora tú compartes el secreto y no puedes contarlo a nadie. Estás condenada a callar. Por tu bien, no quería convertirte en mi cómplice, pero ahora tienes tú los peta zetas en la boca y debes aguantar las explosiones. La bomba de lo que te he contado.

—Hablas como si de verdad hubieras matado a María.

—Es que lo hice, aunque sin querer.

—Me parece injusto que te culpes por eso. Tú mismo lo has dicho: fue Dios, no tú.

—Por eso me he vuelto creyente, porque no soy capaz de asumir la responsabilidad y si quiero seguir viviendo se la tengo que echar a otro más poderoso.

—¿Y todavía quieres que algún día yo publique tu novela?

—Lo harás.

—Ah, eso es algo que ya sabes.

—Sí, y por eso he intentado proteger un poco nuestra relación del resto del mundo. Por eso no quiero que mi familia sepa nada de ti, podría perjudicarte. Hasta entonces, vas a guardar el secreto, tienes que prometérmelo.

—Por supuesto, mi amor, te lo prometo.

Y lo hice, ni siquiera me costó. No mencioné jamás una palabra a nadie y ya no creo que lo haga nunca, y si lo hago será solo a ella, mi hija.

Sí me costó aceptar la credibilidad del secreto. En mi fuero interno seguí creyendo que era todo una tremenda coincidencia y me dije que el día que por fin leyera la novela encontraría al menos las siete diferencias, que siempre están, aunque a simple vista no se vean. Lo importante de esa fecha memorable fue que nos unió más. Una gran historia de amor no se puede vivir si hay mentiras y yo sabía que estaba protagonizando el romance más grande de mi vida, tanto que incluso antes de vivirlo ya estaba escrito en los anales de la literatura española, aunque de momento todavía inédito.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, septiembre de 2015

Hace dos semanas terminé la novela de Eulàlia. He tardado dieciocho meses, trabajando a diario un mínimo de cinco horas. La he releído y corregido tres veces; la última, después de un descanso de dos semanas en el que he ocupado mi mente leyendo otras cosas, entre ellas un par de novelas inéditas que me ha pasado Enya. Como siempre, lo que más me cuesta es escoger el título; espero que ella me ayude.

He elegido un mal momento para acabarla, pero ahora por primera vez desde que me instalé en Barcelona no tengo prisa. Ya he cumplido todo lo que tenía que hacer, o casi todo. De hecho, me pregunto en qué voy a ocupar mi tiempo a partir de ahora. Se me ha ocurrido que podría seguir escribiendo, mis memorias por ejemplo, contándole lo que fue mi vida a la hija que nunca conoceré. Pero enseguida rechazo la idea: mi vida no es tan interesante y si lo es, ya se ocupará alguien de escribir al respecto. Creo que el legado que le dejo es suficiente: dos novelas que lo cuentan todo y que nadie más sabrá que hablan de nosotros. En esta segunda no me he inventado a un personaje, sino que he tomado uno histórico, que existió de verdad hace muchos siglos. Por esa razón, no puede volver a ocurrir que la realidad copie a la ficción, porque narro algo que ya pasó… es decir, en cierto modo ya pasó. Enya y yo viajamos al pasado para aprender la verdadera historia de Eulàlia y dar una explicación lógica a sus milagros porque se la queremos contar a nuestra propia hija, que todavía no ha nacido. ¿Pero cuándo vamos a realizar ese viaje? No lo haremos. Solo es una novela.

La ficción y la realidad se entremezclan una vez más en mi vida; es todo muy confuso. También el pasado y el futuro. No puedo imaginar cómo será mi Eulàlia, pero ya la identifico con el personaje que he creado, aunque desde luego no será cristiana, al menos no en sus primeros años: crecerá

atea como su madre; quizás de mayor se rebele contra ella cuando le diga que su padre sí creyó en Dios al final de su vida.

El momento es malo porque ahora más que nunca Enya está ocupadísima. Dentro de unos días se cumplirán dos años desde que la Librería Revolución abriera sus puertas y Enya creara su pequeño sello editorial. Tiene dos empleados fijos, pero contrata los servicios de muchos otros: dos maquetadores, un diseñador gráfico y dos lectores literarios. Ella se dedica a lo que más le gusta: editar las obras que primero han pasado por esos dos lectores de confianza. Imagino que muy pronto yo pasaré a ser otro de sus lectores, y me apetece el trabajo. A cambio compartiremos más tiempo juntos. Ni siquiera se lo tendré que pedir. Será algo natural que surgirá sin plantearnos, en su caso por escapar de las interrupciones constantes en la librería y en el mío por estar aquí con ella, sin nada más que hacer.

Enya querrá montar una fiesta o celebrar la efeméride de alguna manera con algún acto de los que convoca a menudo con sus escritores. En cualquier caso, saldrá en los periódicos. Continúa siendo una editora emergente pero ya con muy buena reputación, que se está ganando a pulso. Uno de sus primeros fichajes ha vendido casi doscientos cincuenta mil ejemplares y va camino de vender mucho más. Enya ya ha firmado contratos con varios traductores para las versiones en inglés, ruso, francés e italiano. Aunque nunca fue su meta ni creo que se lo planteara siquiera, por primera vez está ganando un poco de dinero, se está marcando un porvenir y lo está consiguiendo ella sola, como siempre supe que haría.

Podría esperar semanas o meses para comunicarle que ya he terminado la novela de Eulàlia y dejarla así seguir su laborioso camino, pero ya sé que no lo voy a hacer: ha llegado el momento de otra confesión. ¿En el fondo no soy como todos los hombres? Ella triunfa, demuestra al mundo lo que vale y lo hace todo sola, pero tiene una debilidad: está enamorada de un hombre que, consciente o inconscientemente, está celoso de su éxito y del tiempo que ella no le dedica a él. ¿Y cómo resuelve el hombre esta carencia? Impregnándola con su semilla, por supuesto.

Yo quisiera no hacerlo. Me gustaría de corazón poder demostrarle que la apoyo con todo mi ser, que mi felicidad es consecuencia directa de ver su sueño realizado, de vivirlo con ella, y que no deseo estropearlo, que no soy un obstáculo como Doherty. (Por cierto, eso es lo que significa su nombre: que bloquea, que obstaculiza. El término proviene del gaélico *ó*

Dochartaigh y lo encontré en internet; otra opción que consideré fue Devlin, por su parecido fonético y tipográfico con *devil*, diablo). Por otro lado, sí quiero hacerlo, porque ya hace casi dos años que lo he aceptado y que pienso en esa niña que me ha motivado para seguir escribiendo. Entonces, ¿es cierto que no soy un obstáculo como Doherty? ¿Por qué escribí que Carlos embarazaba a Enya? Según María, porque yo lo deseaba, porque a estas alturas de mi vida he decidido que sí quiero tener descendencia y, ante la frustración de no poder conseguirla con mi mujer, me inventé a otra que sí me la diera. La novela sin título va a volver a obsesionarme porque pronto llegará el momento de vivir más hechos ya narrados. Esta vez, sin embargo, me voy a adelantar a ellos y se lo voy a contar, me voy a disculpar de antemano y prepararla. Tiene derecho a saberlo, pues ella llevará toda la carga de la gran responsabilidad que supone tener un hijo.

Otro mes se extingue y ya empieza a refrescar. Dicen que estamos en otoño pero el cambio de estaciones es cada vez más difuso. Hace cuatro días todavía respirábamos el aire caliente del verano; ayer, de repente, el piso se volvió gélido.

Dejé pasar dos semanas más antes de comunicarle a Enya que la novela de Eulàlia está esperándola. No hubo fiesta en la librería para celebrar el aniversario: Enya prefirió una comida informal con sus empleados y colaboradores. A mí también me invitó. No escondemos nuestra amistad, pero sí el hecho de estar enamorados y viviendo juntos. A excepción del mes de agosto, yo ya no me dejo caer por la librería como hacía en los primeros tiempos, no solo para no levantar sospechas, sino también porque ella cada vez está menos allí. No nos hemos preocupado por averiguarlo, pero creemos que la gente de nuestro entorno no presta demasiada atención a nuestra relación; seguramente, no se les ocurre pensar que haya algo más que un trato profesional entre un escritor parado y una editora ambiciosa que podría ser su hija. Durante las dos entrevistas que le hicieron días antes, me cuidé de no estar presente.

Sus amigos, y en especial sus dos amigas más cercanas, Susana y Eva, no solo conocen la naturaleza de nuestra unión sino que son testigos de ella. Desde la cena de fin de año, las hemos visto al menos una vez al mes, con sus parejas. En ocasiones Enya queda solo con ellas. Durante unas semanas Susana vino mucho por casa, después de romper con Ricardo. No hay nada

de morboso detrás de esa historia, sencillamente, se les acabó la pasión o el dinero, o los dos. Así es el amor: si hay sexo y dinero, se queda, pero si falta uno de los dos, el amor también se va: no es fiel a una sola causa, es poliamoroso: exige el trío.

Después de una de esas sesiones terapéuticas con Susana, Enya dedicó un largo rato a observarme sin decir nada, estudiando mis rasgos o pequeños movimientos mientras yo leía el periódico. Se había apostado a mi lado en el sofá con el máximo sigilo, como para que no notara su presencia, aunque toda precaución era inútil: por muy hombre que sea, mi visión periférica no está tan mal. Sin levantar la mirada, esperé a que me contara lo que había hablado con su amiga, pero como no decía nada, seguí leyendo. Después de cinco minutos largos, me quité las gafas y por fin la miré de frente.

—Te escucho.

—No estoy diciendo nada.

—Ya me he dado cuenta. Me estás perforando con los ojos. ¿Qué habrá hecho ese Ricardo que tenga que pagar yo por el simple hecho de poseer, como él, una cola entre las piernas?

—Una colita, querrás decir. No es tan larga.

—Eso me ha dolido. ¿Qué más vas a decir para empequeñecerme?

—Te iba a decir que eres el primer novio que tengo que todavía lee las noticias en papel.

—En algunas cosas soy muy tradicional…

—Y que… me siento muy dichosa, afortunada, de que me imaginaras a mí y no a otra, de que te metieras en mi mundo y en mi mente. Pase lo que pase, me alegro de haber llegado hasta aquí. De que estés conmigo, de que no cerraras tu corazón después de la muerte de María aunque te culpes por ello. En fin, gracias por quererme a mí.

Así que había otra, era eso. No pregunté, no me interesaba. Podría ser que Susana se hubiera enamorado de una mujer, pero lo más seguro era lo más prosaico: Ricardo se encariñó con otra. Aun así, me reitero en mi teoría de que para que pase eso antes tiene que fallar el sexo o el dinero. La nueva de Ricardo era por fuerza más apetecible sexualmente por el mero hecho de ser novedad; quizás también tuviera trabajo.

No pregunté porque lo que sí me interesaba de esa declaración era constatar que Enya le daba vueltas a la conversación que tuviéramos meses atrás. Ella había cumplido su palabra: no solo guardaba nuestro secreto tan

celosamente como yo sino que no había vuelto a sacar el tema, no había formulado ni una sola pregunta al respecto. Al principio me alegré, pensé que era mucho mejor así, pero una tarde de mediados de verano de repente tuve una revelación.

Me llegó mientras leía una novela, tumbado junto a ella en la playa de Sant Sebastià, donde ya hemos ido muchas veces, al atardecer cuando el sol ya no quema. Fueron dos frases las que me hicieron detener la lectura, incorporarme en la toalla, observar el cuerpo larguísimo y bronceado de Enya y repetir esas palabras en mis labios, sin pronunciarlas: «Ella me quiere, pero no me cree». Enya estaba boca abajo y no se percató de mi súbita tristeza. Si no me creía, era evidente que me tomaba por loco. De Doherty pensó que era maníaco depresivo, pero jamás se lo dijo a él ni a nadie, quizás solo a Nancy, que era psicóloga como su madre. ¿Qué diagnóstico me habría reservado a mí? Seguramente tachó lo que le había contado como un episodio psicótico postraumático o algo así; ni siquiera sé si existen esos términos. El día de mi cumpleaños se debió de asustar mucho pero ya hacía un año que me conocía y llegó a la conclusión de que no soy peligroso, solo un poco excéntrico. ¿Y quién no lo es? Además, soy escritor y ella misma me lo ha dicho muchas veces: a sus otros escritores también les tolera las rarezas, hasta los excesos puntuales de egolatría. Los tolera como una madre devota deja pasar los de su hijo. En mi caso, debió de aceptar mi historia como la madre que acepta sin preocuparse que su hijo tenga un amigo imaginario. Siempre y cuando sea una fase, claro, algo que no dure toda la vida. Y qué mejor manera de hacer que el niño se olvide de sus fantasías que no alimentarlas haciendo preguntas sobre ellas.

Cuando me recuperé de la sorpresa y de la herida por que no me tomara en serio, decidí que eso era lo mejor, que volvíamos a estar como antes, sin decirnos toda la verdad pero aun así, felices. Enya ya no tenía quejas sobre mis pequeños misterios. Yo no era antisocial, caía bien a sus amigos, y mi única pega era que confundía la ficción con la realidad. La amaba, me portaba bien con ella, nos reíamos, bailábamos, hacíamos el amor, y todo era bueno. Si alguna vez un incidente la había alarmado, algo que yo hubiera dicho o hecho que Doherty hubiera dicho o hecho antes, había sido solo por un problema suyo, por no haber estado ella curada del desamor anterior. A sus ojos yo era un hombre bueno, pero consumido todavía por la culpa. Aceptó que no conocería a mis padres por esa razón y no quiso darle más vueltas, qué más daba, ella también disfrutaba de mi compañía y cada

vez necesitaba menos la de otras personas. Permanecería a mi lado y tendría paciencia. Con los años yo superaría mi duelo; ella sabía mejor que nadie que es imposible recuperarse de la muerte del ser más querido en cosa de un mes.

Y de repente, otra pequeña sorpresa, sus palabras: «Pase lo que pase, me alegro de haber llegado hasta aquí» y la aceptación de que me metí en su mundo y en su mente y lo adiviné todo. Después de casi seis meses sin haber vuelto a mencionar el asunto.

—Entonces… ¿me crees? ¿Crees todo lo que te dije?

—No me dijiste mucho, la verdad.

—En su momento pensé que te contaba demasiado. Luego entendí que no importaba si era mucho o poco: no me creíste.

Enya soltó un bufido y me quitó el periódico que yo todavía aguantaba con las dos manos. Lo dobló y lo tiró al suelo. Se sentó a horcajadas encima de mí y pensé que esa conversación iba a quedar suspendida en el aire. La agarré por los muslos y levanté la cabeza para recibir sus labios, pero en vez de eso me encontré con su mirada seria.

—¿Cómo esperas que te crea si no me dejas leer la novela ni me das ninguna prueba? Creo que es todo una coincidencia, ya de por sí bastante increíble, pero posible. Lo que más me cuesta asimilar es que sepas lo que va a pasar. Somos bastante diferentes, Alberto. Yo, además de ser atea, no creo en el destino. Si alguien me dice que mi destino ya está escrito, mi reacción es rebelarme, tachar esas líneas, destrozar esas hojas. Mi destino lo voy diseñando yo día a día, no acepto que nadie más decida por mí. Ya lo hice una vez y juré que nunca más.

No hubo sexo esa tarde. Ella había escogido esa posición para mirarme de frente, no para iniciar los preliminares. Y aunque hubiera sido así, sus palabras me dejaron frío y el bulto incipiente de mi entrepierna se quedó en eso: incipiente, y enseguida apocado. ¿Qué podía decirle? ¿Que no era cierto, que por mucho que se empeñara en ser una mujer realizada e independiente, era mi marioneta y yo ya había decidido su futuro? No lo hice entonces pero resolví que sí lo haría, que se lo debía, que tenía derecho a saberlo. Le daría la prueba, al menos para que estuviera preparada. Después de todo, yo llevaba ya tiempo preparándome para lo que va a venir.

Se lo tendría que demostrar poco a poco. Lo primero sería la novela de Eulàlia, que ya tenía terminada y estaba acabando de repasar por enésima

vez. Estábamos a finales de agosto. Enya no había cerrado la librería, no la cierra nunca, y ese es otro elemento que contribuye a su éxito: los empleados tienen derecho a sus vacaciones, pero un negocio no debe descansar jamás. El barrio de Gràcia de Barcelona es joven, bohemio, dinámico, variopinto, liberal, literario e intelectual… como ella. En el mes de asueto tradicional español, el magnetismo de la Librería Revolución no decae, al contrario, este año ha atraído también y durante todo el verano a muchos turistas y viajeros. Enya no tardó en darse cuenta de la importancia de tener una sección de libros en lenguas extranjeras, la mayoría en inglés pero también en francés, alemán, ruso e italiano, y desde hace meses tiene una mención especial en las guías de viaje de Barcelona. Esos días ella combinó turnos con una de sus empleadas y yo mismo pasé mucho tiempo echándole una mano. En el piso de Entença no hay aire acondicionado (Enya está en contra porque no es bueno para el medio ambiente) y pasamos todo el agosto bajo los ventiladores de la librería o al aire libre, redescubriendo algún rincón de Barcelona, casi siempre junto al mar.

A agosto le siguió septiembre y ahora ya estamos casi en octubre. Ayer fue martes, penúltimo día del mes. Todavía no hace frío, pero el piso sí lo está: sus paredes se quedaron impregnadas de la distancia y desconfianza de su propietaria.

Creo que he sido muy mal escritor. Malo en el sentido de que no he comprendido bien a mi personaje. Antes de que me apareciera en vida creía entenderla bien, después de todo; yo pasé por todo lo que pasó ella. Pero me equivoqué. Nunca nadie, por mucho que se empeñe en comprenderlo, puede vivir de igual manera lo que sufre otra persona a no ser que también lo haya vivido. El egocentrismo es algo natural, nacemos así y ni siquiera nos tenemos que esforzar. En cambio, la empatía es adquirida, se aprende, por eso nos cuesta tanto, por eso sigue siendo una gran asignatura pendiente de toda la humanidad. Yo intento ser empático, pero sabe Dios lo que me cuesta… Anoche llegué a sentir indignación (que me cuidé mucho de demostrar) al descubrir que la llaga de Enya es más profunda de lo razonable. Fui ingenuo; pensé que mi siguiente revelación le daría esperanza, ilusión. No imaginé que la llenaría de ira. La verdad es que nunca la había visto así. Solo la había imaginado, pero no conmigo, solo con él, el bloqueador.

—La novela de Eulàlia ya está terminada —dije para entrar en materia.

Acabábamos de cenar y yo me disponía a lavar los platos, una tarea que odio, lo digo así de claro. Me encanta cocinar y soy capaz de mantener la casa limpia. Es lo justo, ya que en este último año y medio he pasado más tiempo yo en ella. Enya no tiene lavaplatos… ni microondas. No le falta el dinero, tampoco le faltaba a su madre. Simplemente, son mujeres modernas que no creen en los electrodomésticos porque jamás los usaron mucho: ocupaban todo su tiempo en leer. Gracias a ellas yo tengo razón de ser y por eso en esta casa lavo yo los platos. Es un pequeño sacrificio.

—¿Ah, sí? ¿Ya la puedo leer? La empezaré ahora mismo, mientras miramos la peli.

—Sí, la puedes leer. ¿Pero cómo vas a mirar la peli y leer a la vez?

—Voy a hacer una primera lectura. Luego ya la releeré y analizaré.

—Y vas a mirar la película a la vez.

—Sí, claro.

Se colocó a mi lado y fue tomando uno a uno los platos, vasos y cubiertos que yo le daba para secarlos con un trapo de cocina limpio y sin pelusas. Si estaba solo o realizaba esa tarea mientras ella hacía otra cosa, yo dejaba los platos en el escurridero, pero si ella me ayudaba, usaba la toalla y después los guardaba en los armarios. Nunca antes había visto a nadie hacer algo así, pero me gustaba y por extraño que parezca, cuando realizábamos esa tarea juntos me sentía muy unido a ella, como cuando bailábamos.

Esperé a que termináramos para volver a abordar el tema. Enya había estado hablando todo el rato, pero confieso que por una vez (está bien, quizás más de una vez) no la escuché. Estábamos lado a lado, así que no tuve que disimular. Estaba demasiado nervioso, no podría haberme concentrado en sus palabras.

Me sequé las manos y aguardé a que ella acabara de secar los tenedores y de pronunciar las últimas palabras antes de una pausa. Estaba hablando de la película que íbamos a ver. Y al final resultó que no la veríamos.

—Ejem, volviendo al tema de la novela, antes de que empieces a leerla, tengo que hacerte una pequeña introducción.

—Vale, pero ya me dijiste más o menos de qué iba.

—No es eso. Vamos al salón.

Ella tomó las copas de vino que habían acompañado la cena y las llenó de nuevo. Un pensamiento inoportuno e inesperado me invadió: ¿dejaría de beber cuando supiera que iba a ser madre? Según la medicina actual, no es

aconsejable beber nada de alcohol durante el embarazo, sobre todo en los primeros meses. Otra razón de más para sentirme culpable: Enya antes no bebía alcohol a diario; es algo que le he contagiado yo, como el buen comer. Si sigue delgada y esbelta es porque al mediodía continúa alimentándose de palitos de apio y zanahoria untados en *humus*, porque se va a trabajar caminando o en bicicleta, y porque bailamos. ¿Pero qué pasará cuando yo no esté? ¿Abandonará mis malos hábitos? Espero que sí, al menos el alcohol. Suerte que no fuma. Yo no tengo suficiente fuerza de voluntad para dejarlo. ¿Y qué más da? Mi destino ya está escrito, yo sí creo que no se puede cambiar.

Nos dejamos caer en el sofá. Di un largo sorbo de mi copa; me tomé casi todo el vino de un trago. Por el rabillo del ojo vi a Enya abrir los suyos como naranjas.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó poniendo su mano sobre la mía.

—Estoy nervioso.

—¿Por qué? ¿Por la novela? No me lo puedo creer… ¡Si seguro que me va a encantar!

—No es por la novela. Es porque… te voy a hablar otra vez de la otra, de lo que ya está escrito, y de para quién es esta novela.

—Ya me lo dijiste. Para una sobrina que todavía no ha nacido…

Habló despacio, con cautela, y creo que antes de que yo volviera a abrir la boca ella ya adivinó lo que iba a decir.

—No es para una sobrina. Es para nuestra hija.

No dijo nada. Sus ojos se quedaron clavados en los míos. Al principio no pude vislumbrar el efecto de mis palabras, hasta que sus labios se apretaron. Mala señal.

—Alberto, escúchame bien y si no eres capaz de hacerlo, lee mis labios: yo no puedo tener hijos.

Le brillaban los ojos, pero no porque estuviera a punto de llorar. Era la ira lo que brillaba, la rabia. Entonces fui yo quien no supo qué decir. Así que después de una pausa incómoda, siguió ella:

—¿Es eso lo que escribiste en tu novela? ¿Que Carlos y Enya tienen una hija juntos? Y lo que yo te expliqué ¿qué? ¿No lo imaginaste tú antes?

—Sí, lo imaginé. Lo redacté tal cual, mucho antes de que tú me lo contaras. Lo supe desde el primer día, desde antes de conocerte. También

desde el primer día he sabido que en realidad no eres estéril. Concebiste una vez y lo volverás a hacer.

La expresión de Enya se suavizó un poco, pero enseguida volvió a fruncir el ceño, de vuelta a la defensiva.

—No puede ser… —En ese momento sí se le escapó una lágrima, pero la ignoró—. No sé si sabes por todo lo que pasé. No fue fácil. Jamás me había planteado tener hijos, pero cuando me encontré embarazada, no solo lo acepté sino que toda mi conciencia se centró en ese ser que crecía dentro de mí. No llegué a cumplir el primer trimestre pero para mí ya era alguien, ya había empezado a quererlo… Por primera vez dejé de ser una persona egoísta para pensar en…

—Tú no eres egoísta. —La interrumpí a propósito porque sabía que el imbécil de Doherty la había machacado con eso.

—Sí que lo soy, todos lo somos en cierta medida, pero a lo que iba: me centré en otro ser que dependía totalmente de mí. Meditaba durante al menos una hora al día, visualizando su crecimiento, y te juro que lo veía: cerraba los ojos y veía claramente el milagro que estaba ocurriendo en mi interior.

Hizo una pausa y aproveché para acariciarle la mejilla y secarle las lágrimas.

—Eso es precioso. No lo sabía.

—La cuestión es que… me equivoqué. Lo que visualicé era mentira. El bebé estaba creciendo en un ovario y yo no lo vi… Continué engañándome a mí misma hasta que caí inconsciente. Luego repasé la escena muchas veces, claro, y me di cuenta de que había habido señales que ignoré. Eso no importa porque el bebé no se habría salvado nunca, pero quizás yo, si hubiera llegado antes al hospital… Los médicos no tardaron en darme el diagnóstico. Me hicieron muchas pruebas, y no solo un médico, ¡fui a dos! Patrick insistió en obtener una *second opinion*. Él estaba más obsesionado que yo. Yo estaba rendida, fracasada, y cuanto más se empeñaba él en probar que los médicos estaban equivocados, más pequeña e insignificante me sentía yo. Me acomplejó, parecía que él solo me quisiera por mi capacidad de procrear. Y ahora tú me vienes con lo mismo…

—Enya, por favor, ¡yo no te vengo con lo mismo! Es verdad: los médicos se equivocaron.

Levantó las manos en un gesto teatral que venía a decir: ¿lo ves?, me das la razón, eres como él.

—Te estoy contando lo que va a pasar porque… hasta ahora todo, absolutamente todo, se ha cumplido. Por eso he escrito esta novela juvenil. Si no supiera que vamos a tener una hija, ni siquiera me la habría planteado.

—¿Qué es todo lo que se ha cumplido? —gritó ella, de nuevo enfadada —. El accidente es lo único grande, una fatal casualidad, ¿pero después? ¿Conocerme a mí, enamorarnos, irnos a vivir juntos?

—¿Te parece poco?

—Me parece que es algo que tú mismo has ido a buscar. Te metiste en la cabeza que tenías que superar la muerte de tu esposa, volverte a enamorar, seguir viviendo… Y me parece perfecto, peor hubiera sido que quemaras la novela y pasaras el resto de tus días hundido en tu piso de Córdoba, consumiendo alcohol y tabaco hasta morirte.

—Pero fuiste tú quien me escribió… Yo no hice nada, solo te esperé.

—Sí, me estabas esperando, con todo ya casi resuelto para venir aquí, recuperado…

—Exacto: porque sabía de antemano que iba a recibir ese mensaje tuyo.

Enya soltó un suspiro de exasperación. Había querido demostrar su teoría y no había hecho más que confirmar la mía.

—Lo que quiero decir es que… parece que tú tienes más poder que otras personas sobre la ley de la atracción, seguramente porque escribes. Tu pensamiento es energía pura que se materializa ya en el momento en que escribes, y luego se convierte en realidad porque el universo entero conspira para que así sea. Eres como un imán: tú estabas tan seguro de que yo te iba a encontrar por internet y escribirte que… yo lo hice porque tú quisiste.

Había oído antes hablar de la ley de la atracción, el universo que conspira y todas esas falacias *new age* tan de moda a finales del siglo pasado y todavía bastante influyentes en este, pero por un momento me chocó que Enya fuera partidaria de ellas.

—¿De verdad crees en esas cosas? No tienen ninguna base científica.

—¿Y de verdad tú crees en Dios? Tampoco tiene ninguna base científica.

—*Touché*. Así que crees que todo lo que nos ha pasado es porque yo lo decido así, que yo lo controlo todo, que tú no tienes poder de decisión… ¿Y no te molesta? ¿Qué pasa con eso de «yo me creo mi propio destino, me rebelo si otras personas deciden por mí», etcétera?

—¡Por supuesto que me molesta! ¡Me indigna! Y te pido que dejes de hacerlo. No quiero que imagines mi futuro, ya sea bueno o malo, quiero ser yo quien encuentre mi destino, pero tu poder es más grande, tu energía más fuerte porque… lo escribiste todo y seguro que sigues pensando en lo que crees que va a pasar. Yo solo he imaginado mi futuro, pero no lo he escrito, y juego con desventaja. Sin embargo, esta vez creo que te equivocas: yo ya he visto y he aceptado un futuro sin niños, dedicada a una carrera que me apasiona, junto a ti, ojalá durante muchos años, hasta que la muerte nos separe. Conservo los informes médicos, te los puedo enseñar. La medicina de Nueva Inglaterra es la más avanzada del mundo y los dos doctores que me examinaron tienen una reputación impecable. Me extirparon el ovario y la trompa de Falopio izquierdos y tuvieron que curarme también el lado derecho por un caso agudo de endometriosis. Me aseguraron que no volvería a concebir de manera natural porque lo más probable era que mi condición fuera recurrente, y no tiene cura. A los doctores les sorprendió muchísimo que me quedara embarazada la primera vez, dijeron que había sido un milagro.

No respondí. A veces es mejor no hacerlo. Por un segundo pensé: ¿y si ella tiene razón?, ¿y si soy yo el que se empeña en que todo se vaya cumpliendo?, ¿y si soy yo el que estoy marcando nuestro destino? Enseguida deseché la idea. No, no podía ser. Había cosas que eran superiores a mí. Yo no soy Dios, no soy más que un pelele de Dios.

—En la novela, Enya y Carlos tienen una hija —dijo ella como hablando para sí, como diciendo «así que ese es el final»—. Qué bonito. Me gustaría leerla.

—Primero esta —respondí poniendo la mano encima de las cuatrocientas hojas encuadernadas.

—Vale.

—Volviendo a lo de quién decide el destino… Insisto en que yo no deseé la muerte de María. Jamás lo imaginé, la amaba… Yo solo escribí una novela. Te juro que no hablaba de ella y de mí. Fue María quien me metió esa idea en la cabeza y a partir de entonces todo se fue cumpliendo. Creí que me iba a volver loco, cambié muchas cosas, hasta el punto de estropearla, pero la realidad se iba cumpliendo fiel a la versión original.

—Que no destruiste nunca…

—Lo intenté en una ocasión. Es decir, guardé los cambios en el ordenador, pero al día siguiente ¡no estaban!

—Demasiado tarde, entonces… Tienes que tener cuidado con lo que deseas, porque podría cumplirse.

—¡Que yo no lo deseé, cojones!

—¿Tampoco deseabas conocerme?

—Eso sí, claro. Deseo todo lo bueno que escribí. Lo malo no, pero ya sé que es inevitable. Ante eso, me preparo, es todo lo que puedo hacer.

—¡Grrr! ¡Ahí es donde no estamos de acuerdo! Yo creo que sí es evitable. Puedes cambiar el destino, puedes reescribirlo.

—¡No puedo! Ya te he dicho que lo intenté.

—¿Y lo has vuelto a intentar desde entonces?

—No… Desde que murió María no he vuelto a tocar la maldita novela. Maldita, literalmente. Y no lo voy a hacer. Primero porque ya sé que es inútil y segundo porque tiene un buen final, el único posible. Cambiarlo sería estropearla. Tú podrás hacerlo si quieres, pero entonces no valdrá nada.

—La última palabra siempre la tiene el escritor; es una de mis normas. Yo sugiero cambios para mejorar las novelas, pero antes ya las he aceptado como diamantes en bruto. El problema es que la tuya no la he aceptado todavía. Imposible hacerlo sin haberla leído.

Dejamos pasar un largo rato de silencio, pesado, incómodo. No nos mirábamos. De repente, éramos dos extraños. Qué rápido se puede romper una unión que hasta pocas horas antes parecía inquebrantable, férrea. Busqué en mi mente algo que decir para deshacer esa tensión, pero no encontré las palabras justas. Había metido el dedo en la llaga y, como colofón, lo hundí y hurgué en la herida un poco más:

—Tendrás una hija. Se llamará Eulàlia, aunque desde el principio la llamarás Laia, y será una niña muy afortunada por tener una madre tan excepcional como tú. Tu carrera no sufrirá por ello, al contrario. Los hijos no son responsables de las desventajas de las mujeres en el campo laboral: lo somos los hombres.

—Por favor, Alberto, no quiero hablar más del tema. Me voy a la cama.

Se levantó y se fue sin darme un beso o una caricia. Yo no me moví. Permanecí quieto durante mucho rato, hasta que me pudieron las ganas de fumar. Salí al balcón y desde allí vi que la luz del dormitorio estaba

apagada. Enya había querido dormirse enseguida, sin siquiera leer. La novela de Eulàlia quedó abandonada en el sofá.

Pasó al menos una hora hasta que por fin me decidí a meterme en la cama junto a ella. Por primera vez me sentí incómodo en esa casa y temí que ella se incorporara y me echara, o me dijera al menos que esa noche tendría que dormir en el otro cuarto, que deseaba estar sola. Pero no hizo nada, no se movió; su respiración era apenas audible y no supe si estaba dormida o no. En cualquier caso, nada en ella delató que me invitaba a acercarme.

Me quedé en mi lado de la cama pensando en el futuro no muy lejano, en la reacción que tendrá ella cuando compruebe que yo tenía razón. Porque la tengo… ¿no es así? Si resulta que Laia no existirá, entonces el resto también podría ser falso, verdadero solo en la novela… Una esperanza. ¿Está de verdad en mis manos todavía decidir? ¿Puedo volver a la novela y cambiar el final? Que Enya siga estéril, que Laia no vea nunca la luz, y a cambio… ¿vivir para siempre con Enya y envejecer juntos? ¿Puedo escoger el final feliz que desea ella? Enya así lo cree. El problema es que yo no. No soy más que un personaje en todo esto, un peón en el tablero. Que haya escrito yo mismo nuestra historia es circunstancial, algo necesario para Dios, que ha querido mostrarme el destino como castigo por no haber amado a su gran devota como merecía.

La última vez que recuerdo haber echado un vistazo al despertador digital de la mesilla de su lado, eran las tres y cinco de la madrugada. Debí de dormirme poco después. Esta mañana he despertado a las nueve y media. Ella ya no estaba. No me ha sorprendido que no me haya despertado, aunque sí me ha dolido. Ha sido la primera vez que no nos hemos tomado el café juntos en la cocina, y eso me ha entristecido más que el hecho de irnos a la cama sin hablarnos, con una pared invisible pero impenetrable separando los dos lados. He repasado la cocina y el salón en busca de alguna nota, pero no ha dejado nada. He vuelto a la cocina a prepararme el café y ahí es donde he encontrado un mensaje: la cafetera preparada. Así que ya no está tan enfadada.

He vuelto al salón. Las copas de vino vacías siguen ahí, pero la novela de Eulàlia ya no está.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, julio de 2016

Pasamos la Navidad de 2015 juntos, en Roma. Fue nuestra primera Navidad, y también la última. Los dos años anteriores había ido sola a casa de mis abuelos, tanto por Nochebuena como por Navidad. De hecho, me había quedado a dormir para estar junto a ellos. La cena de la víspera navideña era casi multitudinaria: al menos cuarenta personas, casi todos amigos. Los únicos familiares éramos mi tío, sus dos hijos preadolescentes (mis primos) y yo; la mujer de mi tío ya no asistía: se habían separado mientras yo vivía en Boston. Mi abuela lo orquestaba todo, con ayuda de mi abuelo en lo referente a la música de ambiente y las bebidas, y del trabajo constante de una sirvienta y una cocinera.

Para ser propietarios de una empresa grande y exitosa, mis abuelos han tenido poca descendencia. Mejor así, menos peleas. El año anterior, en 2014, mi abuelo había cumplido setenta años. Dentro de un mes, en agosto, mi abuela cumplirá sus setenta. Ambos están sanísimos (sin duda, gracias a sus propios productos naturales), y todavía trabajando. Mi tío, mis primos y yo bromeamos alguna vez sobre esta circunstancia: deberían retirarse y dar paso a generaciones más jóvenes, que bien lo necesitan. Ya saben que yo no tengo ningún interés en la empresa, aunque sea accionista por herencia. Mi madre tampoco tuvo jamás deseo de trabajar en ella, pero mis abuelos creen en el reparto equitativo entre hermanos, y desde que mi madre murió yo soy tan hija suya como lo es mi tío.

Mis abuelos me adoptaron desde el primer momento, incluso intentaron arreglarme un poco, corregir la influencia demasiado izquierdista de mi madre. Ya era tarde, por supuesto, y además me fui. Al final de este verano hará justo seis años. Cuando miro atrás, al día en que ellos mismos me llevaron al aeropuerto y nos despedimos con lágrimas en los ojos, me cuesta creer que esa niña de veintitrés años fuera yo. Seguro que ellos también me veían como a una niña, mimada y protegida —siempre le habían criticado

eso a mi madre— pero por otro lado, con demasiada libertad. Si de ellos dependiera, me habría quedado en Barcelona, a seguir estudiando o a trabajar, pues ya había terminado la carrera. Mis abuelos creen en el trabajo duro, la autodisciplina, la responsabilidad, el deber. Verme marchar de aquella manera, cuando acabábamos de incinerar a mi madre, debió de ser un duro golpe para ellos. De un plumazo perdieron a una hija y a una nieta, y sabían que no podían hacer nada para detenerme. Me ayudaron de la única manera que sabían, con dinero.

No les tengo rencor, porque ahora creo comprender que sus carencias en el plano emocional impulsaron a mi madre a estudiar la carrera de Psicología y a invertir en mí toda su energía. De todos modos, si lo pienso, aún me entristece que mi madre no se considerara «material amoroso», que jamás se diera la oportunidad de ser amada por un hombre. Es inútil buscar al culpable, pero a veces no puedo evitarlo: ¿mi madre se sentía incapaz de amar por culpa del vacío emocional que siempre existió entre ella y sus padres?, ¿o fue por mi culpa, porque todo su amor me lo dedicó a mí y no dejó que nadie más perturbara nuestra relación?

A finales de septiembre del año pasado, cuando Alberto me reveló que después de todo voy a ser madre, yo creía que la culpa había sido mía. Una frase suya se me quedó grabada: «Los hijos no son responsables de las desventajas de las mujeres en el campo laboral: lo somos los hombres» y me dio que pensar. Él era un hombre y se hacía responsable. También había hecho responsable a Patrick al imaginar una historia que luego resultó ser verdad. Yo era una hija —todavía no soy madre, todavía no sé lo que es— y siempre me sentí responsable del hecho de que mi madre cerrara su corazón a los hombres, pero es cierto que mi existencia no supuso un obstáculo en su carrera profesional.

La revelación e insistencia de Alberto me dolió tanto porque, aparte de que yo había aceptado y hasta abrigado la perspectiva de un futuro sin hijos, creía que él también. En una cosa parecía que estábamos de acuerdo: Alberto hablaba como si una mujer no pudiera tener éxito en tres campos a la vez sin que uno de ellos sufriera. Y mi dolor, mi angustia, mi miedo era que en nuestro caso Alberto hablaba como si el aspecto sobrante fuera él. Decía que yo sería una madre excepcional y mi carrera seguiría cosechándome éxitos, pero no se incluía en el cuadro, como si eso no fuera con él, a pesar de haberme confesado que él sería el padre de mi hija.

Me enfadé. Sí, me enfadé mucho porque me sentí rechazada. Temí de nuevo que el hombre al que yo amaba no me correspondiera de la misma manera, que no me aceptara tal como era: estéril. Este insistía en que no lo era —Patrick también había insistido en que los médicos se equivocaban—, pero me hablaba como si nuestros caminos fueran a separarse al nacer la niña, no a unirse más.

Esa noche me tomé una pastilla para dormir. Nunca lo hago. La última vez había sido en Boston, antes de maquinar con Nancy el final de mi historia allí. Pero al día siguiente tenía una reunión importante con mi autora más exitosa y luego una entrevista con La Vanguardia: no podía permitirme el lujo de pasar la noche en vela. Fue nuestra primera crisis, nuestro primer gran enfado. Es decir: mi primer gran enfado. Alberto no se indignó jamás conmigo. Antes de conocerme ya debió de decidir que nuestro tiempo juntos era demasiado valioso para desperdiciarlo en peleas. Yo, en cambio, todavía iba a montar en cólera una vez más, con su siguiente revelación.

Dormí de un tirón. No lo oí meterse en la cama, pero por la mañana me reconfortó verlo a mi lado. Me acerqué para darle un beso, hasta que de repente recordé la conversación de la noche anterior. Ya no estaba tan enfadada, pero tampoco estaba preparada a hacer borrón y cuenta nueva como si no hubiera pasado nada. Me deslicé de la cama con cuidado y salí de la habitación. Me duché en el cuarto de baño que no usábamos nunca, el que fuera mío cuando todavía vivía con mi madre. Al pasar por el salón vi la novela de Eulàlia en el sofá y sentí un gran alivio. Hasta entonces no me había dado cuenta de que temía que él la hubiera guardado, que se hubiera arrepentido de la conversación de la noche anterior y hubiera decidido pedirme que la olvidara. Tomé el manojo de hojas encuadernadas como si se tratara de un tesoro. ¿Acaso no lo era?: por fin en mis manos una de las novelas inéditas del gran Alberto Valera.

Empecé a leerla en la cocina, mientras esperaba a que subiera el café, y continué leyendo hasta que llegué a la librería, mientras caminaba por la calle a paso un poco más lento de lo habitual. Durante los tres días siguientes aproveché cualquier minuto para reanudar la aventura. Me gustó, me gustó muchísimo; enseguida vi que era buena. Pero también vi que iba a necesitar ayuda con ella: la opinión de mis dos lectores fieles, con los que en principio no había pensado contar para el trabajo de Alberto. Y es que en este caso, yo no me fiaba de mi propio criterio: mi relación con el autor no

solo me robaba objetividad sino que el hecho de ser yo también un personaje de la novela me hacía vulnerable a tomarle más cariño del que quizás se merecía. Es una novela juvenil pero los protagonistas no son tan jóvenes: somos Alberto y yo. Aun así, tiene todos los elementos de una novela de aventuras, con trasfondo histórico y dirigida a gente joven, en concreto a Laia. La trama empieza en mayo de 2016, cuando yo estoy embarazada de cuatro meses. Alberto y yo volvemos al Centre Excursionista donde se encuentran las columnas de Augusto, como hicimos el día después de conocernos, el día que tuvo la inspiración de la que yo fui testigo… Ahí descubrimos un portal hacia el pasado y los tres (Laia dentro de mí) nos transportamos a principios del siglo IV y caminamos juntos hasta las afueras de Barcino, donde conocemos a la pequeña Eulàlia y sus ocas…

Esa noche llegué tarde a casa. No lo llamé, ni él me había llamado a mí en todo el día. Ya no estaba enfadada, aunque quería estarlo. No lo estaba porque la novela lo hacía imposible: me tenía enganchada, y eufórica. Dentro de mí la Enya editora apartaba a la Enya amante, exigiéndole que se dejara de tonterías y se fuera a llorar a otra parte; esto era serio: una gran novela por explotar. Sin embargo, antes de dar la vuelta a la cerradura de casa, me hice el firme propósito de no decirle nada hasta haberla leído toda.

Eran casi las diez. Él había preparado la cena: gazpacho y melón con jamón, no porque hiciera calor sino por no preocuparse de que se enfriara. Había sospechado que yo llegaría tarde, pero me esperó sin probar bocado. Estaba en el salón, leyendo. Se levantó al oírme entrar y, sin mediar palabra, nos fundimos en un largo abrazo.

—No sabes lo que te he echado de menos.

No era un reproche. A mí también me daba la sensación de que habíamos estado separados al menos veinte días, y no solo veinte horas. Medimos el tiempo en segundos, minutos, horas, días… pero debería medirse en sentimientos. Después de eso, nunca más volvimos a separarnos ni a estar tantas horas sin hablar, pero ahora que miro atrás, sé que fue necesario: necesité ese tiempo para volver a hacerme a la idea de que iba a ser madre.

Así es: aunque intenté resistirme, Alberto había plantado la semilla esa misma noche, en mi cabeza. En los días siguientes me sorprendí pensando: ¿y si él tiene razón?, ¿y si es verdad que los médicos se equivocaron? ¿No soy yo dueña de mi cuerpo? ¿No puedo decidir yo lo que ocurre en él? ¿No

habré estado yo misma bloqueando la posibilidad de crear vida? Alberto creía conocer el futuro, un futuro que no podía cambiar, pero ¿hasta qué punto no lo estaba cambiando al revelarme lo que iba a pasar? ¿No estábamos viviendo un claro ejemplo del efecto mariposa?

Nos mantuvimos abrazados un buen rato, sin hablar. Esos largos abrazos son uno de los mejores tesoros que guardo de él. Quizás no fueran tan largos. Hace poco leí en internet que la mayoría de abrazos no dura más de tres segundos, pero yo estoy segura de que los nuestros se prolongaban durante minutos. A lo mejor lo recuerdo así porque durante esos minutos me concentraba en esos brazos rodeando mi cuerpo, en ese preciso momento. Creo que siempre intuí que lo iba a perder.

—¿Ya no estás enfadada? —me preguntó una eternidad más tarde.

—Sí, sí lo estoy. Aun en el supuesto de que tuvieras razón, no tengo nada claro que quiera asumir la responsabilidad de la maternidad.

—En parte por eso te lo he dicho: para que te vayas preparando, para que no te llegue de sorpresa.

—Ya pero, si es verdad que puedo concebir de forma natural, y resulta que yo no quiero quedarme embarazada, deberíamos usar precauciones.

Alberto me apartó sin soltarme, solo para comprobar si bromeaba.

—Hablas en serio —dijo, sorprendido.

—Claro que hablo en serio. Mi vida no es una novela, yo decido lo que pasa en mi cuerpo.

—No importa. Concebiremos a Laia cuando llegue el momento; hagamos lo que hagamos, una fuerza superior a nosotros ya ha decidido cuándo tiene que nacer. Quizás sea ella misma quien nos escoja a nosotros.

—Anda, ¿ahora le vas a echar la culpa a la pobre niña?

Nos reímos para romper la tensión que por un momento había reaparecido. Ninguno de los dos deseábamos terminar como la noche anterior.

—Yo también decido lo que pasa en mi cuerpo, y no voy a volver a ponerme un condón nunca más en la vida. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Te vas a tomar la pastilla? Los efectos secundarios son náuseas, dolor en los pechos, migraña, cambios de humor, aumento del apetito y en consecuencia del peso, así como aumento del riesgo de sufrir infarto y problemas cardiovasculares si fumas, pero tú no fumas… Haces bien.

Me reí. Alberto había afectado una voz seria y profunda, como de médico.

—Tendré en cuenta la pastilla y los demás métodos anticonceptivos disponibles en el mercado, pero yo estaba pensando en uno más fácil y económico. A ver si lo adivinas. Empieza por «absti» y termina por «nencia».

—Ja, ja, ja, ahora sí que me haces reír…

La que se reía era yo, doblándome bajo la presión de sus cosquillas y el hechizo de su risa falsa y malévola, imitando ahora al doctor Evil de Austin Powers; unos días antes habíamos visto una de las películas de la serie.

—Económico sí será, ja, ja, ja, ¿pero fácil? A ver quién resiste más, ja, ja, ja.

Esa noche ninguno de los dos ofrecimos resistencia, ni tomamos ninguna medida para evitar un embarazo. Los dos sabíamos que no iba a ocurrir ese día. Yo todavía no había asumido que iba a ocurrir en absoluto, pero además, ya había leído más de una tercera parte de la novela de Eulàlia, donde se menciona un par de veces que Enya está embarazada de cuatro meses, y la acción en el presente se sitúa en mayo de 2016. Así que, si creía como Alberto que el momento de la concepción ya estaba escrito, todavía tenía unos cuatro meses para decidir si yo deseaba ese embarazo o no. Más cerca del momento aún podía hacer algo para prevenirlo. El destino estaba en mis manos y nadie, ni siquiera Alberto, iba a convencerme de lo contrario.

Decidimos ir a Roma tan pronto como terminé de leer la novela de Eulàlia. Antes ya habíamos resuelto que nos escaparíamos juntos a algún sitio durante las fiestas. Alberto no iba a volver a Córdoba y yo no estaba dispuesta a llevarlo a casa de mis abuelos, donde los dos nos habríamos sentido como animales en un zoo: observados con mucha curiosidad pero fuera de nuestro hábitat, por muy bien que nos alimentaran.

Entonces todavía no les había hablado de él y a esas alturas no pensaba hacerlo. Convivía con un hombre desde hacía un año y medio, y nadie de mi familia tenía constancia de ello. Creo que eso resume a la perfección la clase de relación que seguía teniendo con mi familia. Mis abuelos jamás iban al piso de Entença. Durante los veintiún años que lo compartí con mi madre, creo que fueron cinco veces, las tres últimas cuando ella ya

agonizaba y apenas era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Cuando volví a ocuparlo yo sola, tampoco vinieron jamás. Ni yo los invité ni ellos mostraron ninguna intención de visitarme. Fue como si ese acuerdo, nunca hablado y nunca escrito pero alto y claro, formara parte de la herencia de mi madre: yo les visitaba a ellos a menudo, y ellos respetaban la intimidad y espacio que mi madre había impuesto. Había estado en mi mano romper esa norma absurda; debí haberlo hecho enseguida de volver, cuando necesité tanto que alguien me ayudara a reenganchar los pedacitos de mi vida rota por todos lados. La insistencia de todos en que yo ya podía valerme por mí misma fue lo que me alejó de ellos, y pasados seis meses, cuando Alberto apareció en mi vida, ya me había acomodado en el pequeño mundo de Entença que hasta entonces solo había sido de mi madre y mío.

Ahora ya sí saben que ha habido un hombre en mi vida, obviamente. No tengo que esconderlo más, pero tampoco tengo que contarles toda la verdad. Mi abuela espera conocerlo el día que nazca Laia. Ella cree en la historia que se repite, cree que soy como mi madre. No me escuchó el otro día cuando le dije que yo sí amaba al padre de mi hija.

Tampoco tuve que contarle toda la verdad cuando le anuncié el año pasado que no les acompañaría en las fiestas. Solo fue necesario decir que me iba de viaje. Ella me preguntó: ¿sola?, y le respondí que no, sola no. Esperé a que indagara más, si iba con amigas o con un chico, pero no hubo más preguntas, eso fue todo. Y entonces pensé que mejor así porque no tendría que mentirle, aunque me había preparado para confesar que estaba enamorada.

Volamos a Roma la misma víspera de Navidad, tarde, después de cerrar las puertas de la librería, que dejé en manos de Miguel y Laura, mis dos empleados a tiempo parcial, los dos aún estudiantes y muy jóvenes pero responsables y fiables. Me fui tranquila y aunque estuvimos en contacto a diario (la librería solo permaneció cerrada el día de Navidad) y durante esos nueve días de vacaciones no dejé de leer y repasar una novela que me llevé conmigo, fueron de veras unas jornadas de desconexión de mi pequeño mundo editorial y de mucha conexión con Alberto y la fascinante herencia del imperio romano.

Nos hospedamos en un hotelito de la Piazza di Spagna, y esa primera noche cenamos en la habitación, desde donde vislumbrábamos el enorme árbol de Navidad que se erigía a los pies de los famosos escalones. Luego salimos a pasear hasta la medianoche. La Fontana di Trevi estaba iluminada

y llena de gente. Como manda la tradición, quise tirar una moneda al agua, para asegurar que algún día volvería a la Ciudad Eterna. Todavía no la habíamos visitado, pero ya estábamos los dos encandilados. Alberto me observaba divertido mientras me concentraba en hacerlo bien: de espaldas a la fuente y dispuesta a tirar la moneda con la mano derecha por encima del hombro izquierdo.

—Dime si acierto.

—Bingo. Volverás. ¿No quieres tirar más? Echar dos monedas en la fuente de Trevi significa que volverás y te enamorarás; y tres, que volverás, te enamorarás y te casarás.

—Uf, no, no, no. No corramos el riesgo de que eso pase de verdad. Además, yo ya estoy enamorada.

Le sonreí y lo besé, y él me correspondió, tomándome de los brazos y enseguida animándome a bailar, como hacíamos tantas veces. Y bailamos, sin música y sin preocuparnos por si alguien nos miraba o no. Por una vez, no estábamos entorpeciendo el paso a nadie. Al cabo de unos minutos oímos aplausos. Provenían de dos parejas de turistas americanos. Uno de ellos exclamó: «*You guys rock*!». Reímos encantados. No era un rock lo que bailábamos, pero eso era una expresión, le expliqué a Alberto, y no supe cómo traducirla.

Nos alejamos de allí contentos, hacia el hotel para entregarnos al amor, y no volví a pensar hasta mucho más tarde en la moneda que tiré y él no. Había tenido la intención de decirle «ahora te toca a ti», pero se perdió el momento cuando empezó el baile. Y me pregunté: ¿si yo le hubiera pedido que tirara la moneda, lo habría hecho? Seguro que sí, pues él no creía en esas supersticiones. Habría pensado: haga lo que haga, nada cambiará lo que ya está escrito, y no volveré a Roma. Yo sí tiré la moneda y algún día volveré a Roma. Aunque ahora mismo no tenga ningunos deseos de hacerlo porque es todo demasiado reciente y doloroso, sé que algún día iré allí con Laia y le hablaré de los nueve días que pasé con su padre durante la Navidad de 2015, lo más cercano que tuvimos a una luna de miel.

La mañana de Navidad nos levantamos temprano y después de desayunar en el hotel, encaminamos nuestros pasos hacia la plaza de San Pedro del Vaticano para escuchar el discurso del Papa. La visita a los museos y la capilla Sixtina la dejamos para el domingo, dos días después, cuando volvían a abrir las puertas al público. Anduvimos por las calles sin prisas,

sorprendidos por la gran cantidad de gente que también disfrutaba de ese día de invierno soleado, porque muy pocos parecían turistas. Durante los días siguientes hicimos todas las visitas obligadas a las atracciones históricas, incluida una excursión subterránea al Coliseo y, en efecto, comprobamos que habíamos escogido la mejor época del año para estar allí. El día de Navidad, sin embargo, habíamos reservado mesa con antelación en un restaurante que se llenó hasta los topes de familias que solo hablaban italiano.

La comida fue larga, copiosa y deliciosa. Se me han quedado grabados en la memoria los nombres de algunos platos, porque durante días los repetimos y rememoramos su excelente sabor: *sgombro scottato*, *zupetta di moscardini*, *gnocchi di patate con frutti di mare*… Nos concentramos tanto en el manjar navideño que no hablamos de otra cosa hasta llegar a las *delizie di Natale*. Incapaz de embutirme nada más, me recliné en la silla y le pregunté qué era lo que más le apetecía hacer en Roma.

—Pasear contigo. Cerrar los ojos a todo lo moderno e imaginar que volvemos a esa época.

—Como en la novela.

—Sí. Esto es lo más cercano que podemos aspirar a un viaje en el tiempo. Esta novela no se va a cumplir como la otra, eso ya sería alucinante, y me volvería loco.

No habíamos vuelto a hablar de «la novela que se cumple», pero sí de la nueva. El mismo día que terminé de leerla le anuncié que me había encantado y que enseguida me pondría manos a la obra para preparar su edición y publicación. No debería haberme sorprendido su respuesta: que esperara.

—Es que es un poco raro publicar una novela dedicada a alguien que todavía no ha nacido. Que tú ni siquiera crees que va a nacer.

—Ajá, así que tú también tienes dudas.

—No es eso. Es que… si sale ahora y no cambiamos nada, damos al mundo a conocer nuestra historia, y además le adelantamos que vamos a tener una hija. Yo prefiero que siga siendo una historia privada, solo tuya y mía.

—Pero algún día tendrá que salir… ¿O se va a quedar en el cajón durante años como la otra?

—No creo que tanto tiempo, pero sí, dejemos que repose un poco.

Solté un bufido y estuve a punto de preguntarle por qué me la había dejado leer entonces, pero ya lo sabía: para meterme en la cabeza la idea de la maternidad. En los tres meses y medio que habían pasado desde esa conversación hasta la del día de Navidad en Roma, le había hecho creer que seguía resistiéndome a la idea de un posible embarazo. Practicábamos el sexo sin preocuparnos de fechas, ciclos o medidas preventivas, como habíamos hecho siempre, porque yo creía en mi esterilidad y él en que no debía forzar nada: el destino se ocuparía de hacer su trabajo.

En realidad, yo no era tan contraria como quería aparentar, ya me lo decía mi madre: siempre llevaba la contraria, pero era más una pose, un grito de ayuda por que se me prestara atención, por que mi opinión y mis decisiones también contaran. Sin hacer a Alberto partícipe de mis investigaciones, había estado buscando en internet algún caso parecido al mío, de alguien con endometriosis que después de perder un ovario y las esperanzas de procrear, lo hubiera conseguido sin tratamiento alguno y como por arte de magia. No encontré ninguno. Había testimonios de mujeres que sí lo habían logrado pero siempre con ayuda médica o especializada en métodos naturales y holísticos. Yo no tomaría nada, no haría nada, no dejaría que el efecto mariposa actuara sobre mí. Sin embargo, muchas veces cuando hacíamos el amor me preguntaba qué más ocurría en el interior de mi cuerpo después de la estampida de endorfinas postorgásmica. Y me sorprendía visualizando ese líquido blanco y viscoso que formaban millones de renacuajos viajando por mi vagina, a través del cérvix y el útero hasta alcanzar la única trompa de falopio quizás aún servible, pero seguramente bloqueada, inalcanzable.

—No es como en la novela —dije mientras devolvía la taza del capuchino a su platito— porque yo no estoy embarazada.

Sabía que me metía en terreno pantanoso al sacar a relucir el tema, pero no pude contenerme. Alberto me miró con las cejas levantadas, como sugiriendo: ¿seguro que quieres debatir sobre eso?, tienes las de perder. Pero dijo:

—Te conozco y sé que debiste de leer la novela con mucha atención. Te quedaste con las fechas, pero las matemáticas ¿qué tal se te dan?

Solté una carcajada. Su intención había sido hacerme reír y, como siempre, lo consiguió.

—¿Te das cuenta de que si sigues provocándome así corres el peligro de no tener sexo durante un mes entero, aunque solo sea para demostrar que estás equivocado?

—Imagino que es posible, aunque altamente improbable que tú aguantes siquiera una semana.

—No me digas que sabes la fecha exacta —dije acercándome de nuevo a la mesa y susurrando, como si fuera un secreto de estado.

—No, lo siento. Si la supiera podrías burlarte aún más, pero creo que sí serías capaz de castigarme sin sexo para imponer tu voluntad. Que quede muy claro que yo jamás te haría lo que te hizo Doherty. Lo siento, querida, pero si no me lo dices tú, no tengo ni idea de cuándo te tiene que venir la regla. Las matemáticas tampoco son lo mío.

—¿Sabes que él lo sabía mejor que yo? ¿Qué clase de enfermo controla el ciclo menstrual de su mujer? —dije pensativa, hablando más conmigo misma.

—Claro que lo sé. A riesgo de repetirme, te lo volveré a decir: lo escribí.

—¿Cuándo voy a poder leerla?

—Muy pronto. Pero antes tienes que creerme, y no lo harás hasta que aceptes que tú eres dueña de tu cuerpo y tú decides lo que ocurre en él, no los médicos.

—¡Los médicos no, pero tú sí!

—Lo siento. Contra eso ya no puedo hacer nada.

—Pero yo sí.

—Ya estamos otra vez dándole vueltas a lo mismo. ¿Qué tal si pasamos a los licores?

No volvimos a hablar del asunto, pero a partir de entonces ocurrieron cosas que llegaron a obsesionarme, a decirme que tenía que estar alerta. Mi parte racional se negaba todavía a creer a Alberto, pero la otra, la romántica, estaba vigilante a las señales. De repente empecé a ver a mujeres embarazadas y a bebés y niños por todas partes.

—¿Tú los ves? ¿O soy yo que me estoy volviendo loca?

—Claro que los veo. Estamos en Navidad y los niños no van al colegio; están por todas partes.

—¿Y las embarazadas? ¿Es que el gobierno italiano ha sacado una campaña para promover el aumento de la población? Estoy segura de que

en Barcelona no hay tantas.

—Mmm, yo diría que la tasa de natalidad aquí es más baja… pero sí es verdad que hay muchos bombos por aquí.

Los días siguientes paseamos mucho, y fuimos al barrio judío además del foro, el panteón y el resto de visitas obligadas. Las calles permanecieron decoradas con motivos navideños durante toda nuestra estancia. Varias veces nos dejamos caer por la plaza Navona, donde el mercado navideño bullía de actividad y contrastaba con las bellas estatuas y fuentes. Había innumerables puestos de comida y juguetes (la mayoría chatarra de la China), caramelos y carbón, además de carruseles y actuaciones para niños a cargo de mimos callejeros. Allí vi otra señal, y esa vez sentí como si una descarga eléctrica me recorriera todo el cuerpo.

Nos detuvimos en un puesto que destacaba por no tener compradores o curiosos delante, ni siquiera parecía haber nadie a cargo. Estábamos absortos observando unos muñequitos de madera que se articulaban con hilos y, cuando levanté la mirada, me sobresaltó encontrarme, en el interior de la caseta pero justo delante de nosotros, a una anciana muy sonriente (y con pocos dientes), con toda la cara surcada de arrugas y un pañuelo en la cabeza atado bajo la barbilla. Se me escapó una exclamación de susto y sorpresa: unos segundos antes no había habido nadie allí y de pronto, como por arte de magia, esa vieja que tenía un poco cara de loca no me quitaba los ojos de encima. Se puso un dedo calloso sobre los labios y musitó:

—Shhh… *Sono la Befana, nessuno deve vedermi.*

Eso dijo la vieja, y después soltó una pequeña risotada. Bueno, a decir verdad, eso creo que fue lo que dijo. De lo de «*sono la Befana*» no tengo ninguna duda, lo oímos los dos perfectamente. El resto también fue en italiano y lo entendí aunque no hablo ese idioma. Dijo: «Nadie debe verme» y así es como lo recuerdo, pero en italiano.

Alberto y yo nos miramos sorprendidos.

—¿La Befana no es el equivalente italiano de los Reyes Magos? —pregunté en un susurro, esperando que la vieja ni me oyera ni me entendiera.

—Sí —respondió ella.

Alberto y yo volvimos a mirarnos sobresaltados y yo le tomé del brazo.

—Deberíamos comprar algo —dije para distraerme del desconcierto—. El pinocho. Me lo llevo para ponerlo en el árbol.

Sonreí a la anciana al tiempo que le extendía la figurita. Ella la tomó y desapareció unos minutos de nuestro campo de visión, mientras envolvía el objeto en papel de seda. Cuando volvió a asomar la cabeza me fijé en que era la única parte de su cuerpo que sobresalía, con lo cual calculé que no debía de medir ni un metro y medio. Me entregó el paquete sin dejar de mostrar su sonrisa desdentada. Mientras contaba las monedas para pagarle, la oí decir:

—*Per la bambina?*

—No, para el árbol —respondí en un tono más alto del intencionado.

—*Ah, aspetta un secondo.* —Volvió a agacharse.

—¿Qué *bambina*? —dije entre dientes.

—A mí no me mires —Alberto levantó las manos, pero se le escapaba la risa.

—*Questo per la bambina.*

Alzó el brazo para mostrarnos otra figurita, la de una Befana como ella: una bruja buena con un pañuelo a cuadros azules y blancos y una camisa lila y topos blancos que no combinaban nada, y una falda negra llena de retales; en la cara una buena napia y en las manos una vieja escoba. Iba a rechazarla, con la excusa verdadera de que no había ninguna *bambina* en nuestras vidas, pero cuando la tuve en la mano sentí la fuerte tentación de quedármela. Aún hoy cada vez que la miro me inspira calor, confianza y tranquilidad; es la imagen viva de lo que yo siempre imaginé que sería una abuela.

—Está bien, me la llevo.

Me dispuse a sacar de nuevo el monedero del bolso, pero la anciana se me adelantó:

—No, no, regalo de la Befana.

Por un momento no reaccioné. Alberto seguía la escena sin intervenir, pero no había dejado de sonreír en todo el rato. La vieja también sonreía y más cuando me entregó otro regalo.

—*E questo per te*.

Lo acepté atónita; ni por un segundo se me ocurrió rechazarlo. Alberto soltó una carcajada, de la que me contagié y a la que enseguida se unió también la vieja. Le dimos las gracias profusamente y nos alejamos riendo, con el pinocho envuelto, la Befana sin envolver, y un enorme pedazo de carbón de azúcar en papel de celofán transparente.

Es una escena que he vuelto a repasar muchas veces en mi cabeza. Cuando ocurrió me pareció algo curioso, divertido, y me pregunté si la vieja gastaba la misma broma a todas las mujeres jóvenes en edad de procrear que se acercaban por allí. No le habría dado más importancia si todo se hubiera terminado allí, pero volví a verla: en sueños la noche del 5 de enero.

Un par de noches vimos películas antiguas en la habitación del hotel. Las recuerdo bien; una fue *La dolce vita* y la otra, *Casablanca*. Celebramos la Nochevieja en la plaza del Poppolo en medio de un gran gentío, pero como siempre solos él y yo, bailando bajo la luz de las farolas y los fuegos artificiales como si no existiera nadie más. Iniciamos el año como el anterior, con un largo beso.

—Un año más, ¿eh? Qué rápido ha pasado —me susurró al oído.

—Feliz año, mi amor. Que nos traiga solo cosas buenas y que volvamos a repetir el año que viene, quién sabe dónde, quizás en Londres o en París.

Percibí su vacilación por el tiempo que tardó en responder:

—Feliz año, mi vida.

El primer día del año a media mañana volvimos a la misma plaza, donde la fiesta de la noche anterior dio paso al entretenimiento, una vez más, para los *bambini*, con la presencia de un circo acrobático. Esa misma tarde tomamos el vuelo de vuelta a Barcelona y al día siguiente, un sábado, reanudé el trabajo en la librería.

El día de Reyes fui a casa de Sergio como cada año. El año anterior había visto a mis hermanos solo doce veces (una al mes), todas en su casa. El acceso que tenía a ellos continuaba siendo restringido, pero los niños me recibían siempre con muchos besos y abrazos. Dedicaba todo el tiempo allí a jugar con ellos y cuando nos despedíamos me preguntaban cuándo iba a volver. Con Sergio no había vuelto a hablar de nada trascendental desde mi vuelta de Boston, y la conversación durante las comidas era cordial y superficial. Alberto se quedó en casa, pero el día anterior sí habíamos salido los dos.

Nos acercamos hasta Plaça de Catalunya para ver pasar la cabalgata de los Reyes Magos, como el año anterior. Después fuimos a cenar al Born. No regresamos a casa muy tarde, pero no sé si ya había pasado de la medianoche cuando nos metimos en la cama. Por eso no sé si cuando hicimos el amor era todavía día 5 o ya 6. De lo que no tengo duda es que

fue en la madrugada del día de la Befana y los Reyes Magos cuando concebimos a la niña que todavía llevo dentro y que llevará un nombre que me gusta, Laia, pero que tampoco he escogido yo.

Me desperté cerca de las cinco de la mañana, sobresaltada por un sueño tan vívido que habría jurado que era real. La Befana barría el suelo de mi habitación y se reía a carcajadas mientras exclamaba que Laia ya había llegado y teníamos que limpiar la casa para darle la bienvenida. Yo me despertaba y me incorporaba en la cama de un salto, mientras Alberto seguía durmiendo y no se enteraba de nada. Entonces la Befana reparaba en mí y me miraba sorprendida, como si mi presencia allí no encajara, en vez de la suya. Se acercaba, sacaba algo de uno de sus enormes bolsillos y decía: «*E questo per te*».

Me levanté, aliviada al comprender que no había sido más que un sueño. Fui a la cocina y comprobé que el carbón seguía encima de la nevera, donde lo había dejado cuatro días antes. Me senté a la mesa de la cocina sin acabar de decidir si prepararme un café o regresar a la cama. Ya sabía que no conseguiría volver a dormir. El insomnio de esa noche me acompañaría durante muchas otras. Esa primera mañana de penumbra una sensación olvidada ocupó de repente mi conciencia: había pasado por eso antes. La primera vez el insomnio había sido un síntoma al que no había prestado atención. Esta vez sí lo hice: estaba embarazada.

La certidumbre fue tan clara que ni un test casero ni un análisis de sangre me lo podrían haber confirmado más. Pero duró solo un instante; enseguida volvieron las dudas. ¿Podía haber ocurrido tan rápido? Sí, estaba ovulando. Intenté recordar cuándo había tenido la última regla. Dos o tres días antes de salir de viaje; había sido muy conveniente. Ahora hacía justo dos semanas. Sin proponérmelo, volví a visualizar los acontecimientos de mi interior: un espermatozoide penetrando en mi óvulo. Eso había pasado ya. ¿O no? Y más importante: ¿era lo que yo quería? No lo tenía claro. Por un lado sí sentía una ilusión infantil con el cuento de hadas de Alberto, y por otro, me negaba a aceptarlo. No lo aceptaría hasta que la evidencia no me permitiera verme los pies estando derecha.

Esa mañana todavía no quería creer que mi cuerpo fuera capaz de albergar otra vida. Aun así, tomé una decisión drástica. Después de poner la cafetera en el fuego, me dirigí al baño que apenas usábamos y busqué en los armarios una cajetilla que había escondido tres meses antes. La había comprado en caso de emergencia, sin saber cómo decidiría qué constituía

un caso de emergencia. Hasta que no me encontré en la situación, no lo supe, pero estaba claro que había llegado el momento de sacar la única píldora de la cajetilla.

Me la tomé allí mismo, en el baño. Cuando volví a la cocina, ya estaba saliendo el café. Apagué el fuego, cogí el paquete de encima de la nevera, deshice el lazo, tiré el papel celofán a la basura y empecé a roer el azúcar negro.

OceanofPDF.com

ALBERTO

Córdoba, julio de 2016

Este año mi cumpleaños cayó en lunes. Cincuenta y dos ya, pero de aquí no paso. Me miré al espejo y me vi mayor, con más canas y arrugas que el año anterior. Sin embargo, me encuentro bien y me siento joven. Sobre todo, afortunado.

Celebramos nuestro segundo aniversario el domingo, igual que el año anterior: a las cinco en la puerta del Fnac. Por la mañana salí a comprar un ramo de rosas. El año pasado ya me había dicho que no era necesario que me gastara el dinero, que para ella San Valentín no es importante y prefiere una sola rosa por Sant Jordi.

—Pero para mí sí lo es. Yo no soy catalán; soy romano y romántico y me sobra el dinero —le dije.

Ella rio y respondió:

—Pues entonces llévame a Roma, Valentín.

Y así fue como otro dato se cumpliría: iríamos a Roma como Carlos y Enya en la novela, y la Befana le anunciaría que tendríamos una hija.

Durante el resto del año tuve cuidado de no mencionar el viaje y continuar viviendo el día a día, sin hacer planes. Me empeñé en ser observador más que actor. Fue ella quien a principios de noviembre habló de escaparnos por Navidad, porque la alternativa habría sido que ella pasara las fechas señaladas con sus familiares y yo solo en el piso, algo que ninguno de los dos habríamos llevado bien. Buscamos juntos ofertas por internet. Encontramos una muy buena a Praga y no dudamos en cogerla. Recuerdo haber pensado: algo diferente, será lo primero, no lo puedo creer… Pagamos el hotel y el vuelo por adelantado con mi tarjeta de crédito y nos fuimos a la cama pensando que terminaríamos el año paseando por el puente Karluv. Al día siguiente Enya me llamó de la librería para decirme que había recibido un correo de la página web a través de la cual habíamos hecho la reserva: mi banco había rechazado el pago y teníamos que volver a

realizar todo el proceso de nuevo. Antes de que pudiera expresar mi acuerdo, Enya me sorprendió con estas palabras:

—Estoy viendo otra oferta muy buena, a Roma… ¿No te gustaría más?

—Sí, me gustaría mucho más, pero a ti te hacía ilusión Praga, pues iremos a Praga, insisto.

—No te creas, a mí Roma también me atrae mucho, y después de haber leído tu novela… No sé, Praga ya no me hace tanta ilusión.

—Bueno, pensémoslo. Esta noche volvemos a mirarlo y tomamos una decisión.

—Pero puede que esta oferta ya no esté por la noche… Solo quedan dos plazas.

—Si no está, habrá otra. Mejor hacer las cosas con calma. Además, tengo que llamar al banco para averiguar qué problema hay con mi tarjeta.

Nunca entendí qué problema había habido con la tarjeta. En el banco nadie supo darme una explicación, todo parecía en orden. Cuando la volví a usar, funcionó y no ha vuelto a fallar.

Enya irrumpió en casa a media tarde y exclamó:

—¡Sorpresa! No te he hecho caso: ya tenemos hotel y vuelo a Roma para el día 24. He usado mi tarjeta, así que tú puedes pagar todas las comidas.

La abracé y la besé, sinceramente complacido. Nada era nuevo, todo se cumplía según el guion, y respiré tranquilo, como después de haberme alarmado ante una escena de película que no recordaba y haber temido que me estuvieran colando otra versión.

—Será un viaje fantástico —dije.

Y lo fue.

Nuestro segundo aniversario también fue memorable. Seguimos la tradición de los dos años anteriores y presenciamos los correfuegos de Santa Eulàlia. Me permití imaginar a Enya allí el año que viene, siguiendo nuestra tradición pero ya sin mí, a partir de entonces acompañada de una niña. Incluso me consentí alguna lágrima, que se me escapó al ver a tantos churumbeles correr por ahí. A ella no le sorprende el brillo de mis ojos. No es una característica muy masculina, ya lo sé, pero delante de ella nunca he tenido que reprimirme, qué alivio.

—¿Estás triste? —me preguntó.

—No, más bien nostálgico. Por lo que se acaba, lo que ya no será.

—Me da miedo preguntarte qué es lo que se acaba.

—Todo se acaba. Pero todavía no. Vamos a tomar el suizo con melindros; tengo que darte algo.

Mientras caminábamos hacia allí, cogidos de la mano como dos colegiales, me fijé en ella. Avanzaba con pasos largos, como siempre, con las botas de cuero granate que sacaba del armario cada invierno y todavía aguantaban. Estaba guapísima, pero eso no era nada nuevo. Ya tenía que estar embarazada, sin embargo, por mucho que buscaba, no vi ningún cambio que delatara su nuevo estado.

—Y bien, ¿qué es lo que tienes que darme? —preguntó apenas habíamos conseguido una mesa.

—Espera a que llegue el chocolate.

—El año pasado no pude terminarlo. Si me vas a soltar otra bomba, mejor que lo hagas ahora.

—Está bien. Aquí está.

—¿La novela sin título?

Alargó los brazos para recibirla con las dos manos, pero no acababa de atreverse. Me miró con los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa y aprensión.

—Tómala, no muerde. Solo es la primera parte: tu historia. Así podrás comprobar todo lo que sé que nunca me contaste.

—¿Por qué solo la primera parte? ¿Dónde está el resto?

—Sigue a salvo en mi ordenador. Y en la nube. No temas; esta parte la imprimí ayer. No hay ni una coma cambiada desde que la revisara María hace cuatro años. Te daré el resto cuando llegue el momento y será toda tuya; podrás hacer con ella lo que quieras.

Ese día no la dejé leer. Después del chocolate, regresamos a la plaza de Sant Jaume para sumergirnos en el ambiente de las festividades de Santa Eulàlia y más tarde aún tuvimos fuerzas para ir a cenar. Llegamos tarde a casa, pero al día siguiente ninguno de los dos tenía que madrugar y nos levantamos un poco más tarde de lo habitual.

Enya ya solo se pasaba por la librería tres veces por semana. Decía que echaba de menos el contacto social pero su trabajo de edición la desbordaba hasta tal punto que solo encontraba la tranquilidad para llevarlo a cabo

eficazmente en casa. Así habíamos pasado los últimos cinco meses: los dos en casa, leyendo acurrucados en la cama o en el sofá, con todas las cortinas bien abiertas para aprovechar el radiante sol de la mañana. A veces no salíamos a la calle hasta después de comer. Entonces dábamos largos paseos a pie o en bicicleta y a las seis de la tarde entrábamos en una famosa sala de baile de la ciudad, donde nos entregábamos durante al menos dos o tres horas a bailar. El merengue y la salsa son nuestra especialidad, pero también el tango y la bachata. Y semana tras semana Enya se movía en mis brazos con la misma soltura y ligereza de siempre, siguiendo los pasos y moviendo las caderas arriba y abajo, dando vueltas y volviendo a mis brazos sin un mareo ni una queja. Y yo la conducía también sin cansarme, sin necesitar un respiro o sentir ningún dolor en el pecho. Nuestra conexión y energía era cada vez mayor y volví a aferrarme a la esperanza de que fuera siempre así.

Pasó todo el día de mi cumpleaños leyendo. Y yo sentado a su lado, también leyendo pero con el rabillo del ojo puesto en ella. La vi morderse las uñas, suspirar, abrir los ojos de incredulidad y derramar lágrimas. La dejé sola varias veces: para preparar la comida, salir al balcón a fumar, a la calle a comprar el periódico. En una ocasión fue ella la que se levantó del sofá, se disculpó y dijo que necesitaba estar sola. Se encerró en la habitación y yo la esperé sin moverme hasta que volvió a aparecer media hora más tarde. Mientras preparaba la cena, entró en la cocina y anunció:

—Ya está, la he terminado.

La abracé y ella se dejó. No estaba enfadada, ni triste, pero parecía abatida. Apenas se había movido en todo el día, pero el esfuerzo intelectual y emocional era evidente en sus ojos enrojecidos y hombros encorvados.

—¿Y cómo estás? Has llorado mucho.

—Estoy… alucinada, confundida, desconcertada… Contenta de saber que siempre me has comprendido, incluso mejor que yo misma. Un poco triste… no sé bien por qué. Y sobre todo, muy asustada.

La estreché más fuerte entre mis brazos y empecé a masajearle la espalda. Me habría gustado decirle que no tenía nada que temer, que todo saldría bien, pero no quería mentir. Casi siempre lo mejor es no decir nada, solo abrazar. Pero después de un rato ella me separó.

—Dices que todo esto lo escribiste hace cuatro años.

—Entre cuatro y cinco. Empecé en diciembre de 2010 y terminé a principios de 2012.

—Pero Enya… es decir, yo… figura que estoy contando mi historia en febrero de 2016, que es… ahora. Eso es lo espeluznante.

—Lo sé. A mí también me da miedo. Ya te dije que la novela se apoderó de mí. Tú eras solo un personaje de mi imaginación y en cambio aquí estás, en carne y hueso, y tienes en tus manos lo que yo te hice escribir como personaje mío que eras.

—Pero yo no he escrito nada. Incluso en algún punto dices que estoy leyendo mi propia historia.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo, pero tiene sentido. Todo se cumple y es verdad que tú las has leído, no escrito.

—En la segunda parte Enya conoce a Carlos…

No era una pregunta pero me pareció que necesitaba confirmación y murmuré mi asentimiento.

—Será bonito leerla.

No dije nada, y con eso dije mucho.

—… cuando estés preparado para dármela. Ya sé que no debo presionarte más.

—Gracias —musité hundiendo mi nariz en su pelo.

Y pasó otro mes, marzo. Enya y yo éramos y continuamos siendo inseparables y jamás he sido tan feliz en mi vida. Hace tiempo que he dejado de ser yo. Creo que en realidad nunca he sido yo; siempre he sido María y yo, y ahora, Enya y yo. Pero esta unión ha sido tan corta… Poco más de dos años y he dejado de buen grado que la frescura e inteligencia de su personalidad inundara todos mis sentidos. Quiero aferrarme a ella, no dejar que una parte de nosotros muera, y durante unos meses me he permitido el pequeño capricho de autoengañarme y soñar que es posible, que llegaremos juntos a los setenta y seis y los cien años respectivamente, que la intensidad de nuestro amor es más poderosa que una estúpida novela.

Enya no ha dejado nunca de trabajar, aunque ella, como yo, no separa el trabajo del placer. Lleva siempre consigo una tableta donde lee, corrige y escribe informes, y está conectada a internet y a lo que pasa en la librería. Todo cambia, todo fluye, y ya no lleva una libreta en el bolso; en eso ya no es tradicional. Yo la acompaño a todas partes y también leo, incluso sigo

escribiendo, ya veo que no dejaré nunca de hacerlo. Los días que trabaja en la librería también la acompaño y suelo quedarme en la zona infantil donde parece que hace una eternidad di esa charla a escritores noveles. Algunos consiguieron hacerse un caminito en este difícil mundo de las letras. Enya apostó por muchos de ellos, que a su vez confiaron en ella. El camino sigue siendo pedregoso: la verdad es que Enya siempre ha tenido más trabajo como editora que como vendedora de libros.

Ahora que ya es primavera, en los días que «libra» nos tumbamos en la hierba de algún parque para pasar las horas de trabajo así, leyendo a la sombra de un árbol. Tres veces por semana vamos al salón de baile. Hemos conocido allí a un grupito de gente, la mayoría caribeños y sudamericanos, que no saben nada de nuestra otra vida: que yo soy escritor y ella editora. Para ellos somos una pareja entrañable que ama la música, el baile y la vida. Las mujeres me adoran, los hombres me envidian: Enya se ha convertido en una bailarina excepcional y es raro ver a una mujer de esa estatura adaptarse con tanta soltura y seguridad a los ritmos latinos. A veces salimos con ellos a tomar algo o incluso a cenar, y jamás hablamos de libros, aunque los relatos de sus vidas están plagados de literatura, incluso en su manera de hablar.

Desde octubre creo que solo una vez hemos vuelto a salir con las amigas de Enya y sus parejas. Eva y su marido —o compañero, no recuerdo si están casados— se decidieron por fin a probar suerte en otra parte donde la crisis no siguiera arreciando tanto como aquí. Susana ya tiene otra pareja y parece feliz. Apenas la vemos, pero imagino que volverá a ser una figura prominente en la vida de Enya cuando yo ya no esté. Las amigas de verdad están sobre todo para eso, para ofrecerte el hombro cuando tu hombre te deja en la estacada.

Abril también pasó volando y ya solo me quedaban dos meses de pura felicidad. Estos días me cuesta más vivir el día a día porque temo el momento en que Enya va a explotar de ira cuando le cuente que aquí se acaba nuestra historia. Ella no querrá aceptarlo y volveremos a tener una larga discusión sobre si el destino está escrito o no está escrito. Yo temeré por su estado, aunque no hay nada que temer: Laia está creciendo fuerte y sana y ni el estrés ni la tristeza de su madre la amedrentarán.

Durante estos meses hemos estado tan absortos el uno en el otro que ninguno de los dos hemos visto lo que ya sabíamos: que ya somos tres. Yo todavía no salgo del asombro de descubrir que, a pesar de que lo sabía,

llegué a pensar que quizás eso no se iba a cumplir a rajatabla. Enya ha vivido aún más cegada que yo, tan empeñada como está en ir marcando su propio camino. La manera en que lo descubrimos nos sorprende a los dos y cada vez que lo recordamos se nos escapa la risa tonta y terminamos a carcajadas. Fue el día de Sant Jordi, un sábado de sol esplendoroso en el que toda la ciudad pareció unirse a ese ambiente de literatura y amor irrepetible en ningún otro lugar.

Para ella fue una jornada de muchos compromisos. Varios de sus autores firmaban libros en El Corte Inglés y en las casetas de Passeig de Gràcia. Durante el día nos separamos algunas veces, aunque yo siempre estaba cerca. Me encontré a mucha gente conocida, viejos colegas que me dan por retirado y también lectores que me reconocieron. Estuve distraído charlando con unos y otros y empapándome del maravilloso ambiente de ese día en una ciudad engalanada de rosas rojas, banderas catalanas y libros. Enya estaba eufórica; no paró de hablar en todo el día, igual que el año pasado, y volvió a parecerme irónico que el Día del Libro sea el único de todo el año en que no tenga tiempo ni energía restante para leer nada, y menos un libro. Caminamos juntos por las calles y ella parecía inagotable. Por todas partes había bullicio y la gente hablaba de libros. Yo pescaba conversaciones al aire; me divertía escuchar las opiniones de la gente, a veces tan dispares sobre un mismo libro.

Hace años yo estaba al otro lado, firmando. Vine en varias ocasiones, en una vida muy lejana. Me pregunto si mis libros volverán a exponerse así y todo el mundo volverá a hablar de mí. Sí, claro que sí: Enya se encargará de ello. Lo que no sé es cómo repercutirá eso en su vida y la de Laia.

Estaba pensando en eso mientras hojeaba la última novela de mi viejo amigo Lorenzo Silva, cuando de repente todas las conversaciones a mi alrededor se detuvieron al unísono, como cuando en un aula alborotada de niños entra con sigilo el director y todos se callan. Siempre hay dos despistados que siguen hablando y en el súbito silencio sus voces se oyen en un tono más alto del habitual cuando no hay murmullo de fondo. Aunque no creo que nadie más les estuviera prestando atención, a mí sí me llegó el fragmento decisivo de la conversación que mantenía Enya con una de sus autoras.

Estaban al menos a cuatro metros de mí. Enya y yo acabábamos de llegar hasta el puesto de la Casa del Libro juntos. Enseguida nos topamos con un par de conocidas de ella. En esa ocasión me presentó como Alberto, sin el

apellido, tal como yo prefería, y no me reconocieron. Así fue como me escurrí con la excusa de dejarlas tratar de sus asuntos. Y no sé sobre qué discurrieron, pero cuando se apagaron todos los murmullos y se creó ese silencio sobrecogedor, llegaron a mis oídos esas palabras altas y claras:

—Enya, ¡¿estás embarazada?!

Y después continuó el silencio, que se me antojó larguísimo aunque solo durara un segundo, como cuando en las películas ponen la cámara lenta. Giré la cabeza sin soltar el libro que tenía en las manos, sorprendido ante esa pregunta que era más una exclamación y que esperaba una confirmación. Enya estaba de espaldas a mí y no oí su respuesta; además, el resto del mundo alrededor había reanudado sus charlas y movimientos. La miré de arriba abajo desde esa corta distancia, y entonces me llegaron pedazos sueltos de lo que su conocida continuaba diciendo:

—Pues algo ha cambiado en ti… la piel de la cara, las tetas… ¡las tienes más grandes! ¿Te has hecho un aumento?

Estalló en carcajadas. Enya debía de estar roja de vergüenza o de ira; esa señora desde luego no sabía que estaba tocando un tema delicado. En esos momentos giró levemente la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Conectamos durante solo un par de segundos, pero fueron los suficientes para decirnos muchas cosas. Ella supo que los dos habíamos oído las mismas palabras, como si hubiéramos ido juntos a la consulta del médico.

—No me hagas caso, ya sabes que soy muy descarada, ¡pero estás radiante!

Después de eso, imagino que Enya encontró rápidamente la manera de desviar el tema. Luego me contó que esa mujer es de veras muy indiscreta, pero también perspicaz y divertida; escribe novela del género *chick lit* con muchos toques de humor, y en contra de lo que yo pensé, sus observaciones no la molestaron, sino que tuvieron el mismo efecto que en mí.

La charla no terminó ahí, aún estuvieron unos minutos que se me hicieron eternos. Deseé que la otra se marchara ya para poder tener a Enya solo para mí. Por más que la miraba, con ropa yo no veía nada que delatara un embarazo. Su vientre estaba plano como siempre y ella no había mostrado ninguna señal de cansancio o malestar. Solo dos días antes habíamos estado bailando durante tres horas seguidas y después, encima, habíamos hecho el amor.

Cuando por fin se despidieron, yo la esperaba con los brazos cruzados a un extremo de la caseta; ya hacía rato que había comprado la novela de Silva. Ella me buscó con la mirada. Nos separaba de nuevo el murmullo y el flujo de la gente que por momentos se amontonaba y dificultaba el paso. Dejé que me encontrara y mientras la observé acercándose a mí, no tuve duda de que era cierto: ese acontecimiento tan crucial de la novela también se había cumplido. Ella tenía las mejillas sonrojadas y el ceño un poco fruncido, como si estuviera intentando resolver un acertijo. Acercó mucho su rostro al mío para que nadie más la oyera:

—¿Tú crees que tengo las tetas más grandes?

Sonreí complacido y aliviado: al menos no había intentado engañarme, pero ¿podía ser que ella tampoco hubiera notado nada?

—¿Te duelen?

—No, pero… es verdad que se me están hinchando, ¿no? Me estoy engordando… ¿Tú me has visto comer más?

—Pues ahora que lo dices, sí, creo que comes más, pero también hemos estado quemando muchas calorías últimamente… ¿Vamos a tomar un café y lo hablamos?

Echó un vistazo a su reloj y con una mueca de pesar, dijo:

—Está bien, pero un cafelito rápido, cariño, sabes que hoy voy de culo y tengo que ir a dar ánimos a mis escritores.

Nos metimos en el primer bar de tapas que encontramos, justo al lado. No conseguimos una mesa y tuvimos que tomarnos el café de pie, en la barra. Me dije que quizás debía esperar a la noche y la intimidad del piso para abordar el tema, pero no me pude resistir. Mis palabras me sorprendieron tanto como a ella misma; la segunda vez que las escuchábamos en menos de media hora, envueltas en una pregunta que era más una exclamación, aunque esta vez con el volumen mucho más bajo:

—¿¡Estás embarazada?!

Abrió los ojos como si acabara de ver entrar a su actor de cine favorito.

—¡No…! Es decir: no puede ser. Tengo la regla cada mes, como siempre…

Enya susurraba, por miedo a que alguien nos oyera.

—Lo estás. No tengo ninguna duda. No puedo creer que ninguno de los dos nos hayamos dado cuenta, porque ya sabíamos que iba a pasar…

—No, Alberto. Tú creías que lo sabías, pero yo no.

—Debes de estar de tres meses y medio… —dije haciendo un esfuerzo por recordar los detalles—. Todo coincide: en mayo estarás de cuatro, eso lo escribí. Así que debió de ser… justo después del viaje a Roma.

—La noche de Reyes concretamente. O de la Befana, si lo prefieres.

Enya se había puesto muy seria, con la misma expresión que imaginé cuando escribí cómo se sintió al descubrir que Doherty la había embarazado a traición.

—Entonces, ¿tú lo sabías? ¿Lo has sabido todo este tiempo?

Ya sabía que no, pero yo también estaba intentando encontrar coherencia a toda esa confusión. Laia ya estaba entre nosotros pero sin estar, como si no quisiera con su presencia enturbiar el poco tiempo de amor de pareja que aún les quedaba a sus padres.

—Sí, lo supe. La noche que pasó estuve segura… No puedo explicar por qué pero lo supe. Esto es una locura, pero ¡soñé con la Befana! Creo que ella me lo dijo en sueños, que acababa de ocurrir. Y ya no pude dormir…

—¿Y por qué no me dijiste nada? ¿No me creíste a mí, no creíste a la Befana, no creíste a tu propia intuición…? Ya sé que eres terca, mi vida, pero no puedo creer que tanta rebeldía te ciegue hasta el punto de negar la realidad.

—Sí que lo creí, y por eso tomé una determinación.

—¿Qué determinación?

Entrecerré los ojos y hasta me crucé de brazos, como un padre dispuesto a oír la última travesura de la hija que sabe que, sea lo que sea, saldrá inmune de la reprimenda.

—Me tomé la pastilla del día después.

—¿Queeé? ¿Intentaste matar a Laia?

—¡Shhh! —Me dio un manotazo en el brazo, pero se reía—. No intenté matar a nadie. La pastilla del día después no es abortiva, sino preventiva, como las otras.

—Pues no funcionó.

—De eso pareces estar tú tan seguro, pero ya te he dicho que he seguido teniendo la regla cada mes.

—¿Y eso es normal?

—Sí, lo normal es que una mujer tenga la regla cada mes.

—No si está fecundada, y tú lo estás. Pregunto si es normal tener la regla cuando estás embarazada.

Enya se encogió de hombros y desvió la mirada al suelo.

—La otra vez no me pasó, pero nada en ese embarazo fue normal —dijo por fin.

Le levanté la barbilla para que volviera a mirarme. Un segundo antes estaba contenta y ahora, de repente, el fantasma del pasado le había robado la sonrisa.

—¿No tienes ningún otro síntoma de embarazo? Me cuesta creer que tus esplendorosos pechos sean lo único que delate tu estado.

Eso la hizo sonreír. Se colocó las manos sobre los aros del sujetador y observó:

—No me quedan mal, ¿eh? ¿Qué te parece? Yo también me había dado cuenta pero pensé que sería un efecto secundario de la pastilla. Leí que podía pasar… durante meses incluso. De hecho, achaqué todo a la pastilla.

—Olvídate de la pastilla: no funcionó. ¿Qué otras cosas has notado?

—No duermo bien… Me despierto a las tres o las cuatro de la mañana y me paso horas sin dormir.

De eso ya me había dado cuenta. Yo también me despertaba muchas veces de madrugada. A veces nos encontrábamos en la cocina, pero casi siempre en la cama. Por el ritmo de su respiración adivinaba que estaba despierta; muchas veces era ella la que estiraba un brazo para acariciarme. Nos besábamos en la oscuridad y una cosa rápidamente llevaba a la otra. En los últimos meses diría que casi todos nuestros encuentros sexuales habían sido de madrugada, y eran más frecuentes. Yo los había asociado al hecho de estar tan unidos, de estar viviendo esa larga luna de miel que presagiaba el final que yo ya conocía y ella intuía.

—Y… Voy muy caliente, ya lo habrás notado. No sé qué me pasa: siempre tengo ganas de ti, por mí lo haríamos cada día.

—Qué extraña es la naturaleza, ¿no? Si ya estás embarazada, ¿por qué te empuja a tener más sexo? ¿Para qué?

—Son las hormonas, pero para de decir que estoy embarazada, por favor. No lo sabemos y si no es verdad, te vas a llevar una decepción.

Ojalá pudiera llevarme una decepción, pensé. Y ese pensamiento me sorprendió porque me demostró que yo también cambiaría la vida de la niña por vivir la mía con Enya para siempre.

—¿Por qué no salimos de dudas?

—Sí. Voy a comprar una prueba de embarazo y esta noche en casa me la hago. O mejor, ¿por qué no la compras tú? Por aquí cerca tiene que haber una farmacia. Es que yo estoy liadísima hoy, cariño. —Echó otro vistazo a su reloj y añadió—: Me voy pitando, he quedado a la una y faltan solo dos minutos. Te envío un *wassap* cuando termine.

Sí, lo confieso: me bajé la aplicación. Solo para comunicarme con ella, y tuve que comprarme un móvil nuevo. A mis padres continúo llamándoles por teléfono, a casa, una vez al mes. Las conversaciones son siempre cortas. Mi madre me pregunta cuándo voy a volver y yo le respondo que no creo que vuelva. Ella ya sabe que no lo haré, que cuando perdí a María, ella me perdió a mí. Es mejor así.

Me fui directo en busca de una farmacia. Cuando le dije a la dependienta lo que quería, ella me sonrió y atendió con tan buen servicio y entusiasmo que por un momento pensé que me había reconocido y me iba a sacar una de mis viejas novelas para que se la firmara. Lo que sacó fue dos cajas de marcas diferentes, y empleó cinco minutos largos en exponerme un estudio comparativo.

—No me importa de qué color sean las rayitas. Quiero una que dé positivo.

—Pero eso no depende de la prueba… —Su sonrisa era tan amplia y llena de esperanza como grande era mi certeza.

—Quiero decir que funcione.

—Por supuesto. Las dos marcas son buenas, pero si el nivel de HCG es bajo porque es muy al inicio del embarazo, puede que no se detecte.

—No es tan al principio.

—De todos modos, lo mejor es hacerse la prueba por la mañana, cuando la orina está más concentrada.

Al final me quedé con la prueba que mostraría las rayitas azules y no las rosas. Aunque ya sé que es una niña, también sé, porque conozco a su madre, que no la vestirá de rosa ni le pondrá lacitos en el pelo. Si le hubiera llevado la prueba rosa, sabiendo que la otra era azul, se habría burlado de mí seguro.

Al final la jornada resultó agotadora. Yo llegué al piso a las ocho y me dispuse a preparar algo para cenar. Ella apareció una hora más tarde, rendida y extática. Al día siguiente descansaríamos, apenas sin salir.

Mientras cenábamos una tortilla de patatas y *pa amb tomàquet*, Enya puso al límite la capacidad de uso de sus cuerdas vocales; antes de meternos en la cama ya se había quedado afónica. Habló emocionada del éxito de ventas de una de sus autoras. En la prensa se volvería a mencionar a Ediciones Revolución como un David entre dos Goliats: el gran grupo PRISA por un lado y los grandes digitales como Amazon y Google Play por otro. Pero estaba contenta también por otra razón, y yo sabía que ese otro asunto había estado presente en todos sus pensamientos del día.

—Gracias por la rosa —dijo acariciándose los labios y la nariz con los pétalos de vivo color rojo y con una media sonrisa de picardía.

—Gracias por el libro.

—¿Me ves más gorda?

—Sí.

—¡No te rías! Hablo en serio.

—Desnúdate.

—Dame la prueba.

—La farmacéutica ha dicho que funciona mejor por la mañana.

La caja quedó casi toda la noche en la mesilla de delante del sofá, igual que nuestra ropa, tirada. Le besé el vientre y sobre todo la cicatriz, y los pechos, que siempre habían sido pequeños y ahora aparecían más inflados y sensibles al tacto. Era el mismo cuerpo, al que estaba ya tan acostumbrado que había logrado borrar de mi memoria el de María. Pero ese cuerpo tan familiar se estaba transformando, no cabía duda. Sus piernas eran largas y esbeltas como siempre, las nalgas cada vez más firmes. El vientre aún tardaría en abombarse porque Enya es de constitución delgada, pero si me concentraba mucho, incluso ahí me pareció ver una redondez que antes no estaba.

Me desperté al notar que ella se deshacía de mi abrazo. Se deslizó de la cama y salió del cuarto. Levanté la cabeza para echar un vistazo al despertador digital: las 3:13. Volví a ver su silueta en la penumbra, entrando de nuevo en la habitación y metiéndose en el cuarto de baño. Me incorporé un poco, apoyándome en un codo, y esperé unos minutos, pero ella no tardó en salir y volver a la cama.

—Ya está, he hecho la prueba —susurró.

—¿Ya? Creo que la farmacéutica se refería a las nueve de la mañana, no a las tres.

—No podía esperar más. Tengo que salir de dudas.

—¿Y bien?

—No sé. Hay que aguardar cinco minutos. Ve tú a ver qué ha salido.

—Vamos los dos.

—No, no me atrevo.

—Acabas de decir que tienes que salir de dudas.

—Todavía no sé si quiero estar embarazada.

—Eso no va a cambiar el resultado.

Permanecimos callados y abrazados durante un largo rato, casi un cuarto de hora, hasta que se me ocurrió preguntarle si era posible que se borrara el resultado si esperábamos mucho más. Eso la hizo reaccionar.

—No tengo ni idea. Vamos a verlo, ya no puedo esperar más.

—Un momento. —La agarré del brazo antes de que se me escapara—. ¿Ya has decidido si quieres estar embarazada o no?

—Sí quiero. Lo que me da miedo es que tú, que pareces tan seguro, estés equivocado. Y lo que me da más miedo aún es decepcionarte.

Me pareció fútil volver a insistir en que yo la quiero a ella y el hecho de haber concebido una criatura juntos es circunstancial, casi ajeno a nosotros, algo que ninguno de los dos hemos elegido, al menos conscientemente. No quise gastar más palabras cuando sabía que en cuanto entráramos en ese cuarto de baño, todo cambiaría: las palabras que dijéramos ahora no servirían de nada, y la confirmación de su embarazo nos forzaría a dar un paso más, a mirar hacia el temido futuro y a planificar.

Entramos cogidos de la mano, nerviosos como dos niños que van a descubrir qué han traído los Reyes Magos. Me reconfortó pensar que algún día Enya le relatará a Laia ese momento. Seguramente se lo contará muchas veces porque ella se lo pedirá, y le encantará escuchar cómo nos abrazamos y lloramos, de felicidad y de tristeza.

Enya había dejado la prueba encima de la cisterna del váter. Nos acercamos los dos a la vez, con las cabezas juntas, y ahí estaban las dos rayitas azules cuando antes solo había habido una.

—Positivo —murmuró ella—. No me lo puedo creer.

—Yo no me puedo creer que tú no te lo puedas creer.

—¡Estamos embarazados! —exclamó eufórica.

Y ahí fue cuando reímos y lloramos. La dejé saltar y dar rienda suelta a sus emociones. Y no me pareció el momento oportuno de corregirla y puntualizar que la embarazada es solo ella y yo ni siquiera estaré para apoyarla en el momento del parto. Mis lágrimas fueron de rabia e impotencia porque volví a caer en la trampa de adelantarme al tiempo en vez de concentrarme en el momento presente de felicidad. Después de tanto tiempo practicando el aquí y ahora, parece mentira que mi mente aún consiga sabotear los mejores momentos recordándome que se acabarán. Pero enseguida regresé a la intimidad del cuarto de baño y los brazos de Enya. Ella seguía con los ojos muy abiertos de sorpresa y murmuraba que era un milagro, y yo hundí la cabeza en sus cabellos y repetí una y otra vez: «Te quiero tanto…». Regresamos a la cama pero no dormimos durante horas. Tampoco hablamos mucho, solo nos miramos.

Los dos estuvimos de acuerdo en que debía visitar a su ginecóloga. Una semana más tarde teníamos la confirmación médica del embarazo. La doctora de Enya había aceptado la opinión de los médicos de Boston sin hacerse preguntas y aquí, en Barcelona, nunca más se había sometido a ninguna prueba. Aun así, el embarazo se tildó «de alto riesgo» desde el principio, a pesar de que todo parecía normal y sigue desarrollándose sin ninguna complicación. Desde que lo descubrimos, Enya no ha vuelto a menstruar; de hecho, la doctora dijo que eso no era la regla, sino «pérdidas», razón de más para estar pendiente de cualquier otra señal de anomalía. Enseguida la citó para una ecografía, que mostró todo normal: un embrión que se implantó en el útero, como debe ser, y ya era un feto con formas humanas definidas. Enya derramó un océano de lágrimas tumbada en esa camilla mientras los dos nos apretábamos la mano con fuerza y escuchábamos el latido del corazón de nuestra hija.

—Estás dentro de mí, eso es lo más increíble y hermoso —me dijo ya de camino a casa—. Llevo tu sangre, tus genes… en mi interior. ¡Todavía no me lo puedo creer! Hasta ahora he sentido que estabas dentro de mis pensamientos y de mis sentimientos, pero ahora además, te has apoderado de mi cuerpo.

—¿Así que he logrado poseerte?

—Sí, me tienes totalmente poseída. ¡Eres un demonio!

Y transcurrió otro mes, mayo. La primavera le sentaba muy bien a Enya y a finales de mes su estado ya era evidente para cualquiera que fuera

mínimamente observador. Durante todas esas semanas habíamos guardado la noticia celosamente entre nosotros dos, hasta que una de las mujeres del salón de baile que no habíamos dejado de frecuentar nos preguntó delante de todos si esperábamos un hijo. Yo la miré a ella. Ella sonrió y exclamó:

—Un hijo no, ¡una hija!

Nos felicitaron uno por uno, con mucha efusión. Hubo abrazos, apretones de mano, besos y hasta lágrimas. La exuberancia de los latinoamericanos siempre me ha fascinado, y el efecto anímico que tuvo en nosotros ese día nos dio que pensar. Nos enterneció que unas personas con las que solo compartíamos horas de baile y que apenas nos conocían se emocionaran tanto por nosotros. Ellos nos habían acogido así, sin hacer preguntas, aceptando lo poco que habíamos desvelado de nuestras vidas y recibiéndonos con los brazos abiertos. Y comprobamos los dos, pero sobre todo ella, lo bien que sienta compartir con los demás una buena noticia.

Hasta entonces nuestra relación no había hecho más que fortalecerse. Enya no había vuelto a indagar sobre la novela o sobre el futuro que ella sabía que yo sabía. Seguía concentrada en su trabajo y en los cambios que se producían en su cuerpo. Hablaba mucho sobre eso y a mí me gustaba escucharla. Pasábamos casi todas las horas del día juntos, tal como habíamos hecho durante los últimos seis meses, y éramos muy felices. Hasta que Enya propuso de nuevo presentarme a sus abuelos y darles la noticia juntos.

—Y además, deberíamos llamar a tus padres.

Me lo dijo así todo junto, de sopetón: abuelos y padres en el mismo saco.

—Yo preferiría que todo siguiera como hasta ahora —contesté en voz baja.

Ese momento tenía que llegar. Siempre había sabido que ella volvería a insistir, pero no pude evitar sentir fastidio, con lo bien que estábamos solos, ¿por qué teníamos que meter a la familia en medio?

—Pero nada es igual, Alberto. Todo está cambiando cada día y va a haber más gente que me note diferente y me haga preguntas. Si les hablo del Espíritu Santo, nadie me va a creer.

—¿Por qué tienes que dar explicaciones a nadie? ¿A quién le importan nuestras vidas?

—A mucha gente. Vivimos en sociedad, aunque tú te empeñes en aislarte. Susana también me ha preguntado, y se lo he dicho, claro. Quiere

felicitarte personalmente. Y tarde o temprano tendré que hablar con mis abuelos, y hasta con Sergio. ¿Tengo que seguir escondiéndoles que eres mi amante?

—¿Es mucho pedir?

—No quieres saber absolutamente nada de mi familia, ¿no? —dijo después de soltar un suspiro de exasperación.

—Sí. Me gustaría conocer a tus hermanos. Hace tiempo que lo hablamos pero nunca se nos ha presentado la oportunidad. Me gusta verte con niños e imaginar cómo serás con Laia.

Sonrió con tristeza, y asintió.

—A mí también me gustaría que los conocieras. Tendremos que ver cómo lo hacemos. Sabes que Sergio solo permite que los vea en su casa, y ellos todavía no saben que soy su hermana. Odio a mi padre por eso. Hace dos semanas volví a discutir con él, ya te lo dije. ¿Cuándo piensa contarles la verdad? ¡Algún día tendrán que saberlo! Pero tienes razón: él no se merece que yo le cuente nada de mi vida ni le dé ninguna explicación. En cambio, mis abuelos… Me sabe mal que no te conozcan.

—A mí también, créeme, pero es mejor así. La novela… ya sabes, todo se ha cumplido, ahora ya me puedes creer. Pero aún no se ha terminado.

—Me dijiste que el final era feliz. —El tono de reproche era inequívoco.

—Te dije que yo creo que sí lo es, pero la felicidad es subjetiva, cada uno la vive a su manera.

—Bueno, no quiero hablar del futuro; eso lo he aprendido de ti. El presente eres tú y esto —se puso la mano en la barriga— y el futuro lo dejamos en las páginas de esa novela. Cuando la lea ya será pasado, ¿no es así?

—Sí.

—Pues a disfrutar, que son cuatro días.

No fueron cuatro días, sino cuatro semanas. Pasó otro mes y con él llegó el verano. Conocí a sus hermanos una tarde que nos acercamos al parque público donde jugaban. Estaban allí con una señora boliviana que los cuidaba y enseguida fue a comprobar quién era esa pareja que hablaba con sus niños. David, el mayor, le explicó que era una amiga de su papá, y la cuidadora enseguida se relajó, aunque no nos dejó a solas con los niños ni un segundo. Enya los abrazó y besó y ellos le correspondieron con un

afecto auténtico que demuestra que para los niños no existen los lazos de sangre sino los de verdadero amor. Y entonces fue Alex, el pequeño, quien le dijo:

—Tienes la barriga gorda.

Enya rio, lo estrechó aún más fuerte entre sus brazos, y contestó:

—Sí. Es porque tengo un bebé dentro.

—¿Y este señor es el papá?

—Sí, este señor es el papá. Se llama Alberto y lo quiero muchísimo.

—¿Es tu novio? —preguntó David—. Mi papá dice que eres demasiado rara para tener novio.

—Sí, es mi novio. Él también es raro.

—¿Cómo se llama tu bebé? —intervino Alex.

Enya dudó antes de contestar a esa pregunta, no porque no quisiera que los niños supieran la respuesta sino por medir cuánto era prudencial desvelar, suponiendo que los niños podían soltarlo todo nada más llegar a casa. Pero ya había confesado lo más importante, así que no se detuvo.

—Se llamará Laia.

—¿La traerás a casa para jugar?

—¡No, que será un bebé llorica y se hará caca que apesta! —exclamó Alex con una risotada.

Su hermano le dio un manotazo, pero los demás estallamos en carcajadas. La cuidadora boliviana lo reprendió con un «no seas maleducado, mi niño» sin mucha convicción. Y después de eso, se fueron corriendo con la misma espontaneidad con la que habían llegado al reconocer a Enya a lo lejos. Los seguimos para verlos jugar con otros niños, y estuvimos un buen rato observándolos.

—A veces pienso que son la única familia que tengo, pero ellos ni siquiera lo saben. Me da mucha pena.

—Es muy injusto.

—Sí, muchas veces he estado a punto de decírselo, pero sé que si lo hiciera Sergio no me dejaría verlos nunca más y quizás los perdería para siempre. Tendré que esperar a que sean mayores de edad para contárselo.

—Ellos no te querrán más por saber que eres su hermana, porque ya te quieren mucho; es evidente.

—Ya, pero aun así, no sabes la rabia que da que Sergio me haga esto. Y todo por vengarse de lo que le hizo mi madre, cuando yo no tuve ninguna culpa, yo estaba en medio.

—Los hijos siempre pagan por los errores de sus padres, tú misma lo dijiste.

—¿Lo dije yo o lo escribiste tú? Ya no sé dónde acabas tú y dónde empiezo yo.

Estuvimos casi toda la tarde allí. De vez en cuando alguno de los dos se acercaba para decirle algo a Enya, y al final de la tarde nos pidieron que jugáramos a fútbol con ellos y otros niños.

—¿Te atreves? —me retó ella.

—Claro, vamos allá. Yo soy portero.

La cuidadora se había sentado en un banco y había decidido que se fiaba de nosotros. Me pregunté si diría algo a los padres u optaría por callar. Resultaría que nadie diría nada, ni ella ni los niños mencionaron en casa ese encuentro con Enya y conmigo, como si supieran instintivamente que era mejor callar y que si Enya deseaba hablar de su bebé y su novio ya lo haría ella.

Y por fin ha llegado el mes de julio del año 2016, el último de mi paso por esta vida. Enya está de seis meses y doy gracias a la vida y hasta a Dios mismo por haberme concedido al menos el privilegio de verla así, llevando en su vientre el círculo de la vida, la continuación de la mía, que ya se acaba.

El día 6 se cumplieron seis meses de la concepción de Laia, y ese fue el que elegí para contarle el resto de la historia a Enya. Todavía me quedaban algunas semanas. Nunca he sabido el día exacto, pero sería hacia final de mes, eso sí lo sabía. Para mí habría sido más fácil esperar hasta el último día y seguir disfrutando de una felicidad que no me merecía, porque me la proporcionaba una persona a la que voy a hacer muy infeliz con mi súbita ausencia. Me pareció que lo mínimo que podía hacer era darle la oportunidad de desfogar su desacuerdo, su frustración, su ira y su dolor contra mí, el culpable de todo, antes de desaparecer. Mejor cagarse en todos tus muertos cuando están vivos que cuando ya están muertos, digo yo.

Y se enfadó, se enfadó muchísimo. Dejé que me golpeara el pecho y gritara:

—¿Por qué, por qué? ¡Ahora que nos iba todo tan bien!

—Siempre nos ha ido todo muy bien. Siempre —recalqué.

Siempre todo va bien hasta que ya no va. Hasta que se acaba.

Hasta pocos días antes, yo también había vuelto a asirme a esa esperanza, que es lo último que se pierde, de que no se terminara ahí, de que conocería a mi hija, de que viviría junto a Enya muchos años más. Tenía razones para creer mi propio engaño, pues seguía sintiéndome físicamente bien. Siempre pensé que sería cáncer de pulmón, que sería la cajetilla de tabaco diaria que he fumado desde los quince años lo que me mataría. Y no me equivoqué del todo: según el médico, el tabaco seguro que ha tenido mucho que ver. El consumo de alcohol tampoco ayuda. Pero no fue en los pulmones donde se originó el mal. En la novela no lo especifiqué porque se sobreentendía: Carlos era fumador y bebedor, como yo, y eso le provocó un cáncer; a cualquier lector lo primero que se le ocurre es que fue de pulmón, no de boca. Yo también lo deduje así, pero los síntomas que esperé nunca se manifestaron: la ausencia de tos fue lo que infló mi esperanza.

Los síntomas de que algo iba mal en mi cuerpo aparecieron de repente, a finales de junio, y entonces ya era demasiado tarde. Empecé a sufrir dolores abdominales y de espalda, y de repente perdí el apetito, algo que jamás creí que me ocurriera. Enya se dio cuenta, por supuesto, pero no le dio la importancia que yo sabía que tenía. Me urgió a que viera a un médico y le aseguré que lo haría, pero que no hacía falta que me acompañara. Le mentí asegurando que no sería más que una gastroenteritis. Entonces yo ya había caído en la cuenta de que me había equivocado de cáncer, y había estado tan pendiente de mis pulmones que no había prestado la suficiente atención a mi estómago. Tampoco fue eso. Después de varias visitas, pruebas y un escáner, el doctor me dio el diagnóstico y la sentencia de muerte tal como yo le había pedido que lo hiciera: sin rodeos.

—Cáncer pancreático con metástasis en el hígado y la cavidad del peritoneo. Uno de los más difíciles de detectar, y más en casos como este, tan asintomáticos. Sin tratamiento, no más de dos meses.

Asentí con gravedad y enseguida pensé en Enya. Me alegré de que no estuviera allí conmigo. Habría sido muy feo conocer la noticia así. Se lo diría yo mismo, aunque necesitaría el informe médico para demostrarle que no había nada que hacer.

—La medicina ha avanzado mucho en los últimos años. Con un tratamiento de quimio…

—Ya le dije que no quiero seguir ningún tratamiento. Es incurable, ¿no es así?

—Sí, pero con tratamiento podríamos alargarle la vida unos meses, quizás un año.

Lo pensé. Si fuera verdad, conocería a Laia. Pero no era verdad. El doctor mentía. O quizás no. En cualquier caso, yo ya sé que voy a morir dentro de unos días y me reconforta comprobar que todavía no estoy mal, que tengo buen aspecto y que puedo irme dignamente, con todo arreglado y la imagen de su dulce rostro difuminándose ante mí antes de que se cierren mis ojos. Así fue como lo escribí.

OceanofPDF.com

ENYA

Barcelona, octubre de 2016

Laia nació hace dos semanas, una tarde de mediados de octubre de mucho calor. El parto fue natural, en mi casa, en el mismo piso donde su padre y yo hicimos el amor por primera vez y donde la concebimos. Fue un acto íntimo en el que no permití que participara nadie más que yo, mi hija y la *doula* con la que durante los dos últimos meses he desarrollado una relación muy estrecha y cariñosa.

Mi ginecóloga hizo todo lo posible por disuadirme de llevar a cabo un parto así. Insistió en que, con mi historial, mi vida y la del bebé corrían peligro. A mis abuelos y Sergio ni me molesté en ponerlos al corriente; ellos dieron por hecho que acudiría a un hospital y los dejé pensar que así sería. No hice caso a mi ginecóloga porque yo ya sabía que todo iba a salir bien: estaba escrito y yo ya lo había leído. Para tranquilizarla, accedí a contratar los servicios de una matrona, que me asistiría en el parto. Sin embargo, cuando llegó el momento no la llamé; solo llamé a Carina, mi *doula*. Y me alegro de que ella fuera la única testigo del acto más vital y sobrenatural que he experimentado jamás, aunque sí que hubiera dado mi vida, y hasta la de la niña, por que hubiera sido Alberto quien nos acompañara en ese trance.

Al dolor físico se sumó el del alma. Llevo más de tres meses añorándolo, pero el día del parto, entre contracción y contracción, volví a sentir la rabia, el odio incluso, que me impulsó a pegarle, a castigarlo, cuando me anunció que nuestra aventura acababa ahí, que me abandonaba, que él se iba a otra vida y a partir de entonces tenía que seguir yo sola. Igual que mis abuelos, igual que Sergio… él también me dijo que yo podré sola con todo. Y lo odié por eso. Tanto como lo amé. Ahora ya no me queda ninguna duda de que jamás he amado tanto a un hombre como a Alberto, aunque quizás es porque está muerto, y a un amor que te arrebata la muerte siempre se lo quiere más.

Carina malinterpretó mis lágrimas y pronunció las palabras adecuadas para hacerme sentir mejor. Ella no sabe nada de Alberto. Sabe que el padre de mi hija desapareció justo antes de aparecer ella, pero no conoce las circunstancias. Ha vivido conmigo el desconsuelo de la misma manera que hubiera hecho mi madre: abrazándome sin hacer preguntas, solo a veces conjeturando sobre acontecimientos que en realidad no ocurrirán. He llegado a creer que es la reencarnación de mi madre; en momentos de desesperación una se aferra a cualquier cosa.

—No, Carina, no volverá. Tampoco después de que nazca la niña —le dije mientras me apoyaba en una silla e intentaba recordar cómo respirar bien.

—¿Tienes alguna foto suya? A muchas mujeres les va bien insultar a sus maridos mientras están dando a luz, y tienen todo el derecho, ¿no? Ellos la meten con gusto, pero nosotras la tenemos que sacar con disgusto.

Eso me hizo reír. Sí, claro que tengo fotos suyas, tengo muchísimas, y solo una a la vista. Las miro yo sola, a escondidas del mundo. Nadie más tiene que saber de ellas; solo se las enseñaré a Laia. En el salón está enmarcada la que nos hizo Mireia la noche de fin de año de hace tantísimo tiempo, o al menos a mí me parece que fue hace una eternidad. Me llegó hace poco por correo electrónico. Mireia se enteró a través de Eva o de los periódicos, no lo recuerdo, del fallecimiento de Alberto, y recordó esa noche y esa foto. Me la envió con un muy sentido pésame, no solo por la muerte de un amigo sino por haber tardado tanto en enviármela. Es una imagen preciosa y asombrosa: sé que somos nosotros pero no reconozco a ninguno de los dos. Por eso está a la vista. Y ahora que tengo visitas, todos hacen algún comentario de admiración por esa foto.

No lo insulté durante el parto. Él ya no me oye; yo no creo en el más allá. Tuvimos la oportunidad de decirnos todo lo que teníamos que decirnos en vida. Quiso marcharse con educación, avisando de que se iba. Al menos a mí me avisó, y me dejó que le pegara y le recriminara por adelantado, por soltarme de la mano, por dejarme sola ante una gran responsabilidad que habíamos creado los dos juntos, pero más él: él lo había imaginado todo antes, él había sido el artífice de todo.

No creo en estas palabras, claro que no. Sigo pensando que el destino está en mis manos, y al final Alberto me dio la razón: lo dejó en mis manos, pero también es cierto que antes él lo acertó todo y cuando me reveló lo que

todavía me quedaba por hacer fue irresistible no culparlo de todo lo que nos había pasado. Sí, ya sé que no está bien culpar a los demás por lo que nos pasa en la vida, pero es tan difícil resistir esa tentación… y sienta tan bien eso de decir «yo no fui, fuiste tú».

Alberto asumió la culpa hasta el final. En realidad creo que se murió de culpa. Nunca la superó, pero siempre mantuvo que él solo escribía. Escribía porque no podía hacer otra cosa, porque escribir formaba parte de su esencia, como bailar o cocinar. Y cuando escribía solo pensaba en una persona, igual que cuando bailaba o cocinaba: en la persona para la que hacía eso. Ya no me importa que durante muchos años esa persona fuera otra mujer. Cuando supe que ella también había sentido celos de mí, los míos se disiparon y dieron paso a la compasión. Me habría gustado conocerla, debió de ser una mujer excepcional, si no un hombre como Alberto no se habría enamorado de ella. En otra vida habríamos sido grandes amigas porque las dos amamos y comprendimos al mismo hombre, un hombre íntegro.

Desde que nació Laia, en mi corazón no hay cabida para el rencor o la pena por lo que perdí. La creación de un ser humano es de veras algo milagroso. Pero el dolor del parto fue tan intenso que no soy capaz de compararlo a ninguna otra sensación física.

Laia salió despacio, muy despacio. Carina insistió en que era mejor así, que saliera poco a poco con cada contracción. A mí, en cambio, me costaba resistir esa presión que no parecía ir ni para dentro ni para fuera; en un momento de pánico llegué a temer que tuviéramos que llamar a una ambulancia para que me llevara a urgencias. Sabía que era imposible, pero llegué a gritar que me abrieran, que hicieran lo que quisieran con mi cuerpo pero que alguien me quitara ese dolor insoportable.

Los vecinos estaban avisados y nadie se alarmó. Las contracciones habían empezado durante la noche y a las seis de la mañana avisé a Carina para que viniera. A las ocho, ella misma fue a llamar a las puertas vecinas para informar de que ese sería el día en que Laia vería la luz. Fue un jueves; los niños se preparaban para ir al colegio, los padres salían a trabajar. Cuando regresaran, Laia ya habría nacido. Solo tres o cuatro personas oyeron mis gritos. Carina dice que no fueron tan exagerados como yo los recuerdo, pero yo sé que sí, porque no me contuve ni un ápice; con cada

empujón descubrí que todavía me quedaba mucha rabia para ayudarme en el cometido.

—¡Ya está toda la cabeza fuera! —exclamó Carina emocionada—. Respira, tranquila, no hay prisa. Espera a la próxima contracción y saldrá un hombro.

Miré hacia abajo y la vi, la cabeza de nuestra niña sobresaliendo de mí mientras su cuerpo todavía estaba dentro. Yo estaba a horcajadas, de pie con las rodillas flexionadas y las manos apoyadas contra la pared, completamente desnuda y con el pelo mojado de sudor pegado a la cara. Me había hecho una coleta, pero a esas alturas apenas ya me aguantaba, y me quité la goma porque de repente recordé que a Alberto le gustaba más verme con el pelo suelto; «salvaje» era la palabra que usaba. Me pregunté si le habría gustado verme de esa manera, en el estado probablemente más salvaje en el que me haya encontrado y me encuentre jamás. Entonces miré hacia atrás, por encima del hombro, a Carina, acuclillada entre mis piernas con ambas manos sosteniendo suavemente la cabeza del bebé, a la espera de que acabara de salir. Ella notó el movimiento de mi cuerpo y levantó la mirada para sonreírme y darme ánimos. Pero no era ella.

En ese mismo instante noté la llegada de otra contracción y continué viendo ese rostro que no era el de Carina, sino el de él, Alberto. Su sonrisa tan familiar y esos grandes ojos marrones. Siempre me había gustado la forma de sus dientes, con los colmillos sobresaliendo lo justo para darle un toque de travesura a las facciones de un hombre maduro. Tenía barba de cuatro días, como muchas veces la había dejado crecer en vida (a mí me gustaba así), y el pelo alborotado, más canoso que cuando lo conocí. De hecho, estaba igual que la última vez que lo vi: muy atractivo, al menos para mí, pero además, con un brillo especial que reconocí en los momentos en que estaba más contento: el brillo de la felicidad.

Abrí mucho los ojos para atrapar esa imagen que no creía pero parecía tan real. Duró varios segundos hasta que las lágrimas la enturbiaron y me obligaron a parpadear. Cuando volví a abrir los ojos, ya no me miraba, ahora se concentraba en el bebé que acababa de nacer.

—Ya está. Una preciosa niña…

Agarré con las dos manos el bulto ensangrentado que Carina me tendía por debajo y lo estreché contra mi pecho. Carina se levantó y me sostuvo

como si tuviera miedo de que me cayera, al tiempo que miraba su reloj y declaraba:

—Son las trece horas y trece minutos del 13 de octubre. Vaya, esperemos que la pequeña no salga supersticiosa.

Sonreí mientras me tumbaba con cuidado en el colchón con almohadas y sábanas limpias que habíamos preparado ahí mismo.

—Vaya casualidad. Al menos no es martes ni viernes, ¿no?

—No, jueves.

—De todos modos, ¿quién cree en esas tonterías?

No dejaba de sonreír y observar esa cabecita cubierta de una fina capa de pelo, sangre y viscosidades blancas, y la besé sin reparo ni asco. No lloraba, pero estaba viva, de eso no había ninguna duda. Enseguida se aferró a mi pezón y empezó a succionar, aunque todavía no saliera nada. Me maravillé ante la sabiduría de la naturaleza. La placenta continuaba en mi interior pero la criatura ya se había unido a mí a través del pecho sin que el cordón umbilical que nos unía dejara de pulsar vida. A partir de entonces toda mi atención se centró en ella. La contracción que me hizo expulsar la placenta ya no me dolió. Tengo un vago recuerdo de Carina yendo y viniendo con trapos y agua y del momento en que anunció que ya podíamos cortar el cordón, una hora más tarde.

Imagino que cada mujer experimenta el parto de manera diferente y supongo que mis amigas no me creerían si les explicara cómo fue el mío. No negaré que creí morir de dolor, y hasta lo deseé. Pensé que sería bonito que todo se acabara allí, muerto él y muertas nosotras dos. Pero lo superé, como sabía que iba a ocurrir. A nosotras todavía nos queda mucho por vivir. En el momento en que la tuve sobre mi pecho, se esfumó todo trazo de dolor y todo mi ser se vio desbordado por la hormona del amor. Solo entonces comprendí lo que es el verdadero éxtasis. Hasta hoy, ese paso tan súbito de desear morir a no sentir nada más que amor puro e incondicional es lo que más me asombra de todo el proceso. En el mundo no existía nadie más que mi hija y yo, y no podía parar de mirarla, olerla, tocarla y besarla. Era tanta la felicidad que me invadía que de nuevo me pudieron las lágrimas. Desde entonces no puedo decir que ese amor haya ido creciendo porque dudo mucho que un sentimiento como ese pueda crecer más, pero sé que fue el chute de oxitocina natural que segregó mi cerebro lo que provocó ese estado catatónico irrepetible.

Cuando salí del trance y me superó el sueño, Carina tomó a la niña, la pesó y la lavó un poco con una esponja. Dormí muchas horas seguidas, serena y confiada en la capacidad profesional de Carina. Al despertar en mitad de la noche, la encontré sentada a mi lado con la niña encima. Nos turnamos para que durmiera ella y yo sostuviera al bebé, y así hemos continuado: Laia siempre está en brazos de alguien, corazón contra corazón, y si la dejamos sola un minuto, llora.

Estos días pienso mucho en mi madre. La necesito más que nunca, pero sobre todo, la comprendo más que nunca. Estoy viviendo lo que vivió ella. En parte es tan irónico… Ella que siempre me decía que yo le llevaba la contraria por el gusto de ser rebelde, ¿qué me diría al ver que he seguido exactamente su mismo camino? Ahora entiendo que a mí me molestó que sacrificara su vida por mí, que se negara a amar porque una vez no se sintiera amada. A mí no me sucedería eso. Me pasé toda la vida dispuesta a hacer que mi vida fuera diferente. No le cerraría las puertas al amor como hizo ella. Yo encontraría al gran amor de mi vida… Hice todo lo posible por que así fuera y, sin embargo, aquí estoy, madre soltera de una recién nacida que jamás conocerá a su padre. Aunque sí su recuerdo: a ella se lo contaré todo. No sé si es posible volver a amar cuando ya has amado tanto… No sé si podré volver a enamorarme mientras el recuerdo de Alberto siga vivo en mí y nuestra niña ocupe todo mi corazón y mi única razón de ser. No lo sé y no me importa. Ya encontré el amor y ya no lo voy a buscar más. ¿No es eso lo que pensó mi madre?

Y pienso en Alberto, cómo no. No pasa día en que no dedique horas a pensar en él, y ahora además hablo de él. Cuando Carina no está, le hablo a Laia de su padre. Voy a hacerlo siempre, y ella nunca recordará un tiempo en que no le hablara de él, no dejará nunca de formar parte de nuestras vidas.

Adivino en ella sus rasgos. Todo el mundo dice que se parece a mí, menos Susana porque ella sabe quién es el padre y lo conoció, pero respeta mi decisión de no contarlo a nadie más. En realidad, a nadie le importa; la gente está demasiado absorta en sus propias cosas. Mi familia no hace preguntas, pero han acogido bien la situación. Mis abuelos nos han venido a ver, para ellos se repite la historia y me han pedido que les visite más a menudo; lo haré. Sergio me llamó por teléfono cuando le comuniqué la noticia a través de un *wassap* y vino a verme unos días más tarde, solo, sin

mis hermanos, aunque se lo pedí, pero me ha animado a visitarlos en su casa, como siempre.

He reflexionado también sobre la alucinación que experimenté durante el parto. No voy a darle ninguna explicación sobrenatural porque no creo que la tenga. La explicación es física (neurocientífica), como todas las razones que encontramos Alberto y yo en nuestro viaje temporal al siglo IV para explicar los milagros de la pequeña Eulàlia.

He decidido que esa novela saldrá después, quizás dentro de un par de años. Primero tiene que ver la luz la que lleva ya cinco años y medio encerrada. La publicaré justo antes de Navidad; ya lo tengo casi todo listo. Creo que será un éxito. Su calidad literaria es incuestionable, pero el punto fuerte, lo que de verdad conseguirá que venda, es el hecho de ser una obra póstuma de un autor que triunfó y luego calló durante mucho tiempo.

Imagino que a partir de entonces voy a ganar dinero de verdad. El autor es Alberto Valera pero yo soy su editora y todos los derechos son míos. A sus padres les dejó la mitad de su dinero, todavía una suma considerable después de la venta del piso de Córdoba. Y a mí la otra mitad. Me negué a aceptarlo, por supuesto, pero él insistió y ese fue otro de sus últimos deseos ante el que terminé cediendo. Me aseguró que el dinero no era para mí, sino para Laia, pero no se puede abrir una cuenta a nombre de alguien que todavía no existe oficialmente, así que la pusimos al mío. A pesar de su relativa fama y las circunstancias de su muerte, no creo que a nadie se le ocurra investigar el hecho de que transfiriera ese dinero a su editora dos semanas antes de morir. Hay cosas que nadie se plantea cuestionar porque no llaman suficientemente la atención. El motivo de la muerte fue muy claro, lo dejó escrito en una carta.

Cumplí mi sueño de crear un sello editorial, y mi pequeña librería en la plaza Revolució de Setembre 1868 sigue en pie. Me siento una mujer realizada y estoy contenta porque trabajo no me falta, pero lo que mucha gente ignora es que en tres años de tanto esfuerzo, apenas he cobrado yo los beneficios. He sacado para cubrir el alquiler y los sueldos, pero de mi pequeño negocio jamás me he llevado ni un euro a casa y durante mucho tiempo tuve que poner. Alberto lo sabía, por supuesto, pero no creo que nadie más lo sospeche. Soy una cara conocida y respetada en el mundo editorial, sin embargo, sin el éxito seguro que sé que tendrán las obras de Alberto, no sé si podría mantener a flote mucho tiempo más esta aventura.

Mientras vivió conmigo, Alberto corrió con los gastos del piso. Insistió en que era lo mínimo que podía hacer por ser un «okupa» de mi espacio y haberse metido en mi vida casi sin pedir permiso. En su momento accedí, me pareció justo. Pero ahora no puedo evitar volver a preguntarme quién soy, qué he hecho yo, y si soy capaz de hacer algo por mí misma sin depender del dinero de otros. Tengo la sensación de que no paro de trabajar pero son otros los que ganan el dinero. A mí nunca me ha faltado, pero todavía no he ganado mucho. Todo el que tengo lo voy heredando porque a las personas que más quiero no se les ocurre nada mejor que hacer que morirse. Es muy trágico, pero ahora me encuentro con que tengo que usar esa herencia —las novelas de Alberto— para seguir adelante en la lucha por sobrevivir. Él siempre supo que lo haría, por eso tuvo que ser tan cauteloso, ocultarme muchas cosas y protegerme. Y ahora yo tengo que decidir cómo voy a hacerlo, cómo publicar algo que desnuda mi alma y al final me implica en un delito que cometí de buena gana, sin coerción, sin saber aún que hasta esa última acción mía la había decidido él antes.

Recuerdo el día en que me anunció su enfermedad como si fuera ayer, un martes de julio. Yo me iba a tomar el día libre, aunque siempre me llevaba la tableta y el móvil y a menudo trabajaba, en la playa o cuando nos sentábamos a tomar algo en cualquier bar. A Alberto jamás le había importado, él siempre había entendido mi manera de trabajar y se acoplaba a la perfección. De hecho, desde que terminara su última novela él trabajaba para mí, leyendo incansablemente todo lo que yo le pasaba y aportando su opinión. Sin embargo, ese día me pidió que no leyéramos, no habláramos de literatura y no hiciéramos nada que nos aislara al uno del otro.

—¿Y entonces qué vamos a hacer? A mí con este bombo y el calor me cuesta mucho bailar.

Me propuso ir a pasar el día a Sitges y accedí encantada. Habíamos ido muchas veces, el febrero pasado por Carnaval, pero la mejor época era en verano, a pesar del apabullante turismo. Me sentí rara sin mis aparatos tecnológicos encima, pero también liberada. Intuí que Alberto me iba a hablar de algo importante, pero las dos veces que le pregunté, me dijo:

—Solo quiero pasar el día cogidos de la mano y mirándonos a los ojos como dos idiotas que se acaban de enamorar.

Yo me reí y acepté; nos iría perfecto. Él jamás me había pedido algo así, nunca se había quejado de que no le prestara suficiente atención… En

realidad, nunca se quejó de nada. Siempre lo aceptó todo tal como venía, no como yo. Fuimos a la playa, chapoteamos juntos en el agua como dos niños, nos abrazamos y nos besamos, y luego fuimos a comer, subimos hasta la iglesia y paseamos por las calles empedradas del casco antiguo. Yo estaba contenta; él sereno, muy sonriente, y si sintió algo de ansiedad por lo que me iba a desvelar, no lo demostró. Desde que yo aceptara y acogiera la evidencia de mi embarazo, había apartado de mi mente ese otro temor: el de que tendría que dar algo a cambio. Alberto no me había dado ninguna razón más para pensar que tendría que renunciar a su amor. Se había alegrado tanto como yo, ni más, porque eso me habría puesto automáticamente a la defensiva, ni menos, porque eso habría hecho tambalear mi confianza y seguridad en mí misma. Yo no podía evitar hablarle de lo que sentía, del milagro que crecía en mi interior y no acababa de comprender, y hacía planes en voz alta… Él me correspondía con el mismo entusiasmo. Le gustaba oírme hablar. Entonces no quise darme cuenta de que una vez más la que lo hablaba todo era yo. Él me escuchaba, sonreía, me abrazaba y compartía mi alegría. También le gustaba imaginar cómo sería la niña, pero no se incluía jamás en los planes de futuro que hacía yo. Por ejemplo, cuando le pregunté si le parecía bien que durmiera desde el principio en la cama con nosotros, tardó demasiado en responder, y entonces dijo: «No creo que nada me hiciese más feliz». Y yo me alegré, me lo tomé como un sí. No compré una cuna ni habilité un cuarto para ella. La niña crecería muy apegada a sus padres. Esos eran mis planes y entonces no quise prestar atención al hecho de que si él los aceptaba sin rechistar no era porque estuviera de acuerdo con mis ideas, sino porque él muy pronto no tendría nada que decir, estaría todo en mis manos.

En el tren de vuelta a la ciudad, me cogió la mano y me dijo que se lo había pasado muy bien, que había sido un día genial, inolvidable, de los más felices que habíamos disfrutado juntos, ¿no lo creía yo también? En ese momento fue cuando me di cuenta de que algo iba mal. Volvieron mis antiguos temores y pensé, sorprendida, que los había apartado de mi mente durante al menos dos meses. Alberto estaba sentado junto a la ventana y la luz del sol poniente le teñía la piel de un color anaranjado que le hacía muy atractivo. Sus ojos normalmente marrones eran más verdes ahora, como los míos; le pasaba cada verano. Antes de contestarle pensé que era el hombre más guapo del mundo, y era mío. Cuando lo conocí me pareció interesante, misterioso pero no guapísimo, perfecto, como ahora. Pero estaba más

delgado. Desde que tuviera la gastroenteritis no había recuperado el peso; de hecho, comía mucho menos. Sus cambios eran míos, para bien o para mal yo los habría aceptado, porque lo quería con toda mi alma y cuando se quiere a alguien así se lucha con él hasta el final. En eso no estuvimos de acuerdo, pero no fue esa la razón por la que me enfadé tanto ese día que hasta entonces había sido perfecto.

—Sí, yo también lo creo —dije con cautela—. Si muriera ahora, sería sumamente feliz.

—Eso tendría que decirlo yo. Desdémona dijo: «Quiera Dios que crezcan nuestro amor y nuestra felicidad al paso de los años».

—Pero yo no creo en Dios y tú no me vas a matar, ¿a que no? No soy yo la que muere. En esta historia es Otelo… tú, ¿pero por qué? No es por una cuestión de celos…

Hablábamos en clave porque teníamos miedo de destapar toda la verdad, pero ambos sabíamos que había llegado el momento. Alberto aún tardó en decidirse. No me soltaba de la mano y empezó a hablar del pasado, del tiempo que habíamos estado juntos, dos años y medio. Nos reímos al recordar la primera vez que nos vimos, el primer beso… Las lágrimas empezaron a brotarme y correr por las mejillas, porque ya no me quedaba ninguna duda de que se estaba despidiendo. Él me las enjugó con los dedos de una mano y me atrajo hacia su pecho. No volvimos a hablar hasta que llegamos a casa. Durante ese silencio había tenido tiempo de pensar y decidir que ya estaba preparada.

—Me vas a decir cómo termina tu novela, ¿no es eso? —dije nada más traspasar el umbral.

—Sí, ha llegado el momento. Te la voy a dar, pero es mejor que no la leas todavía, o si no volverás a pensar que eso condicionó tu manera de actuar al final.

—Estás hablando en pasado de un hecho futuro.

—Ya sabes por qué. El pasado y el futuro se confunden mucho.

—Estás enfermo, ¿verdad? Es eso… Tu delgadez, el hecho de que casi no comas… hasta te ha cambiado el color de la piel.

—Sí, tengo cáncer. Es terminal. Lo siento mucho, mi vida.

Me estrechó entre sus brazos y yo volví a derramar un mar de lágrimas, aunque ya lo sabía, siempre lo había sabido pero no había querido verlo. No me atreví a preguntarle cuánto tiempo le quedaba de vida, no estaba todavía

dispuesta a aceptar lo que tuviera que venir así porque sí, sin luchar. Noté como un sentimiento muy familiar empezaba a hacer bola dentro de mí.

—¡Tú lo sabías! —le acusé separándome de él—. Lo has sabido siempre porque… Carlos tiene un cáncer y muere, ¿verdad?

Asintió con la cabeza sin decir nada.

—O sea que hace al menos dos o tres años, desde que te convenciste de que todo lo que escribiste se iba a cumplir, que sabes que tú ibas a tener un cáncer ¡y no has hecho nada para remediarlo!

—No podía hacer nada… —contestó él confuso.

—¿Cómo que no podías hacer nada? ¡Lo podías haber evitado! Tuviste dos años para prevenirlo. Si sospechabas que te iba a pasar, ¡al menos me lo podrías haber dicho! ¡Yo te habría obligado a ir al médico!

Alberto tardó en hablar. Me miró como si intentara comprender a qué venía yo ahora con todo eso. Ya me había dicho muchas veces que hiciera lo que hiciera, todo lo escrito se cumplía a rajatabla, y la prueba más irrefutable era que yo me había quedado embarazada cuando los médicos me habían asegurado que era imposible y yo misma había hecho todo lo que estuvo en mi mano por darles la razón.

—En la novela no especifiqué qué tipo de cáncer padecía Carlos, aunque al escribirlo imaginé que era de pulmón. Desde que te conozco he intentado fumar menos, apenas tres o cuatro cigarrillos al día. Te aseguro que antes pasaba de la cajetilla diaria. Durante mucho tiempo tuve la esperanza de que si cambiaba las cosas podría volver a ser dueño de mi destino. Una y otra vez me aferré a ese halo de esperanza, como en los últimos segundos de vida de María, cuando ella dijo algo que no estaba en el guion… Pero por más vueltas que dé la trama, al final, lo que sí está en el guion se cumple. Es como si nosotros, los personajes, tuviéramos libertad para hacer lo que queramos siempre y cuando cumplamos con las pautas del esquema marcado por Dios.

—No Dios. Tú, tú fuiste quien lo escribió todo.

—Sí, pero ya te digo que no está en mi mano cambiarlo. ¡Tú y yo lo hemos intentado y no lo hemos conseguido!

—¿Es cáncer de pulmón lo que tienes? No toses…

—No, no es de pulmón. Apenas he tenido síntomas hasta hace muy poco, por eso volví a creer y a desear con toda mi alma que en la vida real sería posible un desenlace diferente.

—Así que esto es todo… Te mueres y me dejas aquí sola, con una recién nacida huérfana. Te vas cuando más te necesito. Qué fácil es morirse, ¿eh? Y los que quedamos aquí, ¿qué? Nosotros somos los que lo pasamos mal. Ahora que nos iba todo tan bien…

Volví a llorar, pero era de rabia, y le golpeé el pecho. Lo odié porque él podría haber hecho algo y no lo hizo. Entonces yo me empeñaba en verlo así. Él no se defendió, pero enseguida me detuve al recordar que tenía ante mí a un hombre enfermo. No lo parecía, aunque él me hubiera hablado como si fuera a morirse al día siguiente.

—No es fácil morirse. La verdad es que nada ha sido fácil: amarte cuando apenas hacía tres meses que había enterrado a María, entrar en tu vida sabiendo de antemano que te iba a dejar así… Lo siento tanto… Solo puedo pedirte que me perdones, porque a pesar de saber que te hago daño, no cambiaría por nada el tiempo que hemos vivido juntos. He sido muy feliz contigo, pero siempre he sabido que duraría poco.

—¿Cuánto tiempo te queda de vida? —logré preguntar entre hipidos—. Eso también lo sabes…

—Unas dos semanas, quizás tres.

—¿Qué? ¿Eso es lo que te han dicho los médicos? Pero si se te ve muy bien… No entiendo nada.

—Enya, mírame. No vas a pasar conmigo lo que pasaste con tu madre. Yo no quiero sufrir y no quiero que tú sufras más por mí. Quiero que recuerdes siempre lo que hemos vivido estos dos años y medio, y no puedo permitir que la enfermedad lo tiña de amargura. Además, no tienes que olvidar que he sido una figura bastante pública… El día que me muera la prensa se hará eco y si no tenemos cuidado, nuestra historia saldrá a la luz.

—¡Qué más da eso! Nadie nos presta atención. Vivimos tan metidos en nuestro propio mundo que ni nosotros nos preocupamos de las vidas de los demás ni ellos de las nuestras.

—Ahora no, pero dentro de muy poco sí. Cuando publiques las novelas, todo el mundo editorial, los medios de comunicación, los lectores y el público en general se centrarán en ti. Querrán saber qué hay detrás de todo eso, qué relación tuviste conmigo, qué hay de verdadero en esa historia. A la gente le encanta descubrir que una historia de ficción está basada en hechos reales. Si no tienes cuidado, la fama puede llegar a arruinarte la

vida. A mí nunca me gustó y me alegro mucho de que el mayor éxito que voy a tener va a ser póstumo.

—No quieres sufrir… ¿Qué me estás diciendo? ¿Te vas a suicidar?

No dejó de mirarme, a los ojos, la boca, la frente y las mejillas, como si él mismo buscara la respuesta a mi pregunta en mi rostro.

—Dame la novela —dije cuando comprendí que no me iba a responder.

—Está encima del escritorio, junto a todos los otros papeles que necesito que repasemos juntos. Ya he hablado con mi abogado en Córdoba. Él contactará contigo cuando se lea mi testamento. Lo tengo casi todo atado, pero hay algunas cosas que debemos resolver sin levantar sospechas: el traspaso del dinero… Después del accidente, me hice un seguro de vida. Eso lo cobrarán mis padres, así no habrá razón alguna para que nadie sospeche de ti.

—¿Por qué iban a sospechar de mí? Si te vas a suicidar, ¡yo no quiero saber nada!, ¿me oyes? ¡Porque no estoy de acuerdo! Y deberías mirarlo bien, ¿el seguro de vida cubrirá el suicidio?

—Lo bueno de saber cómo van a ser los últimos dos años y medio de tu vida es que, aunque no puedas cambiar nada, te puedes preparar, y eso es lo que llevo haciendo desde el principio. El seguro no cubre el suicidio durante el primer año, pero luego ya sí. Por lo visto, nadie planea su propia muerte con tanta antelación.

—Es inútil que te pida que no lo hagas, ¿verdad? Que te quedes en casa postrado como un viejecito y dejes que te cuide…

—Calla, no lo puedo soportar. No solo es inútil sino que no va a pasar. Ahí está la novela. Léela si quieres, aunque ya sé que no lo vas a hacer. Esperarás y es mejor así… Deseo morir con dignidad, no quiero que me cuides, y te repito que tienes que pensar en lo que vendrá después. Debes guardar tus energías para cuidar a Laia. Ella sí te necesitará mucho.

Yo no podía parar de llorar. Las lágrimas habían vuelto a brotar al imaginarme junto a su cama de moribundo. Entonces me di cuenta de que yo tampoco deseaba eso. La idea de volver a vivir junto a una persona que se consume por el cáncer me produjo rechazo. Me vino a la mente el rostro de mi madre en sus últimos días, tan demacrada y amarilla, tan diferente de lo que había sido. Siempre me alegré de haber sido yo quien estuviera a su lado día y noche durante un mes, hasta el momento en que me miró a los ojos con expresión confundida y simplemente dejó de respirar. Yo fui su

hija, la persona a la que había dedicado sus últimos veintitrés años de vida, y tenía que ser yo quien la acompañara hasta el final. Ella me había dado el pecho, me había limpiado los pipís y las cacas, me había curado las heridas de las rodillas y también las del corazón… Era ley de vida que yo hiciera lo que fuera por ella si llegaba el momento. Pero su enfermedad no duró mucho… un mes. Yo la habría alargado porque, aunque me dolía verla tan pendiente de mis cuidados, la idea de no tenerla era insoportable, tanto que durante tres años me negué a aceptar que de verdad me hubiera abandonado.

Alberto me dijo que su pronóstico también era muy malo: cáncer pancreático con metástasis. Me enseñó el informe médico; estaba en lo que llaman la fase cuarta, la última. A pesar de su buen aspecto, tenía dolores abdominales cada vez más agudos, a veces vomitaba y no iba bien de vientre. Me confesó que se había esforzado por disimular ante mí, pero desde que él obtuviera el diagnóstico su propio cuerpo parecía haberse rebelado como si también hubiera estado disimulando ante él mismo. Me dijo que ya no podía fingir más, se encontraba mal y yo tenía que saber que el final estaba cerca. También me dijo que algunos días estaba bien y confiaba que en el par de semanas que nos quedaban podríamos aún salir a pasear juntos, incluso conseguiríamos volver a reír. Lo que no íbamos a hacer sería tumbarnos en la cama compadeciéndonos de nosotros mismos o el uno del otro.

—¿Por qué me has dado dos semanas? ¿Por qué no avisarme el día antes? Así habríamos sido felices hasta el final —lo increpé sin poder evitar aún el reproche y la rabia.

—Porque estás enfadada y creo que es mejor que te desahogues ahora contra mí que después contra mi recuerdo.

Y lo hice, aunque lloré tanto que ya no creo que fuera de rabia e impotencia, sino de pura tristeza y resignación. Le rogué una y otra vez que no se muriera, y él me abrazaba y me besaba la frente sin decir nada. Al cabo de unos días comprendí que tenía razón: para mí era mejor empezar a llorar su muerte antes de que fuera un hecho porque así podía compartir mi dolor con él; después ya no tendría a nadie que me consolara. Y él me consolaba y me apoyaba como si yo llorara a otra persona, un amigo ajeno a él.

—Es lo mínimo que puedo hacer —me contestó cuando yo me preocupé de cómo se sentía él—. Insúltame y pégame todo lo que quieras porque luego ya no lo podrás hacer.

—No quiero pegarte. Siento lo de ayer… No sé qué me pasó, me volví loca. No acabo de aceptar tus condiciones, no te voy a ayudar, ¿me oyes? ¿Ya lo tienes todo planeado? ¡Yo no quiero saber nada!

Durante dos o tres días hablamos mucho y a todas horas. No trabajé nada, no me podía concentrar. Pero todas las conversaciones terminaban igual: con lágrimas y reproches por mi parte. Y siempre decíamos lo mismo. Al cuarto día empecé a aceptar que él tenía derecho a escoger su manera de vivir y de morir y que yo no podía exigirle que se adaptara a mis condiciones. Hiciera lo que hiciera, yo le apoyaría. Pero dejé pasar más días y comprendí que ya no sería capaz de preguntarle cuál era su plan, porque después de la aceptación me invadió el miedo.

La novela estaba en el cajón de mi mesita de noche, todavía sin título. Alberto me envió además los archivos de sus escritos inéditos, lo que sería su obra póstuma. Todavía no los he leído todos, y mientras vivió, no me atreví a leer la segunda parte de la novela. Ya sabía que el hecho de conocer lo que iba a pasar no me daría poder para cambiarlo, así que preferí no saberlo. Y así fueron pasando los días. Seguíamos juntos a todas horas. Ya no salíamos a bailar, pero sí paseábamos y llorábamos, yo mucho más que él. No nos quitábamos el ojo de encima, yo pendiente de cualquier señal de malestar físico en él, Alberto pendiente de cómo mi estado de ánimo pudiera influir en la salud del bebé. Hablábamos mucho; él insistió en que teníamos que decírnoslo todo, que no quedara nada en el tintero, sobre todo insistió en que sacara toda mi rabia.

Una mañana me levanté asustada al comprobar que su lado de la cama estaba vacío. No solía pasar; normalmente nos despertábamos a la vez o con poca diferencia, y permanecíamos mirándonos largo rato, siempre saboreando esos instantes que todavía nos quedaban. Salté de la cama presa del pánico, temiendo que se hubiera ido sin despedirse, y grité su nombre. Lo encontré en el salón, sentado en el sofá, aparentemente sin hacer nada, solo mirándome como si me estuviera esperando.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no estás en la cama?

—Ha llegado el momento.

Me acerqué y me dejé caer a su lado. Coloqué mi cabeza en su hombro y, una vez más, dejé rodar las lágrimas por mis mejillas. Él me sujetó por la barbilla para mirarme a la cara.

—Estás llorando.

—No soy yo, son las hormonas —respondí sin poder evitar una sonrisa.

Él también sonrió. Habíamos repetido ese intercambio de palabras tantas veces en los últimos días que parecía como una contraseña.

—Ya sé que no quieres saber nada. Me lo dijiste… Tengo que irme.

—¡No te vayas! —le supliqué mientras él se levantaba, y me agarré a sus piernas.

No podía creer que se acabara así. Dos años y medio de la historia de amor más intensa y verdadera de mi vida no se podían esfumar así, sin más. Me tomó por los hombros y se agachó. Nos quedamos abrazados en el suelo. Él también lloraba.

—Es difícil morirse —musitó.

—Pero tú no te estás muriendo —me quejé.

—Sí, me estoy muriendo. Me encuentro fatal, ya no puedo disimular más ante ti.

Yo había visto los analgésicos que ingería a diario, y lo poco que comía ya. Creía que había aceptado el destino, pero cuando lo tuve delante me rebelé una vez más.

—¿Por qué tuviste que aparecer en mi vida? Me has condenado. Nunca más seré capaz de amar a nadie como a ti.

—Eso sería una lástima. Te mereces ser feliz, no solo por ti sino por nuestra hija.

—Pobrecita… Huérfana incluso antes de nacer.

Él no contestó nada. El tono de reproche había vuelto a aparecer en mis palabras y a mí me sorprendió tanto como a él. Después de una larga pausa murmuré:

—Lo siento…

—Volvamos a la cama.

—Pero tú ya estás vestido.

Lo tenía agarrado por la camisa, como si así pudiera evitar que se marchara. Sentía una fuerte necesidad de ir al baño, pero temía que si lo dejaba solo un minuto, ya no volvería a verlo. Cuando llegamos a la

habitación, le hice prometer que no se movería de la cama hasta que yo saliera del baño; aun así, no cerré la puerta.

—Vaya catarata. ¿Eso era pipí o es que ya has roto aguas?

Estaba recostado, apoyándose sobre un codo. En la boca torcida se confundía una mueca de dolor con una sonrisa y me maravilló el hecho de que aún en las últimas tuviera fuerzas para bromear.

—Llevaba rato aguantando —dije intentando sonreír también.

Me tumbé junto a él y coloqué la cabeza en su hombro. Mi abultado vientre estaba sobre el suyo y además lo rodeé con el brazo. Así, convencida de que no se me iba a escapar, sentí un cansancio repentino y poco a poco me rendí de nuevo al sueño.

Me desperté sobresaltada horas más tarde. Alberto ya no estaba entre mis brazos. Se había esfumado sin que lo notara. El sol de la mañana entraba a raudales por la ventana. Miré el despertador: eran las once y diez. Me levanté y volví al salón, esta vez sin gritar su nombre. Ya sabía que no lo encontraría. Horas antes había visto su pequeña maleta al lado de la puerta, ahora ya no estaba. Corrí a la cocina, entré en las otras dos habitaciones y el cuarto de baño, volví a nuestro dormitorio y al baño adjunto, y por último salí al balcón. Esperaba encontrarlo allí fumando un cigarrillo. Deseé con todas mis fuerzas que me dijera: «¿Ya te has despertado, dormilona?». Pero no estaba. Me asomé y respiré aliviada: tampoco estaba ahí abajo.

Volví al dormitorio y me senté en la cama como un peso muerto. Estaba tan paralizada por el *shock* que no pude ni llorar. Así que ahí se acababa todo, como si nada, como si lo nuestro no hubiera existido. Al día siguiente o quizás al cabo de un par de días vería la noticia en los periódicos: «Fallece el escritor cordobés Alberto Valera. El cuerpo sin vida del novelista se halló esta mañana en…». ¿Dónde? No tenía ni idea. Él no me lo había dicho porque yo no había querido saberlo. Apreté los puños con fuerza, hasta que no soporté más el dolor de las uñas en mis palmas, y entonces grité. Fue un alarido de furia contra mí misma por no haber querido saber, por no haber estado a su lado hasta el último segundo. Sentí que le había abandonado tanto yo a él como él a mí.

El bebé me propinó una fuerte patada y callé. No había acabado de desfogarme y miré a mi alrededor en busca de algún objeto que pudiera estampar contra la pared. Entonces vi la nota encima de la mesilla.

—Te quiero —leí—. ¿Eso es todo? ¿Te quiero? ¿A eso le llamas tú una nota de suicidio, una despedida? ¿No fuiste tú quien me dijo que te gustaban las despedidas bien hechas? Pues conmigo te has lucido. Así no se hace, no señor, yo quería estar a tu lado, ¿me oyes? Sí, ya sé que te dije que no, pero era que sí, tú ya deberías saberlo, tan bien que me conoces…

Volví a callar, todavía con la esperanza de que él saliera de detrás de las cortinas y me confesara que me había gastado una broma. Después de una larga pausa de silencio, volví a hablar sola. Continué haciéndolo durante tres meses más, hasta que nació Laia; ahora hablo con ella.

—¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? Voy a ir a buscarte.

Todavía estaba a tiempo. No intentaría detenerlo, solo quería estar a su lado, que no muriera solo, pero ¿dónde podía estar? Quizás había vuelto a Córdoba, a casa de sus padres… Entonces no estaría solo. Pero no, eso no podía ser: él me había dicho que ya se había despedido hacía tiempo, que no podía soportar vivir cerca de ellos sin que el peso de la muerte de María los aplastara a todos. Volví a mirar el reloj: las once y veintitrés. Corrí al cuarto de baño y me metí en la ducha. Estuviera donde estuviera, tenía que dejar de perder tiempo y encontrarlo. No podía creer que él no me hubiera dejado ni una sola pista de su paradero. Sí, era para protegerme, ya lo sabía, pero vaya final más triste… Dejé que el agua caliente me masajeara la cara y entonces me relajé un poco. Durante unos segundos volví a caer en la resignación. Entonces, de repente, vi la solución. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me sequé a toda prisa y corrí hasta la cama. Abrí el cajón de la mesilla. La novela seguía ahí, un fajo de hojas recientemente impreso que todavía no había leído nadie. La saqué con manos temblorosas y le di la vuelta. Hojeé las últimas páginas sin leerlas. Mis ojos se llenaron de lágrimas para ayudarme en mi cometido: no quería saber el final, solo quería vivirlo, quería estar allí y para eso necesitaba un pequeño dato: ¿dónde? Seguí pasando hojas, escaneando con los ojos hasta que se fijaron en lo que buscaba. Las palabras estaban en mayúscula: el Hotel Astoria.

Me puse un vestido de verano y sandalias, y salí a la calle con el pelo mojado y sin peinar. Caminé a paso ligero las siete u ocho manzanas que me separaban del hotel. Seguí el mismo recorrido que aquella primera vez, dos años y medio antes, y cuando llegué a la altura del hotel, desde la acera de enfrente, levanté la cabeza y lo vi. Estaba detrás de la ventana de la

misma habitación que había ocupado cuando nos conocimos. Nos miramos durante varios segundos en la distancia. Sentí alivio por haber llegado a tiempo, pero temía cerrar los ojos y que volviera a desaparecer. Me pareció verlo sonreír antes de levantar la mano en forma de saludo. Yo también levanté la mía: cinco dedos en alto para rogarle que me esperara.

Empujé la puerta de madera acristalada y enfilé mis pasos hacia la escalera de caracol. Cuando llegué a la puerta de Alberto, estaba jadeando por el esfuerzo de haber subido tan rápido, y me detuve para recuperar el aliento. La puerta se abrió sin darme tiempo a llamar. Me estiró del brazo y volvió a cerrarla tras de mí. Nos fundimos en un largo abrazo.

—Pensé que no volvería a verte y no lo pude soportar. Estaré contigo hasta el final —murmuré.

—Ya lo sé. Siempre lo he sabido.

Nos separamos y él sonrió.

—Tienes que asegurarte de que no te vea nadie. La asistencia en el suicidio es ilegal en nuestro país, así que estás a punto de incurrir en un delito. Si te descubren, podría peligrar tu carrera y todo por lo que has trabajado tanto, además del futuro de nuestra niña.

—Eso no va a pasar, ¿no? Tú ya lo sabes, ya lo escribiste.

—No, yo no lo sé. Este es el final de la novela. Lo que pase a partir de ahora está en tus manos. Tú eres dueña de tu destino, no dejes que nadie te haga creer lo contrario.

Alberto rio. Los dos sabíamos lo irónico de sus palabras.

—¿Has hecho las paces con Dios?

—No he ido a ver a un cura, si es eso a lo que te refieres. La Iglesia sigue cayéndome tan mal como siempre. Pero sí, sigo hablando con Dios. Él gana, pero yo elijo la manera de irme; es mi pequeña venganza.

—¿Y cómo te vas a ir?

—Sin hacer ruido ni ensuciar el suelo.

—Menos mal —dije con un alivio sincero—. No podría soportar ver tu cuerpo estampado contra la acera.

—No quiero causar más mal del necesario. No puedo arrojarme por la ventana y correr el riesgo de caer encima de alguien, ni deseo ser el causante de traumas y pesadillas de los testigos que tengan la mala fortuna de verme. Ya sabes que no me gusta llamar la atención.

—¿Entonces cómo?

Me costaba creer que de veras estuviéramos planeando su muerte con tanta naturalidad, y me pregunté cómo se lo contaría a Laia.

—Pastillas y alcohol —respondió mientras se dirigía hacia el escritorio donde estaba su ordenador portátil abierto.

Lo seguí.

—Lo bueno de ser un paciente terminal es que los doctores te recetan lo que quieras. Diez comprimidos de este somnífero bastarán.

Tomó una caja de encima del escritorio y me la tendió, pero yo me crucé de brazos y fruncí el ceño.

—Sí, ya sé que no eres amiga de las pastillas, pero es lo más seguro. No he comido nada desde ayer. He comprado una botella de mi whisky favorito…

—Jameson…

—Sí. Si quieres puedes tomar un sorbito conmigo, pero nada más, y antes tienes que comer algo. Yo me tomaré la botella entera, si puedo. Con la mezcla de las pastillas será infalible. Me tumbaré en la cama para no estar tan feo cuando me encuentren. Si tengo suerte, no vomitaré, entraré en coma y moriré por paro cardiorrespiratorio. Te pediría que te quedaras para asegurarnos de que quedo bien muerto, pero no será necesario: ya sé que no voy a fallar.

Hizo una pausa para comprobar mi reacción. Yo seguía con los brazos sobre el pecho, el ceño fruncido y la sangre helada. A pesar de estar en pleno verano y sin el aire acondicionado encendido, un escalofrío me recorrió la espalda y noté cómo me flaqueaban las piernas.

—Siéntate.

Nunca se le escapaba nada. En eso se parecía a Patrick, pensé. No era tan raro, pues todos los escritores ponen un poquito de sí mismos en cada personaje que crean, él mismo me lo había dicho. Me acercó la silla y me senté sin protestar.

—He redactado una nota de suicidio. Está en la pantalla del ordenador. Es lo único que hay. Todos mis archivos están borrados y solo los tienes tú. He retirado también todo lo que tenía en la nube y mi correo electrónico está completamente vacío.

—Menos mal que no estabas en las redes sociales. Eso habría sido imposible borrarlo —musité.

—Sí, bueno, ya sabes que para algunas cosas soy muy tradicional.

Sonreí sin ganas y él prosiguió con la exposición del suicidio perfecto:

—Está dirigida a mis padres, mi amigo Miguel, mi antigua agente Núria, y a ti, mi editora actual. Lo he programado para que salga mañana a las nueve de la mañana. Entonces ya llevaré más de doce horas muerto. Mis padres no lo verán enseguida, pero Miguel, Núria y tú sí. Tendrás que llamar al hotel para dar la alarma; Núria lo hará minutos antes que tú, y Miguel no tardará en hacer lo mismo. He pagado treinta noches anticipadas en el hotel, para compensar por las molestias de cargarles un muerto; espero que me perdonen.

Hizo una pausa, me tomó de las manos y se arrodilló ante mí.

—Tú también me vas a tener que perdonar una última cosa.

—¿Más sorpresas?

Me había prometido a mí misma que no volvería a llorar, pero no pude evitarlo. Él me acercó una caja de pañuelos de papel y una botella de agua para beber.

—Es una mentira que he escrito en la nota.

—¿Qué mentira?

—No te menciono para nada.

—Lo entiendo.

—En vez de eso, digo que los dos últimos años y medio han sido una tortura. Que escapé a Barcelona para escribir una novela y huir del vacío que me dejó la muerte de María. Que una vez terminada la novela y confirmada mi enfermedad terminal, ya no tenía razón para vivir. Solo tú y yo sabemos que eso no es así.

—¿Y Miguel? Me dijiste que le habías hablado de mí…

—Sí, una vez. No se acordará, créeme. Me arrepentí y otro día por teléfono le aseguré que había sido una tontería.

—Yo en esa época no lo entendía —revelé bajando la cabeza—. Pensaba que no me querías de verdad, si no, ¿por qué negabas mi existencia a tus seres más queridos?

—Ahora sí lo ves, ¿verdad, mi vida?

Me apretó las manos y yo asentí, sollozando e hipando como una niña pequeña. Entonces me levantó la barbilla y dijo:

—*Here's looking at you, kid*.

Se me escapó una carcajada entre mis llantos. Alberto me abrazó para calmar los espasmos de mis hombros.

—Qué acento más horroroso… Me gustas más cuando hablas en catalán —dije cuando conseguí calmarme un poco.

—Pero te he hecho reír.

—Siempre me has hecho reír.

—*We'll always have Paris* —dijo imitando a Bogart una vez más.

—Nosotros no fuimos a París.

—Juntos no, pero estuvimos allí al mismo tiempo, ¿recuerdas?

—Sí…

—Y siempre nos quedará Roma.

—Eso sí.

Estuvimos un rato en silencio. Entonces Alberto se levantó y se sirvió la primera copa de whisky. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Deberías irte ya.

—No me voy a ir. Te he dicho que estaré contigo hasta el final.

—Te estás arriesgando demasiado.

—No me importa. Quiero darte la mano mientras te vas, y que sea mi rostro lo último que veas.

—Me haces muy feliz, Enya. Eres muy valiente.

Ahora era él quien no podía contener las lágrimas.

—Vamos a sentarnos en la cama. Voy a disfrutar de un par de copas antes de tomar las pastillas.

Rechacé el sorbito que me había prometido y él estuvo de acuerdo en que era mejor que no lo tomara: tenía que estar con los cinco sentidos alerta cuando me marchara y que nadie viera nada raro en mí; mejor, que nadie me viera en absoluto. Me recordó que no debía tocar nada, y antes de irme tenía que estirar la colcha para que no quedara rastro de la presencia de otra persona allí.

Estuvimos mucho rato en silencio, cogidos de la mano. Alberto se tomó tres copas, y entonces dijo:

—Ya estoy bastante ebrio como para empezar a sentir el letargo. Tengo que tomar las pastillas ahora mismo o ya no lo haré. Ahora sí que ha llegado el momento.

Me puse frente a él para mirarnos cara a cara, yo sentada sobre mis piernas.

—Adiós, entonces —dije con un hilo de voz.

—Adiós, mi amor. Ha sido un placer tenerte en mi vida.

—Para mí también.

—Prométeme una cosa.

—Sí, lo que sea.

Jamás le habría dicho eso a nadie, y menos a un hombre, pero sabía que Alberto nunca me pediría nada que yo no estuviera dispuesta a cumplir.

—Nunca dejes de bailar.

Esas fueron sus últimas palabras y son las que he escogido para el título de la novela que él me entregó intitulada, como la de Eulàlia. Tal como planeó, los empleados del hotel descubrieron su cadáver al día siguiente, alertados por tres de sus allegados. Núria se presentó enseguida en el hotel. Miguel voló desde Córdoba ese mismo día y se encargó de los trámites para trasladar el cuerpo e incinerarlo, siguiendo las instrucciones expresas que Alberto le había dejado en la carta. La misma mañana de su muerte había hecho un ingreso en la cuenta personal de su amigo para facilitar las cosas a todo el mundo. Yo llamé a la familia por teléfono para dar el pésame. Me presenté como su editora y me disculpé por no poder asistir al funeral. Ni siquiera tuve que dar una excusa; la familia de Alberto no tenía ninguna constancia de quién era yo. Días más tarde, cuando se abrió el testamento, recibí una llamada de su abogado. Me informó de que Alberto me había cedido los derechos de autor de todas sus obras, incluidas dos inéditas que no se habían encontrado entre sus escasos objetos personales. Le respondí que él me había entregado los archivos poco antes de morir, y el abogado zanjó el tema diciendo: «Entonces no hay nada más que hablar. Supongo que Alberto quiso dejar constancia en su testamento para que no hubiera ninguna posible disputa con la familia».

Leí la novela, por fin. Encontré el valor suficiente para sumergirme en las páginas de la segunda parte pocos días después de su muerte. Era consciente de que empezaba un nuevo capítulo en mi vida, pero antes de abrir las puertas a una nueva esperanza, tenía que leer de la mano de mi escritor favorito la historia que acababa de terminar. Durante tres meses le

he dado vueltas a cómo la voy a publicar. ¿Cómo puedo presentarla al público sin que nadie sospeche que no tiene ni un pelo de ficción? Para no incriminarme podría cambiar mi nombre; el de Alberto siempre fue Carlos. Quizás solo con ese pequeño cambio ya nadie sospecharía nada.

Al final he decidido publicarla tal cual, sin cambiar nada. Es una novela y tiene todos los elementos de una novela, porque Alberto la concibió así. Nuestra historia seguirá a salvo durante años y años. Quizás Laia decida revelar lo que hay detrás cuando yo me muera, pero mientras, no hay mejor manera de ocultar la verdad que ponerla a vista de todos. Una pequeña nota de la editora al principio del libro bastará para no faltar a esa verdad.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Por su colaboración en distintos aspectos de esta novela, mi más sincero agradecimiento es para mi madre, Carmen Garriga Sala y mi tía, Anna Garriga Sala; los escritores Fernando Gamboa, María José Moreno y Rafael R. Costa; la escritora y editora Carmen Martínez Gimeno, y la correctora Rosa Pérez Rodríguez.

OceanofPDF.com

SOBRE LA AUTORA

Carmen Grau nació en Barcelona. Es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Barcelona y en Humanidades por Providence College, RI, Estados Unidos. Escribe en inglés, castellano y catalán. Ha viajado extensamente por el mundo y vivido en varios países, como Singapur, Malasia y Australia, donde reside desde 2001. En el año 2000 emprendió un viaje poco planeado por varios países asiáticos y un año más tarde escribió *Amanecer en el Sudeste Asiático*, el libro de viajes más vendido en 2012 y 2013 en Amazon España. En 2004 escribió la novela *Trabajo temporal*. En 2013 publicó un segundo libro de viajes, *Hacia tierra austral*, que narra su periplo a bordo de los trenes más legendarios del mundo desde Barcelona a Perth, Australia. *Nunca dejes de bailar* es su obra más reciente. También publica cuentos, relatos y ensayo en sus blogs: Me llamo Pendiente, Inde Pendiente, en castellano, y *Raising Children in Freedom*, en inglés. Carmen compagina su pasión por la escritura y los viajes con el cuidado y educación total de sus dos hijos, Dave y Alex, que son autodidactas y librepensadores como ella.

Si quieres recibir un correo electrónico automático cuando salga publicado el próximo libro de Carmen Grau, suscríbete aquí. Tu dirección de correo electrónico no se compartirá con nadie y puedes anular la suscripción en cualquier momento.

El boca a oreja es crucial para el éxito de todo autor. Si te ha gustado este libro, por favor, tómate unos minutos para escribir unas líneas o una reseña positiva en Amazon, Goodreads o en tu blog para que otros lectores se animen también a leerlo. Además puedes escribir a la autora directamente aquí: carmen.grau@gmail.com, seguirla en twitter.com/CarmenGrauG, facebook.com/CarmenGrauG o visitar su página web: carmengrau.wix.com/escritora.

OceanofPDF.com

Índice

Primera Parte

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

ALBERTO

Córdoba, septiembre de 2010

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

ALBERTO

Córdoba, diciembre de 2010

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

ALBERTO

Córdoba, diciembre de 2010

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

ALBERTO

Córdoba, febrero de 2012

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

ALBERTO

Córdoba, enero de 2013

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

ALBERTO

Córdoba, enero de 2014

ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Segunda Parte

ENYA

Barcelona, julio de 2016

ALBERTO

Córdoba, febrero de 2014

ENYA

Barcelona, julio de 2016

ALBERTO
Córdoba, febrero de 2014
ENYA
Barcelona, julio de 2016
ALBERTO
Córdoba, junio de 2014
ENYA
Barcelona, julio de 2016
ALBERTO
Córdoba, diciembre de 2014
ENYA
Barcelona, julio de 2016
ALBERTO
Córdoba, septiembre de 2015
ENYA
Barcelona, julio de 2016
ALBERTO
Córdoba, julio de 2016
ENYA
Barcelona, octubre de 2016
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

OceanofPDF.com